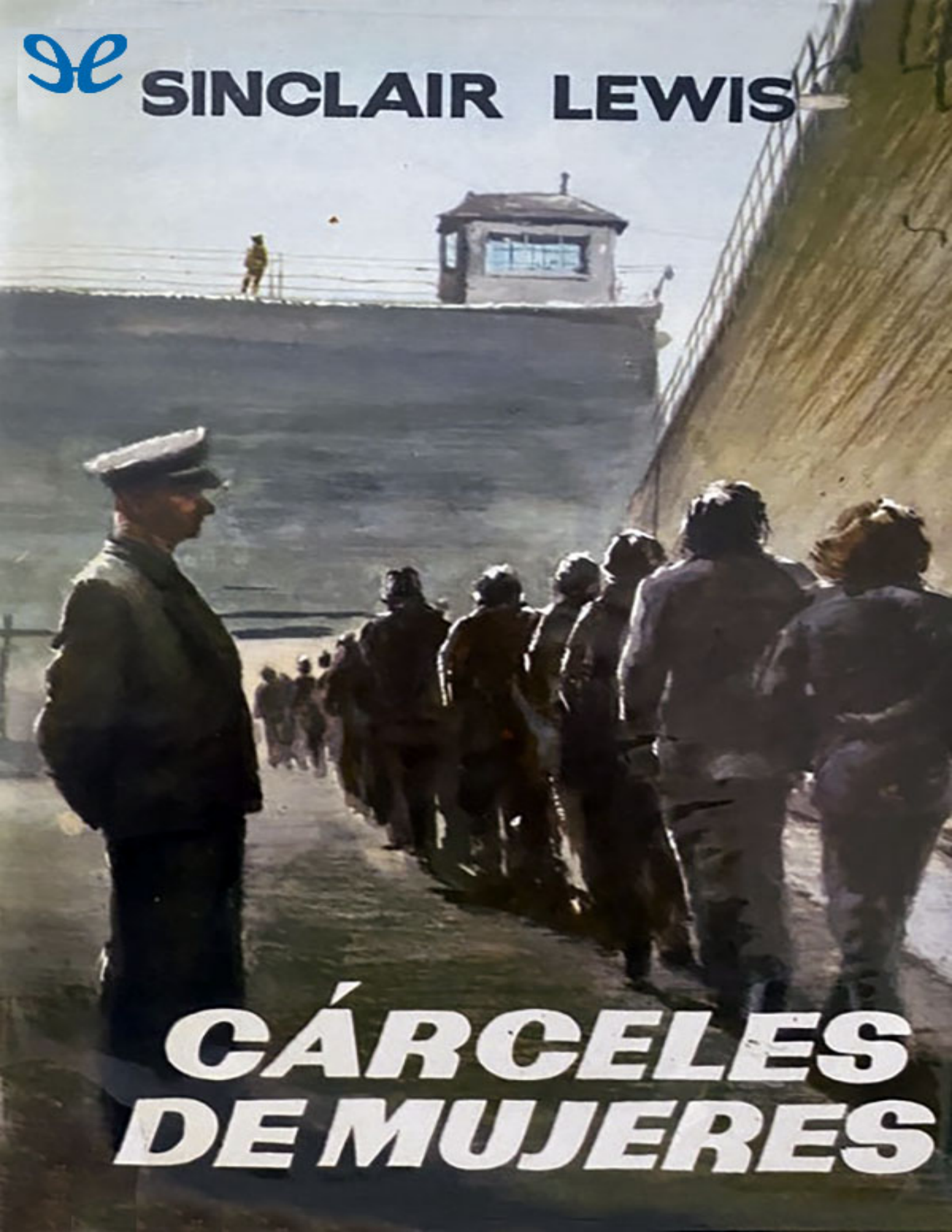
SINCLAIR LEWIS



CÁRCELES DE MUJERES

Cárceles de mujeres es la narración de la vida de una mujer moderna para la época en que se desarrolla la novela (tercera década del siglo XX). Narración descarada, puesto que Lewis detesta ante toda falsedad. Clara, sobria y elegante, la vida de este personaje toca todos los extremos de la iniciación y experimenta las múltiples flaquezas humanas.

Ann Vickers asciende en su categoría de «trabajadora social» y conoce la vida de las cárceles, el infierno de las reclusas, la arrogancia e hipocresía de los jefes, el cinismo de unos y el plañido convencional de otros. En ese tumulto, en ese complicado rumor de vida, hay algo en el alma de Ann Vickers que la hunde en su ambiente pero que también la sobrepone a él y la eleva a categoría de un arquetipo que se forja a sí mismo.

OceanofPDF.com

Sinclair Lewis

Cárceles de mujeres

ePub r1.0
Titivillus 04.02.2022

OceanofPDF.com

Título original: *Ann Vickers*
Sinclair Lewis, 1933
Traducción: María Luisa Martínez

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



OceanofPDF.com

A Dorothy Thompson
cuyos conocimientos y ayuda me
permitieron escribir acerca de Ann

OceanofPDF.com

Comentario a la presente edición

Apreciado lector.

La edición española publicada por Editorial Planeta en 1958, presenta capítulos con muchos párrafos censurados, creo que por el tema relacionado con el aborto. Por ejemplo el Capítulo 17 tiene una gran parte del comienzo omitido y el Capítulo 18 le falta casi una cuarte parte.

Todas esas omisiones se han subsanado en la presente edición digital de esta novela, las cuales se podrán leer en su versión original en el apartado de anotaciones.

Como comentario final decir que este proyecto nuevo dentro de EPL de recuperar obras censuradas o incompletas es tremendamente gratificante y esperamos que lo sea igualmente para todos vosotros.

Sin más, os invitamos a disfrutar de la obra *Cárceles de mujeres* por primera vez completa e inédita en español.

El editor y el Equipo de traducción de EPL

OceanofPDF.com

Todos los personajes de esta historia son completamente imaginarios y en ellos no se hace referencia a ninguna persona real. Y aunque espero haber descrito tal y como son las prisiones, las settlement houses y las organizaciones sufragistas, ninguna de mis descripciones se refiere a una institución determinada.

SINCLAIR LEWIS

OceanofPDF.com

I

UN RÍO de aguas amarillas que fluyen lentamente, unos sauces cuyas ramas se mecen a impulsos de la tibia brisa de agosto y cuatro niños que juegan a los grandes hombres, como lo hacen, sin duda, las personas mayores. Cuatro niños de voces agudas, inocentes, ardorosos, y que ni siquiera sueñan con las obligaciones y el cansancio que a los cuarenta y cinco años pesarán sobre ellos.

Los tres niños, Ben, Dick y Winthrop, que durante la última primavera habían tenido que soportar las lecciones de historia, trataban ahora de darles un empleo adecuado a la reina Isabel y a Colón. Pero no estaban de acuerdo acerca de quién debía representar a Isabel. Mientras discutían, una niña llegó cantando al bosquecillo de sauces, al rincón cubierto de hojas favorito de los niños.

—¡Mirad, ahí viene Ann Vickers; ella será Isabel! —exclamó Winthrop.

¡Oh, no! Lo echará a perder todo —dijo Ben—. Aunque creo que lo haría mejor que nadie.

—¡Ah, no vale! ¡No sabe jugar al béisbol!

—No sabrá jugar al béisbol, pero sin embargo le tiró una vez una bola de nieve al reverendo Tengbom.

—¡Sí, es verdad, ella fue quién se la tiró!

La chiquilla se detuvo delante de ellos, con los brazos en jarras; era una niña de hombros fuertes y piernas delgadas. Su única belleza, aparte de la frescura de su claro cutis, residía en los ojos, oscuros, asombradamente grandes y ardientes.

—Ven, vamos a jugar a Isabel y Colón —le pidió Winthrop.

—No puedo —dijo Ann—, estoy jugando a Pedippus.

—¿Y quién diablos es Pedippus?

—Pedippus era un viejo ermitaño. A lo mejor se llamaba Pelippus. Sea como fuere, era un viejo ermitaño. Antes había sido un gran príncipe, pero un día abandonó el palacio real porque se dio cuenta de que en él no había más que maldad, renunció a los placeres de la carne y se fue a vivir al desierto… y no comía más que avena y cacahuetes y cosas parecidas… y se pasaba todo el tiempo rezando.

—¡Qué juego tan feo! ¡Mira que comer avena!

—Le rodeaban las fieras del desierto, había gatos monteses y todo; pero él los domó y los acostumbró a que fueran a oír sus sermones. ¡Ahora voy a predicar a las fieras! ¡Había también unos osos gigantescos!

—¡Bah! ¡Ven y juega con nosotros a Isabel! —dijo Winthrop—. Te prestaré mi revólver mientras hagas de Isabel; pero después me lo tienes que devolver cuando me toque ser Colón.

Le dio el revólver, y la niña lo examinó críticamente. Nunca había tenido en sus manos la famosa arma, aunque en todo el pueblo no había un solo niño que no supiera que Winthrop poseía objeto tan notable. Era un verdadero revólver de calibre 22 y completo, aunque la verdad era que el cañón estaba tan lleno de óxido que no se hubiera podido meter ni un fósforo por su boca. Ann lo sacudió, fascinada, y algo nerviosa. El arma le hacía sentirse heroica, activa, y la privó inmediatamente de la casta autoridad de Pedippus.

—Muy bien —dijo.

—Tú serás Isabel y yo Colón —dijo Winthrop—; Ben, el rey Femando, y Dick, un cortesano envidioso. Tú ves que todos los tipos de la corte empiezan a meterse conmigo, a molestarme, y les dices que me dejen en paz y…

Ann agarró una rama de sauce rota. Con la mano izquierda la sujetó en torno a su cabeza, como una corona, mientras seguía empuñando el revólver con la derecha, y volviéndose hacia ellos les dijo con afectación:

—Arrodillaos, vasallos míos. No, Fernando, creo que tú puedes seguir de pie, ya que eres mi consorte… No, será mejor que te arrodilles también, por si acaso. Ahora decidme, Colón, ¿qué puedo hacer hoy por vos?

—Quiero descubrir América… Ahora tú empiezas a meterte conmigo, Dick.

—¡Ah, diablos, no sé qué decir!… No le escuches, Reina; es un tipo medio loco. No hay ninguna América. Y sus barcos caerán al abismo al llegar al extremo del mundo.

—¿Quién manda aquí, cortesano? ¡Yo! Tendrá sus tres barcos, aunque me cuesten la mitad de mi reino. ¿Qué pensáis, consorte?… Tú, Ben, me refiero a ti.

—¿Quién? ¿Yo? ¡Oh, a mí me parece bien, Reina!

—Entonces, dadle los barcos.

Amarrada a la orilla del río había una vieja barcaza que servía para el transporte de arena. Los cuatro chicos corrieron hacia ella. Ann los dirigía, revólver en mano. Al llegar a la barcaza exclamó:

—Ahora, yo seré Colón.

—No —protestó Winthrop—. ¡Yo soy Colón! ¡No puedes ser Isabel y Colón! Además, eres una chica. ¡Dame el revólver!

—¡Yo soy también Colón! ¡Soy el mejor de todos! ¡Vamos! ¡Pero si ni siquiera puedes decir los nombres de las carabelas de Colón!

—¡Claro que puedo!

—Muy bien, ¿cuáles eran?

—Pues, no recuerdo… ¡ni tú tampoco, marisabidilla!

—¡Oh, claro que sí! —exclamó Ann—. Eran el *Pinto*, la *Santa Luchesa* y… y la *Armada*.

—¡Diablos, tienes razón! Creo que ella debe ser Colón —intervino maravillado el destronado rey Femando y el gran navegante condujo su fiel tripulación a bordo de la *Santa Lucía*, saltando sobre el metro de agua fangosa, de un modo que no tenía nada de femenino ni de delicado.

Colón se dirigió a la proa —si es que una barcaza de extremos iguales posee tal cosa— y, sirviéndose de la mano como pantalla, miró hacia lo lejos y gritó:

—¡Muchachos, se acerca una gran tempestad! ¡Halad la vela mayor! ¡Arriad las demás velas! ¡Mil rayos, cómo truena y relampaguea! ¡Avanzad intrépidamente, mis valientes, que vuestro capitán os echará una mano!

Entre todos arriaron las velas antes que el huracán abatiese al gallardo barco. Aquél —al que quizás ayudara con sus saltos y sacudidas la tripulación, situada en un costado de la barcaza—, amenazaba con hundir la desgraciada carabela, pero los tripulantes se comportaban noblemente. No cabe duda de que contribuía mucho a alentarlos el gallardo ejemplo de su comandante, el cual se mantenía con la pierna derecha extendida hacia delante, una mano sobre el pecho y sosteniendo con la otra el revólver, mientras exclamaba:

—¡Bang, bang, bang!

Pero la tempestad seguía siendo imponente.

—¡Cantemos una canción para demostrar que poseemos corazones intrépidos! —ordenó Colón, y comenzó a cantar su balada favorita:

Jingle bells, jingle bells,
Jingle all the way.
Oh! What fun it is to ride,
In a one-horse open sleigh[1].

La tempestad cesó.

Los viajeros llegaban ahora a la isla de Watling. Al mirar más allá de las aguas turbulentas, hendidas de cuando en cuando por un sollo, Ann divisó a los salvajes que vagaban por la orilla.

—¡Mirad los crueles pieles rojas, ocultos entre las palmeras y las pagodas! —les advirtió Colón—. ¡Debemos prepararnos a vender caras nuestras vidas!

—Así lo haremos —asintió la tripulación contemplando boquiabierta las hierbas que cubrían la orilla.

—¿Qué os creéis que estás haciendo, chicos?

La voz era absolutamente extraña.

Se volvieron y vieron que un niño desconocido los contemplaba desde la orilla. Ann le miró con vivo interés, porque parecía salido de las páginas de un libro de cuentos. Ann no sentía ningún respeto por camaradas como Ben o Winthrop y, excepto en el arte del béisbol o en escupir, sentíase tan

hombre como ellos. Pero aquel muchacho desconocido, tal vez unos dos años mayor que ella, era un dios, un guerrero, un líder, una amenaza, un esplendor; tenía los cabellos rizados, los hombros anchos, la cintura estrecha, una sonrisa cínica en los labios y la nariz fina y desdeñosa.

—¿Qué os creéis que estáis haciendo, chicos?

—Estamos jugando a Colón. ¿Quieres jugar? —a la tripulación le sorprendió la mansedumbre de Ann.

—¡Bah! ¡Jugar! —el desconocido saltó a bordo con un salto ágil, mientras que a los otros les había costado mucho trabajo saltar a la barcaza —. Déjame ver esa arma —y empuñó con desenfado el revólver que Colón le ofrecía con toda reverencia. Abrió el tambor y luego miró el interior del cañón—: Esto no sirve para nada. Voy a tirarlo por la borda.

—¡Oh, por favor, no lo hagas! —gimió Ann antes de que Winthrop, el dueño, tuviese ocasión de enfurecerse.

—Muy bien, chica. Quédate con él. ¿Quién eres? ¿Cómo te llamas? Yo me llamo Adolfo Klebs. Mi padre y yo acabamos de llegar a la ciudad. Él es zapatero y, además, socialista. Vamos a establecernos aquí si no nos echan. En Lebanon nos echaron. ¡Ah! ¡A mí me asustaron! «Si me toca, le doy una patada en el ojo», le dije al policía. No se atrevió a tocarme. Bueno, vamos a jugar a Colón. Yo seré Colón. Dame de nuevo el revólver. Ahora, chicos, alineaos a un costado del buque. ¡Ahí viene una partida de pieles rojas en sus canoas!

Ahora el que gritaba «bang, bang, bang», era Adolfo; Colón, mientras, introducía en América la cultura europea, matando a los primitivos americanos, y de todos sus partidarios no había ninguno más leal ni ruidoso que Ann Vickers.

Hasta entonces, Ann no había encontrado nunca a un muchacho que le pareciera superior a ella, y al rendir sus armas, experimentaba mayor satisfacción que en su anterior supremacía.

En Waubanakee, ciudad situada al sur del estado de Illinois, el padre de Ann Vickers desempeñaba el cargo de superintendente de las escuelas y era conocido como «el Profesor». Su posición le convertía en una de las

personas más notables de la localidad, junto con los tres doctores, los dos presidentes de los Bancos, los tres abogados —uno de ellos juez de paz—, el propietario del Boston Store, y los ministros episcopales, congregacionalistas y presbiterianos.

Físicamente, Waubanakee no interviene mucho en la historia de Ann. Al igual que muchos americanos que van de la calle Mayor a la Quinta Avenida, a la Avenida Michigan o a la calle del Mercado, y a diferencia de muchos ingleses y europeos de provincias, Ann después de la infancia, no conservó vínculo alguno con su ciudad natal y no volvió a ella después de la muerte de sus padres; no sentía deseos de adquirir allí una mansión para coronar su carrera, ni soñaba, como un procónsul anglo-indio, con ser enterrada en el cementerio del pueblo.

Sin embargo, aquella pequeña ciudad, sus costumbres y los principios paternos intervinieron en todos los actos de su vida. El código de su padre lo constituían la sobriedad, el trabajo honrado, la puntualidad en el pago de las deudas, la lealtad hacia los compañeros y amigos, así como el desdén por el dinero no ganado —una vez se había negado a aceptar el legado procedente de un tío al que despreciaba— y un orgullo que no le dejaba intimidarse ni amenazar a nadie. Y por eso, en Nueva York, donde los gorrones y los aduladores, los alegres mentirosos y los pequeños comediantes, no faltaban ni aun entre los trabajadores sociales y los hombres de ciencia, aquel código la obsesionaba, aunque no la entristeciera, ni la hiciera sentirse «freudiana…» y, por mucho que se riera de sí misma, se inquietaba si el día cuatro no había pagado todas sus facturas.

Una vez, en una conferencia, oyó decir a Cari Van Doren que, antes de que hubiera salido de su aldea natal de Hope (Illinois), tenía ya la impresión de haber conocido a todas las personas con las que más tarde había de relacionarse. Ann le dio la razón. El carpintero sueco de Waubanakee, a quien ella había oído hablar de Swedenborg, sólo en el tono de su voz difería del gran duque ruso a quien había de conocer en Nueva York treinta años después, y al que oiría discutir de metafísica con torpeza y ligereza a la vez.

Sí. Ann tenía tan profundamente arraigado en el corazón a Waubanakee, que toda su vida clasificó ingenuamente a sus amigos en buenas o malas

personas tan implícitamente como lo hacía su maestra de la escuela dominical, en la iglesia presbiteriana de Waubanakee. Había un muchacho encantador, ingenioso, alegre, que pertenecía a los mejores círculos de Nueva York, y que nunca devolvió el dinero que «pedía prestado» ni acudía con puntualidad a sus citas. ¡Muy bien! Pero, para la pequeña Ann Vickers, que nunca desapareció del todo en la personalidad de la gran reformadora doctora Ann Vickers (Hon. LL. D.)[2] aquel muchacho era malo, tan malo como lo era su padre, el borracho impenitente de Waubanakee.

Era un prejuicio del que nunca pudo arrepentirse del todo.

Su tradición americana era lo suficientemente antigua para que no le importara su origen provinciano, del mismo modo que un primer ministro inglés no se avergüenza de su origen escocés, o un presidente del Consejo francés de haber nacido en Provenza. Hasta aquella época, los americanos inteligentes y con cierta experiencia del mundo consideraban elegante decir que el sentirse orgullosos de Arkansas era insular y «chauvinista» o, por el contrario, jactarse de sus perfecciones rústicas. Pero Ann —y con ella unos ciento veinte millones de americanos— tuvo la suerte extraordinaria de vivir en aquel momento magnífico, aunque terrible, en que los Estados Unidos comenzaron torpemente a darse cuenta de que no eran los hijos legítimos de Europa, sino los orgullosos dueños de su propia casa.

Las muchachas americanas, ambiciosas y emprendedoras como Ann, se sienten unidas por lazos muy débiles a sus ciudades natales y hasta a sus familias, a no ser que éstas tengan un origen reciente, judío, alemán o italiano. Y como han perdido la riqueza y la seguridad que proporciona la solidaridad de la familia europea, se encuentran también libres de los incestos espirituales y sociales propios de esa clase de parentescos.

Pero, ya en Manhattan, Ann se alegraría un día de haber formado parte, por intermedio de su padre y Waubanakee, de la colonia burguesa que, hasta 1917, constituyó la única América.

OceanofPDF.com

II

WAUBANAKEE no se preocupó gran cosa de la llegada del nuevo zapatero remendón, Oscar Klebs, padre del atractivo Adolfo.

En la época de la infancia de Ann, los pueblos de la pradera, desde Zanesville a Dodge City, no se habían enterado aún de que formaban parte del ancho mundo. Se sentían aislados y, en realidad, lo estaban.

Y no les parecía mal que alguien fuera alemán —holandés decían ellos —, como Oscar Klebs.

—¡Diablos! Hay algunos holandeses que son muy buena gente, tan buenos como usted y como yo. Por ejemplo, el sacerdote de la iglesia católica alemana. Claro está que gran número de sus feligreses son granjeros holandeses, brutos como el que más, pero él es una gran persona, y dicen que estudió en Roma y en otros sitios por el estilo. Pero, créame, le gustan tanto los malditos europeos como a mí. Ahora ese zapatero holandés, ese tal Klebs, dicen que es socialista, y yo le aseguro que en nuestro país no hay lugar para estos locos que no piensan más que en tirar bombas y arrasarlo todo. ¡No, señor, aquí no hay sitio para ellos!

Desgraciadamente, el único zapatero remendón que había en la ciudad era un yanqui borracho, a quien no era posible confiar un par de zapatos para que les pusiera medias suelas para el baile del *IOOF*, el sábado por la noche; irritados y de mala gana, los buenos burgueses de Waubanakee se vieron obligados a confiar sus arreglos a un hombre tan anarquista que aun en el mismo bar de la taberna de Lewis y Clarke, insistía en que los Stoke y los Vanderbilt no tenían derecho a sus fortunas.

Pero estaban furiosos con él.

El señor Evans, presidente del Banco Lincoln y Douglas, le dijo con impertinencia.

—Mire, Klebs. Ésta es una tierra llena de buenas oportunidades, y no nos gusta que los europeos decadentes, y hasta podría decir que degenerados, traten de enseñarnos lo que debemos hacer. En este país, un hombre que sabe trabajar bien se hace rico y, si usted me lo permite, señor, agregaré, sin ofenderle que si no ha prosperado, nosotros no tenemos la culpa.

—¡Diablos, señor, tiene razón! —dijo el criado de Lucas Bradley.

El profesor Vickers quedó ligeramente asombrado al ver que Ann le llevaba sus zapatos de diario y le decía:

—Papá, estos zapatos necesitan medias suelas.

Por lo general, Ann no se daba cuenta de que las suelas estaban gastadas, de que le faltaban botones o de que llevaba el pelo sin peinar.

—¡Bien, bien, veo que mi hijita está aprendiendo a cuidar sus cosas! ¡Me parece muy bien! Sí, llévalos mañana a arreglar. ¿Has preparado ya tu lección para la escuela dominical? —dijo él con la candidez benigna y la falta de consecuencia propia de todos los padres.

Todo esto ocurría un domingo, al día siguiente de la aparición milagrosa de Adolfo Klebs, el rey-Colón. El lunes por la mañana, a las ocho, Ann fue al nuevo taller de Oscar Klebs, situado en el antiguo local de la *Chic Jewellery Store*. En el estante situado encima del banco del zapatero, había una hilera de zapatos con ese aspecto curiosamente humano que suelen conservar los zapatos vacíos: los zapatos nudosos del campesino, cubiertos de arrugas, de polvo y cansancio; los zapatos de baile de la equívoca modista del pueblo, rojos y relucientes en la parte de arriba, pero rozados y gastados en la de abajo. Ann no vio nada de eso. Se quedó mirando a Oscar Klebs con la misma atención con que había mirado a su hijo Adolfo. Era el anciano más hermoso que ella había visto en su vida; tenía la barba blanca, la frente hermosa y despejada y una piel de delicada textura, surcada de venillas azules.

—Buenos días, señorita —dijo Oscar—. ¿En qué puedo servirla?

—Hágame el favor de ponerles medias suelas a estos zapatos. Son mis zapatos de diario. ¡Llevo puestos los de los domingos!

—¿Y por qué usa un par distinto los domingos?

—Porque es un día divino.

—¿Y no son divinos todos los días para los que trabajan?

—Sí, eso creo… ¿Dónde está Adolfo?

—¿Se ha detenido alguna vez a pensar, señorita, en que el sistema capitalista es enteramente erróneo? ¿En que usted y yo tenemos que trabajar durante todo el día y Evans, el banquero, que no hace más que recibir nuestro dinero para volver a prestarlo, es rico? No conozco todavía su nombre, señorita, pero tiene los ojos hermosos, inteligentes. ¡Piense en lo que le digo! ¡Un nuevo mundo! Pedirle a cada uno lo que puede dar, y darle todo lo que necesite. ¿Le gusta eso, señorita? *Nein*? ¿Un Estado en el que todos trabajemos, los unos para los otros?

Aquélla era quizá la primera ocasión en que una persona mayor hablaba con Ann Vickers de igual a igual; era la primera vez en la vida que la invitaban a meditar sobre un problema social más importante que, por ejemplo, la cuestión de si las niñas debían o no tirar los gatos muertos a los solares.

La niña —¡era tan inocente, tan pequeña, tan ignorante!— se sentó en actitud pensativa, con la barbilla apoyada en la palma de la mano y se enfrentó por primera vez con las terribles dificultades del pensamiento abstracto.

—Sí —dijo, y agregó—: Sí.

Y luego, una idea atravesó como un relámpago por su cerebro:

—¡Así debe ser! ¡No debe haber ricos ni pobres! ¡Muy bien! Pero, señor Klebs, ¿qué debemos hacer? ¿Quiere que empiece a hacer algo ahora?

Oscar Klebs sonrió. No era un hombre sonriente…; sufría como han sufrido siempre los santos, porque el Hombre no se ha convertido en Dios. Pero esta vez sí que sonrió y se traicionó a sí mismo echándose a reír y diciendo:

¿Hacer? ¿Hacer, señorita? ¡Oh, me figuro que se limitará a seguir hablando de ello, como yo!

—No —dijo ella, entristecida—. ¡Lo que yo quiero no es hablar! ¡Quiero que Winthrop Zeiss tenga una casa tan hermosa como la del señor Evans! ¡Diablo! Winthrop es mil veces mejor que él. Quiero… ¡Caramba, señor Klebs, yo quisiera hacer muchas cosas en esta vida!

El anciano se quedó mirándola, en silencio:

—Las harás, querida, ¡que Dios te bendiga! —dijo él… el ateo. Y Ann olvidó preguntarle por el maravilloso Adolfo.

Pero volvió a ver a Adolfo, y con frecuencia.

El taller de Oscar Klebs se convirtió en su lugar favorito; la atraía más que la estación, donde todas las tardes, a las cinco, se reunían los niños para ver pasar el «Flyer» camino de Chicago. Oscar le hablaba de un mundo que, para ella, había sido hasta entonces de colores, pero plano, un misterio geográfico de dos dimensiones; de sus trabajos en una región maderera de Rusia —país en el que algún día había de haber una revolución—; del Tirol —combinaba su ateísmo con una furiosa fe en que las vacas del Tirol hablaban en sus establos la noche de Navidad—; de las carpas de Fontainebleau, que salían de sus estanques para pedir migas de pan; de las murallas de Cartagena, que tenían tres metros de espesor y estaban llenas de oro ocultado en ellas por los piratas; de los barcos en que había navegado como grumete; del leproso solitario de Barbados, que se pasa el día rezando, sentado en la playa y mirando hacia el mar; de la clase de zapatos que usaba la emperatriz Eugenia; de los primeros ministros, de los *tavaroshes* y los *vogis*, de los pescadores de Islandia, de los numismáticos, de los *Erzhergozen* y de mil clases de hombres desconocidos en Waubanakee, hasta que el socialismo, al que Oscar la convirtió, llegó a confundirse en su mente con las novelas de Kipling.

Mientras hablaba a la niña, que le escuchaba sentada en un taburete, ruborizada y con los ojos brillantes, Oscar Klebs seguía claveteando sus zapatos, produciendo con el martillo un ruido semejante el redoble de un pequeño tambor.

Y Adolfo hacía su aparición.

El muchacho no se sentaba nunca. Era difícil imaginarse sentado a aquel chico parecido a un resorte de acero. No pertenecía a la generación locuaz y sedentaria del padre, sino a la nueva e inquieta edad de las máquinas, de los brillantes ejes, del pulido acero, de los pistones que se hundían en un infierno de gas inflamado, de las dínamos de indescriptible potencia. Si hubiera sido un chico de 1931, en lugar de serlo de 1901, hubiera respondido a las graves frases del padre con un «¿Oh, sí?». Pero, en 1901, su «¡Sí, desde luego!», era igualmente impertinente, agudo y enemigo de toda filosofía. Alto, burlón, vivo, arrimado a las puertas y paredes como si se dispusiera a dar un salto, con las manos metidas siempre en los bolsillos, Adolfo era para Ann Vickers el héroe más perfecto que ella había conocido hasta entonces.

En el pueblo se pensaba que Ann recibía una educación esmerada de sus padres, de las escuelas públicas de Waubanakee, y de la escuela dominical de la Primera —y única— Iglesia Presbiteriana de Waubanakee, y que los distinguidos hijos del banquero Evans le servían de guía en la sociedad. Pero, en realidad, de quien aprendió más cosas fue del zapatero y de su hijo, y también de su padre, cuyos vicios eran la lealtad y la puntualidad en el pago de las deudas; y como estas enseñanzas eran duales y contradictorias ella fue también toda su vida dual y contradictoria. El viejo Oscar le enseñó que una de las cosas más importantes de la vida, es presentir la Utopía, y Adolfo le enseñó que lo más interesante era ser dura, saber dominarse y estar dispuesta a cualquier cosa.

Una o dos veces, mientras descansaban a orillas del río Waubanakee —que no era tal río, sino un riachuelo—, Ann trató de dar a conocer a Adolfo cuáles eran sus ideas.

Que Oscar tenía razón y que era preferible que tuviéramos inmediatamente un Estado socialista en el que, como los monjes, trabajaríamos los unos para los otros.

Que no era nada agradable beber cerveza ni tomar parte en ciertas revelaciones curiosas que solían hacerse detrás de los graneros, ni averiguar las pequeñas diferencias que había entre los niños y las niñas.

Que el álgebra era bastante fácil una vez que se pasaba del principio.

Que los *Idilios del Rey*, de Lord Tennyson, eran muy emocionantes.

Que si Jesús murió por nosotros —como, sin duda, ocurrió—, era sencillamente horrible el levantarse tarde los domingos, y no bañarse a tiempo para no llegar con retraso a la escuela dominical.

Adolfo sonreía siempre mientras ella hablaba con seriedad, del mismo modo que sonreía al oír hablar a su padre. Toda la vida sonreiría mientras los demás hablaban. Pero aquello cortaba a Ann y la hacía volverse tímida, porque tomaba muy en serio las «ideas» que le exponía con tanto detenimiento, sentados en una barcaza arenera, junto al lento río que se deslizaba bajo los sauces, mecidos por las brisas tibias del mes de agosto.

Pero ni Ann ni ninguna otra persona pudo decir jamás si su desdeñosa sonrisa se debía a una sabiduría superior, de acuerdo con el acero de la edad del maquinismo, o a una espléndida y total falta de inteligencia. Años más tarde, Adolfo sería gerente de un buen garaje de los Angeles y Oscar dormiría para siempre en el Cementerio Católico de Waubanakee (Illinois).

Aun sin el viejo Oscar, Ann no habría sido nunca del todo una conformista. Y demostró por primera vez sus ideas feministas en la clase intermedia para niñas de la escuela dominical. Era la maestra la señora Fred Graves, esposa del expropietario del aserradero.

La lección trataba de la destrucción de Sodoma, aunque se habían omitido en ella los pasajes más fuertes. La señora Graves zumbaba monótonamente, como un abejorro:

—Pero la mujer de Lot, volvió la mirada hacia la horrible ciudad, en lugar de desdeñarla, y se convirtió en estatua de sal, lo cual es una importante lección para nosotros, porque nos muestra cuál es el castigo de la desobediencia y, además, que no debemos mirar ni desear las cosas o gentes malas. Porque eso es tan malo como si nosotros participáramos en lo que hacen o cediéramos…

—¡Perdón, señora Graves! —la interrumpió Ann con voz ligeramente chillona—. ¿Por qué razón, la mujer de Lot no iba a volver la mirada hacia su ciudad natal? Todos sus vecinos estaban allí y, a lo mejor, había pasado momentos muy agradables con ellos. ¡Quería despedirse de Sodoma!

—¡Vamos, Annie, te vuelves más sabia que la Biblia!… La mujer de Lot desobedeció; ¡quería hacer preguntas y discutir cómo ciertas niñas que yo conozco! Mira, el versículo diecisiete dice: «No mires hacia atrás». Era un mandato divino.

—Pero ¿no podía el Señor volver a convertirla en mujer, después de haber sido tan severo con ella?

La señora Graves había adquirido un aire de santa indignación. Sus ojos centelleaban, y le temblaban los lentes que colgaban sobre el severo busto, cubierto de seda. Las otras niñas se encogían, asustadas… y porque tenían ganas de reírse. Ann se dio cuenta del peligro, pero tenía necesidad de comprender aquellos problemas que tanto le habían preocupado mientras estudiaba su lección de la escuela dominical.

—Pero ¿no podía el Señor darle una nueva oportunidad, señora Graves? ¡Yo lo habría hecho si hubiera sido Ël!

—En mi vida he oído tales sacrilegios…

—No, pero… ¡Lot era un indecente! ¡No se compadeció de su mujer, ni siquiera intentó llevarla un trecho! ¡Se contentó con irse y dejarla allí sola, convertida en estatua de sal! ¿Por qué no le habló de ella al Señor? En aquellos tiempos, la gente hablaba muchas veces con Dios; así lo dice la Biblia.

¿Por qué no fue a ver al Señor y le dijo que no debía perder tan fácilmente la paciencia?

—¡Ann Emily Vickers, esto tengo que contárselo a su padre! ¡Nunca oí hablar de ese modo! ¡Márchese ahora mismo de esta clase y de esta escuela dominical, y luego hablaré de esto con su padre!

Aturdida, rebelde ante aquel primer descubrimiento de la injusticia, pero, al mismo tiempo, demasiado desconcertada para provocar una revuelta, Ann atravesó la nave de la iglesia, cruzando entre las niñas que se reían de ella y le hacían muecas para avergonzarla, y salió a un mundo en el que no cantaban los pájaros, un mundo lleno de terrible y acusadora piedad. Sin embargo, su indignación había comenzado a despertarse y, cuando llegó a su casa y se encontró con su padre, que había acabado de vestirse para ir a la iglesia, bañado, con el calzado brillante y la levita puesta, la niña no pudo contenerse más y, le contó de cabo a rabo la historia de su martirio.

Él se echó a reír:

—Bueno, bueno, Annie, la cosa no me parece muy grave. No te preocupes demasiado por lo que vaya a decirme la Hermana Graves.

—¡Pero la conducta de ese antipático Lot es algo muy importante! ¡Tengo que hacer algo!

El padre abrió la puerta de la calle, riendo aún.

La niña cruzó corriendo la cocina, pasó frente a la asombrada sirvienta, que preparaba el fricasé de pollo, atravesó el patio de atrás y se dirigió hacia Sycamore Hill, gruñendo mientras corría:

—Sí, los hombres como Lot, el Señor y papá… ¡se ríen!, y las mujeres somos las que tenemos que cargar con todo lo malo —no miró hacia atrás; siguió dándole al pueblo la espalda, hasta que hubo llegado a la mitad de la cuesta.

Luego se volvió, tendió las manos hacia los tejados de Waubanakee y exclamó:

—¡Adiós, adiós! ¡Sodoma, te adoro! ¡Ahora te toca a Ti, Dios!

Y alzó al cielo sus ojos expectantes.

OceanofPDF.com

III

DESDE los once a los quince años, Ann estuvo románticamente enamorada de Adolfo Klebs. No supongáis por eso que se salió de la sana y normal ridiculez al suspirar por él, o que no tenía otras cosas que hacer. Estaba tan ocupada como… un cachorro. Todos los días tenía nuevas aventuras: patinaba, montaba en el tobogán, pescaba, nadaba y una vez atrapó un conejo…, aunque volvió a soltarlo enseguida, llena de compasión; curaba a los perros, a los gatos y a las patitos, muchas veces con gran disgusto de sus pacientes; descubrió a Virgilio, a lord Macaulay y a Hamlet, el automóvil, y el nuevo e inmenso campo del arte cinematográfico. En una de las fiestas de la Orden de la Estrella Oriental oyó a una joven de cabellos negros y ondulados recitar versos de Kipling. Hacía pasteles, barría y planchaba; le encantaba planchar, porque ¡dejaba las telas tan suaves y tan lisas! Se encargaba de los trabajos domésticos cuando se despedía la criada, cosa que ocurría con bastante frecuencia, y cuidaba siempre de su padre, tan distraído y mucho más desorganizado y aturdido que ella misma. Le daba sus pañuelos, le ponía la bufanda, y le obligaba a salir de paseo los domingos por la tarde. Y se acostumbró a mirar a los hombres de un modo tan protector que parecía imposible el que alguna vez llegara a amar a alguien a quien no pudiera reñir y mimar como a un niño.

Pero todos los días seguía viendo al imperioso Adolfo.

Estaban en la misma clase en la escuela y, aunque toda la ciencia de Adolfo consistía en sonreír con gesto de condescendencia cuando no sabía qué contestar, a Ann le parecía un ser superior. Nadaba, luchaba, patinaba y jugaba al béisbol mejor que cualquiera de los otros muchachos del grupo.

No temía al policía del pueblo y sabía bailar mejor que nadie…; pero otras chicas, además de Ann, se habían dado también cuenta de esto y a veces, en las fiestas de los jóvenes, se pasaba toda la velada esperando en vano que él le dijera:

—¿Me haces el honor de bailar conmigo?

Quizá la mejor de todas las fiestas a que asistió por entonces Ann fue la ofrecida por la señora Marston T. Evans, esposa del presidente del Banco Lincoln y Douglas y presidente del Midstate Plough y Wagón Works —el Lorenzo de Médicis, el J. P. Morgan, el barón Rotschild de Waubanakee—, el día en que su hija Mildred cumplió los quince años, dos meses después de que los cumpliera Ann Vickers.

Ann había admirado siempre, y hasta envidiado un poco, la casa de los Evans. Era blanca, con una torrecilla verde, muy alta, y tenía salón y biblioteca. El salón tenía un suelo de madera oscuro y brillante, cubierto en parte por una legitima piel de tigre, y, en las paredes, dos cuadros verdaderos pintados a mano, muy antiguos, quizá de unos setenta y cinco años, que, según decían, valían cada uno varios cientos de dólares. En la biblioteca, detrás de las puertas de cristal de los estantes, se veían hileras e hileras de libros, encuadernados en piel y con adornos dorados.

Durante todo aquel sábado del mes de mayo, mientras la criada la ayudaba a preparar su vestido de fiesta, Ann no hizo más que preguntarse si Adolfo acudiría o no a la fiesta. No se había atrevido a preguntárselo, y los rumores diferían entre sí. Adolfo no contestaba nunca a las preguntas directas y salía siempre del paso con evasivas más o menos ingeniosas.

Costaba trabajo imaginarse que la señora y el señor Marston T. Evans invitaran al hijo de un zapatero socialista, pero se decía que Mildred «estaba loca por él».

«¡Si no va a la fiesta me muero…; tan bonito como ha quedado mi vestido!», pensaba llena de angustia Ann, mientras planchaba con aspecto independiente y animoso.

Su nuevo vestido de fiesta no era, en realidad, un vestido nuevo. El verano anterior había sido un vestido de organdí blanco, con banda roja, que hacía muy buen papel en las noches veraniegas. Ahora, con sus propias manos —que durante una semana se parecieron a las de un habitante de las

islas Salomón—, lo había teñido de un color azul pálido, y ella y la cocinera se habían pasado el día cosiéndole unos puñitos y un cuello blanco y planchándolo hasta que quedó fresco y sedoso, como nuevo.

Para la cabeza tenía un chal de encaje de su madre, y su padre le había comprado unos zapatos de baile, de color azul cobalto. Pasados varios años, Ann solía preguntarse a veces si su padre, el profesor, tan severo cuando se trataba de las notas escolares, con su Carlyle y su Revista Educativa, habría sido en realidad tan irremediablemente persona mayor como ella lo creyera. Cuando murió, lo echó mucho de menos, y la apenaba el pensar que no volvería a oír aquella risita apagada que tanto la enfurecía de niña.

La fiesta iba a empezar tarde…; algunos de los chicos del grupo dijeron que no terminaría hasta las once y que les habían citado para las ocho, no para las siete o las siete y media, como en las demás fiestas burguesas de Waubanakee.

No había luna cuando, después de terminada su *toilette*, se dirigió a la fiesta. Pero el cielo estaba iluminado por el último reflejo del sol, una luz más cálida y suave que la de la luna, lo cual, a pesar de toda su celebridad, no es más que una claridad bastante fría y burlona, hecha del aliento de los enamorados muertos. Los copudos sicómoros de Nancy Hanks Street tenían contornos escultóricos, y las partes del tronco desprovistas de corteza parecían huecos misteriosos a la luz crepuscular. El aire se llenaba con los murmullos del pueblo, las risas distantes, las pisadas de los caballos y el ladrido del perro de una granja, ruidos vagos y apagados. Y Ann se sentía feliz.

Se emocionó y hasta se sobresaltó un poco cuando, al doblar la esquina, vio desde lejos los esplendores de la fiesta. El jardín de los Evans estaba iluminado con linternas japonesas, pero no sólo con una o dos hileras, como en los festivales de la iglesia, sino colgadas de todas partes; de los arces que había junto al seto, de los abetos y los rosales del jardín y del enorme porche central. ¡Aquello era París! Y, cuando se acercó más, Ann vio que en el jardín —¡al aire libre, a la vista de todos!— había una mesa cubierta de los más delicados manjares del mundo: varias clases de pastel, innumerables jarras de limonada y otras bebidas, igualmente delicadas y tres grandes recipientes con helados. Una criada, —no la criada de los

Evans, sino una muchachita contratada para la fiesta— había comenzado ya a servir el helado a varios jóvenes que le tendían ansiosamente sus platillos.

¡Refrescos desde el principio de la fiesta, y quizá durante todo el tiempo que durara, no sólo al final, como en otros sitios!

Pero el espíritu concienzudo de Ann que siempre venció en ella al aventurero, la llevó a pensar si no le haría daño al estómago tomar tanto dulce durante la velada.

Súbita y brillante como un cohete, la música dejó oír sus primeros compases y Ann vio que estaban bailando —¡bailando en el porche, al aire libre!— y que no lo hacían a los sones de un simple fonógrafo, sino de una orquesta compuesta de un piano —¡habían sacado el piano al porche!—, un violín y un clarinete. ¡Y el que tocaba el clarinete era nada menos que el señor Bimby, de la tienda de tejidos «Eureka», y director de la banda de Waubanakee!

Aquello era demasiado. Ann huyó. Ella, la nadadora intrépida, la que subía a los aleros, sintió miedo de la sociedad; echó a correr hacia la oscuridad y permaneció en la sombra, mordisqueándose la punta de un dedo. Años después sentiría lo mismo cuando, después de haber presidido una gran asamblea de damas importantes, complacientes y tontas, reunidas para tratar de imposibles reformas, se encontrara de repente en un bullicioso club nocturno de Nueva York.

Perdida toda su alegría, y como el que cumple un deber desagradable, se encaminó de nuevo a la casa de los Evans y atravesó la puerta. Su estado de ánimo empeoró. Le parecía que iba vestida con un viejo traje de algodón. ¡Las otras muchachas resultaban tan primorosas!… Mildred Evans con su traje de encaje con viso de raso rosa; Mabel McGonegal —la hija mayor del doctor—, vestida de terciopelo rubí, con un collar de piedras del Rin; Faith Durham con un vestido de vaporosa seda japonesa… ¡Todas tan primorosas, tan femeninas, tan atrayentes, tan ligeras… y ella tan ordinaria, tan pesada!

Pero no se dio cuenta de que la mayoría de las otras veinte muchachas llevaban vestidos tan familiares como el suyo. En cualquier fiesta, Mildred, Mabel y Faith se las arreglaban para presumir, lucirse y colocarse en primer plano. No se distinguían mucho en el estudio del latín o en la cocina, pero

habían nacido para brillar, casarse con condes lituanos, ser estrellas de cine o vivir gloriosamente de las pensiones que les produjeran sus divorcios y de cocktails.

Como un pesado perrazo de ganado que contempla con asombro los asaltos de un galgo, Ann las miraba dar vueltas al compás de los divinos acordes. Pero la señora Evans salió graciosamente a su encuentro, exclamando con benevolencia:

—¡Annie, querida, te echábamos mucho de menos, aunque esperábamos que no dejarías de venir…! ¡Ven a tomar un refresco antes de ir a bailar! —y Ann recobró su confianza. ¡Qué refresco le sirvieron! La gran fuente de soda, con todo su esplendor, no había aparecido aún en el mundo occidental; en los establecimientos del ramo se tomaban un icecream de vainilla, o helado de vainilla. El refresco que la señora Evans le ofreció a Ann (sin explicarle, desde luego, lo que era un refresco) estaba cuajado de trozos de hielo, rodajas de ananá y de naranja, y ¡hasta tenía dos cerezas! Ann se lo bebió como si estuviera en el paraíso, hasta que se dio cuenta de que la señora Evans la había dejado.

¡Sola! Le entraron deseos de marcharse.

Y entonces vio a Adolfo Klebs, medio oculto por la sombra de un abeto, sentado en un taburete plegable y bebiendo también limonada de frutas.

—¡Hola, Annie! Ven aquí y siéntate a mi lado —le dijo él con tono ostensiblemente cariñoso.

En señal de tributo a Adolfo —un tributo que no volvería a recibir en su vida—, Ann dejó sobre la mesa su refresco, no solamente sin terminar, sino con una de las cerezas. Al lado de Adolfo había otro taburete, y Ann se sentó en él y apoyó la barbilla entre las manos.

—¿Por qué no bailas? —le preguntó.

—¡Oh, que se vayan al diablo! Son demasiado elegantes para mí. ¡No soy más que el hijo del zapatero! ¿Por qué no bailas tú? ¡Tu padre es rico, como ellos!

Ann no tuvo la falsa modestia de negarlo; aquello era verdad, desde luego: su padre ganaba dos mil ochocientos dólares al año. Pero, exclamó:

—¡Oh, estás loco! ¡Todas están chifladas por ti! ¡Pero, Dolph, si eres el mejor bailarín de la ciudad! ¡A todas las chicas las vuelve locas el bailar

contigo!

—¡Que se vayan al diablo! Mira, Ann, tú y yo somos las únicas personas decentes que hay aquí. Esas chicas no son más que un manojo de coquetas. No saben cazar o nadar tan bien como tú, son todas unas mentirosas. Pero tú eres una chica estupenda, Annie. ¡Eres mi novia!

—¿De veras? ¿Soy de veras tu novia?

—¡Vaya si es verdad!

—¡Oh, Dolph, qué feliz me haces! ¡Cuánto me gustaría ser tu novia!

Le tomó la mano y él la besó torpemente en la mejilla. Ésa fue su única caricia. Los besos prolongados y otras caricias aún más íntimas existían ya en aquella velada de la Edad de la Inocencia, pero el acariciarse delante de todo el mundo no se había convertido aún en un deporte público y aceptado por todos.

—Vamos a bailar. ¡Ahora verán lo que es bueno! —dijo ella con entusiasmo.

Mientras cruzaban el jardín y se dirigían a un lugar más iluminado, Ann vio que su Hombre iba tan magníficamente vestido como Morgan Evans: llevaba un traje de sarga azul marino, un cuello altísimo, una elegante corbata de lazo, de color verde, con un estampado de hojas de trébol blancas y haciendo juego con ella, un pañuelo de seda verde que asomaba por el bolsillo del pecho.

En cambio, detalle curioso, él, el hijo del zapatero, no llevaba escarpines, como algunos de los aristócratas, sino sus toscos y gruesos zapatos negros de todos los días.

El bañe acababa de terminar y la orquesta comenzaba a tocar un *two-step*[3], cuando Ann y Adolfo subieron desafiadores al pórtico. ¡Oh!, aquella música hecha de espuma y luz lunar, a la que acompañaban extasiados los románticos, cantando:

¡Oh, éste es el día
en que despiden a los bebés
con media… libra… de téééé!

En los brazos de Adolfo perdió su energía. Su fuerza se perdió en la de él, que la hacía girar sin esfuerzo. Ann era una pompa de jabón, una mariposa, una alondra. Se olvidó de sus rivales y de sus elegancias; ni siquiera tenía que evitarlas al bailar, porque Adolfo la guiaba con mágica seguridad. Aunque bañaban moralmente, separados por una distancia de un palmo, la mano fuerte y nerviosa del muchacho, apoyada contra su espalda, le producía el efecto de una batería eléctrica.

En aquel momento cesó la música, y Ann cayó del cielo y escuchó aturdida a la señora Evans, que gritaba con su voz fuerte y clara:

—¡Ahora, muchachos, vamos a jugar a las prendas!

Ann y su enamorado se separaron. La timidez del muchacho ante los esplendores de aquella fiesta versallesca se había desvanecido. Nadie saltaba con mayor agilidad ni cantaba con voz más fuerte. Adolfo era mayor que los demás, pero se adaptaba fácilmente. La noche anterior había estado bebiendo cerveza con maduros hombres de veinte años: aquella noche dominaba a los niños. Cuando volvieron a bailar, Ann buscó a Adolfo con la mirada, pero él bailó primero con Faith, luego con Mabel McGonegal, la distinguida hija del doctor —una chica que sabía tocar el piano y recitar poemas en dialecto franco-canuck—, y al fin con Mildred Evans en persona.

La señora Evans los miró y le dijo a su esposo, riendo entre dientes:

—Ya ves que el hijo de Klebs es todo un caballero.

—Sí. Después de todo, esto es una democracia y, yo también nací en una granja —observó, ponderativo, Marston T. Evans.

Pero Ann Vickers contemplaba a Adolfo y a Mildred, que giraban lánguidamente en el vals, con la mirada dolorida de un perro abandonado por su amo.

Se había quedado casi todo el tiempo sentada. Bailó un *two-step* con Winthrop, su fiel camarada, pero después de la ligereza de Adolfo el baile le resultó un tormento. Le parecía que tiraba de Winthrop como de un carro. Tropezaban con todos y aunque Winthrop seguía el compás de la música con sus silbidos, altos e irritantes, sus honrados pies protestaban contra

tanta frivolidad y seguían su camino sin hacer caso de todas aquellas tonterías.

Jugaron al Correo.

Cuando el jefe de Correos —estacionado junto a la puerta de la biblioteca, que habían dejado a oscuras y en cuyo interior se hallaba Adolfo para recibir los besos de quien entrara—, inspeccionó a las muchachas para elegir una de ellas, todas se turbaron más que de costumbre. Adolfo era, a la vez, el paria y el rey de la fiesta; era un Robin Hood que alborotaba la provinciana corte.

—¡Ah…, ah…, Ann! —gritó el jefe de Correos.

Hubo risitas ahogadas.

—¡Está loca por él! —murmuró Mabel al oído de Mildred.

Ann no la oyó, afortunadamente para Mabel, porque en su modesta esfera su venganza era tan terrible como la del Señor.

No la oyó. Tan ligera como si volara entró en la habitación, que había dejado de ser biblioteca para convertirse en una maravillosa y emocionante caverna. Tropezó con objetos que, con toda seguridad, no estaban antes allí. Se sintió extraviada y alegre. Tendió las manos… ¿hacia qué? En su inocencia no tenía ni idea de los ardores corporales. Lo que quería era la esencia del amor, no su corteza…, aunque andando el tiempo habría de convencerse, por experiencia, de que la carne no es el enemigo, sino el intérprete del amor.

—¡Ven! —oyó gruñir a Adolfo.

Se acercó a ella y la besó ligeramente en el extremo de la mandíbula; luego murmuró:

—¡Ahora te toca a ti! —y su caballero abrió apresuradamente la puerta y salió de la biblioteca.

Ben entró entonces. Desde muy pequeño había adorado a Ann, la había seguido a todas partes, le había regalado manzanas. Ahora que era ya casi un hombrecito, el besarla le parecía una gran cosa. Por eso, mientras la buscaba a tientas, rió con risa estúpida y murmuró:

—¡Diablos, tengo miedo! —al fin, la halló sentada en el sillón y, mientras la besaba tímidamente, exclamó—: ¡Pero, Annie, si estás llorando!

—¡Oh, por favor, no me beses, Ben!

—¡Pero si estás llorando! ¿Te trató mal Adolfo?

—¡Oh, no, no, no es que… tropecé con una mesa en la oscuridad!

Se sentaron en silencio y Ben le dio unas cuantas palmaditas en el hombro, hasta que al fin Ann murmuró:

—Ya se me pasó. Creo que debemos salir.

Al verla aparecer, los muchachos que se hallaban frente a ella prorrumpieron en una tempestad de carcajadas.

—¡Oh!, ¿qué habéis estado haciendo tú y Ben? ¡Apostaría cualquier cosa a que os habéis estado besando, Annie!

Y Adolfo la miró de reojo.

Gracias a un violento esfuerzo de su voluntad, Ann logró dominar su deseo de marcharse inmediatamente a casa. Tenía ganas de matar a alguien, de matarlos a todos. Pero se dominó y se sentó, sin hablar. Nunca llegó a saber quién era la muchacha que entró después que ella en la biblioteca para someterse a las tibias caricias de Ben.

Pero se enteró perfectamente de que llamaban a Adolfo para que se entrevistara en la oscuridad con Mabel McGonegal.

En el grupo se había murmurado muchas veces que Mabel era una coqueta, y que era «muy amable con los chicos». Los asistentes a la fiesta, con excepción de Ann, permanecieron cinco minutos contemplando la puerta de la biblioteca, riendo nerviosos, poseídos de un embarazo juvenil.

—¡Y conmigo no se quedó ni cinco segundos! —se decía rabiosa Ann.

Mabel salió de la biblioteca sacudiendo ligeramente la despeinada cabeza. Pero no se parecía en nada a Ann, era mucho más mundana. Antes de que pudieran reírse de ella, exclamó:

—¡Y lo más probable es que no me haya besado!

En el corazón de Ann reinaba un frío de muerte.

Pero cuando Adolfo salió a su vez, orgulloso y fanfarrón, no sufrió cómo había esperado, sino que se echó a reír y pensó: «¡Pero si es como un gato, si anda como un gato!».

En aquel instante desapareció todo el amor que sentía por su héroe y por eso no se apenó al oír que Adolfo le preguntaba brevemente a Mabel McGonegal:

—¿Puedo acompañarte a tu casa?

A ella la acompañó Ben, que iba tropezando tontamente por el camino y precedía todas sus observaciones con un «¡Oh!» o un «¡Mira!».

La luz del crepúsculo había desaparecido totalmente.

Al llegar a la puerta de la casa de Ann, Ben exclamó quejoso:

—¡Oh, Ann!, ¿por qué no te buscas un novio? Nunca has tenido novio. ¡Uf, cómo me gustaría que fueras novia mía!

Pero se quedó muy asombrado y aún más embarazado al recibir un cordial beso, y enormemente sorprendido al ver que Ann, después de haberle besado, decía:

—¡Eres muy simpático, pero nunca seré la novia de nadie! —y echaba a correr hacia la casa.

OceanofPDF.com

IV

«¡ODIO la casa de los Evans! ¡Lo tienen todo tan brillante! ¡Me gusta más esto!», exclamó furiosa Ann, después de dejar a Ben y penetrar en el cómodo aunque deslucido saloncito de los Vickers… Gastada alfombra de Bruselas; Cristos de Hoffman; viejos libros de texto, obras de Walter Scott, de Dickens y de Washington Irving, la serie de los «Escritores ingleses», *The Jungle, The Bird's Christmas Carol y Cruderís Concordance*; un sofá adornado con borlas y cojines y una alacena colocada en la pared, las zapatillas de su padre, con las iniciales bordadas.

—¡Me gusta esto! ¡Da tal impresión de seguridad! —dijo Ann, y subió a su cuarto.

Se quitó despreciativa su espléndido vestido de organdí. Pero era demasiado cuidadosa para hacer algo tan melodramático como desgarrarlo o tirarlo al suelo. Lo colgó cuidadosamente, alisando la falda, apreciando con los dedos la suavidad y frescura de la tela.

Se cepilló el cabello, mulló la almohada, pero no se acostó. Se puso su albornoz —porque, en 1906, los Vickers no se permitían el lujo de usar batas—, se sentó en una silla de alto respaldo y recorrió la habitación con solemne mirada, como si fuera la primera vez que la veía.

Era una habitación pequeña, pero su limpieza y su falta de muebles la hacían aparecer más grande. Ann odiaba las aglomeraciones de muebles. En su dormitorio no había montones de programas de baile manchados por las moscas, colgados, con su lapicillo y todo, sobre el espejo del tocador. Ni instantáneas hechas en la playa, durante las últimas vacaciones; ¡ni siquiera una sola bandera de la Universidad de Yale o de Illinois!

Un estante con libros de Hans Christian Andersen, *Water Babies*, *Lays or the Andent Rome, David Copperfield* —robado de la colección de su padre—, la *Quest of the Golden Girl* de La Galienne, la Biblia de su madre, un libro acerca de las abejas, *Hamlet y Kim*, todos ellos muy gastados por la lectura. Un tocador con un cepillo, un peine y un abrochador colocados con simetría sobre el tablero —como muchas personas aventureras y desarregladas, Ann, dondequiera que estuviese, arreglaba sus efectos con más precisión que las gentes sedentarias, cuyo miedo a la vida sólo es igualado por el descuido con que organizan sus habitaciones—. Una camita estrecha y severa, con un detalle que revelaba un sentimentalismo femenino: una almohadita adornada con cintas. La silla de respaldo alto. Un dibujo de carbón, medianamente malo, reproducción de *Sir Galahad*, de Watt. Una ventana grande y, por lo general, abierta. Una alfombra de retazos. Y paz.

Aquella habitación se parecía a Ann. Desde la muerte de su madre, nadie le había dicho cómo debía ser la habitación de una señorita bien educada. Ella misma la había arreglado a su modo. Pero, sin embargo, al mirarla ahora, igual que si se mirara a sí misma, la encontraba extraña, desconocida, increíble.

Se habló a sí misma.

Verdad es que excepto en algunos detalles, Ann Vickers, a los quince años, era igual que sería a los cuarenta. Pero no es menos cierto que no podía hablarse con la misma severidad y acritud que a esa edad. Su monólogo era nebuloso; sus emociones, inarticuladas. Más si sus emociones se hubieran podido traducir en palabras, se habría dicho lo siguiente, mientras permanecía sentada en la silla, envuelta en su albornoz y con las uñas hundidas en las palmas de las manos:

«Amo a Dolph. ¡Oh, Dios mío, cómo le amaba! Aunque en realidad no lo amaba de un modo muy correcto. Cuando me ocurrió aquella cosa tan rara, y papá me dijo que no me preocupara, yo deseaba que me besara él. ¡Oh, vida mía, cómo te quería! Eras tan maravilloso…; ¡tenías un cuerpo tan esbelto y tan duro, y buceabas tan bien! Pero no eras bondadoso. Yo creí que hablabas en serio, cuando me hablaste esta noche, debajo del abeto.

¡Pensé que lo decías en serio! Que yo no era simplemente una chica fuerte, buena para los deportes, pero a la que nadie podía amar.

»Nunca tendré un verdadero novio. Creo que soy demasiado violenta. ¡Oh, no quiero serlo! Ya sé que soy yo la que planea todos los juegos, pero no es porque me guste. Es que no puedo cerrar la boca. ¡Y los demás son tan condenadamente estúpidos!… ¡Dios mío, perdóname por haber dicho "condenado"…, pero es que lo "son"!

»Ben sí que me amaría. ¡Es tan bonachón!

»¡No quiero que me ame ningún mocoso! ¡Yo soy yo! Voy a conocer el mundo entero… Springfield, Joliet. ¡Y a lo mejor, hasta Chicago!

»Me parece que si alguna vez me ama alguien tan fuerte como yo, me tendrá siempre un poco de miedo.

»No, Dolph no me tenía miedo. ¡Me "despreciaba"!».

De pronto, y sin razón aparente, comenzó a leer el Salmo veinticuatro en la Biblia de su madre, un libro encuadernado en piel negra y rozado por los bordes; su voz, clara y articulada, se elevó al recitar el cántico:

¿Quién subirá al monte del Señor? ¿O quién podrá estar en su santuario? El que tiene puras las manos y limpio el corazón; el que no ha recibido en vano su alma, ni hecho juramentos engañosos a su prójimo.

Éste es el que obtendrá la bendición del Señor y la misericordia de Dios, su Salvador. Tal es el linaje de los que buscan el rostro del Dios de Jacob.

Levantad, ¡oh, príncipes!, vuestras puertas y elevaos vosotras, ¡oh puertas de la eternidad!, y entrará el Rey de la gloria.

¿Quién es ese Rey de la gloria? El señor de los ejércitos; ése es el Rey de la gloria.

Su padre llamó a la puerta y le preguntó, con tono preocupado:

—¡Ann! ¡Annie! ¿Qué te pasa? ¿Estás enferma?

En aquel momento ella odiaba a los hombres, excepto al Rey de la gloria, al que le habría sacrificado todos los sonrientes Adolfos y todos los padres complacientes del mundo. Sentíase salvaje, más se limitó a decir cortésmente:

—¡Oh, no! Lo siento, papá. Estaba leyendo… ¡ah!… ensayando algo que vamos a representar. Siento muchísimo haberte despertado. Buenas noches, querido.

—¿Te divertiste en la fiesta?

Ann, que mentiría siempre como un caballero, le contestó con voz cariñosa:

—¡Oh, muchísimo! *¡Buenas noches!*

«Sí, tengo que dejarlo. Nunca les gustaré a los muchachos que me gustan. ¡Y vaya si me gustan! Pero tendré que contentarme con ser yo misma un chico.

»Y no quiero serlo.

»¡Pero tengo que hacer algo! “Elevaos vosotras, ¡oh puertas de la eternidad”!

»Era tan fuerte. ¡Y tan esbelto!

»¡Oh, él!

»Nunca volveré a rebajarme a querer a alguien.

»Ese cuadro no está del todo derecho.

»¡Las chicas como Mabel! ¡Ésas sí que se pegan a los muchachos!

»¡No volveré a darles otra oportunidad, no volveré a darles a los chicos otras oportunidades de que se rían de mí, por haber sido franca y decente con ellos!

»Elevaos… Voy a acostarme».

Aunque le veía con frecuencia en la tienda de comestibles, adonde se había retirado tranquilamente al dejar los arduos estudios de la Escuela Superior, y aunque por aquel período los componentes del grupo comenzaban a convertirse en parejas aisladas, Ann perdió definitivamente todo interés por Adolfo Klebs.

—¡Diablos, qué rara es Ann Vickers! —observaba Mildred Evans—. ¡Está loca! Dice que no quiere casarse, que quiere ser médico, abogado o qué sé yo. ¡Está loca!

¡Oh, Mildred, qué juiciosa eras, qué juiciosa eras! Hoy, casada con Ben, ¿no tienes acaso la mejor radio de la ciudad? ¿No escuchas los programas de *Amos'n'Andy*, o la sabiduría de Ramsay MacDonald, retransmitida desde Londres? ¿No tienes un Buick, mientras la doctora Ann Vickers va de un lado a otro en su viejo Ford? ¿No juegas al *bridge* con la gente más escogida, mientras ella juega al chaquete con un hombre silencioso? Buena Mildred, juiciosa Mildred, que nunca intentaste enfrentarte con el mundo que te rodeaba, porque sabías que te vencería.

Buenas noches, Mildred. Ya terminé contigo.

La nochebuena en que Ann cumplía los diecisiete años, fue una Nochebuena de tarjeta postal. Cuando se encaminó hacia la iglesia, para asistir a los ejercicios de la escuela dominical, las cálidas luces de las casas vecinas se reflejaban en el nevado camino, surcado por las huellas de los trineos, parecidas a dos líneas de pulido acero. La luna, muy alta, despedía una claridad helada; las ramas de los abetos, cubiertas de nieve, dejaban escapar un sonido ligero y cristalino, y por todas partes había una atmósfera de fiesta.

Ann estaba absorta y ocupada…, demasiado ocupada para dedicar la debida atención a los vestidos y a la elegancia, como había hecho en sus vanidosos quince años. Le habría gustado tener algo más elegante que su blusa de seda escocesa y le fastidiaba el grueso vestido de paño que le había comprado su sensato padre, pero… ¡Oh, bueno!, sus días frívolos se habían terminado.

Era la profesora de la clase intermedia para niñas, en la Primera Iglesia Presbiteriana, clase de la que anteriormente había sido maestra la señora Fred Graves, que descansaba ahora en el cementerio de Greenwod, y que un día había expulsado a una niña llamada Annie Wickers, por el desdén con que tomaba la necesidad de disciplinar a las mujeres. Las niñas de la clase intermedia iban a ejecutar la cantata, «Oíd cómo cantan los ángeles heraldos», y Ann tenía prisa, porque su presencia en la iglesia era muy necesaria, porque tenía que encargarse de dirigir los ejercicios, y quería que su clase impresionara al auditorio.

La iglesia tenía aire de fiesta cuando llegó a ella. Las ventanas dejaban escapar una luz dorada y la puerta estaba alegremente encuadrada por un arco gótico de madera. En el pórtico de la iglesia se hallaban todos los niños que, aunque tal vez descuidaran un tanto sus deberes religiosos durante cincuenta semanas al año, habían asistido a la escuela de un modo edificante durante las dos últimas.

El interior de la iglesia se había convertido en una caverna verde y cristalina. Las piadosas inscripciones de las paredes, los «Bendito sea el Nombre del Señor» y «¿Quieres salvarte?», estaban casi ocultos por guirnaldas de acebo. Pero lo más esplendoroso de todo era el árbol de Navidad que había sobre la plataforma. Tenía tres metros de altura y estaba iluminado con velas y adornado con ángeles de cartón, porque en el día de Nochebuena la Iglesia Presbiteriana se permitía el lujo de ser tan romana como para admitir ángeles al lado del Niño Dios. Velas que brillaban sobre el fondo verde oscuro; velas, blancos ángeles, bolas plateadas y gran cantidad de nieve, hecha de copos de algodón. Al pie del árbol había unas medias destinadas a los niños de la Iglesia Presbiteriana, aun para aquellos que habían sido calvinistas convencidos hasta dos semanas antes; eran unas medias de almidonado tul y cada una de ellas contenía una naranja, una bolsita de confites secos, incluso de menta, y con letreros rojos, en los que se leían inscripciones tan adecuadas como «¡Ven, Niño!», tres nueces del Brasil, un folletito con el Evangelio según San Juan, y un regalo; una trompetita de hojalata, un pito o un mono de algodón.

Todo esto lo había comprado el nuevo pastor, el joven reverendo Donnelly, con el dinero de su sueldo de mil ochocientos dólares anuales…, cuando le pagaban. El joven pastor no era muy sensato. Asustaba a los adolescentes, incluso a Ann Vickers, con el espectáculo de un Dios viejo y colérico que los espiaba, y trataba de sorprenderlos en sus pequeñas maldades. Y sus sermones eran muy aburridos, desesperadamente aburridos. ¡Pero era tan bondadoso, tan entusiasta! Y fue el reverendo Donnelly en persona —conocido en el pueblo por el señor Reverendo—, el que salió al encuentro de Ann:

—¡Señorita Vickers! ¡Cuánto me alegro de que haya llegado temprano! ¡Estoy seguro que vamos a tener una maravillosa Nochebuena!

—Así lo espero. ¿Está lista mi clase? —preguntó la enérgica Ann.

Los ejercicios marcharon a las mil maravillas: la oración, el cántico *Venid todos los fieles*, cantado por el coro y la congregación, la canción cómica del doctor Brever, el dentista; la cantata, que Ann dirigía vivamente con su batuta, y al fin llegó el punto verdaderamente importante de los ejercicios: la distribución de las medias de Navidad, efectuada por Santa Claus, muy arrogante y benévolo con su casaca roja y sus nevadas patillas. En la vida privada, Santa Claus era el señor Bimby, el que tocaba el clarinete y trabajaba en la tienda de tejidos «Eureka».

El señor Bimby habló así:

—Ahora bien, niños y niñas…; he… he venido desde muy lejos, cruzando el hielo y la nieve y… he… los ventisqueros del Polo Norte, porque me he enterado de que los niños de la Iglesia Presbiteriana de Waubanakee eran particularmente buenos y hacían lo que les mandaban sus padres y profesores y, por eso he dejado de acudir a mis citas con el Papa y el rey de Inglaterra y demás gentes importantes, para venir a veros personalmente.

Ann Vickers, como participante en el festival, estaba sentada en uno de los bancos de delante. Con cierta inquietud vio que una de las velas colocadas en las ramas bajas del árbol se ladeaba. Se riñó a sí misma por su tontería, pero no pudo seguir escuchando con la debida atención el humorístico discurso del señor Bimby, el cual proseguía, jovial:

—Ahora bien, yo creo que ha habido alguno que no ha sido todo lo bueno que podía haber sido. Y, a lo mejor, muchos de vosotros no habéis asistido con la frecuencia debida a las clases de la escuela dominical. Yo sé que en mi clase…, es decir, he recibido un mensaje telefónico de mi amigo Ted Bimby, profesor de la clase Superior de muchachos, y él me ha dicho que, a veces,’ en las buenas mañanas del verano…

La vela se doblaba, como una mano cansada. Ann apretó nerviosamente los dedos.

—… algunos muchachos preferían irse a pescar en lugar de escuchar la Palabra del Señor, y todas las lecciones que podéis aprender de los ejemplos de Jacob y de Abraham y de los sabios…

La vela había llegado a los copos de algodón. Instantáneamente, el árbol se incendió y quedó envuelto en grandes llamaradas.

El reverendo Donnelly y Santa Claus Bimby se quedaron mirando con la boca abierta. Fue Ann Vickers la que saltó a la plataforma, empujando hacia un lado a Bimby.

Los niños habían empezado a gritar, poseídos del irrazonable terror de la infancia, y luchaban por alcanzar la puerta.

Ann agarró la alfombra verde que adornaba la plataforma del púlpito y la arrojó sobre el árbol incandescente, mientras con las manos abatía las llamas que la alfombra no alcanzó a cubrir, y mientras su cuerpo cubierto de quemaduras le dolía como un diente enfermo.

—¡Oh, Dios mío! —exclamaba furiosa, en un tono que hacía que la frase sonara peor que «¡Oh, mil diablos!».

En el momento en que perdió el conocimiento pudo aún darse cuenta de que el fuego había sido extinguido y de que el doctor McGonegal arrojaba sobre el árbol su abrigo de piel de coatí. Ann esperaba que el abrigo no se quemaría.

Ann permaneció dos semanas en cama. El doctor McGonegal le aseguró que no le quedaría cicatriz alguna, salvo una o dos señales muy borrosas en las muñecas. Y durante aquellas dos semanas, se vio convertida en heroína.

El reverendo Donnelly iba todos los días a visitarla. El señor Bimby le llevó un valioso collar de cuentas. Su padre le leyó en voz alta *David Harum*. El *Intelligencer* de Waubanakee la comparó con Susan B. Anthony, la reina Isabel y Juana de Arco.

Pero lo que más la emocionó fue la visita de Oscar Klebs, su homérico ceño, su barba blanca, su muda desesperación.

El profesor Vickers, alborotado e incrédulo ante una visita tan proletaria, introdujo al anciano, diciendo con acento falsamente alegre.

—Otra visita para ti, querida.

La autoridad que le confería el ser una heroína, dio a Ann, frente a su amable pero severo padre, un valor que hasta entonces había demostrado

raras veces. Se atrevió a hacerle salir de la habitación, con un movimiento de cabeza casi conyugal, y de ese modo se halló sola con Oscar.

El anciano se sentó junto a su cama y le dio unas palmaditas en la mano.

—Se portó muy bien, señorita. ¡Y no crea que soy tan estrecho de criterio que pienso que todo eso ocurrió porque se trataba de una iglesia! ¡No, no lo creo así! Pero, por favor…, mi pequeña Ann, ¡no les deje convencerla de que es una heroína! La vida no es el heroísmo. Es el pensamiento. ¡Dios la bendiga, señorita! Y ahora me voy.

Aquélla fue la visita más corta de todas las que tuvo. Durante una semana, libre del deber de ser diligente e importante, al tratar asuntos sin importancia, Ann permaneció en la cama, pensando… y, hasta aquel día, aquélla fue la única semana que tuvo tiempo para pensar.

Le parecía estar viendo constantemente a Oscar Klebs, sentado al lado de su cama, pidiéndole que pensara.

«¡Um… huu! ¡He gozado demasiado con la idea de ser una heroína! —se decía—. ¡Apagué el fuego antes de darme bien cuenta de lo que hacía! ¡Sí, así fue, querida! ¡Pero el señor Bimby y el reverendo Donnelly estaban asustados y tú no! Pero ¿qué importa? Lo que pasa es que tú te mueves más aprisa que la mayoría. ¡Y, sin embargo, no conseguiste que Adolfo se enamorara de ti!

»¡Oh, Dios mío, hazme sensata, no permitas que me envanezcan demasiado los aplausos!

»¿Quién subirá al monte del Señor? ¿O quién podrá estar en su santuario? Aquel que tiene limpias las manos y puro el corazón.

»¡Pero, diablos, yo fui la que apagó el fuego mientras todos los *hombres* estaban mirándolo con la boca abierta!».

OceanofPDF.com

V

LA UNIVERSIDAD FEMENINA de Point Royal es un agradable lugar con sus edificios de ladrillo de estilo georgiano, sus prados, sus robles y sus álamos, y se encuentra situada en la ladera de una colina que domina el río Housatonic, en Connecticut.

El padre de Ann Vickers —que había muerto callada y decentemente, como convenía a un hombre de su clase— le había legado al morir toda su fortuna, consistente en mil dólares. Para pagar el resto de su pensión servía a la mesa en Dawley Hall, el comedor de la Universidad, y corregía los apuntes de sociología.

En el otoño de 1910, se hallaba en su segundo año de estudios.

Ann Vickers, que por aquel entonces contaba dieciocho años, tenía un aspecto «terriblemente sano». Así era como ella se definía a sí misma. Era alta, de esqueleto fuerte, y estaba amenazada de volverse obesa, en caso de que no siguiera luchando contra su gordura. Tenía los cabellos castaños y sólo un constante y severo cuidado impedía que se le alborotaran. Lo mejor de su cara eran los ojos, asombrosamente oscuros para su pálida tez, unos ojos que nunca carecían de expresión y que pasaban rápidamente de la alegría a la cólera. Aunque sus caderas eran quizá demasiado rollizas, tenía hermosas y esbeltas piernas y manos largas y fuertes. Y, aunque se tenía por una persona callada, por un ratón campesino, al lado de aquellas espléndidas y deslumbradoras muchachas de la Quinta Avenida, Farmington y Brooklyn, no estaba en realidad nunca quieta ni hablaba con humildad a nadie, ni aun a la hija de un rey del acero de Pittsburgh. Estaba constantemente indignada, alegre, profundamente triste o deprimida, lo que años más tarde llamaría Lindsay Atwell «en baja forma».

Cuando se representaba una obra en Point Royal, mientras las otras muchachas se limitaban a decir: «fue una buena obra» o «a mí no me pareció tan buena», Ann la daba vueltas durante horas enteras…, bueno, minutos, al menos…, odiando al villano, glorificando a la heroína y a veces hasta enamorándose del protagonista.

Sin proponérselo especialmente, se iba convirtiendo en una persona importante. Formaba parte del equipo de baloncesto, era la secretaria del discreto Club Socialista, vicepresidente de la YWCA[4] y, al año siguiente, cuando estuviera ya en tercero, sería seguramente elegida presidenta.

Durante dos años vivió sola. Pero aquel año compartía su hermoso departamento —un departamento que tenía agua corriente— con Eula Towers, la pálida y hermosa Eula, que prefería las luces suaves, los colores delicados y un arte pálido y exquisito de tonos verdes agua, un *fin de siécle* mantenido exquisitamente diez años más de lo debido. Ella hacía casi todos los dibujos para el Festival Anual de la clase: retratos de muchachas con cuello de cisne y cierta falta de glándulas mamarias, damitas prerrafaelistas, muy artísticas y bastante tontas.

Ann había admirado siempre a Eula, pero nunca llegó a conocerla. Aunque era capaz de vendar una pierna lastimada jugando al baloncesto, corregir las estadísticas de un apunte de sociología o reconciliar con falsa jovialidad las espantosas controversias de la Y. W., cuando se trataba de si debía o no celebrar una reunión con las muchachas de la Y. W. de la Universidad de Bethel, a Ann la admiraba y sobrecogía el que Eula supiera dibujar retratos de los profesores, que llevara cinco brazaletes juntos, que usara a veces un turbante y que hubiera escrito el siguiente poema para el *Literary Argus* de Point Royal:

Noche… la noche oscura y llena de espantos…
Noche… y yo sigo sola mi solitaria senda…
¡Oh, estás tan lejos y te quiero tanto…, tanto!…
Cuando pienso en ti bajo la muerta Luna.

Eula era rica. Su padre era un famoso droguero mayorista de Buffalo. Aunque Ann insistió en pagar la mitad del alquiler, permitió en cambio, que Eula amueblara y decorara las dos habitaciones, ¡y cómo las decoró y amuebló! A Eula le gustaba pintar al pastel y todo lo que la hiciera huir de

las brillantes exactitudes del comercio al por mayor de drogas. Tenían un cuarto de estudio y un dormitorio. El cuarto de estudio, que Eula llamaba «el estudio», fue decorado en negro y lavándula; unas telas japonesas, en oro y lavándula, cubrieron las paredes de color de crema que les habían suministrado las anti estéticas autoridades de la Universidad. Había también una alfombra negra; un diván cubierto de seda del mismo color, tan amplio y lujoso que era imposible sentarse en él sin que luego le doliera a una la espalda; sillas de madera esmaltada de negro y tapizadas en color de lavándula, y cuadros y más cuadros… Aubrey Beardsley, Bakst, Van Gogh, una preciosa fotografía de Richard Mansfield, con su autógrafo, y varios miles de grabados japoneses, aunque no todos procedían del Japón.

Una vez realizado este trabajo, Eula se dedicó a atenuar la luz y excluir el aire. Los tres mecheros de gas, dos sobre las mesas y uno pendiente del techo, fueron cubiertos con pantallas de seda. Las dos grandes ventanas, desde las que se veía un panorama de robles, prados y lejanas colinas, fueron tapadas con visillos de seda grisácea y cortinones de terciopelo negro.

Y, sobre una mesita baja, colocó un Buda de hierro dorado.

Todo aquello no le gustaba mucho a Ann, pero guardaba silencio y lo único que decía era que «no comprendía gran cosa de aquel arte».

Después de haber puesto término a tanta belleza, Eula le dijo, resplandeciente de gozo:

—¿Verdad que es precioso? Las habitaciones de Point Royal son tan, ¡oh!… tan duras y tan frías en su mayor parte… ¡Tan terriblemente masculinas, tan vulgares! Aquí tendremos un verdadero «salón», donde podremos hablar, descansar y regocijar nuestras almas. ¡Y soñar! Ahora verás lo que he pensado para el dormitorio. Conservaremos el motivo negro, pero emplearemos como color auxiliar el rosa viejo. Cortinas de terciopelo negro y…

—¡Vamos por partes! —la reverencia que Ann sentía por las cosas ligeras y delicadas, desapareció ante su deseo de aire puro y luz, dos de los dioses más importantes de su pequeño y duro *Pantheon*, junto a la lealtad, el valor y la curiosidad de un Einstein por las cosas que hacen funcionar el mundo—. La habitación ha quedado preciosa, querida. Sí, muy bonita.

Estoy casi segura de que es bonita. Pero yo no quiero cortinas pesadas ni pantallas caras en mi dormitorio. Necesito aire puro. Y, si no te importa, voy a meter dentro de él mi escritorio, a colocarlo junto a la ventana, y a poner una pantalla de cristal verde en mi lámpara. Quédate con esta habitación. Y luego, en el dormitorio, pondremos un par de camitas estrechas, un par de tocadores, una alfombra de esparto, y con eso tenemos bastante.

Eula se golpeó el pecho con los puños ante tal filisteísmo. —Era 1910: todavía se usaba la palabra «filisteo»—. Luego gimió con voz parecida a la de una funeral trompeta de plata:

—¡Ann! ¡Oh, vida mía! Yo lo hice simplemente porque creí que te gustaba…, que te gustaba… ¡Oh, si al menos me lo hubieras dicho antes!

—Sí, sí, desde luego, un salón como éste es estupendo. Pero necesito una habitación donde poder trabajar. ¡Tú lo comprenderás tan bien como yo!

—¡Oh, desde luego! *¡Vida mía!* ¡Haré todo lo que quieras! —Eula avanzó hacia Ann como una serpiente; luego la estrechó contra sí y la besó en el cuello—. ¡Haré lo que tú quieras! Cualquier cosa en que mi talento pueda servir a tu grandeza…

—¡Oh, déjate de eso! ¡Déjalo! —lo curioso del caso era que Ann se sentía más alarmada que encolerizada ante tan untuoso ataque. Le parecía malsano y, olvidándose de su valor, prefirió huir—: ¡Tengo que irme al gimnasio! —gruñó, soltándose y tomando su boina.

«No lo comprendo. No me gusta que las muchachas me abracen así. ¡Diablos!, no sé por qué, pero me asustan. ¡Sus abrazos no son agradables, como los de Adolfo!», se decía, maravillada, mientras se dirigía a la biblioteca.

Pero después de pasar una hora feliz con los *Principios de tasación y su relación con las tarifas*, de Danby, suspiró: «¡Oh, no es más que uno de esos caprichos idiotas de las colegialas! No tengo que ponerme así, porque me haya besado. ¡Te crees que eres algo sagrado!… Pero no consentiré esos decorados babilónicos…, cartagineses…, ¡o lo que sean!…, ¡y menos aún en el dormitorio!».

Y no lo consintió.

Eula, aunque protestaba con tono quejoso contra las ventanas abiertas en las frías noches de invierno, declaraba delante de las otras muchachas que estaba encantada de «la hermosa sencillez espartana de nuestro dormitorio».

Aquel día, el tercero del curso, había seis muchachas en el «salón» de Eula. La habitación no estaba aún amueblada del todo, pero el diván negro y varios cientos de grabados japoneses estaban ya colocados. Las seis estaban sentadas ante una fuente de barro donde hervían los ingredientes de un «Welsh-rabbit». Del mismo modo, en 1932, seis caballeros de Harvard, Yale o Princeton se reunirían para tomar una botella de ginebra, aunque, en verdad, el «Welsh-rabbit[5]» era aún el más ponzoñoso.

Las muchachas hablaban…, hacían comentarios…, vibraban al descubrir la vida. Durante los dos primeros años de universidad no habían sido más que unas colegialas. Ahora hablaban con entusiasmo del Gran Mundo y del momento en que, una vez graduadas, ascenderían al trono, gobernarían principados, ocuparían espléndidos puestos en las mejores escuelas o se casarían con hombres distinguidos —preferiblemente hombres de carrera—; de cuando viajaran por Francia, o trabajaran por el bienestar de los pobres y los ignorantes.

—En la clase hay muchísimas chicas que quieren casarse. Yo no quiero casarme. ¡Lavar a un puñado de mocosos y escuchar lo que dice el marido durante el desayuno! Yo prefiero una carrera —dijo Tess Morrissey.

Era 1910. Las muchachas ardientes hablaban entonces como si el matrimonio y una «carrera» tuvieran que ser forzosamente enemigos.

—¡Oh, yo no! ¡No creo que esté bien hablar de ese modo de la vida de familia! —dijo Amy Jones—. Después de todo, la base de la civilización es el hogar. ¿Y de qué modo puede influir mejor en el mundo una mujer como es debido que dando un buen ejemplo a su esposo y a sus hijos?

—¡Oh, diablos, sois anticuadas! —protestó Edna Derby—. ¿Para qué creéis que venimos a la Universidad? ¡Las mujeres han sido siempre las esclavas del hombre! ¡Ahora les ha llegado su hora! Debemos exigir la misma libertad, los mismos viajes, la misma fama y todo lo demás que

tienen los hombres. ¡Y derecho a gastar nuestro propio dinero! ¡Oh, y yo también voy a seguir una carrera! Voy a ser actriz, como *la belle Sarah*. ¡Pensad bien en ello! ¡Las luces! ¡Los aplausos! ¡El perfume de… del maquillaje y toda clase de personas interesantes que vienen a verte al camarín y a felicitarte! ¡Un mundo mágico! ¡Oh, por nada del mundo prescindiría de él!…

—Me figuro —dijo secamente Ann— que si piensas dedicarte el teatro querrás hacer alguna obra que merezca la pena, además de los plausos.

—¡Oh, desde luego! Me gustaría ayudar a elevar el arte escénico. ¡Tiene un nivel tan bajo ahora! ¡Haría cosas de Shakespeare!

—A mí no me preocupa nada de eso —dijo Mary Vanee—. Creo que Amy tiene razón. Está muy bien eso de tener una carrera, y yo no pienso dejar de tocar el piano ni el banjo; pero me gustaría formar un hogar. Para eso es para lo que se quiere una buena educación…, para casarse con un hombre verdaderamente bueno, inteligente y todo lo demás, y poder comprenderle y ayudarle, para que los dos hagamos frente al mundo como… como ese rey francés…, ya sabéis de quién hablo… y su mujer.

—A mí no me asusta el mundo. Voy a ser pintora. Estudiaré en París. ¡Oh, mi querido París, vieja ciudad gris a orillas del Sena! ¡Y mis cuadros figurarán en los salones! —declaró Eula.

—¡Yo quiero escribir! —gimió Tess.

—¿Escribir qué? —preguntó secamente Ann.

—¡Oh, cualquier cosa! *¡Escribir!*. Ya sabes… poemas y ensayos, novelas, críticas y demás cosas por el estilo. Creo que comenzaré leyendo manuscritos para una editorial. O, a lo mejor, me emplearé en un periódico de Nueva York. Ahora mismo se me ha ocurrido una idea preciosísima para un ensayo: la de que los libros son nuestros mejores amigos, los que nunca nos abandonan por pobres que seamos. ¿A qué viene todo eso que decíais? No querréis decir que después de haber terminado vuestra educación vais a dejaros seducir por la idea de tener un marido y un hogar, ¿verdad? ¿No quieres tener una carrera, Ann?

—¡Vaya si quiero! Pero en lo que difiero de vosotras… las Marías… —siempre pensé que la pobre María no ha sido tratada con justicia—; ¡en lo que difiero es en que yo espero trabajar! ¡Yo también quiero aplausos y

dinero, pero pienso trabajar para conquistarlos! Además, quiero hacer algo que produzca algún efecto sobre la raza humana. Si pudiera pintar como Velázquez y dejaros con la boca abierta, o representar *Lady Macbeth* de modo tal que extasiara a mi auditorio, me encantaría hacerlo; pero pintar cuadritos mediocres de paisajes nevados…

—¡Pero, Ann! —exclamó Eula.

—… o representar obras de Charles Klein, que no valen nada… Quiero hacer algo que afecte a los demás, aunque no sé aun lo que voy a hacer… Soy demasiado ignorante. ¡Quién sabe si me haré misionera! ¿O no es eso más que un medio de llegar a la China? A lo mejor seré médico, o trabajaré en una *settlement house*[4]. Pero quiero hacer algo por el mundo.

—¡Oh, sí! Desde luego que sí —declaró virtuosamente Tess, la genial literata—. Como es natural, yo también quiero ayudar a las gentes, elevarlas.

—¡Oh, yo no me refiero a hacer repartos de carbón y mantas, o enseñar a los indígenas de las islas del Mar del Sur a llevar pantalones! Lo que quiero decir es… —si a Ann le costaba más trabajo que a las demás decir lo que quería, descubrirse a sí misma, era porque, de un modo elemental, tenía realmente algo que decir—, es algo parecido a lo que una saca de la lectura de la nueva novela de H. G. Wells, de *Tono-Bungay*. Me gustaría contribuir, ¡oh!, aunque no fuera más que en una millonésima parte, a la tarea de lograr que esa raza de seres brutos y hoscos se pareciera un poco más a los ángeles.

¡Pero, Ann Vickers! —exclamó la refinada Amy Jones—. ¿Crees que es bonito llamar raza de brutos a la raza humana, que, según dice la Biblia, fue creada a semejanza de Dios?

—Bueno, pero San Juan Bautista llamó a sus coetáneos generación de víboras. Eso que yo no creo que seamos tan buenos… Nos hace falta más veneno, en vez de menos. ¡Somos tan… tan endemoniadamente blandos! ¡Le tenemos tanto miedo a la vida!

Francine Merriweather entró en la habitación, y la discusión acerca de los fines de la vida, tan interesante hasta aquel momento, cesó súbitamente, mientras Francine gritaba, al estilo de las tragedias griegas:

—¡Oídme, hermanas! ¿Sabéis lo que pasa? El grupo de las Sigma Digamma va a elegir a Snippy Muelle presidenta de la clase, y a Gertie como secretaria de Literatura. ¡Tenemos que hacer algo!

—¡Hacer algo! —exclamó Ann. En aquel momento tenía muy poco de salvadora de la humanidad; era una muchacha toda viveza y furia—. ¡Chicas! ¡Elijamos presidenta a Mag Dougherty! ¡Vamos, démonos prisa! ¡Y, si no os importa, yo me quedaré con la vicepresidencia! ¡Y nombraremos secretaria a Mitzi Brewer!

—¡Pero si ayer mismo dijiste que era una mordaz! —exclamó, quejosa, Edna Derby.

—¡Oh! —repuso vagamente Ann—. No quería decir eso. Además, si la proponemos como candidata, obtendremos probablemente todos los votos de la Asociación de Música. Son unas tontas, pero sus votos son tan buenos como los de las demás.

—Ann Vickers, hablas como un político. No creo que hablaras en serio antes… cuando nos decías que te gustaría hacer que toda la humanidad fuera como quiere H. G. Wells, y todo lo demás.

Ann se quedó francamente asombrada.

—¿Yo? ¿Un político? ¡Pero si los políticos son espantosos! No pensaba en la política. Estaba pensando simplemente en la mejor candidatura para la clase… ¡Es decir, en llevar a los puestos directivos las chicas mejores!

Del mismo modo que los asuntos prácticos habían interrumpido la solución de los problemas de la vida, un tema más interesante vino a interrumpir, aún con mayor brusquedad, el tópico de la política:

—¡Oh, chicas! —exclamó Francine—, ¿no habéis visto todavía al nuevo profesor de Historia Europea, doctor Hargis? Yo le vi en su despacho.

—¿Cómo es? —preguntaron a coro las doncellas.

—¡Oídme bien! ¡Es estupendo! ¡Contén tus labios, corazón mío! ¡No saben los directores a quién han dejado entrar en este convento! ¡Es un pelirrojo guapísimo!

—¿Pero *hay* pelirrojos guapos? Las mujeres, sí, pero los pelirrojos… —dijo desdeñosa, Eula.

—¡Esperad a conocer a ese dios griego! ¡Tiene el pelo rojo, pero casi dorado! ¡Y más rizado…! Además, unos ojos grises preciosos, los hombros anchos, el cutis tostado como si hubiera estado nadando todo el verano, y una sonrisa… ¡Oh, jóvenes Porcias, cómo vais a enamoraros de él!

—¿Qué edad tiene? —preguntó ansiosamente el coro de muchachas.

—Unos treinta años, y dicen que se ha doctorado en Filosofía en Chicago, que es licenciado en alemán y en no sé cuántas cosas más. Apuesto cualquier cosa a que baila maravillosamente. ¿Creéis que debo estudiar Historia Europea? ¡Las que estén a favor, que levanten la mano derecha! ¡Todas están a favor!

Pero Ann se juró a sí misma: «Entonces, yo no estudiaré Historia Europea… Aunque, en realidad, es una asignatura que me hace falta… No quiero dioses griegos en mi curso. Los hombres son unos trogloditas… por más que no sé muy bien lo que eso significa… ¿Qué era lo que papá acostumbraba a decir? “Los hombres son comadrejas, las mujeres víboras y los niños gusanos”. No, los hombres son simplemente unos animales… Pero, de todos modos, no puedo seguir soportando a Eula… Pero no me enamoraré nunca de ningún hombre… Aunque me figuro que podría consultar con ese tal Hargis, acerca de mi curso».

OceanofPDF.com

VI

GLENN HARGIS, M. A. PH. D.[6], auxiliar de Historia de la Universidad de Point Royal, se hallaba en su despacho del piso bajo del Susan B. Anthony Hall. Ésta era una habitación pequeña, de paredes de estuco rosa, y en ella se veían un grabado del Partenón, uno de esos grabados tan corrientes que deben de ser contemporáneos del Partenón mismo, un escritorio muy modesto, un almanaque mundial, una guía de Point Royal, una gran lista de clases, el último *Journal and Courier* de New Haven, y el doctor Hargis en persona. Aquello era todo, es decir, era todo hasta que Ann Vickers entró con paso vivo, y aquel calabozo, en el que eran habituales las aburridas discusiones de temas, notas, suspensos, aprobados y lecturas, se llenó súbitamente de vida.

El doctor Hargis, sentado ante su escritorio, alzó la vista y se quedó mirando aquellas mejillas mojadas de lluvia y aquellos ojos brillantes. Ella le miró a su vez y vio que no era el «dios griego» de que había hablado la insaciable Francine, sino un muchacho fuerte, de aspecto sano, agraciado, de amplia frente y alegres ojos. Estaba fumando en pipa y Ann se fijó en ello con inexplicable aprobación. La mayoría de los profesores masculinos de Point Royal eran unos hombrecillos grises, borrosos y tímidos, amigos de la moralidad y de la mantequilla.

Él se puso en pie. Su voz era inesperadamente aguda, casi femenina, al preguntarle:

—¿Sí? ¿En qué puedo servirle?

Mientras se sentaban, él lanzó una bocanada de humo. Ann se sentó en la silla de los condenados, en la que el año anterior muchos estudiantes

habían tratado de explicar al profesor de matemáticas por qué las jóvenes prefieren a veces el baile a los cálculos diferenciales.

Tengo una hora libre —le dijo—, a las nueve y media y puedo elegir entre Armonía, Shakespeare o Historia General Europea, hasta mil cuatrocientos.

—¿Y por qué no elige la Armonía o Shakespeare? El tal Shakespeare era una gran persona. Hablaba de los pasteles y de la cerveza…: un tema, en mi opinión, bastante descuidado en esta casta atmósfera. ¿No le gusta la Armonía? Mi clase de Historia está bastante llena.

—¡Oh, la Armonía no me interesa lo más mínimo! Lo siento pero no tengo temperamento artístico. Solía tocar el órgano en la iglesia, más ésa es toda la música que sé. Y Shakespeare… mi padre y yo solíamos leerle en voz alta, pero aborrezco este desmenuzamiento de sus obras que llaman «estudiarle».

—Muy bien, pero entonces tampoco le gustará que desmenucen la Historia Europea.

—No, porque no sé nada acerca de ella.

—Dígame, señorita. Eh…, dígame precisamente por qué le gustaría estudiar Historia Europea, aparte de porque no tiene otra cosa que hacer a las nueve y media.

—Quiero conocerla. ¡De veras! ¡Quiero aprender! Espero que algún día… Ayer, una muchacha me acusó de ser como un político y, aunque yo lo negué al principio, luego me hizo pensar; a lo mejor, me he estado engañando a mí misma. A lo mejor, intervendré en política el día en que las mujeres consigan el voto. ¿Por qué no? Tiene que haber algún gobierno, aunque no sea perfecto y creo que no podría haberlo si no hubiera políticos.

—Los políticos, mi querida señorita, son simplemente los corredores de la economía, y usted ya sabe lo que todos pensamos de los corredores. Toman la Verdad Económica y se la venden en pequeñas cantidades a sus clientes, obteniendo por ello beneficios excesivos.

—Muy bien, pero… los mismos profesores de universidad, ¿no son los corredores del saber?

Él sonrió.

—Sí, quizás. Y los escritores, los corredores de la belleza… los que la adulteran juiciosamente y la colocan en pequeños paquetes, con brillantes etiquetas y cintas de seda artificial, y la venden bajo un nombre comercial atractivo. Sí, quizás. Y los abogados los corredores de la justicia. Bueno, creo que debemos dejarla que se dedique a la política. Pero ¿qué tiene eso que ver con la Historia General Europea y las nueve y media de la mañana…, una hora fría y horrible en estas latitudes septentrionales?

—Bien, si yo llegase a dedicarme a la política, me gustaría hacer algo más que ocuparme en conseguirle una nueva oficina de correos a Passawumpaic Creek. Como ya no habrá más guerras grandes, América se acercará más a Europa y a mí me gustaría trabajar para conseguir tal cosa. ¡Sea lo que sea, el caso es que quiero aprender!

—La acepto en mi clase —dijo él, poniéndose en pie y sonriendo—. Y, por si le interesa, le diré que es la primera muchacha de esta culta Universidad a la que acepto gustoso. Porque usted «quiere aprender». Sus *confieres* o *consoeurs*, como usted lo prefiera, sienten, al parecer, la misma alegre antipatía por la ciencia que los caballeritos que he conocido en la Universidad de Chicago, o en mi nativa Universidad de Ottawanie. Estoy seguro de ello aunque yo también puedo equivocarme.

—No se equivoca —dijo lúgubremente Ann—. Las mujeres son trabajadoras, pero rara vez saben en qué deben trabajar. Son como las hormigas. Ya verá cómo encuentra muchas chicas a quienes les gusta trabajar. Que pueden repetirle de memoria cualquier pasaje del libro. Pero no encontrará muchas que sepan por qué lo estudian, o que lean algo relacionado con sus estudios, si usted no les dice que lo hagan.

—¡Pero estoy seguro de que usted sí lo hará!

—¡Claro! —replicó ella con candorosa sorpresa, sin darse por enterada de su ironía—. ¡Usted lo sabe muy bien!

Mientras se encaminaba a la reunión de las Voluntarias Estudiantiles, Ann iba pensando con satisfacción:

«¡Es estupendo! ¡Es el único profesor de la Universidad con el que da gusto hablar!».

Las voluntarias Estudiantiles son un cuerpo intercolegiado, cuyos miembros se comprometen voluntariamente a convertirse en misioneras con

tan celoso ardor que, de las cuarenta y dos voluntarias que había aquel año en Point Royal, cinco llegaron a ser verdaderamente misioneras. Las Voluntarias se reunían para cantar himnos, rezar y escuchar conferencias acerca del rápido desarrollo del cristianismo en Beluchistán, Nigeria o México, ya que el último, al menos desde el punto de vista de Point Royal, no tenía nada de cristiano.

Aquel día se hallaba entre ellas una verdadera misionera, recién llegada de Birmania, que no les habló de las cúpulas doradas, de las musicales campanas de los templos y, mucho menos de las delicadas muchachas birmanas con quienes había hablado cuando la niebla cubría los arrozales y el sol descendía en el horizonte. Les habló de las niñas-madres, de la fiebre, de los niños tiñosos que jugaban en medio de la suciedad.

Pero a Ann Vickers le interesaba más dar de comer a los niños hambrientos que los templos cubiertos de mosaicos, y por eso no sonrió al oír que la misionera suspiraba:

—¡Oh, si quisierais ayudarme a llevarles las palabras de Jesús, para que los paganos, como en nuestros amados países cristianos, se vieran libres del espectáculo de los mendigos y los niños muertos de hambre!

Ann asintió con un movimiento de cabeza… pero no había oído nada. Había estado pensando en el pelirrojo Glenn Hargis.

¿Sería realmente ingenioso o no era más que un burlón?

¿Y cómo era posible que le gustara más el olor de la pipa que el perfume cálido y suave de Eula?

Y, cosa deplorable, ¿cómo estaba tan distraída, cuando recibían a una misionera que acababa de llegar directamente del Campo de Acción?

Y… ¿estaría casado el doctor Hargis?

No lo estaba. A las veinticuatro horas todas las muchachas del recinto escolar lo sabían perfectamente.

No era costumbre de Point Royal tener entre sus profesores un hombre soltero, especialmente un soltero buen mozo. Pero, al parecer, el doctor Hargis era primo del difunto director de Point Royal, el bendito doctor Merribel Peaselee, lo cual era, por supuesto, una garantía de su formalidad.

—Bueno, a lo mejor será formal —declaró Mitzi Brewer, la niña terrible del tercero—, pero a mí me gusta más que el pastel del desayuno.

—¡No digas barbaridades! —dijo Ann—. Es muy inteligente y no piensa más que en las lecciones que nos enseña la historia, y en los medios para reorganizar la sociedad humana. Tiene una gran idea del profesorado.

—Bueno, Annie, pero a mí no tiene que enseñarme lo que hay que hacer para reorganizar la sociedad. Echar al decano, poner una línea de autobuses gratis hasta la Universidad de Yale y organizar un baile todas las noches. ¿Y crees que a ti no te gustaría eso? Eres demasiado pura, Ann. Te duele hasta que te miren. ¡Pero espera a que le tomes gusto a la cosa, cordera! Cuando yo esté en casa, tejiendo calcetines para mi sexto hijo, tú te habrás dedicado a vivir tu vida, y si no, ¡al tiempo!

—¡Me das asco! —dijo Ann con una debilidad que la asombró a ella misma.

Aunque en sus hábitos personales Ann era tan respetable como la decana, la doctora Agatha Snow, aunque era fastidiosamente sana y normal, practicaba el baloncesto y estudiaba ciencias domésticas, sin embargo, privadamente le inquietaba el conservadurismo de Point Royal. La sombra de Oscar Klebs seguía rondando en torno suyo. Le irritaba el que todas sus compañeras, con excepción de una docena, consideraran a los trabajadores como seres inferiores y a New Washington, Ohio, como algo muy superior a Viena y Estocolmo juntas. Aunque se tenía por una cristiana sólida, por una futura misionera, le disgustaba el que se la considerara como una muestra de mala educación el criticar a la Biblia como criticaba a Shakespeare. Y eso no quiere decir que, en 1910, Point Royal no fuera tan «fundamentalista» como las reuniones que se celebraban en 1810 en los campamentos de la frontera. Las muchachas no aceptaban dócilmente la Biblia porque su contenido las apasionara y elevara, sino porque la Biblia y la religión les interesaba tan poco que no pensaban en luchar por ellas, ni siquiera en dudar de ellas. No tenían la fe suficiente para ser fanáticas o ateas. Ann sabía que, aun en las universidades más grandes —Vassar, Wellesley, Smith— había muchachas que consideraban que un título

universitario era tan importante como aprender a jugar al tenis. Pero Point Royal —al igual que gran número de otras universidades del Oeste Medio — era un ejemplo perfecto de esa superioridad americana sobre el tiempo y el espacio, en virtud de la cual puede hallarse en un solo hombre de negocios la religión del 1600, las ideas del 1700, los conceptos económicos del 1800 y la habilidad mecánica del 2500.

Esta irritación, y el recuerdo de Oscar Klebs, habían impulsado a Ann a fundar el Club Socialista de Point Royal. Era un club pequeño y muy moderado. El término medio de los concurrentes a las reuniones no pasaba de seis personas, y las sodas se sentaban en el suelo del cuarto de una de las afiliadas y se decían con voces excitadas que no era justo que ciertos hombres tuvieran millones y otros se murieran de hambre y que todas ellas leerían a Marx en cuanto encontraran tiempo para ello. Una vez, Tess Morrissey, una severa joven, dijo que debían estudiar la regulación de los nacimientos, y todas ahogaron una exclamación y luego se pusieron a hablar en voz baja, nerviosamente.

—Sí, las mujeres deberían gobernar su propio destino —murmuró Ann.

Pero cuando Tess, que estudiaba biología, les explicó en voz baja los medios que había para conseguirlo, todas se sintieron molestas y comenzaron a discutir las bellezas del sufragio femenino, que iba a terminar con todos los crímenes y bajezas de este mundo.

En el Club Socialista nadie acusaba a Ann de inconsecuencia porque perteneciera también a las Voluntarias Estudiantiles. Aquélla era la edad de una fantasía conocida con el nombre de socialismo cristiano. Era la época del más exagerado optimismo, de un «idealismo» de preguerra que se contentaba con fe, en lugar de estadísticas, en la certidumbre, por una parte, de que los cielos habían hecho el capitalismo para que durara eternamente y, por otra, de que el capitalismo sería pronto e incruentamente reemplazado por una Comunidad Utópica Internacional bastante parecida a la vida hogareña de Luisa M. Alcott. Los que en 1930 tenían treinta o treinta y cinco años, adquirieron en aquella época esas ideas vagas, liberales, ligeramente caricaturescas, que sus hijas habían de comparar con la ética del Bautista y la cosmogonía de Moisés.

Ann Vickers, aunque era una de las inteligencias más claras y avanzadas de su clase, se hallaba, sin embargo, en 1910, más cerca de William Wordsworth y las pastorales de 1832 que los ardientes espíritus que, en sus días estudiantiles de 1929, 1930, 1931, 1932, eran ya de inteligencia tan clara que les fastidiarían tanto los fantasmales guerreros que en 1930 seguían tocando sus desafiadoras trompetas sobre el cuerpo de un victorianismo muerto, como las primitivas cualidades de ese victorianismo; y que despreciarían, más que a aquéllos, la agria degeneración de la década anterior, en la que los fracasados Ulises de la Gran Guerra, no habían dejado de cantar, desde 1919 a 1929: «Bebamos, comamos y seamos obscenos, porque el mundo se ha ido al diablo, y después de nosotros no habrá más juventud, primavera o esperanza».

Tan poco anticipaba Ann esa nueva cruzada que, aunque en 1932 no tendría más de cuarenta y un años, su historia anterior le habría de parecer una novela histórica, una crónica de creencias y costumbres añejas, como si hubiera vivido en la Florencia de los Médicis. Y lo mismo nos ocurre a todos los que podemos recordar con claridad la Primera Guerra Mundial. En los cuarenta o cincuenta años que hemos vivido, según el mentiroso calendario, hemos atravesado cinco siglos llenos de enormes cambios y, como Ann, nos parece que somos contemporáneos de Leonardo da Vinci, de la horrible barba del general Grant, de la radio, y del físico de veintidós años que pilota su propio aeroplano, vota tranquilamente la candidatura y, sin la sanción clerical, o sin hablar de la «libertad sexual», como los radicales más viejos que él, vive sin darle importancia con una mujer; y que, además, domina, divide y emplea con toda familiaridad el átomo que a nosotros, cuando teníamos su edad, nos parecía tan misterioso e intangible como el Espíritu Santo.

Fuera de sus piadosos retiros socialistas, Ann oía hablar tanto de la revolución como si hubiera sido jugadora de *bridge*. Esperaba que el vivaz doctor Glenn Hargis les predicaría su evangelio y, en efecto, así ocurrió en la primera clase.

Ésta se daba en el aula C2, del Susan B. Anthony Hall, una habitación llena de sillas duras y brillantes, con brazos en forma de tablillas como los de las sillas de los Thompson's Lunch; en ella había también varias pizarras, un estrado bajo para el profesor y un fúnebre retrato de Harrieta Beecher-Stowe. Tenía el aspecto lúgubre y borroso tradicional y característico de todas las clases, despachos de licencias matrimoniales, hospitales, antesalas de los médicos e iglesias metodistas del Sur. En aquella caverna, diseñada especialmente para hacer el estudio desagradable y virtuoso, las cuarenta muchachas parecían un anticuado jardín, y Glenn Hargis, resplandeciente en su estrado, un jardinero pelirrojo.

Al principio, se quejó durante unos minutos de lo que llamó menesteres domésticos del estudio —las reuniones de profesores, los temas, las lecturas especiales—, pero luego les sonrió y comenzó su conferencia.

—Señoritas, yo deseo que mi labor en esta clase sea no tanto la de aumentar sus conocimientos, como la de disminuir sus prejuicios. A pesar de la evidencia viva de la Pompeya descubierta en nuestros días, todos tendemos a pensar que las gentes que vivieron antes del año quinientos, diferían de nosotros tanto como el hombre difiere del mono. Una de las más difíciles hazañas de la mente escolástica es la de imaginarse que los ciudadanos de Pompeya, sepultada por las cenizas el año setenta y nueve, tenían elecciones y carteles electorales y políticos, abusos y reformas, exactamente como nosotros; que las señoras iban de compras y compraban salchichas y vino; y que los plomeros, activos y probablemente malos, hablaban con orgullo de sus cañerías.

»Uno de los errores de concepto más característicos al estudiar la historia antigua y considerarla fundamentalmente diferente de la nuestra, es el que se pone de manifiesto en la estúpida y frecuente discusión de los motivos de la caída de Roma. Un eclesiástico os dirá que Roma cayó porque los romanos bebían vino, tenían carreras los domingos y consentían que hubiera bailarinas».

Ann asintió. En Waubanakee había oído al reverendo Donnelly, y a otros cuántos reverendos, explicar así la caída de Roma.

—Los vegetarianos os probarán que Roma cayó porque los romanos de la decadencia abandonaron su primitiva dieta de hierbas y frutas, y se

hartaban de carne. El patriota de profesión os explicará que la caída se debió a la degeneración de la instrucción militar y al mal armamento de los romanos. Y, en las primeras épocas americanas, cuando los baños eran una novedad, hubo sabios que dijeron a sus alumnos que la caída de Roma se debía únicamente a que los *dandies* romanos tomaban diariamente baños calientes.

»¡Pero ninguno de esos profetas retrospectivos querrá considerar el hecho de que, en realidad, Roma no cayó nunca!

»¡Roma no cayó! ¡Roma *cambió*! Fue invadida por los bárbaros, por los antepasados de los ingleses de hoy en día, que se parecían bastante a ellos en su fuerte salud y sus deseos de quedarse con lo que no es suyo. Fue invadida por la peste. En la Edad Media era una ciudad insignificante, claramente inferior a Venecia y Nápoles, ya que estas dos eran puertos de mar, mientras que Ostia Mare, el San Pedro de Roma, estaba cegado por el cieno. Pero Roma no cayó. Siguió adelante, con diversas fortunas, y hoy, con Nueva York, Londres, Berlín, París, Viena, Pekín, Tokio y Buenos Aires, es una de… a ver, ¿cuántas son?, ¡una de las nueve o diez ciudades que dominan el mundo, y su población es casi igual a la población total del Imperio Romano de la época clásica!

»Ese punto de vista es el que quiero que busquéis, y es el que yo trataré de conservar en este curso; conservar esa actitud científica y preguntar a los sabios pedantes, ya sea en la clase o en la calle, por qué cayó Roma, por qué era ignorante la Edad Media, por qué soportaban las gentes la tiranía del feudalismo y por qué la Reforma Protestante fue enviada por el cielo; inquirir si Roma cayó realmente, si la Edad Media era mucho más ignorante que el sur de Chicago en mil novecientos diez, si un siervo feudal era más desgraciado que un libre minero de Pittsburgh, en esta época de bendita civilización, y si las personas sensibles y decentes no pueden solazarse tanto con una misa mayor, aún en el día de hoy, como con un sermón de Gypsy Jones».

En aquella época anterior a Mencken la prédica del doctor Hargis era tan terriblemente herética que Ann, a quien el placer hacía respirar

aceleradamente, contuvo el aliento, asustada, y miró en torno suyo. Algunas de las alumnas demostraban su disgusto; otras, simplemente su aburrimiento…, y la mayoría estaban tomando obedientemente notas en sus pulcros cuadernitos, del mismo modo que lo habrían hecho si el doctor Hargis les hubiera dicho que el sombrero de paja de Italia fue inventado en Siena el año 12 de nuestra Era Cristiana por una tía de César Augusto solterona y coja. Aquello la alivió y entonces se volvió de nuevo hacia Glenn Hargis, como no se había vuelto hacia ningún imán masculino desde la época de Adolfo Klebs.

OceanofPDF.com

VII

AQUELLO debería haberla puesto sobre aviso.

Cuando, después de la primera clase, Ann se le acercó impulsivamente y murmuró: «¡Oh, doctor Hargis, nunca he gozado tanto en mi vida con una conferencia, y espero que aquí no le encontrarán demasiado radical!», él se echó a reír y le contestó:

—¿Yo radical? ¡Pero, mi querida señorita, si soy el alma del conservadurismo…, si soy un buen republicano, miembro de la junta parroquial de la Iglesia Episcopal, y me *gustan* realmente los cuadros de Millais y de Leighton!

—Pero… pero… ¿y eso que dijo de los mineros de Pensilvania y los siervos?

—¡Oh! —replicó él largamente—. ¡Eso lo hice para ilustrar mejor mi conferencia!

Ann, toda confusa, dejó el puesto a sus compañeras, que querían preguntarle al doctor Hargis si Gibbon y Buckle eran lecturas obligatorias o simplemente electivas.

Mientras se encaminaba a su casa, Ann pensó con cólera maternal: «Es una vergüenza que tome tan a la ligera sus dotes, siendo tan inteligente como es. Pero a lo mejor es más radical de lo que piensa. Lo que pasa es que ha adoptado ese aire de indiferencia que tienen todos los doctores en filosofía. Me figuro que será parte del oficio… que mira la filosofía del mismo modo que el señor Klebs miraba la suela de un zapato, con aire de conocedor, con una actitud científica. ¿La alcanzaré yo alguna vez? ¡Claro que sí! ¿O no seré nada más que una sentimental?… Es un encanto. Las

cejas casi se le juntan. ¡Y tiene un vello tan rojo y espeso en el dorso de las manos!».

Se encontraron varias veces, como, aunque les resulte inexplicable, se encuentran todos los que tienen interés en encontrarse; se veían después de las clases, en las conferencias, en los tés de la YWCA, en las castas orgías a base de cacao y exóticas galletas de Huntley y Palmer, que ofrecía el decano los jueves por la noche, y en la sociedad de debates, que le había nombrado su director. Ann, que hasta entonces había despreciado el discutir sintético y vanidoso, llamado «debatir», descubrió de repente que era un magnífico aprendizaje para la política. Cientos de muchachas habían demostrado un delicado interés por el doctor Hargis; pero, lo que Ann creía saber, las domésticas Amy Jones de la Universidad le aburrían porque les interesaban menos los reyes carolingios que la masa de un pastel y el decorar por poco dinero las casas pequeñas, y las Mitzi Brewer le asustaban, porque sus miradas atrevidas amenazaban la posición del serio y ambicioso auxiliar. Sufriendo por él y por su ceguera, Ann le veía mariposear de una muchacha a otra, y cuando, por fin, se posaba en ella —¡oh, ya comprenderéis que del modo más puro, más amistoso!—, le entraban ganas de mostrarse desdeñosa con él, pero no podía.

Eran amigos.

Hablaban horas enteras en el vestíbulo del edificio de la YW. Él abandonaba entonces su aire de superioridad y ligereza que, según Ann llegó a comprender, no era más que un escudo contra las estudiantes voraces, quienes esperaban que él lo supiera todo y se habrían burlado de él al pillarlo en un error.

Y daban paseos… aunque siempre dentro del recinto de la Universidad.

Era regla establecida en Point Royal la de que los hombres, ya fueran miembros de la Facultad o parientes de visita, sólo podían pasearse con las muchachas dentro del recinto universitario, al alcance de las miradas y las risas de las excitadas jovencitas, pero que de ningún modo podían ir de excursión o salir de la Universidad. Porque, a pesar de las valientes discusiones de Point Royal, a pesar de la biología y la filosofía, de la

fingida despreocupación con que hablaban de las amantes de los reyes y de las causas económicas de la prostitución, aunque todas declaraban que eran normales y «modernas», dispuestas para el matrimonio y los hijos, o para trabajar en un plano de igualdad con los hombres, las estudiantes de Point Royal estaban en un convento, vigiladas por religiosos de ambos sexos.

En las universidades del Estado, donde se coeducaba a los alumnos, las muchachas trataban con camaradería y despreocupación a los muchachos y, al verlos constantemente en la biblioteca o en el laboratorio, podían no tomarlos muy en serio. Pero en aquel claustro, aun las mismas muchachas que habían sido educadas de un modo sano y normal con sus hermanos, se sentían tan abrumadas por la perfumada niebla de la femineidad, que se volvían tan anormales como la más histérica de las muchachas.

El pensar en los hombres, el desearlos, era su única obsesión, y la mayoría de ellas intentaban ocultarla diciendo que despreciaban a los hombres… sobre todo cuando no había ninguno cerca. Pero cuando lo había… el más feo de los profesores masculinos, el reverendo Henry Sogles M. A., profesor de latín y griego, se veía rodeado después de cada clase por un grupo enorme de muchachas, que escuchaban con reverencia observaciones tan interesantes como la de que Sófocles era mejor escritor y, desde luego, más moral que David Graham Phillips. Y sus alumnas se peleaban por entregarle sus viejos, polvorientos y gastados chanclos. Una chicuela de aire descarado, que parecía salida de un grabado francés, los encontró debajo de un pupitre y se los entregó, respirando aceleradamente.

Pero cuando las estudiantes se volvían locas era cuando alguna de sus compañeras recibía la visita de un muchacho bien parecido. Mientras el desgraciado atravesaba el Paseo de la Universidad, veintenas de lindas cabezas se asomaban a las ventanas, y cuando entraba en el edificio donde vivían las muchachas, percibía una serie de ruidos, crujidos y subir y bajar de escaleras, como si allí hubiese miles de activos ratones. Cuando el visitante se sentaba tímidamente en el salón e intentaba mostrarse galante con su único amor, le llamaba la atención el que tantas señoritas tuvieran que entrar en la habitación en busca de un libro. Y después, las alumnas discutían todos los detalles del errático dios, desde sus dudosos zapatos amarillos, hasta su alto y espléndido cuello postizo.

Sabían que las alumnas de otras universidades femeninas, mayores que la suya, acudían con la mayor naturalidad a los bailes de Yale o Harvard. Y ellas mismas, durante las vacaciones, bailaban en los Country Clubs que, por toda la extensión de la América del Norte, recientemente enriquecida, iban transformando en lugares de diversión los prados donde antes pastaban las vacas. Pero, al volver a Point Royal, la esencia, el ritual, el perfume de la femineidad volvían a apoderarse de ellas, y las desvanecían, las hacían perder el sentido de la realidad, como si caminaran entre la niebla. Se hundían en una verdadera orgía de primores femeninos, llevaban encajes y cintas, ropa interior a la francesa, pequeños cortaplumas de plata, claramente inadecuados para la tarea diaria de afilar lápices y bebían té en tazas de la más frágil porcelana. Se perfumaban las unas a las otras y elogiaban la suavidad del perfume… pensando que el que lo elogiaba era alguno de sus imaginarios héroes.

Pero en cada clase existían también unas cuantas muchachas que se sublevaban ante tanto primor y exhibían arrogantes sus trajes de franela y servían el té en gruesas tazas de loza y, unas cuantas más, aunque pocas, que se vestían de un modo elegante y decididamente masculino, y por las que suspiraba tímidamente el resto de las muchachas.

A Ann Vickers la había encolerizado siempre aquel pegajoso hipnotismo de un sexualismo mal dirigido; había luchado contra él por medio del baloncesto, de la oración y de la fría y asexual ciencia económica. Pero la seguía acariciando con su insidiosa ternura, y aquel año llegó a maldecir —con respetables maldiciones presbiterianas—, al verse más asediada y acariciada que nunca por Eula Towers, su compañera de cuarto.

El primer mes, Eula la alarmó. El segundo, la fastidió. El tercero, la enfureció. Y cada mes que pasaba con Eula le parecía más deseable la masculinidad velluda de Glenn Hargis.

Sin embargo, no podía despedir del todo a Eula. Aquella muchacha, nebulosa y afectada, a pesar de todos sus alardes ficticios, sabía muchas cosas que ignoraba la viva y eficiente mentalidad de Ann Vickers. Le enseñó a apreciar a Keats y Shelley, Beethoven y Rodin, aunque Ann no pudo soportar nunca los verdaderos ídolos de Eula: Swinbume, Edgar

Saltus y Oscar Wilde. Con su risa aguda y socarrona, logró que Ann dejara de apreciar plácidamente a Elbert Hubbard, por más que Ann insistía en que el señor Hubbard tenía unas «enseñanzas» muy hermosas, hasta que un día Eula la hizo callar preguntándole cuáles eran aquellas «enseñanzas». Y, en un momento de ironía, Eula cerró para siempre uno de los libritos favoritos de Ann. ¡Era un libro tan lindo, susurró Ann, y además el reverendo Donnelly se lo había enviado como regalo de Navidad! Era una antología de extractos de los sermones más poéticos pronunciados por los pontífices americanos, comenzando por Henry Ward Beecher. El librito se titulaba *Besos celestiales del corazón*.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Eula en un arranque de histérico deleite, agarrándose los tobillos y estirando luego los brazos con un ademán de vulgar jovialidad, raro en persona tan estética—: ¡«Besos celestiales del corazón»! ¿Y por qué no hígados marineros? ¿O heroísmo de cara de pensamiento?

Para ser honrados, diremos que Ann no se enteró nunca bien de cuál era el defecto de su librito, un libro que le gustaba tanto que muchas veces se había propuesto leerlo más allá de la página veintiuna. Pero el caso es que lo dejó y lo guardó en un baúl, y que un día reconoció que prefería los versos favoritos de Eula:

El búho tenía frío a pesar de sus plumas
Temblaba la liebre entre la hierba helada
Y dormía el rebaño en cálido redil.

Más cuando le demostró su gratitud a Eula, cuando salió de la fortaleza de frialdad que había erigido contra la insinuante muchacha, Eula se abalanzó sobre ella, la besó y exclamó con una ternura que asqueó a Ann:

—¡Oh, vida mía, no sabes cuánto me alegra verte sonreír! Estabas tan alejada, tan retraída, que pensé que algo te preocupaba. ¡Oh, deseaba de tal modo simpatizar con tus penas, ayudarte! ¡Oh, sí, déjame que te bese la mano, en prueba de lo mucho que te quiero!

—¡Eh! ¡Déjate de eso! ¿Es que quieres estrangularme? ¡Deberías dedicarte a la grecorromana, no a la pintura! —dijo Ann con una voz que ella misma no reconocía, una voz llena de odio…, no de odio sino de un pío temor.

Las mañanas que hacía mucho frío, Eula quería meterse en la cama y fumar unos cigarrillos perfumados de un modo horrible, mientras murmuraba:

—¡Oh, no vayamos hoy a la clase! ¡Las clases pueden irse a paseo! Quedémonos en la cama soñando en lo que haremos cuando salgamos de esta prisión. Piénsalo bien…, tú y yo tendremos una villa en Capri, y nos pasaremos el día soñando, junto al mar purpúreo, bajo las colinas violeta. ¡Vida mía!, ¿quieres una taza de café? ¡No te muevas, no te muevas! ¡Yo me levantaré y te prepararé una en el hornillo de alcohol!

—¡Nada de eso! ¡Tengo clase a las ocho y media! —mentía Ann, saltando de la cama y vistiéndose con una velocidad que habría asombrado a su padre.

En todo Point Royal no había más que cuatro o cinco Eulas, pero eran las suficientes para convertir en una aventura valiente y purificadora los paseos que daba con Glenn Hargis por los mustios prados del recinto de la Universidad.

Aunque sin acuerdo previo, tomaron la costumbre de encontrarse en el promontorio, sombreado por unos cuantos robles y adornado con un cañón de la Guerra civil y una estatua de Elizabeth Cady Stanton, que parecía mirar al oscuro Housatonic, salpicado de manchitas doradas por el sol a fines de otoño, y, más allá del río, una granja cuyos rojos tejados asomaban entre unos grupos de álamos. Allí, él le hablaba con exuberancia de las universidades alemanas, de los cafés del Unter den Linden y del Kurfühstendamm, del sencillo estudiante de leyes que resultó ser un *Herr* Graf, quien le había llevado a pasar unas vacaciones al viejo castillo que su familia poseía en Turingia, y de la rara y emocionante semana —pagada con el dinero ahorrado durante meses enteros de prescindir del desayuno y de comprarse zapatos nuevos— que había pasado en Egipto. En esa semana

había presenciado la excavación de la tumba de un rey, y, al ver los colores frescos y naturales de las pinturas realizadas cuatro mil años antes, había descubierto que la historia era una cosa viva, y por eso no se hallaba ligado a aquel año de 1910 ni a la Universidad de Connecticut, sino que en aquel momento le parecía estar paseando también por Tebas, en el año 200 antes de Cristo, o quizás en alguna Nueva Tebas asiática o americana del año 3000 antes de Cristo.

—¡Aquello cambió mi vida, como cambia la del astrónomo al mirar por el telescopio y ver que añade a su campo la Luna y Marte! —exclamó Hargis, en uno de los escasos momentos en que se atrevía a ser sencillo, sentimental.

A Ann le agradaba su inteligencia… no, su cultura. Sospechaba que Hargis era afectado y vano como una solterona, que le faltaba superioridad para ser torpemente sincero; pero como era el único hombre notable de aquel convento de monjas y, como evidentemente la había elegido a ella entre todas las demás, le compadecía y no tomaba en cuenta su puerilidad.

Pero le era imposible seguir siendo dócil y respetuosa con él…, seguir jugando a la estudiante inteligente junto al sabio maestro. No se engañaba respecto a él, como se engañó respecto a Adolfo Klebs, lo que significaba un aumento de su discernimiento, porque Adolfo Klebs era infinitamente más egoísta, mucho más desdeñoso que Glenn Hargis, PH. D. Al cabo de poco tiempo, comenzó a contestar a sus preguntas con un plácido «¡Ah, ah!», en vez de un ansioso «¡Oh, siiií!».

Aquello lo encolerizaba a él.

—¡No me toma en serio! —le decía, quejoso.

—¿Y usted?

—¡Claro que sí! Bueno, a lo mejor no. Pero *usted* debería hacerlo. No pretendo ser más inteligente que usted, Ann, pero desde luego tengo mucha más cultura.

—Eso me pasa con casi todo el mundo. He nacido para jefe. Siempre contaré con personas que trabajen para mí, aunque sepan más que yo; pero yo seré la que las dirija. ¡No creo que tenga nada de particular el ser una enciclopedia viva, cuando uno puede comprar por cincuenta dólares una encuadernada, de segunda mano!

—¡No soy una enciclopedia! ¡Mi fin en la clase es inspirar a los estudiantes, hacerles pensar por sí mismos!

—Bueno, yo he empezado a pensar por mí misma… acerca de usted, doctor Hargis; así que creo que debería gustarle.

—¡Es la muchacha más ofensiva del mundo!

—Le aseguro honradamente que no era ése mi propósito. Sí, lo soy, pero sin proponérmelo. No sé por qué, pero todos los hombres, incluso mi padre, él especialmente, me han parecido siempre niños pequeños. Quieren que se fijen en ellos. «¡Mamá, mírame! ¡Estoy jugando a los soldados!». Como el predicador de Boston que predicó el domingo pasado en la capilla: «¡Señoritas, mírenme! ¡Soy tan noble… y vosotras no sois más que unas pobres corderillas a las que me toca guiar!». ¡Si hubiera oído como se reían de él al salir de la capilla!

—¡Y —exclamó irritado Hargis— me figuro que las encantadoras señoritas se reirán también de mí al salir de la clase!

—No, no nos reímos. Nos gustan mucho sus clases. Hace que Ricardo Corazón de León nos parezca tan real como el presidente Taft.

—Es natural que así sea. Ricardo era mucho más real que el presidente. A propósito, ¿sabía que Ricardo era un buen poeta y un crítico literario de primera categoría? Decía…

Y el doctor Hargis comenzaba a hablar de un modo agradable, como siempre que se olvidaba de sí mismo, y Ann Vickers le escuchaba, con agrado, como siempre que se olvidaba de que era un hombre y se limitaba a oírle como si fuera un libro parlante.

Cuando el doctor Hargis se dio clara cuenta de que no podía impresionar a la joven mediante bravatas o falsas tristezas de niño abandonado, adoptó una táctica contra la que ella no podía hacer nada. Se volvió burlón; se reía de la gran cantidad de *naíveté* que Ann tenía aún…, que siempre tendría. Ella, que pensaba con bastante rapidez cuando tenía que realizar alguna tarea, se volvía lenta y confusa cuando se trataba de defender sus propias ilusiones.

Se reía de ella, porque se enojaba por culpa de una persona tan claramente floja como Eula, porque se preocupaba por el estado de eficiencia del equipo de baloncesto, porque trataba de averiguar si la nueva secretaria de la clase, Mitzi Brewer —su malvada creación— tomaba o no en serio el registro escolar, por el sencillo orgullo que le producía obtener notas altas en el árido reino de las matemáticas, por su firme creencia de que las cosas cambiarían el día en que las mujeres obtuvieran el voto, y por su convicción, tan propia de Waubanakee, de que un vaso de *whisky* equivale a un billete de primera clase para el infierno.

Luego, sus dedos se llegaron exploradores hasta sus creencias religiosas y Ann retrocedió y, en su angustia, se entregó inerme a la superior táctica de Hargis.

La cosa comenzó de un modo inocente, como un simple ejercicio de gimnasia mental, y terminó impulsándola a realizar uno de los actos más dramáticos de su vida: arrancarse del corazón, en las dudosas aras de la honradez, algo tan precioso para ella como el amor.

Se hallaban junto al cañón de Stanton Point y se golpeaban los helados dedos contra las piernas, para reaccionar contra el frío de aquel triste día de noviembre, aunque el interés de su conversación les había hecho olvidarse casi por completo de él.

—Anoche tuvimos una reunión muy interesante en la YW. Era el Festival de la Cosecha, no una reunión ordinaria. Todo el mundo parecía feliz —observó Ann.

—Bien, bien, mi querida Ann, ¿y qué es lo que se hace en su feliz Festival de la Cosecha?

—¡Oh, no tiene por qué burlarse! Estuvo muy bien. Cantamos y rezamos…, pero rezamos «de veras», no de un modo maquinal. Todo el mundo estaba emocionado y deseaba unirse a nuestras oraciones. De veras. ¿Sabe que hasta Mitzi Brewer estaba allí y que cuando la directora la llamó…?

—Me figuro que usted sería la directora.

—Sí, ya que quiere saberlo, así fue. ¡Bueno, basta de bromas! Y cuando yo la llamé, Mitzi se levantó y rezó una oración preciosa.

—¿Y qué invocación ofreció al Trono Divino nuestra insinuante amiga la señorita Mitzi Brewer?

—¡Oh, ya lo sabe! Rezó como las demás, diciendo que no siempre hacía lo que debía, pero que esperaba que el Señor dirigiría sus pasos.

—¡Humm, nuestra Mitzi ha debido de ser últimamente más mala que de costumbre! Me parece haber oído que había algo entre ella y ese buen mozo que es dueño del garaje de las Falls. Están hechos el uno para el otro. Así que celebraron un casto Festival de la Cosecha y probablemente cantarían «Entrad con los haces». ¡Espléndido! Claro está que como son cristianas y muy modernas no se les ocurriría celebrar un festival como los de los antiguos romanos. ¿Recuerda el festival de junio en *Mario el Epicúreo*? Ceres y Dea Dia eran llevadas en cofres sacramentales, por muchachos vestidos de blanco, los altares estaban adornados con guirnaldas de lana y flores que más tarde serían arrojadas en la hoguera de los sacrificios…, el perfume de los campos, los sacerdotes vestidos con sus antiguas y rígidas vestiduras. Y Mario tenía la obligación de colocar violetas y panales de miel en la urna de su padre. ¡Violetas y miel! ¡Oh, esos paganos estaban completamente pasados de moda! No escuchaban los rezos con que Mitzi se arrepiente de su último *flirt*, ni cantaban monótonamente. «Trabaja, que la noche se acerca, cuando el hombre deja de trabajar…», lo que siempre he considerado como el peor *non sequitur* en la literatura.

—¡Oh, probablemente los romanos cantaban algo tan malo como eso! ¡No creo que el señor Pater conociera todas las cosas que cantaban! Sea como fuere, estábamos muy contentas. Aquello era verdadero… ¡había una quietud, una especie de felicidad crepuscular!… Era la verdadera religión.

—¡Es tan exquisita, tan conmovedoramente pueril cuando se trata de su religión, hija mía! Está perfectamente convencida de que todos los milagros ocurrieron tal cual nos los cuentan. Cree que la Biblia es historia, y no poesía.

—¡Pero, Santo Dios!, ¿no lo cree usted así también? ¡Pero si hasta es miembro de la junta parroquial!

—¡Claro que sí! Es la *mores*. También me afeito, pero no lo considero una cosa sagrada; y si fuera moda entre los profesores jóvenes el usar barba, como lo era hace unos cuantos años, yo la usaría. ¡Oh, sí, soy miembro de

la junta parroquial, pero se habrá dado cuenta de que no voy muchas veces a las reuniones! ¡Pero no me llame «hipócrita»! Sé con toda claridad lo que hago y lo que pienso, y usted no se atreve a hacerlo. Nunca ha aplicado la prueba de la realidad en esas emociones vagas que usted siente, no les ha aplicado las mismas pruebas que aplicaría a un archivo histórico medieval. Después de todo, Ann, usted es típicamente femenina; es bastante realista para todo lo que no altere sus emociones, pesa la manteca y cuenta el cambio, para que la desgraciada criada no pueda sisarle un centavo. Pero se niega a preguntarse a sí misma si sus creencias son el producto de una reflexión honrada o las ha heredado simplemente de su familia. ¡Y algún día tendrá la misma fe (probablemente digna de encomio, pero desde luego irracional) en su esposo y en sus hijos! ¡Después de todo, mi querida doña Sabia, no es más que una mujer vulgar!.

—¡Es un bruto!

—¡Ya lo sé qué lo soy! Sin embargo, ni por un momento deseo privarla del consuelo de su superstición. Quiero simplemente que se conozca a sí misma (¿no es ése el fin principal de una educación universitaria?) y que, como es una dulce, serena y sana *Hausfrau*[7], no trate también de ser cortantemente intelectual.

—¡No soy sana! No consentiré que usted… Es… es… —«Un bruto». ¿No era ésa la palabra?

—Sí, claro que lo es. ¡Es un bruto!

Durante todo el camino de vuelta ella se mostró belicosa, mientras que él caminaba ligero, con una sonrisa de satisfacción por haberla vencido. Cuando se despidieron le dio las «buenas noches» con tono alegremente afectuoso.

Pero Ann no estuvo afectuosa ni alegre en toda la semana, hasta que volvieron a hablarse.

Lo que más la enfurecía era que nunca se había encarado consigo misma para cerciorarse si creía en la vida futura, en la omnipotencia y existencia concreta de Dios, o en la divinidad de Cristo.

Esta vez sí que se encaró consigo misma, aunque no sin grandes preocupaciones. Eula eligió aquella semana de agonía en el Getsemaní para proponerle que organizaran una lectura pública de poesía, y se quedó muy asombrada y alarmada cuando Ann se volvió hacia ella, exclamando:

—¡No me fastidies…, vete al diablo!

Se pasaba todo el tiempo leyendo su Biblia.

Y al llegar al capítulo IV del Evangelio de San Lucas, leyó con ojos nuevos la historia del demonio que lleva a Jesús a una montaña y le muestra todos los reinos del mundo, ofreciéndoselos si le adora.

—¡Claro! —exclamó, admirada—. ¡Es un símbolo!

Con asombro se dio cuenta de que toda su vida había tomado aquello como la crónica de un hecho real, y se figuró que lo había explicado como tal hecho real en la Escuela Dominical de Waubanakee. Contemplando su inteligencia de un modo impersonal, como si la viera por primera vez, descubrió que nunca se le había ocurrido reflexionar acerca de lo que decía la Biblia ni de lo que le enseñaban de niña en la iglesia, y que lo había aceptado todo sin digerirlo. Aun el vago agnosticismo de Oscar Klebs no había representado para ella más que unas cuantas frases que había adoptado sin aplicarlas a sus verdaderas creencias.

«Y todos los milagros…, son mitos bellos… tan reales como Santa Claus para un niño de cuatro años», se dijo, maravillada.

Sentía lo mismo que si acabara de descubrir que su esposo la engañaba desde hacía varios años, enterándose al mismo tiempo de que todo el mundo lo sabía y se reía de ella. Y trató de recobrar su serena fe, leyendo el salmo dieciocho:

Los cielos publican la gloria de Dios, y el firmamento anuncia la grandeza de las obras de sus manos.
Un día da al otro nuevos motivos de celebrarlas y la noche las comunica a la noche siguiente.
No hay lenguaje, ni idioma, en los cuales no sean entendidas estas sus voces.
Su sentido se ha propalado por toda la tierra, y hasta el cabo del mundo se han oído sus palabras.

Puso Dios especialmente en el sol su tabernáculo; y a manera de un esposo que sale de su tálamo, salta como gigante a recorrer su carrera.
Sale de una extremidad del cielo y corre hasta la otra extremidad del mismo; ni hay quien pueda esconderse de su calor.
La ley del Señor es inmaculada, y ella convierte a sí las almas; el testimonio del Señor es fiel y da sabiduría a los pequeños.
Los mandamientos del Señor son rectos, y alegran los corazones; el luminoso precepto del Señor es el que alumbra los ojos.
El puro y santo temor del Señor permanece por todos los siglos; los juicios del Señor son verdad…

Por primera vez en su vida no le pareció más que una hermosa poesía; leía los versículos con tono grandilocuente, contenta de que Eula no estuviera en la casa para reírse de ella. Y, también por primera vez, le pareció que aquello no tenía nada que ver con la vida diaria.

Y casi con ferocidad, fue a encontrarse con el doctor Hargis, en Stanton Point.

Mientras se paseaban por un caminillo que había al borde del acantilado y contemplaban el valle, cubierto de mustia hierba abrasada por la helada, él le preguntó burlón:

—¿Ha pensado un poco más acerca de su interesante religión medieval?

—¡Sí!

—¿Y ha decidido algo acerca de los panes y los peces?

—¡Oh, cállese! Sí, he decidido algo. Mañana por la noche… (dentro de un par de meses, probablemente, me elegirían presidenta del YWCA), pero en la reunión de mañana por la noche, renunciaré a mi puesto y les diré por qué lo hago.

—¿Quiere decir que se va a poner frente a esa masa de pureza con anteojos y le va a decir que cree en el cristianismo tanto como en el budismo?

—¡Claro que sí!

—Pero… ¿qué les interesa eso a ellas? Es un problema suyo y nada más. No es asunto de mentir o no mentir; pero, sencillamente, no hay ley alguna que la obligue a confesar, palabra por palabra, todo lo que le pasa por la cabeza.

—Puede ser que no, pero yo he dirigido las reuniones, he rezado, he confesado mi fe… por lo visto sobre bases falsas. ¡Oh, no voy a intentar quitarles a ellas la suya! ¡No! Que sigan teniendo fe, si les gusta. Pero, por respeto a mí misma, debo decirles cuál es ahora mi posición.

—Pero, ¡Ann! —el doctor Hargis había perdido su tono burlón, su alegría por haberle demostrado a la muchacha que era superior a ella. Sus ojos la miraban con una mirada de pueril desamparo; su aguda voz era casi un chillido—. No me gusta que me mezclen en esto ni quiero que inspeccione mis opiniones privadas un grupo de charlatanes provincianos. ¡Entiéndame bien, no es que me dé miedo! ¡Pero si supieran, especialmente el presidente, que yo había influido en usted, eso podría perturbar seriamente mi misión de enseñar historia de un modo inteligente!

—¡Oh, no se asuste! ¡No le expondré a nada de eso!

—¡No sea idiota! ¿Cree que tengo miedo? ¿De esos estúpidos? ¡No diga tonterías! Pero no quiero darles una oportunidad de que se inmiscuyan en mis asuntos privados.

—Ya le dije que no le expondría a nada. ¡Buenas tardes!

Y se alejó hecha una leona.

Al día siguiente, se dirigió a la asamblea de la YWCA y grave, brevemente, sin nerviosidades ni exaltaciones de un falso heroísmo, les dijo que ya no podía aceptar ciertas doctrinas más que como una fábula brillante y valiente, como las del ciclo del rey Arturo. Les anunció que renunciaba a su puesto de vicepresidenta… y de pronto, con la alegre actitud cooperadora, propia de todos los políticos, ¡agregó que esperaba que eligieran a Amy Jones para su puesto!

Pero no mencionó al doctor Hargis en aquella ocasión ni más tarde, cuando, de nuevo en su habitación, se vio rodeada de sus amigas, que gemían:

—¿Qué te ha pasado? ¡Te has vuelto loca! Aunque pienses de ese modo, ¿por qué les das a los fanáticos esa ocasión de hacerte daño?

Eula aprovechó el momento para echarse a llorar y declarar que su querida, su amada Ann, podía creer lo que le viniera en gana, y que ella le seguiría a los infiernos o al destierro.

El suceso, que ocurrió en un mes muy aburrido, causó sensación en Point Royal. La presidenta, una mujer piadosa, aunque fuera la hermana de un popular obispo episcopaliano, llamó a Ann para discutir con ella y leerle a Newman —el Newman primitivo y corregido—. En una reunión especial de los directores de la YW, una muchachita asustada y anémica llamada Sara rezó en voz alta por Ann, con gran disgusto de ésta. Era curioso, pero aunque no había transcurrido más que una semana, a Ann le parecía que su lucha había sucedido hacía varios años y había sido olvidada ya.

Con el único con quién podía hablar de ella era con el doctor Hargis; desde luego no con Eula, que empezaba enseguida a retorcer sus brazos húmedos y delgados.

Aunque despreciaba ligeramente el pánico de Hargis, pensaba que habían compartido juntos los peligros del destierro y… ¡oh!, al fin y al cabo era un hombre y ella necesitaba la seguridad que, como había oído decir, sólo los hombres pueden dar a las débiles mujeres.

OceanofPDF.com

VIII

SE HALLABAN ya en el mes de diciembre y hacía demasiado frío para que pudieran verse junto al cañón. Pero ninguno de los dos quería tropezarse con las miradas de censura de las dignas jóvenes de la YWCA, aunque en el edificio de YW se encontraba el único salón confortable de todo el recinto universitario, no el Social Hall, con sus sillones Morris, sus fotografías de las clases anteriores, llenas de anteojos y de tristeza, sino la cafetería de la YW, con sus pequeñas mesitas de metal, adornadas con flores, en las que se podían ver cuadros tan eróticos como el de la profesora de geología convidando a té y bollitos de canela al pastor de la Primera Iglesia Universalista, o a la directora del departamento de educación física, una joven vigorosa a la que, según se decía, habían visto fumar cigarrillos en el salón de Mouquin's, en Nueva York, sentada a una mesita de un rincón tomando Coca Cola y Narbisco Wafers y riendo las gracias de un atrevido vendedor de tejidos de la ciudad de Point Royal.

A Ann y Hargis les habría gustado aquel café, pero no podían aguantar el ruido de las conversaciones. Estaban demasiado absortos en sí mismos. Y por eso se citaban en la sala de espera del edificio donde vivía Ann, una habitacioncita situada en el sótano, en la que había un radiador enorme y herrumbroso y ocho incómodos sillones.

—¡No puedo soportar este agujero! —decía secamente Hargis—. Vayámonos de excursión al campo el sábado por la tarde.

—Eso va contra el reglamento, Glenn.

Le había perdonado su cobardía, eran amigos de nuevo, y se comprendían perfectamente, pero Ann no le aceptaba ya como superior; le llamaba «Glenn» y se negaba a saludarle.

—¡Oh, que se vaya al diablo el reglamento! —quejóse él.

—Muy bien. Pero no quiero que me expulsen. Demasiadas preocupaciones tengo ya.

—No tienen por qué expulsarte…; mejor dicho, por qué expulsamos. Mira, corderita, el sábado pasado subí al Monte Ahora y vi que en la cumbre hay una casucha…, una cabaña de troncos… sin puerta. Es un lugar espléndido para encender lumbre y comer lo que llevemos… Yo llevaré las cosas necesarias para la comida… porque si tú lo hicieras las chicas se pondrían a curiosear y te asaetarían a preguntas. ¡Vamos! ¡Alejémonos de este maldito convento y seamos seres humanos! Creo que voy a dedicarme a la publicidad. Estoy harto de ser profesor: uno no puede decir lo que piensa. Tengo una amigo, un compañero de colegio, que ha llegado a ser uno de los anunciadores más importantes de Chicago. ¡Quiere que trabaje con él! ¡Oh, salgamos el sábado! ¡No tienes por qué tener miedo de mí, Annie, aunque nos encontremos solos!

—¡No lo tengo! ¿En el Monte Abora?

—Sí. Sube por el camino de Letticeville; yo te esperaré junto a la vieja iglesia de ladrillo, el sábado a las doce en punto. ¿Quieres?

Una cabaña de troncos, una hoguera en pleno monte, la vista del valle desde la cumbre de la montaña, el huir de las miradas inquisidoras de las demás estudiantes… La cosa era muy atractiva y Ann vaciló sólo un segundo antes de contestar afirmativamente:

—Muy bien. El sábado a las doce. Buenas noches.

¡Que si le tenía miedo! ¡Santo Dios! Y, sin embargo, el burlón, el frívolo, tenía los ojos brillantes y las manos carnosas.

Hasta entonces, nunca le había visto con traje de mezclilla inglés, color verde de hierba. Es decir, la tela era casi inglesa, porque procedía de Marshall Field’s, de Chicago, y junto con la corbata de seda naranja, le daba un aspecto muy mundano y artístico. Con voz vibrante de orgullo él dijo que su mochila era una auténtica *rucksack* alemana y —¡lejanos horizontes encerrados en un trozo de lona!—, que la había llevado en la Selva Negra.

La llevaba con ligereza. Su traje de mezclilla le hacía parecer más fuerte que nunca; caminaba con paso elástico, cantando. A pesar de su espléndido atavío, de su aire europeo, no se puso a discursear con frase altisonante mientras seguían el camino. La elevó a su altura —como si ambos fueran estudiantes o miembros de la facultad— y se puso a hablarle con intimidad de los morales vestidos que usaba la presidenta, de las miradas tiernas, bobaliconas y ansiosas que el reverendo señor Sogles, profesor de la Universidad, dirigía a la atractiva instructora de educación física. ¡El pobre reverendo tenía una esposa inválida, pero la desdichada era muy paciente!

Y también le contó que se decía que la esposa del profesor Jaswitch —de francés y español—, era quien le escribía las conferencias y le corregía los ejercicios de las alumnas.

—Es una mujer muy inteligente. ¡Pero dicen que bebe *cocktails*! —dijo Ann. Le daba vergüenza gozar contando chismes… pero, como es natural, eso no le impedía seguir gozando de ellos.

—¿*Cocktails*? ¿Y se puede saber mi valiente Ann, qué tienen de malo los *cocktails*? Me gustaría poder saborear algunos ahora.

—¡Pero…, pero… si destruyen el tejido cerebral! ¡Está científicamente probado! ¡Puede encontrarlo en todas las fisiologías!

—Te felicito por haber leído todas las fisiologías. ¿También las rusas y las españolas?

—¡Oh, ya sabe lo que quiero decir!

—¡Desde luego! Pero ¿lo sabes tú? En realidad, un *cocktail* te iría bien. Podría hacerte olvidar tus entusiasmos sin sangre por cosas que realmente no importan; ¡podría convertirte en un ser alegre y casi humano! ¿No te gustaría vivir, aunque no fuera más que por una vez… amar, luchar? ¿No te gustaría?

Su insistencia le producía el mismo afecto que si le hundieran un dedo entre las costillas. Se sentía incómoda, inquieta.

Pero, aparte de eso, la había abandonado su ligereza profesional y no se mostraba demasiado ardiente.

Aquello parecía el escenario de una película del Oeste, o de una novela del rudo e hiperviril campesino que secuestra a la frágil doncellita ciudadana y consigue que le guste su secuestro.

La cabaña era una auténtica cabaña de troncos sin desbastar, unidos entre sí con argamasa. El suelo era de madera y el mobiliario se componía de un par de camastros, un fogón herrumbroso y una mesa colocada en el centro de tal modo que si uno se sentaba ante ella podía ver, a través del hueco de la puerta, el prado pedregoso, cubierto por medio palmo de nieve y, allá abajo, el valle, con las manchas negras de los abetos. Ann sólo se había alejado unos cien metros del recinto universitario de Point Royal, pero le parecía estar viviendo una vida de frontera tan vigorosa como el frío y perfumado aire de las montañas.

¿Y Hargis?, ¿no reunía en sí las virtudes del explorador romántico y del viajero culto?

—¡Vamos! —le desafió él—. ¡Ahí hay un montón de ramas y leños…; lo reuní el otro día, y tengo que reconocer que lo hice con la generosa esperanza de que Ann compartiera el fuego conmigo! ¡Vamos, muévete! Sé útil y enciende el fuego; toma los fósforos, mientras yo voy sacando las cosas.

Pero era su parte culta la que sacó del *rucksack* una botella junto con los bocadillos, los huevos duros y la cafetera.

—Pero ¡si es vino! —exclamó ella, maravillada.

—¡Claro que lo es! ¡Rudesheimer legítimo!

—No creo…, no recuerdo haber visto antes una botella de vino. Sólo en los cuadros…

—¿Quieres decir que no has probado nunca el vino? —dijo Hargis.

—No nunca. He tomado unos cuantos vasos de cerveza en las jiras alemanas de mi pueblo, aunque nunca me gustó mucho. Pero… ¡vino!

—¿Ofende eso a tu crónico sentido moral?

—No. Me gustaría beber un poco. Claro está que va contra el reglamento. Pero —agregó amablemente—, también lo es el estar aquí con usted, Glenn.

—¡Exactamente, querida!

Ann decía la verdad; no había probado nunca el vino. Aparte de la cerveza, sus aventuras alcohólicas se habían limitado a la cucharada anual de *whisky* caliente que le daban para curarle el resfriado. En 1910, ocurría lo mismo con la mitad de las estudiantes y hasta con los estudiantes masculinos más serios y menos populares. Más el péndulo iba a oscilar febrilmente, como todo lo americano —en realidad, los péndulos en América no son por lo general péndulos, sino pistones—. Hacia 1915, los excelentes vinos de California habían comenzado a triunfar y los norteamericanos habían comenzado ya a beberlos. Mas, no obstante, en 1920 las muchachas eran como Ann: no conocían el vino, aunque diferían de ella porque conocían la ginebra y el alcohol puro mezclado con azúcar quemado y llamado *whisky*. Hacia 1930, la prohibición a pesar de sus defectos, había demostrado ser una bendición, porque les había enseñado a las mujeres americanas a beber vino con los hombres, como han hecho siempre las mujeres europeas; y habían enseñado a beber no sólo a estudiantes aventureras, sino a las esposas más dignas, a las serias profesoras de las universidades y a las filantrópicas más devotas, como la superintendente Ann Vickers, LL. D.

Acompañando al vino y envueltas con mucho cuidado, cuando Ann las fue a tocar, él exclamó como una mujer: «¡Oh, tenga cuidado con *ellas*!». Hargis había llevado dos finas copas de alto pie.

Después de comer un bocadillo, Ann probó el vino y lo encontró ligeramente insulso, con sabor a vinagre. Se sintió decepcionada. ¿Era aquello el néctar, las gemas líquidas que empujaban a la mujer hacia lujosos pecados? Hubiera preferido tomar una leche malteada.

—¿Otro vaso, Annie?

—No, gracias. Creo que tengo que acostumbrarme al gusto para apreciarlo.

—¡Oh, vamos! ¿Después de que lo he traído hasta aquí? ¡Claro que tienes que acostumbrarte a él! Bueno, es lo mismo. ¡Así me tocará más a mí, querida!

Ann le agradeció que no insistiera. El vino fresco le había producido un agradable calorcillo en el estómago. Se sirvió medio vaso, y Hargis tuvo el inesperado buen sentido de no hacer comentario alguno. Sentíase caliente y feliz; el valle, blanco y vigoroso, resultaba encantador en su silencio, y Hargis le hablaba en voz baja de los cenadores cubiertos por parras que hay a orillas del Rin.

Se sentaron en el banco que había junto a la mesa, de cara a la puerta. Después de comer, sin hacer comentario alguno, él le entregó un cigarrillo. Por décima vez ella intentó fumarlo y, por décima vez, no le gustó, aunque pensó que formaba parte de todo aquel encanto: del vino ligero, las distantes colinas, la cabaña escondida, las viñas del Rin inundadas de sol y, después de tantas caricias y mimos femeninos, un Hombre.

Cuando le echó un brazo por la cintura y atrajo su mejilla hacia su hombro, Ann no se sobresaltó; lo encontraba cómodo y agradable. Se acurrucó contra él, gozando del calor de su traje. Pero le disgustó que le levantara la mejilla para besarla.

Aunque no era muy experta, había asistido a demasiados bailes y paseos en trineo para ser completamente inocente.

«¡Oh, Dios mío!, pero ¿es que todos los hombres tienen la misma técnica? ¿Es que son todos iguales? ¿Todos esperan que una se muestre sorprendida y se deje conquistar, del mismo modo que los gatos persiguen a los ratones, y cada uno de ellos piensa que es el primer gato que ha descubierto un ratón? Ahora el muy idiota, bajará el brazo y se pondrá a acariciarme».

Así fue.

Ella se irguió furiosa de que, al revelarse como un simple Modelo T de la producción en masa él la tratara también como a un simple mecanismo al que había que ajustar como un carburador, o al que se podía comprar como un galón de gasolina. De un manotón le apartó el brazo, en el momento en que la mano de él se disponía a acariciarla.

—¡Oh, déjeme en paz!

—¡Pero Ann!… Pero, ¡Ann mía! Quieres echarlo todo a perder pensando disparates, cuando nos sentimos tan felices, juntos los dos… lejos de la Universidad…

—¡Disparates! —Ann estaba furiosa—. ¡No me importa que intente seducirme (aunque no debe hacerlo)! ¡Pero es ya demasiado mayor para adoptar ese aire de niño ofendido!

—¡No intentaba seducirla!

—¿No?

—¡Me dan asco las monjas de la Universidad, con sus libros, sus comités y sus cánticos inocentes! ¡Tenéis las mismas emociones que un niño de diez años! ¡No sabéis bien cuánto me asqueáis! ¡Os mantenéis alejadas de la vida, hasta que lográis casaros con un hombre de buena posición, y os vais a un hotelito con puerta principal de cristal! Cuando podríais vivir…; gozar del mundo entero…, de la Grecia purpúrea, la dorada Italia…, la nebulosa Inglaterra…

—No veo qué tiene que ver el que la seduzcan a una con visitar la Grecia purpúrea y la nebulosa Inglaterra. ¡Me figuro que será un medio nuevo de pagar a Cook's!

—¡Todo tiene que ver! ¡Más de lo que te imaginas! Las mujeres que no tienen miedo, que pasan por intensas e incesantes experiencias emotivas, no se quedan para siempre en un suburbio. Conocen todo el mundo, no como lo conoce un turista, sino comprendiéndolo, formando parte de él, viven donde quieren y son dueñas de sus destinos. Te burlas de mí, tratas de hacerte la graciosa cuando yo te ofrezco no sólo la sabiduría y la gracia de Europa, sino otras cosas que no tiene el europeo, que son patrimonio exclusivo del hombre americano…, la lealtad, la confianza, la bondad y… ¡Eres una idiota!

Con gran asombro suyo, Ann se sintió estrechada y besada con tal fuerza, que estuvo a punto de ahogarse. Entonces dejó de despreciarle, de ser racional y altanera, y sus labios cobraron súbita vida.

—¡Oh, por favor! —le rogó.

—¿No quieres ser una mujer *de veras*, en vez de un fonógrafo educado? ¿No quieres tener sentimientos, sentir el placer, en vez de morirte de timidez dentro de tu bata escolar?

—Sí…, pero no estoy dispuesta…

—¡Ofendida como una chicuela de la escuela dominical!

—¡No estoy ofendida ni mucho menos! ¡Santo Dios, vivimos en una época moderna! ¡No estamos en mil ochocientos noventa! ¡He estudiado biología! Pero estas cosas no se hacen a la ligera. ¡Tendría un amante si deseara lo bastante a alguien!

—¡No lo tendrías! ¡Tienes demasiado miedo!

La besó de nuevo, furioso, bruscamente. Ann se cegó un momento, se sintió conmovida y como un seco estuario en el que irrumpe briosa la marea. Y de pronto, la exageración de Hargis la dejó fría y vacía. Él era demasiado realista para ser real.

—¡He dicho que me deje en paz! —le exigió.

Él la soltó y se quedó mirándola con los ojos esperanzados de un niño ansioso, seguro de que al fin y al cabo van a llevarle al circo, y luego le dijo:

—¡No tienes pasión!

—¡Oh, sí, claro que la tengo! Ya que hablamos con tanta franqueza le diré que, hace un momento, me sentí realmente conmovida hasta que usted decidió probar el papel de hombre de las cavernas. ¡Déjese de tonterías, doctor Hargis!

—No tienes pasión. Por tus venas corre tinta de imprenta en vez de sangre. ¡Eres demasiado «superior» para encontrarte con un hombre en su propio terreno! ¡La mujer americana bien educada no es en realidad más que una monstruosidad biológica! ¡No tiene ni un átomo de sana y espléndida pasión!

—¿No se le ha ocurrido pensar que puedo ser apasionada con otros hombres y no con usted? Posiblemente no es el varón heroico y tentador que usted se figura. En una ocasión me habría gustado caer con el hijo de un zapatero que trabajaba en una tienda de comestibles. Él sí que es un hombre. ¡Pero usted… con sus ademanes de conquistador convirtiendo sus lecciones de historia en actitudes elegantes! ¡Preferiría ser educada por el portero de Anthony Hall!

Él metió bruscamente la cafetera en el *rucksack*, se echó la mochila a la espalda y se alejó a grandes zancadas sendero abajo sin volver ni una sola vez la cabeza.

Ann quiso llamarle. No quería que la sedujeran… al menos, entonces…; pero él era su mejor amigo… y aun en sus peores momentos, más cálido y sólido que cualquiera de las muchachas.

Le llamó débilmente «Glenn», peto era ya demasiado tarde.

Él se había perdido de vista.

De repente, Ann se sintió conmovida por el muchachito pueril, tan orgulloso de su comida, de su mochila europea, de su cafetera de cobre y de su vino, demasiado caro para su sueldo de profesor.

«A lo mejor tenía razón. A lo mejor no quise más que dármelas de virtuosa», se dijo la moral jovencita que había desafiado al seductor.

Y de pronto, sus esfuerzos por descubrir lo que realmente pensaba, se perdieron en una gris e inmensa soledad, y el valle que se extendía a sus pies se volvió también gris, frío y solitario.

OceanofPDF.com

IX

ANN NUNCA había tenido mucha conciencia de su propio cuerpo. Era un conocido al que veía con frecuencia, no un amigo íntimo. Le había conocido agradablemente cansado después de un partido de baloncesto o de un paseo, descansando suavemente en la cama, bajo las mantas, en las noches de invierno, gozando con el pan caliente y la leche fresca o haciéndole perder el respeto de sí misma, al ponerse enfermo. Pero la mayoría de las veces le había servido bien, sin exigir gran cosa.

Ahora no hacía más que exigirle, que exigirle de modo ineludible.

Las caricias de Hargis habían despertado su cuerpo, haciéndole desear sus derechos, sus posibilidades de placer. Ann yacía insomne por la noche, después de recibir con irritación más que normal, las «buenas noches» de Eula, pegajosas como la miel, suaves como el *cold cream*. Le dolían los riñones y el pecho, y en medio de su desfallecimiento le cruzaban por el cerebro tentadoras imágenes de Glenn Hargis; recordaba sus grises ojos, que desafiaban su placidez; sus manos, no blandas y gordezuelas, sino con los duros nudillos marcándose bajo la piel; su pecho sólido como un barril de roble; su piel, no blanda como el polvo de talco, sino ligeramente áspera, como la corteza de la haya. Permanecía despierta en su camita de hierro, con los brazos cruzados debajo de la cabeza, las manos bajo la almohada, mirando hacia el techo y anhelando la presencia de él.

Constantemente se repetía el mismo cuento de hadas, sin palabras: Eula desaparecía de modo milagroso y ella se despertaría para ver entrar a Glenn, un Glenn que no se excusaba ni trataba de mostrarse un dominador hombre de las cavernas. Él se acercaría a la cama, se sentaría en el borde y murmuraría:

«Pase lo que pase, nos necesitamos el uno al otro… ¡estamos los dos tan solos, tan llenos de anhelos!».

El doctor Hargis podría haberla conquistado en cualquier momento del mes siguiente a la jira en el Monte Abora. Pero no dio muestras de estar enterado de ello.

Ann no iba ya a su oficina, no hablaba con él después de la clase, no se paseaba con él. En clase, él la fastidiaba con su rencor de niño pequeño, haciendo que todas las alumnas hablaran de ellos. Se burlaba del entusiasmo con que contestaba a las preguntas.

—¿Quieren hacer el favor de prestar un poco de atención, señoritas? La señorita Vickers va a compartir su exaltación con nosotros. No creo que la intuición inspirada sea el mejor método de establecer un hecho histórico, pero puedo estar equivocado.

Le reñía con dureza cuando separaba mal los infinitivos en sus temas. Ann vio que él no tenía otra cosa que reprenderle y, desdeñosamente, siguió separando mal los infinitivos, aun cuando se había dado cuenta de lo horrible que resultaban así.

Hasta que desapareció su apasionamiento y volvió a dormir con sueño tranquilo como el de una gatita, Ann no quería dar crédito a la mezquindad de la venganza de Glenn. Si hay algo más asombroso que el ver a una persona falsear espectacularmente su propia naturaleza, es verla en todo momento consecuente con ella, sin el más ligero y humano desliz. Ann le había supuesto débil, pero original; y entonces descubrió que, en su obstinado despecho, al negarse a ser galante él se mostraba tan fuerte como una mujer venenosa que se cree ofendida.

Una vez se enfureció abiertamente con él. Hargis había estado diciendo que los siervos medievales estaban mejor que el trabajador «libre» de la época actual; y entonces ella se dio cuenta de algo que no había advertido en la primera conferencia: de que a él no le indignada realmente la inseguridad y la pobreza de los obreros, sino que, por el contrario, los despreciaba y los tenía por imbéciles naturales, dignos sólo de vivir en la esclavitud.

—¿Quiere decir, doctor Harris —protestó, mientras toda la clase asistía contentísima a aquella pelea entre los supuestos novios—, quiere decir que

no hemos progresado en absoluto hacia un Estado razonable…? ¿Que la lucha de los obreros y sus liberadores ha sido una farsa…? ¿Qué hay de Wolfex, Tone, Cromwell, Washington, Debs y Marx?

—¡Oh, claro que hemos progresado, mi querida señorita Vickers, si es que usted cree que el presidente Taft es mejor que la reina Isabel, Howard Chandler Christy mejor que Leonardo da Vinci y William Jennings Pryan un filósofo más edificante que Maquiavelo! *De gústibus.*.. Nunca me atrevería a discutir sus opiniones. ¡En mi humilde cerebro no conservo nada más que hechos!

Algunos profesores universitarios solían hablar así, empleando frasecitas hechas como el *de gústibus*. A lo mejor, todavía existen algunos ejemplares de esa clase.

Antes de la llegada de la primavera, Ann consiguió olvidarle fuera de las horas de clase. En el último año de estudios, como no daba clase con él y no le veía nunca más que en los tés de la facultad, dedicó toda su pasión a diversas actividades de un aspecto vagamente social.

Como había abandonado todos sus quehaceres religiosos, la YWCA, los Voluntarios Estudiantiles, los rezos en común y el decorado de la capilla, su alma, activa y extrovertida, su alma a lo Teodoro Roosevelt, exigía otras cruzadas, y Ann se entregó a ellas con toda la ilusión, la veneración, el amor por los ceremoniales familiares y la creencia de que podía proteger y cambiar el mundo, que había llevado antes a la religión.

Se entregó en cuerpo y alma al Club Socialista, que estaba en bastante mal estado; y dedicándose ella misma a buscar nuevas socias, consiguió doblar el número de sus miembros. Luego, con rasgo triunfante, regaló a la biblioteca de la Universidad un retrato de Eugene V. Debs, y la presidenta, una anciana astuta y cínica, estropeó su actitud de desafío haciendo que lo aceptaran y lo colgaron en uno de los corredores de la parte de atrás, adonde nunca iba nadie. Después de la graduación de Ann, el marco se empleó para un retrato de la reverenda Mary Wilkerbes, misionera.

Se introdujo también en la Sociedad de Debates, y en el último año siguió un curso de oratoria pública.

Su apostasía religiosa y los rumores de su intimidad con el doctor Hargis la habían enemistado con todas las idealistas damiselas que no

formaban parte del Club Socialista. Y aunque en los últimos y más sentimentales meses de su amistad con Glenn había estado segura de que la nombrarían presidenta de la clase, ni siquiera se había presentado su candidatura. En la Sociedad de Debates se la recibió con una frialdad que la asustó un poco; Ann, que había sido directora de una clase, sentía ahora el mismo temor que la muchachita que una vez se quedara mirando desde lejos farolillos japoneses el día de la fiesta de Mildred Evans.

Pero cuando se probó a las oradoras para ver quién iba a constituir el cuadro de debates, Ann sobresalió enseguida.

Siempre había sido una oradora ardiente, convencida de que tenía algo importante que decir; había sido siempre lo suficientemente crédula para gozar de los aplausos y enardecerse con ellos. Unas cuantas lecciones de oratoria pública la enseñaron a mantenerse más erguida, más tranquila y a agregar a su natural vehemencia un cúmulo de gestos imbéciles que —sin razón aparente, a no ser que fueran directamente heredados de una madura y útil brujería— enloquecían al auditorio. Aquella ciencia nueva, unida a su natural disposición, la convirtió en una magnífica polemista, y la Sociedad la eligió directora del cuadro que, como una gran aventura, fue al Norte a debatir con el famoso e invencible cuadro de la Universidad Femenina del Southern New Hampshire, acerca del tema: «Resolver si la Iglesia es más importante que la Escuela». Ann, que creía que la Escuela era lo más importante, estaba encargada de defender lo contrario. ¡Un verdadero viaje de piratas, con dos muchachas espléndidas y sin que nadie las acompañara! ¡Fueron a despedirlas hasta doce personas y les regalaron flores, una caja de un kilo de bombones Park y Tilford y un ejemplar del *Life*! ¡En el tren había hombres desconocidos que las miraban interesados, haciéndolas reír en común deleite! ¡Y la dulce seriedad con que planearon la estrategia del debate! Luego, nuevas ciudades, el aire fresco de las tierras altas, la emoción de la llegada y en la estación, para darles la bienvenida, un grupo, aún mayor que el que las había despedido, compuesto de dieciséis chicas maravillosas, de la UFENH. ¡Dos lujosos dormitorios con baño privado, en el edificio de la fraternidad! ¡Y un auditorio enorme de doscientas estudiantes, pero todas generosas y amables!

Después que las otras muchachas hubieron expuesto en lindas frases sus discursitos en favor de la Iglesia o de la Escuela, como niñitas bien educadas en una clase de alocución («¿no creéis, mis queridas amigas, que la verdadera cuestión es que la iglesia y nuestro pueblo, a pesar de lo querido que es para nuestro corazón y nuestra mente, no es más sagrada que el recuerdo de la abnegada maestra de nuestra escuela?»), después de aquellas frases rosas y violetas del pensamiento, Ann se desató y, olvidándose por completo de que era una señorita, pregonó con acento tonante, un acento que estuvo a punto de convencerla a ella misma, las glorias de la Iglesia, inspiradora de las Cruzadas, arquitecto de los edificios más maravillosos del mundo, profeta que había enseñado a las escuelas la base moral indispensable en toda enseñanza, fundadora de nuestro perfecto gobierno democrático. Y que había abierto los ojos a los paganos que se inclinaban ante ídolos de piedra y madera.

—¡La Escuela, sí, es como nuestra hermana mayor, bondadosa y leal, pero la Iglesia es nuestra madre, la que nos dio la vida y todo lo que tenemos en el mundo! Perdonadme, ¡oh!, perdonadme si me olvido del decoro propio de todo debate; perdonadme si hablo con demasiado acaloramiento, pero ¿quién puede mostrarse tranquilo y decoroso cuando la gente analiza, cuando critica, cuando se burla de nuestra propia y santa madre?

Los aplausos estallaron como truenos, el invencible cuadro de las UFENH fue vencido y Ann fue invitada de honor en la casa de la fraternidad, donde se les ofreció un espléndido banquete a base de café, emparedados de lechuga y tomate, y huevos con salsa picante. Y a la semana siguiente, el retrato de Ann apareció en la primera página del *Weekly Point Royalist*, y la invitaron a que pronunciara discursos en la Sociedad pro sufragio femenino de Torrington y en la Sociedad de jóvenes de la Iglesia de los primeros discípulos de Amenia.

Pero su animosa defensa de la Iglesia le trajo algunas complicaciones.

Las directoras de la YWCA se lanzaron sobre ella, como gatitas sobre una pelota de tenis, y le preguntaron por qué no volvía a la YW teniendo tal cariño por la Iglesia. Cuando ella rehusó, con voz ligeramente débil, la señorita Meulah Stoleweather, consejera universitaria de la YW, protestó:

—Después de todo, Ann, tú estás realmente con nosotras. ¡Te aseguro, querida, que te conozco mejor de lo que te conoces tú! ¡En el fondo eres una verdadera cristiana… más cristiana de lo que tú crees! ¿No te oí decir al despedirte, «que Dios os bendiga»? ¿Ves cómo te conozco? ¡Ya volverás a nosotras!

Y Ann recobró así su respetabilidad. Pero no estaba contenta. Las noches en que deseaba con toda su alma verse estrechada por unos brazos masculinos, habían despertado en ella algo que ahora no podía contentarse con comités y palabras untuosas. Estaba furiosa porque no la habían elegido presidenta de la clase… «aunque, como es natural, ella no quería un puesto tan molesto como el de presidenta. Pero era el principio lo que le interesaba. Estaba bien. ¡Ya verían lo que era bueno! ¡Cuándo saliera de la Universidad se convertiría en algo más grande, más popular y memorable que una simple y estúpida presidenta de clase!».

Su último año transcurrió en una furia de popularidad, en una vorágine política, y en él Ann reconquistó todo lo que había perdido por su apostasía y por el rumor de que el doctor Hargis la había dejado plantada. Su habitación —una habitación para ella sola, sin que la perfumara aquel año, ¡gracias a Dios!, la presencia de ninguna Eula Towers— se convirtió en el punto de cita de todas las polemistas, las economistas, las futuras trabajadoras de las *settlement houses*[8] y otras intelectuales de Point Royal, quienes, al apurar sus limonadas calientes, solucionaban las cuestiones del sufragio, la paz mundial y el problema de los salarios.

Visitaba a muchachas que le eran antipáticas. En el recinto universitario se mostraba blandamente amable con muchachos cuyos nombres apenas recordaba. Trabajaba especialmente para la Sociedad de Debates. Y un día destrozó a toda la Universidad con la asombrosa proposición de que debían proponer un debate a las estudiantes de Vassar, quienes consideraban a Point Royal en la misma categoría que las escuelas agrícolas, las academias católicas y los institutos para aprender a embalsamar. La discusión se efectuó dos años más tarde, pero Ann no estaba ya en la Universidad.

Sólo Dios sabe el efecto, bueno o malo, que aquel último año de dictadura ejerció sobre las posteriores empresas políticas de Ann. No he pretendido ni por un momento que la pequeña Ann de Waubanakee no

estuviera a esas alturas algo manchada, pero la joven atropellada y aturdida a que había cedido el paso obtenía cada vez nuevos poderes y tal vez habría llegado a convertirse en una mujer cínica y pomposa, a no ser por su incidente con la grotesca Pearl McKaig.

Pearl era la mejor estudiante de la clase, después de Ann. Era una chiquilla delgada, menudita, pedante, con unas cejas unidas; una criatura malhumorada, agria y precoz, dos o tres años menor que las demás estudiantes de su curso. Se lanzaba sobre la ciencia con la misma avidez con que el borracho apura un *whisky* gratis, y sus compañeras se reían de ella, la mimaban y la odiaban por su cándida franqueza.

Había intentado formar parte del cuadro de debates y había fracasado —uno de sus pocos fracasos, ya que nunca se había dedicado al deporte—. Los discursos que había pronunciado en las pruebas eran tan estadísticos como un termómetro y tan secos como la harina. Pero seguía frecuentando la asociación, y sus pálidos ojos miraban con adoración a Ann cuando ésta hacía juegos malabares con las palabras; ingresó en el Club Socialista y asentía extasiada a las frases de Ann, al oírle decir que todas ellas pertenecían a la casta superior y más culta y que su deber era ayudar a las obreras menos afortunadas que ellas. Y cuando Ann, al pasar junto a ella, la saludaba con amable ademán, Pearl se ruborizaba de contento.

Y no obstante fue esa misma Pearl McKaig la que entró en la habitación de Ann en el momento en que ésta se disponía a salir para asistir a una reunión vernal de la Sociedad pro plantación de árboles en la Universidad, donde Ann iba a pronunciar unas breves palabras, se dejó caer en el sillón Morris, se la quedó mirando hasta que a Ann le entraron ganas de chillar, y luego se tocó la insignificante barbilla y exclamó:

—Ann…, ahora hablas con mucha más facilidad que la primera vez que te oí hablar en la YW, hace dos años.

—¿Sí?

—Con mucha mayor elocuencia. Ahora sabes muy bien cómo impresionar al auditorio.

—¡Oh, es que…!

—Y te interesan muchas más cosas. Ya no eres una muchachita pueblerina. Pero yo, en cambio, creo que lo sigo siendo.

—Bueno, claro está…

—Podrías ser una gran mujer…, una mujer famosa en toda la nación.

—¡Oh, no digas tonterías, querida!

—Entonces, Ann… ¿por qué te has vendido? ¿Por qué quieres ser popular aun entre las chicas más estúpidas de la Universidad?

—Bueno, la verdad…

—¡Tienes que escucharme, porque te quiero! Y porque soy la única que se atreve a decirte estas cosas…, ¡quizá la única que se da cuenta de ellas! Cuando renunciaste a tu puesto en la YW, yo estaba presente y te admiré, oh, de todo corazón. Me salí también entonces… aunque no se lo dije a nadie y me limité a dejar de ir. ¡Y me figuro que, como se trataba de mí, nadie se fijó en ello! Estuviste magnífica. Y ahora sales con las directoras de la YW, les gastas bromas, les das palmaditas en la espalda y les haces pensar que, en tu interior, te arrepientes de haberte salido, aunque no puedes volver por hacer honor a tu palabra. Y te estás volviendo pomposa. Sí, es verdad. Te pareces al reverendo doctor Stemoe, que llama a todo el mundo «hermana» y mentalmente da palmaditas a la espalda. ¡Eres pomposa! ¡Y afable! ¡Eres toda amabilidad con los hombres, y más aún con las mujeres! ¡Suave! ¡Intrigante! ¡Dominadora! ¡Ingeniosa! ¡Y tan chistosa, cuando interiormente estás de un mal humor de todos los diablos! ¡Inteligente y viva! ¡Y falsa! ¡Oh, Ann, no te vendas! Y no creas que eres tan importante… eres demasiado importante para tapiar tu corazón, pensando en eso. Y ahora sé que no volverás a hablarme más… Pero, de todos modos, ¡si supieras cuánto te quiero!

Y Pearl huyó de la habitación, gimiendo.

Ann Vickers no acudió a la reunión ni pronunció unas pocas y bien elegidas palabras. Permaneció sentada en medio de la oscuridad, con el corazón oprimido.

«Es verdad —se decía—. Ahora necesito de nuevo mi religión, para rezar pidiendo humildad. Probablemente no la conseguiré nunca, porque, probablemente, nunca la tuve. Pero después de esto… Si al menos pudiera “matar! a esa chicuela con su frente enorme y su pedante rectitud, por haberme hecho dudar de mí misma; de todos modos, después de esto quizá

sea menos claramente ofensiva. ¡Humildad! Bienaventurados los pobres de espíritu, porque…”»,

Pero hasta su graduación, y aun después de ella, permaneció extrañamente silenciosa; rehusó un puesto de auxiliar de Ciencias Económicas en la escuela veraniega de Bryn Mawr, y fue a trabajar en una fábrica de lanas de Fall River, donde vio que las mujeres educadas sabían menos acerca de la vida, del amor, de la maternidad, del cansancio, del hambre, de las asociaciones obreras y del medio de ocultar ladrillos para romper ventanas durante las huelgas, que las mestizas que trabajaban en ella.

Y de ese modo aprendió a ser humilde, a tener la humildad suficiente para abrirse camino en un mundo que por igual la alababa y despreciaba.

OceanofPDF.com

X

EN LOS diez años que siguieron al de su graduación, en 1912, Ann tuvo una extraña variedad de empleos. Durante un año hizo estudios de enfermera en el Hospital Presbiteriano de Nueva York, como una base para sus trabajos sociales, que, inevitablemente, el día en que las mujeres votaran, habían de conducirla a la política. Sus amigos le decían que debía ingresar en una escuela graduada o en una escuela para trabajadores sociales, leer libros y escuchar conferencias acerca de los necesitados; pero ella prefirió aprender con los ojos, las manos y las narices, desde luego con las narices, algo acerca de los doloridos cuerpos de las personas con quienes tendría que entendérselas.

Como la campaña pro sufragio femenino se hallaba en todo su apogeo, Ann se convirtió en una de las organizadoras del Comité Central de Nueva York, y desde allí la enviaron a cierta ciudad de Ohio, a la que llamaremos Clateburn para disfrazarla. Ann era la mejor de aquella tripulación de jóvenes piratas y, ¡vaya si eran piratas! Unos años antes de que se organizara el agresivo Partido Nacional Femenino, con sus bulliciosas revueltas y sus constantes invasiones de las sagradas oficinas de los senadores, había en varias ciudades americanas grupos de diablesas jóvenes encargadas de amargarles la vida a los diputados que durante muchos años habían gozado de sus cómodos asientos, desde los que decían que las mujeres eran las salvadoras y las creadoras de la raza, las preservadoras de la cultura y la buena educación, y las inspiradoras de todo lo que el hombre tenía de noble, pero que su delicada frescura —aunque estuviera a prueba de las pilas de lavar, de los pañales y de cuidar a los pollos—, desaparecería en la horrible sordidez de una mesa electoral; que, desde luego, las mujeres

debían votar «algún día», pero aún no. El «algún día» de los diputados tenía, por lo visto, la misma fecha que el «algún día» en que Gran Bretaña llegaría a la conclusión de que la India era capaz de gobernarse por sí sola —y Norteamérica pensaría lo mismo de las Filipinas—; el día en que los patronos darían gozosos a los obreros no asociados el mismo salario que a los miembros de algún sindicato, en que los matrimonios dejarían de pelearse, en que desaparecerían la prostitución y el amor por las bebidas fuertes, en que los profesores tendrían el mismo conocimiento de la vida que el conductor de un camión, en que los perros nacerían limpios y los gatos jugarían tiernamente con los ratones.

El local central de las sufragistas de Clateburn se hallaba en una antigua residencia, construida hacia 1880, conocida por el nombre de Fanning Mansión. Era una casa grande y espantosa revocada con yeso castaño cruzado de líneas blancas, que servían no tanto para imitar la piedra como para simbolizarla. El adusto pórtico tenía unas columnas de estilo jónico de madera recubierta con pintura sobre la que se había pulverizado arena, de modo que parecían de color de lija castaño, y que maltrataban grandemente las yemas de los dedos de los muchachos de la Western Union, cuando aguardaban en la puerta para entregar un mensaje, porque las sufragistas, en sus momentos desocupados, solían enviarse las unas a las otras agitados telegramas. El tejado era plano y tenía una comisa de cinc prensado.

La Fanning Mansión parecía un viejo hospital, pero era aún menos acogedora.

Las inmensas salas de alto techo, donde la voz sonaba a hueco, estaban llenas de escritorios y mesas atestadas de aburridos folletos sufragistas y sobres que había que enviar. En el tercer piso había unos dormitorios de techo abuhardillado, que en otra época habían pertenecido a los criados de los Fanning y que ahora estaban ocupados por cuatro sufragistas, entre las que se contaba Ann.

La emperatriz y jefe supremo del local central de Clateburn, ya fuera por las grandes sumas con que había comprado su importante papel, o por su extraordinaria energía, era la señora Ethelinda St. Vincent, una dama corpulenta y decidida, que usaba sombreros color de púrpura y tenía un pecho que parecía un saco de trigo. Eleanor Crevecoeur, una de las

empleadas del local central, decía que la señora St. Vincent había sido simplemente Ethel Peterson, hija del socio de una firma de plomeros, hasta que se casó con St. Vincent, quien, aunque fabricaba cuerdas, era un aristócrata, lo que quería decir que había estudiado en una universidad del Este, que su familia vivía en Clateburn desde hacía dos generaciones y media y que la fábrica de cuerdas no había sido fundada por él, sino por su padre.

La señora St. Vincent tenía la costumbre de pasarse por el local central después del teatro —ella lo llamaba «después del teatro», aunque la maliciosa Eleanor suponía que lo que quería decir era «después del cine»—, y si a las once de la noche encontraba a las muchachas charlando y sin hacer nada les gritaba:

—Señoritas, ¿creen que el sufragio no es más que un empleo, como trabajar en una oficina, y que deben estar pendientes del reloj?

Pero nunca hubo quien le pegara, porque las sufragistas habían leído el Evangelio de San Lucas, capítulo cuarto, versículo 37: «Perdona y serás perdonado».

La señora St. Vincent había recibido en su casa de estilo georgiano, situada en St. Botolph Avenue, a las más famosas oradoras sufragistas, incluso una inglesa con un auténtico título nobiliario, y la atmósfera intelectual que había creado en torno a ella le había valido el ser elegida miembro del Club Musical Fénix de Clateburn.

Pero la verdadera dueña y señora del local central era la secretaria a sueldo, la señorita Mamie Bogardus, a quien todas las sufragistas y gran parte de los habitantes de Clateburn llamaban «La Furia», y la prensa de Ohio la «Carrie del Sufragio Nacional[9]».

La señorita Bogardus era, de pies a cabeza, la personificación de la sufragista batalladora, tal y como la pintaban las caricaturas de las revistas cómicas. Era una solterona alta y desgarbada, con ojos feroces y voz aguda, alta y vibrante —¿qué habrá sido de esas hurañas amazonas de antes de la guerra de 1914?—. Era insolentemente agresiva o absolutamente temeraria, según el punto de vista del que la juzgara. Si pensaba que los concejales no se portaban como era debido, no había temor ni respeto por su dignidad de magistrados que la contuviera; acudía a sus reuniones y les reprochaba su

conducta en voz muy alta, dando números. Si veía que un hombre trataba mal a un niño, un caballo o un violín, se lo decía así sin el menor reparo. A los cincuenta años de edad era, casi seguramente, doncella; no fumaba ni bebía y solía decir con frecuencia y delante de todo el mundo que todos los hombres —desde los siete años en adelante— eran tan torpes como los perros, tan sucios como los monos, tan tiránicos como los osos y tan brutos como los conejillos de Indias. Vestía las ropas más extraordinarias de todo Ohio. Un traje sastre de marcado corte masculino y zapatos planos, usaba blusa de seda amarilla con botones escarlata —es decir, cuando no le faltaban—, turbantes de doradas telas chinas, siempre torcidos y abollados y, por lo menos, una docena de collares baratos, de cuentas de vidrio o discos de madera. Sus escasos vestidos de noche o fiesta eran de *crepe de Chine*, de un violento carmesí o un pálido lavándula, siempre deslucidos, y las faldas le colgaban desigualmente y le hacían arrugas en las caderas.

Todo el mundo se preguntaba dónde conseguiría aquellos vestidos, ya que ninguna modista era capaz de hacerlos así, y dado que la señorita Bogardus era tan torpe como un minero cuando tomaba una aguja entre sus dedos grandes y con manchas de hígado.

Trataba con aspereza a las sufragistas jóvenes. Las reñía mucho más que la voluptuosa señorita Ethelinda St. Vincent, y además, como estaba casi todo el tiempo con ellas, tenía más ocasiones de reñirlas. A las siete de la mañana las hacía salir de la cama y las reñía cuando se iban a acostar, medio muertas de sueño, a las doce de la noche. Recibía con gesto adusto a los escasos jóvenes que iban a visitarlas, y con una voz tan suave como el amoníaco les preguntaba si fumaban. Se quejaba si las muchachas se vestían con decencia, diciendo que aquel dinero debía ir a parar a la Causa, y se quejaba aún más si no iban exquisitamente limpias y arregladas, porque eso podía «producir mala impresión». Según ella, todo lo que hicieran o dejaran de hacer «producía mala impresión».

Cuando Ann Vickers llegó a Clateburn, le horrorizó de tal modo aquella belicosa furia, que estuvo a punto de dejar el empleo.

Y, al cabo de quince días, comprendió que la señorita Mamie Bogardus era la más valiente, la más honrada, la más bondadosa y la más melancólica de las mujeres que había conocido. Si era agresiva, era porque estaba

convencida de que la mayoría de los hombres y de las mujeres se dejan tratar mal por cobardía o pereza; si iba sucia y desaliñada, era porque estaba entregada en cuerpo y alma a su trabajo. Aunque hacía trabajar sin piedad a sus ayudantes, era la primera en defenderlas, como Ann descubrió al oírla responder con aspereza aun a la rica e influyente señora St. Vincent.

—¡Deje de molestar a mis chicas; bastante las molesto yo!

Y cuando alguna de ellas estaba realmente enferma, la señorita Bogardus era la que la hacía quedarse en cama y le subía una taza de caldo, aunque no estuviera especialmente bien preparada.

El público, la prensa y hasta algunas de las simpatizantes del sufragio, y todos los hombres que discutían llenos de húmeda sabiduría frente a las puertas de los bares, decían que la señorita Bogardus era sufragista porque no había podido cazar a un hombre; que algo quería, pero que ese algo no era el voto.

Ann sospechaba que aquello era verdad, como también lo era que la señorita Bogardus no se había dado cuenta de ello y, por lo tanto, no podía sufrir por el hecho de que no hubiera podido hallar un hombre lo suficientemente listo para comprender su lealtad, su profunda honradez y una pasión demasiado tempestuosa para adornarse de rosadas delicadezas. Y Ann comprendió también que si la señorita Bogardus estuviera casada y fuera madre de diez robustos hijos, sería igualmente una luchadora, padecería igualmente hambre y sed de justicia.

Ann recordaba bien la historia americana —un tema poco popular en la prensa de Clateburn, excepto cuando se trataba de los ases del béisbol, de Jorge Washington o del desarrollo de la industria del automóvil—, y veía en la señorita Bogardus a la abuela pionera, con un niño en un brazo y en el otro el rifle para defenderse de los indios.

Además de la señorita Bogardus y de Ann, había en la Fanning Mansión otras dos empleadas más: Eleanor Crevecoeur y Patricia Bramble.

Las dos eran para Ann románticas y cariñosas compañeras de armas.

Para describir a Pat Bramble en cualquiera de sus aspectos, habría de sacar la palabra «primorosa» del desván a que la ha relegado la falta de uso.

Primorosa, sí, como salida de las páginas de una novela victoriana. Igual que Little Nell, que la señorita Nickleby y que la Rosa de Harry Maylie, con la diferencia de que tenía el vocabulario de un cargador de muelle, el desenfado de un sacerdote elegante, la jovialidad de un soldado irlandés al pelear con los policías, al menos durante las revueltas sufragistas, y la honradez de Mamie Bogardus. Pero era pequeña y lo suficientemente esbelta para alegrar hasta unos ojos tan exigentes como los de Dickens; tenía el cabello dorado y las mejillas como pétalos de rosa y en privado fumaba cigarrillos de rosadas puntas, mientras que Eleanor lo hacía en una pequeña pipa.

Eleanor Crevecoeur era el misterio de la Fanning Mansión. Ann Vickers resultaba complicada solamente cuando el ambiente en que vivía chocaba con sus deseos de franqueza, eficiencia, bondad y libertad sexual; la señorita Bogardus era tan vulgar como cualquier mujer de la frontera; Pat Bramble tenía un fondo de sólida vulgaridad bajo su aire delicado; pero Eleanor Crevecoeur tuvo siempre una doble personalidad, que se dividía no solamente en dos fracciones reconocibles, sino a veces en tres, en cuatro y hasta en una docena.

Tenía veintiocho años. Ann veintitrés y Pat diecinueve. Era alta y delgada como un cuchillo; tenía las piernas delgadas, los pies estrechos y afilados, manos delgadas y venosas al extremo de unos brazos tan frágiles que parecía que el viento iba a quebrarlos, y una cara morena y animada, con una nariz larga y corva. Pero no tenía nada de fea; había en ella demasiado fuego, demasiada voluntad; los hombres la rodeaban y reían en cuanto Eleanor se dignaba sonreírles una vez.

El mayor de los misterios que la envolvían, era el de su origen. Podía imitar a Pat Bramble en sus blasfemias y su sana ordinariez, pero en ella ambas cosas nunca parecían del todo naturales. En los círculos sufragistas de Clateburn se decía que Eleanor procedía de una noble familia francesa; que había habido un marqués de Crevecoeur que se había casado con una muchacha bella y salvaje, hija de una princesa india y un general inglés.

Ni Ann ni Pat sabían si aquello era o no verdad. Lo único que sabían de la infancia de Eleanor era que procedía del Canadá y que durante algún tiempo se había educado en un convento de monjas. Sospechaban que la

leyenda de su nobleza tenía su origen en el hecho de que, en una ciudad como Clateburn, compuesta de Smiths, Browns y Robinsons, de Müllers, Schwartzes y Hauptschnagels, de Jones, Lewis y Thompsons, y de Cohens, Levys y Ginsbergs, el nombre de Crevecoeur resultaba aristocrático. Ann lo miró en el diccionario, y con aire de importancia anunció a Pat que significaba realmente, «despecho, dolor del corazón», y que con seguridad era algo muy romántico. Pero Pat lo miró en un diccionario mayor y le anunció groseramente a Ann que *crevecoeur*, significaba también «una variedad francesa de ave doméstica, con alto copete y una cresta que forma dos cuernos…».

Había otra muchacha que, aunque no vivía en la Fanning Mansión, pasaba con ellas casi todas las veladas. Era Maggie O'Mara, organizadora de la Unión de Camareras y Lavadoras de platos, profesión que ella misma tenía. Era sonrosada y de ojos brillantes, y tenía los brazos como los de una lavandera. Además, era una ruidosa y convincente oradora callejera y, como ella decía, naturalmente tan ordinaria como Pat y Eleanor fingían ser.

Las cuatro muchachas, Ann, Pat, Eleanor y Maggie O'Mara formaban un grupo que, por causas que más adelante se dirán, fue muy pronto conocido en todo Ohio como «el Pelotón de la bola y la cadena».

Su vida privada —aunque en realidad casi no tenían vida privada, aparte de seis o siete horas de sueño en camas frías o solitarias, un teatro una vez por semana y un baile, higiénicamente salpicado de conversaciones liberales, una vez al mes— no se veía nunca libre del picante tema de la Mujer y las mujeres; de los derechos de la mujer, y de la superioridad de la mujer con respecto al hombre, tanto en inteligencia constructiva como en resistencia física al dolor y al cansancio.

Guisaban sus comidas y se las comían en la vieja cocina de la Fanning Mansión, una caverna de piso de piedra que daba a un patio decorado con álsines, girasoles y arcaicos montones de cenizas y latas. Debían hacer la comida por turno, pero por lo general quien la hacía era Ann, ayudada por Maggie O'Mara, que iba a verlas como invitada y se quedaba como ama de

casa. Y también era ella, o ella y Maggie, la que limpiaba la pila y los caminos de linóleo del piso y la que lavaba los trapos de rejilla.

Ann silbaba mientras hacía esas cosas. Le gustaba trabajar con las manos, como le había gustado cuando hacía sus estudios de enfermera y de pequeña cuando cuidaba de su distraído padre. Y siendo casi una enfermera, era la que sabía hacer mejor las camas y, noche tras noche, volvía a rehacer el aristocrático aunque revuelto lecho de Eleanor Crevecoeur, cuya única idea acerca de tal menester era sacudir un poco las mantas y sábanas, estirar la colcha, palmear un poco el colchón, y dar por terminada su labor.

Pero en la Fanning Mansión, Ann sólo podía considerarse como un individuo en los momentos dedicados a las tareas domésticas. Fuera de aquellos momentos, no era más que un miembro de un movimiento, un soldado en un atestado cuartel, una conjunción de una frase larga y especialmente complicada.

Las otras, aun la misma Maggie O'Mara, no se ofendían, al parecer, por no ser más que simples unidades en la masa colectiva; no parecían tener ni siquiera la ambición de llegar a ser algún día jefes de aquella colectividad. Pero Ann, que pronunciaba discursos cuando se lo pedían, que dirigía sobres cuando se lo ordenaban, que ridiculizaba a los hombres cuando era oportuno, seguía siendo aún la Ann Vickers de Waubanakee, una mujer libre de los bosques y el río, un bandido solitario que, de niña, había querido socializar el crimen, con tal que la dejaran ser a ella el dictador.

El «Pelotón de la bola y la cadena» abandonaba solamente el tema de la Mujer por las noches, cuando después de las doce, sentadas al estilo turco en el suelo o sobre las camas, mientras la señorita Bogardus dormía al otro lado del *hall*, hablaban del Hombre.

En 1914 y 1915, aunque la primera guerra mundial había comenzado ya, y aunque un genio anónimo había inventado ya el Sexo, la palabra no se empleaba aún de un modo popular y en grandes cantidades. Maggie y Eleanor, eso sí, hablaban con franqueza del sueño comunal, Pat empleaba las sagradas palabras como expletivos y Ann se había liberado de las reticencias de Waubanakee, pero ninguna de ellas creía que podía discutir libremente cualquiera de las conversaciones de salón de quince años después. Pero no se sabe si sus emociones privadas eran distintas de las de

1930, ya que lo único que conocemos son sus ansiosas preguntas y sus inquietos deseos de confesarse.

Pat, que se veía asediada por los escasos hombres que eran lo suficientemente atrevidos para invadir la Fanning Mansión con motivos sociales, era tan frígida como un capullo de rosa, o al menos así lo sospechaba Aun. Maggie O'Mara se echaba a reír cuando hablaban de aquello y decía:

—Sois como niñas a pesar de toda vuestra educación. ¿Qué sabéis de amor?

Eleanor exclamaba:

—¡Me aburrís las dos! ¡Sexo! Ninguna sabéis ni una palabra acerca de eso. Para vosotras no significa nada. ¡Las sufragistas odiamos a los hombres! ¡Desde luego! ¡Y os apuesto cualquier cosa a que era como yo, de joven! Oh, las jovencitas como es debido no se enamoran apasionadamente de los hombres. ¡Ni mucho menos! No debemos hacer experimentos; debemos cruzar nuestras blancas manos y aguardar a que aparezca un hombre y nos guiñe el ojo. ¡Diablos! Bueno, Ann ¿cuál es tu confesión? ¿Es vulgar como la de Maggie, inhumana como la de Pat o loca y absurda como la mía?

—¡No… lo… sé! ¡De veras que no lo sé! —balbució Ann.

Desde el episodio de Glenn Hargis, había deseado con toda el alma huir de cualquier manía que oscureciera sus claros y alegres ojos. Y por eso, cuando acudían hombres a la Fanning Mansión, para beber té frío y tomar bizcochos de la panadería, o por las noches para ayudar a llenar sobres o conferenciar acerca del modo de reunir fondos —hombres dignos de encomio, borrosos hombres de negocios arrastrados por esposas feministas, clérigos liberales y por lo general solteros, profesores, muy viejos o muy jóvenes, de la Universidad de Clateburn y políticos oportunistas que pensaban en el probable porvenir de aquellos votos femeninos—, las que los recibían y a veces bailaban con ellos a los acordes de un fonógrafo, eran Pat y Maggie y las estudiantes que las ayudaban en sus ratos libres, mientras que Ann y Eleanor desaparecían o permanecían sentadas en un rincón.

«Algún día, un hombre el que a mí me gustaría besar, como Adolfo, va a querer besarme a mí, como Glenn Hargis, y entonces me olvidaré de todas las estadísticas sobre los salarios de las obreras y le besaré con tanto ardor que el mundo desaparecerá en cenizas. ¿O seré también un témpano, como Pat?», se decía Ann, preocupada.

Trabajaban duramente, como los marineros durante una tempestad, como los estudiantes en época de exámenes. Se miraban entre sí y sonreían, cuando las desaliñadas amas de casa les decían:

—¡Si se casaran, como yo, y tuvieran que lavar, cocinar y cuidar de los hijos, si tuvieran que «trabajar» como yo, no tendrían tiempo de pensar en si debíamos votar o no!

Las enviaban a que pronunciaran discursos en clubs femeninos, clubs masculinos de las iglesias, el WCTU o el DAR y a incesantes reuniones sufragistas, en salas estrechas, donde se resfriaban fácilmente por falta de ventilación. Solas, o al mando de escuadrones volantes de trabajadoras aficionadas, por lo general muchachitas elegantes que coqueteaban y reían y no aumentaban gran cosa la dignidad de la causa, hacían campañas para reunir fondos o procurarse ayuda de los políticos. Visitaban hermosas casas particulares, pisitos pobres, lavaderos chinos, elevadores de granos y despachos de bolsistas millonarios en los que, algunas veces, se encontraban con empleadillos de aspecto débil, que les sonreían y decían con voz dulzona:

—¡Vamos, dennos un beso y verán cómo se les quitan las ganas de votar!

Y a veces encontraban a un esposo analfabeto —¡extrañas palabras!—, el cual reconocía que a él le parecía muy bien el que las mujeres votaran, pero que estaba en contra del «sufragio» que él identificaba con los tés de la Fanning Mansión que interrumpían el trabajo de su mujer, y una vez —¡cosa aún más rara!—, una esposa persiguió a Ann con una escoba cuando ésta pidió permiso para hablar con su esposo.

¡Márchese de aquí! ¡Las conozco muy bien a todas las de su clase! No va a quitarme a mi esposo con todos sus arrumacos y… ¡Todas son unas

cualquiera! ¡Márchese!

De las cuatro muchachas y la señorita Bogardus, Ann era quien por lo general escribía las notas publicitarias que enviaban constantemente a los periódicos: notas acerca del extraordinario éxito que había tenido la reunión de Old' Fellows Hall, acerca de la simpatía con que la había tratado el senador Juggins, de la llegada a Clateburn del famoso reverendo doctor Ira Weatherbee quién había «aceptado la invitación» —hecha revólver en mano —, para dirigirse a las damas de la Iglesia Cristiana de Sycamore Avenue.

Eleanor Crevecoeur escribía una prosa más lúcida y atractiva que la de Ann, pero, probablemente por ese motivo, no podía escribir las notas para la publicidad con la ligereza y la falsa alegría propia de tal arte. A lo mejor, sus años de la Sociedad de Debates le habían dado a Ann la debida facundia. El caso es que se convirtió en una eficaz y popular propagandista y que, más adelante, prestó servicios a varias causas por medio de su pluma, escribiendo para los diarios dominicales artículos llenos de estadísticas, elegidas con piadosa discriminación. Escribía con pasión acerca de los males del mundo, pero nunca pudo comprobar por qué un adjetivo era más indicado que otro; y, años más tarde, ya en Nueva York, se sentía herida y hasta algo melancólica, cuando sus amigos periodistas le decían que era una mujer encantadora, pero que sus artículos eran atroces.

Ann, Pat y Eleanor eran enviadas con frecuencia, y solas, a los pueblos vecinos, para ayudar a organizar las asociaciones sufragistas; las enviaban a ciudades pequeñas, desconfiadas y masculinas, donde el lugar de la mujer seguía siendo el hogar, lo que quería decir la cocina y el cuarto de los niños. En ellas eran recibidas por agrias matronas que refunfuñaban.

—¡Bueno, bueno! ¡Me extraña mucho que el local central nos envíe una muchacha como usted, después de lo que hemos trabajado!

Con la ayuda de dos o tres de esas valientes soldados —quienes, como en la mayoría de los casos, eran las chifladas, las Mamie Bogardus y el horror del pueblo entero, podían ayudar muy poco— alquilaban el carro de un almacén, o un desvencijado automóvil, y pronunciaban discursos en las esquinas, mientras el auditorio se iba reuniendo lentamente, entre silbidos,

maullidos y chasquidos de labios, como si les enviaran besos. Y por la noche dormían en fúnebres camas de nogal negro, en los mal ventilados «cuartos de invitados» de las Casandras locales. Por la mañana se desayunaban con tocino rancio y achicoria. Y, por la noche, cuando volvían en el tren local a la Fanning Mansión, con frecuencia en el acre salón fumador, volvían descorazonadas y vencidas y eran recibidas por la furiosa señorita Bogardus, que les gritaba:

—¿Qué hacen ahí sentadas? ¡Estamos muy retrasadas y hay que escribir muchos sobres!

A llenar, pues, los sobres hasta medianoche y, al día siguiente a partir de nuevo a un viaje por tierras hostiles y extrañas. Si en aquellos días Ann hubiera tenido tiempo de leer a Kipling, probablemente habría desgarrado el libro, al ver que daba por sentado que sólo el hombre —y aun así, sólo los británicos—, era capaz de realizar expediciones de castigo contra los nativos y hacer frente con seguridad a la multitud peluda y horrible. Pat Bramble y ella realizaban esas expediciones dos veces por semana y eso que a la vuelta no las aguardaba una comida abundante, un *whisky* y soda y un birlocho.

¡Sobres!

¡Sobres que llenar!

Sobres con el «NAWSA, 232, McKinley Ave., Clateburn, Ohio», impreso claramente con tinta de color azul pálido, en el extremo superior izquierdo. Sobres. Pilas de sobres. Cubriendo las mesas, junto a las guías telefónicas, las guías de la ciudad, libros de direcciones y listas de partidarios. Sobres que contenían peticiones de fondos, escritas con multicopista, peticiones que comenzaban con la frase: «Escriba a su diputado y senador», u otras que principiaban así: «Vote en las elecciones próximas a los candidatos que comprendan que las mujeres son personas»; sobres con folletines de cuatro hojas que le hacían recordar los de Waubanakee —sólo que en ellos, lo que iba a salvar y convertir en algo perfecto el mundo entero no era la Sangre del Cordero sino el voto femenino—, y sobres con gruesas tarjetitas en las que uno podía, si lo quería, meter una moneda de veinticinco centavos, cerrar el sobre humedeciendo el sello rojo, y enviarlo al local central de las sufragistas.

Ann —y con ella Pat, Eleanor y Maggie— creían que el voto era necesario para que las mujeres pudieran tomar parte en los negocios públicos y se vieran a la vez libres de la humillación de verse clasificadas (*vide* cualquiera de los discursos que Ann pronunció en algún período) en la misma categoría que los niños, los idiotas y los criminales. Pero estaba cansada de llenar sobres. El sólo pensar en ellos la volvía loca. Años después de haber terminado por completo con el sufragio femenino, todavía se veía atormentada por la visión azul «NAWSA, 232 McKinley Ave., Clateburn, Ohio», y debajo de él el escudo oval de la Unión y el símbolo F16. Durante sus sueños, los sobres iban apilándose como montañas, hasta que al fin se derrumbaban, asfixiándola. Fe, esperanza y sobres eran las tres virtudes; y la mayor de todas ellas eran los sobres.

OceanofPDF.com

XI

NINGUNA de las tareas de Ann, Pat y Eleanor era tan pesada como la de formar guardia de honor a las celebridades femeninas a quienes, al encontrarse solas en su habitación, solían llamar los «bomberos visitantes».

Algunas de los bomberos visitantes eran verdaderamente terribles. Otras, en cambio, eran encantadoras.

Un año después de que Ann trabajara corolas sufragistas, llegó a Clateburn, para tomar parte en un mitin sufragista en el magnífico Symphony Hall, la famosa doctora Malvina Wormser, de Nueva York. Era cirujana jefe del Hospital femenino Agnes Caughren Memorial, en Manhattan; presidenta de la Asociación pro mejoramiento de la Obstetricia; miembro directivo de todas las organizaciones de limitación de la natalidad; autora de *Emancipación y Sexo*, y D. Se. de Yale y Vassar.

La llegada de la doctora Wormser tenía muy nervioso al Pelotón de la bola y la cadena. Esperaban una mujer huesuda y de cara de caballo, más severa aún que Mamie Bogardus, porque era también más famosa que ella.

La doctora Wormser iba a vivir en casa de la señora Dudley Cowx, la única mujer verdaderamente elegante de la organización de Clateburn. La señora Cowx —una Dodsworth por su familia—, se había educado de joven en Montreux, Folkestone y Versalles; poseía una villa veraniega en Bar Harbour y su hermana se había casado con un barón alemán. En los mítines de las sufragistas llevaba trajes sastre bastante severos, con excepción de las chorreras inmaculadas de sus blusas; y desdeñaba claramente a la ostentosa señora Ethelinda St. Vincent cada vez que se encontraban. Pero no desdeñaba al Pelotón de la bola y la cadena; las saludaba con la cabeza y después se olvidaba inmediatamente de ellas.

El que la señora Cowx fuera a recibir a la doctora Wormser en su castillo normando de Pierse Heights, hacía que ésta resultara más intimidante para las muchachas.

A las diez de la mañana del día en que la doctora Wormser debía llegar a Clateburn, mientras las organizadoras y las ayudantes voluntarias contestaban al teléfono o llenaban sobres —¡siempre los sobres!—, entró en la Fanning Mansión una mujer pequeña, regordeta y mal vestida, de cabellos blancos, mejillas redondas y empolvadas, ojos brillantes y manos suaves y carnosas. Se acercó a Ann, que se hallaba junto a la puerta y, con voz asombrosamente profunda en una mujercita tan chica, le dijo:

—¿Está la señorita Bogardus? Soy Malvina Wormser. Creo que voy a vivir en casa de una tal señora Cowx, pero vine aquí directamente desde el tren. Está muy pálida, querida. Podría prescribirle un tónico, pero en realidad, creo que un poco de *rouge* le produciría el mismo efecto…, un gran efecto psicológico.

A pesar de su beligerante franqueza, la señorita Bogardus se había acostumbrado —y había acostumbrado también a sus siervas— a hablar con extraordinaria cautela a la prensa. Los periodistas, o al menos sus jefes, deseaban saber algo escandaloso acerca de la Fanning Mansión, algo que les hiciese sospechar que allí se practicaba el amor libre o, algo tan bueno como eso, que la casa era una verdadera colonia de enemigas del hombre, de anarquistas, ateas, espiritistas o cualquier otra cosa tan excéntrica y desacreditada como las anteriores. La señorita Bogardus explicaba a sus subalternas que podían muy bien atacar los departamentos del agua y del gas, al presidente Wilson, o a los mismos aliados de la Gran Guerra, pero que debían hacerlo como damas cristianas y sólidas contribuyentes. Debían estar convencidas, pensaran lo que pensaran privadamente, y además convencer a los demás, de que el voto no conduciría a una era de «relajación de la moral» —otra frase popular en aquella época—, y que terminaría inmediatamente con la prostitución, el juego y el beber cerveza.

Por lo tanto, después de haber saludado con admiración a la doctora Malvina Wormser, la señorita Bogardus vio aterrada cómo la pequeña

doctora le hablaba alegremente de las cosas más espantosas a un grupo de periodistas que habían ido para verla a la Fanning Mansión.

—¿Que si creo en el amor libre? ¿Qué quiere decir con eso, señorita? ¿Es que el amor puede ser algo más que libre? Si lo que quiere decir es que si yo creo que la pasión auténtica, no un capricho pasajero y romántico, es superior a cualquier ceremonia pueril realizada por un predicador, le contestaré que sí, desde luego. ¿No opina usted lo mismo?

»¡Que si creo que las mujeres son más inteligentes que los hombres! ¡Bah! ¡Qué pregunta! Más inteligentes, no…; menos mezquinas. Pero no crean que voy a insultar a los hombres. Soy una solterona solitaria, pero los adoro a los pobrecitos… ¡Son tan bobos! ¿Qué creen que sería de los médicos sin sus enfermeras y secretarias? ¡Pregúntenmelo a mí! Fui enfermera antes que médico. Y ahora, mi mayor satisfacción en esta vida —al llegar aquí, la doctora Wormser, rió entre dientes—, ¡es la de que no tengo que levantarme cuando un cirujano entra en la habitación! ¿Ven? Esas costumbres tontas son las que instituyen los hombres… ¡Pobrecitos, hay que cuidarlos a ellos y a sus egos! ¡Por eso es por lo que necesitamos el voto, por su bien!

»¡Que si creo que alguna vez habrá una mujer presidenta! ¿Cómo voy a saberlo? Pero permítanme que les diga que las mujeres que han gobernado (la reina Isabel, esa adorable y picara Catalina de Rusia, la última emperatriz de China, María Teresa de Austria, las reinas Ana y Victoria), lo hicieron mejor que el mismo número de reyes. ¡O de presidentes!

»No quiero que piensen que esto se va a solucionar muy fácilmente. Va a ser una lucha muy larga. No es sólo cuestión de conseguir el voto. Esto lo conseguiremos en unos dos años. Pero hay que seguir adelante. Tenemos que regular los nacimientos. Exigir cuartos separados para los matrimonios que así lo quieran. Lo que la mujer necesita no es simplemente el voto, sino tener un poco más de aquí —y se llevó la mano a la frente—. No necesitan simplemente una oportunidad exterior, sino algo interior con lo cual poder aprovechar esa ocasión cuando pase cerca de nosotros. ¡La libertad no es buena para las gatas, y sí para las tigresas! Y las mujeres tienen que unirse. Los hombres siempre han estado más unidos, han tenido lealtad de sexo.

Las mujeres deberían también mentir las unas por las otras y reunirse para tomar un trago, como hacen los hombres.

»Creo que hoy en día no hay ningún aspecto de la vida en que la mujer no pueda tomar una parte tan completa como la de un hombre. La medicina, la abogacía, la política, la física, la aviación, las exploraciones, la ingeniería, el ejército, el boxeo o el escribir cancioncitas dulzonas… ¡aunque espero que las mujeres sean lo suficientemente sensatas para no probar ninguna de las dos últimas cosas, que no son más que dos aspectos del escapismo masculino y muy parecidas entre sí, si se las mira bien!

»Pero no espero que las mujeres imiten o desalojen al hombre en esas actividades. Yo no soy de esas mujeres que piensan que la única diferencia que hay entre los dos sexos es la de la concepción. Las mujeres tienen cualidades especiales que la raza humana no ha empleado hasta ahora en bien de la civilización. Sé que la mujer puede ser tan buen arquitecto como el hombre…, pero sería un arquitecto distinto. Yo he llevado a la medicina algo que cualquier hombre, por buen médico que sea, no puede llevar a ella. Y si creen que las mujeres no pueden ir a la guerra, recuerden que las tribus teutónicas, donde luchaban también las mujeres, les hicieron pasar muy malos ratos a los hermosos, viriles y profesionales soldados romanos. Pero el terco mundo masculino olvidó la lección durante mil quinientos años, y no la descubrió hasta que Florencia Nightingale vino al mundo y por medio de amenazas logró que los hombres del ministerio de la Guerra británico se condujeran con el mismo sentido común que cualquier niñita de siete años.

»No, no quiero rivalizar con los hombres. Pero tampoco quiero, en nombre de la tradición femenina, librarme del privilegio de trabajar dieciocho horas al día. No soy demasiado democrática. Creo que los inferiores deben estar sujetos. ¡Si son inferiores! Pero si una secretaria es más inteligente que su jefe, entonces ella debe ser el jefe. ¡Escúcheme bien! En mil novecientos cuarenta y cinco quizá tendrán que ir a Inglaterra, donde inventaron ese mito de la mujer inferior para que los hombres pudieran disfrutar de sus clubs, para encontrar alguien tan atrasado que sepa de lo que hablan cuando le digan que al considerar los posibles candidatos a un empleo, piensan en si son mujeres u hombres, en vez de pensar en su grado de capacidad.

»Hablo de mil novecientos cuarenta y cinco, porque tengo la corazonada de que, después de que hayamos conseguido el voto, nuestro ardor feminista se enfriará. Veremos que el trabajo es duro y los empleos poco seguros. Que tenemos que ir más allá del voto femenino…; que tenemos incluso que llegar al socialismo, o al menos a algo que represente de un modo fundamental a los hombres y a las mujeres, no solamente a éstas. Y muchas de las sufragistas que pretenden odiar a los hombres, se darán cuenta de que es agradable tener en casa a los pobres brutos. Acortemos la marcha. Pero luego volveremos… no como las sombras de los hombres, o ruidosamente, como hembras con una profesión, sino, por primera vez desde la reina Isabel, ¡cómo seres humanos! ¡Bueno! Con lo que he dicho tienen más que suficiente para proporcionarme un disgusto capaz de satisfacer hasta a la más exigente de las ardorosas sufragistas. ¡Buenos días!

Cuando los periodistas se hubieron marchado y la doctora Wormser se fue a casa de la señora Cowx, después de haber posado para los fotógrafos de la prensa, la señorita Bogardus exclamó, en tono dolorido:

—¡Esto va a ser terrible! ¡Publicarán en todos los diarios de la tarde la historia completa, y ya verán cómo es algo espantoso! ¡Vaya si tendremos público esta noche! ¡No tengan miedo de que nos falte! Pero ¡qué auditorio más desagradable va a ser! ¡Irán dispuestos a armar jaleo! Pensaba decirles que subieran al escenario…, pero tendrán que mezclarse con el público y tratar de cortar las peleas, en cuanto comiencen. ¡Oh, Dios mío, yo, que anduve siempre con tanto cuidado! ¡Amor libre y todo!

Ann no había visto hasta entonces temblar a la señorita Bogardus. Aquella tarde todas la trataron con respeto y ternura, y las muchachas temblaban también, cuando, a las cuatro de la tarde, salieron corriendo a comprar la primera edición de los diarios y leyeron los titulares de la primera página.

En parte, esto es lo que, según los diarios, había dicho la doctora Wormser:

«El amor no es más que un capricho pasajero causado por la luna.

»Los hombres son mucho más mezquinos que las mujeres. Los médicos varones están siempre dándoles órdenes a sus enfermeras y las tratan de un modo sencillamente atroz.

»El próximo presidente de los Estados Unidos será una mujer y será un presidente muchísimo mejor que cualquier hombre. María Luisa de Rusia fue el más grande de los reyes de la historia».

«Las mujeres son mejores soldados, boxeadores, ingenieros y poetas que los hombres, que sólo sirven para secretarios y criados de las mujeres. Ya sé que al hablar con franqueza voy a meterme en un lío, pero a todas las oradoras sufragistas les encanta la publicidad, y de este modo tendré todo lo que quiero».

Hasta que llegó la hora del mitin de Symphony Hall, las muchachas permanecieron en la Fanning Mansión, demasiado preocupadas para hablar. La misma Maggie O'Mara, cuando llegó del Sindicato de camareras para acompañarlas al mitin, estaba deprimida y silenciosa. Y no se vistieron con vestidos nuevos, propios de una reunión de personas cultas y corteses, sino con chaquetas y trajes marineros.

A pesar de su preocupación, Ann estaba furiosa porque a costa de muchos esfuerzos había ahorrado el dinero suficiente para comprarse un vestido de tafetán azul pálido, capaz, según ella creía, de impresionar hasta a un auditorio de la señora Dudley Cowx. Y se decía furiosa que, por una vez, quería ser algo que no fuera la pobre y desaliñada organizadora, que visitaba las casas baratas, dirigía sobres y hablaba en la esquina de la calle Mayor.

—¡Me gustan las cosas bonitas! ¡Mira que si esta noche conociera a algún hombre interesante, yendo vestida con este traje tan horrible! ¡Diablos!

El pelotón de la bola y la cadena tomó solamente, en compañía de la señorita Bogardus, el tranvía que había de llevarlas al Symphony Hall —pues el pagarse un taxi era un lujo extraordinario. Se daban cuenta de que todos los hombres sentados en el largo asiento transversal las miraban como mujeres inmorales y peligrosas. Antes de penetrar, por la entrada del

escenario, en la relativa seguridad de la «sala de artistas», echaron una ojeada a la multitud que se había reunido frente al Symphony Hall. Aquella mañana, a las doce, sólo se había vendido la mitad de las entradas. Luego, un portero con librea azul y oro gritaba:

—¡No hay asientos… todas las entradas se han vendido… no hay asientos!

Y la sala tenía tres mil localidades.

A pesar de los gritos del portero, había junto a las puertas cientos de personas que se empujaban tratando de penetrar en la sala. Entre la multitud, sudorosa y jadeante, se oían gritos de:

—Deberían azotarlas en la plaza pública… son unas cualesquiera… Están todas locas… yo no llamaría a una doctora ni para cuidar a mi gato… Amor libre, me gustaría enseñarles el amor libre a bastonazos… Todas son unas anarquistas…

Los grupos no habían alcanzado la furia inhumana del populacho. Había entre ellos demasiados partidarios del sufragio femenino, demasiadas personas que pensaban que las palabras de la doctora Wormser no habían sido transcritas verazmente. Y lo más interesante de todo es que los defensores del sufragio eran o ciudadanos prósperos y «principales» u obreros rudos, pobres y limpiamente vestidos, y que no había entre ellos ningún representante de la clase media modesta. El pórtico del Symphony Hall, con sus altas columnas de mármol que parecían hechas de budín de pan, el sereno aunque ligeramente imbécil busto de Mozart, que ocupaba el nicho, y su asociación con los trajes de etiqueta, el perfume de Chipre y el Baile Anual de la Sociedad de San Wenceslao, no era lo más a propósito para animar a la violencia. No, Ann comprendió que el público no hablaría para nada de linchamientos, pero que impediría el que se oyera a la doctora Wormser y, de repente, pensó que la doctora era la persona más interesante y sensata de todas las que había conocido.

Detrás del escenario se encontraron con la doctora Wormser, serena al parecer, aunque le temblaban las manos. Con ella, y menos asustada que todas, se hallaba la esbelta señora Dudley Cowx, vestida severamente de crespón negro y llevando un largo collar de coral.

—¡Esos malditos periódicos! —dijo secamente—. ¿Pueden explicarme por qué todos los diarios son tan conservadores como el sarampión, aunque los periodistas que trabajen en ellos sean liberales y hasta socialistas? No se preocupe, doctora Wormser. Ahí fuera, en la sala, tengo a mi Dudley y a mis dos hermanos, que son estúpidos, pero muy fuertes. Fueron al club, a beber algo, y ahora estarán en condiciones de vérselas por lo menos con trescientos brutos de ésos.

Pero la suave charla de la señora Cowx no aflojaba la tensión. La «sala de artistas» era una habitación lúgubre, con paredes encaladas contra las que se habían aplastado muchos cigarrillos, unas cuantas sillas plegables y atriles. La señorita Bogardus se sentó junto a una mesa y se puso a tamborilear sobre ella, con insistentes e irritantes redobles. La doctora Wormser se paseaba, o mejor dicho, rodaba de un extremo a otro, moviendo silenciosamente los labios, ensayando su discurso. El reloj avanzaba tan lentamente hacia las ocho y media, hora del mitin, que parecía que se había parado.

En la sala se oían risas, burlones silbidos, murmullos de voces excitadas y el patear de muchos pies.

—Son las ocho y veintisiete… ¡oh, doctora, vamos a empezar y acabemos cuanto antes con esto! —gruñó la señorita Bogardus—. Escuchen, muchachas. En cuanto la doctora comience a hablar, diríjanse hacia la puerta de atrás de la sala y, si ocurre algo, ya saben lo que tienen que hacer.

Y se dirigió a la salida, adelantándose a la dócil doctora Wormser. Al salir al escenario fueron recibidas por una nube de irónicos aplausos, de pies que golpeaban furiosamente el suelo y de gritos de: «¡Viva! ¡Viva la doctora! ¡Votos para las faldas!».

El Pelotón de la bola y la cadena cruzó apresuradamente un pasillo que llevaba a la parte de atrás de la sala, atestada por completo de público, y entró en ella a tiempo de oír a la señorita Bogardus, quien, como presidenta del acto, era la encargada de presentar a la oradora. La vieja y curtida sufragista, una profesional que había hecho de *lady* Macbeth delante de auditorios mucho peores, no parecía nerviosa. Paseó su mirada sobre el

auditorio, como si los amase a todos ellos y no tuviera la menor duda de que la amaban también a ella… y al voto.

—Siento mucho que, en su prisa por sacar cuanto antes los periódicos, nuestros amigos los periodistas hayan exagerado considerablemente el radicalismo de la oradora que os va a dirigir la palabra —comenzó a decir la señorita Bogardus en medio del más profundo silencio. Luego, llanamente, sin adorno alguno, les presentó a la doctora Wormser, diciendo que, probablemente, era el médico más grande después de Benjamín Rush.

El público recibió a la furia local, la señorita Bogardus, con esa burlona ternura con que podrían haber acogido al borracho del pueblo, quien en sus momentos de excitación rompía las ventanas de los hoteles o atacaba a los policías; la recibieron como hubieran recibido a un policía al que hubieran pescado en brazos de una mujer alegre, a un pescadero famoso por sus insolencias o a cualquier otro conciudadano igualmente excéntrico. Pero cuando comenzó a hablar la extranjera infiel, la doctora Wormser, el público no pudo contenerse más tiempo.

Entre el confuso griterío, Ann sólo pudo distinguir una voz individual, una voz ronca y potente de borracho, que eructaba:

—¡Que se vaya a Nueva York!

La doctora Wormser era tan menuda, tan agradable, de aspecto tan simpático y resistía la tempestad tan valientemente, extendiendo sus pequeñas manos con gesto suplicante, qué la multitud se aquietó y le permitió hablar.

—¡Señoras… y caballeros… y también antisufragistas! —risas y silbidos—. ¡Estoy de acuerdo con ustedes! ¡Sí sólo me conocieran por lo que me han hecho decir esta tarde los periódicos, yo mismo sería la primera en tenerme espanto! —risas—. ¡Le diría a Malvina Wormser que dejara esta hermosa ciudad y se volviera al pecaminoso Nueva York!

Unos cuantos aplausos, cortados por la ronca voz que Ann había oído antes.

—¡Entonces, vete cuanto antes! ¡Vete! ¡No te queremos aquí para nada!

Ann se abrió paso a codazos hasta llegar a la última fila de asientos, y entonces vio que el alborotador se hallaba en el centro de la nave principal. Se había puesto de pie y se volvía para recibir los aplausos. Era un hombre

corpulento y rubicundo, que se tambaleaba y sonreía fatuamente. Animados por aquel Agamenón, unos cuantos jovenzuelos comenzaron de nuevo a silbar y patear.

Al lado de Ann había media docena de policías que contemplaban la escena con aire de estúpidos. Ann agarró a uno de ellos por la manga y le exigió:

—¡Tiene que echar a ese hombre de la sala! Va a provocar un tumulto.

—¡Oh, no hace nada, señora! Ya se callará.

El hombretón comenzó a cantar.

Ann perdió instantánea, completa y magníficamente la paciencia. Se abrió camino a través del gentío, como un pachón detrás de su presa. Maggie O'Mara la siguió como un *bull-terrier*, Eleanor Crevecoeur como un galgo de carrera; pero a Pat Bramble no se la veía por ninguna parte.

Los policías las siguieron, como un desfile de carros de hielo.

Ann agarró al hombretón por el cuello de la chaqueta y le dijo en voz alta y venenosa:

—¡Salga de aquí, borracho!

Luego le zarandeó, mientras Maggie le abofeteaba, con una bofetada fuerte y resonante; la bofetada de una camarera acostumbrada a la vida de los cafés nocturnos. Mientras el auditorio, olvidándose por completo de la doctora Wormser, se volvía gritando para mirarle, el borracho se abalanzó sobre Maggie, pero sin que se supiera muy bien cómo, se encontró ante Eleanor, fría, delgada y tan tranquila que ni aun un borracho se habría atrevido a atacarla.

Pero ¿dónde estaba Pat? ¡Era una cobarde, una desertora!

—¡Eh, usted! ¡Sáquele de aquí! —ordenó Ann al primero de los policías.

Pero los otros gruñían:

—Tiene derecho a hablar…, marimachos… Deberían estar avergonzadas de sí mismas… ¡y todavía se llaman señoritas!… ¿Vamos a consentir que tengan votos esas brujas?

El policía le dijo, con cierto apresuramiento:

—¡Vuelva a su asiento, señora! ¡Usted y no ese tipo es la que está armando un alboroto! Márchese, que nosotros nos encargaremos de que

haya paz.

Ann se retiró con toda dignidad, mientras el rojo hombretón gritaba por encima del delgado hombro de Eleanor:

—¡Eh, muchachos, vengan, vamos a darles una paliza, empezando por la doctora! ¡Vamos, muchachos!

Un ciclón repentino. Un tren expreso que penetra violentamente en una sala. Una manada de becerros enloquecidos que avanzaba por la nave central. Era Pat Bramble dirigiendo a un alegre grupo de muchachos, vestidos con los *sweaters* de la Universidad de Clateburn.

—¡Sáquenlo de aquí! —exclamó Pat, señalando al rojo, que desapareció entre los *sweaters*; al cabo de un momento, sus tobillos y pies se agitaron por un instante sobre las cabezas de la multitud, que ocupaba la parte posterior de la sala.

—¡Y llévense a ése… ya ése, y a ése! —ordenó Ann.

Dos hombres, luego media docena, fueron sacados de la sala por encima de las cabezas de los espectadores y echados como si fueran fláccidos trapos. Los policías, repentinamente valerosos y activos, secundados por los *sweaters* de la U de C, comenzaron a sacar de la sala a todo el que abría la boca, incluso a un profesor feminista de la U de C, de quién se decía que había votado desde que cumplió los dieciocho años a todos los candidatos partidarios del sufragio femenino.

Los policías y los *sweaters* recorrieron la nave. Los espectadores se habían callado, la doctora Wormser volvió a la carga durante una pacífica hora, y terminó en medio de tibios aplausos.

Pero el Pelotón de la bola y la cadena no escuchó su discurso. Se habían retirado entre bastidores, agotadas. Eleanor lloraba. Maggie echaba chispas, furiosa de que la hermosa pelea se hubiera terminado tan pronto.

—¿De dónde diablos sacaste a todos esos gigantes? —le preguntó Pat.

—¡Me arriesgué, pero no en balde! Los vi a todos en la primera fila de la galería. Por sus retratos, sabía que uno de ellos era Tad Perquist, el capitán del equipo de fútbol. Me acerqué corriendo a él y le dije: «¡Oh, señor Perquist, soy amiga de su hermana! Tiene que venir a ayudarnos». Me arriesgué a pasar por mentirosa, porque no sabía si tenía o no una hermana. Pero vino, seguido de todos los demás, ¡y no lo hicieron tan mal!

Ann, sentada lejos de las demás, se decía: «¡Es algo vergonzoso! Nuestro trabajo real, comités, escrutinio, sobres, ¡esos sobres! Nunca obtenemos crédito por ellos. Y ahora que nos hemos puesto tan melodramáticas como unos chiquillos de la escuela, probablemente los periodistas dirán que somos unas chicas valientes, y todo porque hemos sido tan imbéciles como los hombres y hemos intentado arreglar las cosas por la violencia, como ellos… ¡Pero, de todos modos, me gustaría haberle dado una buena bofetada, aunque no hubiera sido más que una, como Mag!».

Cuando salían del edificio, custodiando a la doctora Wormser, una anciana frágil y delicada se lanzó sobre Ann y Eleanor y les gritó:

—Jovencitas, hace cuarenta años que soy sufragista. Mi amado esposo, ya difunto, y yo hemos contribuido con mucho dinero a lo que considerábamos nuestra Causa. Pero, después de lo que he visto esta noche, soy completamente opuesta al voto femenino. ¡Ustedes y sus compañeras se han portado como rufianes, no como señoritas!

Eleanor exclamó con tono de burla:

—¿Que no nos hemos portado cómo señoritas? ¡Oh, Dios mío, la próxima vez me dedicaré a fundar el Gremio de costureras!

Pero Ann no se rió; sentíase deprimida. El melodrama de aquella noche la había librado momentáneamente del efecto hipnotizador de la vida rutinaria que llevaba en la Fanning Mansión.

«He dejado de ser un individuo —cavilaba, preocupada—. No soy más que una pieza de la maquinaria, una pieza que sirve para llenar sobres o tomar parte en las revueltas. Dentro de un año —¿es que tengo que darles un año más?— las dejaré y veré quién es en realidad Ann Vickers, en lo que se ha convertido, aparte de “una de esas jovencitas del comité central de las sufragistas”.

»Y luego, me figuro que me meteré en algún otro movimiento progresista y volveré a ser la pieza de otra máquina.

»¿Son todas las manías reformistas como ésta?

»Sea como fuere, no tomaré parte en otro tumulto. ¡No son más que puro exhibicionismo! ¡Se acabó!».

OceanofPDF.com

XII

EL SIGUIENTE visitante no era ni tan distinguido ni tan amable como la doctora Malvina Wormser. Se trataba de una tal señorita Emily Allen Aukett, una de esas mujeres importantes de cuya importancia no se tiene más que una vaga idea. En las revistas sufragistas se la llamaba «autora, conferenciante y reformista», pero en la Fanning Mansión nadie sabía muy bien lo que había escrito, las conferencias que había pronunciado o cuáles habían sido las reformas por que había luchado, aunque el comité central de Nueva York la enviara para inspirar y animar a las trabajadoras locales.

Tenían instrucciones de cuidar de que la señorita Aukett fuese alojada y alimentada de modo agradable; se las previno de que acostumbraba tomar una cena caliente antes de acostarse, y de que iría en taxi, tanto a inspeccionar el campo de batalla, como para tomar el aire.

—¡Uff! ¡Cena caliente! ¡Taxis! ¡Para nosotras no hay más cena caliente que un buen vaso de agua caliente! —gruñó la señorita Bogardus a Ann—. Usted y Eleanor se encargarán de acompañarla y de mimarla. Porque yo, como probablemente habrán observado ya, no respondo de no morderla alguna vez.

Emily Allen Aukett llevaba más brazaletes que Eula Towers, la de Point Royal, y estaba llena de zalameras sonrisas que ponían al descubierto todos sus dientes. Tenía treinta y cinco años a la luz artificial, y cuarenta y cinco a la del día. Era amable, pero también criticaba. Les dio a entender que la habitación que le habían destinado en la Fanning Mansión era horrible y el alimento de la Fanning Mansión un poco peor aún. Les sugirió que tomaran una «buena cocinera negra» para que hiciera la comida —¡ellas, que a menudo ni siquiera podían pagarse un pastel!

—¡Es tan refrescante el encontrarse aquí, en su sencillo y vigoroso Oeste Medio, después de haber estado en Nueva Inglaterra, Londres y París! —le decía a la señorita Bogardus, que había nacido en Maine.

A la señorita Bogardus no la habría importado aquello si la señorita Aukett hubiera electrizado a su auditorio en los dos discursos que pronunció —uno en el Schützenverein Hall, y el otro en la Sociedad Literaria de Damas de la Oíd Elm Station, en el North Side. Pero la señorita Aukett era demasiado refinada para electrizar a nadie, y no lo suficientemente refinada para hacer otra cosa. Dijo algunas vaguedades castas acerca de las injusticias contra las mujeres, pero no había pensado en ninguna nueva, y todas, hasta la misma señorita Bogardus, estaban un poco hartas de las injusticias de costumbre. De lo que sí habló, voluble y sonriente, fue de lo relacionada que estaba con los grandes personajes del mundo, de la época en que había cruzado el océano con el general Wood y de las cosas ingeniosas que le había dicho cuando llegaban al muelle; y de las observaciones sobre la nobleza de la maternidad que le había confiado Elbert Hubbard.

Y por la noche, agotada por sus orgías de elocuencia, les hablaba con cierto mal humor mientras tomaba su cena caliente, que consistía en cacao, galletas recalentadas y miel, de la que Ann había privado a su persona, eternamente hambrienta.

—De veras, señorita Bogardus, no me gusta protestar; pero esa tal Aukett es insoportable —se quejaba Ann aquella misma noche, mientras la señorita Bogardus trataba de terminar a tiempo su editorial para la *Ohio Suffrage Banner*, que hubiera debido salir hacía tres días.

—Ya lo sé, muchacha; antes creía que toda mujer que creyera en el sufragio se había salvado, pero, por lo visto, apostamos como los hombres. ¿Qué vamos a hacer con ella?

—Ya sabe que las cuatro tenemos que ir a Tafford y tratar de organizar allí algo. Es el peor pueblo de todo el Estado. ¿Por qué no envía con nosotras a esa tal Aukett?

—Lo haré. Ahora vete a la cama, hija mía, y trata de… O no. Todavía no son las doce, Ann. Ya sé que estás cansada, pero la Randolph nos ha dejado plantadas esta noche y no ha llenado su pila de sobres. ¡Esas

trabajadoras voluntarias son horribles! ¿Quieres terminarlos, querida? Y a la señorita Aukett… y ¡le diré que va a quedar encantada de Tafford!

Tafford era una pequeña ciudad industrial, pero una ciudad antigua, con industrias de tres generaciones, relojes, rifles y máquinas de escribir, que exigían artesanos hábiles, cuidadosos y bien pagados, en vez de jornaleros polacos, checos o italianos recién llegados al país, y en la que faltaba ese socialismo común a todas las ciudades fabriles. Era como Hartford, Connecticut, o cualquier ciudad americana llamada Springfield, tan conservadora que parecía una de esas ciudades inglesas creadas en torno a una catedral. Tafford detestaba el sufragismo, particularmente el alcalde, el señor Snowfield, cuya esposa, una mujer de nariz ganchuda y vestido adornado de azabache, era la presidenta de la Asociación antisufragista de Ohio. Pero en Tafford contaban con una partidaria leal, una viuda llamada señora Manders, hermana espiritual de la señorita Bogardus, que luchaba por el voto, iba a la central de Clateburn a pedir oradoras, y a quien no se podía hacer callar, porque su padre había sido obispo metodista de Ohio y superintendente de una división del Ferrocarril Subterráneo, antes de la Guerra Civil.

La señorita Bogardus envió a Tafford a Emily Allen Aukett, dejándola a merced del honorable señor Snowfield y de la señora Manders; pero, como se compadecía de ella, envió graciosamente a Ann, Pat, Eleanor y Maggie O’Mara, para que le sirvieran de guardianes.

La señora Manders había alquilado la Gran Opera y cubrió Tafford de carteles, en los que se invitaba a los ciudadanos a escuchar a Emily Allen Aukett, «una de las más grandes pensadoras y autoras del mundo». Luego fue a esperarlas al tren de las cinco y dieciocho, paseó su aguda mirada sobre las cinco, tratando de descubrir cuál de ellas era la gran pensadora y autora, y torció el gesto con desdén, al ver que Emily avanzaba mostrando los dientes, tendiéndole las manos y exclamando con su voz dulce:

—Yo soy Aukett… estas chicas son mis lugartenientes… unas muchachas adorables… Me encanta el verme en esta activa ciudad del

Oeste Medio, tan vigorosa y sencilla, después de haber estado en París, Londres y Nueva York.

—No creo que la encuentre tan encantadora —dijo con voz aflautada la señora Manders—. Traté de comunicarme con usted mandándole un telegrama al tren. El propietario de la Gran Opera rescindió nuestro contrato. Parece que los antisufragistas le obligaron a hacerlo. Lo asustaron. Hemos tratado de conseguir otra sala, pero no ha sido posible. Nos han fastidiado de veras.

—¿No podríamos dar un mitin en la calle, o en algún solar desocupado, señora Manders? Yo soy Ann Vickers, del comité central. Estamos acostumbradas a eso y estoy segura de que a la señorita Aukett no le importará.

—¡Oh, lo siento, pero sí me importa! —gimió la señorita Aukett, con tono menos dulce—. Me parece que en los mítines callejeros no se puede exponer de un modo razonable nuestro mensaje. ¡Y se habla ante gentes tan poco importantes!

La señora Manders —cuyo aspecto era tan maternal, tan gris y tan piadoso como el de cualquiera otra viuda de un diácono— dijo secamente:

—¡Pues creo que los únicos que oirán esta noche nuestro mensaje serán gentes muy poco importantes! Sí, sé dónde hay un buen solar desocupado; tiene un poco de barro, pero no hay ladrillos, así que los chicos no nos podrán tirar ninguno. Nos exponemos a ir a la cárcel. Es ya demasiado tarde para conseguir que el alcalde nos dé autorización para celebrar un mitin callejero. No es que legalmente lo necesitemos, pues un solar desocupado es propiedad particular. ¡Pero eso no va a detener a la policía de esta ciudad!

Ann, Pat y Eleanor lo aceptaron con la indiferencia de los mercenarios. Maggie rió entre dientes. La señorita Aukett lanzó una exclamación ahogada. Luego, sonrió, pero de su sonrisa había desaparecido todo el oro y toda la benevolencia y cuando habló parecía que había comido algo mezclado con arena.

—Yo haré lo que pueda, por supuesto. Siempre lo hago. Pero me temo que estas jovencitas van a tener que luchar a puñetazos con el auditorio. ¡Están bastante acostumbradas a ello!

La señora Manders era una mujer de acción. Inmediatamente hizo que colocaran en la entrada de la Gran Opera un enorme cartelón, escrito a mano:

¡TAFFORD TIENE MIEDO A LAS MUJERES!
No nos dejará hablar esta noche, como habíamos anunciado,
EN LA GRAN OPERA
ACUDID AL MITIN AL AIRE LIBRE QUE SE CELEBRARA
A LAS OCHO DE LA NOCHE EN LA ESQUINA
DE LAS CALLES BLAIR Y STAFFORD
Escuchad la sensacional verdad.
ESTA NOCHE - MIERCOLES

En la esquina del solar colocó a un niño, con un tambor, y a un cojo, veterano de la guerra con España, que tocaba una trompeta. Los dos se sentían orgullosos de su arte, y estaban deseosos de demostrarlo.

Cuando las cruzadas llegaron a las ocho menos cinco al lugar de la reunión, en el asmático Pope-Hartford de la señora Manders, el solar estaba completamente lleno. El auditorio no era hostil, como el respetable público de Symphony Hall de Clateburn; se componía en gran parte de desposeídos, de obreros sin trabajo, de fogoneros, de porteros, de peones y de lavanderas, y todos ellos admiraban el valor de aquellas damas bandoleras. Las aplaudieron jovialmente, mientras la señora Manders y las muchachas metían el auto en el centro del solar, sacaban los folletos y encendían una lámpara de gasolina. Pero a la débil y vacilante llama la multitud tenía un aspecto imponente; por todas partes se veían caras sin afeitar, gargantas arrugadas sobre camisas sin cuello, sombreros manchados de polvo de carbón o de cal, o las miradas atrevidas de las lavanderas.

Emily Allen Aukett se volvió hacia Eleanor, la única del grupo que parecía persona elegante, y le dijo con voz ahogada:

—¡Oh, son verdaderamente espantosos! ¡Por favor, convenza a la señora Manders de que son peligrosos! ¡Tenemos que marcharnos de aquí!

—¡Sí! Que os den el voto, muchachas. ¡Dadles un mal rato! ¡Viva el voto femenino! —rugía la multitud, mientras la señora Manders subía al asiento posterior del auto y alzaba las manos, pidiendo silencio.

—¡Nos van a linchar! —sollozó la señorita Aukett.

La señora Manders había hablado al auditorio como a vecinos suyos, Ann había comenzado su ya familiar —¡demasiado familiar!— exordio acerca de que las mujeres no pedían privilegios, sino una oportunidad para trabajar, cuando un auto de la policía dobló la esquina a toda velocidad, imperiosamente. Media docena de policías, mandados por un teniente, se abrieron paso entre la multitud, agitando sus porras.

—¡Gracias a Dios! —gimió Emily Allen Aukett; y la aristocrática Eleanor Crevecoeur se volvió hacia ella y exclamó:

—¡Imbécil! ¿Cuánto quiere que le demos para que se vuelva a Nueva York?

No es probable que, en medio de su terror, la señorita Aukett la oyera. Abrió la portezuela del auto y salió de él, pegándose todo lo que pudo al fuerte teniente, cuando éste se acercó a uno de los lados del coche, y vertiendo sobre él el suave y reconfortante bálsamo de su sonrisa. El teniente no se fijó en ella. En aquel momento preguntaba a Ann, quien le miraba de arriba abajo, desde su puesto en la parte trasera del auto.

—¡Eh, usted señorita! ¿Dónde tiene la autorización para hablar en público?

—No la necesitamos. No necesitamos autorización alguna —dijo cortésmente la señora Manders—. Haga el favor de ocuparse en sus asuntos, teniente. Ésta no es una reunión callejera. Se celebra en un solar particular. No necesitamos…

—¡Diablos, vaya si necesitan permiso! ¿No ve que el público llega hasta la calle? Es una reunión callejera. ¡Vamos, a cerrar la boca y a salir de ahí, si no quieren que las metan a todas en la cárcel!

La educación de la hija del obispo se desvaneció, y la señorita Manders gritó a su vez:

—¡Meternos en la cárcel! ¡Hágalo! ¡Queremos que nos metan en la cárcel! —Eleanor, que sonreía fríamente, vio cómo Emily Allen Aukett se deslizaba detrás del teniente y después se perdía entre la multitud—. ¡Eso es

lo único que puede hacerles efecto a los brutos de que está compuesta la ciudad!

¡Ya la hemos oído bastante, señora Manders! Sé muy bien quién es. ¡Debía darle vergüenza de sí misma, una vieja, la hija del obispo, mezclándose con esas fulanas de fuera de la ciudad! ¡Una partida de rojas y de anarquistas! Si no estuviera relacionada con las mejores familias, la encerraba y, en cuanto saliera una palabra de su boca, me iba a ocurrir un accidente con la porra. Pero puede estar segura de que sus parientes no aguantarán mucho tiempo lo que está haciendo; yo sé lo que me digo. Ahora… ¡Eh, muchachos! ¡Dispersen a esa gente! ¡Pilwaski! ¡Sube ahí dentro y lleva el auto hasta casa de la vieja…; usted, vaya también, Monahan, y encárguense de que esas furias no se les escapen por el camino!

Mientras Pilwaski se las llevaba en el auto, Ann vio cómo los policías trataban a una multitud que les pagaba para que velaran por el mantenimiento de la paz. Hubiera querido saltar del auto, matar a los policías, luchar y matar hasta que la mataran, pero el policía Monahan la sujetaba fuertemente y desde el auto vio algo que nunca pudo olvidar; algo que la convirtió para siempre en una revolucionaria fundamental, aun en los días en que llegó a ser una cautelosa empleada pública. Los ocho policías, con el corpulento teniente a la cabeza, se metieron entre la multitud. ¡Ocho contra quinientos! Si lo hubieran contado los periódicos, habría parecido heroico. Pero no lo era. Ann descubrió algo que más tarde le hizo imposible aceptar el pacifismo emotivo tan de moda en todas partes —excepto en Rusia y Japón—, desde 1920 a 1930. Descubrió que la masa desarmada no puede luchar contra un pelotón de hombres armados y disciplinados; y que ni la edad, el sexo, los argumentos, o las palabras dulces y razonables le libran a uno de las porras y los revólveres.

Los policías empezaron a avanzar entre la multitud, sencilla y sistemáticamente, golpeando cada una de las cabezas que se les iban presentando, lo mismo las de los trabajadores de cierta edad que las de los viejos, las mujeres o los niños de ocho años. Cuando alguien protestaba, le golpeaban dos veces, y le daban de patadas al caer retorciéndose sobre el fango. Cuando hubieron herido a más de la mitad del auditorio y todo el mundo huía, tropezando y empujando al que tenía delante, los ocho policías

agarraron por el cuello a las primeras ocho personas que encontraron, las metieron a patadas en el coche celular que había seguido al auto de la policía, y se alejaron ruidosamente del lugar.

Cuando el auto de la señora Manders, conducido por Pilwaski, se puso en marcha detrás del coche celular, Ann estiró el cuello para ver a los hombres con las frentes surcadas por un reguero de sangre que les caía hasta los ojos, cegándoles, caídos boca arriba sobre el fango, o alejándose de allí con paso vacilante, retorciéndose las manos y sollozando. En aquel momento dejó de ser una feminista para convertirse en una humanista, en el único sentido ortodoxo de tan trillada palabra.

Emily Allen Aukett había tomado un taxi y llegado antes que ellas a la casa de la señora Manders. Cuando llegaron estaba llorando junto a una maceta de geranios.

La señora Manders hizo como si no viera a Emily. Después de entrar en la salita, fuera del alcance de los oídos de Pilwaski y Monahan, declaró:

—Mañana por la mañana iremos a ver al alcalde y le pediremos permiso para hablar en la calle. No lo obtendremos. ¡Pero así algún día los ciudadanos se enterarán de quién es el dueño de las calles, además del agua y del gas! ¿Qué dice, señorita Vickers…, y ustedes, muchachas?

—¡Magnífico! —dijo a coro el Pelotón de la bola y la cadena.

—¡Oh, no! —gimió Emily Allen Aukett—. ¡Ya les previne lo que iba a ocurrir esta noche! ¡Ha sido tan poco decoroso!

Entonces habló la hija del obispo:

—¡Sí, y también lo es el dar a luz a un hijo, mi buena mujer! No tiene por qué preocuparse. Su tren sale esta noche a las once y dieciséis. Yo la llevaré en el auto a la estación. Ahora, las demás saldremos de aquí a las nueve de la mañana y…

Antes de que se fuera a la cama, la señora Manders telefoneó a la redacción de los periódicos de la noche y les dijo que al día siguiente, por la mañana, iba a ocurrir algo interesante en la escalinata del Ayuntamiento, y telefoneó luego a casa del alcalde, para decirle que las esperara a las nueve

y media. Por primera vez, las muchachas oyeron que la Boadicea metodista reía entre dientes y decía:

—¡Pero, señoría, me sorprende oírle hablar de ese modo, aunque recuerdo lo desagradable que era de niño, cuando tenía la costumbre de robarle las manzanas a papá y… —la señora Manders sonrió— estoy segura de que no faltarán los policías!

—Pero, gracias a Dios, yo no estaré allí —suspiró Emily Allen Aukett.

Cinco años más tarde, Ann iba a ver a la señorita Aukett en Nueva York, iba a tomar el té en su departamento de la calle Diez, y a descubrir que la señorita Aukett, tranquila y en su casa, era una mujer graciosa, divertida e inteligente y, lo peor de todo, que conocía en realidad a los personajes famosos de que había hablado. Ann suspiró: «¡Oh, uno nunca entiende a los demás, excepto a las personas que ha conocido el día antes!». El que la señorita Bogardus, la áspera, fuera en realidad la más bondadosa de las mujeres; que Eleanor Crevecoeur pudiera ruborizar a Maggie O'Mara; que Glenn Hargis, el viril, fuera más débil que Eula Towers y más tímido que el reverendo profesor Henry Sogles, M. A.; el que la presuntuosa y cobarde Emily Aukett pudiera despreciar tan valerosamente la impopularidad; el que ella misma, Ann Vickers, sacrificara su vida y sus más ardientes ambiciones, a las reformas y mejoras sociales y, al mismo tiempo, se preguntara constantemente si merecía la pena el hacerlo… ¿Adónde iba a parar en su estudio de la humanidad?

Subieron con relativa mansedumbre la escalinata del Ayuntamiento, entre las macizas columnas que los habitantes de Tafford tenían por mármol macizo, pero que, en realidad, debido a un desgraciado accidente en las labores cívicas del partido de Snowfield, eran de piedra recubierta de mármol.

En las escalinatas las aguardaban seis periodistas.

—No puede entrar, señora —dijo el capitán de la policía a la señora Manders.

—Soy una ciudadana de Tafford, y exijo mi derecho a…

—¡Váyase a la calle y exija sus derechos desde allí! —dijo el capitán. Y un policía las agarró del brazo, sin hacerles daño, pero con bastante rudeza.

La señora Manders, Eleanor, Ann y hasta la misma Maggie, lo soportaron con cierta calma, mientras Ann pensaba: «Podemos irnos a Clateburn en el tren de las tres. Creo que me tomaré un día de vacaciones para limpiar mi habitación y…».

Pero Pat Bramble, la pequeña y delicada Pat, se soltó a medias de las manos de los policías, bajó la cabeza y, como un carnero, la hundió en el vientre de uno de ellos. El policía aulló, le dio una bofetada y la agarró de la muñeca, retorciéndosela hasta hacerla gritar. Mecánicamente, sin pensar en ello, las otras tres muchachas, se dispusieron a cumplir con su deber, luchando con los demás policías, tratando de abofetearlos, mientras Ann recordaba a la anciana que las había reñido al salir de Symphony Hall y, reflexionaba fríamente, al mismo tiempo que trataba de soltarse de un policía: «No se han portado como señoritas, no… Ojalá saquen esto los fotógrafos; sería una publicidad estupenda para la Causa… No se han portado como señoritas, no se han portado como señoritas».

Y al llegar ahí mordió al policía.

Para Ann, el ser detenida en cualquier parte, por cualquier motivo, era algo tan imborrablemente vergonzoso como el ser sorprendida *in fraganti* delito de adulterio. Todo aquel que había sido detenido, aunque sólo fuera por una vez, era un «criminal», un ser esencialmente distinto de los demás, que hacía cosas espantosas sin motivo aparente y pertenecía al embrujado mundo de los tribunales y las prisiones, de las cámaras de tortura y las agonías de inhumanos delitos. Un criminal era algo tan embrujado como un fantasma; un juez o un carcelero, tan imponentes y tan poco vulgares como un sacerdote católico; y el edificio del tribunal o de la prisión, o de cualquier lugar relacionado con la detención, no estaba construido de ladrillos, madera o piedra, sino de un material leproso y extraterreno, que oscurecía el sol y el aire, y producía sueño.

No obstante, mientras las llevaban en el coche celular, con sus dos largos asientos cubiertos de un hule negro muy vulgar, y un grueso policía

de pie junto a la portezuela posterior, no pensó que se hallaba en un lugar embrujado y aterrador, sino simplemente en una incómoda camioneta «Ford», con las cortinillas echadas. Y no se sentía, como debía sentirse, un criminal. Entonces se preguntó si los demás detenidos no se tendrían tampoco por criminales, sino simplemente por seres humanos, detenidos por torpes policías.

Estuvieron más de hora y media detenidas en una celda del tribunal municipal, y en la que había una prostituta, una ratera negra y una borracha. Ninguna de ellas le inspiró horror a Ann. No creyó que la habían insultado —a ella, una mujer respetable y culta— por encerrarla con aquellas desgraciadas; nada de eso. Pensó que no eran muy distintas de ella y que, probablemente, tenían tanta culpa de que las hubieran detenido como ella y la hija del obispo.

Y entonces fue cuando Ann, Pat, Eleanor y Maggie se ganaron el apodo por el que más tarde iban a ser conocidas: El Pelotón de la bola y la cadena.

Las llevaron ante un magistrado ni sádico ni humorista; un hombre grueso y vulgar, con un vulgar bigote castaño, que sentenciaba a los infractores con la misma falta de emoción con que comía su cerdo con habichuelas.

Las cinco mujeres, de pie ante el alto y grasiento pupitre del juez, fueron acusadas —con asombro de Ann y desdén de Eleanor— de alteración del orden, de haber empleado palabras soeces e insultantes, de haber hecho frente a la policía en el cumplimiento de su deber, y de haber sido causa de que se formaran grupos. Los cinco policías, cada uno de los cuales abultaba tanto como tres acusadas, declararon que «esas mujeres» habían intentado atacar al alcalde cuando ellos les habían dicho que el alcalde no podía verlas, y se habían lanzado sobre los policías, los habían golpeado, los habían mordido y les habían hecho pasar muy mal rato.

El magistrado miró a la señora Manders y luego al policía que la custodiaba. Ann creyó ver que le guiñaba el ojo, al preguntarle:

—Pero esa señora de edad… ¡estoy seguro de que no secundó a las muchachas en su escandalosa conducta!

—No, Usía. Trató de impedirles que lo hicieran. Son forasteras… Dicen que han venido de Clateburn. Según parece, son anarquistas, sufragistas o

algo parecido, y creo que estaban tratando de engañar a la pobre anciana.

—¡Nada de eso! ¡SÍ ellas son culpables, yo soy el doble de culpable que ellas! —gimió la señora Manders.

—La señora Manders, absuelta. Las otras, condenadas a dos semanas de cárcel. ¡El siguiente caso!

—¡Exijo acompañar a esas muchachas! Es una vergüenza… —¡Capitán! Saque de la sala a la señora. ¡He dicho que entre el caso siguiente!

Mientras el Pelotón de la bola y la cadena salía por la puerta posterior de la sala, Ann miró hacia atrás y vio que tres gigantescos policías, vestidos de azul, sacaban del tribunal a la señora Manders, la cual se resistía y pataleaba.

OceanofPDF.com

XIII

SU CELDA, como el digno magistrado que las había sentenciado, no era ni diabólica ni divertida. Era sencillamente gris, sucia y absolutamente desprovista de sentido.

Sus compañeras de prisión les hablaban de otras cárceles del condado o del estado, cárceles para hombres lo mismo que para mujeres, que eran antros de secreta e irresponsable crueldad; oyeron hablar de presos incomunicados hasta volverse locos, en celdas oscuras, húmedas, cubiertas de parásitos; de las camisas de fuerza, de las palizas, de las celadoras femeninas, peores aún que los hombres, que gozaban con desnudar a los presos y darles de latigazos, con incitarlos a la rebelión y que, luego, en castigo de haberse rebelado, descargaban sobre ellos mangueras de agua helada. Sin poder creer que tales cosas ocurrieran en los Estados Unidos, escucharon a una de las presas hablar de la cárcel de Georgia, en donde las reclusas llevaban por toda ropa una delgada camisa, e iban descalzas, y donde el celador —allí no había mujeres— se paseaba entre las presas desnudas cuando le venía en gana, y los señoritos ociosos del pueblo iban a ver a las desgraciadas cuando estaban en el baño, sin que a nadie le importara lo más mínimo; y cuando se les hablaba de aquello a los buenos ciudadanos, no querían creerle a uno.

Pero lo que exasperaba al Pelotón de la bola y la cadena, en aquella cárcel de Tafford, no era la crueldad, sino el desperdicio del tiempo, la estupidez, la bondadosa ignorancia del *sheriff* y los constantes, furtivos y repugnantes avances amorosos de los alguaciles. Las habían encerrado en el ala destinada a las mujeres en la cárcel del condado, una enorme sala de alto techo, mal iluminada, triste y, como se aproximaba diciembre,

húmedamente fría. Los camastros de las celdas tenían unas colchonetas cubiertas con húmedas mantas. Alrededor de la sala había dos hileras de celdas, donde dormían las presas, y que permanecían abiertas, excepto en los casos de detenidas histéricas o peligrosas. En el centro de la enorme habitación había varias docenas de sillas desvencijadas, unas cuantas mesas grasientas, una estufa herrumbrosa… y las presas.

Cuando sentenciaron a las cuatro muchachas, el piso estaba cubierto de barro, las sillas pegajosas y las rendijas y grietas de la pared cubiertas de piojos. Pero ellas comenzaron en seguida a reformarlo todo. Posiblemente, si se hubieran tenido que quedar un año, no les habría durado su fresco e inocente vigor, pero durante aquellos quince días trabajaron con tanto celo y optimismo como un misionero mormón. Como la celadora «no creía que era necesario» limpiar, compraron con su dinero aljofifas, cepillos, jabón e insecticida y, ayudadas alegremente por dos de las prostitutas, lograran acabar con la grasa y disipar en parte aquel olor a basuras. Empezaron a darles clases de inglés y de economía, y una de las presas, parisiense, les dio lecciones de francés, aunque más tarde ninguna de ellas se atrevía a emplear la mayoría de las palabras que les enseñó.

Tenían muchos libros, porque no llevaban veinticuatro horas en la cárcel cuando la señorita Bogardus llegó de Clateburn, y después de ofrecer a los periódicos una animada entrevista, visitó al Pelotón de la bola y la cadena, las besó, lloró y dijo que no sabía quiénes eran peores, si los jueces o los policías, y les dejó todos los libros que, en su apresuramiento, había logrado reunir en la Fanning Mansión, o comprado en el puesto de libros de la estación de Clateburn. Entre ellos, se encontraba el Evangelio según San Lucas, el segundo volumen de *Los Miserables*, el *Libro de Cocina de Nueva Inglaterra, La joya de Jandaphur*, de E. Phillips Oppenheim, *Los viajes de Gulliver arreglados para niños, La Historia de la Cueva de Mamut*, una novela insípida llamada *Helen de High Tor, y Sexo y Carácter*, de Weininger, del que la señorita Bogardus sólo recordaba que trataba de las mujeres.

La señora Manders iba a verlas todos los días, les llevaba diarios, las revistas *Lije y Judge*, pollo frío y grandes, sabrosos y duraderos *plum puddings*, mucho más interesantes que Weininger para cuatro mujeres

jóvenes y sanas, cuya única comida se componía de un puré deslavazado, pan agrio, margarina, café o té muy claros, patatas cocidas, estofado cubierto por una capa de grasa, melaza y mermelada de naranjas hecha de zanahorias.

La única ocupación de las presas, aparte de sus incesantes conversaciones, era lavar los platos de hojalata en que les servían tales manjares. Durante el día, y a veces hasta bien entrada la noche, las presas, rateras, prostitutas, mujeres que habían maltratado a sus hijos o acuchillado a sus amantes no hacían más que hablar. Se contaban cosas obscenas y cantaban *Frankie y Johnnie*; se jactaban de sus amantes y sollozaban al relatar las crueldades de sus esposos o la tacañería de las gentes con quienes habían trabajado, fregando los suelos o lavando la ropa. Aparte de las sufragistas, había en la cárcel diecisiete mujeres que no hacían más que hablar, que odiaban al mundo y que se sentían ligeramente perplejas ante él.

Diecisiete presas y, en opinión de Ann, catorce de ellas eran tan «criminales» como ella misma. La pobreza, la falta de trabajo, el hambre padecida durante la niñez y, cuando se trataba de las prostitutas, una clara estupidez y un amor pueril por la seda y las luces, las habían llevado allí. Aquellas catorce mujeres le parecieron de pronto tan buenas amigas suyas y tan comprensibles como Pat, Eleanor o Maggie, y la mayoría de ellas menos calculadoras que Pat, menos obscenas que Eleanor y menos belicosas que Maggie.

A medida que se iban volviendo más conocidas y humanas, más parecidas a las muchachas de Point Royal y Waubanakee, la cárcel le iba pareciendo también menos extraordinaria, menos terrible. No era una «prisión», llena de misteriosos terrores; era, como el coche celular, un «lugar», un lugar en el que Ann se encontraba por casualidad, como podía haberse hallado en una estación de ferrocarril, aburrida por la espera y pensando en lo ineficiente que es el mundo. Pero lo que más la hería no era la crueldad del sistema de leyes, tribunales y cárceles, sino su futilidad: «Supongamos que el tribunal tiene razón y que yo soy una criminal —se decía—. Muy bien. ¿Qué ha conseguido el Estado con encerrarme aquí durante dos semanas? Teóricamente, yo soy una furia que injuria a los policías y amenaza al alcalde. Pero ¿es que el permanecer quince días sin

hacer nada, en compañía de prostitutas profesionales, va a convertirme en una criatura amable, me va a enseñar a dominarme y, cuando salga de aquí los policías y el alcalde pueden considerarse seguros?».

Comprendió que la guerra era estúpida, que el dirigir un negocio para beneficio de unos cuantos era una locura, que los tronos, las coronas, los títulos y los grados eran algo tan infantil como el jugar con soldaditos de plomo, aunque en cierto modo de acuerdo con la imbecilidad humana, pero que no había nada tan absurdo como creer que la cárcel era el remedio contra el crimen… y que conforme el crimen fuera en aumento, tanto peor era el que sólo existiese ese medio de cura tan bárbaro.

Y todo aquello, mezclado con el recuerdo de los olores agrios, las mesas sucias y la comida rancia, con el cuadro de las presas, perplejas, estúpidas y sin esperanza, y de los avances amorosos de los guardianes, iba a empujarla un día hacia el camino de las reformas penitenciarias y mantenerla en él aun cuando sintiese deseos de huir de los inconvenientes y del exhibicionismo propios de toda reforma, y refugiarse en la seguridad de un hombre, una casa, hijos, la tierra y la serenidad de lo vulgar.

¡Tierras, hijos, un hogar y su hombre!

Nunca los había deseado de tal modo como en aquellos días de holganza. En Waubanakee, en Point Royal y en Clateburn había estado siempre demasiado ocupada para pensar adecuadamente acerca de quién era realmente ese individuo llamado Ann Vickers, y en lo que deseaba.

Quizá —suspiró mirando una de las cucarachas que se reproducían antes de que hubieran podido acabar del todo con ellas— quizá fuera una Marta, una de esas mujeres incapaces de ungir al mundo con el nardo de la exaltación sexual, que sería de la masa y para la masa, nunca un «individuo». Pero la Ann que pensaba en los hombres, en medio del sórdido y pervertido feminismo de la cárcel, junto a mujeres manchadas y heridas por el sexo, era una Ann bastante individual.

¡Hombres! En la Fanning Mansión existían casi tantos como en Point Royal. A ella sólo acudían los maridos sometidos, los empleados de Banco con ambiciones literarias y los socialistas, que la llamaban «camarada» e inmediatamente le pellizcaban la mejilla con un falso espíritu de fraternidad. Pero las muchachas trabajaban demasiado para echarles mucho

de menos. Ahora, sin embargo, tenían tiempo y Ann soñaba constantemente, noche y día, con un amante que tuviera la ironía de Adolfo Klebs y la vigorosa frescura de Glenn Hargis. Le veía acercarse a ella, bajando de una colina cubierta de hierba, los dos corrían por la llanura, ligeros como sombras de nubes… Se encontraba con él en el viejo portal de una ciudad, vieja, antigua y ruidosa, en una tarde de niebla, punteada por las débiles luces de gas; en su encuentro había algo ilícito y excitante; se marchaban juntos —Ann se estremecía al tomarle del brazo— y tomaban el té en el lugar secreto de sus citas… Recorrían juntos las callejuelas de Venecia y volvían a su habitación, situada en un *palazzo* de altos techos cuajados de pintados amorcillos, y un inmenso lecho, azul y dorado, al extremo de la habitación, con suelo de baldosas escarlata e iluminada por un candelabro de cristal… Y de repente, como por arte de magia, se hallaba en Connecticut, en una casita con un huerto más pequeño que el candelabro, pero mucho más interesante.

Las novelas románticas que había leído, las películas que había visto, volvían a su memoria, más reales en aquellos momentos que las cucarachas que se arrastraban por los herrumbrosos barrotes de su celda, que la prostituta que gritaba a dos metros de distancia, y que los montones de sobres que la aguardaban a su llegada a Clateburn.

El Pelotón de la bola y la cadena recobró la libertad en medio de una tempestad de rosas y confeti, y a los acordes de una banda que tocaba el *Tipperary*. Las cuatro, en compañía de la señora Manders, la señorita Bogardus y el reverendo Chauncey Simsbury, de la Iglesia Episcopal de St. Gondolph, hablaron ante dos mil ciudadanos de Tafford, que los aplaudieron calurosamente y a la salida votaron contra la concesión del sufragio municipal a las mujeres.

En la estación de Clateburn se hallaban todos los fotógrafos de la prensa local, dieciséis fotógrafos comerciales, setenta y dos fotógrafos aficionados, un batallón de periodistas y otra banda. En el Symphony Hall hablaron ante tres mil espectadores, y el único hombre que intentó interrumpirlas fue

arrojado de la sala por dos entusiastas hombres de negocios, de esos que sólo van a la barbería cada quince días.

Entre la llegada del tren y la hora del mitin en el Symphony Hall, había tan poco tiempo que tuvieron que contentarse con tomar, por toda cena, unas barritas de chocolate con almendras. Y cuando lograron escapar de los cientos de mujeres entusiasmadas que luchaban por estrecharles la mano después del mitin y llegaron al fin a la Fanning Mansión, vieron que la señorita Bogardus, en su excitación, se había olvidado de preparar la cena, y lo único que comieron fue un poco de *corned beef* frío y unas galletas rancias.

Pero sus camitas del desván de la Fanning Mansión les parecieron los lechos de un paraíso mahometano.

Sus meditaciones, durante la época que estuvo en la cárcel, ayudaron a Ann a escapar de la santa esclavitud del movimiento sufragista. La virtud y la abnegación de la señorita Bogardus, que la hacían esperar algo igual en los demás, eran peores que la peor de las tiranías. En este mundo no debería haber personas excesivamente virtuosas: ¡son tan difíciles de soportar para los que las rodean! Ann le temía más a la señorita Bogardus que a un pelotón de policías. Pero estaba cansada, no sólo de los sobres, que la señorita Bogardus les hizo llenar de nuevo a las veinticuatro horas de haber salido de la cárcel, sino del vocabulario teológico de las sufragistas: «la independencia económica de la mujer», «iguales derechos», «igual salario por igual trabajo», «matriarcado». Como él «idealismo», la «virtud», el «patriotismo» y otras palabras seniles habían dejado de significar algo para ella, y además se sentía cansada de no oír más que historias acerca de las injusticias que tenían que sufrir las mujeres. Y bien sabe Dios que esas cosas nunca faltaban: viudas jóvenes y con tres hijos, que trabajaban doce horas al día a fin de ganar lo suficiente para no morirse de hambre; mujeres inteligentes a las que empequeñecían y ridiculizaban sus vulgares esposos. Pero estaba harta de escuchar a las mujeres que iban a tomar el té a la Fanning Mansión simplemente para quejarse de que sus esposos no las

comprendían porque eran más delicadas que ellos, y hasta comenzó a simpatizar secretamente con los maridos.

Sin embargo, tardó cuatro meses en huir de Clateburn y de los sobres, cuatro meses que empleó en dominar su miedo y en conferenciar en voz baja con Pat y con Eleanor. Probablemente, llevada de su cobardía, no se habría atrevido a dejar la Fanning Mansión hasta que se hubiera aprobado la ley del sufragio femenino, si Pat y Eleanor no le hubieran confesado que ellas pensaban invadir también a Nueva York, y convertirse en pecadoras, en seres humanos, libres de la tarea de llenar sobres. Allí tratarían de defenderla cuando la señorita Bogardus la acusara de haber cometido una traición.

En 1916 Ann encontró un empleo en un comité de Nueva York que «investigaba las condiciones» del trabajo en las industrias textiles y de la confección. El sueldo era casi un insulto, pero tenía casa y comida en las Corlears Hook Settlement House, como pago de las clases que allí daba.

Ligeramente aturdida, libre, aunque no muy segura de lo que iba a hacer con su libertad, con la conciencia inquieta por la seca frase con que la había despedido la señorita Bogardus: «Si no se siente a gusto aquí, no intentaremos detenerla», Ann partió un día de principios de abril hacia las torres de Nueva York.

Y cuando desde el andén del elevador vio la aguja de Woolworth Building y luego bajó los ojos y vio los chinos, los italianos, los húngaros, los yanquis, los banqueros varias veces millonarios, los marineros recién llegados de Java, los intelectuales abogados judíos, y los obreros de las fábricas de acero que pasaban silbando, los latidos de su corazón se acompasaron al rápido ritmo del enorme puerto, y Ann exclamó:

—Ahora sí que voy a hacer *algo…* Pero ¿qué?

OceanofPDF.com

XIV

CUANDO los Estados Unidos entraron en la guerra en 1917, Ann Vickers había ascendido de simple residente a ayudante de la residente-jefe de Corlears Settlement House, en el Bajo Nueva York, y estaba directamente encargada de las clases de inglés elemental, composición, drama moderno, economía, fisiología y cocina, para los pobres del barrio; dirigía el club de madres, el club de niños, la asociación dramática y se encargaba de organizar las conferencias gratuitas sobre el impuesto único, la pesca de la trucha, las exploraciones del Tibet, el pacifismo, el coleccionar conchas marinas, el comer salvado y la geografía del imperio de Carlomagno.

De la soledad social de la Fanning Mansión había caído en un remolino de constantes amigos —un fenómeno típico de Nueva York— y su teléfono sonaba constantemente. Pat Bramble, después de enseñar durante tres noches en Denver —de donde, al parecer, la habían echado por falta de eficiencia—, arribó a Nueva York y trabajaba en una agencia de publicidad. Eleanor Crevecoeur era subdirectora de una revista comercial, dedicada a los muebles y artículos de menaje, y escribía poemas líricos sobre los lavabos, panegíricos sobre los papeles de la pared y marchas guerreras acerca de la conveniencia de las sillas plegables para las habitaciones de huéspedes.

En Nueva York, Pat Bramble trataba a los compañeros de la agencia y a los elegantes vendedores que acudían a ella, con la misma helada reserva virginal con que había tratado a los hombres solteros que visitaban la Fanning Mansión. Pero Eleanor les había dicho:

—Como vosotras, chicas, yo me engañé a mí misma y creí que venía aquí a buscar una carrera, pero, en realidad, lo que vine fue a buscarme un hombre de pelo en pecho.

Y sin licencia matrimonial alguna se había ido a vivir con un muchacho alto y atlético, graduado de la Universidad de Oklahoma, un tal señor Ewbank, secretario de una compañía de taxis, cuyas únicas prendas sociales consistían en imitar a los lavanderos chinos, jugar al *bridge* y mantenerse respetuosamente silencioso cuando sus superiores, las mujeres, discutían los impuestos o la inmoralidad.

En cuanto llegó a Nueva York, Ann fue a visitar, aunque con cierta timidez, a la doctora Malvina Wormser, la oradora sufragista a quien había custodiado el día del Symphony Hall de Clateburn. La alegre y regordeta doctora la abrazó, le dio una receta para su catarro e inmediatamente la agregó al zoológico humano que, como todas las mujeres médicos, había reunido en torno suyo. La casa de la doctora Wormser, situada en el último piso de una vieja mansión de la Quinta Avenida, cerca de la calle Treinta, estaba llena de libros de medicina alemanes, porcelanas chinas, polvo, violines, que la doctora Wormser tenía por Stradivarius, alacenas de roble de Sussex, revistas no leídas, donde se hablaba del vegetarianismo, de Macedonia, de los huérfanos chinos y la irrigación del colon; y plagada de colillas de cigarrillos, libros de poesías dedicados a ella, clientes, cartas pidiendo dinero y gente. Allí, Ann conoció a arquitectos, oficiales franceses heridos, espías alemanes heridos, que se hacían pasar siempre por banqueros alemanes; bacteriólogos, rectores episcopales que habían sido privados de su cargo por ser demasiado ortodoxos —es decir, por tomar demasiado en serio la Biblia—, secretarias de editores y químicas, que tan pronto eran ásperas y llevaban gafas, como eran rubias y frívolas y se besaban con los hombres detrás de los biombos japoneses, en los bailes improvisados que daba la doctora Wormser.

—Te gustarán mis amigos —le había dicho a Ann la doctora Wormser — y te servirán de aprendizaje para el día en que te conviertas en la primera embajadora femenina de los Estados Unidos. Verás que los hombres serios, los hombres de estudio que vienen aquí, me tienen por ligera y frívola, y que los frívolos piensan que soy demasiado seria, y por eso, nunca

encuentro entre ellos un solo cliente y tengo que ganarme la vida en clínicas gratuitas y dando consejos gratuitos a mujeres ricas que merecen una paliza. Voy a darte un poco de Benedictino. Ven mañana por la noche. Estará aquí un aviador o conquiliólogo: no recuerdo muy bien lo que es.

Pero a quien Ann trataba necesariamente con más intimidad era a sus vecinos, a sus compañeros de Corlears Hook Settlement, veinte en total y siete de ellos hombres. Eran éstos unos graduados de las universidades de Columbia, un joven abogado liberal que despreciaba la ley y adoraba a Clarence Darrow, un bibliotecario de cierta edad, el inevitable clérigo liberal que discutía humorísticamente acerca de todo, y cierto muchacho rico que estaba dispuesto a hacer cualquier cosa por los desposeídos, con tal que no fuera repartir entre ellos su fortuna. Vivía entre los pobres, pero conservaba su habitación y sus trajes de etiqueta en la casa de su padre, dueño de más de ciento sesenta áreas de casas baratas en Nueva York.

Ann se desayunaba y almorzaba con ellos en una larga mesa, que tenía la misma atmósfera y la misma alimentación monótona del internado de una ciudad universitaria. Los cuartos de los residentes masculinos, situados en el tercer piso, estaban tan cerca del suyo que podían ir a visitarse los unos a los otros, en bata y pijama. A Ann le gustaba su olor fuerte y rudo; era mucho más interesante ir con ellos al teatro que ir con Eleanor. Pero, suspiraba. ¡Los siete eran tan… tan liberales! Eran juiciosos y de conversación muy entretenida, pero no había en ellos ni fuego ni tierra.

La Corlears Hook Settlement House entró en la guerra junto al presidente Wilson. Como el gran pensador socialista Upton Sinclair, todos los que trabajaban en el *settlement*, excepto Ann, proclamaban que, aunque ellos fueran pacifistas y opuestos a todas las demás guerras, *aquélla* era una cruzada destinada a terminar para siempre con el militarismo prusiano y que, cuando se terminara, el mundo gozaría de una paz ininterrumpida. Ann, que recordaba al viejo Oscar Klebs de Waubanakee y a su profesor de alemán en Point Royal, no podía creer que todos los alemanes fueran más belicosos que el resto de la humanidad, pero sus amigos la hacían callar a gritos —todo esto es ahora historia antigua, olvidada especialmente por las

gentes que la hicieron y que hoy hablan tres veces por semana en asociaciones pacifistas y luego van a Berlín a explicar a sus amigos alemanes que, en aquella época, ellos estaban decididamente en contra de la guerra.

El *settlement* confeccionaba vendas, enviaba a sus asociados a la YMCA, para hacer colectas y divertía a los soldados que pasaban algunos días en Nueva York. Era el cuartel general de los «trabajadores sociales» de otras ciudades, los cuales aprendían a manejar la bayoneta con especial pureza de intención. En junio de 1917, el *settlement* dio un gran baile en honor de los nuevos oficiales, y los niños italianos y judíos del barrio, acostumbrados a ver solamente a los trabajadores del *settlement*, con sus poéticas chalinas, gozaron aquel día del privilegio de ver uniformes.

El baile se celebró en la gran sala que se utilizaba para dar conferencias y conciertos. Grupos de banderas norteamericanas, inglesas y francesas, ocultaban los retratos, de Jesús y de Karl Marx. Las trabajadoras del *settlement* servían en el escenario café, limonada y helado. No había ningún licor, pero los invitados iban desapareciendo uno por uno y penetrando en la habitación del muchacho millonario, que también iba de uniforme.

El prejuicio de Ann contra la guerra no le impidió bailar aquella tarde de junio, en la sala con las ventanas abiertas a los alegres ruidos del *ghetto*, los gritos de la calle, el rechinar de las carretillas de los vendedores ambulantes, y las voces de los niños que bailaban al son de los organillos. La orquesta convertía las marchas guerreras en *one-steps* y Ann bailaba en los brazos de hombres jóvenes y ardientes, glorificados por la aventura, que se alegraban de haber dejado el polvo y la hipócrita virtud de su «trabajo social».

—¡Chica! ¿Por qué no viene al frente a conducir un camión? ¡Vamos a pasarlo muy bien allí! Le compraré una botella de champaña en el alegre París —le dijo alegremente la mejor de todas sus parejas.

Tenía una cara suave y dura, como el ágata. Era un doctor en filosofía por la Universidad de Filadelfia.

A Ann le gustaba bailar, aunque no dejaba ni un momento de decirse: «Ahora, Annie, por amor de Dios, ¡no saltes como si estuvieras jugando al baloncesto!».

Pero conforme los guerreros iban volviéndose más alegres y ruidosos, Ann se sentía más profundamente deprimida. Aquellos muchachos eran sus hermanos, aunque fueran algo excitables y sentimentales, como todos los hombres. Aquel amplio pecho contra el que se apoyaba tan a gusto, podía muy bien ser dentro de unos meses un montón de carne descompuesta, roída por los gusanos. ¡Oh, Dios mío, no había causa que mereciera todo aquello, y desde luego, lo que no lo merecía era matar a los primos de Adolfo Klebs!

Se escurrió hacia el escenario sin que nadie la viera y ocupó el puesto de una linda muchacha judía del barrio —una buena socialista, excepto cuando veía el bien cortado uniforme de un oficial—, que hasta aquel momento había estado sirviendo bebidas. Ann se dejó caer melancólicamente en una silla plegable, al extremo de la mesa de los refrescos.

Un hombre vestido con el uniforme de capitán cruzó el escenario y se sentó suspirando en una silla que había al lado suyo. Parecía un evangelista galés; era delgado, cetrino, de corta estatura y tenía las manos temblorosas y la miraba implorante. Al parecer, era unos dos o tres años mayor que Ann, que por aquel entonces tenía veintiséis años.

—¿Está cansado, capitán? —le preguntó ella.

—No… Sí… Creo que sí.

—¿Quiere un helado?

—¡No, gracias! He tomado demasiados *high balls*[10]!, en la habitación número diecisiete, la habitación de ese muchacho millonario. Creo que he tomado seis. Y lo peor de todo es que no me han hecho efecto.

—¿De veras?

—Sí, *de veras*. Y me gustaría que me lo hubieran hecho.

—¿Por qué?

—Porque así me olvidaría de todo. ¿Eh? Me olvidaría de que vamos a la guerra. Soy un neurótico… como la mayoría de los trabajadores sociales que no son unos estúpidos; pero, de todos modos, no dejo de preguntarme si no habrá en el frente muchos héroes que tengan tanto miedo como yo… ¡Sí, miedo, eso es lo que he dicho! Cuando me voy a dormir, ¡si es que puede llamarse a eso sueño!, me parece estar viendo un enorme huno que salta a

mi trinchera y me hunde una bayoneta en el vientre. ¡Diablos! ¡Perdóneme por ser tan quejoso! Por lo general, no suelo hablar así. Pero es que esta noche una muchacha imbécil con la que estaba bailando, me dijo: «Capitán, ¿quiere ensartar por mí un par de Fritzes con su bayoneta?». ¡Y me hizo añicos! ¡Debería estar avergonzado!…

—¡Oh, comprendo lo que le pasa! ¿Por qué no ha de sentirse así? ¡Yo no soy patriotera! ¿No puede pedir el traslado a otro cuerpo? Usted es de infantería, ¿verdad?… Probar otro lugar donde no tenga que… después de todo, ya que eso le pone tan nervioso; me figuro que a mí también me pondría…, donde no tenga que enfrentarse con las bayonetas enemigas…

—No. No puedo hacerlo. ¡Y precisamente porque soy un maldito neurótico! ¡Tengo que ir a las trincheras, cueste lo que cueste! O me fusilarán por cobarde… o me darán la *Congressional Medal*. No; me lo debo a mí mismo. ¡Tengo que seguir adelante!

—A mí me parece eso muy valiente… aunque sea una tontería. A propósito, mi nombre es Ann Vickers…, soy una de las residentes de aquí.

—Mi nombre es Resnick, Lafayette Resnick. Lafe, para las muchachas lindas como usted. ¿Dónde estudió?

—En Point Royal… ¡Y no soy linda! Tengo los ojos bonitos… eso es todo.

—¿Bonitos? ¡Divinos! Y unos tobillos preciosos. Y, loado sea Jehová, no tiene una de esas bellezas de portada de revista. En realidad, no debería haber dicho que era linda, sino hermosa…

—¿Dónde estudió, capitán?

—Soy B. A., por la Universidad de Minnesota, M. A., por la de Chicago. Estaba estudiando para doctorarme en filosofía en la Universidad de Filadelfia. Me figuro que no lo obtendré nunca, ni siquiera para que digan al dar la noticia de mi muerte: «el cuerpo había sido terriblemente destrozado; el bayonetazo le había hundido su llave Phi Beta Kappa en los intestinos».

—¿Quiere hacer el favor de no decir eso?

—¡Oh, tiene razón! Perdóneme, Ann. De veras, no estoy siempre así. Me figuro que esos *high balls* han debido de hacerme más efecto del que creía. *¡Timor in vino!*

—¿Y después qué piensa hacer?

—Lo de siempre. Salvar al mundo, especialmente a los que no sirven para vivir, a las gentes como yo, pero sin el dinero que ganó mi padre vendiendo ligas y camisas de dormir. Di clases durante un año en la escuela superior de Winnetka. Escribí crítica cinematográfica en Milwaukee… y además he conocido a Víctor Bergerm… Ya sabe que es el San Pablo del partido socialista; Debs es el San Juan y el viejo Karl el Mesías. Me echaron de él por decir lo que pensaba; ésta es una de las malas costumbres de los neuróticos; ya ha visto que por culpa de ella he estado a punto de pelearme con usted esta noche. Después de eso, empleado en un tribunal de Chicago. ¡Y ahora héroe!

—¡Déjese de eso!

—¡Ya lo he intentado! ¿Y usted, monada, qué hace? —le preguntó Resnick.

—¡Oh, también lo de costumbre! Trabajé como organizadora del sufragio. He hecho investigaciones. He estudiado unos cursos de enfermera.

—¿Enfermera? Entonces lo mejor es que se venga con nosotros. Nos veremos en París.

—Ésta es la segunda invitación que me hacen esta noche —se rió divertida Ann.

—Pero yo se lo digo en serio, muy en serio. El otro no pensaría sino en que era una muchacha agradable. Yo creo que… ¡oh, si usted quisiera encargarse de mí, a lo mejor abandonaría los delicados placeres del neurótico y me convertiría en un ser normal! Podríamos casarnos antes de que me marchara. ¡Aunque Dios sabe lo que usted sacaría de ese matrimonio! Pero, aunque no me crea, el caso es que nunca he conocido a una muchacha lo suficientemente viril para mandarme como jefe y madre, y lo suficientemente dulce para mirarme. ¡Y usted es así! A propósito, la invitación *aux noces* es completamente seria, Ann.

—A las… ¡Oh, sí! Muy bien, pues yo la recibo con toda seriedad y la guardo en mis archivos.

—«Ya le avisaremos en cuanto se produzca una vacante». ¡Oh, ya conozco eso! Me parece que usted no lo ha tomado muy *en serio*. ¿O es que quizá se ha casado ya con un hombre desdeñoso y superior?

—No, capitán, por si le interesa, le diré que ésta es la primera vez que alguien me pide que me case con él. Yo siempre he pensado que no estaría mal del todo en el papel de madre, me figuro que la mayoría de las mujeres piensan como yo, pero le prevengo que no soy tan seria ni tan digna de confianza como cree. También tengo nervios debajo de la grasa.

—¡Grasa, no!

—Al menos, tendencia a la grasa, sobre todo si no hiciera ejercicio. ¡Sí, tengo muchos nervios, aunque no lo parece! ¡Una vez mordí a un policía!

—¡La adoro! Salgamos de esta maldita atmósfera *yiddish*[11] militarista. Es demasiado *kosher*…[12]

—¿Pero no es…?

—¡Claro que lo soy! Mi abuelo era rabino o al menos eso es lo que dice papá; pero yo creo que además de eso tenía una carnicería. ¿No podríamos…? ¿Vive aquí? ¿Tiene algún saloncito o algún lugar donde podamos dejar de oír esa banda que trata de acompañar *Smile, Smile, Smile*, con el *Ole Clo* que están tocando en la calle?

—No, no tengo más que una habitación, y muy pequeña, custodiada por la severa mirada de la residente-jefe.

—¿Es venenosa?

—¡Bueno, yo diría que es eficiente!

—Entonces, vámonos… Conozco un restaurante… en realidad hay uno en frente de mi hotel, donde un soldado atrevido puede conseguir una bebida como si fuera tan persona mayor como un civil. Vivo en el Hotel Edmond, en la Plaza Irvíng; es un hotel pequeño y probablemente no habrá oído hablar de él; es un lugar muy serio, muy respetable; le dan a uno ejemplares del *National* y de la *New Republic* en vez de una Biblia de Gideon. Vámonos a beber algo… ¿Le parece mal beber?

—No, no me opongo a tomar *una* copa de algo. Pero no puedo irme. En realidad, ahora mismo debería estar bailando. En cierto modo estoy encargada de organizar el baile.

—¿Quiere cenar mañana conmigo?

—Sí.

—¿A las siete en el Edmond?

—Sí.

Ann estaba segura de las «intenciones» de él. De lo que no estaba segura era de las suyas. No le importaba «hacer de madre» con él —«¡una frase detestable, propia de una vicaría!»—, pensó. Pero de lo que no estaba segura era de que, cumplidos ya los veintiséis años y exponiéndose a quedarse soltera, no quisiera también mucho más que eso. Desde luego, no le tenía ningún miedo. Se daba cuenta de que aunque pareciera increíble, él había hablado en serio… en aquel momento. ¿La consideraría como algo digno de tenerse en cuenta? Sus terminaciones nerviosas daban a su piel un aspecto de carne de gallina. Sería cruel a causa de su timidez, y frío, por miedo a demostrar su apasionamiento levantino; le mentiría y la heriría en lo más íntimo de su alma. Pero sería ingenioso, superficialmente suave, le mostraría un mundo coloreado como el mapamundi de una geografía, no pardo como el color de la tierra, sino escarlata, amarillo, azul y verde fuerte. La atormentaría, la atormentaría seguramente, pero nunca sería pesado, toscamente jovial y afectadamente superior, como todos los hombres que había conocido, excepto Adolfo y Glenn Hargis.

Bueno. Tendría que ser sensata, no estúpidamente romántica como las chicas del barrio que estaban constantemente «metiéndose en líos» y acudiendo a ella en demanda de ayuda. Trataría a Lafayette Resnick del mismo modo que trataba a Pat Bramble.

«“Lafe”. No Lafayette. ¡Sea como fuere, me gusta más que Irving, Milton o Sidney!».

A las siete menos cuarto se hallaba frente al Hotel Edmond y tuvo que subir y bajar por la calle Veintiséis, para llegar tarde y dejar en buen lugar a su orgullo.

Había pensado ponerse su nuevo traje sastre gris —los trajes sastre eran los que mejor le sentaban—; pero, aunque Lafe dijera que apreciaba a las mujeres que razonaban, le gustaría que fueran irrazonablemente femeninas, y por esa razón se había puesto un vestido de fiesta de un suave tono lavándula, en el que esperaba resultar tan frágil como Pat. «De todos

modos, tengo la boca bonita y un cutis bastante bueno», gruñó mientras se vestía, cinco minutos después de haber reñido a una mecanógrafa judía por gastar tanto dinero en medias de rayón y tan poco en verduras.

Se preguntó cómo sería Lafe. Era algo extraño, pero no recordaba de él más que los ojos, parecidos a los de un gamo caído en la trampa.

El modesto vestíbulo del Hotel Edmond, adornado con paneles de arpillera roja, separados entre sí por columnas de mármol de imitación, estaba lleno de respetables damas de edad, con aburridos rostros de literatas y los cabellos ligeramente mal peinados. Parecía como si todas ellas hubieran llegado de sus casas de Nueva Inglaterra para ver a los editores de Nueva York que iban a publicarles sus obras, o a ver los recién nacidos de sus hijas casadas, o a los hijos que tenían en el ejército, a fin de conseguirles un grado, y que, en todos los casos, habían sido decepcionadas. Estaban sentadas en los grandes sillones de caoba, esperando. El vestíbulo era un lugar de espera, y algo pesada la atmósfera que se respiraba en él.

El capitán Resnick irrumpió en medio de aquella atmósfera de suave aburrimiento bovino, y Ann vio que su recuerdo no la había traicionado, que *se parecía* a un oscuro gamo salvaje. Era rápido, moreno y esbelto, y la luz que brilló en sus ojos al darle la bienvenida, las dos manos delgadas que apresaron las suyas, acabaron con todas sus dudas y la animaron con la certidumbre de que hacía mucho tiempo que se conocían profunda y lealmente.

—Suba a mi habitación. Beberemos algo y luego nos marcharemos.

—Muy bien.

Era un departamentito borroso y pequeño, con butacas de terciopelo castaño de aspecto no muy cómodo, y cromos de niñas jugando con animales, sabuesos, gatos y canarios que, con poco respeto por la higiene, comían en la boca de sus mamás. Lafe había agregado un quimono de seda, adornado con crisantemos, y una edición levantina de Goethe que le daba a la habitación un aspecto aún más fúnebre. Lo que realmente animaba el lugar, era la alegría de Lafe, una alegría tan desbordante como su depresión del día anterior.

—¿Quiere que veamos juntos la ciudad? —le preguntó—. ¿Conoce bien Nueva York?

—No. Conozco el *Kafeeklatch, Blintzes y gehackter Leber*.

El sionismo y el Bonnaz; las Uniones de bordadoras en máquinas Singer, de cortadoras, de plegadoras y de aprendizas.

La Asociación dramática de la Corlears Hook Settlement House, en una versión *yiddish* de *Espectros*, de Ibsen. Los conciertos del Carnegie Hall. El Museo Metropolitano y la Tumba de Grant. Y un cafetucho donde se puede cenar y tomar media botella de vino tinto por setenta y cinco centavos. Eso es todo. ¡Pero me figuro que en Nueva York habrá más cosas!

—¡Claro que sí! Hay lugares extraños y anticuados, completamente *amerikanski*, donde no se ven judíos ni eslavos, sino extranjeros de Nueva Inglaterra, que todavía comen picadillo de *comed beef*, habichuelas y pan moreno. ¡Vamos a buscarlos!

—No sé si sabrá que el Settlement me tiene muy atada. Soy ayudante de la residente-jefe.

—¿De veras? ¡Salaam! Pero yo soy un representante del ejército de los Estados Unidos. La he salvado de una invasión alemana. ¡Piénselo bien! No tengo más de una semana antes de que… ¡Y la voy a necesitar toda entera para resarcirla del mal rato que le hice pasar anoche con mi neurosis! La verdad es que he tenido una niñez muy triste. Mi padre y mi madre…

Ann se sentó en el desvencijado diván del saloncito; Lafe se sentó a sus pies, acentuando ciertos pasajes de su historia con un movimiento de su vaso vacío.

—… mis primos, tíos y tías, todos me comprendían perfectamente… ¡Y usted no sabe lo duro que es eso para un niño con imaginación! Yo era nervioso, inquieto. Muy bien, ¡pues a ellos no les preocupaba! ¡Los judíos son demasiado inteligentes para pensar que hay alguna virtud en el dolor y algún heroísmo que no produzca beneficios! Además, yo era caprichoso y poético. Muy bien, ellos me animaban… les gustaba vender *overalls* de cuarenta y nueve centavos, con botones Kantluze, para comprarme libros y enviarme a una escuela preparatoria. Yo quería ser explorador, químico, bolsista en Nueva York, compositor, anarquista o misionero cristiano. Perfectamente, me decían ellos, ¡haz lo que quieras!

»En la universidad me encontré con algunos prejuicios…, pero no muchos, así que todo fue bien. Nunca tuve que pelearme con nadie. Por eso me asusta tanto tomar parte en esta guerra, pasado el primer momento de exaltación. ¿Serviré de algo en las trincheras? ¿Qué me pasará cuando vea cruzar los proyectiles por el aire?

Le estrechó con fuerza la mano; ella se inclinó impulsivamente y le acarició el cabello, que no era suave como el suyo, sino extrañamente masculino, negro, espeso, liso, brillante y tan áspero como las crines de un caballo. En aquel momento le pareció muy alegre, muy fino, muy honrado respecto a su miedo, cuando tantos otros soldados fingían un heroísmo que no sentían. Mientras él le besaba la mano, mientras ella le acariciaba el grueso músculo del cuello, se horrorizó al pensar en que su cuerpo, tieso y rígido, pudiera colgar algún día del confuso zigzag de una alambrada.

Sin soltar la mano de Ann, estrechándola ligeramente entre la suya, seca y cálida, comenzó a contarle historias de su niñez, burlándose de su propia excentricidad, de su carmesí oriental entre el castaño otoñal de los católicos bávaros, el helado azul de los suecos de Minnesota, de los noruegos, y de los habitantes de Vermont. Le contó cómo se había aprendido en un diccionario el alfabeto griego y había dejado boquiabiertos a todos los demás niños cantando «¡Alfa tau omega tau zeta ómicron!». Lo apasionadamente que admiraba la iglesia metodista y sus himnos místicos e incomprensibles.

Se levantó de un salto y exclamó:

—¡Vamos a decir que nos suban aquí la cena! ¿Le importa? ¡Para mí será un paraíso, después de haber pasado tantos meses sin estar nunca solo, amontonado en los cuarteles, en los trenes, rodeado siempre de compañeros!

—¡No, no me importa!

Ann esperaba que fuera aún más insinuante que el doctor Glenn Hargis, cuando exhibió la botella de Rudesheimer, el día de la jira a la montaña. Pero Lafe Resnick encargó con la mayor naturalidad la cena, sacó una botella de Borgoña del cajón de la cómoda y siguió hablando y haciéndole hablar. Sin que se diera cuenta de cómo había empezado, Ann comenzó a hablarle de Waubanakee, de Point Royal, de Mamie Bogardus y de la

cárcel. Expresó en voz alta sus dudas de si no habría «progresado más» trabajando como secretaria de un banquero, pero agregó que, progresara o no, no se dejaría dominar por los negocios o el matrimonio.

De repente, vio en su reloj de pulsera que eran las once menos cuarto; el Borgoña, y uno o dos vasos diminutos de coñac la habían invadido de una suave tibieza. Lafe estaba a sus pies, con la cabeza en el diván y la mejilla apoyada en su rodilla. Algo inquieta, y ligeramente disgustada, Ann murmuró:

—¡Qué tarde! ¡Tengo que irme enseguida!

Él alzó lentamente la cabeza y miró su reloj:

—¿Tarde? No son más que las once menos cuarto. ¿Le parece eso tarde? ¿De veras que tiene que irse?

—¡Sí! ¡De veras!

—¡Cuánto lo siento…, querida! Me gustaría que te quedaras. ¡No he hecho más que hablar de mí mismo! Pero mañana por la noche cenaremos juntos de nuevo… Tienes que hacerlo; ¡recuerda que no me queda más que una semana!… y entonces no hablaré para nada del galante capitán Resnick. ¿Vendrás?

—Sí…, sí si puedo cambiar otra cita. Telefonéame por la mañana.

—¡Buenas noches, ángel mío!

Al llegar a la puerta la besó y, en el corredor ella permaneció un momento como desvanecida, asombrada por el fuego de aquel beso, en el que se había borrado su individualidad, haciendo que, por un segundo, ella no fuera una persona distinta, sino parte de la carne de Lafe, fundida con él eléctricamente.

Cuando entró en el subterráneo, sus ojos miraban sin ver y su cuerpo oscilaba al compás de los vagones, mientras seguía pensando en Lafe.

Pero se sintió confusa cuando, al despertarse a las tres de la madrugada, no pudo recordar cómo era Lafe ni cómo hablaba. Más ni aun entonces se le ocurrió ni una sola vez pensar que en realidad no le había estado viendo ni oyendo, qué desde el primer momento basta el último, había creído bailar en sus jactanciosas lamentaciones el discreto valor que tanto echaba de menos en los hombres, y en sus brillantes ojos una pasión purificadora que

no había en ellos y que no era más que la proyección de los propios deseos de Ana.

OceanofPDF.com

XV

CUANDO llegó la noche siguiente al Hotel Edmond —¡qué nombre tan absurdo para unos enamorados!—, se alegró de que Lafe le enviara un recado diciendo que subiera directamente. Se le habría hecho insoportable el tenerle que saludar ante los curiosos ojos de las ancianas que aguardaban en el vestíbulo. Y tampoco le habría podido soportar a él si, al abrirle cuando llamó a la puerta, se hubiera mostrado suave y voluble. Si se hubiera puesto a hablar en seguida, Ann se habría vuelto impertinente y, si le hubiera instado en seguida a beber algo, no habría podido contenerse y con voz áspera le habría dicho burlonamente que «por lo visto, las conquistaba con licor».

Pero él no le dijo nada. Tenía la cara pálida, el ademán suplicante. Sin decir una palabra, temblando ligeramente, la abrazó, la besó y la condujo de la mano hacia el diván, sentándose en silencio a su lado y estrechándola confiadamente con un brazo. Después de una noche y un día de agitación, la sensación de su presencia descansó a Ann, y el beso que él le dio así como el que ella le devolvió, le parecieron formar parte de un vínculo eterno. Cuando se acomodaron en el diván, Lafe no se mostró torpe, técnico ni risible, como Glenn Hargis. Permaneció tendido a su lado, sin moverse, con la mano bajo la mejilla de Ann, y luego, en voz baja, se puso a hablar de las cosas que algún día harían juntos… Estudiarían en Londres, tendrían un piso en Bloomsbury y se pasearían por High Wycombe… Iba a hacer investigaciones acerca de la agricultura del Oeste Medio y de su porvenir; no una simple colección de gráficos, sino algo verdaderamente humano, algo que perduraría como un clásico, como la obra de Bryce.

Fue él quien descubrió que eran ya las nueve y, sin darle importancia exagerada a la cosa, sin preguntarle si quería salir, ordenó la cena. Y cuando el camarero se hubo llevado la última bandeja, ella se acurrucó en sus brazos, como si fueran íntimos amigos desde hacía muchos meses. Todo era natural, dulce, suave, pensó adormecida, mientras él, con sus dedos nerviosos, iba marcando el contorno de sus labios y de su garganta.

Durante los diez días siguientes —él había conseguido que le prorrogaran su permiso mediante ciertos trucos mágicos que nunca le quiso explicar— estuvieron juntos casi todas las horas del día y desde luego, todas las de la noche. Si el personal del *settlement* se extrañaba algo ante la tardanza de la inmaculadamente puntual señorita Vickers, nadie le dijo nada, porque siempre se había mostrado muy brusca con los hombres liberales y humanitarios, pero amantes de los chismes.

Y, después de haberse visto misteriosamente a la hora de la comida en un restaurante judío, resultaba muy emocionante verse de nuevo, seis horas más tarde, en el Edmond o en un café italiano, o en el cosmopolita y bohemio Brevoort. En aquellas seis horas, habían encontrado tantas cosas nuevas que decirse, que sólo un terrible y virtuoso esfuerzo hacía que no se telefonearan; hablaban de cosas significativas y emocionantes, como, por ejemplo, de lo mucho que ella se parecía a Ethel Barrymore, de que él debía leer *Ethan Fronte*, de que era una tontería el que ella pensara ir a un gimnasio para hacer ejercicio; después de todo, siempre tendría los tobillos esbeltos, y a él nunca le gustaron gran cosa esas chicas que no eran más que un montón de huesos; de que la grandeza de Beethoven no le impedía a uno apreciar a Mozart, de que los tanques debían de ser mucho más terribles que las ametralladoras, de que la *IWW* era más lógica que la American Federation of Labour (Federación Norteamericana de Trabajadores), de que la señora Buzón Waverley, de la Federación de Sociedades Benéficas de Cleveland era una intrigante, y una aduladora, de que los pijamas con rayas verdes o purpúreas que usaba Lafe eran espantosos, de lo mucho que les gustaría poder ir a las Green Mountains… y de que en realidad no había ningún tema digno de ser tratado con tanto interés como el de sus propias personas.

Ann se encontró con él en el viejo portal de una ciudad antigua y ruidosa, en una tarde de niebla, punteada por las débiles luces del gas; en su encuentro había algo de ilícito y excitante; y luego se fueron a tomar el té al lugar secreto de sus citas.

Aquel lugar se encontraba en Cedar Street, donde Lafe tenía misteriosos negocios con un agente de Bolsa, en un barrio de Nueva York, cuyas tortuosas calles recuerdan vagamente a las de Londres, en los días nublados.

Él se detuvo ante una mendiga, que le ofrecía unos bizcochitos, y le puso en la mano veinticinco centavos.

—¡Qué bonito está eso en un trabajador social! ¡Animar a los mendigos parásitos! —dijo ella.

—¡Ya lo sé! ¡Quería darle algo a alguien… como si vertiera el vino de los sacrificios en el altar… para decirles a los dioses lo feliz que soy por haberte conocido!

Un día que no podía verle hasta las nueve de la noche, fue al hotel a primera hora de la tarde y le llevó unas rosas rojas. Él se la quedó mirando, y en sus ojos había lágrimas.

—¡Ninguna muchacha me ha traído flores! ¡Nunca oí hablar de que ninguna mujer hubiera llevado flores a un hombre! —exclamó.

Querían arreglar la salita del departamento de Lafe para darle un aspecto más hogareño. Sostuvieron conferencias, casi beligerantes, acerca de si el diván debía permanecer donde estaba, pegado a la pared, junto al radiador. Jadeando, esforzándose, gruñendo:

—¡Dale la vuelta a tu extremo! —lo levantaron y lo colocaron en un rincón, al lado de la puerta.

¡Imposible!

La salita era *sui generis*, como un Ford, y nada de lo que hicieran podría cambiarla. Pero Ann le compró a Lafe, en Mulberry Street, un juego de café de mayólica, y los dos tomaron café en él, mientras Lafe exclamaba alborozado:

—¡Piensa bien! ¡Éste es el primero de todos los hogares que tendremos juntos, en diversas partes del mundo!

Ann había leído en una obra de H. G. Wells «las alegres y pequeñas groserías de la vida»…, y había despreciado la frase con sus remilgos de Point Royal y Waubanakee. Ahora la comprendía muy bien. Se reía de los calcetines de Lafe, de aquellos bultos absurdos, sujetos por ligas viejas, de un voluptuoso color de púrpura, en su época. Se reía de la pueril camiseta «atlética», con su corto faldón. Se reía de ver que él era tan minuciosamente femenil como ella misma cuando se trataba de colocar con absoluta simetría su peine, tijeras, cepillos y calzador, pero que, con un descuido completamente masculino, cubría el suelo de ceniza de cigarrillos.

A Lafe le gustaban mucho los accesorios hermosos. Ann admiró como era debido su cigarrera de oro, la cadena de su reloj, de oro y platino, el rubí de su anillo, sus cepillos militares importados de Inglaterra, su cantimplora de cuero y cristal y su delgado cortaplumas damasquinado, originario de Suecia. Pero lo que más le conmovía era sus espantosas zapatillas de tafilete rojo, con la piel rozada y los talones aplastados por el uso.

—¡Oh, pobrecito mío! Voy a volverme doméstica y, para Navidad, te enviaré un nuevo par de zapatillas —exclamó, estrechando absurdamente las zapatillas contra su pecho… y de repente se detuvo conmovida. ¿Dónde estaría él la próxima Navidad? ¡Desde luego, en un lugar donde los hombres no usaban zapatillas!

Ann siempre había pensado, y hasta había llegado a decírselo a Eula Towers y a Pat Bramble, que ver afeitarse a un hombre debía de ser repugnantemente vulgar. ¡Si se casaba *alguna* vez, todas esas porquerías se quedarían para el cuarto de baño! Pero ahora, sin embargo, sonreía al verle cubrirse de espuma su negra barba, inclinando cómicamente la cabeza hacia un lado y tirando de la piel con los dedos de su mano izquierda, mientras se pasaba la navaja y discutía con Ann acerca de Vachel Lindsay.

Y Ann aprendió ciertas palabras obscenas, que pronunciaba vacilante y algo avergonzada, mientras él se reía a carcajadas.

Lafe fue el primero en hablar de matrimonio.

—¡Vamos a casarnos ahora mismo! —exclamó—. ¿Quieres que nos casemos en la alcaldía, como las personas sensatas, o que nos case un rabino, un pastor presbiteriano? O… lo más divertido de todo sería casamos con toda pompa, y que nos uniera un padre de la Superior Iglesia Episcopaliana, con su casulla y…

—¡Episcopal!

—¿Eh?

—Que se dice episcopal… una iglesia episcopal, etcétera.

—¡Muy bien, amor mío! ¡Pero no esperarás que un judío de pueblo conozca todos los términos de ese juego que llamáis religión! Bueno, hablaba en serio, casémonos en San Lo-que-sea, con toda la pompa que el caso requiere. Ninguno de los dos estamos divorciados… ¡al menos por ahora! ¡Va a ser sensacional! Invitaremos a todo el mundo que conocemos. ¡Será divertidísimo el ver a toda esa serie de concienzudos agnósticos, dentro de una elegante iglesia episcopal!

—¡Querido! ¿Hablas en serio?

—¡Sí, hablo en serio!

—¿Estás seguro de que quieres casarte conmigo?

—¡Lo estoy!

—¿Cómo lo sabes?

—¡Porque te adoro!

—¿Cómo lo sabes?

—¡Oh, Dios mío, no puedo contestarte a eso! ¡Te adoro y basta! Pero me parece que… ¿Quieres casarte conmigo, Ann?

—No estoy segura. A lo mejor, eso me impediría aburrirme.

—¡Entonces, manos a la obra y casémonos, sin pensar en las consecuencias!

—No, por favor, reflexiónalo bien. Has de ir a Francia y allí conocerás norteamericanas estupendas, que han ido para conducir ambulancias, y verás francesas lindísimas. Te pondrías furioso si estuvieras atado a mí. Dirías: «En realidad, ni siquiera la conocía. No fue más que una locura de tiempo de guerra». Y me odiarás.

—¡Nunca! ¡Sé muy bien lo que quiero!

—Pero… ¿a qué has tratado a otras muchachas… con bastante intimidad, antes de que me conocieras a mí?

—¡Oh…, sí…, no, realmente, no. Sea como fuere, lo que quiero decir es que no volveré a hacerlo si estoy seguro de ti! Y, además… tú sabes muy bien que puedo no volver.

—¡Oh!

—Pero tú sabes muy bien que puede ocurrir así. Tienes que enfrentarte con los hechos. Y, además, podría ocurrir te algo. No hemos tomado ninguna precaución y… ya sé que soy lo suficientemente radical para no tomar muy en serio la santidad del matrimonio, pero no creo que a la criatura le gustara mucho el explicárselo así a sus compañeros de escuela, quiero decir que le costaría trabajo explicar que no tenía papá, que no tenía ningún apellido. Sí, creo que debemos casarnos.

—No. Ahora no quiero casarme contigo. Pero me casaré en cuanto vuelvas del frente…

—¡Si es que vuelvo!

—¡Bueno, como quieras! Si es que vuelves y sigues queriendo casarte conmigo. ¡Vida mía! Ya es hora de que me vaya.

Él no volvió a hablarle de matrimonio. Ann se alegró. Aquello le demostró cuán profundamente se comprendían sin necesidad de palabras.

Como todas las enamoradas, aunque le encantaba encontrarse secretamente con él, a Ann le gustaba lucir también a su amado delante de sus amigas. Lo llevó a casa de la doctora Malvina Wormser, donde, bajo la influencia tranquilizadora de la doctora, Lafe se animó y habló graciosamente de los sargentos veteranos que adoran la «disciplina». Pero la doctora Wormser estaba por encima de los comunes mortales, como Gene

Debs, el cardenal Newman y El Greco, como los cometas y las estrellas que brillaban en el profundo azul de la noche; no era tan fácil de comprender cómo los árboles, el hielo y el polvo, cómo Pat, Eleanor, Adolfo Klebs y Pearl McKaig, y los amigos vulgares y conocidos, son los únicos ante los que uno puede hacer ostentación de su amor, del mismo modo que el hombre fornido demuestra su fuerza ante rivales familiares y no ante héroes celestes.

Ann telefoneó a Pat Bramble y a Eleanor Crevecoeur, para invitarlas a una fiesta. Ésta iba a celebrarse en el piso de la calle Trece, donde Eleanor vivía pecaminosamente con su callado amante, George Ewbank, de la Compañía de Taxis Glidewell. El departamento de Eleanor estaba situado en el último piso de un alto edificio y tenía un enorme *living*, con las paredes cubiertas por los chillones originales de las cubiertas de la revista de modas donde trabajaba Eleanor, quien hada tiempo había dejado la revista comercial donde empezara a trabajar a su llegada a Nueva York. Amén de aquélla, había polvorientas tiras de *batik*, divanes, unas cuantas sillas y la figura corpulenta, balbuciente y tranquilizadora de George Ewbank. Detrás del *living* —inevitablemente conocido por el «estudio»—, había un dormitorio, un baño y una pequeña cocina.

Y también se encontraban allí Pat Bramble, frágil y deslumbradora como siempre, con su cutis de porcelana aún muy fresco, excepto por una o dos arrugas junto a los ojos; Eleanor Crevecoeur, tan radiante que, a la vista, ya que no a la medida, parecía menos angulosa que de costumbre; Lafe Resnick, y Ann, casi esbelta en un estrecho y locamente caro vestido de noche color de coral. Formaban un grupo metropolitano, refinado, típico de Nueva York y, como era de esperar, la conversación tenía que ser brillante.

—Mi amigo, el capitán Resnick… Señorita Crevecoeur, señorita Bramble, señor Ewbank, nuestro anfitrión, capitán Resnick.

—¿Cómo está usted? —dijo Eleanor.

—Bueno, bueno, veo que ha entrado en el ejército. Creo que yo tendré que hacer lo mismo uno de estos días —dijo George.

—¡Nada de eso! ¿Con todas esas mujerzuelas francesas que hay por allí? ¡Ni lo sueñes!

—No sé, no sé. El hombre debe cumplir con su deber. ¿No le parece, Resnick? Así pienso yo, al menos. Hay que cumplir con nuestro deber. Me parece que tendré que ingresar en el ejército. Todavía no me han llamado, pero creo que debo ingresar —dijo George Ewbank.

—Sí, yo creo que todos debemos hacer lo que podamos —dijo Lafe.

—Sí, no queda otro remedio. Yo soy una ardiente pacifista, pero estoy convencida de que ahora, tal como están las cosas luchando contra lo que representa Alemania, etcétera, tenemos que cumplir con nuestro deber —dijo Pat Bramble.

—Sois todos unos idiotas. Yo comprendo lo que pensáis, pero, de todos modos, estoy contra la guerra —dijo Ann.

—Vamos, Ann, estando como están las cosas, no es momento de hablar de la guerra con ligereza. Tenemos que realizar una tarea tremenda y brutal —dijo Eleanor.

—Sí, eso es lo que pienso. Cada uno tiene que hacer lo que pueda. Yo soy miembro del partido socialista, pero creo que, en las circunstancias actuales, tenemos que seguir adelante y terminar nuestra tarea —dijo Lafe.

A Ann le encantó el que Lafe se llevara tan bien con sus amigas, que se sentara junto a Pat, le tomara la mano y comenzara a galantearla —¡aunque desde luego, no en serio!— y ver que todos le apreciaban. Comenzó a lucirlo, le obligó a hacer sus gracias.

—Cuéntanos el cuento del tocólogo y el profesor de agricultura —le rogó, y un poco más tarde, exclamaba—: ¡Oíd!, el capitán Resnick insiste en que Rusia se volverá comunista este año. Cuéntaselo todo, Lafe.

Cuando salió de la habitación con Eleanor, para ayudarla a preparar la cena —el mejor pavo fiambre, ensalada y encurtidos de la *delicatessen* de la Sexta Avenida—, Eleanor murmuró:

—Querida, es un encanto. Pero ¡qué nervioso es! Eso sí, muy inteligente y muy simpático. ¿Eres muy buena amiga suya, Ann?

—Bastante. Sí.

—Pensando en eso… ¿Dónde diablos está la salsa de arándano? ¡Maldito sea ese gato, ha estado oliendo el pavo! ¿Pensáis casaros?

—¡Oh, no! De veras, no. Yo soy como tú. No quiero atarle, aunque él lo quisiera.

Y privadamente pensaba: «¡Que lo intente, que ya veremos si lo consigue!».

A la una de la noche, Lafe los llamaba a todos por su nombre, había besado a Pat y a Eleanor —Eleanor suspiró, echó hacia atrás la cabeza y puso los ojos en blanco— y se había sentado al piano, donde pasó más de una hora interpretando a Gilbert y Sullivan.

Mientras acompañaba a Ann al subterráneo, Lafe murmuró, bostezando:

—Son unas gentes muy simpáticas, vida mía. Hasta el mismo George, y eso que es algo tonto. Me gustaría mucho invitarlos a pasar un día con nosotros. Lo haremos cuando tengamos una casita en Cape Cod. ¡Diablos, cuando pienso en ello… por la mañana temprano la playa cubierta por la niebla, el océano, y tú y yo solos…! ¡Vamos a nadar un poco antes de desayunarnos!

—Sí.

Al fin llegaron al término de los diez días; al siguiente, Lafe tomaría el tren para el Campamento Lefferts, en las colinas de Pensilvania. Pasaron la noche juntos, en el Edmond. Ann le había dicho a la residente-jefe que iba a pasar la noche en casa de unos amigos de Connecticut.

Se acercó a la ventana y miró hacia la calle, plena de silenció y soledad. Era verano, la madrugada de un día de verano.

El pavimento, recién regado, tenía un olor fresco. Un carrito de leche tirado por un caballo cruzó lentamente calle abajo.

En 1917, Grammercy Park, situado a su derecha, no estaba aún cubierto por casas de departamentos; Madison Square Garden, a la izquierda, no se había convertido aún en el punto de reunión de los políticos virtuosos; no se veía el mástil de la Legión Americana, ni se celebraban en él mítines comunistas; no había más que unos cuantos árboles de claro follaje bajo los cuales dormían los vagabundos, tumbados en viejos bancos. ¡Arboles! «Los enamorados —pensó Ann— deberían tener siempre árboles cerca de ellos, árboles que simbolizaran su amor: el tronco representaría su valor y su resistencia; el delicado dibujo de sus fantásticas ramitas, los momentos de exaltación». Al otro lado de la calle, frente a ella, se veía un olmo solitario,

perdido en medio del cemento. Estaba inclinado y tenía muchas ramas secas, pero sus ramas verdes tenían un no sé qué de valientes y, como estaba solo, sin que lo rodeara ningún bosque vulgar, a Ann le pareció la Floresta de Arden, con sus alegres claros y sus sombríos sotos, sus cantos y sus fiestas. El sol asomaba alegremente al otro lado de la calle, por detrás de una vieja casa gris. ¡Verano, sol, un árbol, y Lafe en el lecho! Le sonrió, sonrió a la calle, y de repente se detuvo y su sonrisa se borró y sus ojos se entristecieron. A lo lejos se oía el ruido de las pisadas de los hombres que marchaban, clamp, clamp, clamp, y de pronto ya no pensó en que aquél era un día estival, amigo de los enamorados, sino simplemente un día de guerra.

¡Y que él, tan nervioso, tan excitable, tuviera que enfrentarse con aquel espanto! Recordó, triste y enfurecida consigo misma, que su neurótica inquietud la había irritado a veces. Les tenía miedo a los perros, hasta a los más cariñosos; estaba seguro de que lo morderían. Tampoco confiaba mucho en los gatos —decía que tenían ojos maliciosos— y le daba miedo cruzar una calle con mucho tránsito, le asustaba el subterráneo oscuro y ruidoso, y los taxis que iban de prisa cuando la calle estaba húmeda. ¡Absurdo! ¿Por qué no trataba de ser un poco más tranquilo, como Adolfo? Era asombroso que aquella hoja que se balanceaba a cualquier viento hubiera nacido entre peñascos.

¡Y ella le amaba tanto! No habría creído posible amar a alguien de tal modo.

Aquello era abominar de la desolación. Volvió a verle… *allí*. Habían salido para realizar un ataque. El amargo gas que desgarraba los pulmones cayó sobre ellos —sobre Lafe—, cegándole, no permitiéndole ver el horrible panorama de cadáveres descompuestos, miembros arrancados y camiones destrozados. El gas penetraba como un escorpión en sus pulmones. Ann lo sentía, gemía por su causa. Luego tropezó, se escurrió en el cráter de una bomba, cayó sobre un cadáver descompuesto. El hoyo era demasiado profundo; Lafe no podía salir de él, no podía huir de aquel cuerpo muerto. Gimió, sin que nadie le oyera. Entonces, pasó sobre su cabeza, como una serpiente, un aeroplano con cruces alemanas en las alas, y fue dejando caer una estela de bombas que iba acercándose a él, más y más…

—¡Oh, no puedo soportarlo! ¡No lo dejaré marchar! —gimió Ann.

Y se volvió espantada hacia la cama. Su gemido había despertado a Lafe.

—¿Qué te pasa? ¿Qué ruido es ése? —murmuró él.

—¡Oh, oh, nada! ¡Alguien…, creo que un repartidor de periódicos que gritaba en la calle! —¡Cuán rápidamente le había enseñado Lafe a mentir!

—¡*Eeeeuh*! ¡Dios mío, qué sueño tengo! Ven, vida mía. ¡Oh, santo Dios! Me había olvidado de que hoy es el día en que vuelvo al campamento. ¡A la horca! ¡Mi última noche en la celda de los condenados! ¡Ahora, nos pueden enviar a Francia en cualquier momento!

Ella hizo un esfuerzo por enfurecerse, no por ella misma, sino por animarlo:

—¡No creo que sea muy agradable llamar a una noche pasada en mi compañía una noche en la celda de los condenados!

—¡Oh!, no quería decir… Ya sabes que…

—¡Y además tienes que dejar de estremecerte, de asustarte, de hacerte la víctima! Es una falta vergonzosa de inhibiciones decentes. ¡Mira, muchacho, si no te dejas de exhibicionismos, iré contigo al campamento, te llevaré cogido de una oreja por el campo de maniobras, te pondré delante del mismísimo coronel, y le diré que tengo que llevarte a la ciudad y ponerte a cuidar un jardín en los suburbios, y creo que eso va a gustarte mucho menos que hacer de héroe!

Había logrado hacerle sonreír débilmente, y entonces ella fue la que no pudo aguantarlo más. Se echó en sus brazos, sollozando, y él, por primera vez, se olvidó de sí mismo para consolarla. Apoyó la cabeza en su pecho y la tranquilizó.

—Vamos a dormir un poquitín más, vida mía. Ya sabes que no tengo que levantarme y hacer el equipaje hasta las siete. Tiene que ser muy temprano. Duérmete y olvídate de que me he portado como un crío llorón.

Y ella se habría dormido, pero en aquel momento sus ojos descubrieron, a través de la cortina que los separaba de la salita, el juego de café de mayólica que le había comprado en el barrio italiano. «Lo usaremos esta mañana, y luego, a lo mejor no volveremos a usarlo nunca», pensó

entristecida, y le besó con tal desesperación, que él se despertó del todo y no pudo dormirse de nuevo.

Ann lo acompañó luego en el *ferry* y fue con él hasta la estación de Baltimore-Ohio, para despedirlo; Lafe no se marchaba en un rápido expreso, en un ruidoso tren militar, sino en un vulgar tren local, al que no subieron más que media docena de soldados.

En la estación se encontró con una muchacha que conocía, Tessie Katz, una chica joven, vibrante, linda y de nariz encorvada, que trabajaba en una peluquería, pasaba muchos ratos en la Corlears Hook Settlement, y con frecuencia había ido a contarle a Ann sus disgustos, casi siempre amorosos. Tessie había ido también a despedir a su héroe, un muchacho de cara redonda, apretados rizos y ridículo bigote, que parecía el encargado de un bar. Tessie lo abrazaba estrechamente y gemía, hasta que vio a Ann. Siempre la había tenido por una de las vírgenes vestales y, aun en medio de su dramática despedida, no pudo menos de sentir cierta curiosidad al verla acompañada de Lafe.

El encuentro era embarazoso, pero Ann se olvidó porque Lafe la abrazaba con tanta desesperación como si fuera un niño.

—¿Me escribirás todos los días, Ann? ¡Dos veces al día! ¿Me das tu bendición? ¡Oye! No me quejaré. Te aseguro que nunca me quejo cuando estoy entre hombres. Algunos creen que estoy hecho de granito. Tu cariño y tu simpatía son los únicos que me sueltan la lengua. ¡Bueno, me voy! ¡Manos a la obra! ¡Y volveré con la Cruz de la Legión de Honor…, volveré a ti!

—¡Tooodos al tren!

—¡Que Dios te guarde, querido! —y Ann huyó, sin mirar en torno suyo, sin atreverse a mostrar las lágrimas que asomaban a sus ojos.

Pero cuando descansaba, apoyando la cabeza en una columna, Tessie Katz la alcanzó.

—¡Hola, señorita Vickers! ¡No sabía que usted también tenía un novio! ¡Es un tipo estupendo! ¡Verdaderamente guapo! ¡Y además, capitán! ¡Dios mío!

—¡Oh!, ¿cómo está, señorita Katz? ¿También a despedir a alguien?

—Sí, mi novio. No es más que un soldado, pero es un muchacho que vale mucho. Antes de que se acabe la guerra será sargento, capitán general, o lo que sea. Oiga, pero no es el chico de que le hablé hace un mes. ¡Aquel pobre estúpido! Era un infeliz. Pero Morris es un encanto. Va a casarse conmigo en cuanto vuelva.

Ann Vickers no pensó que su amor, que su dolor, eran ridiculizados por la tragedia de Tessie Katz. Tessie era su amiga, su hermana. Las dos muchachas se cogieron del brazo y, hablando en voz baja, subieron lenta y penosamente al *ferry*. Pero Ann recobró por un momento el sentimiento de su superioridad.

—Tessie, creo que… usted ya sabe cómo corren los chismes por el *settlement house*.… Creo que por el momento sería mejor que no dijera que me ha visto despedir al capitán.

—Puede estar segura de ello, señorita Vickers. No es asunto suyo. Si no lo saben, no les hará ningún daño. Y… ¡oh, Dios mío, lo que voy a echar de menos a mi pobre Morris, sobre todo si me lo matan en el frente!

Se cogieron de la mano y lloraron francamente, bajo el sol de aquel día de verano.

OceanofPDF.com

XVI

ANN SE imaginó que sus diez días de vacaciones habían hecho que el personal de la Corlears Hook House, especialmente la gruesa y cortés residente-jefe, desconfiara de ella, así que se entregó en cuerpo y alma a su trabajo. Lo que la impulsaba a trabajar más, no era solamente su conciencia. Se sentía más alegre, más viva, más llena y completa que nunca, más capaz de esforzarse y de exigir a los demás que se esforzaran. Le parecía que las diversas tareas a que se dedicaba habían asumido un nuevo interés, un fin, aunque no supiera muy bien cuál era ese fin.

Convenció a un empresario de Broadway para que ayudara a la Asociación Dramática Corlears a producir una revista de aficionados y la obra tuvo un éxito desconocido hasta entonces en el *settlement*. La representación se repitió cuatro veces y los padres ortodoxos, que habían vacilado en dar su permiso para que sus hijos fueran a la Corlears House, la consideraban ahora casi tan importante como la *Schulé*.

La gloria fue para el empresario de Broadway, que había gastado quizás una hora en el plan, para Ann Vickers, quien no había empleado más de unas diez horas en él, y para la residente-jefe, que no se había ocupado lo más mínimo del asunto, pero nadie pensó en los autores ni en los actores, que habían trabajado durante un mes todos los días, desde las ocho de la mañana a las tres de la madrugada. Aquello le enseñó a Ann las ventajas de ser jefe o director, de no perder el tiempo en discursitos, en dar consejos a los desgraciados o llenar sobres —¡sobres!—, sino pensar una idea imposible y sonreír a los pobres subordinados mientras se deshacían y sudaban sangre por llevarla a cabo.

La residente-jefe la trataba con más consideración y todo el mundo, incluso ella misma, comenzó a tenerla por jefe, por directora, por una persona cuya opinión era digna de tenerse en cuenta, ya opinara sobre los impuestos, el alcohol, la inmortalidad, el mejor hotel de Atlantic City, o la moralidad de las faldas cortas, y a quien se podía confiar cualquier tarea importante y vaga.

Pero no se había hundido del todo en la ciénaga de la política y del éxito. Y se reía un poco al pensar que su nueva vitalidad se debía a sus relaciones con el capitán Resnick, relaciones que no habría podido confesar a nadie dentro del recinto liberal, pero absolutamente casto de la *settlement house*.

Y durante todo aquel tiempo, lo que la hacía vivir no era su éxito, sino las cartas de Lafe.

Durante las tres primeras semanas, él le escribió todos los días, le hablaba de los cómicos *breeches* de su coronel, y de la adoración que sentía por ella; le escribía que estaba leyendo las campañas de Napoleón y que, cuando cerraba los ojos para dormir, le parecía estar viendo la curva que iba de su hombro a su seno; de que había dado un paseo de 32 kilómetros con su coronel y que, durante todo el tiempo, se había imaginado que hacía con ella una excursión a través de Salzkammergut.

Las cartas de Ann eran siempre más largas. Pero claro está que Lafe estaba siempre ocupado, como deben estar todos los hombres.

Mientras hacía el equipaje la última mañana que pasaron juntos en el Hotel Edmond, le había dicho:

¡Mira, le diré al mozo que te envíe el quimono japonés, el Goethe y el juego de café que me regalaste! ¡No me servirían de nada en una trinchera! Tú me lo guardarás. ¿No te harán pensar un poco en mí, cuando yo me encuentre muy lejos de aquí, vida mía?

Cuando llegó el paquete y Ann abrió la caja, halló en ella, escondidas entre las otras cosas, las viejas zapatillas de Lafe, con las huellas de sus pies profundamente marcadas en aquel conjunto de arrugas. Sollozó al sacarlas. Las apreciaba muchísimo más que la fría belleza de Goethe encuadernado

en tafilete. Las escondió entre su ropa interior, y todos los días las sacaba para mirarlas.

Una tarde invitó a Tessie Katz a tomar café en el juego de mayólica, y las dos muchachas, la voluble judía de la ciudad y la provinciana nórdica del Oeste Medio, se olvidaron de la diferencia que había entre ellas y hablaron de Morris y del capitán Resnick.

Al cabo de tres semanas, Lafe le escribía solamente un día sí y otro no; luego dos veces por semana…, finalmente, una vez por semana.

Cuando estaba en Nueva York había insistido en que ella debía pasar un fin de semana en Pensilvania, en cuanto él pudiera encontrar un hotel confortable cerca del Campamento Lefferts. Pero, por lo visto, no podía encontrar ningún hotel confortable.

Ann pasó diez días sin recibir carta, y cuando al fin la recibió, Lafe no hablaba en ella más que de una amable familia judía que había conocido en Scranton, cerca de su campamento. Había tenido un día de licencia y lo había pasado con sus nuevos amigos, los Birnbaum. El padre era abogado y director de un Banco; era un hombre culto, inteligente e ingenioso. La amable esposa le había dado de comer ganso. Las hijas eran dos, Leah Birnbaum, de veintidós años, y la pequeña Doris, de diecinueve.

Son unos encantos; lindas, inteligentes…, etcétera. Leah es un verdadero as en química, y ¡eso sí que penetra mucho más en las fuentes de la vida humana que nuestra maldita sociología, etcétera! ¡Estoy seguro de que te encantarían!

«¡Nada de eso! —se dijo Ann, después de haber releído la carta—. ¡Oh, conque ella es un as! ¡Leah! ¡Ella y sus malditos tubos de ensayo!». Cinco minutos más tarde, cuando estaba planchando unos puños, se detuvo espantada: «¡Ha pasado todo un día fuera! Podría haber venido a Nueva York. Iré al campamento para verle. ¡No, vida mía, no puedo ir hasta que tú me digas que quieres que vaya!».

Hacía diez semanas que Lafe se había ido, y durante diez días Ann no recibió ninguna carta suya. Trató de excusarle de mil modos; como era natural, estaría muy ocupado, tenía que hacer marchas, que aprender a

manejar las armas. Pero… en los últimos dieciocho días sólo había recibido dos cartas. No había excusa alguna que la hiciera olvidarse de eso.

¿Diez semanas? ¡Diez años!

Sólo haciendo una violenta llamada a su conciencia y a su voluntad podía mantener sus nuevas energías.

—¿Qué le pasa? No tiene muy buen aspecto —solían decirle sus compañeras.

Una tarde, cuando cruzaba a toda prisa el corredor del piso primero de la *settlement house*, entre una sesión del comité para la prevención de la crueldad de abandonar a los gatos, y del círculo de ayuda a la Cruz Roja, Tessie Katz la detuvo. Hacía tres semanas que no veía a Tessie. Su aspecto la alarmó. Los labios y los dedos de Tessie temblaban como los de una paralítica.

—Pero, ¡Tessie! ¿No trabaja hoy? ¡Qué suerte tiene! ¿Qué le pasa, querida? Tiene aspecto de preocupación.

—¡Oh, Dios mío, señorita Vickers, estoy preocupada de veras! Preocupada es poco. ¡Señorita Vickers, tengo que hablar con usted, tengo que hablar ahora mismo!

—¿No podría aguardar hasta la noche?

—¡No puedo aguardar! ¡Le aseguro que me volveré loca, como no le encuentre un remedio a esto! ¿No puedo verla a solas un minuto? ¡Ahora!

—Entre en mi despacho. ¿O prefiere que subamos a mi habitación?

—¡Oh, tengo un miedo terrible de que alguien entre a interrumpirnos! ¿No podríamos ir a alguna parte donde nadie nos molestara? ¡Por favor, señorita Vickers, por favor!

—Bueno…, vamos a la Sala D. A estas horas no hay nunca nadie.

En la sala «D» se veían montones de sillas plegables, de mesas de juego junto a la pared, un par de sillones de terciopelo verde esmeralda, muy rozados, regalo de un vendedor de Grand Street, una alacena con vasos y, en un rincón, cubierto con una cortina, un hornillo de gas. La habitación era tan poco acogedora como una estación ferroviaria de pueblo, pero estaba entibiada por el recuerdo de mil *Kafeeklatsches*, y de las cien mil

confidencias que las matronas judías e italianas habían cambiado respecto a sus nietos americanos.

Tessie no aguardó a que la venerada señorita Vickers se sentara; se dejó caer en un sillón, se llevó los dedos a los párpados y sollozó.

—¡Deje de llorar si no quiere que alguien entre! Vamos, ¿qué le pasa? No me tenga miedo, Tessie. No me asusta nada, especialmente en tiempo de guerra. Ya sé lo que son esas cosas —dijo vivamente Ann.

—¡Oh, Dios mío, señorita Vickers, creo que usted ya se figurará lo que…! ¡Y yo que creía haber sido tan cuidadosa! Voy a tener un chico. ¡Ese cochino de Morris! ¡Le sacaré los ojos! Hace un mes que no me escribe ni siquiera una palabra.

—¿Está segura?

—Sí, ha pasado ya de los dos meses. Y mi patrón me echará… es muy serio…, es muy buen patrón…, nunca requiebra a ninguna de las chicas que trabajan allí. Pero a quien tengo más miedo es a papá. ¡Oh, Dios mío, señorita Vickers, le juro que me mataré!

—¿Quiere casarse con Morris?

—¿Con ese cochino? ¡Oh, no me importaría! Pero creo que se ha echado una nueva novia, y si le hablo de esto me dirá… ¡oh, usted no sabe lo violento que se pone a veces…!, me dirá que me vaya a paseo. ¡Si al menos tuviera un novio como el suyo! Pero lo que me preocupa más es papá. Somos ortodoxos y para él Morris es algo horrible. Le aseguro que si me casara con él, papá nos perseguiría con una escopeta.

¡Y si yo tuviera el chico, sin haberme casado, me perseguiría con un par de escopetas!

Tessie trataba de mostrarse humorista, pero la voz le fallaba. Llegó hasta sonreír, pero Ann no le sonrió. En las diez semanas transcurridas, la quebradiza y anémica juventud de Tessie había desaparecido. Su cabello estaba desarreglado y asomaba en mechones grasientos bajo el ala de su sombrerillo barato y elegante de color de rosa, y en sus medias de seda artificial, baratas y elegantes, había largas carreras por las que asomaban pelos negros. Parecía una mujer de cuarenta años, enferma y abandonada.

Ann cruzó la habitación, se sentó en el brazo del sillón de Tessie y le acarició los hombros. Pero en la voz fríamente profesional con que la

trabajadora social se protegía contra el dominio de una compasión excesiva, había más ternura de la habitual.

—Debe de estarlo pasando muy mal, Tessie. Ya lo comprendo. ¿Qué puedo hacer yo? ¿Tiene algún dinero?

—Ni un céntimo. Y no me atrevo a pedirlo prestado.

—Yo tengo un poco. No lo necesito. Venga a verme esta noche…, no, mañana por la noche.

—¡Oh, Dios mío, qué buena es! ¡Me gustaría ser como usted, señorita Vickers! Hasta mañana por la noche. ¡Sea buena!

Y Tessie, tan histéricamente alegre como un poco antes histéricamente asustada, salió de la *settlement house* por la puerta del sótano, deteniéndose tan sólo un momento para reparar su maquillaje.

Ann Vickers subió lentamente hasta llegar al embaldosado corredor central. Sentía débiles las rodillas y unos intensos dolores en las espaldas. Cada uno de sus lentos pasos sonaba lúgubre y pesadamente sobre los escalones sin alfombra, con un sonido parecido al redoblar de un tambor en un *cortége* funerario. No fue al Círculo de la Cruz Roja. Siguió subiendo cada vez con mayor cansancio, deteniéndose a veces con una mano en la balaustrada y otra en la espalda, y así cruzó el segundo piso, llegó al tercero y siguió por el interminable pasillo hasta la puerta de su cuarto.

Abrió la puerta, entró en el cuarto y echó la llave. Luego se inclinó como si rezara contrita, con los brazos flojos y lacios, a los costados.

«¡Me gustaría ser como usted, señorita Vickers!», gimió en amarga caricatura de Tessie Katz; y luego agregó: «Tengo que hacer frente a la realidad. Diez semanas. No cabe la menor duda. Pero… yo… ¡Ann Vickers! Y ni siquiera puedo escribir a Lafe diciéndole que voy a tener un hijo, a no ser que él me demuestre antes que aún sigue queriéndome. ¡No sé qué voy a hacer!».

«Y mi “trabajo social”… ¡Oh, eso, como es natural, se terminó!».

OceanofPDF.com

XVII

AL IGUAL que es un delito ayudar a un asesino sentenciado a muerte a impedir que el Estado se cobre su ansiada ofrenda de sangre haciéndole llegar veneno para que pueda morir con decoro y en soledad sin el sádico desfile de sacerdotes, guardias y reporteros, también es un crimen prestar apoyo a una mujer condenada a ser la comidilla de todos, algo que puede ser peor que la muerte, ayudándola a evitar tener lo que se conoce desde los viejos tiempos como un «bebé ilegítimo» —como si se pudiera hablar de una «montaña ilegítima» o un «huracán ilegítimo» . Un médico que mantiene encamada a una mujer rica y nerviosa es un hombre bueno y reputado; un médico que salva a una joven de la desgracia es un entrometido que, habiendo robado a la sociedad el placer de la perversidad, es enviado a la cárcel con razón. Es pues difícil, para la gente respetable, encontrar un abortista y solo los manifiestamente pecadores son recompensados por su comprometido cultivo del vicio siendo capaces de encontrar maneras de librarse de sus castigos.

Si Ann hubiera sido una carterista o una jugadora profesional, no habría tenido ninguna dificultad en encontrar un abortista del que pudiera depender para atender a Tessie Katz. Siendo una laboriosa trabajadora social (con un salario que equivalía a la cuarta parte del de una buena vendedora de seguros y a la décima parte del de una actriz de comedias picantes), le resultaba tan difícil conseguir información sobre abortistas como sobre minas de diamantes sin reclamar. Se lo susurró a sus compañeros de trabajo más próximos, lo insinuó a la Dra. Malvina Wormser, y no fue hasta que recordó que Eleanor Crevecoeur vivía felizmente en pecado que encontró la dirección del salvador. (Eleanor tenía

seis direcciones de lo que se llamaba «especialistas», que garantizaban ser cuidadosos, baratos y discretos, todos anotados ordenadamente, con números de teléfono, en su pequeña agenda negra). El más recomendado era un joven médico italiano de East Broadway. Ann lo llamó y se encontró con alguien enérgico, risueño, cinematográficamente profesional, con su bigote estrafalario y su pequeña barba. —Quiero hablar con usted en privado, —vaciló Ann, sintiéndose ruda, en absoluto como la combativa trabajadora social que era. Entre las cortinas que ocultaban la consulta (donde nadie los escuchaba salvo la enfermera del doctor, su secretaria y un individuo salvador, que esperaba cómodamente detrás de las cortinas) Ann se aventuró: «Doctor, soy residente en una casa de acogida. Allí hay una pobre chica, una joven trabajadora, con un salario bajo, que... bueno, se metió en problemas. El hombre no quiere casarse con ella, y sus padres la echaron de casa. Sería un acto de misericordia el ayudarla. Por supuesto que no tiene dinero, pero yo... no tengo un salario alto, pero me encargaría de que se le pagara, y de inmediato, si lo hiciera por una cantidad razonable».

El médico soltó una carcajada. (Era una persona amable, que mantenía a tres parientes en América y a cinco en Italia. Tocaba el clarinete y era campeón de natación). Permaneció de pie, por encima de la silla de Ann, le acarició el hombro e insinuó: «¡Ya, ya, pequeña! No tienes que ser tímida con el médico. Esto es cosa nuestra. Son tiempos de guerra, ya sé cómo va. Tal vez me dirija yo mismo al Piave, y ¡solo Dios sabe cuántas chicas enojadas dejaré atrás! Claro, en tiempos de guerra, es perfectamente normal, querida, y tú pareces un encanto. ¿Cuándo tuviste la última menstruación?».

—¿Cuándo? ¡le digo que no soy yo misma! ¿Cómo ha podido...? ¡Es ridículo! Le digo que es una chica judía que está a mi cargo.

—¿Y vas a pagar por ella, con tu sueldo? Hmmmm. Bueno, lo tendrás que hacer —hasta los doctores tienen que vivir, ya sabes— tendrá que pedirte que pagues por adelantado.

—Muy bien. ¿Cuánto?

—Pues… pues… Bueno, cincuenta dólares es lo mínimo que puedo pedir, y eso es pura generosidad.

—Muy bien. ¿Cuándo la traigo? (Vendré con el dinero.) ¿Y cuánto me costaría mantenerla aquí o en algún lugar seguro durante tres o cuatro días después, para que no corra tanto peligro?

—Diez dólares al día. Tengo una buena habitación en la parte superior y eso incluye una enfermera, durante unas horas al día, y yo la vigilaré de cerca, como si fuera mi propia hermana. Por supuesto que haré un buen trabajo, estarás satisfecha. Seguro que me enviarás a todas las chicas de la zona. Eres una joven muy educada, me di cuenta en cuanto entraste. Estaba bromeando al pensar que eras tú y no la judía.[13]

ANN SE dirigió al subterráneo con paso vacilante. Era curioso lo débil y mareada que se sentía a veces, por aquellos días.

¿Debía suicidarse?

Pero aquello no era para ella más que una palabra. «Suicidio». Era una palabra tan fantástica y sin sentido como «abracadabra»; no era un hecho que uno pudiera imaginarse en la activa Ann Vickers. ¡Preocuparse de tapar todas las rendijas con pelo titas de papel y, después, abrir la llave del gas! ¡Ponerse su mejor camisón y luego dispararse un tiro en la sien! Todo eso eran tonterías.

«Una de dos: o tengo demasiada imaginación, o no tengo ninguna; ¡no lo sé!».

¡Cambiaría de nombre, se llevaría consigo al hijo y se dedicaría al trabajo honrado de lavar platos!

«Sí, todo eso parece muy sencillo —se burló de sí misma—. Pero ¿crees que te gustaría lavar platos toda tu vida? ¡Y a lo mejor, ni siquiera lo harías bien!».

¡Oh, Dios mío! ¿Qué salida existía para una mujer que había cometido la estupidez de olvidarse de su dignidad y egotismos, y había entregado toda su persona a otro ser humano; que había sido lo suficientemente inocente para creer que el amor era un medio mejor de vivir la vida que la dura insensibilidad o la mojigatería; que había tomado en serio el mito de «Tristán e Isolda», «Romeo y Julieta» y el Cantar de los Cantares, tal como se leía en los púlpitos protestantes? ¿Qué salida había para una mujer que, aparentemente, había sido creada por Dios Todopoderoso de acuerdo con

sus principios biológicos, y no según el gusto de una secretaria de la YWCA?

Ann tuvo que admitir que la operación de Tessie, a diferencia de otras, había sido segura y bien realizada. Aunque un poco callada, en una semana ya estaba de vuelta al trabajo con el colorete destacando más que antes en sus pálidas mejillas; pero al menos rescatada de su condena a muerte social. Se hicieron amigas, Ann y la peletera. Tessie había aprendido muchas cosas infames y fascinantes del médico italiano y de su alegre enfermera. Descubrió por ella (sin mirarla directamente mientras escuchaba sino inclinada sobre el juego de café de mayólica) que el aborto era peligroso en extremo después del quinto mes.

Y había estado en riesgo durante tres meses.[14]

Durante quince días no había recibido ninguna carta de Lafe Resnick, y cuando, al fin llegó una, sólo hablaba en ella de una anécdota obscenamente alegre, referente a un coronel borracho, y de su intimidad cada vez mayor con los Bimbaum… de lo buen abogado que era el padre, de lo lindas que eran Leah y Doris.

De lo que no hablaba era de cuándo iban a mandarlo a Francia ni de cuándo podría ir a Nueva York.

«¡Tengo que verle! ¡Tengo que ir al campamento! A lo mejor, se estará preguntando por qué no voy… hasta pensará que no quiero ir», se decía por centésima vez, y por centésima vez, también, se contestaba: «¡Oh, no es un hombre tan tímido! No es tan callado. ¡Ya me lo habría dicho!».

Pero, a pesar de todas sus inquietudes, Ann reconocía que nunca había sentido un bienestar tan profundo y completo. Podía trabajar catorce horas diarias. El desprecio que le inspiraba su buena reputación entre las trabajadoras sociales, le infundió nuevos bríos. Conoció a un negociante que había pasado por todas las etapas del ser pobre y judío, medianamente rico y antisemita, y por fin había llegado a la etapa suprema de ser millonario y protectoramente pro-judío, y le convenció de que debía instalar un campamento para los Boy-Scouts judíos, en su finca de Long Island. Desde aquel día, aunque sólo la conocían de nombre, Ann sería maldecida

por los dueños de las propiedades vecinas, tanto judíos como gentiles, quienes al levantarse de la cama se encontraban a los descendientes de Gedeón bebiendo con las manos en la fuente del jardín, o cantando a voz en cuello diversas canciones.

Enseñó a las chicas del *settlement* a limpiar las clases como era debido. Separó implacablemente de su puesto a la pura y madura dama que enseñaba hasta entonces higiene sexual, y la reemplazó por una muchacha joven y alegre, pero que sabía lo que enseñaba a todas las compañeras de Ann, especialmente la jefa, se quejaron en voz alta de tal dureza, pero secretamente se aliviaron grandemente al perder a la dama madura.

Más tarde, se llegó a murmurar que la residente-jefe se retiraba y que iban a darle su puesto a Ann.

Ella escuchó los rumores sin concederles importancia. Antes de que aquello ocurriera, ella sería una vergüenza para la sociedad. Huía de la inquisitiva amistad de sus compañeras de trabajo y, siempre que podía, prefería comer sola.

Una tarde, unas quince semanas después del día en que fue a despedir a Lafe a la estación, Ann fue a comer al sótano del Brevoort. El sótano, con su aspecto francés y sus paredes cubiertas de espejos, estaba lleno de literatos, pero Ann no conocía a ningún autor ni editor. Se sintió segura al sentarse en una mesita junto a la pared en la sala central. Con un placer vulgar y agradable pidió lomo mechado, caracoles, Haut Sauteme. Levantó la cabeza y golpeó con el borde de la minuta sobre la mesa, mientras pensaba cómo conseguir gratis un profesor y libros para la clase de ruso elemental, y de pronto su nebulosa visión se aclaró. Sintió frío. En medio de aquel mar de caras desconocidas acababa de reconocer la del capitán Resnick.

Pero ya no llevaba en los hombros las barras de capitán, sino las doradas hojas de mayor. Y estaba comiendo, *tete-á-tete*, y tan absorto que ni siquiera había visto entrar a Ann, con una muchacha joven, de cutis fresco, vestida de seda blanca y con los cabellos negros y brillantes.

Aquello era tan desastroso que, durante un momento, Ann no experimentó sensación alguna.

Sacó sus caracoles, como una niñita solemne que juega con sus Conchitas en el jardín. Pero no se comió ni la mitad. Cortó solemnemente su lomo, pero ni siquiera lo probó.

Entonces, Lafe alzó los ojos. Más tarde, Ann no recordó si en aquel momento le había saludado o sonreído. Lafe vaciló. Luego habló íntima y ansiosamente con la muchacha sentada frente a él, se levantó, y se acercó lentamente a Ann, sonriendo forzadamente. Se inclinó ante ella, le besó la mano en una imitación perfecta del gesto de un español, y exclamó:

—¡Vida mía! ¡Qué maravilloso! Hace media hora que acabo de llegar a la ciudad. Ahora mismo iba a llamarte. Tuve que acompañar a la hija de un amigo mío…, es aquella que está allí… Leah Birnbaum… Una chica de Scranton, muy agradable, pero desde luego, nada más que una niña… Le prometí a su padre acompañarla. Claro que luego voy a dejarla en el hotel y estaré libre para después de las ocho…, todo lo más a las nueve. *Tienes* que tomar café con nosotros, después que hayas comido. A ella le encantará conocerte… claro está que no es más que una niña, una *Backfisch*, pero muy inteligente para ser tan joven, y como es natural, yo le he hablado mucho de ti, le he dicho lo buena que has sido conmigo y… ah… ¡oh!, le encantará el conocerte y… ¡Mira! ¿Estarás libre a las nueve…, digamos a las nueve y media para mayor seguridad? Tengo que visitar a unas gentes. ¿No podrías venir al Edmond a esa hora?

Ella le dejó que siguiera luchando con las palabras, sin tener la generosidad de interrumpirle. Luego le contestó gravemente:

—No. Es imposible. Pero, en realidad, necesito verte. Ve al *settlement*… aunque sea a las diez. Así tendrás tiempo de despedirte de tu Leah. ¡Oh, perdóname! Pero ¿irás a verme a las diez?

—Si…, iré.

Ann no tomó el café con ellos y salió del restaurante sin I decir una palabra.

Al llegar al *settlement* estaba segura de que él acudiría I tarde a la cita; pero diez minutos antes de la hora, le anunciaron su visita.

«¡Claro! Qué mala psicóloga soy. Tenía que venir temprano. Así tiene la ventaja sobre mí», reflexionó mientras salía de su oficina y se dirigía al corredor principal, donde él la estaba esperando.

Cosa extraña; aquella cara que en medio de una multitud le resultaba antes querida y distinta de las demás, le parecía ahora, vista entre las de los estudiantes que llenaban el corredor, vulgar e indiferente.

—Vamos abajo. Allí podremos hablar sin que nadie nos moleste —dijo. Y le condujo a la Sala D, donde Tessie se había confesado con ella… y donde ella se había confesado consigo misma.

Se sentó rígidamente en un sillón —más tarde, al recordar la escena, Ann se odiaría por su afectación y rigidez—. ¿Por qué no podía haberse mostrado espléndida y violenta?

Él cerró la puerta y permaneció apoyado en la pared, como buscando apoyo. Estaba casi llorando:

—¡Ann! ¡Ann! ¿Qué te pasa? ¿Qué he hecho yo? ¡Pensaba sorprenderte!

—¡Y me sorprendiste…! ¡Perdóname! ¡Por favor, sé sincero! No puedo soportarlo. ¿Estás comprometido con esa tal Bimbaum?

—¿Comprometido? ¡Santo Dios, no!

—¿Entonces vamos a casarnos alegremente los dos?

—¡Me parece, vida mía, que tú no hablas como si tuvieras muchos deseos de hacerlo!

—¿Los tienes tú?

—Pues… sí.

—¿Cuándo? Me figuro que de un momento a otro partirás para Francia.

—¡Veo que te estás figurando muchas cosas que no son! ¡Oh, perdóname!, lo único que quería decir… No hay tanta prisa como tú crees; tenemos tiempo de sobra para asegurarnos de que realmente queremos casarnos. He sido trasladado a la administración del ejército…, me han ascendido a mayor; ¡pero quizá lo habrás notado ya!… y a lo mejor no tengo que ir a Francia. De todos modos, me quedaré unos cuantos meses más en Lefferts.

—¡Oh! Entonces, como es natural, no hay motivo ninguno para apresurarnos —trató de no mostrarse amargada, pero era imposible—: Te felicito. Aunque tú no te has molestado en hacérmelo saber: ni siquiera me has escrito.

—He estado muy…

—Pero yo quiero que dejemos esto aclarado. No es que sea inquisitiva…; bueno, al menos no habitualmente. Es que quiero saber cuál es nuestra situación. ¿Verdad que te gusta mucho Leah? Os he visto cómo os mirabais los dos.

—La aprecio como si fuera su tío…

—¡Hum!

—Pero ¿qué importancia tiene? Ya sabes lo que les pasa a los hombres cuando están solos.

—Tiene importancia. Yo…, es decir tú y yo… vamos a tener un hijo.

—¡Oh, Dios mío!

—Va a nacer dentro de seis meses. Bueno ¿qué dices?

—¡Ho me casaré contigo! ¡Diablos, claro que me casaré! ¡Cumpliré mi palabra!

—Eso era todo lo que quería saber. No nos casaremos nunca. ¡Sé más bueno con Leah! ¡Buenas noches!

Salió corriendo por la puertecilla de escape de la sala, huyó antes de que él pudiera detenerla y subió a su habitación dispuesta a llorar, pero no lloró. De pronto se echó a reír, se sentó en el borde de la cama y se puso a fumar un cigarrillo, sintiéndose libre y resuelta. ¿Llorar? ¡Pero si el caso era cómico! Era demasiado clásico: la inocente muchacha campesina, seducida por el tenorio ciudadano, que luego se comprometía con una rica heredera y se mostraba reacio a casarse con su víctima.

¡Qué llorara la frágil y rubia seducida! ¡Que saliera a escena el airado padre, con patillas y una escopeta! Y que sobre la guía telefónica, convertida en Biblia por el escenógrafo, jurara «¡eterna venganza, en nombre de Dios!». Luego volvería el valiente enamorado campesino, ascendido a cabo por su heroísmo en los combates; volvería en el momento oportuno, cargado de oro, se casaría con ella, feliz y apresurado, salvándola de la deshonra, y mientras tanto el falso Lafayette Resnick hallaba la muerte bajo las vengadoras ruedas del «Yorktown Flyer».

«¡Eso era lo que yo sentía! ¡Y en realidad, él tenía tanta culpa como yo, y lo más gracioso de todo es que no tengo ganas de casarme con él! ¡No!». Se acercó lentamente a su tocador, sacó de él las viejas zapatillas, ocultas bajo la ropa interior adornada con cintas… que había comprado por él.

Trató de reírse de ella misma y de las zapatillas, pero fracasó. Las escondió en el armario y tardó un momento en recobrar su serenidad.

«En realidad, no me siento deshonrada. No voy a dejar mi trabajo social. Si pensé así fue siguiendo la tradición de todas las novelas y los sermones. Voy a tener un niño, una cosa completamente normal, una cosa que tiene tanto que ver con mi trabajo, como el padecer unas tifoideas, pero que es mucho más interesante. ¡Lafe! Me diste tu amor. ¡He conocido el amor! Te estoy agradecida. Y esta noche me liberaste de ti. Quizás ahora empiece a ser un ser humano y no una jovencita seria y trabajadora, que ha enseñado en la escuela dominical y leído a Veblen. Y voy a tener una niña. ¡La próxima generación va a ser tan interesante para las mujeres! Pero… ¡Oh, Dios mío, estoy tan asustada!».

OceanofPDF.com

XVIII

SÓLO después de medianoche, cuando la fiesta había terminado ya, pudo Ann hablar al fin a solas con la doctora Malvina Wormser. La doctora se sentó junto al fuego, con las piernas muy separadas, el codo apoyado en la rodilla y la larga boquilla de su cigarrillo en una de las gordezuelas manos. En el cuello de su venerable vestido de seda color de café llevaba un broche de perlas cultivadas.

—¿Qué has estado haciendo, Ann? Hace un mes tenías mal aspecto. Esta noche estás como una rosa. ¿Qué te ha ocurrido? Lo único que puede hacer un médico es adivinar lo que el enfermo cree que tiene, y convencerlo de que es así.

—En realidad, me siento mejor. He dejado de preocuparme acerca del hijo que voy a tener.

—Del… ¡Santa María! ¿Hablas en serio?

—Sí.

—Aquí tienes mi hombro. Llora en él todo lo que quieras. Pero, de veras, Ann, mi pobre niña…

—No. Se acabaron todas esas cosas. ¿Qué me aconseja?

—¡Dios mío! —la doctora Wormser se puso a pasearse vivamente de un extremo a otro de la habitación, golpeando con sus altos tacones, con las manos unidas a la espalda y revolviendo entre sus labios la boquilla. De nada sirve el ser melodramática. Pero, hija mía, no te imagines que éste no es un asunto serio. ¿No querías sacarme la dirección de un médico hace unas semanas?

—Sí. Pero no para mí. No creo que pudiera soportarlo, tratándose de mí misma. Las «trabajadoras sociales» somos gentes muy democráticas, hasta

que se trata de casar a una de nuestras hermanas o nuestras hijas, o de una operación. ¡Entonces, se acabó! ¡Lo que sirve para Tessie no sirve para mí! ¡Es inútil engañarse a una misma! ¿Cree que puede ayudarme? Por favor, dese bien cuenta de que no insisto. No quiero que corra ningún riesgo por mí.

—Sí. Es un riesgo. Podría pasarme diez años en Aubum…, aparte de que quedaría para siempre desacreditada, y lo que es aún peor, desacreditaría a las demás mujeres médicos. ¡Qué absurdo! Las mujeres son las doctoras naturales por excelencia. Son ellas las que le vendan el dedo al recién nacido y planean su dieta; son ellas las que tienen paciencia y aguante. Ellas las que toman en serio el dolor, como algo que hay que suprimir; la mayoría de los médicos masculinos, ¡excepto los judíos muy inteligentes!, dicen que «el dolor es algo perfectamente normal y que no hay que preocuparse por él», es decir, cuando lo que duele es el vientre de otra persona… ¡El peor enfermo del mundo es un médico varón! Y, sin embargo, las mujeres son escasamente toleradas en una profesión que es naturalmente suya; sólo se las excluye aún más del gobierno y del sacerdocio. Pero yo le debo algo a mi profesión y a sus principios.

Ann no la escuchó. Le sonaban los oídos, se sentía mareada, perdida. Así que iban a sacrificarla de nuevo a los «principios». Se levantó vivamente en el mismo momento en que la doctora Wormser gruñía:

—Pero también te debo algo a ti, Ann. Y creo que eres demasiado útil para dejar que esa jauría de perros rabiosos que llamamos «sociedad» te persiga como a una patita asustada.

—Ahora, escucha, mi niña.

La doctora Wormser giró su silla, se acomodó en ella y, agitando el dedo, habló con una severidad poco natural:

—Como funcionario extraoficial del Estado, Ann, debo dejar claro que el aborto es un crimen. Como médico, te aconsejo que no abortes, va contra la naturaleza y es peligroso. Es posible que nunca puedas tener un segundo hijo. Y toda mujer debe tener un hijo, aunque solo sea para desarrollar sus capacidades. Pero, hablando como mujer, te aconsejo encarecidamente que si abortas después mantengas la boca cerrada. Mientras los hombres —y lo que es peor, las mujeres que se dejan influenciar por la psicología de los

hombres— hayan hecho de nuestra única función especial, la maternidad, algo indecente y excepcional, tenemos que luchar y ser realistas al respecto, y mentir y ocultar tanto como ellos.

—¡En serio! Te doy mi palabra de que solo he realizado cinco abortos. En todos los casos he pensado que la paciente estaba por encima de aquello que me satisface llamar mi honor como médico y ciudadano. No se lo confiaré a nadie más. Tendrás un permiso de diez días, a partir del viernes. Te presentarás aquí a las 4 de la tarde y nos iremos a mi pequeña casa de campo de Long Island, donde haremos la operación, y te quedarás allí diez días. Ni siquiera llevaré a un cocinero, solo a mi enfermera favorita, Gertrude Waggett. Es buena. Cariñosa como un perro lobo irlandés, silenciosa como la nieve en los bosques de invierno. ¡Me has hecho ponerme poética! Se quedará contigo cuando regrese a la ciudad. Buenas noches, mi niña. A las cuatro, no te olvides, el viernes de esta semana. ¡Buenas noches! Desde la estación, en la costa sur de Long Island, se dirigieron al bungaló de la doctora Wormser. Era septiembre. Los árboles habían perdido su color característico hasta volverse de un marrón coriáceo y un dorado desteñido. Ann miraba a través de las inertes marismas hacia un mar color gris; el aire era fresco y salado, mezclado con el olor a pescado de la marisma; pero hacía frío, y ella temblaba. La doctora Wormser guardaba silencio; la señorita Waggett, alta, enjuta y con gafas doradas, se mantenía en silencio, un silencio agradecido y carente de pesimismo o incomodidad. Ann volvió a temblar.

Por un camino de macadán desgastado y lleno de baches que atravesaba los pantanos llegaron a una larga franja de arena sembrada de casitas de verano. Sin duda en julio habían estado bastante alegres, con niños gritando y fonógrafos parloteando y jóvenes morenos en trajes de baño rojo pasión. Ahora, las casitas estaban abandonadas a la desolación. Las ventanas estaban tapiadas, los porches vacíos de sillas al sol y los revestimientos de teja gris llenos de arena de mar.

¡Un paisaje yermo! ¿Y qué iban a hacer con ella esas dos mujeres de semblante serio? Estaba secuestrada. Sin alguien a quien recurrir en este páramo bordeado de pantanos que rezuman sal y rompeolas que gritan: ¡Salta ahora y huye!

—Es bastante tranquilo, si no contara con las olas, —comentó.

—Sí. —La doctora Wormser salió de su trance y sonrió, como una tía amable y de mundo—. Lo sé. Debe parecerte opresivo pero intenta que te guste. Si puedes relajarte durante diez días, no solo habrá pasado la operación, sino que volverás renovada. ¡Los antiguos alquimistas sí que sabían! Los elementos: tierra, aire, fuego y agua. Nos olvidamos de ellos en la ciudad; solo se convierten en los nervios, y las arterias en marcas de tiza. No trates de pensar esta semana. No eres la radiante señorita Vickers. Eres una hermana descarriada. ¡Magnífico! Puedes convertirte en una verdadera líder entre las mujeres, no en una dama reformista. Y te he traído lo que realmente necesitas para distraer la mente: ¡dieciséis historias de detectives!

—Iba a leer lo que Freud ha…

—¡No lo harás! Vas a leer cosas intrascendentes, como de asesinatos y de Scotland Yard. ¡Hemos llegado! Tendremos la casa caliente y estaremos en marcha a las nueve de la noche.

—¡Oh, no, no! ¿No podemos esperar hasta mañana?

—¿Y dejar que te asustes más de lo que ya lo estás en estos momentos? ¡Ah! Es curioso lo de las chicas husky del baloncesto. Con más nervios que las advenedizas porque no os los quitáis perdiendo el control y y con vestidos nuevos… ¡Ann! ¡Cariño! ¡No será nada serio!

La casa de campo de la doctora Wormser daba a un océano ondulado, con dunas cubiertas de hierba y una interminable playa. Era tan sobria como aquellos lugares en los que se pasa el verano y luego se dejan atrás, exceptuando una colección de libros, un edredon, una chimenea realmente amplia y, junto a la cocina, un quirófano y un dispensario con revestimiento esmaltado en blanco hasta la mitad de la pared.

—El único equipo quirúrgico decente, o aséptico, en quince millas, —se jactó—. Aquí realizo una buena cantidad de consultas durante el verano a gente procedente de la ciudad. En el pueblo, tan solo hay un médico, uno viejo y hombre, por supuesto. ¡Cómo se ríe de los «médicos de gallinas»1! Soy su chiste favorito durante la cena. Y su mesa de operaciones es una mesa ajustable que parece una silla de barbero desgastada, ¡y quizás no tan limpia! Mira, aquí tengo mi equipo de fulguración; mi armario con reactivos y tinturas y demás…

Mientras la doctora Wormser parloteaba, Ann era consciente de que trataba de tranquilizarla; decirle, de una manera manifiestamente obvia, que sería tratada con profesionalidad. Ann ya no la escuchaba. No quedaba nada en su cerebro ni en su corazón, salvo un dolor frío y vacío.

Había dos dormitorios, y dos acogedores sofás en el salón.

—La habitación de la derecha, que da al océano, será la tuya. La señorita Waggett y yo dormiremos en la otra.

Ann estaba demasiado adormecida para protestar.

—Ahora, mientras la señorita Waggett y yo calentamos un poco de agua y atemperamos la sala de operaciones —había allí una estufa eléctrica; un pequeño Vesubio bajo control— y nos preparamos una taza de té, tú entra y ponte un camisón. La señorita Waggett te ha dejado uno liso y bonito sobre tu cama... ¡Ann! ¡Pareces asustada! ¿Prefieres esperar hasta mañana?

Solo un terror primitivo habló a través de ella en forma de graznido:

—¡No! ¡No! Por el amor de Dios, terminemos con esto.

—¡Muy bien! ¡Vamos, cariño!

Se desnudó lentamente, dejó caer el áspero camisón sobre su cabeza y se sentó en la fría cama, encendiendo nerviosamente un cigarrillo. Se preguntó si, en esa celda de la muerte en la que se había visto repentinamente atrapada, la dejarían fumar.

La señorita Waggett estaba en la puerta, con una bata y un gorro blancos y con una malla sobre la boca.

—Muy bien, señorita Vickers; todo listo.

El lento camino hacia la horca.

Conducida de manera inexorable hacia el quirófano, se encontró de nuevo con la doctora Wormser, también vestida de blanco y con un par de gafas nuevas, enormes, horrorosas que ocultaban sus ojos con eficacia. Estaba irreconociblemente activa:

—¡Vamos allá! Y ahora, Ann Vickers, ¡deja de compadecerte y de ponerte nerviosa! ¿Es usted oficial del ejército social? ¡Diablos! Cada una de las madres de Wop con las que eres condescendiente sabe más del mundo en el que vives. Y yo... ¿te das cuenta de que a veces hago diez intervenciones en una mañana, y la mayoría son, con seguridad, cien veces peores que la tuya? ¡Anímate, cariño! ¡Pronto habrá terminado![15]

Ann no pudo recordar nunca en qué momento habían dejado de darle éter. En su somnolencia artificial comprendía que debía recordarlo, que era importante recordarlo. Y recordó un momento en que toda su humanidad, toda su individualidad, todo el respeto de sí misma, se fundieron en una llamarada de dolor, que no estaba muy segura de si aquello le había ocurrido a ella o a otra persona. Reflexionó horas enteras sobre aquel problema. O quizá lo que le parecieron horas no fueran más que segundos. Su cerebro se aclaró súbitamente de las nieblas que lo oscurecían, abrió los ojos y vio a la doctora Wormser, sentada plácidamente junto a su cama mientras la señorita Waggett, más plácidamente aún, entraba con una bandeja en la que había un vaso de agua.

—¡Ya está! ¡Se terminó! ¡Todo ha salido bien! —dijo con voz acariciadora la doctora Wormser.

¡Se terminó! La vida se le ofrecía de nuevo clara.

Después que la doctora Wormser se hubo ido, mientras la señorita Waggett se dedicaba silenciosamente a la tarea de preparar ponches de huevo y tostadas con crema, Ann se pasó una semana sentada todo el día en un sillón del porche, abrigada con un femenino y doméstico abriguito de lana rosa. A los dos días se había recuperado y podría haber vuelto a su casa. De lo que tardó más en reponerse fue de la herida de su futilidad. No veía las rompientes; si las hubiera visto le habrían parecido un poco monótonas y tan faltas de originalidad y tan ruidosas como una reunión de políticos. Pero aunque no miraba el océano, lo sentía. Tenía el tiempo suficiente para olvidarse de sus mil pequeñas tareas y confundirse con la grandeza de la tierra.

Durante varios días, reflexionó perpleja acerca de su poco romántico idilio. No se sentía «deshonrada», ni lograba indignarse mucho contra su «seductor», contra los hombres en general, o contra la sociedad. Sentía mucho el que su «deshonra» no tuviera nada de melodramática; que no hubiera un padre enfurecido pidiendo a Dios que la castigara y echándola a

la calle, en medio de la tempestad, con su hijo mal cubierto por el viejo chal; que sus severos jefes no hicieran un ejemplo de ella; que no enfermara o se muriera de hambre mientras en el desván, por cuyas ventanas rotas penetraban los helados soplos del invierno, trabajaba día y noche, sacrificándose activamente por el hijo.

Todo aquello le parecía más emocionante que seguir en la *settlement house* y planear en su despacho un curso de Aritmética comercial.

Mientras descansaba se preguntaba si otras situaciones, tradicionalmente dramáticas, no perderían su horrible esplendor vistas a la fría luz de la realidad… Los héroes guerreros, por ejemplo, ¿odiaban a sus malvados enemigos tanto como a la carne salada y a los oficiales malhumorados? Y cuando agonizaban entre el fuego, ¿se regocijaban de veras por haber dado la vida por sus diversos reyes y países? ¿Sería cierta alguna tradición? ¿Los jueces consideraban siempre su deber como una cosa sagrada o, imitando a las maestras que abofetean a un alumno molesto, cedían a veces a los impulsos de su malicia personal? ¿Sería verdad que los norteamericanos eran siempre generosos y buenos vecinos, los ingleses siempre honorables, los alemanes siempre eficientes y los franceses siempre lógicos?

Aquellas preguntas no perturbaban a Ann. De 1890 a 1926, todos los jóvenes y muchachas inteligentes tenían la costumbre de practicar una crítica social «severa, pero sana», es decir, que nunca se llevaba a la práctica. Durante toda esa generación, las ingeniosas violencias verbales que se habían aceptado como correctas en los días de la juventud de Bernard Shaw, estaban muy en auge entre la clase media. Y así como la época victoriana aseguraba serenamente que todos los príncipes tenían buenos modales, y que las alfombras de Bruselas de color rojo eran lo más hermoso para cubrir el suelo, del mismo modo, dos generaciones después, los «intelectuales» estaban tan conmovedoramente desprovistos de ideas complejas que creían que todos los banqueros se pasaban las noches conspirando para empobrecer aún más al pobre; que todos los diputados y senadores recibían enormes sobornos e, invariablemente, morían en palacios de la Riviera; que todos los ministros tenían amantes a las que habían puesto lujosos pisos; y que los agitadores sociales se habían

dedicado por completo a la causa de la humanidad, y gozaban no comiendo más que salvado y bebiendo solamente agua fría.

«¡Bueno, hablando en términos generales, todas esas cosas *son* ciertas! —protestaba Ann—. ¡Oh, ya sé que no son tan sencillas como parecen! ¿Acaso los intelectuales de la próxima generación querrán que los propagandistas radicales dejen de ser tan sencillos y tan claros como un evangelista de Missouri? ¡Qué agradables eran los tiempos en que pensábamos que, en cuanto votáramos a los socialistas, desaparecería la peste bubónica, los esposos dejarían de cortejar a sus mecanógrafas, el trigo crecería con mayor rapidez y los niños obtendrían a los seis años su doctorado en ciencias bioquímicas!».

Comenzó a dudar de las verdades del radicalismo, como antes dudara de las verdades de la respetabilidad. ¿Qué había logrado ella en el Corlears Hook? ¿Les había dado a los niños de la vecindad algo que no pudieran encontrar en las escuelas públicas? El voto femenino, como ella había profetizado muchas veces en los mítines callejeros, ¿acabaría acaso con el crimen, aseguraría la alimentación y la educación a todas las madres e induciría a cientos de magníficas mujeres a tomar parte en la vida pública de modo que, para 1930, habría en el país veintenas de senadores y de ministros femeninos, parecidos en todo a Juana de Arco?

Los trabajadores sociales a quienes ella había visto en la Corlears House, gentes de ideas liberales y con la cabeza llena de estadísticas, ¿serían realmente capaces de instituir un sistema de gobierno mucho mejor que el que habían impuesto los políticos cínicos y codiciosos de Tammany Hall y de los centros republicanos?

De lo único que estaba segura era de que ya no podría estar tan segura de nada, como en las buenas épocas pasadas; que en la gramática de la ciencia social los triunfantes *Por lo tanto* habían sido reemplazados por *Peros*.

Luego se olvidó de todo aquello y se entregó a la narcotizante novela policíaca que le había recomendado la doctora Wormser.

En los primeros momentos, Ann sólo había pensado en su propio dilema. Ni ella ni la realista Tessie Katz habían tenido la suficiente imaginación para pensar en los derechos de los niños que iban a nacer. Ahora, contra toda razón, su hijo se convirtió en algo real, y Ann lo echaba de menos como si realmente lo hubiese criado y hubiera sentido su calor. Comenzó a desearlo con más fervor que cualquier carrera, o que el triunfo de cualquier principio hermoso.

Seguramente habría sido una niña. «¿Cómo lo podía saber? ¡Oh, lo *sabía* y con eso bastaba! ¡Una madre siempre sabe esas cosas! ¡Por instinto! ¡Es algo que está más allá de la ciencia! ¡Qué maravilloso! Porque la próxima generación pertenecería a las mujeres».

«Veamos —reflexionaba—: si la niña hubiera nacido en 1918, en 1958 tendría solamente cuarenta años. Por esa época, a lo mejor, el mundo entero no era más que una nación; quizá se habría convertido en una sola comunidad o se habría desmembrado de nuevo en mil monarquías guerreras. Los helicópteros serían tan vulgares como lo son ahora los automóviles, o habrían desaparecido por completo entre las ruinas de una civilización muerta. Fuera lo que fuese, su hija vería todo aquello. ¡No! —suspiraba—, pero podría haberlo visto; vería en aquellos cuarenta años cambios más asombrosos que los que el mundo había presenciado en dos siglos».

La niña iba tomando forma. Tendría el cabello negro del abuelo Vickers —Ann se negaba a pensar que el cabello podía deberse a Lafe—. Ella se encargaría de que la niña tuviera un cuerpo sano. Le enseñaría ante todo a tener personalidad, integridad. Y, en un mundo donde las castas profesionales podían desaparecer junto con la riqueza individual y la nobleza, le enseñaría a hacer uso de las manos; a no sentirse humillada al compararse con la honrada habilidad de las lavanderas, las cocineras, los carpinteros y los maquinistas. ¡Lo que gozaría educando a su hijita!… Y entonces recordaba, aterrada, que no la podría educar nunca.

Sus pechos añoraban al bebé; su imaginación anhelaba la extensión de su ego a través del bebé hacia una indirecta inmortalidad.

Se habría llamado… Últimamente los nombres de las niñas carecían de significado: Ann, Dorothy, Lois, Gertrude, Betty. Ciento cincuenta años

antes los nombres significaban algo; eran símbolos, como Caridad, Esperanza, Fe y Paciencia. Pero la muda paciencia, la cansada esperanza y la ciega fe no eran ya los únicos méritos de una mujer. No, su hija se llamaría «Pride», y sus virtudes serían el orgullo de vivir, el orgullo de trabajar, el orgullo de ser una mujer. Pride Vickers, ¡la única persona a quien Ann iba a ver y comprender siempre!

Ann no era definitivamente mística. Hasta creía que era una mujer dura y realista. Sin embargo, de aquel día en adelante, sin que se diera bien cuenta de ello, la personalidad de Pride Vickers iba a ser para ella tan real como la de cualquiera de los niños italianos que jugaban frente al *settlement*. Sin saberlo, estaba convencida de que Pride no había muerto, de que no había hecho más que posponer su llegada; de que cuando tuviera otro hijo, ese hijo sería Pride, y nada más que Pride.

No oía muy a menudo la voz de Pride, pero no la olvidó del todo al volver a un mundo donde ella era la eficiente señorita Vickers, de quien nadie habría sospechado que estuviera vulgarmente «deshonrada», que fuera mística, o que, ni por un segundo, dudara de que el enseñar a los hijos de los inmigrantes el baloncesto, las obras de Shakespeare, la gimnasia sueca y el saludo a la bandera, iba a convertirlos inmediatamente en ciudadanos ejemplares.

Siete semanas después de su regreso, los judíos rusos del barrio se volvieron locos de alegría al tener noticias de la revolución bolchevique, y Ann se preguntó si Pride no estaba destinada a considerar aquel 7 de noviembre de 1917 tal vez como la fecha más grande de la historia: como el comienzo de un mundo bueno y nuevo, o como el fin de un mundo bueno y viejo.

OceanofPDF.com

XIX

CUANDO ANN entró en el departamento que Eleanor Crevecoeur ocupaba en el último piso de la casa, Eleanor y su esposo temporal estaban peleándose. Eleanor movía furiosa los brazos y George Ewbank la escuchaba sentado en una silla.

—¡Oye esto, Ann! ¡En mi vida vi tal tontería! George piensa alistarse en el ejército. Si nos casáramos y yo dejara mi empleo, convirtiéndome en una esposa dependiente de él, probablemente no le aceptarían. Pero él no quiere hacerlo. ¡Oh, el muy estúpido dice que quiere casarse conmigo! —¡más vale que no lo haga!—, y que no le importa mantenerme. ¡Pero que no pedirá la exención!

—Creo que un hombre debe cumplir con su deber. Una vez que hemos puesto manos a la obra, debemos continuar hasta llevar el barco a puerto seguro. Al menos, eso es lo que yo pienso acerca del asunto —dijo el manso guerrero.

—Pero ¿quieres casarte conmigo?

—Diablos, bien sabes que sí. ¿No saqué una vez una licencia, el año pasado?

—¡Muy bien, pues yo, no! ¿Para qué voy a casarme con un hombre que no piensa más que en intervenir en una guerra a la que nadie le llama? Mamie Bogardus tenía razón, Ann. Las mujeres, los gatos y los elefantes son los únicos animales que tienen sentido común.

Pero George se fue a la guerra, y Eleanor, que se negó a casarse con él, aun en el patético y patriótico momento de los adioses, se volvió hacia Ann, aterrada por su soledad.

Ann, a pesar de su condición de «trabajadora social», no había sido nunca muy dada a entrometerse en los asuntos de los demás, a salvar las almas de las gentes, corregir sus dietas y criticar a sus amigos. Pero, quieras que no, tenía que hacerlo. Eleanor le telefoneaba tres veces por semana: ¿no podía ir con ella al teatro, no podía pasar por su casa para cenar?

Ann conoció a los intelectuales parásitos que frecuentaban la casa de Eleanor, como cualquier otro piso de Nueva York donde les dieran de beber gratis. Al cabo de dos años de vivir en Nueva York, conocía tan poco a los «bohemios» y a los «Greenwich Villagers[16]» como cuando estaba en Waubanakee. Ni siquiera había leído algo acerca de ellos; sus lecturas más frívolas eran unos artículos sobre la asimilación de los elementos letones en la Arkansas del Sur. Conoció a todos ellos; a los poéticos directores de revistas comerciales; a las damas anarquistas que dirigían salones de té; a los poetas vagabundos, cuyos vagabundeos se limitaban por lo general a los restaurantes italianos de Washington Square; a los periodistas continuamente sin trabajo, porque los ricos directores de los periódicos tenían envidia de su superior dicción, y a las hijas de banqueros millonarios, que querían aprender a pintar, pero se contentaban con el amor. Ann se encontró con cincuenta amigos nuevos que la llamaban por su nombre y que, con gran furia suya, ya que la molestaban las caricias, la besaban largamente…, tanto los hombres como las mujeres. Todos ellos eran tan enemigos de la guerra, que Ann se convirtió en una patriota; eran tan amigos del alcohol, que el inocente placer que ella experimentaba al beber una copa de vino se convirtió en una áspera abstención de toda bebida; eran tan liberales, que la convirtieron en presbiteriana. No gozaba nada con aquellas fiestas ruidosas, donde jovencitos desaliñados y muchachas parecidas a ellos se abrazaban a la vista de todos, o se sentaban en el suelo delante de ella y le acariciaban el tobillo, mientras le hacían confidencias acerca de sus glándulas. Aquel mes gastó más loción dentífrica y sales de baño que nunca. Pero siguió asistiendo a las fiestas, porque estaba francamente preocupada por causa de Eleanor.

Tenía cariño a Eleanor Crevecoeur. Recordaba los tiempos en que les hacía cacao y abofeteaba a los policías; en que lavaba el fregadero de la Fanning Mansión, mientras citaba a Krafft-Ebbing; cuando les contaba

mitos escandalosos acerca de la dudosa pureza de Mamie Bogardus, y el día en que anduvo cinco kilómetros en medio de una tempestad de nieve, para hablar en un mitin sufragista, de escasa importancia; cómo asombraba a Maggie O'Mara con su obscenidad, y su aire anémico de princesa borbónica.

Se había dado cuenta de que, desde la desaparición de George, Eleanor había tenido bastantes amantes. Y en aquel momento, al intensificarse su resentimiento contra Lafe Resnick y su aprecio por la doctora Wormser, Ann estaba convencida de que odiaba a todos los hombres y de que se había alistado para siempre en el angélico batallón femenino, en guerra con sus masculinos opresores. Odiaba particularmente a los complacientes enamorados que se aprovechaban del afecto de Eleanor y de su ginebra; un dramaturgo viejo y amigo de acariciar a las mujeres, que repetía tan oportunamente las últimas frases oídas en el club que pasaba por inteligente; un explorador que dedicaba veintitrés meses a dar conferencias y uno solo a sus exploraciones, y a quien le gustaba describir con ademanes insinuantes las extrañas costumbres maritales de las «tribus indígenas»; y un joven, amable, cariñoso y servicial, que llevaba veinticinco años siendo uno de los autores noveles que más prometían, y uno de los muchachos que se invitaban ellos solos a todas partes. Al principio, Ann no quiso creer que ninguno de aquellos hombres pudiera ser el amante de Eleanor, quien con George Ewbank se había mostrado tan doméstica como la más fiel de las esposas. Ahora no podía tener el mismo amante por más de una semana. Eleanor no le hacía ninguna confidencia a Ann, a la que consideraba como una buena chica, pero algo mojigata. No sabía nada del episodio de Lafe y miraba a Ann con cierta condescendencia de persona superior.

Ann pensó con asco en las perras en celo que se regocijaban al llegar la primavera. Eleanor desaparecía constantemente en la cocina, seguida de algún nuevo y atento amigo, y los dos tardaban quince minutos en preparar un *cocktail*. Cuando comían juntas en el Brevoort, la dejaba a cada instante para llamar a alguien por teléfono. Pero Ann pensaba que aquello no era asunto suyo, aunque Eleanor estuviera cada día más nerviosa, más voluble, más inquieta, y sus hundidos ojos parecieran muy viejos.

La que intervino en el asunto fue la doctora Belle Herringdean.

Isabel Herringdean, Ph. D. —doctora en filosofía—, a quien sus doscientas o trescientas amigas íntimas, y sus seis u ocho amigos, llamaban Belle, era una de las jefes de Emmanuel y Compañía, una gran tienda que era una de las maravillas de los siglos y ocupaba en el moderno Nueva York el mismo lugar que el Partenón había ocupado en la antigua Atenas, aunque la tienda fuera mucho más grande y práctica que aquél. En Emmanuel se podía comprar un brazalete de esmeraldas y diamantes por diecisiete mil dólares, o una excelente imitación del mismo por diecisiete centavos; se podían comprar coronas fúnebres, calcetines de algodón, estatuas de santos, libros de chistes para uso de los senadores, ediciones de Apuleyo en papel japonés hecho a mano, aljofifas, comida para los canarios, estuches de manicura que costaban ciento setenta y ocho dólares, batas de trabajo, billetes para El Cairo, vía Madera y Argelia, ciruelas, pasas, zapatos para los labradores, los autógrafos de Judah P. Benjamín y Zane Grey, tabaco de mascar, sombreros importados de Francia, peces dorados, casas prefabricadas y alfileres. En la tienda había cuatro mil empleados, el vicepresidente, encargado del despacho y del envío de mercaderías, era un exbrigadier general, y la tarea del inmenso ejército del departamento de Personal consistía en decidir, de acuerdo con las leyes de la psicología, quién tenía más capacidad para vender pantaloneros de algodón, o quién estaba en mejores condiciones de comprender bien las ocarinas.

Cuando Ann conoció a la doctora Herringdean en casa de Eleanor, la encontró repelente y fascinante a la vez. En aquella esbelta mujer había algo de la sinuosidad y blandura de una serpiente. Lo mismo podía tener veintiocho que treinta y ocho años; su cara, suave como un esmalte, imperturbable, excepto por la viva mirada de sus ojos, no tenía edad alguna. Llevaba vestidos delgados con cuello de hilo y corbatas de hombre, y sombrero tricornio, y tenía la costumbre de escuchar como si ella supiera mucho más de aquello que quién hablaba.

Un día comieron juntas Ann, Eleanor y la doctora Herringdean.

—Eleanor —dijo la doctora Herringdean—, aquel hombre al que saludaste cuando entrábamos… ¿quién es? ¿Uno nuevo?

—Pero si casi no le conozco. Es muy buen muchacho y le aprecio mucho. Es abogado.

—Eso no tiene nada que ver con lo que yo decía… Doctora Vickers, ¿no cree que…?

—Sencillamente, señorita Vickers.

—Bueno. Aunque, en realidad, pienso que lo mejor es llamarla «Ann». He oído hablar tanto de usted y de la gran obra que está haciendo en Corlears House, que me parece como si la conociera desde hace mucho tiempo. Y usted tiene que llamarme «Belle» —la doctora Herringdean le sonrió de modo tan atractivo que Ann se sintió cautivada, contra su voluntad—. ¿Y no cree, Ann, que Nell se rodea de unos hombres atroces desde que se marchó George? ¡El querido George!

—¡Nunca le llamabas así cuando vivíamos juntos! —dijo Eleanor.

—Pero ahora me lo parece, porque le comparo con esos otros conejos de Indias. ¡Ese explorador amigo tuyo! ¡Apuesto cualquier cosa a que no hay ningún hombre que se exponga más al comer en un restaurante económico! ¡Y tan entretenido, tan instructivo! Le puedo decir a una cuándo la besa como un maorí o como un kumasi… ¿Muy bonito, verdad? ¡Uff! No hay hombre que sepa hacer el amor de un modo elegante y entretenido. ¡Sólo las mujeres! —la doctora Herringdean estiró la mano, una mano de cera, y acarició la zarpita delgada de Eleanor. Ann vio con inquietud que Eleanor cedía ante aquella caricia cálida, ante aquella fría impertinencia.

Al poco tiempo de aquello, Ann llegó a pensar que la doctora Herringdean se encontraba en todas partes. Nunca iba a casa de Eleanor sin encontrarla de pie junto a la chimenea y hablando cínicamente, con un cinismo que reducía a la más completa rusticidad a las optimistas como ella. Ya no tenía que preocuparse por los pasajeros caprichos masculinos de Eleanor. En cuanto Eleanor se iba a la cocina con uno de ellos, la doctora Herringdean les seguía con paso lento y con sus delicadas burlas hacía que el enamorado representara un triste papel.

Cuando se quedaba sola con Ann y con Eleanor, la doctora Herringdean hablaba de las grandes amistades femeninas, del autoerotismo y del simbolismo religioso. Antes de doctorarse en filosofía había estudiado tres años en una facultad de medicina y, desde entonces, había leído por lo visto todos los libros que trataban de anormalidades sexuales.

—¿No es curioso —se quejaba— que en mil novecientos dieciocho, la edad de Freud, del *ragtime* y de las viudas de guerra, se siga pensando que las mujeres —y aun lo piensen las propias mujeres— son unos ángeles que carecen de todo órgano que no sea el corazón, los pulmones y un cerebro muy rudimentario? Les aseguro, queridas, que hasta que todo el mundo se dé cuenta de que una muchacha puede ser un bocado encantador, un capullo de rosa, y aun así tener un colon perfectamente sano, no habrá avance alguno en la posición de las mujeres. Después de todo, el capullito de rosa, húmedo de rocío, está también en contacto con el estiércol y las babosas, ¡y la que sea demasiado delicada para reconocerlo así, será mejor que salga del jardín vulgar y se dedique a hacer encaje!

—¡Dígame! —le preguntó a la doctora Herringdean—, ¿por qué tenemos que hablar de anormalidades? Ninguna de nosotras somos lo suficientemente inocentes para creer que los niños se crían debajo de un peral.

—No, querida mía, ¡pero usted es tan inocente que siempre piensa en los niños!, y, ¿qué quiere decir con eso *de anormalidades*? ¿Es que todas las cosas que no ocurren muy a menudo tienen que ser necesariamente anormales? Hay tribus salvajes —¡oh, ahora estoy hablando como un explorador, Nell!—, bueno, sea como sea: hay tribus salvajes que piensan que es indecente el que alguien le vea a uno comer. Nosotras no lo creemos así. Y el sexo, cualquier manifestación de él, es algo tan normal como el comer, digerir los alimentos y eliminarlos luego.

—Probablemente. ¡Pero no nos acercamos mucho las unas a las otras, bajamos la voz y nos pasamos todo el tiempo hablando de la comida! —insistió Ann—. Si lo hiciéramos, sería aburridísimo. Hay personas gruesas que no hacen más que describir las magníficas trufas que comieron en Dijón y los riñones que probaron en Barcelona. ¿Le gustan esas gentes? ¡Y además, normal o no, yo no pensaría que la persona que no come más que bistec es una inocente y que la que se alimenta de *curry* y Camembert se pierde muy buenos ratos!

—Ann, vida mía, yo siempre dije que en los trabajos sociales había algo teológico. ¡Ha empleado el clásico ardid de todo predicador: el de tomar una metáfora por un argumento!

Por mucho que le disgustara a Ann la conversación de la doctora Herringdean, se veía claramente que a Eleanor la hechizaba y, vencida por su encanto, habló francamente:

—Estoy de acuerdo contigo respecto a los hombres, Belle —dijo—. Son muy puercos. Yo no puedo pasarme sin ellos…

—¡Ya verás algún día!

—… pero los detesto. Lo peor de todo, es que los hombres unen a su sagacidad una hipocresía digna de una solterona. La persiguen a una toda la noche, hablando de mil porquerías, pero una tiene que hacer como si no se diera cuenta. Más si una mujer es lo suficientemente cruda para insinuarles que le gustaría hacer lo que ellos están deseando que haga, por encima de todo, entonces se horrorizan. ¡Una mujer no debe tener pasiones! Tiene que aguardar sentada las toses insinuantes de los hombres, y sorprenderse cuando se da cuenta de lo que significan. Y si alguna noche les entran ganas de sentirse nobles y virtuosos y a nosotras no, ¡cómo se indignan, qué superiores y crueles se muestran, aunque no haga veinticuatro horas que les vimos hacer el ridículo en pijama!

—¿No te he dicho ya cómo son los hombres? —dijo con arrulladora voz la doctora Herringdean, acercándose a Eleanor y tomándole la barbilla en la palma, echándole hacia atrás la cabeza y sonriéndole.

Ann se sintió inquieta. Y su inquietud aumentó cuando, una semana más tarde, Eleanor le anunció que Belle iba a mudarse a su piso. Pero como se lo anunciaba de un modo tan alegre y tan normal, Ann se avergonzó un poco.

—Va a ser agradable vivir con Belle —dijo Eleanor—. Verdad es que está tan loca como una cabra. Le gusta asustar a la gente hablando de perversiones sexuales. Hasta pretende que admira la crueldad. Pero yo la conozco. En realidad, Belle es una de las *femmes* más trabajadoras y sensatas que he visto. Espero que le gustará mi nuevo amigo. Es un encanto… tienes que conocerle…, primer oficial de un transporte… Un gran muchacho… aplasta un submarino como tú aplastarías un mosquito. ¡Belle tendrá que congeniar con él!

Pero, por lo visto, Belle no congeniaba.

Un mes después de su mudanza al piso de Eleanor, al que agregó una alacena llena de licores, unos veinte retratos de mujeres a las que no cohibía la modestia, una biblioteca llena de libros alemanes sobre temas sexuales, los incómodos pero afectuosos hombres que rodeaban a Eleanor fueron desapareciendo uno tras otro, y los únicos que la visitaban ya eran jovencitos lánguidos, con las mejillas pintadas de rojo.

Ann sufría mucho al ver que Eleanor, tan independiente en los días de la Fanning Mansión, tan ácidamente superior con las gentes que la molestaban, se sometía mansamente a la doctora Herringdean. Belle se burlaba de lo que ella decía, con palabras burlonas y crueles; con su frío silencio hizo que fueran desapareciendo de la casa los pocos amigos de George Ewbank que aún visitaban a Eleanor; y cuando ésta, a fuerza de sufrir, estaba a punto de echarse a llorar, la doctora Herringdean la reconfortaba con sus cálidas caricias. Ann vio asombrada que Eleanor se volvía tímidamente a Belle, pidiéndole su aprobación acerca de cualquier cosa. Y ella, que siempre había despreciado los adornos femeninos, comenzó a usar, para complacer a Belle, una larga bata de seda color de melocotón, adornada con pavos reales bordados en negro, y zapatillas plateadas con pompones.

—No aprecias a Belle —le decía a Ann—. Es una iniciada. Yo solía reírme de su sabiduría esotérica, pero lo hacía por estupidez. Ahora me ha hecho comprender.

—¿Comprender *qué*, en nombre de Dios?

—Todo. La vida. La verdadera pasión de vivir. Y no tienes que usar malas palabras. A Belle no le gustan.

—¡Y que tú me digas eso, Eleanor!

Cuando la doctora Herringdean hubo sometido por completo a Eleanor, se tornó de repente ácida con ella y dedicó todos sus atractivos a Ann. Le sonreía, le daba palmaditas en la espalda y movía cariñosamente su boquilla, al hablar con ella. Le hablaba con voz dulce. Le dijo que ella.—Ann— poseía una preciosa y extraordinaria potencia amorosa, aunque

todavía no se hubiera dado cuenta de ello y, siempre sonriendo y guiñándole un ojo, se portaba como si ella y Ann fueran dos personas mayores a las que divertía secretamente una niñita estúpida: Eleanor.

Eleanor estaba cada día más huraña y sus manos temblaban como las de una persona que toma estupefacientes. Ann llegó a preguntarse si no los tomaría, y alguna vez que mencionó la cocaína, la doctora Herringdean guardó un silencio embarazoso.

Eleanor había perdido toda la belleza que, a pesar de su cuerpo anguloso, residía en sus ojos cariñosos e inteligentes y en sus suaves mejillas morenas. Y la buena doctora se lo repetía todos los días, juguetonamente, mientras Eleanor pretendía desdeñar sus palabras… y al mismo tiempo se hincaba las delgadas uñas en los delgados antebrazos. Y cuando Eleanor la seguía por todo el estudio tratando de averiguar qué había hecho para conseguir que la perdonaran, la doctora Herringdean le contestaba secamente:

—¡Cómo es natural, mi querida Nell, no tiene ninguna importancia, no tiene la menor importancia!, así que, ¿para qué hablar de ello? Claro está que tú me *dijiste* que tendrías preparada la cena para cuando yo llegara, pero…

—¡Pero me dijiste que me telefonearías, en caso de que quisieras cenar aquí!

—… Cuando llego tarde a casa, figurándome que tú te darás cuenta de lo cansada que estoy, no hay ni que decir que la cena no está lista. ¡Cómo es natural, no hay nada!

—¡Lo siento! ¡Belle! ¡Vida mía! ¡Lo siento muchísimo! ¡Te aseguro…!

Entonces fue cuando Ann interrumpió secamente, uniendo las palabras a su cólera:

—¡Bueno, me marcho!

La doctora Herringdean se excusó con voz arrulladora.

—¡Oh, querida mía, cómo la hemos estado aburriendo! ¡Esta discusión tan idiota! ¿Por qué se va mi Annie? ¡No se vaya, querida! ¿Cree que iba a pasar una velada muy alegre, si se fuera? ¿Con Nell, recordando los tiempos Victorianos y teniendo un ataque, o quizás hasta desmayándose para demostrarnos lo aristocrática que es? Espere, Ann, me voy con usted.

—No, tengo que…

Ann no terminó la frase. Acababa de darse cuenta de que Eleanor la miraba con una mirada celosa y homicida, mientras retorcía nerviosamente los dedos.

Una noche, a las nueve, Ann estaba en su oficina cuando la doctora Herringdean la telefoneó:

—¡Ann! Me gustaría que viniera al estudio. Me temo que le haya ocurrido algo a Nell. Sé que está en casa…, la llave está echada por dentro, pero no quiere contestarme. Me parece que se ha enojado conmigo. Ya sabe lo histérica que es. Volví a casa tarde y… *¡había echado la llave por dentro!*. Le estoy llamando desde la farmacia. ¡Oh, venga, por favor!

La doctora Herringdean parecía verdaderamente humana.

—Probablemente está disgustada y nada más, Belle. ¿Se han peleado?

—Sí. Pero esta vez fue algo serio —no obstante, la doctora Herringdean se echó a reír—. Claro está que yo hablaba en broma…, ya sabe cómo soy; Nell, la muy idiota, me toma siempre en serio. Le dije que Vivie Lenoir era no solamente cien veces más bonita que ella, lo que es verdad, sino también mucho más liberal y… ¡oh, Nell se puso tan furiosa! Esta mañana llegó a echarme de la casa… *¡a mí!*

—Voy ahora mismo…, tomaré un taxi… Nos encontraremos a la puerta del piso. —Ann no tenía ningún deseo de hacer algo por la doctora Belle Herringdean, pero a lo mejor podía hacer algo por Eleanor; a lo mejor, llegaba hasta a convencerla de la crueldad de Belle.

Cuando llegó Ann, la doctora Herringdean se paseaba inquieta frente a la puerta del piso. Estaba fríamente hermosa, con su traje sastre de color verde hoja, más bien una burla que una imitación de un traje masculino.

—¡He llamado mil veces! ¡Y he llegado a gritar! ¡Oh, ya nos veremos las caras, Nell, preciosa mía! —dijo secamente—. Intente usted entrar, Ann. Nell confía en usted…, es decir, al menos confiaba antes.

Ann rogó y gritó. La puerta del departamento era de acero y no tenía mirilla. Ann se lastimó las manos en ella, pero no obtuvo respuesta de Eleanor.

—¡Tenemos que entrar! A lo mejor se ha desmayado —dijo la doctora Herringdean.

Los deseos de asesinarla que experimentaba en aquel momento Ann, no tenían nada de vagos ni imaginarios. Sin embargo, no pudo menos de admirarla, al ver que la doctora Herringdean echaba a correr escalera abajo y le gritaba:

—Entraremos por la oficina de abajo. Si aguardamos a que el portero nos dé permiso, pasaremos aquí toda la noche.

En el piso de abajo había una oficina, con las luces apagadas, y una puerta con mampara de cristal en la que se leía: «The Dandypack, Compañía de Limpiezas». La doctora Herringdean escuchó un momento, luego se quitó un zapato verde con tacón de aluminio, destrozó el cristal, metió la mano, abrió la puerta, cruzó corriendo la oscura oficina y levantó una ventana.

Ann vaciló un momento ante la salida de incendios, de aspecto peligroso. La doctora Herringdean no vaciló. Subió ruidosamente los escalones de hierro. Ann subió con lentitud tras ella. Belle abrió de golpe la ventana del estudio, y entró gritando alegremente:

—¡Nell! ¡Mi Nellie!

Ni un solo sonido les contestó; por ninguna parte se veía a Eleanor. Buscaron en el dormitorio, en la cocina, en el baño. Al llegar a la puerta del cuarto de baño, la doctora Herringdean se detuvo como petrificada y gritó:

—¡Oh, Dios mío, no entre aquí!

Era demasiado tarde. Ann lo había visto ya. Eleanor yacía en un baño carmesí, que se desbordada en ondas resecas, de un tono más oscuro, a ambos lados de la esmaltada bañera. En el borde de ésta había una hoja de afeitar, manchada de sangre, Eleanor las miraba con ojos asustados y labios entreabiertos, como un niño herido, a quien el dolor aterra, pidiéndoles ayuda. Pero su mirada era una mirada fija. No cambió.

A medianoche, cuando se fueron los médicos y la policía, excepto un agente que quedó de guardia, la doctora Herringdean se tiró sobre el diván. Los brazos cayeron laciamente, como si fueran cosas muertas, que no

pertenecían a aquel cuerpo. No había demostrado ningún histerismo. Ann tampoco, pero ésta no podía copiar la fría lucidez de la doctora Herringdean. Se sentía débil y estaba segura de que tenía aspecto culpable.

La doctora Herringdean se irguió, encendió el quincuagésimo cigarrillo de la noche y dijo bruscamente:

—¡Ann! Ya sé que lo de Nell es horriblemente trágico. Pero lo que realmente me preocupa no es ella. ¡Pobre mujer! Sus disgustos han terminado. Eres tú. Me temo que vas a pasar muy malos ratos por culpa suya. ¡Escucha! La casa donde trabajo va a enviarme a Europa, para que estudie los métodos de venta en París y en Berlín. Ven conmigo… Yo te pagaré el viaje con lo que me dan para gastos. ¡Ven conmigo, vida mía! ¡Lo pasaremos bien! Tomaremos el sol en la arena de la playa, con unos trajes de baño «finísimos». ¡Oh, olvídate de Nell! ¡Después de todo, no era más que una persona débil, una sentimental fracasada!

A Ann le gustaba pensar que en aquel momento habría pegado a la doctora Herringdean. En realidad, no hizo tal cosa. Se limitó a huir…, a huir torpemente, como excusándose.

Segura de nuevo en su pequeña habitación de la Corlears House, Ann gimió ante aquella injusticia.

«Sea como fuere, no volveré a odiar más a los hombres. ¡Son mucho peor que eso!».

Luego, durante varios años, se olvidó tanto de los hombres como de las mujeres, y, en medio del torbellino de su trabajo, pensó solamente en esos dos inevitables problemas sociales: el Hombre y la Mujer.

OceanofPDF.com

XX

DURANTE dos años, Ann Vickers fue residente-jefe de una *settlement house*, en Rochester. Aparentemente, había tenido éxito; se la invitaba para que hablara en clubs femeninos, en iglesias y en escuelas de muchachas, acerca de temas tan variados y desprovistos de significación como «Los métodos de americanización», y «El valor del folklore europeo en la educación de los inmigrantes»; porque en Rochester había una protectora del *settlement* de Ann, una anciana rica, tan liberal que consentía que los gitanos húngaros bailaran danzas gitanas de Hungría, con tal que estuvieran al mismo tiempo dispuestos a aprender el manejo de una registradora «National» y un automóvil «Ford». Cuando Ann tenía veintinueve años, la Universidad de Rochester le concedió el título honorario de licenciada en filosofía. Y figuró en el sexto lugar de la lista anual de «Las diez mujeres más útiles de Rochester» publicada en el *Times-Register*. En su *settlement house*, ciento sesenta y siete europeos aprendían el inglés para poder leer las historias de asesinatos y adulterios que se publicaban en los *tabloids*; y doscientas setenta y una muchachas aprendían a coser y a cocinar, para poderse hacer más tarde sus vestidos en casa, a un costé superior solamente en un sesenta por ciento SI a lo que valían los mismos trajes en una tienda de ropas hechas, y a preparar por quince centavos una nutritiva sopa vegetal para cuatro personas que, por lo menos, les habría costado unos diez centavos en cualquier almacén.

Y, no obstante, durante aquellos dos años, y también durante el último que pasó en la Corlears Hook House, Ann no hizo más que dudar del valor de aquel trabajo. Era demasiado parroquial. Afectaba solamente a unas cuantas personas, y dejaba que los demás barrios que carecían de un

settlement —lo que ocurría en casi todos ellos— se vieran privados de los recreos, educación, auxilios y consejos que el *settlement* podía dar. En realidad, Ann decidió que no era mucho más valioso que el antiguo sistema parroquial, donde la hija mayor del vicario —la que nunca se casaba—, se divertía llevando carbón, mantas y mermelada a los enfermos de la parroquia que se habían mostrado más obsequiosos con el vicario y el *squire*.

En la versión moderna de aquello, la *settlement house*, el muchachito judío de grandes ojos negros, mendaz y pegajoso, que llevaba regalos a los jefes y recitaba siempre el «Saludo a la bandera» en las reuniones de los *boy-scouts*, era siempre el que obtenía los pantalones nuevos, los restos del helado y, más tarde, la beca en la escuela dental; mientras que el chiquillo hosco a quien sólo le gustaba tallar madera y que le dejaran en paz, no obtenía absolutamente nada.

La *settlement house*, en opinión de Ann Vickers, no era nada más que un lugar de juegos, y mucho peor organizado que los lugares de juegos de la municipalidad. Tenía el olor acre de la caridad. Enseñaba, pero no enseñaba bien. Los maestros profesionales de las escuelas municipales eran mejores y mucho más pacientes que los entusiastas voluntarios —tan parecidos a los profesores de la escuela dominical donde Ann había estudiado de niña—, quienes con muy buena intención y mayor ignorancia enseñaban durante un año a los judíos italianos pobres la historia de Jorge Washington, la partida doble en la contabilidad y a cepillarse los dientes. Las escuelas nocturnas lo hacían mejor. Los jóvenes ambiciosos —los únicos merecedores de atención— aprendían mejor por sí solos.

Así pues, para Ann, el único mérito de las *settlement houses* era el haber dado origen a organizaciones tan impersonales y eficientes como la Asociación de Enfermeras Visitadoras Lilian Wald, y la moderna caridad organizada.

¡Oh, la caridad organizada tenía muchos defectos…, muchísimos!, suspiraba Ann. Había demasiados expedientes. Muchas veces se daba más importancia a los informes completos sobre las familias pobres, que al remedio de esa pobreza. Y los que trabajaban en aquellas cosas acababan endureciéndose por su constante familiaridad con la desgracia. Pero lo

mismo les ocurría a los cirujanos, y nadie sugería que la cirugía debía ponerse en manos de las solteronas compasivas o de las abuelas de la parroquia. Al menos, la caridad organizada era impersonal. Ayudaba a las gentes que lo necesitaban, no a las que eran amigas de los jefes, o sonreían con más simpatía. No estaba limitada a un solo distrito; en el mejor de los casos, servía para toda una comunidad. Y no trataba de que las víctimas se convirtieran en poetas, cocineros, contrabandistas de licores o bailarinas clásicas —aspiraciones delicadas y santas que no debían ser tratadas a la ligera por los extraños—, sino de que tuvieran comida, zapatos y dinero para pagar el alquiler.

Ann estaba tan harta de su vida en las *settlement houses*, como lo habría estado Juana de Arco de la vida en un convento elegante. Le hastiaban aquellas casas de cultura y consuelo, que elevaban sus edificios de ladrillo rojo y estilo gótico, entre los *speakeasies*[17], los lavaderos y las carnicerías judías, irguiendo el estandarte de su sonriente mojigatería entre unas gentes que, trágicas o alegres, vivían y hacían salchichas, el amor o chistes de un modo mucho más real que ellos. Le había molestado obedecer las reglas —y aun desobedecerlas— cuando era una ayudante; fingir que le gustaba compartir con sus compañeros un plato de cordero, duro y frío; que no había estado fumando, cuando su dormitorio estaba lleno de humo; entusiasmarse, año tras año, con las notas de Ikey, aunque su éxito se fuera retrasando de un modo curioso y aun pudiera dejar la tienda de pescado frito y obtener su doctorado en Naturoterapia.

Pero aún era peor el ser residen te-jefe. No experimentaba ningún placer secreto en dejar de cumplir sus propias reglas; en denunciar a una compañera por haber fumado, cuando ella había estado haciendo lo mismo. Ni tampoco podía evitar ahora la compañía de los Protectores, las mujeres ricas, los clérigos joviales, los corredores de Bolsa con anhelos estéticos y los banqueros filósofo-anarquistas, los cuales proporcionaban los fondos para el *settlement*, y, por lo tanto, compraban por un precio inferior al que se paga en otras épocas por una robusta esclava negra, el alma y el cuerpo de la residente-jefe.

Con el horror con que un niño recuerda el campamento donde, durante un espantoso verano, se había visto obligado a mostrarse atlético, musical,

alegre y lleno de virtudes cívicas, bajo la severa mirada del profesor, anémico, pero vigoroso, con *shorts* y gafas, Ann recordaba los años de comidas en común, los manteles de algodón, los platos de hierro esmaltado y las solteronas del *settlement* contando entre risitas una historia, en la que el ingenio masculino de la casa se había atrevido a usar la palabra «maldito».

«*Settlement house*! —gemía Ann—. ¡Un sitio dónde se enseña a escribir cuentos a muchachas que podrían construir aviones! ¡Dónde se enseña la alfarería a lituanos que han nacido para ser excelentes granjeros, y a los nietos de famosos talmudistas a imitar los modales de los miembros de un Country Club! ¡Dónde se enseña a tejer cestas como uno de los mejores medios de ganar el cielo! ¡Dónde se anima a los conductores de camiones a convertirse en quiroprácticos!».

Sabía que estaba cansada y que no era justa. Recordaba los nombres de grandes personas, de grandes obras: una investigación sobre las pulgas y el tifus, campañas para conseguir más lugares de recreo para los niños y contribuciones al alivio de la pobreza. Pero la maldad fundamental de las *settlement houses*, decía —y de pronto extendía aquel juicio a todas las «obras caritativas» de todas las épocas, tanto las de la Iglesia como las del Estado—, residía en el aspecto que más se alababa en los sermones optimistas, en los artículos entusiastas de las revistas, y en las torpes razones de los benefactores bien intencionados: la de que, como se decía siempre en esos artículos y sermones, «reunía a los pobres y a los ricos, y de ese modo la gente próspera se hacía más compasiva al ponerse en contacto con la pobreza y comprender que detrás de una camisa tosca puede ocultarse un corazón muy noble, y los pobres tenían una oportunidad de aprender y mejorarse, por aquel contacto amistoso con quienes podían instruirlos y ayudarlos».

«¡Desde luego!», pensaba Ann, que en aquel momento se sentía revolucionaria.

¡Sí, sí! ¡Hinchad los *egos* insignificantes de las personas caritativas! ¡Dadles una buena oportunidad de exhibirse! ¡Hacedles que se sientan seres superiores en relación con los desgraciados! ¡Y animadlos a que cuiden de los pobres de mil modos prácticos y agradables!

En una asamblea de agencias sociales celebrada en Nueva York, Ann conoció a Ardence Benescoten.

En Nueva York se decía que la señorita Benescoten había heredado de su padre, el minero, cincuenta millones de dólares; en realidad, no había heredado más que diecisiete. El que fuera minero no quería decir que se ensuciara y arriesgara la vida bajando a una mina. En realidad, las había visitado muy pocas veces. Lo que hacía era permanecer en su oficina de Nueva York, pensando en los diversos medios de echar de ellas a los curtidos mineros que las habían descubierto y que habían ido a ver a uno de los amables y elegantes agentes de Benescoten, para pedir que los ayudara. A los cincuenta años seguía aún soltera; pero por lo visto, no le importaba. Vivía con una amiga suya, profesora de canto, que había sido en su época una soprano famosa. La señorita Benescoten era famosa por su generosidad. Daba discretos donativos e infinidad de consejos a las misiones protestantes en España y a las misiones católicas en Nebraska, a un hogar para viudas de oficiales confederados, y a otro para estudiantes negros, a un refugio para perros y a un pequeño museo al que acudían tres o cuatro personas por mes, para estudiar las monedas de Creta y Lesbos. Su nombre aparecía en los periódicos, por lo menos, dos veces por semana, como Mecenas del arte mexicano, o cualquier otra cosa por el estilo; y por lo menos una vez al mes, su fotografía aparecía en las secciones en fotograbado de esos mismos periódicos, ya fuera poniendo alguna primera piedra o —cuando abandonaba de mala gana sus humildes obras de caridad y ocupaba por un momento el lugar que le correspondía en la mejor sociedad— en el jardín de su *Schloss* bávaro, rodeada de sobrinas y sobrinos, tales como Thornton Benescoten, el famoso jugador de Polo, Nancy Benescoten, la divorciada, y Hugh Harrison Benescoten, el juez.

La señorita Benescoten se encontró con Ann en un comité y le dijo:

—Ayer oí su interesante discurso acerca de las clínicas dentales. Tiene sentido común, querida. Venga usted a comer hoy a mi casa.

El comedor de la señorita Benescoten era oscuro y casi tan grande como una estación. La comida estaba compuesta de cosas que Ann no conocía ni

de nombre, aunque más tarde supo que eran huevos de chocha, fiambre de faisán, vinagreta de espárragos y *bar-le-duc*.

—La he estado observando a usted durante la reunión, señorita Vickers. Y he estudiado su historia en la Corlears House, en Rochester, en Clateburn; sí, hasta en aquella cárcel de no sé dónde. Yo me encargo de hacer mis propios donativos. Creo que es más práctico que la mayoría de esas instituciones. (Un poco más de *heidsieck* para la señorita Vickers, Stone). No me gusta verme atada por reglas estúpidas. Yo ayudo a los que encuentro divertidos. Sí, es un modo divertido de ser caritativa. No las hago de un modo penoso…, es algo distinto, ¿me comprende?

Y así fue cómo, de repente, Ann dejó de trabajar en el *settlement* y se convirtió en limosnera de aquella Gran Duquesa moderna.

Ann tenía un elegante y pequeño despacho, negro y plata, en el tercer piso del *chateau* Benescoten, en Riverside Drive; en el despacho había un dictáfono, una mecanógrafa y cuatro teléfonos: uno, público; uno exterior, pero privado; uno que se comunicaba con la centralilla de la casa, atendida por un lacayo, y otro que comunicaba directamente con las habitaciones de la señorita Benescoten.

Tenía algunas obligaciones rutinarias y la principal de ellas era leer o tirar a la papelera las cartas o telegramas que pedían dinero, y recibir o echar a las visitantes que acudían con el mismo fin. Después de una mañana de leer el correo, interrumpida de cuando en cuando por llamadas telefónicas de personas misteriosas que «tenían que ver personalmente a la señorita Benescoten…, no le llevará más que un minuto…, no puedo explicarme muy bien por teléfono», Ann sintió una gran compasión por la señorita Benescoten y una gran indignación mezclada de sorpresa por la gran cantidad de personas que querían que les dieran algo a cambio de nada. En el correo de aquella primera mañana, compuesto de doscientas cartas, figuraban una voluble y suplicante carta de la viuda del carpintero de un pueblo, quien escribía diciendo que tenía lo suficiente para vivir, pero que le pedía a la señorita Benescoten tuviera la bondad de llamar a su hija —incluyendo el dinero para pagar el viaje— y adoptarla socialmente.

«Estoy segura de que a ella le agradará ayudarla en la casa todo lo que pueda. No ha aprendido a cocinar, pero la ayudará con mucho gusto en cualquier otra cosa, exceptuando, claro está, el lavado o el planchado, porque son trabajos muy duros para una muchacha tan bien educada como ella, que lee el francés como yo el inglés». Otro pedía un piano de concierto para una muchacha que llegaría a ser «un prodigio musical si alguien le ofrecía una oportunidad». Siete cartas pidiendo que acabaran de pagar otras tantas hipotecas; Diecisiete pidiendo préstamos monetarios, que serían pagados dentro del mes, escritas todas ellas por personas intachables, quienes, si la señorita Benescoten «insistía», le darían como garantía objetos tan variados como «un antiguo reloj de pie qué tiene sabe Dios cuántos años», una confitería en Hohokus, un anillo de boda o una biblioteca teológica.

Un joven que, según el «Profesor Otto Staub, el mejor profesor de música de Memphis, y además autor y conferenciante», dibujaba tan bien como Frederick Remington y Franz Hals, decía que necesitaba cinco mil dólares para ir, a París a continuar sus estudios: «Le ruego que me conteste cuanto antes, porque estoy trazando ya mis planes».

Una muchacha de dieciocho años le confesaba que:

… aunque el mundo entero me ha combatido y ha tratado de aplastarme, yo he luchado también contra él. ¡Nada me detendrá! Estoy hecha para el triunfo. Lo he leído en mis estrellas, sí, en mis estrellas. ¡Voy a ser una triunfadora! Voy a ser la autora más famosa de los Estados Unidos. Ahora bien, me figuro que recibirá muchas cartas de "desconocidos" pidiéndole ayuda, y probablemente su secretario las tirará todas al cesto de los papeles, pero yo no le pido su ayuda. Ni un préstamo. Mi proposición es la siguiente: si me adelanta 3000 dólares —tres mil—, terminaré el libro —una novela—, que ya he comenzado a escribir. Tengo un argumento espléndido, no empleado hasta ahora, he estudiado a mis personajes, etcétera. Si lo hace así, cuando se publique la novela ¡le pagaré el doble! Como ve, no le pido ningún favor, y creo que ¡ni aun con sus acciones, sus bonos, etc., puede hacer una inversión mejor que ésta! Además, según tengo entendido, usted es una persona muy caritativa y, al hacer esto, ayudará al mundo desorientado, dándole

una nueva Voz, ya que mi novela no es simplemente una historia, sino que contiene además una espléndida moraleja y da soluciones para muchos de los problemas que ahora preocupan al mundo. Yo sé que es una gran persona, a la que no ata ningún convencionalismo social, así que envíeme un cheque por valor de 3000 dólares —tres mil— a vuelta de correo y, desde luego, si quiere enviarme una cantidad mayor, ¡yo no me ofenderé por eso! No haga caso de mi chiste. P. S. No sé muy bien por qué, quizá sea una cosa psíquica, pero a mí me parece que la conozco personalmente y creo que en cuanto nos viéramos nos llamaríamos la una a la otra Ardence y Alys, aunque usted sea mucho mayor que yo. No se olvide de lo que le pido, ¡y sería una sorpresa tan agradable que me lo enviara a vuelta de correo!

Y cartas de cincuenta y dos organizaciones dedicadas a ayudar a la humanidad por todos los medios conocidos, desde el estudio de la numerología a la reducción del precio de los pasillos de linóleo.

Pero la carta de la anciana con el esposo inválido, parecía auténtica. A pesar de toda su experiencia, Ann no estaba lo suficientemente endurecida para no sentirse conmovida por aquellas líneas temblorosas escritas sobre un papel barato, con pálidas rayas azules.

Ann se preguntó si un bolchevique verdadero y ortodoxo «libre de toda divergencia ideológica», despreciaría más a Ardence Benescoten por creer que el cielo la había elegido para distribuir aquellos diecisiete millones, o a los autores de las cartas, por humillarse de aquel modo ante ella. Ann contestó doce de las doscientas cartas y guardó seis para enseñárselas a la señorita Benescoten.

Ann tenía que ver a la señorita Benescoten todas las mañanas, a las once. Había supuesto que hallaría el tocador de la gran filántropa tan oscuro como la celda de una monja. No era así. Cruzó un saloncito particular, estilo Adams, y entró en un enorme dormitorio, rosa y marfil. Había en él una cama inmensa, adornada con ninfas doradas en las columnas; sillas de *petit point*; una chimenea de mármol rosa y un tocador que parecía una droguería. La señorita Benescoten estaba echada en una *chaiselongue*, fumando un cigarrillo y divirtiéndose con su amiga y compañera, la exdiva *madame* Carrozza.

—¡Oh, Nalja!, ésta es mi nueva secretaria, la señorita Vickers…, una muchacha encantadora.

Madame Carrozza le dirigió una mirada furiosa.

—¿Puedo molestarle unos minutos, o prefiere que vuelva, señorita Benescoten? He terminado las cartas. Creo que estos seis casos merecen la pena de ser investigados, especialmente el de la anciana con el esposo enfermo.

—¡Oh! —la voz de la señorita Benescoten no tenía nada de tierna ni de filantrópica—. Pensé que le había hablado claramente, Ann. No tiene que hacer caso de los individuos… excepto, claro está, de los que son verdaderamente divertidos, como, por ejemplo, aquella muchacha…, ¿recuerdas, Nalja?…, aquella chica tan divertida que tenía unas ideas tan extraordinarias acerca del cristal negro…, aquélla a la que pusimos una tienda de decoración. Pero estos pobres viejos…, me dan mucha lástima; son muy desgraciados. Pero deben dirigirse a sus parientes. Nosotros sólo podemos encargarnos de las causas coordinadas, dirigir hacia algún fin nuestros esfuerzos, ¿me entiende, Ann?

La confiada Ann tardó tres días en descubrir que no era la limosnera de la Gran Duquesa; que a la señorita Benescoten le tenía absolutamente sin cuidado la caridad; y que el único papel que ella desempeñaba allí era el de procurar a la señorita Benescoten publicidad periodística, con motivo de sus poco caritativas caridades. Medio kilo de caramelos para cada una de las diez mil muchachas de una fábrica; sí, eso era una caridad divertida y una verdadera «noticia periodística», con fotos de la señorita Benescoten, la famosa Carrozza y la princesa Frangipani entregando las doscientas primeras cajas desde un camión de la Glasstop Kandy Ko. Y los caramelos no habían costado, como dijeron los periódicos, cinco mil dólares.

Ardence era tan buena negociante como su padre; hablándoles de la publicidad que aquello les proporcionaría, había comprado el lote entero a las Glasstop Ko., por setecientos ochenta dólares. Y no eran diez mil cajas; eran simplemente seis mil.

¿Qué publicidad, qué sensación de poder se obtenía en pagar el interés de la hipoteca de la pobre señora Jones, que vivía en un pueblecito de Connecticut? Pero Ardence dio mucho dinero para el Pueblo Inglés para Muchachas Artistas —una colonia muy alegre, con sus rojos tejados— y cuando lo inauguró a los acordes de una orquesta sinfónica que Ann le había conseguido gratuitamente, los periódicos dominicales de Nueva York le dedicaron una página entera, la Sociedad de Artes Gráficas le concedió una medalla, y la Asociación para la desurbanización de las creaciones estéticas le entregó un hermoso pergamino.

Ann tenía que escribir de modo agradable diversas noticias acerca de la última caridad de la señorita Benescoten, llevarlas en persona a los directores de los diarios dominicales y decir, sin darle importancia:

—¡Oh, a propósito, aquí tengo unas fotografías nuevas! —y mostrarles todas las que había tomado aquella semana. «La señorita Ardence Benescoten, la heredera del magnate minero, inaugura una clase nocturna para las lavanderas. De izquierda a derecha; la señorita Benescoten; Rev. Dr. Slough, Obispo de Alaska; Bill Murphy, de la Unión de obreros de lavaderos».

A veces, Ann se sentía como una invitada en casa de la señorita Benescoten; otras, como una criada intelectual. Durante días enteros no veía a Ardence más que unos momentos y comía sola en el «Cofee Pot» de Broadway; luego, de repente —obligándola a romper una cita con Pat Bramble—, le ordenaba que asistiera a una solemne comida para que la señorita Benescoten la luciera delante del rector de alguna universidad, de un penalista, de un psiquiatra suizo, o de cualquier otro bienhechor de la sociedad a quien aquel día quería impresionar con su sabiduría y su cristalería veneciana.

Ann vivía en un hotel, triste y pequeño, como el Hotel Edmond, pero lo suficientemente grande para recibir en él a sus amigos: Pat Bramble, la doctora Wormser y dos o tres residentes que había conocido en el Corlears Hook. Era un hotel muy barato. Ann sabía que sus días con Ardence estaban contados, y quería ahorrar. Ardence era generosa en cuestiones de

dinero; Ann ganaba ocho mil dólares por año, y en Rochester sólo había ganado tres mil, más la habitación y la comida. Le gustaba gastar el dinero; miraba los escaparates donde se exhibían zapatos de piel de serpiente y sombreros de Talbot. Pero no los deseaba tanto como medio año de vagar al azar o de quedarse donde quisiera, lejos de las oficinas y de «los ficheros de casos», repletos de dolores humanos reducidos a unas pocas cifras. Quería averiguar de nuevo si existía una persona llamada Ann Vickers, una persona capaz de amar, de enfurecerse y de cometer tonterías, o si ya no quedaba nada más que un clasificador humano, conocido por la señorita Vickers.

Siguió en su puesto, mimando a los egipcios, y preguntándose todo el tiempo si la tan alabada actividad de Moisés no habría sido simplemente una sucia estratagema oriental. Pero todas las semanas metía en el Banco otros noventa dólares. No pasaba día sin que tuviera deseos de marcharse; ni un minuto en el que no pensara que debía permitirse el lujo de irse antes de que la echaran. En casa de la señorita Benescoten había mil motivos de irritación. Ardence le hablaba con sequedad y acritud y, en los días en que se admiraba a sí misma como una bienhechora de la humanidad, se mostraba tan pegajosamente dulce como un plátano demasiado maduro. Tenían reyertas. El mayordomo de Ardence —un verdadero Stilton importado—, no estaba nunca seguro de si Ann era una criada o una señora. Tampoco lo estaba Ann, pero a ella le importaba mucho menos que al mayordomo. Y la señorita Benescoten tenía una secretaria particular, para su correspondencia privada, además del departamento de Caridad y Publicidad, dirigido por Ann, y dicha secretaria era indudablemente una señora. La llamaban «secretaria social», era hija de un almirante y no hacía más que hablar de él a Ann. Cuando entraba en la habitación de la señorita Benescoten y se encontraba con Ann diciéndole a Ardence que, como hacía un mes que tenía esperando al Hogar para empleados postales respetables, ya era hora de que les diera una respuesta, la secretaria social cruzaba corriendo la habitación, besaba la gordezuela mano de Ardence, miraba furiosa a Ann y gemía:

—¡Oh, señorita Benescoten, la hacen trabajar como una negra! ¡No les deje que la fastidien de ese modo, querida!

Había dos cosas que le impedían marcharse a Ann: su cuenta del Banco —sana y consoladora como la mayoría de las cosas sórdidas— y la presencia ocasional de Lindsay Atwell.

Lindsay estaba casi calvo, y tenía en el arco de la nariz una honda señal producida por las gafas con montura de concha que usaba para leer. Pero, sin embargo, resultaba bastante joven, con su aspecto de jugador de tenis, su estrecha cintura, sus claros ojos, su gris bigote militar y su tez rubicunda. Su calva no era pálida y brillante; estaba tostada por el sol y tenía unas cuantas pecas que le agraciaban. Olía a aire libre, lo que no tenía razón de ser, ya que, aunque de cuando en cuando se diera un paseo de cuarenta manzanas, no le gustaba exhibirse en el parque montando a caballo entre los imitadores yanquis y semitas de Rotten Row. Y sus vacaciones tampoco estaban especialmente dedicadas al golf, ni al *camping* heroico, entre capas de bálsamos y mosquitos; al menos, él le había dicho que se había pasado sus vacaciones en un jardín de los Adirondacks, leyendo a Conan Doyle.

Ann pensaba que debía tener cuarenta y siete o cuarenta y ocho años.

Lindsay Atwell era el abogado de Ardence Benescoten, el miembro más culto y menos ruidoso de la firma Hargrave, Kountz, Atwell y Hargrave.

Durante varias semanas, Ann estuvo segura de que pertenecía a la vieja escuela: a Harvard, al Racquet Club y al Century Club; que, de niño, había pasado los veranos en Bar Harbour, y que su familia era conocida desde los tiempos de la Colonia de Plymouth. No acertó más que en una cosa: Lindsay había estudiado en la Facultad de Derecho de Harvard. Por lo demás, había nacido en Kansas, había estudiado en la Universidad de Kansas, y había pasado los exóticos veranos de su niñez pescando sapos en las ciénagas de la pradera y leyendo a Walter Scott y a Víctor Hugo.

—Pero serví a mi país heroicamente durante la guerra —decía él—; trabajaba en la Fiscalía General y a veces no salía de la oficina hasta después de las seis de la tarde.

En cuanto a su familia, llegaba hasta la época del hombre de Cro-Magnon, pero su genealogía no llegaba más que hasta su abuelo, que había sido un granjero de Ohio, muy estimado de todos, hasta el día en que no

pudo pagar su hipoteca. En una palabra, Lindsay era el típico neoyorquino bien educado.

Hablaba esmeradamente, pero a Ann no le parecía en ningún momento pomposo.

La veía con bastante frecuencia, porque la agrupación de las parcelas de tierra del Pueblo Inglés para Muchachas Artistas dio origen a muchos litigios y la señorita Benescoten consultaba muchas veces a Lindsay acerca de si debía contratar a un buen arquitecto o a un arquitecto famoso.

Atwell visitó un día a Ann en su oficina, y suspiró:

—Le aseguro, señorita Vickers, que es inútil… La conozco hace mucho tiempo y sé que es inútil tratar de convencer a nuestra Ardence de que debe tomar a Tipple, porque es un hombre que tiene ideas y sabe lo que hace. Pero es un desconocido y el señor Tuftwall es una de las glorias de la profesión, desde que realizó aquella maravilla del Falcony Building Towers… Es decir, todo menos el plan general y los detalles, que, como es natural, se lo encargó a otro. Y además, tiene su propio agente de publicidad, un agente verdaderamente entusiasta, no tan reacio como usted, que gozaría en cooperar con usted en su tarea de conseguir propaganda gratis tanto para el señor Tuftwall como para Ardence. ¡Es necesario que se dé cuenta de que, en esta época moderna, hasta la belleza puede servir para un fin práctico!

Ann bajó la cabeza, se quedó mirando a Lindsay Atwell con la boca abierta y exclamó:

—¿Quiere decir que usted también se ha dado cuenta de lo que busca Ardence?

—¡Chist! ¡Después de eso, la creo capaz de criticar al presidente Wilson y hasta a la «Christian Science»!

Por lo tanto, cuando iba a ver a Ardence, Atwell pasaba luego por el despacho de Ann y los dos hablaban de James I Joyce y de otras conversaciones corteses y poco comprometedoras, y una vez él la llevó a comer a Sherry’s. Fue el día de otoño en que, después de haber sido reñida por la señorita Benescoten, la cual pensaba que Ann desperdiciaba demasiado tiempo ocupándose en un bogar de vendedores de periódicos,

demasiado bien organizado para proporcionar ya publicidad, Ann dejó su empleo a las tres de la tarde, seis meses después de haberlo aceptado.

A las cuatro se hallaba en una agencia de viajes.

Tres días más tarde, un sábado a medianoche, salía para Inglaterra, sin pensar más que en llegar hasta el muelle de Plymouth.

Lo que más le emocionó de la salida no fue la *ménagerie* que iba a despedir a los pasajeros, con flores, besos y ginebra, porque ya estaba acostumbrada a las volubles multitudes del East Side. Fue la sensación de poder y seguridad que daban los largos y curvos lados del barco, las paredes de acero pintadas de blanco el monstruoso e imperioso rugido de la sirena. ¡Poder! No un poder astuto y engañoso como el de la señorita Benescoten, sino la potencia clara del acero y el vapor… ¡E Inglaterra estaba tan cerca, que se llegaba a ella en menos de una semana!

Bajó y se encontró con el asombroso y concreto lujo de su camarote, rosa y gris.

Pat Bramble, algo cansada, pero siempre correcta, con un sencillo abrigo de alto cuello, hecho de conejo blanco, la doctora Warmser, la señorita Dantzig, del *settlement* de Rochester, la señorita Edes y el doctor Wilson, de la Corlears Hook House, habían acudido a despedirla, cubriendo su camarote, entre gritos y risas, de ramos de rosas, bombones y ejemplares de *Moon Calf y The Age of Innocence*. En la puerta del camarote, le sonreía Lindsay Atwell.

—¡Oh, cuánto me alegro! —murmuró una virginal Ann—. ¿Cómo se enteró de que me marchaba?

—No era difícil de adivinar para un intelecto tan profundo y legal como el mío. Oí decir sil mayordomo de Ardence que usted se marchaba hoy a Europa, y éste es el único barco que sale esta noche. Ann, deseo que lo pase magníficamente. ¡Haga algo por mí! Vaya a Cornualles. Hay allí un pueblo perfecto, St. Mawgan, en el Valle de Lanherne… ¡un pueblo viejo, tranquilo, oculto entre los árboles y con una torre perpendicular que es más vieja que América! Luego cruce Newquay, y siéntese en Pentire Head, cubierto en verano de hinojo dorado. El mar tiene allí un extraordinario y

hermoso tono de púrpura. Yo solía pasarme allí horas enteras, con la cabeza apoyada en la mochila. Ya me lo contará todo cuando vuelva. ¡Buena suerte!… ¡Que Dios la bendiga!

Se marchó; uno de los camareros gritaba:

—¡Vaaamos a salir! ¡Todo el mundo abajo!

OceanofPDF.com

XXI

HABÍA una visibilidad de cinco kilómetros. El barco estaba separado del universo conocido, dentro de un limbo de agua salpicada por la lluvia, en un círculo de horizontes, cerrado por espesas nubes. La tierra había desaparecido. El barco se movía ligeramente, con un balanceo que Ann encontraba agradable, una vez que logró convencerse, después de mirar a los alegres camareros de cubierta, que aquello era lo normal y corriente.

Envuelta en mantas y tumbada en su silla larga, se sentía desprovista de toda su energía, tan apartada de todo como el barco solitario.

«Desde ahora, hasta que vuelva a poner el pie en el muelle de Nueva York, no voy a pensar ni un segundo en los trabajos sociales, en las reformas o en los empleos, y me voy a limitar a divertirme», se juró a sí misma.

Iba a bailar a bordo, a coquetear, a apostar en las carreras del barco y a tomar dos *cocktails* todas las noches. Luego, no iba a ver más que la Europa de los castillos ruinosos, de los pueblos de casitas de madera, de los cafés y las grandes galerías de arte; la Europa de las tarjetas postales.

Como guía de inspiración, había elegido el *Romance* de Andrew Lang:

Mi amor en un país del Norte,
En una torre gris dentro de un bosque verde,
A ambos lados del cual
Se ven batir las olas
Y leguas y leguas de amarilla arena
Que asoman a través del tupido follaje.

Y en la argentada noche del Norte
Muere la luz del día lentamente
Y manadas de ciervos color de lirio blanco
Surgen de entre las ramas grises
Y hacia el amanecer
Huyen cual espectros ante el día.

Aquélla era la Europa que ella iba buscando; una Europa sin huelgas ni estadísticas, sin sistemas monetarios desvalorizados, o turistas norteamericanos tratando de encontrar *buck-wheat* y *maple syrup*. Estaba tan cansada que el cansancio le impregnaba la carne, como las cenizas en la cabellera de una plañidera. Pero… ¡Oh, un momento antes de dejar de preocuparse por sus asuntos tenía que terminar el inventario de lo que ella pensaba acerca de los empleos!

Sí, se alegraba de haber trabajado con Ardence Benescoten, por varias y poderosas razones. Había descubierto que el peor de los «trabajadores sociales» profesionales, el más descuidado de los visitadores de las casas pobres, la telefonista más torpe del Instituto de Caridades Organizadas, el más malhumorado de los directores de una agencia de empleados gratuita era mejor que el más bueno de los aficionados ricos, que acudían con aire de condescendencia a los comités y trataban la «caridad» como una variante del *bridge*. En realidad, ¿no eran siempre mejores, a la larga, los profesionales, tanto si se trataba de obras caritativas como de la medicina, de la literatura, de conducir automóviles o de la prostitución?

En segundo lugar, había adquirido un desprecio tan consolador por los muy ricos, que nunca aspiraría más que a una casita modesta y a poder pagar la cuenta de la luz. Los había conocido a todos en casa de Ardence: el banquero amigo de los senadores; el ángel de las exploraciones a quien se permitía algunas veces —aunque siempre con desdén— tomar parte en ellas como geólogo auxiliar; al fabricante de retretes, que aspiraba a que le nombraran embajador en Siam; a la pálida anciana cuya única conversación era hablar de la suciedad y malicia de sus veintisiete criados. A pesar de lo que decían los periódicos socialistas, no eran una raza de superhombres que

conspiraban con diabólica previsión, para oprimir a los honrados trabajadores. ¡No valían tanto como eso! Eran poco inteligentes y la mayor parte muy aburridos.

Además, tampoco tenía que preocuparse por lo que iba a hacer cuando volviera. Lindsay Atwell era uno de los consejeros del Instituto de Caridades Organizadas, y había hablado con el director. Cuando lo deseara, podía tener un excelente puesto de ayudante suyo.

Y el cuarto beneficio que le había proporcionado Ardence Benescoten, aunque sin saberlo, era la amistad de Lindsay Atwell; era una realidad tan permanente y tranquilizadora como la doctora Wormser, las brumosas puestas de sol, o la Quinta Avenida nevada al caer la tarde.

En el barco había un comprador de diamantes. Como cruzaba el Atlántico de dos a seis veces por año, conocía a fondo los barcos. Desde luego, ningún capitán podría haber sido tan elocuente al describir el timonel automático, ningún *maitre* tan enfático acerca de lo que debía pedir para comer o el vino que debía elegir de la lista. Pero le informaba con otros fines. Aun cuando decía: «Esta mañana vi una marsopa», parecía insinuar: «Vamos a dormir juntos».

En teoría, a Ann no le importaba que la sedujeran otra vez. Aquélla era una buena época para hacerlo; estaba de vacaciones y no tenía que dar ninguna conferencia. Pero lo que la molestaba era no ser una mujer individual, sino simplemente un cupón.

Había también un muchacho que acababa de graduarse en Princeton y que iba a París, a estudiar en la Sorbona. Era tan refrescante como el agua. Pero ¡resultaba tan joven! Ann, que hacía ocho años había salido de la universidad, se suponía que hacía ciento, y se sentía gastada y se aferraba al optimismo gracias a un esfuerzo de su voluntad, cuando oía que el muchacho le decía, lleno de entusiasmo:

—¿Trabaja en cosas sociales? ¡Oh, cómo me gustaría hacer lo mismo! ¿No cree que, después de todo, la cosa más importante de este mundo es la *justicia*?

¡Pobre muchacho! ¿Qué quería decir con aquello? ¿Qué era la justicia? Un año antes, podía haberle contestado. Ahora…

También había el sano, entusiasta, serio y poco idealista grupo de hombres que se reunían en el bar para beber y que, al final de la travesía, había llegado casi a admitirla como si fuera un hombre más. A diferencia del comprador de diamantes y del empresario teatral, ellos no andaban husmeando por los camarotes de las mujeres, estremeciéndose al oler la lencería femenina. Se pasaban el tiempo tomando *high-balls* y contando historias chistosas. Formaban el grupo un ingeniero de minas, un par de periodistas, un doctor austríaco, un conservador y malhumorado fabricante de Chicago, un importador de entremeses, hijo de italianos; un escocés, director de un Banco de Trinidad y un exdiputado por Arkansas.

Eran seres reales.

Ann se riñó a sí misma por haber llegado a aquella tonta conclusión.

¿Por qué aquellos hombres burlones, cordiales y poco sutiles eran más «reales» que los poetas que desvelaban los secretos del alma, o que los reformadores para quienes el ser humano no era setenta y cinco kilos de carne, mantenidos con bistecs y gracias al descanso que proporcionaba un colchón de crin, sino el integrante de una ecuación social que significaba el paraíso?

«¡Bueno, pues a *mí* me parecen más reales!», se dijo Ann.

En la compañía del grupo de bebedores, olvidándose de un mundo de preocupados «bienhechores» de «problemas», Ann recobró gran parte de la sabiduría que había poseído cuando era una niña de diez años en Waubanakee, y se dio cuenta de que la mayoría de los hombres no eran ángeles con gafas ni pobres tuberculosos, sino ciudadanos sólidos, estólidos y poco pintorescos, a quien les gustaba tomar el desayuno; que iban a las oficinas, tiendas o fábricas, a las siete, las ocho o las nueve; que admiraban los deportes relacionados con la rápida propulsión de pequeñas pelotas; a quienes les encantaban las historias graciosas y el espectáculo de los políticos o los obispos; que se peleaban con sus esposas y reñían a sus hijos, Ann que los querían y por ellos buscaban la prosperidad; que eran inesperadamente competentes en los pequeños detalles de sus trabajos y que, a pesar de lo que temían los profetas, habían logrado, en los treinta mil

años transcurridos desde la época glacial, inventar el café, las máquinas de afeitar y la soldadura autógena, y prometían seguir adelante otros treinta mil más. Y eran bondadosos cuando llegaban a comprender algo. Sus travesuras más terribles —las guerras, los chismes, la malicia, la vanidad— no se debían a una maldad innata sino a su falta de conocimientos y de imaginación.

¡No! El grupo de los bebedores le enseñó también que los seres humanos no eran los imbéciles incurables y sádicos que pensaban Mamie Bogardus, Belle Herringdean y —cuando tenía que levantarse antes de las ocho y media— la misma doctora Wormser, sino gentes sanas a las que cualquier defecto glandular o cualquier crisis casual podía convertir en héroes y en santos. Y aquello estaba bien. Porque si la mayoría de las personas eran estúpidas, como parecían creer los intelectuales presuntuosos que rodeaban a Ann, entonces, ¿para qué votar, levantar hospitales, escribir artículos, crear escuelas públicas, o hacer cualquier cosa que no fuera tomar una colección de las obras de Shakespeare, una tonelada de habichuelas y retirarse a una caverna?

El que Ann descubriera que las personas eran realmente personas, no fue algo muy fácil ni muy sencillo.

Durante un siglo, los predicadores se habían quejado de que las personas no eran personas, sino seres infrahumanos y diabólicos, porque bebían y se peleaban, fumaban, iban con las mujeres y se olvidaban de la Iglesia. Más desde los días de la guerra había surgido en América una secta que predicaba con igual celo que la mayoría de las gentes no eran personas, sino seres infrahumanos y hasta bautistas, porque no bebían lo suficiente, no iban con las mujeres, ni se peleaban y olvidaban sus deberes religiosos lo suficiente, ni fumaban antes del desayuno. Al confiar en que la raza humana sabría seguir adelante por sí sola, Ann no se mostraba simplemente revolucionaria, sino nihilista.

Excusándose mentalmente ante Mamie Bogardus y Eleanor, gozaba culpablemente de la exclusiva compañía del grupo masculino y, de once a una y de cinco de la tarde a medianoche, le encantaba que la aceptaran como a un hombre más, a quien no asustaba fácilmente una conversación

normal, sana y algo libre; y le encantaba todavía más porque se había convertido en el objeto de los chismes de todas las mujeres de a bordo.

El grupo masculino no la alentó en sus deseos de ver una Europa de cuento de hadas, compuesta de torres grises y verdes bosques, y manadas de ciervos de color de lirio blanco. Ann se dio cuenta de que lo que *ellos* querían ver era el bar del Savoy, la pista de carreras de Longchamps, las oficinas de Cheapside, del Boulevard Haussmann y de Unter der Linden. Pero ella iba a ver la Torre de Londres, la sala capitular de Salisbury y un acantilado cubierto de dorado hinojo, que daba sobre un mar color de púrpura.

La primera tarde que pasó en Londres, Ann salió sola del severo hotel de Bloomsbury, donde se alojaba, y cometió la locura de seguir al azar, sin consultar siquiera su Baedeker. Entró en Lincoln's Inn y en el Temple; le agradaron el artesonado de la Sala del Consejo del Príncipe Enrique, los recuerdos de Lamb y Thackeray, la tumba de Goldsmith y la redonda iglesia normanda. Pero después de confundirse en varios puentes y ruidosos caminos, se halló en Bermondsey, en un Londres que no anunciaba ninguna compañía de vapores.

«Debe ver el verdadero Londres», le decía todo el mundo. Pues bien, ya estaba en el verdadero Londres, al menos en *uno* de los Londres verdaderos, en Bermondsey, y entonces se dio cuenta de que el majestuoso Londres, como el valiente Nueva York, y posiblemente todas las demás ciudades del mundo, no era nada más que dos o tres kilómetros cuadrados de hermosas tiendas, dormitorios y edificios públicos, rodeados de kilómetros y kilómetros cuadrados de casitas que parecían las casillas de un matadero, de tiendas modestas y fábricas sucias. Las callejuelas laterales de Bermondsey, más tristes aún que las de Brooklyn, corrían entre casas estrechas donde los seres humanos podían vivir una vida tan interesante e individual como las hormigas en un hormiguero. Los innumerables chiquillos iban sucios; los hombres que volvían del trabajo eran pobres y de aspecto fatigado; las mujeres no eran más que sombras.

Intelectualmente, Ann sabía que la pobreza de Inglaterra no podía ser más alegre que la de Harlem o San Francisco. Sin embargo, emocionalmente, no lo creía así. Los autores ingleses que daban conferencias en Estados Unidos, hacían creer al público que pertenecían a una civilización más dulce y madura que la de los americanos, y Ann estaba imaginativamente convencida de que toda Inglaterra se componía de casitas pintorescas en medio de verdes praderas, cubiertas en verano e invierno de rosas y alondras, amén de un Londres formado solamente por iglesias antiguas, Buckingham Palace, los elegantes pisos de los barones, los delicados desvanes de los poetas y los discursos de Winston Churchill.

Pero allí veía kilómetros y kilómetros de casitas de ladrillo de dos pisos, manchadas por el humo. Luego se abrieron las tabernas. Y las tabernas de Londres le resultaron el peor insulto al romanticismo de todo lo que había visto hasta entonces.

Ann había oído decir a los bardos viajeros, como Gilbert K. Chesterton, que los establecimientos ingleses donde se vendía la cerveza rebosaban de risas, melodías, alegres carteles y conversaciones acerca de la puesta del sol. Quería contemplar uno de esos santuarios. Vio que dos mujeres cubiertas con chales penetraban en una taberna de Tooley Street —se llamaba «El Oso y el Toro», pero con más razón se la pocha haber llamado «El Puerco Frío y la Vaca Cocida»—. Haciendo acopio de toda su audacia, las siguió al interior, pidió un vaso de cerveza y se sentó en un banco limpio, pero lúgubre, de la limpia, pero borrosa habitación. El bar era un mostrador de pino, pintado de amarillo, con unas vetas que querían imitar una madera que nunca existió en la tierra ni en el mar; la camarera que lo atendía era una anciana de unos sesenta años, de labios finos y escasos cabellos, que se pasaba todo el tiempo limpiando el mismo vaso, como si tuviera algo contra él. Enfrente del bar había dos damas venerables, con chales y delantales, y un caballero bastante bajito, con una bufanda por cuello.

Tosieron, preparándose a hablar. Ann escuchó. Ahora vendría la lírica digna de Chesterton, el sonoro inglés del borracho, en la sonora callejuela inglesa:

—Buenas tardes, señorita Mitch.

—¡Oooh! ¡No me había dado cuenta de que era usted! Buenas tardes, señor Dewberry.

—Hace bastante fresco hoy.

—Sí, así es.

—Bueno, buenas tardes, señorita Mitch.

—Buenas tardes, señor Dewberry.

Luego, el silencio, un silencio lúgubre que olía a cerveza, roto sólo por la camarera, que asentía a un cliente invisible que había en el otro salón:

—¿Una pinta de *bitter*? ¡Muy bien! ¡Una pinta de *bitter*!

Ann se dirigió a su alojamiento, pero antes entró en un restaurante ABC, y comió una cena compuesta de sopas, coles de Bruselas y cordero. Como era demasiado tarde para hacer otra cosa, volvió al hotel, el Royal William, y se sentó en el vestíbulo con sus aspidistras y sus paneles de linóleo barnizado, y trató de vencer su depresión, leyendo la lista de pares que figuraban en el Almanaque Whitaker que, con el Bradshaw y la Guía ABC, componían toda la biblioteca del Royal William.

Ella, como el resto de los americanos, había creído que la mayoría de los títulos procedían de la época de la conquista normanda, y le asombró ver cuántos pares habían sido creados desde 1890, y qué pocos antes de 1600. Luego se dijo: «¡Oh, déjalo! ¿Es que no puedes nunca olvidarte de los números? ¡Fechas! ¡Estadísticas vitales! ¡Número de divorcios por cada cien habitantes! ¡Salarios proporcionales! ¡El número exacto de kilómetros que hay entre Marble Arch y el Metropole de Brighton! ¡Qué cerebro! ¡Eso es lo que has sacado de las *Settlement houses*! ¿No puedes abandonar alguna vez esa inteligencia de cinta métrica y vivir imaginativamente? ¿No puedes sentir la presencia de John Keats y Carlos I?».

»¡No, ya que lo quieres saber, no! ¡Carlos I! ¡Y todo porque llevaba un cuello de encajes y una barba como la de los dentistas! ¡Me interesan más los salarios proporcionales! ¡Muchas gentes, cuando reciben los sábados el sobre con su paga, piensan que eso es más importante que las barbacanas!

»¡Pero hay nombres tan hermosos! Si papá hubiera sido al menor Leopold E. Godolphin Walmesley Wilfrid Cavendish Tatem Vickers, K. M. G., D. S. O., F. R. F., P. S. G., Primer Barón Waubanakee, ¡cuántas oportunidades se te habrían presentado, muchacha!».

Trató de cumplir con sus deberes de turista. Fue humildemente a Oxford, pero lo que después recordaba mejor era la figura de un profesor con toga y barba, montado en bicicleta, y no las cúpulas y los arcos. Recorrió solemnemente el Castillo de Kenilworth, y se dijo a sí misma que le parecía oír el ruido metálico de las armaduras; pero luego, ante un plato de esos pescados blandos y blancos que sólo los ingleses consideran comestibles, se confesó que no había oído ruido alguno y que, para ella, Kenilworth no era más que una ruina.

Después de aquello no visitó ni un solo castillo, ni uno solo de los lugares donde se había ocultado el Príncipe Carlos. Recorrió las ciudades fabriles de las cercanías de Manchester —no tan sórdido como Pittsburgh —, las modernas fábricas de tejidos de Surrey, las misiones del Commercial Road, los muelles de Poplar. Y vio Cornualles, no un Cornualles de dorados hinojos, sino un Cornualles de toscas casuchas de piedra, donde vivían los mineros que ganaban dos libras semanales.

Y porque veía la Inglaterra trabajadora de la época actual, las calderas, las minas de carbón y las dínamos, aquello le gustó más, se sintió mucho más a gusto que en las derruidas abadías. La Inglaterra que ella vio no estaba muerta, como la hermosa Venecia, el dormido Charleston o Atenas, con sus mármoles rotos y dorados. Tenía problemas, como la América de donde ella procedía; estaba viva. ¡Era el santuario dónde se guardaba la sangre de Shakespeare, no sus huesos!

Y al hacer estas investigaciones, no se vio rodeada de las únicas personas que conoce el turista; pertigueros, camareros, vendedores de billetes y compañeros de viaje, con las piernas cansadas, nostálgicos y un poco confusos entre lo que es un prior cisterciense y un jardín cistáceo.

Echó al correo las cartas de presentación que se había jurado no emplear, bien pronto fue amiga de diputados laboristas, mujeres periodistas, nacionalistas hindúes y generales pacifistas y, esta vez con la debida reverencia, fue a Toynbee Hall, la cuna de los *Settlement houses*. Reconoció de mala gana que era inútil el que intentara adquirir cultura visitando catedrales, recordando en qué lugar solía beber el doctor Johnson —era té,

¿verdad?—, o saber cuál era el restaurante de Soho donde se comían los mejores caracoles y donde había un camarero que había conocido a Anatole France —o quizás a Voltaire—, y se dedicó a hablar con sus amigos de Londres acerca del desarme —del que hablaba con mucho entusiasmo y ninguna cifra—, del plebiscito de Memel, del complejo de Edipo, del Antioch College, de Ramsay MacDonald y del mejor método para enseñar a los sastres judíos a jugar al *criquet*.

Ann no había visitado aún el Continente, aunque se le estaba acabando el dinero y era ya hora de volver a su país. Pero en la época de la primavera, de la primavera inglesa, Ann aprendió de nuevo algo que los automóviles han hecho olvidar a todo buen americano: el uso de sus piernas. Se paseó por los Kew Gardens. Con un par de estudiantes inglesas, amigas suyas, fue en bicicleta de Reigate a Tonbridge, de Petworth a Petersfield. Al recorrer el campo así, humildemente, empujando su bicicleta en las cuestas arriba, no se sentía extranjera en Inglaterra; aquélla era su patria igual que América. El tranquilo Sussex estaba más cerca del tranquilo Waubanakee que la Quinta Avenida.

Antes de partir, pasó ella sola el fin de semana, sin sus amigas las estudiantes.

Durante toda su vida no había tenido otros amigos íntimos que su padre, Oscar Klebs, Lafe Resnick, Pat Bramble, Eleanor y la doctora Wormser, y, sin embargo, siempre había estado rodeada de mucha gente. Descubrió que el fin de los viajes no es buscar nuevas gentes, sino huir de ellas y, en un medio poco familiar, descubrir algo tan poco familiar como nuestra propia persona.

Fue en tren hasta Arundel y luego en bicicleta a Amberley, en Sussex. Era un pueblo perfectamente pintoresco, digno de un dibujo de Navidad. Durante varios minutos, Ann, como cualquier otro turista, gozó de su contemplación, sin pensar en las neurosis o en los salarios de los pescadores de arenques. Subió a una roca protegida por la sombra de un roble y consideró el caso de Ann Vickers en este mundo complicado que incluye las praderas de Sussex, la esclavitud de Liberia, a Belle Herringdean, al

Príncipe Kropotkin, que había muerto precisamente aquel año, y al Presidente Harding, que acababa de inaugurar su mandato presidencial.

Tenía que volver a su trabajo. Pero si volvía al «trabajo social» lo más probable es que lo hiciera de un modo definitivo.

Tenía que pensar claramente en aquello. Nunca volvería a tener treinta años ni a encontrarse sola tomando el sol en una colina de Sussex, absolutamente independiente, todo lo independiente que puede ser un ser humano, y libre de elegir el trabajo o el paisaje que más le agradara.

Aquel «trabajo social», aquel descontento profesional con las cosas, tal y como son, era un campo de acción poderoso y bien definido. Era un campo de acción desconocido para la mayoría de las personas que vendían comestibles o sacaban patatas. Estaba separado tan claramente como la marina o el sacerdocio de los asuntos ordinarios, y como ellos, era igualmente apasionado, tanto cuando tenía razón como cuando no la tenía. La reforma. Era un mundo entero: distribución de los donativos, mejora de las prisiones, luchar por la palabra libre y el libre divorcio, por la limitación de la natalidad, el cabello corto y las camas con colchones en los campamentos madereros; un mundo extraordinario, compuesto de santos, estafadores, exhibicionistas, humoristas, que encontraban muy divertidos a los senadores con sombreros Stetson, senadores con sombreros Stetson que encontraban espantosa a Wall Street, serios vegetarianos que luchaban contra el bistec, doctores cínicos que luchaban contra los vegetales, y gentes jóvenes y alegres, aficionadas generalmente a tirar gatos muertos dentro de los recintos sagrados.

Aquel mundo tenía obviamente sus faltas. Ann, porque había tenido que tratar personalmente con ellos, sentía por los fanáticos una antipatía mucho mayor que la de los periodistas veteranos, que hablaban mal de toda clase de «ismos»: odiaba a los pastores muertos de hambre que lograban penetrar en los diarios abogando por el anarquismo y el cubismo, y a los pastores demasiado bien nutridos, que atraían a las multitudes atacando al alcohol y la prostitución —con ilustraciones atractivas—. A las gentes que amaban la autoridad y no encontraban medio mejor de obtenerla que tratando con los tímidos y los pobres indefensos. A los que querían vengar en la humanidad entera las desgracias de sus poco importantes puerilidades. A los

demagogos que aceptaban con la misma alegría el ser elegidos representantes de Moscú o de Rittenhouse Square.

«Sí —se decía Ann a sí misma—, es una mundo loco, difícil. Pero todos los mundos son iguales.

»Mientras haya un hombre hambriento y sin trabajo —continuaba—, mientras haya un niño maltratado, un pantano que produzca malaria (y no cabe duda de que siempre habrá esas cosas), yo tendré que seguir fustigando la desidia y la crueldad. Tengo que hacerlo, aunque me odie a mí misma pensando que soy una hipócrita…, una sentimental…, una charlatana…, una ergotista que se quiere enfrentar con la sabiduría de los siglos, ¡la más estúpida de las supersticiones!».

Pero aún no era demasiado tarde para salvarse a sí misma del frenesí de la salvación. No era una reformadora, porque hubiera resultado un fracaso en los asuntos prácticos. No había hallado nada difícil en el manejo de una oficina, en ser puntual, en dar órdenes a las mecanógrafas, en imaginarse lo que harían sus competidores —esos ritos por los que los hombres se convierten en presidentes y los fabricantes de bañeras en seres tan importantes que sus biografías aparecen en las revistas—. Podía «prosperar» en los negocios. Le habían ofrecido el puesto de gerente del departamento femenino de un Banco de Rochester. ¿Por qué no aceptar?

Los negocios no eran sórdidos ni mezquinos, como pretendían los intelectuales pedantes. Tan normal era que un hombre o una mujer del siglo Veinte se «dedicara a los negocios», como que un ciudadano del 1200 tomara parte en las Cruzadas. Era el espíritu de la edad, y ¿qué modo mejor de influir en una época que el formar parte de su espíritu? ¿Acaso los hombres de negocios de nuestros días no dirigían la política, hacían que los ministros del Evangelio predicasen mensajes elogiando la prosperidad, e inspiraban a los autores para que escribieran las novelas de detectives más capaces de divertir a los magnates de la industria? ¿No era una idea noble la de animar a los jóvenes más inteligentes a dedicarse a los negocios, y convertir de ese modo en algo más intelectual la noble tarea de proveer a las gentes de buenos zapatos, bistecs tiernos, jabón espumoso y linóleo estético?

¿No era aquello lo más sensato?

«¡Oh, probablemente! —suspiró Ann, que se sentía cansada, las nubes habían cubierto el sol y el aire era demasiado frío—, pero yo nunca he buscado la sensatez, ni en un trabajo ni en un amante. He buscado lo que el soldado llama “aventuras”, lo que el sacerdote llama “santificación”. ¡Seguiré siendo una entrometida, una persona insoportable! Porque la sabiduría de este mundo, sí, aun la sabiduría de los anabaptistas y de los metodistas, de los lavanderos y de los empleados de los garajes, de los republicanos y de los jugadores de golf, es necedad ante los ojos de Dios”.

Pero, mientras volvía en bicicleta a Arundel, le pareció que llevaba a su lado a su hija Pride, que le pedía la seguridad de un hogar y no un camino duro y difícil, entre altas mesetas batidas por los vientos.

Y así, en la alegre primavera —que se manifestó en el Atlántico en dos tempestades y tres días de niebla—, Ann Vickers volvió a Estados Unidos.

OceanofPDF.com

XXII

DURANTE el año que trabajó como ayudante del director del Instituto de la Caridad Organizada, de Nueva York, tuvo que tratar tanto con presas que habían terminado su condena, o que habían sido puestas en libertad bajo fianza, que no pudo menos de recordar los quince purificadores días que había pasado en la cárcel de Tafford. Las ex presas a quienes trataba no habían salido muy reformadas de la cárcel; salían de ella, aun las mejores, no solamente sin arrepentirse, sino deseosas de vengarse de la sociedad. Así, pues, sus experiencias la condujeron hacia lo que se conoce por el nombre de «ciencia penal».

(¡Ciencia penal! ¡La ciencia de la tortura! ¡El arte de cerrar con llave la puerta de la cuadra después que han robado el caballo! La conmovedora fe en que los neuróticos que odian las leyes sociales pueden llegar a amarlas si se los confina en pocilgas malolientes, se les da de comer mal, un trabajo aburrido y se les obliga a actuar con las personas cuyo trato ha sido una de las principales causas de su detención. El credo, basado en la premisa de que Dios creó a los seres humanos para que fueran quemados en su mayoría, de que es un pecado el que un individuo cometa un asesinato, pero una virtud el que el Estado asesine a los asesinos. La teoría de que los hombres elegidos por la habilidad que demuestran al aporrear a los penados pueden, si los dejan realizar su tarea en la oscuridad sin que se vaya a saber públicamente lo que hacen, conseguir que esos mismos penados lleguen a amar la virtud. ¡La ciencia penal!).

Ann trabajó un año en el Refugio para mujeres de Green Valley, en Nueva Inglaterra, desempeñando la tarea de directora educativa. En Green Valley no halló gran cosa de la que las presas pudieran quejarse, como no

fuera lo mucho que se aburrían, porque una dama que se ha pasado diez años robando en las tiendas, emborrachándose, y siendo por turno seducida y detenida, no se conmueve mucho ni aun ante la más competente profesora de planchado. El Refugio de Green Valley, un edificio de ladrillo rojo, edificado haría unos cincuenta años, rodeado de un parque tapiado y situado en las afueras de una ciudad de Nueva Inglaterra, había sido construido ames de que las autoridades creyeran que se podía hacer cualquier cosa con los infractores de la ley —de los dieciséis a los setenta y seis años, idiotas o inteligentes psicópatas, sentenciados por torturar a niños o por no cumplir con las leyes de la abstinencia—, menos hacerles trabajar, asustarlos y tenerlos seguros.

Detrás del edificio de ladrillo rojo de la administración, con su puntiagudo techo abuhardillado y el alto mástil de la bandera, había un pabellón de celdas con suelo de madera, a las que ningún lavado dejaba del todo libres de piojos y cucarachas, y carentes de cualquier comodidad higiénica que no fuera un cubo, un jarro y una palangana. El espacio era insuficiente. Las sucesivas legisladuras del Estado, esas voces del pueblo divinamente elegidas, se negaban a darse cuenta —aunque el Comité correspondiente se lo repetía bastante a menudo—, de que cuando un Estado ha doblado su población en los últimos cincuenta años, la población penal tiene que aumentar también. En las celdas de suelo de madera y barrotes de hierro, que medían dos metros de ancho, dos metros y medro de largo y dos diez de alto, y que cincuenta años atrás se destinaban a una sola persona, vivían ahora dos, y muchas presas dormían en camastros en los corredores, mientras la legislación discutía el importe de la multa que debía ponerse a los que pescaban truchas en tiempo de veda. El pequeño jardín del Refugio había estado cubierto tanto tiempo por la grava que, por mucho que se esforzaran las presas, no lograban conseguir que crecieran en él hierba ni flores de ninguna clase.

Los jefes superiores de Green Valley, la superintendente, la administradora, el doctor, y luego Ann Vickers, luchaban contra todo esto, viviendo ellos mismos en habitaciones casi desprovistas de muebles, pagados abominablemente y comiendo casi lo mismo que las presas. Se habían librado de los contratistas; querían que el trabajo de la prisión fuera

un aprendizaje vocacional. Unas cuantas de las mujeres que habían ingresado en la prisión como cocainómanas y enemigas furiosas de la sociedad, habían salido de ella deseosas de vivir decentemente… y, por lo tanto, si tenían suerte, se les permitiría lavar platos y guisar durante catorce horas al día y ser tratadas como virtuosas jornaleras y no como demonios.

Los jefes de Green Valley eran buenas personas y, durante sus escasas francachelas, cuando les llegaba el momento de descansar un rato a medianoche, bebiendo cacao caliente, Ann se decía que las quería tanto como había querido a Malvina Wormser y a Mamie Bogardus.

Pensaba seguir trabajando en las prisiones. ¡Sí! Se imaginaba cárceles que serían una combinación de hospital, instituto técnico, laboratorio de psicoanálisis y viejo jardín inglés. Iba a ser una potencia. Haría que las legisladuras comprendieran que los enfermos del espíritu necesitaban más cuidados que los enfermos del cuerpo.

Durante un año —en el que vivió principalmente de café, té y de dar lecciones—, estudió sociología, especialmente criminología, en la escuela graduada de Columbia, dando clases tres veces por semana en un reformatorio femenino. Compartía su piso con Pat Bramble, convertida en vendedora de propiedades, y seguía teniendo el virginal aspecto de una rosa silvestre, aunque no hubiera en ella nada de rosa cuando se trataba de conseguir que los clientes pagaran el último plazo. Y Ann se pasaba las tardes de los sábados descansando perezosamente en compañía de Pat, la doctora Wormser o Lindsay Atwell.

Lindsay le había telegrafiado a su barco para darle la bienvenida, a su llegada de Europa. Iba muchas veces a verla, pero resultaba tan inocuo como los muchachitos corteses que frecuentaban el departamento de Pat y la ayudaban a lavar los platos, como un medio de pagarse la cena. Durante algún tiempo a Ann le ofendió, como les ofende a todas las mujeres, aun a las que tienen una carrera, el que, aparentemente, Lindsay no la encontrara digna de hacerle el amor. Pero luego se dio cuenta de que estaba cansado. Luchaba —siempre estaba luchando— en una guerra de un millón de dólares entre un ferrocarril y una mina de carbón, o en un caso testamentario en el que una pandilla de derrochadores intentaba quitarle a otra pandilla de derrochadores el dinero que un viejo avaro había ganado

vendiendo específicos o, a veces, aunque no con frecuencia, interviniendo en algún conflicto social. Cuando ocurría esto último, Ann se alegraba y se volvía aún más radical, y Lindsay suspiraba: «Sí, los líderes del sindicato son unos buenos muchachos. Pero este año han cometido un grave error. ¡No contrataron a unos pistoleros tan buenos como los comunistas, y por eso perdieron la huelga!».

Iba al piso agotado por el cansancio. Al parecer, se encontraba tan a gusto en presencia de Pat como en la de Ann. Al cabo de un rato se frotaba los cansados ojos y decía:

—¿Quieren que salgamos esta noche?

Las llevaba a un restaurante de los que ni siquiera habían oído hablar, a los nuevos y secretos *speakeasies* que comenzaban a abundar en Nueva York, y en los que se bebían vinos legítimos, transportados de contrabando en cargueros franceses. Cuando les daba las buenas noches, Lindsay las besaba ligeramente a las dos.

Ann permanecía despierta un minuto, pensando en Pride, su hija. ¿No se parecía mucho a Lindsay?

Pero el hallazgo de aquel año no fueron las clases de Columbia, las presas a quienes enseñaba, ni Lindsay Atwell, sino el doctor Julius C. Jelke, profesor de sociología de Columbia.

El doctor Jelke era un hombre rechoncho, muy amigo del billar, del oporto, de James Branch Cabell y de los zapatos de gamuza blanca. Comenzó su clase de criminología, a la que asistía entusiasmada Ann Vickers, diciendo con voz lenta:

—Señoras y caballeros; tenemos que considerar el estado actual de las prisiones de Estados Unidos. Veremos entonces que algunas de ellas son decentes y humanas y algunas claramente indecentes e inhumanas, y al principio esta diferencia nos parecerá importante. Antes que nada, debo prevenirlos contra tal *naiveté*. ¡No hay buenas prisiones! ¡No puede haber buenas prisiones! No puede haber una buena prisión del mismo modo que tampoco puede haber un buen asesinato, un buen cáncer o una buena violación.

»Aunque al parecer exista una clara superioridad, aunque la prisión «A» sea más clara, mejor ventilada y menos aficionada a los castigos dolorosos que la prisión «B», eso no quiere decir necesariamente que sea “mejor”. Puede estar llena de una virtud hipócrita e intolerante, que hace más daño a un preso sano, fuerte y normal que los parásitos y los golpes. Aun aquellos que no nos tenemos por uno de los “tipos criminales” del señor Lombroso, hemos preferido pasar nuestras vacaciones en bosques sucios y salvajes, mejor que en las casas limpias y ordenadas de personas excesivamente virtuosas. ¿Buenas prisiones? ¿Buenas para qué? ¿Buenas para algo que no sea aumentar la presunción y el contento de las personas respetables?

»En el mejor de los casos, la cárcel es una forma tan poco natural de la separación de la vida normal que, como los padres demasiado amantes, la religión demasiado celosa o cualquier otra violación bienintencionada de la personalidad, impide que las víctimas, al recobrar la libertad, vuelvan a asumir un papel natural en la sociedad humana. En el peor de los casos; y os sorprendería saber cuántas son las prisiones malas en esta época de la ternura y el humanitarismo, 1923, la prisión está casi científicamente destinada a desarrollar, por métodos violentos, todos esos rasgos antisociales por los que al parecer, llevamos las personas a la cárcel, y digo “al parecer”, porque, en realidad, metemos a las personas en la cárcel porque no sabemos qué hacer de ellas y, por lo tanto, los jueces, la policía y el resto de los ciudadanos las esconden para no verlas y demuestran que nosotros, los seres humanos, tenemos la misma mentalidad que el avestruz. La prisión hace que el hombre que odia a sus superiores salga de ella odiando a todo el mundo. La prisión convierte al anormal sexual en un loco sexual.

La prisión hace que el hombre a quien le gusta pegarse con sus compañeros de borrachera salga de ella deseando matar a un policía, lo cual, después de todo, no es tan mal resultado de su encierro si se considera que en la mayoría de las ciudades y pueblos la prueba de la mentalidad de los policías consiste en que pesen noventa y cinco kilos y tengan una cabeza igualmente invulnerable a las porras que a la educación.

»Voy a darles una fórmula por medio de la cual podrán probar la inteligencia de todos los jefes y personas que tienen que ver práctica y

directamente con las prisiones. Todo oficial de prisiones inteligente cree secretamente, escriba o diga lo que quiera, que todas las prisiones, que cualquier clase de prisión, buena o mala debe ser abolida.

»¿Y quién ocupará entonces su lugar? Hace ciento cincuenta años, la mayoría de las autoridades creían que la tortura, una práctica aún muy de moda en los Estados Unidos, bajo el nombre de Tercer Grado, era algo vergonzoso e inútil, y no sabían aún con qué reemplazarla. No cabe duda de que previamente se decían: “En teoría, yo estoy contra la tortura, pero, después de todo, soy un criminalista práctico y avezado y hasta que tengamos algo mejor seguiré usando el cepo y el potro…, aunque como soy humanitario, creo que se debe poner una almohadita blanca debajo de la cabeza del criminal, al extenderle en el potro”.

»Probablemente, mañana no podremos dejar en libertad a todos los que llamamos criminales, y cerrar todas las cárceles, aunque claro que eso es lo que hacemos, a plazos, dejándolos irse cuando han cumplido su sentencia. No, la sociedad no puede dejar en libertad a las víctimas que ella misma ha incapacitado para vivir libremente. Sin duda alguna, como el Milenio está aún muy lejos, es aconsejable tratar de que las prisiones sean tan claras y sanas como sea posible, para que los presos vivan su muerte en vida con la mayor comodidad. Pero no nos enredemos con nuestra filosofía. No os imaginéis que si, por vuestro descuido, porque no habéis pensado en vacunarlas, permitís que vuestras víctimas pillen las viruelas, vais a salvarlas o a limpiaros de culpa lavándoles la frente con agua fresca, por mucho bien que les hagan esos lavados.

»¿Qué va a ocupar el lugar de las prisiones? Sin duda alguna, algo. Fundamentalmente, una institución parecida a la de la libertad condicional, para aquellos que sólo necesitan un poco de ayuda para reconstruirse moralmente. Para los éticamente enfermos, para los incurables, un encierro sano en un hospital. Tanta razón hay para castigar al enfermo ético como al enfermo físico. Y como el revolucionario de la criminología es en realidad mucho más duro que cualquier juez de Tammany, no tiene nada de extraño que le guste sentenciar a cadena perpetua a un desgraciado que ahora no es penado con más de cinco años. Si un hombre está incurablemente podrido, si es un homicida, violador o torturador de niños, incurable, entonces no va

a ser mejor cuando salga de la cárcel al cabo de cinco años. Hay que encerrarle para siempre, no vengativamente, sino del mismo modo que apartamos de los demás a los tísicos incurables. Pero *lo que yo quiero* es que esa condición "incurable" sea certificada no por un juez cuyo único estudio psiquiátrico ha sido jugar al póquer y asistir a banquetes en compañía de los políticos del distrito, sino por psiquíatras expertos…, si es que existen… Y si no, cerremos por una temporada West Point y Annapolis, y veamos si no es más útil enseñar a la gente a curar en vez de enseñarla a matar.

»La infamia de los criminales es uno de los temas favoritos de las conversaciones de sobremesa. Pero la futilidad de las prisiones es un tópico tan poco conocido entre las personas que se llaman inteligentes como el de la teología de los tibetanos. Hay ciertos problemas sociales de los que todo el mundo sabe un poco, así que hoy en día todo el mundo espera que un vagabundo, un rector de la Quinta Avenida o un presidente de los Estados Unidos tengan nociones elementales de que la guerra y el capitalismo, el manejo de los negocios para el beneficio particular de los seres más astutos, no son algo sagrado y permanente. Pero que la oscuridad, el mal olor, el obeder a los inferiores y un medio de vida en el que se mezcla el horror de un duelo a la bayoneta y la mezquina pequeñez del chismorreo de un pueblo no son los remedios para curar las complejas enfermedades del alma, es una teoría tan desconocida para la mayoría de los jueces, abogados, celadores, legisladores y simples ciudadanos de hoy en día, como lo era hace cien años la existencia del sangriento sumidero de la prisión de Newgate.

»El ciudadano ordinario, cuando se entera de algún crimen infame, exclama siempre: "¡Tenemos que aumentar la duración de las sentencias!". Tiene razón al detestar el crimen. Pero lo que debiera decir es: "Como los crímenes van en aumento, el sistema penitenciario es sin duda un claro fracaso. Tenemos que probar otra cosa".

»Antes de nuestra próxima reunión, me gustaría que ustedes leyeran…».

Ann salió de la clase ligeramente confusa. ¿A qué quedaban reducidos, pues, todos sus planes para lograr que hubiera «buenas prisiones»? ¡Oh, de todos modos seguiría trabajando!… «No hay ninguna obra buena —pensó

— que no acabe en esencia destruyéndose a sí misma, para dejar paso a algo más grande».

Se había examinado para obtener un puesto en la administración pública del Estado de Nueva York. Pasadas unas cuantas semanas habría obtenido ese símbolo del más alto saber: un título de *magister artium* —¡título extrañamente místico!—. Se fue a ver al profesor Jelke y le pidió animosamente:

—He visto una buena institución penal, Green Valley. Pienso quedarme en Nueva York. Pero ahora quiero ver antes la peor de las penitenciarías, o no sabré nada de lo que realmente es la ciencia penal. ¿Qué me aconseja usted?

—Pues… hay muchas prisiones malas. ¿Quiere una prisión de mujeres? Creo que la peor de todas es el departamento femenino de la Penitenciaría de Copperhead Gap, en el estado de Blank. Pero le costará mucho trabajo entrar en ella. Los empleos de celadora de prisión, especialmente en los Estados atrasados, se reservan para las parientas de los políticos que son demasiado malas o demasiado ignorantes para buscarse un empleo de porquerizas. Pero tiene usted una ocasión de entrar: la señorita Albert Windelskate, uno de los miembros del Comité del Estado de Blank, creo que es mujer del usurero. Es una dama muy intelectual y caritativa, algo verdaderamente terrible. La conocí en una asamblea de criminalistas. Me escribe… ¡Oh, Dios mío, lo que me escribe! Me escribe diciendo que se debía incapacitar físicamente a los criminales, si bien, claro está, es demasiado delicada para llamarlo así…, aunque le encanta pensar en ello. Yo le escribiré. A propósito: si va a Copperhead, mi amiga Jessie Van Tuyl está cumpliendo allí tres años, acusada de sindicalismo criminal. Es una mujer espléndida.

Ann Vickers, M. A., fue nombrada directora educativa y empleada jefe —los dos sueldos eran de mil trescientos dólares anuales más la casa y la manutención—, del departamento femenino de la Penitenciaría de

Copperhead Gap, en un estado cuyo santo patrón era William Jennings Bryán.

La doctora Wormser dijo:

—¡Magnífico! Si aguantas hasta mediados del otoño, es decir, hasta dentro de tres meses, ¿te parece que pasemos el mes de octubre en mi casita?

Pat Bramble dijo:

—¡Oh! ¿Cuánto ganas? ¡Dios mío!, ¿eso es todo? ¡Oh, déjate de eso y dedícate a vender fincas!

Lindsay Atwell dijo:

—¿Copperhead Gap? No sé lo que les harán allí a las mujeres, pero yo tuve allí un cliente masculino que entró siendo falsificador y salió siendo asesino. Aunque claro está que no debo exagerar; el mundo ha mejorado y las prisiones también. Hemos acabado con la tortura… ¡Ann! Hace tanto calor esta noche… Creo que me voy a pasar un mes en Escocia… ¿Vamos a pasearnos por Riverside Drive?

Se sentaron en un banco, junto al Hudson. El calor había dado a Nueva York una languidez tropical. Los innumerables bancos estaban llenos de enamorados estivales y, delante de ellos, pasaban lentamente marineros estrechando de la cintura a ruidosas muchachas. La flota había llegado al puerto; sus reflectores se entrecruzaban en el cielo, y las bandas de Palisades Park, al otro lado del río, sonaban como los *tan-tan* de la selva.

—¡Ann! —suspiró Lindsay—. Me he aprovechado imbécilmente de usted durante este invierno. Ahora me doy cuenta de que siempre daba por sentado que usted estaba dispuesta a divertirme un rato cuando estuviera cansado. Me canso muchas veces, pero me aburre el descansar. Este invierno casi me ha salvado la vida —le estrechó la mano, pero tenía la palma húmeda y él la soltó. A ella le pareció, no obstante, que seguía sintiendo su presión, una presión que le libraba de la lasitud de aquel día de julio—. ¡Es tan real, Ann! Con usted no hay que defenderse ni luchar. No es vana ni egocéntrica, ni aprecia a los hombres por lo que puedan servirla. Por esta razón, porque me sentía tan seguro de usted, probablemente no me

he dado cuenta de lo desesperadamente que la aprecio. Ese horrible plan suyo de ir a esa edición de bolsillo del infierno, a Copperhead Gap, me ha abierto los ojos. ¡No vaya! ¡Es una locura! Venga a Escocia conmigo, unidos desde luego por vínculos decentemente matrimoniales. Creo que le gustaría recorrer a pie los Trossachs.

—Si por lo menos estuviera apasionadamente enamorado de mí…

—¡Lo estaré!

—Cuando lo esté, arrebáteme y no discuta el caso como si se tratara de un testamento o de un pleito. Pero yo también le aprecio. Mas no daría por nada del mundo mi oportunidad de luchar contra Copperhead Gap… o, bueno, por casi nada. No.

Más tarde, Ann pensó que habría sido mejor tentarle, obligarlo a que la abrazara, a que venciera su resistencia. Pero era demasiado tarde ya, cuando podía ver con una desesperada claridad sus ojos bondadosos. ¿Qué eran aquellos «ardides femeninos» de los que tanto se hablaba en las novelas? ¿No podría ella dominarlos nunca: mostrarse amable, esquivamente lejana, melancólica, enternecida por su apretón de manos, y despertar en él la convicción de que ella era un desvanecedor misterio que él tenía que penetrar?

«En otras palabras, mentir y fingir. ¡No, que me cuelguen si lo hago!», dijo Ann.

Su solitario lecho ardía con el calor de julio.

«El mundo ha mejorado…, hemos acabado con la tortura», dijo Ann, citando cínicamente las palabras de Lindsay.

OceanofPDF.com

XXIII

LA SEÑORA WINDELSKATE, una dama dotada de alto espíritu cívico, que entregaba todos sus ratos libres al Comité de Prisiones del Estado, y a la publicidad periodística resultante de ello, tenía una casita veraniega en Timgad Springs, el lugar más elegante de todo el Estado. Se hallaba en el camino de Olympus City, la estación de la Penitenciaría de Copperhead Gap, y la señora Windelskate había invitado a Ann a pasar un día allí, para que descansara y pudieran congratularse mutuamente.

La señora Windelskate fue a recibir a Ann en su hermoso auto, adornado con un florero de vidrio que contenía un ramo de flores artificiales.

—¡Hace tanto calor! ¡Dios mío, cuánto debe de haber sufrido en el tren! Pensé que lo mejor sería que fuéramos a comer al «Country Club». Su tren para Olympus City sale a las tres; llegará a la Penitenciaría a eso de las cinco. ¡Oh, señorita Vickers, todos pensamos que ha tenido una decisión magnífica al venir a ayudarnos en nuestra reforma de las prisiones, con su educación, sus experiencias del Estado, y demás! Muchas de las gentes de Nueva York y de Boston piensan, por lo visto, que en los estados del Sur y del Oeste no se ha progresado mucho en materia de criminología científica, y usted podrá decirles, a su vuelta, cuántas cosas hemos conseguido aquí. ¡Pero si hasta tenemos un gimnasio para las presas de Copperhead Gap! Esto fue idea mía, mía y de mi esposo. Nosotros contribuimos a él con cien dólares. «Me figuro que tú estarás pensando que vamos a arruinarnos con nuestros donativos», le dije, pero él se echó a reír y me contestó: «¡Oh, creo que podemos resistir eso y más!». Él es así. Al ver lo inteligente que es en los negocios, pues se dedica a préstamos e hipotecas, usted no creería todo

el bien que hace. ¡Oh!, yo no sé lo que harían casi todos los granjeros y almacenes del Pearl Country si él no les diera dinero y los ayudara a salir de sus apuros, y estoy segura de que *nunca* se queda con sus tierras; si hay algún medio de impedirlo, hace imposibles por evitarlo, aunque Dios sabe lo poco previsores que son sus clientes: compran autos y máquinas de lavar, etcétera, aun cuando le dicen que no pueden pagar los intereses. Pues, como le decía, al verle en su despacho, tan enérgico e inteligente, nadie pensaría cuánto dinero se gasta en criminología, caridad, etcétera. Tiene un corazón tan blando como… tan blando como el que más. Y luego, el doctor Slenk, el de la prisión, claro está, el alcaide, el doctor Addington Slenk, yo fui en gran parte la responsable de que le nombraran y echaran al viejo maniático que teníamos antes en su puesto; es un penalista científico y muy moderno; ya verá cómo adora al doctor Slenk.

Durante este pronóstico del oráculo, la señora Windelskate había llevado a Ann al Indian Mound Country Club, y la dirigía hacia la terraza de losas rojas que había al borde del ondulado campo de golf.

—Claro está que, como dice el doctor Slenk, se han dicho muchas tonterías y hay mucho sentimentalismo acerca de la reforma penal. Las prisiones no tienen que ser un lugar de esparcimiento. ¡Si un hombre mata y roba deliberadamente, uno no va a premiarlo tratándolo como a un millonario! Como dice el doctor Slenk, hay demasiados reformistas teóricos que tienden a no fijarse en el hecho de que, aunque la principal tarea de las prisiones es regenerar a los hombres que se han descarriado, de todos modos deben producir también un bueno y sano efecto «aterrador», para que los animales no sientan mucha prisa por volver a ellas…

»Y aquí, en las montañas, tenemos bastantes penados muy rudos, y de nada nos serviría el tratarlos con blandura. No están acostumbrados a ello; lo único que harían sería aprovecharse si una les daba lujos, pastel todos los días y una serie de baños que estoy segura que no tienen muchas personas decentes que respetan la ley. Para muchos de estos montañeses rudos, la prisión es una fuerza *muy* civilizadora y regeneradora, sobre todo cuando está dirigida por un caballero como el doctor Slenk. ¡No puede imaginarse lo que es esto! ¡Pero si en sus casas no comen más que puerco salado y

melaza de sorgo, y los vuelve locos de contento el comer ciruelas, pasas y cosas como ésas en la prisión!

»No, como dice el doctor Slenk, la gran fuerza regeneradora es el trabajo rudo y útil. En el departamento de hombres tenemos industrias verdaderamente buenas: una fundición donde hacen cacharros de cocina, y una tejeduría y, en el departamento de mujeres, un hermoso taller donde se hacen camisas y ropa interior. Quizá nuestra maquinaria no sea todo lo moderna que nos hubiera gustado, pero eso ya llegará con el tiempo. Sin embargo, es una vergüenza que los contratistas que nos compran los productos terminados no nos quieran pagar por ellos lo que debieran. ¡No tienen sentido del civismo! Nos gustaría pagar a los presos veinticinco centavos diarios por su trabajo, para animarlos un poco, pero no podemos darles más de cinco centavos, y eso, en realidad, no es mucho, aun en los casos de condenas largas. Pero, de todos modos, la industria moderna es la que enseña a esos desgraciados a ocupar su puesto en la sociedad, cuando salen de aquí. ¡Sobriedad! ¡Castidad! ¡Trabajo duro e incesante! ¡Obedecer las reglas pronto y sin murmurar! ¡Qué lecciones tan inapreciables!

»Ya es hora de pedir la comida. Espero que le gustará nuestro club. ¿Verdad que la casa del club es muy bonita? ¿Sabe que nos costó ciento cincuenta mil dólares? Está hecha de los mejores materiales. Yo le digo muchas veces al señor Windelskate: ¡Mira! ¡Ése sí que es un edificio que va a *durar*, en esta época en que todas las cosas se construyen mal y aprisa!". Yo creo que debemos construir para lo futuro. Por eso trabajo tanto por los pobres corderitos de la prisión, aunque Dios sabe que nadie me lo agradece ni reconoce, eso que el gobernador, el gobernador en persona, me dijo: "Señora Windelskate, no creo que usted se imagine lo que significa para las instituciones y las actividades públicas de este Estado el que una mujer importante como usted se haya tomado tanto interés por ellas", aunque, como ya le dije, yo no pretendo tener ningún conocimiento de todas esas cosas sociológicas, pero pienso que nadie debe desdeñar el consejo y el interés de *cualquier* mujer enérgica y que tiene idea de su deber cívico. Y le sorprendería saber cuánto dinero gastamos en limosnas yo y el señor Windelskate, cuando estamos en nuestra casita; vivimos en Pearlsburg en el invierno, como es natural. Pearlsburg es diez veces más grande que Timgad

Springs. El último censo le daba una población de veintisiete mil habitantes, ¡y a mí no me extrañaría lo más mínimo que cuando llegue el censo de mil novecientos treinta, veamos, dentro de seis años, que tenemos una población de treinta mil habitantes y puede que hasta de treinta y cinco mil!

»Pero de lo que debo hablarle es de nuestra prisión. Dios sabe que nadie está más al tanto de todo lo que pasa en ella que yo. Y por eso, cuando algunas personas se quejan de que los presos no tienen muy buena alimentación, no viven en condiciones muy higiénicas y tienen que trabajar mucho, en realidad, es una *lástima*, ¿no le parece? ¡Que unos criminales degenerados tengan que trabajar tanto como usted y como yo, y otras tantas personas *decentes*! Y cuando oigo que la gente nos crítica y dice esas cosas, ¡oh, hay tantas personas de las que les gusta criticarnos! Como uno de esos llamados predicadores liberales, un universalista de Pearlsburg, capaz de decir *cualquier* cosa con tal que cause sensación y se hable de él, gentes que sólo ven el lado destructivo de las cosas, ¡que no tienen ni una idea constructiva en la cabeza!

»Pero me he enterado de cuál es el origen de todos esos rumores falsos, y contra eso quería yo prevenirla. En el departamento femenino de Copperhead hay una presa que se llama a sí misma señorita Jessica Van Tuyl. Es una comunista, una anarquista, una agitadora de las masas y una revoltosa de la peor especie. Me he enterado de que esa tal Van Tuyl fue la responsable de que se pusieran no sé cuántas bombas y se cometieran toda clase de atrocidades en las recientes huelgas de los trabajadores de las minas de carbón y arrendatarios de granjas. Fue enviada por tres años a la penitenciaría, acusada de sindicalismo criminal y conspiración contra el Estado. ¡Deberían haberla condenado a cadena perpetua si nuestros jueces no fueran tan débiles y no le tuvieran tanto miedo a la opinión pública! Y ésa es la mujer que, no sé cómo, se las arregla para enviar afuera cartas mentirosas acerca del género de vida de la prisión, y consigue que se propalen toda clase de rumores falsos y contrarios a nosotros.

»¡Oh!, ya sé que es una labor que no acarrea más que disgustos, pero, de todos modos, ¿no cree usted que es el deber de las mejores familias, de los que pertenecemos a la clase mejor educada, intervenir en la política y no dejarla en manos de unos cuantos políticos ignorantes y vulgares y llenos de

prejuicios? ¿No lo cree así? ¡Me alegro de que haya venido a ayudarnos! Vigile bien a esa Van Tuyl, y hágale comprender lo que inspira a las gentes decentes, severas y amantes de la ley. ¿Quiere que tomemos un *cocktail* antes de comer?

Ann había procurado que sus cabellos, sus guantes y sus zapatos estuvieran limpios y arreglados, pero cuando el calor que abrasaba las rojas colinas se fue haciendo más intenso, los asientos de rojo terciopelo se fueron cubriendo de polvo y el olor a maní y a niño pequeño se hizo más insoportable, dejó de preocuparse por el hecho de que los cabellos le cayeran revueltos sobre la frente.

En aquel momento se fijó en una mujer, sentada tres asientos más adelante, que no hacía más que moverse, asomarse por la ventanilla y mirar hacia atrás, como una persona para quien el viajar es algo desconocido y emocionante. Era una negra vieja, de piel cenicienta, vestida con un traje dominguero de gastado raso negro y un sombrero a la moda de 1890. Ann se preguntó a qué se debería que la negra no estuviera en los asientos de Jim Crow[18] de la parte posterior del tren. Probablemente porque iba con un hombre que, aunque no volvía la cabeza, por lo que se veía de su gruesa nuca parecía blanco.

La negra tenía miedo de algo. Mientras miraba boquiabierta cualquier cosa que le llamaba la atención —la matrona italiana que llevaba enormes pendientes de vidrio e iba comiendo pedazos de embutidos que sacaba de una cesta, el urbano viajero con traje de franela gris, camisa de seda y enormes sortijas—, el cuello parecía hundírsele en el cuerpo y sus labios temblaban.

—¡*Olllllympus Ciiiiiiity*! —cantó el guardafreno.

Ann pudo ver que los labios de la negra modulaban un silencioso «¡Oh, Dios mío!». Entonces la mujer se volvió y Ann se olvidó de ella, mientras se dedicaba a bajar de la rejilla sus maletas pesadas, llenas de libros de estadísticas de las maldades de la naturaleza humana, de libros de psicología, una cosa que la negra cenicienta no podría nunca llegar a comprender.

Cuando Ann saltó fuera del tren, ayudada galantemente por el guardafreno, vio que la estación era una cabaña de madera, con la pintura roja de sus paredes caída a trechos, y el andén un horno de fundición. Media docena de haraganes, descalzos y cubiertos con rotos sombreros de paja, estaban apoyados contra la pared de la estación. Pero frente a ella se erguía una figura que no tenía nada de lánguida; un hombre alto como un pino, resuelto, aterrador; un hombre con cara larga, amarilla y caballuna, astutos ojos rojos y manos como hinchados centípedos. Le faltaban los tres dientes delanteros y los que le quedaban estaban ennegrecidos. Llevaba una camisa gris, tirantes rojos, un sombrero Stetson que parecía la tienda de un circo, y un grueso cinturón del que colgaba la pistolera con un largo revólver.

Abrió sus delgados labios, como los de una tortuga voraz. Hacia él se aproximaba un hombre bajo y corpulento, con una gran cara roja e inexpresiva, como la de un bistec, arrastrando tras sí a la negra que Ann había estado mirando en el tren; y Ann pudo ver ahora aporque el respaldo del asiento se lo había ocultado en el tren que la anciana negra iba sujeta por un par de esposas, que la unían a su compañero blanco.

—Hola, *sheriff* —gritó el hombre alto—. Así que ésta es la perra negra. Le dio a su viejo con un hacha, ¿eh? ¡Bueno, nosotros le daremos a ella con algo mejor que un hacha!

Los haraganes y el *sheriff* soltaron la carcajada.

—Sí, capitán, aquí la tiene… La Hermana Lil Hezekiah. Hermana, tengo el honor de presentarle al caballero que va a tener el placer de echarle una cuerda en torno a su cuello, ¡maldita perra asesina! ¡Dios santo, capitán, le juro que en el pueblo estuvo a punto de morderme!

—¡A mí no me morderá!

El alto estiró el brazo, abriendo mucho los dedos de la mano, como los monstruos que avanzan en las pesadillas. Paseó lentamente los dedos por la cara de la negra, se detuvo un momento, como si quisiera sacarle los ojos, la agarró con fuerza de un hombro y la hizo caer de rodillas en las abrasadas tablas del andén, mientras el corpulento *sheriff* le retorcía la muñeca, sujeta por la esposa. La negra echaba espuma por la boca, gimiendo con un pánico que tenía su origen en la selva. El alto la sujetó mientras le quitaban las

esposas, luego la arrastró hacia un camión con un letrero que decía: «Penitenciaría de Copperhead», la subió a él y se dispuso a dar media vuelta. La arrugada y grisácea cara de la negra asomó por la ventanilla. El alto se volvió y le dio una bofetada; el delgado cráneo de la negra sonó como si se hubiera rajado… y la vieja volvió a desaparecer en el camión, mientras los haraganes se echaban a reír.

—Dicen que la Hermana Hezekiah reza mucho, que es una verdadera «Prayin Pentecostal[19]», aunque, como quien no quiere la cosa, se distrajo y afiló el hacha en su marido —rió el *sheriff*.

—¡Bueno, mejor es que rece! ¿Por qué no la lincharon, como deberían haber hecho, para ahorrar al Estado todos estos gastos? —gruñó el hombre alto.

—¡Pero, capitán! —balbució el *sheriff*, sorprendido y ofendido—. ¡No se puede linchar a un negro porque haya matado a otro negro! ¡En realidad, no habría que haberla ahorcado por eso! ¡Pero casi me mordió! ¡Dios mío, vaya si me gustaría ayudar a ahorcarla! No olvide que quiero ver cómo la cuelgan. Nunca vi ahorcar a nadie, capitán. ¿Verdad que es raro? Ni siquiera a un negro. Dígame: ¿es verdad que a veces se les rompe la cabeza al caer?

Una mano le tocó a Ann en la manga. En medio de su abstracción, no se había dado cuenta de que un chófer negro, cabizbajo y abatido por el calor, llevaba un rato preguntándole:

—¿Taxi, señora, taxi?

—¡Oh! ¿Taxi? ¡Oh, sí, quiero un taxi! —murmuró.

—¿Adónde vamos, señora?

No podía admitir que iba a la cárcel, que era colega del «capitán», el hombre alto de la larga cara amarilla.

Pero, a lo mejor, el chófer pensaba simplemente que era la esposa o la amiga de algún penado.

—A la «cárcel» —jadeó, y sin duda alguna, el chófer, por el odio y el terror que puso en la frase, creyó que era una de esas mujeres que pagan más que los presos por el crimen que ha cometido su hombre.

La calle Mayor de Olimpus City se distinguía por sus montones de polvo rojo, movidos por el viento, en los que unos cuantos perros dormían o se rascaban perezosamente las pulgas; por sus tiendas de madera, de uno o dos pisos, pintadas hacía bastante tiempo, frente a las cuales, en las aceras de tablas, dormían sus dueños, sentados en sillas, y polvorientos sicómoros en los que dormían los gorriones.

El camino que llevaba de Olympus a la penitenciaría cruzaba una arenosa meseta, bordeada de colinas. Era recto de extremo a extremo y pasaba ante granjas compuestas de pequeñas casitas despintadas, grandes pocilgas desteñidas y campos de trigo y de tabaco, que tenían un aspecto algo marchito. Era un desierto; no un desierto de arena, sino de tierra roja y hojas de verde amarillento, pero tan desierto y tan caliente como el Valle de la Muerte.

«¡No puedo soportarlo! ¡Pegar así a esa pobre vieja! ¡Voy a volverme!», pensaba, angustiada Ann, pero demasiado paralizada para hacer nada. Estaba muerta de vergüenza por no haber denunciado al *sheriff* y al capitán.

Esperaba que la penitenciaría de Copperhead Gap tuviera un aspecto absolutamente horrible. Pero, en medio de los rojos campos, vio erguirse, altanero, un brillante edificio de piedra caliza, con altas columnas. El auto subió traqueteando por una colina baja, cruzando un bosquecillo de sicómoros. Al pie de la colina había un arroyuelo, con las márgenes pobladas de frescos sauces. El camino que llevaba a la entrada, adornada con columnas, corría entre praderas de césped y macizos de rosas.

«Pero ¡si es un palacio! Quizás ese hombre horrible, ese tal “capitán” no sea típico de aquí. ¡Yo haré que lo echen!», pensó Ann para consolarse.

Un obsequioso negro, vestido con un traje de alpaca negra bastante viejo, abrió la puerta de bronce del edificio principal, y con gran exuberancia de saludos la introdujo en un vestíbulo de suelo de mármol blanco, con columnas de mármol rosa y escalera de mármol amarillo, que no recordaba en nada a una prisión.

—La señorita Vickers, sí, señorita Vickers. La estábamos esperando, señorita Vickers. La oficina del alcaide está a la derecha, ahí mismo,

señorita.

«Aquí no veo nada bestial ni mezquino —se dijo Ann—. Si te pasa algo, muchacha, es que es demasiado elegante para ti. ¡Oh, me figuro que el doctor Slenk tendrá que aguantarse con los guardianes bárbaros que le impongan los políticos!».

Vaciló un momento antes de entrar en el despacho del alcaide; una joven y vivaz secretaria la introdujo en el despachito particular del doctor Slenk. Era una habitación hermosa, de techo alto, con pilastras de roble, una chimenea de roble tallado y retratos de Robert E. Lee, John William Golightly, el actual gobernador del Estado, y el Buen Pastor demostrando su misericordia a sus corderos. Por la abierta ventana se veían los brillantes colores de las praderas de césped y las rosas.

El doctor Slenk se levantó para recibirla, tendiéndole la mano casi afectuosamente.

—¡Señorita Vickers! ¡Es un verdadero privilegio tenerla entre nosotros! Espero que le guste su trabajo aquí. A mí me gusta, desde luego. ¡Oh, ya sé que hay espectáculos muy tristes! ¡Y cometemos tantos errores! Pero ¿y el gran privilegio de ayudar a regenerarse al desgraciado, al pecador? Espero que le guste trabajar aquí, entre nosotros. ¡A mí me gusta, desde luego! ¿Tuvo mucho calor durante el viaje? ¿Y cómo encontró a la señora Windelskate? No sé qué haríamos sin su ayuda y sus sugestiones. Pero estoy seguro de que nunca hizo nada más práctico que conseguir que usted viniera aquí. ¡Sí, vaya si lo creo!

¡Era un hombrecillo tan agradable el doctor Slenk! Era tan pulido y limpio como un *fox-terrier*; llevaba un limpísimo cuello de hilo blanco, una corbata azul con lunares blancos, una camisa blanca y zapatos Oxford de color negro, y unos lentes plegables, de aspecto muy literario, con montura de concha, que el doctor Slenk cerraba y abría alegremente, conforme hablaba.

—Sí, hace mucho calor. Sí… —y Ann siguió hablando, pero no sabía lo que decía; ni siquiera se daba cuenta de si eran escuchadas sus palabras o no; estaba pensando: «¿Me atreveré o no a decirle lo del bruto de la estación?».

—¡Oh, así que fue al «Country Club» con la señora Windelskate! ¡Bien, bien! ¡Cómo la envidio, en un día de calor como éste! ¿Verdad que el club es un lugar precioso? Me gustaría darles un lugar así a los pobres muchachos y mujeres que tenemos aquí, pero me temo que no sería lo suficientemente aterrador. ¡Ja, ja, ja! ¡Oh! Aquí viene mi mano derecha, el alcaide suplente y capitán de los guardianes, el capitán Waldo Dringoole.

Como un elefante cabizbajo, acababa de entrar en la habitación el hombre de cara de caballo que había abofeteado a la negra en la estación. Ahora llevaba una chaqueta de uniforme de color azul, pero no se había quitado el enorme Stetson.

—Sí —dijo con dulce voz el alcaide Slenk—. Creo que lo mejor sería decir que el capitán Waldo es el verdadero jefe de la prisión. Yo no soy más que el viajante, por decirlo así. Me entrevisto con los ciudadanos de nuestro buen Estado, hablo con los personajes oficiales y me entero de lo que quieren que hagamos, pero el que verdaderamente pone en práctica sus órdenes, es el capitán Waldo… ¡La señorita Vickers, el capitán Waldo Dringoole!… Capitán, la señorita Vickers ha sido condenada por el crimen, relativamente pequeño, de ser una socióloga, así que no la trate con mucho rigor. No la meta en la celda oscura… ¡al menos por ahora! ¡Je, je, je!

El doctor Slenk era un hombrecillo jovial… excepto en los motines. Siempre era lo mismo, bromista y amable, abriendo y cerrando sus lentes de concha.

Antes de que Ann pudiera retroceder, el capitán Waldo había hecho desaparecer su mano en su enorme casco, y desde su rocosa altura, gritaba:

—¡Bien venida a nuestra ciudad, como dice el amigo, señorita! La vi en la estación, pero estaba algo ocupado. Yo no sé qué diablos es un «sociólogo», pero si usted lo es, ¡a mí me parece estupendo! ¡Más no se crea que le va a gustar esto! Aquí tenemos presidiarios muy malos. Nos esforzamos por tratarlos con justicia, pero, así Dios me salve, ellos se burlan de nosotros. Bueno, lo mejor será que se quede un mes o cosa así (sería una buena experiencia para usted), y luego se vuelva a sus universidades, a sus casas de refugio y todas esas tonterías modernas. Y a mi vieja y a mí nos gustaría mucho que, en cualquiera de sus ratos de ocio, viniera a casa a tomarse una Coca-Cola con nosotros.

Ann se dio cuenta de que el hombre trataba de mostrarse cordial. Pero su sonrisa, que ponía al descubierto la falta de los tres dientes, era aterradora.

—Ahora que empieza realmente, señorita, permítame que le dé unos cuantos consejos. Hay una gran cantidad de chiflados y de sentimentales teorizadores —*¡teo-ri-za-do-res!*—, especialmente del lugar de donde usted viene, y que, al parecer, tienen la idea de que uno puede manejar a una partida de penados, capaces de matarle con la misma tranquilidad con que comen, rogándoles simplemente que sean buenos muchachos, dándoles baños, champaña, fiestas improvisadas y Dios sabe cuántas tonterías más. Eso está bien para la mayor parte de esos teorizadores que en su vida han puesto los pies en una prisión decente y como Dios manda. Pero yo, aunque no tenga más que cincuenta y dos años, llevo trabajando en las prisiones, como *sheriff* y todo lo demás, treinta y dos años mortales, y le aseguro que el único medio de manejar bien a los criminales, pues no son seres humanos, simplemente no son seres humanos, el único medio de manejarlos es meterles bien el miedo en el cuerpo, para que se porten como es debido mientras están en la cárcel y no quieran volver a ella cuando hayan salido. Claro está que hay que ser justos con ellos. Pero hay que demostrarles, ¡vive Dios!, que uno es el *amo* y que no le da miedo castigarlos como se *merecen* si tratan de hacer algo que no deben. Yo no les tengo miedo, y ellos lo saben. Con tal que un hombre me trate como debe, y haga exactamente, hasta el último detalle, lo que yo le digo, sin discutirme esto o lo otro, yo le trato a él como debo, ¡y los malditos penados lo saben muy bien!

Se habían sentado ya: el doctor Slenk sonreía y aprobaba desde su escritorio; el capitán Waldo desbordaba del sillón en que estaba sentado y hacía los gestos adecuados a su oración; Ann, hipnotizada, golpeaba nerviosamente una de sus rodillas con los dedos.

—Ésa es la verdadera «criminología científica», ¿verdad? ¡Causa y efecto! ¡Quién siembra viento recoge tempestades! ¿Hay algo más científico que eso? Hablando de psicología, como es natural, yo hablaba en broma cuando dije que no sabía lo que era la sociología; le apuesto lo que quiera a que yo he leído muchos más libros profundos y sabios que todos

esos tipos que se tienen por inteligentes, aunque yo no hablo de esas cosas; pero, volviendo a la psicología, la verdad es la siguiente: ¿por qué son criminales los criminales? Porque se creen demasiado superiores para tener que obedecer las leyes. ¿Qué es entonces lo que debe hacer con ellos el guardián? ¡Enseñarlos a obedecer! Demostrarles que no son mejores que los demás; demostrarles que, en realidad, no son ni siquiera buenos, y que el único modo de vivir, en la cárcel o fuera de ella, es cumpliendo con todas las reglas, y cumpliéndolas pronto, sin replicar. ¡En realidad, es una buena cosa hacerles cumplir reglas estúpidas que no significan nada, para que *aprendan* a cumplir lo que se les dice, sea lo que sea! ¡Y si no… enseñarles lo que es *bueno*! ¡Y lo hago así! No me gusta azotarlos, aunque, según la ley, no debemos hacerlo, pero ahora estamos hablando entre nosotros y no para los estúpidos de las legislaturas. No me asusta el tenerlos en la celda oscura dos meses, si es necesario, sin ropa, cama ni luz, y con muy poco pan y sólo el agua necesaria, para que padezcan sed día y noche. Tampoco me asusta ponerles la camisa de fuerza, hasta que creen que van a estallar; el alcaide no tiene que estar enterado de esas cosas, así que no se lo diga. ¡Él me confía por entero esta clase de asuntos!

Los dos hombres rieron, con risa aguda y complicada, como ríen los tíos ante las travesuras de un pequeñín.

—Como verá, señorita… ¡Vickers, eso es!… Lo importante es lo siguiente: no solamente es más fácil para nosotros, sino también mucho más amable para los penados, el que se den cuenta de que es inútil resistirse. ¡Dios mío, pero si hasta lo dice la Biblia! «La letra con sangre entra». Cuanto más pronto se den cuenta de con quiénes tienen que vérselas, más felices son. Tienen que aprender a tener disciplina. *¡Disciplina!*. ¡Es la mejor de todas las palabras del idioma! Le digo la verdad, si se supiera lo que pasa, ¡lo peor que se podría hacer a esos pobres diablos es lo que esos imbéciles teorizadores llaman «reformar» las prisiones! ¡Estúpidos como ese charlatán de Osborne, y ese maestro de escuela, ese tal Kirchwey! Pero si pudiéramos tener alguno de los buenos castigos antiguos, si pudiéramos marcar a los incorregibles para que la gente se diera cuenta de lo canallas que son, si se les pudiera azotar, no a escondidas, sino en público, como aviso y ejemplo, darles quinientos latigazos con un verdadero gato de nueve

colas, detenerse cuando se desmayaran, volver luego y poner al fin un buen puñado de sal en los arañazos, ¡le aseguro que si pudiera hacerlo así, acababa con todos los crímenes en un periquete! ¡Sí, señor, es una vergüenza que los periódicos y esos llamados reformadores le impidan a uno hacer lo que por experiencia sabemos es el único medio capaz de convertir a todos esos desgraciados delincuentes en hombres rectos, decentes y temerosos de Dios! ¡Bueno, señorita, yo no pensaba pronunciar un discurso de Cuatro de Julio! Pero creía que debía usted conocer la verdad de las cosas desde el principio, para que no pueda ir después quejándose de que le hemos ocultado algo. Le aseguro que, con mi experiencia, le puedo enseñar en cinco minutos una ciencia penal mucho más real y decente que la que haya aprendido en cinco años en esas universidades y esos reformatorios de tres al cuarto. ¿No es así, alcaide?

—Bien, capitán Waldo, ya sabe que yo disiento de usted en muchas cosas. Pero tiene mucha razón en lo que dice, señorita Vickers. A todos nos gustaría probar las nuevas teorías de la psicología, pero, como dijo Shakespeare, o el que fuera, «el caballo de labor de la Práctica no puede llevar la misma marcha que el trotón de la Teoría». Bueno, capitán, ¿quiere usted acompañar a la señorita Vickers, presentarla a la señorita Bitlick y a las muchachas y decirle dónde puede poner en orden sus cosas y colgar su sombrero?

Puede ser que fuera la parálisis de la rabia lo que daba a Ann un aspecto de complaciente estupidez. Al menos, el capitán Waldo la miró con aprobación, mientras gruñía:

—Bueno, amiguita, a lo mejor aprende el juego, aunque haya perdido tanto tiempo en la universidad… ¡Enker! ¡ENKER! —su rugido era aterrador. El portero negro entre la oficina apresuradamente, como el cómico criado de farsa.

—¡Sí, señó, capitán Waldo!

—¡Lleva el equipaje de la señorita Vickers al dormito de las celadoras, y hazlo prontito!

—¡Sí, señó!

El portero miró con adoración al gigante de negros dientes y cara curtida, el capitán Waldo, como el fiel que adora una imagen sagrada. No se

podría decir que Ann se sintió más asqueada, más asustada, o más llena de rabia homicida, per estas tres sanas emociones se confundían de tal modo dentro de ella, la turbaban de tal manera, que seguía guardando silencio cuando se levantó al oír que el capitán Waldo decía:

—Bueno, vamos, amiguita.

Al salir, el capitán Waldo rió con desdén:

—¡No se crea que tengo que ir a la estación a buscar a los presos, como hice hoy! ¡No, mil diablos! ¡Yo soy el amo! ¡Pero es bastante divertido el ir a buscarlos cuando nos mandan un homicida!

OceanofPDF.com

XXIV

EN LA parte posterior del lujoso vestíbulo de mármol que daba entrada a la prisión, con su aire de hotel para empresarios y contrabandistas de alta categoría, había una puerta baja con ningún aspecto de puerta de hotel: una puerta de acero, con clavos del mismo metal —Ann nunca descubrió para qué servían aquellos clavos, como no fuera para dar a la puerta un aspecto repulsivo—. El capitán Waldo sacó un manojo de llaves con la solemnidad con que todos los jefes de una prisión sacan las llaves, y condujo a Ann a través de un corredor de ladrillo y cemento, un corredor húmedo, iluminado débilmente por varias bombillas pequeñas, manchadas por las moscas. Era como una alcantarilla grande. Subieron luego una escalera de caracol, hecha de acero, rodeada por una pared de cemento; parecía como si estuvieran subiendo a un faro.

—¡Aguarde! —jadeó el capitán Waldo—. ¡Quiero enseñarle algo! La mayoría de los hombres están en los talleres o en la granja, así que puede asomar la cabeza —dijo con un acento como si le estuviera ofreciendo caramelos—. ¡No debería enseñársela… es el ala de los *hombres*! Pero la dejaré entrar, por una vez.

Volvió a sacar pomposamente las llaves, abrió una puerta de acero y la guió hasta un lugar con suelo hecho de oscuras placas de metal, labradas en forma de pequeños diamantes. Ann ladeó la cabeza, asombrada. Se hallaba en el punto central de un edificio parecido a una gigantesca Y, cada uno de cuyos brazos tenía noventa metros de longitud y quince de anchura. Allí, en el punto central, había un vestíbulo circular, abierto hasta el techo, desde donde, al alzar los ojos, Ann podía ver los tres pisos de celdas con barrotes de hierro que se extendían en un par de filas dobles, a todo lo largo de cada

brazo. Los brillantes barrotes de acero parecían filas de rifles de una interminable armería.

Las deslumbradoras líneas se abalanzaban hacia ella, como la pesadilla de un cubista.

¡Un hombre, un ser humano, podía vivir lo mismo en aquella jaula múltiple que en una dínamo!

Las prisiones pequeñas que ella conocía —las casitas del Refugio Oriental para Muchachas, las jaulas de acero y madera de Green Valley— eran tan hogareñas como una anticuada buhardilla comparados con aquel Gran Cañón de barrotes de acero.

El calor de aquel día de julio se acentuaba por el hedor a sudor, comida rancia, retretes apenas limpios, tabaco barato, cucarachas aplastadas y desinfectante, pero las líneas de acero tenían un aspecto helado. Ann se estremeció.

—Buenas celdas, ¿verdad? —dijo el capitán Waldo—. Hay seiscientas; las suficientes, así que no están muy apretados; ¡sólo trescientas dónde tienen que estar dos juntos! —el capitán miró los barrotes con el mismo orgullo con que el rey Salomón miraba a sus mil seiscientos hijos—. ¡Sí, señor! ¡Ésta sí que es una verdadera reforma de las prisiones! ¡Están hechos del acero más puro que se vende!

Una figura semihumana se acercó temblorosa hacia ellos; era un viejo sin afeitar, pálido como un fantasma, con una destrozada bata que en su tiempo fue negra y púrpura, pijama de franela de un verde descolorido y zapatillas de lona.

—¡Hola, capitán! ¡Hola! ¡Hola! ¡Qué linda chica se ha traído! ¡Sí, señor, muy linda! ¡Ven aquí, preciosa! —el anciano se acercaba arrastrándose cautelosamente, y batiendo los talones de sus zapatillas.

—¡Salga de aquí, papá, o le echo a los perros! —el capitán Waldo no hablaba en serio ni malhumoradamente, pero el hombre retrocedió mirando a Ann de reojo, con equívoca mirada. El capitán Waldo la siguió otra vez escalera abajo, riendo entre dientes—: Este viejo es muy gracioso. Casi no le hacemos trabajar, aunque es un buen trabajador; barre los corredores perfectamente. ¡Y le aseguro que éste sí que me obedece y hace lo que yo le digo, sí, señor… me sigue a todas partes como un perro apaleado!

—¿Por qué está aquí?

—¡Oh! Tuvo un disgusto con su hija, y luego los vecinos dijeron que él la había matado. No lo creo. ¡De veras; es un anciano buenísimo! Obediente. Aunque dicen que una vez tuvieron que darle cien latigazos seguidos, cuando cumplía su primera sentencia.

—¡Oh! Su primera sentencia. ¿Cuándo fue eso?

—Antes de que yo estuviera aquí… Veamos… Hará unos cincuenta y cinco años. Pero ahora hemos hecho que se reforme.

Subieron dos tramos más de la escalera de acero, bajaron otros dos, cruzaron otro corredor parecido a una alcantarilla, y entraron en el departamento de las mujeres, que ocupaba tres pisos al extremo de uno de los brazos de la gigantesca Y. Entraron por el piso de las celdas. Aquello no era tan imponente como la jaula de tres pisos, vista desde la rotonda; no había más que ochenta celdas, ocupadas por unas cien mujeres, mientras que los hombres eran novecientos. No era imponente, no; era simplemente aterrador el pasar frente a las vacías jaulas de cemento con puertas de barrotes de acero. Cada celda tenía un camastro de dos pisos, hechos de barras de hierro, un taburete desvencijado, una mesita de madera, mal asentada sobre sus patas, una palangana y un jarro de hojalata, y un cubo grande del mismo metal; aquéllos eran los únicos muebles que una mujer tendría en su habitación durante dos…, diez…, cuarenta años de su vida.

Las cucarachas corrían por entre las celdas y Ann percibió una rata que pasó, rápida como un rayo. Como en el departamento de los hombres, el corredor tenía un insoportable hedor a desinfectantes y sudor.

—¡Estas malditas holgazanas… no podemos conseguir que maten los bichos! —dijo alegremente el capitán Waldo—. Mire. Tenemos cuatro celdas para las condenadas a muerte, una habitación separada del resto, al fondo de la sala; desde allí sale una escalera especial que va a parar al cadalso, que está en el sótano. Así es más cómodo cuando tenemos que ejecutar a una mujer. A las mujeres condenadas a muerte les consentimos tener fotos en sus celdas, limitadas, claro está, a fotos de sus parientes

cercanos, y sólo dos por persona. Nos gusta hacerlo así, para alegrarlas un poco en sus últimos días. Aquí estamos.

Y haciendo un ceremonioso gesto, le mostró la habitación con las cuatro celdas. En ellas reinaba una barahúnda inesperada. Dos corpulentos guardianes masculinos, con uniformes azules con botones dorados, estaban metiendo en una celda lo que parecía un perro furioso, que lucha con dientes y uñas por salir de una bolsa. Ann vio que era Lil Hezekiah, la asesina negra. Le habían quitado su traje de raso negro y su sombrerito de paja, y le habían puesto un uniforme de percal, tan descolorido por los lavados que parecía un viejo trapo de rejilla.

—Métanla dentro, muchachos —dijo el capitán Waldo a los guardianes, sin dar gran importancia a aquello—. ¿Le retrataron y le tomaron las huellas dactilares? ¡Eh! ¡No le consintáis que dé esas patadas! ¿Qué os pasa, muchachos? ¿Le tenéis miedo a una bruja negra? Agarradla por las piernas. ¡Así se hace! ¡Eso es!

Mientras uno de los guardianes cerraba la puerta de barrotes, se volvió sonriendo al capitán Waldo y le dijo con voz ronca:

—Sí, ya la hemos retratado. ¡Pero que Dios ayude a la celadora que tenga que obligarla a tomar un baño! ¡Debe de estar loca la vieja bruja!

Entonces, saliendo de su atónito horror, Ann comenzó a hablar, como había intentado hacerlo antes cien veces.

—No está loca, capitán Dringoole; ¡oh, estoy segura de ello! ¡No está nada más que aterrada!

—Sí, ya lo sé, encanto. Ahora se pondrá bien. Ya se acostumbrará a esto y, de todos modos, como vamos a bajarla al sótano y colgarla cuanto antes, no importa mucho. Se asustan, sí; no tienen la suficiente inteligencia para comprender que no pueden hacer nada. Pero luego se callan… Mire, como aquella otra bruja que hay allí. Al principio nos dio muchos disgustos, pero ahora se porta bien y no hace ruido.

Le señalaba a otra mujer que había en una de las celdas de las condenadas, vigilada por dos celadoras. ¡Vaya si estaba callada! No tenía cara; nada más que dos oscuros agujeros que ardían en una máscara de algodón blanco. Estaba sentada en un taburete, muy inclinada. No se movía, pero se pasaba incesantemente las puntas de los dedos alrededor de su

marchita boca. Su cabeza colgaba ligeramente hacia un lado, como la cabeza de una mujer que ha sido ahorcada.

El capitán Waldo dejó a Ann en el despacho de la señora Bitlick, la celadora jefe del departamento de mujeres, situado un piso más arriba que las celdas de las presas.

—Buenas tardes, hermana Bitlick. ¿Está bien? Aquí tiene una señorita que ha venido, creo que desde Boston, para enseñarnos a nosotros, los veteranos, cómo se dirige una prisión. Bueno, muchachas, pórtense bien. Reflexione acerca de lo que le he dicho, señorita Vickers. Dentro de una semana verá las cosas como yo.

—¡Bueno, bueno! —dijo la señora Bitlick, después que el capitán Waldo hubo desaparecido, luego de quitarse galantemente el sombrero en señal de despedida—. ¡Es la primera vez que el capitán Waldo se toma la molestia de traer aquí a nadie él mismo! Por lo general suele enviar a ese fresco de negro, a Enker. Por lo visto ha debido de causarle una gran impresión. ¡Más vale que tenga cuidado con él! —rió la señora Bitlick, vaga y amablemente.

Después de eso, y durante media hora, la señora Bitlick —es imposible describirla; era una mujer borrosa, de borrosos cabellos castaños, con bastantes canas y llevaba un borroso uniforme azul—, se dedicó a explicarle que, aunque Ann, por lo visto, *era muy amiga* de la señora Windelskate, y una *favorita* suya, debía olvidarse de todo aquello y aprender que allí, en Copperhead Gap, nadie hacía *nunca favores,* y que Ann debía ocupar su *lugar* y obedecer las reglas de los oficiales, lo mismo que si hubiera llegado allí desde Starvation Bridge.

La señora Bitlick le dijo todo aquello con cierta esperanza, como si, pensaran lo que quisieran los pesimistas, estuviera segura de que Ann no iba a obedecer esas reglas e iba a ser despedida después de una estancia en la prisión, lo suficientemente larga para que los demás pudieran reírse a gusto de ella.

—Y ahora, me figuro que le gustará ir a su habitación y lavarse un poco —dijo la señora Bitlick.

No acompañó a Ann. Tocó el timbre y entonces entró en el despacho un verdadero Brownie[20], de ojos redondos, nariz redonda y boca redondeada en una sonrisa; una muñeca que parecía disfrazada con aquel uniforme carcelario de desteñido percal, y con los gruesos zapatos de puntera cuadrada, que usaban las presas. La muchacha sonrió a Ann y sonrió a la señora Bitlick.

—¡Birdie! ¡Has estado fumando de nuevo! ¡Sí, claro que sí! ¡Lo huelo!

—¡Oh, no, señora Bitlick! ¿Yo? ¡Ya no fumo! Me paso todo el tiempo estudiando lo que debo hacer para ser una muchacha decente cuando salga de aquí, y el fumar es muy malo. ¡Dios mío! El fumar conduce a toda clase de crímenes. ¡No hago más que pensar todo el tiempo en lo que me dicen ustedes y la señora Kaggs! ¡Son tan buenas con una pobre chica como yo!

La señora Bitlick suspiró:

—Ésta es Birdie Wallop. Es una ladrona de tiendas. Pero no se parece a las demás mujeres que hay aquí. Al parecer, se da cuenta de lo que tratamos de hacer por ellas y nos lo agradece… y usted ya ve lo contenta que está… Ella es una muestra de lo que podemos hacer. Bueno, ahora lleva a la señorita Vickers a su habitación, Birdie, y si te pillo de nuevo fumando, ¡te mataré a palos!

Birdie lloró. Birdie gimió.

—¡Oh, no es que me asuste el que me castiguen, señora Bitlick! ¡Pero se me desharía el corazón si usted no pensara que yo aprecio todas las bondades que han tenido conmigo!

—¡Umm! Así lo espero. Ahora, vete.

Al salir, las lágrimas de Birdie Wallop cesaron instantáneamente. Sus grandes ojos redondos miraron penetrantes a Ann y luego sonrió con mayor descaro que antes.

—¡Birdie! ¿Aprecias mucho las bondades que la señora Bitlick ha tenido contigo?

Birdie se puso un dedo debajo de la gordezuela nariz:

—¡Pregúntemelo a mí! ¡Pregúntemelo a mí, señora! ¡No sabe qué ratos la esperan en este antro! Yo he sido camarera durante dos años, y conozco a la gente. Cuando empiecen a molestarla cuéntele sus penas a la Tita Birdie. Vamos.

Cuando cruzaban el corredor, Birdie se llevó un dedo a los labios, y luego entró corriendo en una habitación con dos sillas, un escritorio y quizás unos cien libros viejos y polvorientos, dejó una hojita de papel sobre el escritorio, se recogió sus largas faldas negras y esbozó solemnemente un par de pasos de baile.

—¿Qué es eso?

—¿Me jura no decirlo? No, creo que no lo dirá. Ya sabemos quién es. ¡No sabe bien de las cosas de que una se entera cuando está en la celda y, según las reglas, no debe hablar! Sabemos lo buena que es. ¡Y además *educada! ¡Gee!*. ¡Una celadora educada aquí! Bueno, ya verá lo que pasa. El reverendo Lenny… es el capellán, una buena pieza…, vendrá esta tarde a la biblioteca y yo quiero que encuentre un trozo escogido de la literatura. ¡Qué ataque de nervios le va a dar!

—¿Qué has puesto ahí?

—¡Oh, un anuncio del «Viejo doctor Thorpley… puede decirle toda la verdad», que mi novio robó de un baño y me mandó por correo!

—¡Birdie! ¿No te das cuenta de que… no te das cuenta de que soy uno de los oficiales de la prisión y puedo obligarte a que cumplas las reglas?

Birdie se dio un golpecito en la nariz y le guiñó un ojo.

Había completado el trabajo que el capitán Waldo comenzara: el de hacer sentir a Ann que su lugar no estaba con las celadoras, sino al otro lado de los barrotes, junto a Birdie, la señora Van Tuyl, Gene Debs, Galileo y Walter Raleigh.

La habitación en que Ann esperaba hallar un refugio, no era una habitación privada, sino un dormitorio con tres camas dudosamente limpias, tres cómodas de pino, tres sillas, tres espejos rajados y un baño con tres delgadas toallas.

En la cama más alejada de la puerta había una mujer, con los ojos cargados de sueño, que alzó la cabeza y se aclaró la garganta, mientras gemía:

¿Eh? ¿Eh? ¿Qué pasa? ¡Oh! ¿Es usted la nueva celadora? ¿Vickers? ¡Oh, Dios! ¿Qué hora es? No he dormido casi en todo el día: hacía tanto

calor… Yo soy Kaggs, la celadora de noche. Su cama es aquella del centro. Espero que nos ayudará a adecentar un poco esta habitación… ¡Oh!, la señora Bitlick dijo que debía ponerse el uniforme que le hicieron, de acuerdo con las medidas que mandó, porque… Está en la sección central del armario… mejor es que se lo ponga ahora… El capitán Waldo, ese viejo insoportable, arma un escándalo si nos pilla sin uniforme. Bueno, voy a ver si duermo un poco. ¡Por amor de Dios!, ¿quiere no hacer mucho ruido, por favor?

Y la señora Kaggs se hundió de nuevo instantáneamente en su almohada.

Ann permaneció de pie, estudiándola: era una mujer de cierta edad, pálida, anémica, con una verruga junto a la nariz y la cara marchita e inerme en el sueño.

Jadeando con el calor, y el olor a ácido carbónico y sábanas poco limpias, Ann se quitó el traje y se metió el uniforme de sarga azul con botones dorados y un absurdo cinturón Sam Browne. Luego trató de estudiarse en el empañado espejo.

«Parezco un policía feroz. ¿Cuánto tiempo tardaré en contagiarme, y en aliviar mi aburrimiento empleando la porra?».

Se sentó muy erguida en la desvencijada silla que crujía bajo su peso. Miró por la ventana que daba a un patio cubierto de cenizas, perteneciente al departamento de los hombres, en el que hasta tres presos con uniformes azules con rayas rojas y grotescos gorros daban vueltas y vueltas, inclinados sobre carretillas llenas de piedras.

«¡No puedo soportarlo! ¡No puedo quedarme aquí! ¡No me quedaré ni una hora más! ¡Me volvería loca y mataría al capitán Waldo y a esa mujer que duerme en la cama, y a la tal Bitlick! ¡Tengo que hacerlo! ¡Ésa sería una protesta que ellos comprenderían!

»No. Tengo que quedarme, porque es un trabajo duro. Hasta ahora no he sido más que un fracaso. He ido de empleo en empleo: el sufragio, los *settlements*, el >*ICO*, los reformatorios… No eres ya una jovencita que promete, Annie. Tienes treinta y tres años. ¡Pero si puedes aguantar un año aquí, entonces, a lo mejor, podrás ayudar a acabar de una vez con todas las cárceles del mundo!

»¡Pero… un año! ¡No llevo más que una hora, y ya soy una loca homicida! ¡Terminaré en una celda con Lil Hezekiah! ¡Dios mío, cómo me gustaría! ¡Preferiría estar allí, y no con la señora Kaggs!

»¡Mira, muchacha, tienes que cerrar la boca! ¡Éste es un trabajo propio de una mujer! ¡Eres una espía en terreno enemigo! ¡Veas lo que veas, hasta que llegue el momento oportuno, *cierra la boca*!».

Permaneció junto a la ventana, inmovilizada por el horror. El patio de suelo de cenizas ardía; los tres hombres daban vueltas y más vueltas, vacilando bajo el peso de las carretillas cargadas de piedras, un trabajo degradante y sin sentido que ponía de manifiesto el hecho de que los penados no tenían ni siquiera el primer privilegio de todo hombre libre: el de trabajar por algún fin.

«Sí. No debemos exagerar. “El mundo se ha hecho mejor. ¡Hemos desterrado la tortura!”. ¡Oh, déjate de quejas! Lamentándote de ese modo, por tus pequeñas desgracias, cuando puedes irte de aquí cuando quieras, mientras que esos esclavos —y probablemente, la Bitlick y la Kaggs— tienen que quedarse aquí años enteros, quizá toda la vida. Y tú, con tu asesinato de Pride, eres tan criminal como el que más. ¡Todos somos criminales, pero algunos no caemos en manos de la policía!».

OceanofPDF.com

XXV

«NO HAY vagabundos; no hay más que hombres que vagabundean», dijo Josiah Flint. Y tampoco hay doctores, nada más que hombres que estudian medicina; no hay autores, simplemente hombres que escriben; no hay criminales, no hay presos, sino simplemente hombres que han hecho algo que en aquel momento se considera como una infracción de la ley, y que, como consecuencia de un veredicto incierto de un juez —que no es tal juez, sino simplemente un hombre que juzga de acuerdo con lo que le afectan la digestión o las tonterías de su mujer—, han sido enviados a la cárcel.

Así, pues, Ann se encontraba entre mujeres que no eran simplemente presas y celadoras, sino variables seres humanos, y no se pasaba las veinticuatro horas del día presenciando horrores. Como la cárcel del condado de Tafford, la penitenciaría era incómoda y fútil, pero no mágicamente distinta de otros monumentos de la estupidez humana. Era más incómoda que los dos modernos reformatorios para mujeres que Ann conocía, pero no más fútil. Era muy poco peor que otras instituciones a las que se lleva a las gentes por el delito de haber nacido, como, por ejemplo, una mina de Pensilvania y las cabañas que la rodean, una ciudad algodonera de Carolina, o un *speakeasy* de Nueva York, atestado de mujeres inteligentes que se emborrachan para no suicidarse. Ann acabó tomando con cierta naturalidad sus horas más desagradables. Como dicen las personas desidiosas, se «acostumbró a las cosas que la rodeaban». Dormía, se desayunaba, trabajaba, se peleaba, leía el diario, cenaba y dormía con esa aceptación mecánica del ambiente que hace que la humanidad pueda soportar la vida en una trinchera, en un *igloo* del Polo Norte, en un

sanatorio de tuberculosos, o en una casa donde vive una mujer malhumorada, sin volverse completamente loca.

De no haber sido por esta curativa y humana complacencia, Ann podría muy bien haberse vuelto loca, porque durante los quince meses que estuvo allí vio suficientes horrores: celdas con aire viciado, cucarachas, ratas, piojos, pulgas y mosquitos. El castigo del calabozo, donde las presas yacían en el frío suelo de cemento, sin mantas ni más ropa que un camisón, y tomando solamente dos rebanadas de pan cada veinticuatro horas. Un comedor plagado de moscas, que cubrían con sus jeroglíficos el hule de la mesa. Alimentos que no sabían a nada, llenos de gusanos y de escarabajos. Ropa interior tan áspera como un saco, tiesa por el sudor después de trabajar en el taller. El hecho de que el hermoso gimnasio de la señora Windelskate estuviera siempre cerrado y no se usara nunca, excepto cuando el capitán Waldo lo encontraba conveniente para celebrar conferencias con las prostitutas que había en la cárcel. El taller de camisería, con maquinaria anticuada y peligrosa y una oscuridad que acababa con la vista. Silencio durante veintitrés horas al día —sólo se permitía hablar una hora después de la cena, mientras se paseaban por el patio de ejercicios—, aunque, como es natural, la regla se desobedecía, golpeando en las paredes por la noche, y murmurando con un lado de la boca durante el día, ya que es el deber, el orgullo y el placer de todo preso transgredir todas las reglas de la prisión, del mismo modo que el deber, el orgullo y el placer de todo carcelero es conseguir que se cumplan. La única diferencia es que los carceleros no celebran sus triunfos callada y decentemente, como los presos, sino con porras y látigos y arrebatando a los reclusos el privilegio de escribir cartas o pasearse por el patio y, entonces, los penados, naturalmente dolidos ante tal injusticia, siguen desobedeciendo las reglas, con mayor orgullo aún. Cuantos más castigos se les imponen, hay más cosas que castigar y la filosofía general del asunto es la de un idiota que espanta las moscas.

Si Ann se acostumbró a todo aquello, como uno se acostumbra al cáncer, a lo que no se habituó nunca fue a que su estudio de la prisión se viera obstaculizado por la rústica socarronería con que el capitán Waldo adornaba su crueldad. Había esperado poder hablar con las presas de Copperhead, ver lo que ellas pensaban de la cárcel, tal y como lo había

hecho en Green Valley. Pero la más estricta de las reglas de toda prisión era la de que los oficiales no podían hablar con ningún preso, más que para darle órdenes, o solamente en los casos de presas que estaban al servicio de la cárcel, como Birdie Wailop.

Ann había aguardado el momento de conocer a la señora Jessie Van Tuyl, la líder obrera encarcelada por la atrocidad metafísica de su «sindicalismo criminal», del mismo modo que habría aguardado el momento de conocer a Jane Addams. La primera noche que pasaba en la cárcel, se encaminó alegremente hacia la celda de la señora Van Tuyl, pero la señora Bitlick la detuvo y le dijo que no se podía hablar con las penadas.

—¡Ya que está tan educada y todo lo demás, podría estudiar su reglamento!

Aquello le pareció una idea excelente. Como su compañera de armas, Birdie, tenía que saber cuáles eran las reglas que había que desobedecer. Y se pasó su primera noche en Copperhead, leyendo humoradas como la siguiente:

El único fin de esta institución es permitir que los delincuentes reformen de tal manera sus costumbres, que puedan volver a ocupar un puesto digno y feliz en la sociedad. Por esta razón, el preso debe obedecer las reglas, no simplemente porque son unas reglas, sino porque le servirán para crearse una personalidad más completa y mejor.

—El doctor Slenk, o cualquier otro miembro de la YMC, es el que ha escrito esto. El capitán Waldo no ha gozado nunca de esta clase de humorismo —murmuró Ann.

No os olvidéis nunca de que el hacer ruido en las celdas por la noche es, no solamente una seria infracción a las reglas de la prisión, sino también una seria molestia para vuestros compañeros. Si no apreciáis esta oportunidad de callada medicación, para recobrar vuestro puesto en la sociedad y ante los ojos de vuestro Hacedor, recordad que hay otros que sí la aprovechan, y que el egoísmo es la base de todos los crímenes.

Ningún crimen es más grave que el de romper, marcar o deteriorar de cualquier modo los muebles de vuestra celda, la maquinaria del taller, o

cualquier objeto propiedad de la prisión. Recordad que el Estado ha hecho muchos gastos para proporcionaros todo lo necesario.

Con la hipocresía que en todas las prisiones se emplea como medio principal para adquirir una personalidad más completa y mejor, hipocresía que Ann iba aprendiendo con tanta rapidez como cualquiera de las presas, se dio cuenta de que podía evitar la regla que impedía hablar con las penadas si halagaba al capitán Waldo y conseguía un permiso especial. El método tenía sus defectos. El capitán Waldo le estrechaba la mano, sugería paseos nocturnos y la miraba con obscenidad. Pero, arreglándoselas para no estar nunca sola en el gimnasio o en el dormitorio cuando él iba a inspeccionarlo —al capitán Waldo le encantaba inspeccionar y mejorar el departamento femenino, especialmente el baño—, Ann siguió su camino, preguntándose cuándo la pillarían y la fusilarían, como a cualquier espía.

Con el pase especial que él le había dado pudo, al cabo de una semana, visitar en su celda a Jessie Van Tuyl.

Esperaba ver a una personaje, a una Juana de Arco, a una oradora. La señora Kaggs la dejó entrar en la asfixiante celda. La luz era tan mala, que Ann no vio nada más que una presa como otra cualquiera: el uniforme que parecía un trapo de rejilla; los cuadrados zapatones. Cuando la señora Van Tuyl, que leía sentada en su taburete, alzó la cabeza, el cabello le cayó en mechones sobre la ardorosa frente y Ann vio su cara surcada por gotas de sudor. Y lo que resultaba más grotesco de todo era ver un par de elegantes anteojos en aquella sucia penada. Ann tardó varios minutos en fijarse en la frente amplia, los ojos serenos, la boca bondadosa, el seno maternal. Un uniforme de Copperhead Gap, una celda de Copperhead, en una noche de julio, podían convertir en una vagabunda hasta a la misma Jessie Van Tuyl.

—Pero ¡si es Ann Vickers!, ¿verdad? ¡Me estaba preguntando si vendría o no! ¡Ann, querida, éste es el momento mejor que tengo desde hace varios meses! He conocido un poco a Mamie Bogardus, y a Malvina Wormser y…

—¡Eh, Van Tuyl! —era la celadora de noche, la Kaggs, que había permanecido escuchando junto a la puerta de barrotes—. ¡La señorita

Vickers es un oficial de la prisión! ¡No puede de ninguna manera llamarla por su nombre, por muy bien que la conociera cuando estaba fuera de aquí!

—¡Señora Kaggs! —La voz de Jessie Tuyl era mucho más áspera que la de la celadora de noche—. Esa pobre Inch está enferma de nuevo. Ya les he dicho que es una psicópata… que tendría que estar en Brisbane. Insisto en que el doctor venga a verla esta misma noche.

—¡El doctor no puede perder el tiempo con esa ladrona negra y loca! Probablemente se está haciendo la enferma.

—¡Ya ha oído lo que he dicho! ¡Ya verá lo que les cuento a los periódicos cuando salga de aquí!

—¡Oh, usted no hace más que hablar de lo que va a contar cuando salga de aquí! ¡Eso es lo que dicen todos los presidiarios! Buscaré el médico, pero no porque usted lo haya dicho. ¡Iba a hacerlo de todos modos! ¡Ahora, señorita Vickers, recuerde que no puede pasar más de media hora aquí! —y la señora Kaggs se alejó de allí, como una gallina ofendida.

Jessie Van Tuyl se echó a reír:

—¡Si esa mujer supiera cuánta razón tiene! Yo consigo que hagan unas cuantas cosas amenazándola con la publicidad de los periódicos; pero, en realidad, cuando salga de aquí… ¿habrá algún periódico que considere más importante el hecho de que la esclavitud y la tortura siguen existiendo en los Estados Unidos que el informar al público del último partido de béisbol o del resfriado de Coolidge? ¿Le importa que la llame «Ann»? Soy una de esas radicales a quienes les gusta ser amigas de todo el mundo. Si fuera metodista, llamaría a todo el mundo «hermana». ¡Oh, Ann, querida, querida mía! ¡Déjeme que charle! Durante siete meses, excepto el visitante que me consienten una vez al mes, durante media hora, y con un guardián delante, no he hablado ni oído hablar más que de los bichos que hay en la comida, de que le han pegado a la Inch hasta que se desmayó, de que las sifilíticas usan el mismo baño, de que las tuberculosas no pueden coser muy deprisa; «la conversación de las almas condenadas, en el infierno». Y pelea tras pelea con la tal Bitlick siempre que trato de darle parte de mi comida a una muchacha muerta de hambre. ¡Esto es lo que me hicieron por haber dicho que los obreros tenían derecho a unirse! ¡Eso! Ahora cuénteme alguna noticia, algún escándalo, ¡el último rumor! Soy como un prisionero entre

los hielos del Ártico, a quien viene a rescatar un aviador… ¿Qué hace Malvina? ¿Cree que vamos a reconocer a Rusia? ¡Cuántas ganas tengo de volver al hermoso mundo, de permanecer cinco minutos respirando el aire fresco y mirando y mirando un abeto y luego lanzarme a la primera y espléndida pelea que venga a mano!

—¿La muchacha que está enferma…?, ¿la Inch? ¡Oh, es una criminal *terrible*! Es una negrita, nacida en una cabaña donde su madre vivía en el pecado… un pecado bastante frecuente. Es una verdadera psicópata. Tiene un nombre delicioso. Eglantine Inch. Trabajaba en casa de un rico plantador de tabaco de Pearlsburg. Ganaba tres dólares por semana. Su novio necesitaba más dinero, como es natural, para pagar los plazos de su automóvil. La Inch robó un diamante que valía quinientos dólares, lo vendió por cinco, y la condenaron a cinco años. Claro está que no los vivirá. Tiene todo lo que una muchacha puede pedir para arrepentirse y volverse virtuosa. Seguramente el Señor, que se preocupa mucho de los gorriones, pero singularmente poco de los presos, le ha enviado por sus pecados un poco de asma y, en mi opinión, de sífilis. El doctor no se ha decidido aún a hacerle una reacción de Wassermann. No es mala persona el doctor, pero es un alcohólico terrible… ¡Por eso está aquí, cumpliendo su condena, como usted y como yo!

»¿Que por qué no la mandan al hospital? Porque, querida mía, hay un hospital bastante decente para los hombres, o al menos eso es lo que me han dicho, pero ninguno para las mujeres, porque no hay sitio; ¡la camisería, tan altamente provechosa, ocupa tanto espacio!… Y porque dentro de diez años esperan tener un hermoso infierno sólo para las mujeres; así que, ¿por qué peocuparse en introducir mejoras? No, todas las mujeres enfermas son atendidas en sus celdas, donde se les sirve la misma comida grasienta que tomamos en el comedor, sólo que, claro está, más fría y servida más tarde.

»¿Que qué sabe el capitán Waldo del doctor Slenk para tenerle tan propicio? Nada; en realidad, Slenk es uno de esos canallas amables que

siempre da la razón al que chilla más que él. Me la daría a mí, igual que se la da al capitán —al viejo, honrado, asesino y obsceno capitán—, si viniera a verme a mí. El doctor Slenk no es doctor en medicina, como él ha hecho creer a la mayoría de las gentes de esté Estado. Es veterinario, fue tratante en caballos y estudió en la universidad un año de osteopatía. ¿Que cómo entró aquí? ¡Dando la razón a todos! ¡Besando los pies a los demás! ¿No le besó los suyos? ¡Si fue casi amable conmigo, una criminal! Luego, además, tiene un hermano que es un rico contratista… Ha construido parte de esta prisión.

»¿Sobornos? ¡Claro que los hay! Todas las camisas y ropa interior que se hacen aquí, los alambres de púa y los utensilios de cocina que se hacen en el departamento de los hombres están contratados por firmas que no tienen nada que ver con la prisión, que compran nuestro trabajo por cuarenta y cinco centavos diarios, y venden sus mercancías bajo etiquetas falsificadas, para que el comprador no sepa que proceden de una penitenciaría. Es un buen negocio para ellos. Y en cuanto a los oficiales de aquí, yo no tengo pruebas, pero me han dicho que el capitán Waldo, con dos mil trescientos dólares anuales y el mantenimiento, posee un Packard, es dueño de dos pensiones en Timgad Springs, y su hijo se educa en Yale. Y la señora Bitlick y la señorita Peebee, que es la capataza y la celadora del taller, son socias de un salón de belleza —¡socias, dije; nada de clientas!— de Pearlsburg. Y, desde luego, la forma en que Peebee nos obliga a que realicemos nuestras tareas, a fin de que les hagamos ganar más dinero a los contratistas, la forma como llama a los guardianes para que nos abofeteen y nos lleven al calabozo, si no las tenemos pronto, parece indicar que hay en eso algo más que su normal amor por la tortura: ¡debe de haber una inspiración más elevada: el dólar! Desde luego, los contratistas, teniendo en cuenta que consiguen la fuerza motriz gratis, y el trabajo casi lo mismo, ganan de un modo escandaloso, y el capitán Waldo y Slenk, o la Bitlick y Peebee, comparten esas ganancias, o son aún más imbéciles de lo que yo creo. ¡Oh, que el Señor me bendiga! ¡A veces, temo que esta prisión me amargue un poco! Escuche, Ann, oído que viene la Kaggs, *siga en su*

puesto, no abra la boca, quédese; el mundo la necesita como testigo, no me creerán a mí, una famosa roja, ¡pero a lo mejor la escuchan y la creen a usted!

—¡A lo mejor! ¡Buenas noches, querida!

Los días de Ann no estaban dedicados por completo a observar crueldades y hablar de ellas. Tenía un empleo. Le llevaba los libros a la señora Bitlick; había aprendido a hacerlo en el *settlement* de Rochester y, sea como fuere, lo hacía mejor que la Bitlick, que no podía sumar siete y siete más seis y conseguir dos veces seguidas que resultaran veinte. Por la noche daba clase de cocina, enseñaba a las presas a servir la mesa, a limpiar la habitación y a hacer trabajos finos de costura, aparte de las clases de la tarde, cuando enseñaba a leer, a escribir, aritmética, una geografía muy elemental y un poco de historia a las mujeres, que en su tercera parte no habían pasado del tercer grado y que, en su quinta parte, eran analfabetas.

La señora Bitlick se quejaba de que era «un desperdicio de tiempo el que la legislatura quisiera que aquellas ladronas y mujerzuelas aprendieran cosas en los libros. Mucho mejor era que trabajaran en el taller de camisería, para que pudieran conseguir buenos empleos cuando salieran, ganar doce dólares por semana y ser respetables». Pero la señora Windelskate y cierto número de pastores y editores habían insistido en que las presas fueran educadas hasta el cuarto grado, y los legisladores habían escuchado de muy buen grado a tan sabios consejeros.

Ann ayudaba a supervisar la comida, lo que quiere decir que, a fuerza de riñas, consiguió que las que trabajaban en la cocina lo hicieran con cierta limpieza. No le asombraba su alegre suciedad; trabajando en las *settlement* había aprendido que la limpieza no es una cualidad innata sino, después del *yachting*, la forma menos natural y más cara del lujo.

Trabajando hasta sentir como hueca la cabeza, encerrada en su oficina, en las clases y las cocinas, no podía ver —y se daba cuenta de ello— ni una tercera parte de lo que ocurría en la prisión. Era como si viviera en una de esas viejas y grandes mansiones, situadas al borde de un arrecife, y tan amadas por los autores ingleses de novelas detectivescas, en las que se

asesina a personas que están encerradas en sus habitaciones, se oyen gritos en los vacíos desvanes y por la madrugada se perciben cautelosas pisadas, mientras la heroína se estremece en su cama y se pregunta si aquello es realmente agradable.

Una vez, en el corredor, vio que dos guardianes arrastraban hacia el sótano a una muchacha que gemía, a una tal Gladys Stout, una prostituta. Una hora más tarde, vio a Gladys subir tambaleándose. Tenía la blusa destrozada y un sangriento arañazo le cruzaba los hombros. Ann le preguntó qué era aquello a la celadora del taller, a la señorita Peebee, pero la damita no sabía nada… ¡oh!, nada.

Ann no había encontrado aún el camino que conducía al calabozo —el «Agujero»—, cuatro celdas completamente a oscuras, como tumbas cubiertas, situadas en una cripta, debajo del sótano, de donde ella había oído subir gemidos de loca.

Se acostumbró a ver las muchachas en «la solitaria». Estas celdas eran como celdas ordinarias, es decir tan desagradables como las demás, pero separadas de ellas. Las muchachas que no terminaban sus tareas diarias en el taller, que contestaban a los guardianes, que hablaban en el comedor o en el camino de las celdas al taller, eran encerradas allí un día, una semana, un mes, comiendo nada más que pan y agua, sin poder hablar ni una hora por día, sin cartas, sin libros. Así se las perfeccionaba generalmente y se las adaptaba para volver a la sociedad, reduciéndolas a una callada y aterradora estupidez.

Si Ann veía tan poco, ¿qué verían, se preguntaba, los visitantes que recorrían una vez por semana la prisión, guiados por los guardianes, gozando de la emoción de contemplar verdaderos *criminales*? Una de sus tardes libres, después de haberse quitado el detestable uniforme, se unió al grupo que recorría la prisión. Hasta entonces no se había dado cuenta del palacio en que vivía. Iba al lado de una muchacha joven, que se parecía a Gladys Stout y que decía, riendo estúpidamente:

—¡Oh, mira aquel tipo de la mandíbula grande… apuesto cualquier cosa a que es un asesino! —el tipo era, en realidad, un mecánico dental que, al verse sin trabajo y con la esposa enferma, había robado un poco de oro.

Un guardián buen mozo y jovial les mostró los jardines con sus macizos de rosas, el vestíbulo estilo Ritz del edificio de la administración, el majestuoso despacho del alcaide, las celdas de los hombres y la tejeduría, que era moderna y casi limpia —el guardián no les mostró la anticuada fundición—, la biblioteca de los hombres, una hermosa habitación que contenía varios libros de sermones y las novelas de Zane Grey, Harold Bell Wright y Temple Bailey; la magnífica capilla de mosaico y el campo de ejercicios de los hombres, con sus impresionantes paralelas y sus máquinas de remar, que los presos podían manejar tres horas por semana, siempre que hubieran observado a la perfección todas las reglas.

—¿Verdad que no tratamos tan mal a los penados? —dijo el guardián cuando los acompañó de vuelta hasta la puerta.

—¡Desde luego que no! ¡Dios mío! ¡Afuera hay muchas personas «decentes» que se alegrarían de tener ventajas como éstas! —dijo un bautista.

—Pero ¿no nos va a mostrar el departamento de las mujeres? —preguntó otro visitante.

—Se está reparando, así que no podemos mostrarlo —dijo el guardián —, pero es tan bueno como éste. Las mujeres tienen un gimnasio, una hermosa biblioteca, una gran clase, un comedor muy elegante. ¡Igual que una universidad!

—¡Si quiere saber mi opinión —dijo un presbiteriano—, me parece que tratan demasiado bien a esos criminales!

—Bueno, quizá tenga razón. Pero somos severos con ellos. Les enseñamos lo que es la disciplina. Nada de tonterías. ¡Oh! ¡Gracias! —dijo el guardián, al ver que un episcopal le daba una propina.

Ann pudo echar una mirada al taller de camisería, situado un piso más abajo que las celdas, entrando ocasionalmente en él, como una intrusa. La señorita Peebee, la capataza, la miraba furiosa y le hablaba como si estuviera pronunciando un sermón a la señorita Peebee tenía una clase pequeña, de muchachas serias, inclusive Birdie Wallop, a las que enseñaba la Biblia todos los sábados por la tarde. Pero Ann siguió avanzando.

Hasta entonces no había visto nunca un lugar en el que se careciera tan completamente de orgullo del trabajo, de la satisfacción de haber terminado una tarea, del compañerismo entre las obreras. La prisión enseñaba a las presas que, por muy peligroso que fuera el crimen, no había nada peor que el trabajo disciplinado.

Las máquinas de coser eléctricas que había en el taller, eran máquinas anticuadas. Las agujas no estaban protegidas; las mujeres se atravesaban con frecuencia las manos. La larga y ruidosa sala estaba iluminada solamente por dos pequeñas ventanas, situadas muy altas, y por bombillas de luz mortecina; y en cuanto a la ventilación… brillaba por su ausencia. Las mujeres se desmayaban con frecuencia junto a las máquinas y se les hacía recobrar el conocimiento por medio de agua fría y fuertes sacudidas. No se permitía ninguna conversación, excepto con la capataza y para asuntos de trabajo. La señorita Peebee se sentaba en una alta plataforma y golpeaba el suelo con un delgado bastón. Con frecuencia tenía que hacer uso de él para corregir a la negra Eglantine Inch, a quien le encantaba cantar. Los labios de Eglantine se movían a veces, cuando cantaba para sí misma, cubierta por el ruido de las máquinas, y entonces la señorita Peebee pensaba que estaba hablando con la muchacha que tenía a su lado y bajaba a corregir la falta, azotándole los brazos. Pero Eglantine tenía suerte; rara era la vez que la enviaban a la «solitaria»; era una obrera demasiado rápida, y producía demasiadas camisas para los contratistas, a pesar de sus ataques de asma.

Pero Josephine Filson, una asesina que había matado a su hijito ilegítimo, estaba siempre en apuros. Era muy lenta, se distraía, y nunca lograba enorgullecerse de su trabajo con las camisas; y en su caso, la lentitud era inexcusable, porque, como decía la señorita Peebee, ¿acaso no había sido maestra de escuela y había tenido mejores oportunidades que las demás?

Ann entró una vez en el taller a la hora de cerrar, y el silencio que reinó en él al pararse las máquinas, le hizo el efecto de un golpe físico. La mayoría de las presas fueron saliendo, pero las que no habían terminado sus tareas permanecieron en la sala, para que las riñeran. Habían llamado a un

guardián masculino, que llevaba una porra de plomo. La señorita Peebee agitaba su bastoncito y le gritaba a Josephine Filson:

—¡Es el segundo día que no terminas el trabajo! ¿No te da vergüenza? ¡Llévenla a la «solitaria»!

—¡Oh, no, «por favor», señorita Peebee —rogó la Filson—; traté de terminarla… pero me dolía la cabeza!… Mañana haré mi tarea…, ¡le juro que la haré! ¡No me mande a la solitaria! Allí no nos permiten leer, y yo estoy por la mitad de un libro muy bonito que habla de un lord y…

La señorita Peebee le ladró al guardián:

—¡Llévesela a la solitaria!

El hombretón vestido de azul avanzó, bostezando. Filson gritó, se agarró con sus dedos marchitos, de uñas rotas, a una máquina de coser. El guardián la arrancó de allí de un tirón y se la llevó, mientras la señorita Peebee le decía a Ann:

—¡Qué idea! ¡Pensar que puede holgazanear y luego irse a leer! Le juro que…

Aquella noche, Ann obtuvo del capitán Waldo permiso para visitar a la Filson en su celda solitaria.

Era igual que la celda que ocupaba todos los días, pero no tenía otro alimento que pan y agua, y estaba desprovista de los tesoros que le permitían seguir viviendo su condena perpetua. Un par de zapatillas, una postal con una vista de Pearlsburg, un metro de cinta roja y un trozo de paño, robado del taller de camisas.

—Perdóneme si me he mostrado ruda —dijo Josephine Filson—, creí que era como las demás celadoras, señorita Vickers, que no vienen más que a reñirme porque no hice mi tarea; hoy la hice, pero la pobre Eglantine Inch me robó unas cuantas de la pila, y no pude quejarme de ella porque está loca, la pobrecilla.

»Antes trataba de ser una buena cristiana y de temer a Dios. Pero ahora que estoy aquí y que veo que la señorita Peebee, la señora Bitlick y el doctor Slenk dicen todos ellos que son buenos cristianos y enseñan en la escuela dominical, prefiero ser como la peor de todas las mujeres que hay

aquí: Kittie Cognac, que vende cocaína. ¿Cree que los predicadores sabrán mucho? Ellos nunca han pasado nueve días tirados sobre un suelo de cemento, en una celda oscura… Entonces rogaba y le pedía a Dios que viniera a salvarme, pero nunca me contestó.

»Sí, he tenido un hijo y no estaba casada. Era maestra en Coon Hollow. Tenía dieciséis alumnos y ganaba veinticinco dólares por mes, y casa. Aquello era muy alto…, hacía mucho frío. A veces, yo me levantaba a las seis y tenía que atravesar la nieve, encender el fuego y barrer la escuela. No me importaba; tenía alumnos muy buenos. ¡Había un chico muy guapo y muy inteligente, al que yo daba clase por la noche y que ahora está en la Universidad del Estado y progresando de veras! Me gustaba enseñar. Como habrá visto, no soy bonita. Los muchachos no me prestaron nunca mucha atención cuando era más joven. Nunca me hicieron caso. Pero mis alumnos sí me lo hacían y muchas veces me llevaban regalos, flores y cosas así. A mí me encantaba enseñar.

»Pero nunca tuve novio… hasta entonces. Llevaba dos meses viviendo en el North Road (ya sabe por dónde se sube desde el Hollow), ¡oh, claro está!, usted no conoce Coon Hollow; es muy bonito. Yo solía pensar que sus colinas eran como un templo. Bueno, al principio vivía en casa de Ad Titus, y Ed, el hijo mayor de Ad, un muchacho muy alto y fuerte, pero que no tenía más que veinte años, solía acompañarme y bailar conmigo. Yo nunca fui muy amiga de fiestas, pero me gustaba bailar. Es una sensación tan agradable… Todos los músculos se mueven con tanta suavidad… ¡Es mejor que montar a caballo! ¡Qué extraño resulta hablar en esta celda de bailar y montar a caballo!

»Pues bien, Ed se había peleado con su novia —ella era Lora Dimond, la que vivía en la Forja de Johnson—, y como es natural, como se encontraba en una edad muy romántica, pensó que tenía que buscarse enseguida otra: “No seas tonto”, solía decirle yo por las noches, cuando estábamos en la cocina de Ad; era una habitación grande y muy hermosa, con una antigua chimenea, y todo estaba tan limpio… ¡Dios mío, la señora Titus se hubiera muerto si hubiese visto todas las cucarachas que hay aquí! Yo le dije a Ed: “Trabaja bien y algún día serás banquero o abogado, y entonces podrás elegir la muchacha que más te guste, ya lo verás”. Bueno,

pues conforme hablábamos, más decidido parecía a enamorarse de *mí*; ¡de mí, tan vieja, tan fea, tan estúpida y doce años mayor que él! Me reí de él, pero una noche, cuando sus padres no estaban allí, y los dos estábamos divirtiéndonos, mientras el perro ladraba, Ed me agarró por la cintura y me besó muy fuerte —nunca he podido comprender por qué lo hizo—; me pareció que iba a desmayarme. Hasta entonces nunca me habían besado en serio. Y yo me volví loca. Día y noche no podía pensar más que en él, aunque estuviera en la escuela, dibujando un mapa de Europa para los alumnos; antes me encantaba dibujar mapas, con lápices rojos, verdes y amarillos, y sabía muy bien la geografía; podía recordar muy bien muchas cosas, como, por ejemplo, los ríos de Rumania, y hacía que a los chicos les gustase la clase, porque toda mi vida deseé viajar y ver sitios nuevos; solía leer la *National Geographic* en casa del doctor, a quien se la mandaban todos los meses, y así podía hablarles a los alumnos de Venecia, de los canales y de todo lo demás, y creo que a ellos les gustaba. Pero, como decía, estaba dibujando un mapa y de repente me ponía a pensar en Ed, en sus grandes manos, en su voz. —¡Dios mío!, era tan profunda—, y en el modo cómo reía, y en que se le podía pegar en el pecho todo lo que una quisiera, sin hacerle el más mínimo daño.

Y, sea por lo que fuere, yo no podía pensar que aquello era malo; me parecía como si hubiera encontrado un tesoro escondido, y no hacía más que pensar en las cosas tan hermosas que iba a hacer con él.

»Y por eso, la noche que él pasó conmigo, le aseguro honradamente que no me pareció mal; ¡éramos tan felices y nos amábamos tanto! ¡Oh, claro está que aquello me sorprendió y me asustó un poco! Pero, de todos modos, ¡me hacía tan feliz el pensar que estaba haciéndole feliz a él!; y poco a poco, llegó a gustarme; ¡había estado tan hambrienta de amor y —¿verdad que es raro?—, sin embargo, no sabía realmente lo que era el amor!

»Y luego, cuando me mudé a casa de Bart Kelley y después a la de la anciana señorita Clabeers, seguía viviendo a dos kilómetros o cosa así de la casa de Ad, y Ed me visitaba por las noches y ululaba como un búho, para que yo saliera, y luego nos íbamos al bosque, agarrados de la mano y cantando viejas canciones, o pensando en el medio de conseguir algún dinero para casarnos y marcharnos a California.

»Él trabajaba para su padre, pero pensaba que lo mejor era dejar su trabajo y buscarse un empleo en cualquier garaje, para que pudiéramos casarnos. Era muy buen mecánico, pero no sé por qué no podía encontrar empleo. Yo le dije: “Vamos, no seas tonto, Ed; soy muchísimo más vieja que tú”, pero él me dijo…, (¡oh!, fue tan cariñoso conmigo), me dijo: “Jo, tienes mucha más gracia que cualquiera de las otras muchachas”. ¡Oh!, y creo que lo decía en serio. Me gusta pensar que lo decía en serio.

»Solíamos jugar a una cosa: alzábamos los ojos y mirábamos hacia las estrellas, a través de los árboles —yo traté de estudiar un poco de astronomía, pero no lo hacía muy bien—, y entonces pensábamos. ¡Dios mío!, a lo mejor son mundos como éste, pero miles de veces mayores, y las gentes que los pueblan miden mil metros de altura. “¡Piensa, Ed! (yo solía decir): Si tuviéramos una vista lo suficientemente aguda, a lo mejor podríamos ver esas ciudades de oro. Mira aquella estrella…, ¡nada se interpone entre ella y nosotros!”. Ya sé que no era más que una solterona estúpida y ridícula, enamorada de un muchacho tan joven que casi podía ser mi hijo. Debía de ser verdaderamente cómico. Hablar de ciudades de oro, situadas en las estrellas… cuando iba a tener un hijo.

»Cuando me di cuenta de ello y se lo dije, él estuvo muy cariñoso y me hizo muchos mimos. Si estuviera aquí, ¡gracias a Dios no está!, mataría al capitán Waldo y a ese guardián pelirrojo. Más ninguno de los dos teníamos dinero… Yo había ahorrado sesenta dólares, pero le había comprado con ellos un reloj de oro con cadena y le había pedido que les contara a sus padres que se lo había encontrado en la carretera.

»Y así, pues, mientras buscábamos algún medio de salir del paso, llegaron las vacaciones de verano. Yo, por lo general, trabajaba en el verano en la Notch House, ayudando a servir las mesas, pero como iba a tener el niño y casi todos los días estaba enferma, me fui a vivir con el tío Charley, un diácono metodista; era un hombre muy bondadoso, y aunque sospechó lo del niño, no me echó a la calle. Pero su segunda esposa se dio cuenta de aquello y le amenazó con enviarme a la cárcel, así que Charley tuvo que dejarme marchar, y entonces los padres de Ed se enteraron también, y se pusieron muy furiosos y enviaron a Ed a Pearlsburg; hasta llegaron a llamar

a un agente de policía para hacer creer a Ed que le mandarían a un reformatorio si no se iba de allí para siempre.

»Ed me escribió. Quería que fuera a reunirme con él. Me dijo que ya nos las arreglaríamos de algún modo. ¡Y yo tenía muchas ganas de ir…; me volvía loca pensando en él y en el niño, viviendo todos juntos en una casa con cuadros y dando paseos los domingos! Pero entonces… yo vivía con unas gentes, en las afueras del pueblo; el tío Charley les había pagado mi alojamiento. Entonces, la mujer de Charley, el pastor y otras cuantas personas, se me echaron encima y me convencieron de que iba a arruinar la vida de Ed, si me casaba con él, y, no sé, quizá tuvieran razón, y yo no quería, sin duda, hacer eso.

»Así, pues, me escapé para que Ed no pudiera encontrarme y le estropeara la vida. Me fui a las montañas. Viví un tiempo en casa de una familia; eran unos pobres ignorantes, pero fueron muy bondadosos conmigo. Luego seguí adelante. Pensé que podría llegar a un hospital…; había oído decir que, a veces, tienen gratis a los pobres. Pero el niño llegó antes de lo que esperaba. Lo tuve en la montaña y no me ayudó nadie más que una negra vieja que vivía allí —tenía noventa años y no podía servirme de mucho—, y como tenía tan poca cosa, yo no pude aceptar nada de lo que me daba y seguí adelante, con el niño en brazos, hasta que llegué a una cabaña vacía, y entré en ella para… no sé para qué; creo que no me daba muy bien cuenta de lo que hacía. Quizás estuve allí cuatro o cinco días, y cuando salí el niño estaba muerto, caído en un charco. De veras, no sé si yo lo puse allí o fue alguien que pasaba por el camino. ¡Pero entonces vino la policía y dijo que yo era una asesina! ¡Yo! Y el juez, el juez Tightam, un disoluto famoso en todo el Estado —creo que hasta usted misma ha tenido que oír hablar de él-SI, dijo que mi caso era aún peor porque yo tenía un puesto honorable y de responsabilidad, y me condenó a cadena perpetua. Aun entonces, yo no me daba bien cuenta de lo que ocurría… de que no iba a salir de aquí en toda mi vida.

»Pero ahora, Ed, se ha casado y tiene dos hijos. El tío Charley me escribe diciendo que le va muy bien.

»Pero… usted, que es una de las celadoras…, ¿no podría arreglar las cosas para que yo pudiera pasearme por el campo, aunque no fuera más que

una vez, aunque sólo fuera una hora?

Cuando Ann salió de la celda de Josephine Filson, le pareció ver a su hija Pride.

«Por eso estoy aquí. Por eso tengo que permanecer aquí. Yo también he matado a mi hija», se dijo.

OceanofPDF.com

XXVI

—NO ME gusta decir esto acerca de una delincuente profesional, pero le juro que Kittie Cognac es una soplona y una espía —se quejó Birdie Wallop—. Cuando hable con ella, señorita Vickers, asegúrese bien de que no le dice nada que no quiere que sepa la señora Bitlick. Yo sé muy bien que Kittie fue la culpable de que el doctor Sorella se llevara un buen disgusto por haberle dicho que aquí dejaban que la Filson se muriera de hambre. ¡Si alguna vez quiere criticar (y le aseguro que a veces eso es una gran cosa), vaya y cuénteselo a Jessie Van Tuyl! La tal Van Tuyl es una gran persona. Cuando hablo con ella casi me entran ganas de volverme decente. Pero luego voy y oigo a la señorita Peebee, y me pone tan furiosa que entonces me entran ganas de salir y vengarme de la población entera de este maldito Estado, por haberme encerrado aquí con Peebee, Bitlick y Kaggs… Ahora que, en honor de la verdad, tengo que decir que fue Kittie Cognac la que nos enseñó a llamar a Peebee «la Perra Piadosa», en vez de la «Pobre Boba», como nosotras la llamábamos antes.

Kittie Cognac —había sido bautizada «Catherine Meek», aunque lo más probable es que no la hubieran bautizado nunca— era una chantajista, timadora, corredora de estupefacientes, ladrona de hoteles, artista barata y otras cosas más. Su lugar no era aquella prisión, relativamente rústica. Pero, por lo que ella misma consideraba una broma de la suerte, Kittie, que había escapado de la policía de Chicago, Nueva York, San Francisco y Montreal, sin cumplir entre todas las sentencias más de dos o tres años de prisión, había secuestrado en Pearlsburg un niño absolutamente vulgar y, a pesar de

todas sus protestas de que era la esposa de un *baronet* inglés —a quien el tribunal llamó «Su Gracia»— y de que su amado padre estaba moribundo, fue sentenciada a dieciséis años de cárcel. A pesar del uso generoso que hacía de su dinero entre los parientes de los miembros del Departamento de libertad condicional, parecía que Kittie iba a tener que cumplir, por lo menos, cinco años de su sentencia, aunque el niño que ella secuestrara había dejado casi de despertarse gritando por la noche.

Kittie Cognac tenía treinta y cinco años, voz de terciopelo, cabellos de color de caoba y unas manos como las de Diana.

Según sus propias y diversas confesiones, había nacido en lowa, Texas, Irlanda, Nueva York y Londres. Un día le dijo a Ann que conocía muy bien Londres; Su Gracia, su esposo y ella, se habían paseado muchas veces desde Saville Row hasta Buckingham Palace, y aunque no conocía personalmente al Rey, había cambiado muchas sonrisas con él en las carreras de Brighton, Cornualles, en el norte de Londres.

Era la principal *trusty*[21] de la prisión, no simplemente porque con el dinero que recibía misteriosamente todos los meses, regalaba bombones y medias de seda a las celadoras, y cigarros puros y revistas francesas muy divertidas a los hombres, sino porque era la única penada que sabía mandar de un modo competente. La señora Kaggs, la celadora de noche, decía admirativamente que Kittie no tenía más que mirar a Eglantine Inch para producirle un ataque de epilepsia. Aquello era verdad. Kittie podía hacerlo, y lo hacía. Kittie era ya ayudante oficial de la señora Kaggs; en realidad muchas veces era toda la vigilancia nocturna; dejaba que la señora Kaggs durmiera, lo tenía todo en perfecto orden y todavía le sobraba tiempo para recibir al capitán Waldo en el gimnasio. Contra todas las reglas, Kittie llevaba zapatos de tacones altos y un collar de perlas, y su uniforme de percal azul estaba nuevo, no recordaba en nada a un trapo y le llegaba nada más que hasta las rodillas.

—Usted y yo no nos encontramos en nuestro elemento en una cárcel tan rústica como ésta, señorita Vickers —dijo dulcemente Kittie, sentada sobre

una mesa que había al extremo del corredor de las celdas, balanceando las piernas y haciendo un prohibido café en una inconcebiblemente prohibida cafetera eléctrica de cristal—. Usted conoce Nueva York, pero estos patanes, sí, me refiero tanto a los guardianes como a las presas, ¡Dios mío!, no saben lo que es divertirse ni tratar con gentes bien.

»Por ejemplo, voy a contarle una cosa. Una vez tuve que salir de Chicago a la chita callando, porque tenían contra mí una orden de detención, por haber robado a un viejo pastor. ¡Santo Dios, aquella vez sí que me divertí! Yo tenía cierta casa en Chicago. Una vez veo en la estación un viejo pastor que estaba sacando un pasaje para KC y llevaba un fajo de billetes de Banco que habría ahogado a un caballo. Así que voy y me acerco a él y le digo que soy nueva en la ciudad y que como me he dado cuenta de que es un predicador, me gustaría que me dijera cuál es la mejor iglesia de Chi. Él me lo dijo, ¡vamos, era cosa de morirse de risa! Un par de años más tarde, fui a oír al viejo que me había recomendado, simplemente por divertirme; y, por hacer una travesura, saqué un billete de diez dólares de la bolsa de la colecta, mientras armaba mucho ruido metiendo un billete de uno. ¡Dios mío, cuánto me divertí! Pero a mí me parece bien el ir a la iglesia, y muchas veces me he peleado con los que se burlan de la religión. Bueno, le di las gracias por lo bueno que era conmigo y le pregunté si quería ir un ratito a casa, mientras aguardaba su tren; le dije que vivía con mi madre, y que mamá estaba muriéndose de ganas de ir a la iglesia más elegante de la ciudad.

»Así que de una cosa pasamos a la otra y le hice subir a mi habitación. Era un sitio muy elegante, un dormitorio salón la mar de bonito; no había otro sitio donde colgar la ropa más que en la cabecera de la cama, y yo había hecho colocar un panel corredizo, para que mi socio metiera por él la mano y fuera a registrar los pantalones del incauto. Así que le hice subir y… “¡Oh, Dios mío! ¡Mamá tiene que haber salido! Bueno, esperaremos”. Y esto la hará reír, señorita Vickers. Yo no debiera ser tan franca con usted, pero he decidido reformarme y, como conozco la psicología, sé que el primer paso para reformarme de veras es contar la verdad a las autoridades, ¿no lo cree usted así? Yo habré sido una ladrona, pero ahora veo mi camino claro y nadie puede decir que, naturalmente, yo no haya sido siempre

honrada; ¡fue el ambiente y las circunstancias los que me hicieron mala! Pero ya verá cómo esto la hace reír. Hice que el vejete se sentara, y ¡qué me ahorquen si no me puse a cantar *himnos*! ¡De veras! En Oklahoma, donde me eduqué, formaba parte del coro de la iglesia.

»Bueno, pues yo me senté en el brazo del sillón donde se había sentado el viejo y traté de animarlo un poco, a ver si se atrevía a hacerme una caricia, pero nada, no hacía caso…, sus días alegres se habían terminado. Me tomó la mano, se puso a darme palmaditas y ¿qué se figura? ¡Comenzó a hablarme de su iglesia! ¿Se imagina algo por el estilo?

»Entonces se me ocurrió una idea. Era una noche muy caliente. Yo le sugerí que se quitara la chaqueta: en el bolsillo interior, dentro de un sobre, tenía una montaña de billetes. No, me dijo, no era cortés en presencia de una dama. Me entraron ganas de pegarle y gritar: "¡Oh, no se detenga por eso; yo no le exijo buenos modales… Lo único que me interesa es su dinero!", pero adopté mi expresión más insinuante y le dije: "¡Pero tiene que quitarse la chaqueta, porque va a ayudarme a hacer un poco de *fudge*[22]!".

»Yo tenía allí un hornillo eléctrico y algunos comestibles. Siempre lo encontré útil. Hacía que los imbéciles que me visitaban se pusieran a cocinar. Ésa es una invención mía, y espero que me lo reconocerán así. ¡Chicago May o Sophie Lyons no pensaron en algo parecido!

»Así que traté de hacerme la doméstica y saqué un poco de azúcar moreno y de manteca y le dije: "Cuando era una niñita en Oregón (creo que le dije Oregón o cualquier otro lugar que no había visto en mi vida). Cuando era una niñita, mis cuatro hermanos y yo solíamos ir a casa de nuestro querido pastor para hacer un poco de *fudge*, y él se quitaba siempre la chaqueta y nos ayudaba. Así que si no lo hace, yo no me sentiré a gusto…, y ¡oh, cómo echo de menos en esta enorme y malvada ciudad los días de mi inocente niñez!". Ya sabe, algo por el estilo, y mientras le sonreía como una gata.

»Como es natural, se lo tragó. Se quitó la chaqueta… pero, ¡se lo imagina!, el demonio de viejo la colgó en una silla que, por lo general, yo metía en el armario, para que no pudieran hacer eso. ¡No sabe cómo me enfadé! Pero fui justa; siempre lo soy; no censuré al viejo por haber puesto

allí la chaqueta; me eché la culpa a mí misma por no haber metido la silla; le dije que temía que la silla cayera, y le puse la chaqueta colgada de la cabecera, donde mi socio, después de hacer correr el panel, podía sacar la mano y quitarle el dinero, sin que nadie se enterara, y meterle en el bolsillo un sobre lleno de pedazos de papel, para que él no echara de menos su fajo de billetes si palpaba la chaqueta al salir.

»Bueno, el pobre viejo me daba un poco de lástima; gozaba haciendo el *fudge*, me dijo que hacía años que no lo probaba. Según parece, su *frau* estaba enferma y su vida hogareña era terrible. Pero… ¡Dios mío! ¡Cómo me aburría! ¡Yo comiendo *fudge*! ¡Me entraban ganas de pegarle! ¡Y habría seguido así hasta la hora de tomar el tren! ¡Si hasta quería que cantásemos unos himnos! Oh, y antes de que me olvide, lo más divertido de todo fue que, en cuanto hubimos hecho el *fudge*, el viejo insoportable —¿no es verdad que esos puritanos son odiosos?— fue y se puso la chaqueta de nuevo, con los trozos de papel de periódico en vez del dinero. ¡Pero vaya si me libré de él! Y ahora verá. Yo estaba segurísima de que no miraría la cartera hasta que estuviese sano y salvo en su tren. Pero él sospechaba de mí. Y dígame, ¿no le parece que para tanto hacerse el santo, eso demuestra que sus pensamientos no eran muy limpios? Por lo visto, en cuanto salió a la calle, mientras aguardaba el tranvía, ¡el condenado tacaño no quería tomar un taxi!, se le ocurrió mirar la cartera y entonces vio que en lugar de sus hermosos grabados, no tenía más que recortes de diarios.

»Bueno, yo ya estaba disponiéndome a marchar, ¡y oiga, esto sí que la hará reír!: estaba repitiendo uno de los himnos que había estado cantando con él, cuando entra en la habitación, furioso como un toro, ¡y tuvo el valor de amenazarme! ¡Y ahora sí que viene lo bueno! Me dijo que aquel dinero no era suyo; ¡que lo había reunido para construir una cocina y un comedor para su iglesia! ¡Y los policías me detuvieron y me llevaron a la comisaría!

»Bueno, pero todo salió bien. Yo había arreglado las cosas con un tipo que conocía para que me pusiera una fianza si alguna vez la necesitaba, en el entendimiento de que, cuando yo me marchara, le mandaría el dinero por correo. Y él lo hizo así; pero cuando llegué a Nueva York, me puse a pensar que el amigo que había puesto el dinero de la fianza era un hombre que tenía dinero de sobra y podía perder aquella cantidad, mientras que yo no

era más que una pobre muchacha que luchaba por salir adelante. ¿Y quién había hecho todo el trabajo en aquel caso? Yo, mientras que él se había limitado a dar el dinero. Así que, en pura justicia, yo no veía por qué había de devolverle su dinero. ¿No le parece que hice bien?

»¡Pero para que vea lo que son las injusticias de la vida! Yo pensaba que, con aquello, le daba una lección al pastor. ¿No le habían enseñado a que no hiciera caso de las mujeres desconocidas? ¿No merecía aquello lo que había perdido? ¿No me merecía los setecientos dólares que le había sacado… porque yo tuve que darle trescientos a mi socio, que no había hecho nada más que correr el panel y sacar la mano?

»Y entonces el pastor volvió a su pueblo y se murió. Los periódicos me echaron a mí la culpa; dijeron que lo había hecho por miedo al escándalo. Pero ¿tenía yo la culpa?

»No sé aún muy bien lo que voy a hacer cuando salga de aquí. A lo mejor, me dedico al espiritismo. ¡Es un estupendo negocio! Pero no es nada malo, no vaya a figurárselo, hace la mar de bien. Claro está que una anda buscando su provecho, como en todo negocio, ¡pero no sabe lo que se consuelan algunas gentes, si se les dice que su tía María las está llamando desde el cielo!

»Y además, como es natural, yo creo en el espiritismo. ¿Usted, no? No, diablos, ya me lo figuraba que no creería. Eso es lo malo que tienen los espíritus apegados a la tierra. La señora Bitlick y el capitán Waldo son como ustedes. Son demasiado tontos, demasiado materialistas, para oír las voces del más allá. Pero yo me he consolado muchas veces en medio de mis grandes desgracias —ninguno de ustedes es capaz de comprender lo que yo he pasado—, hablando con el espíritu del general Grant o con cualquiera otra alma grande. Ésa es la verdadera razón que me ha traído aquí, porque los materialistas como usted y los jueces no pueden comprenderme. Sí, creo que no resultaría muy mal del todo como médium.

»Y por otra parte, también puedo escribir un libro acerca de lo mala que he sido, y de cómo me he arrepentido. ¡Aunque no lo crea, lo puedo hacer muy bien! Creo que he leído todo lo que merece la pena de ser leído. Le

apuesto cualquier cosa a que sé más acerca de Frank Harris, de Oscar Wilde y de Árthur Brisbane que cualquier profesor de universidad. Sí, por mí puede pensar lo que quiera, pero a mí me gustaría meterme en un negocio provechoso como las curaciones mentales o algo por el estilo. No sé lo que voy a hacer. A veces pienso que no he sido una buena mujer. Mi padre me odiaba. ¡Bueno, está bien, está bien! ¡Ya le enseñaré quién soy yo! Hace veinte años que ha muerto, pero, de todos modos, ¡ya le enseñaré quién soy yo! ¡Para ajustarle las cuentas, voy a vengarme en cualquier hombre al que pueda echarle la mano encima!

Ann apoyó la cabeza contra la pared del corredor.
«¡Así que *hay* presos que son tan viles como sus guardianes!».

OceanofPDF.com

XXVII

DE LAS dos mujeres que había en las celdas de las condenadas a muerte, la primera fue ahorcada a las once de la noche del día siguiente al de la llegada de Ann a Copperhead Gap, y aquella noche Ann se dio cuenta de la inquietud de la prisión, de los gemidos, de los golpes sobre los barrotes, que comenzaron a las siete de la tarde y duraron hasta la madrugada.

Lil Hezekiah, la vieja negra que había llegado al Gap con Ann, siniestra compañera de la universidad de los condenados, se hallaba en su última semana de espera, y la guardia de las condenadas a muerte no la perdía de vista de noche ni de día; día y noche, dos de las nueve celadoras la vigilaban frente a su celda, en turnos de dos horas.

Y Ann era una de las nueve.

Las celadoras se sentaban en viejas mecedoras —como las que se ven en las casitas de verano que hay al borde de los lagos—, en el corredor, frente a la celda de Lil.

Siete días. Seis días. Cinco días, y el majestuoso Estado se llevaría a aquel ser humano y lo mataría. Allí estaba Lil probablemente loca, vieja, gastada y cenicienta, pero aún así, llena del milagro de la vida; con ojos que, de un modo mágico, veían las cosas y de ese modo, les daban existencia, oídos delicados, capaces de percibir la maravilla del sonido, matriz que había dado a luz cuatro hijos fuertes y relucientes como el cobre, manos que habían tejido alfombras de brillantes colores y amasado tortas de maíz; y dentro de cinco días, de cuatro, de tres, el Estado, con su fuerza y su sabiduría, la arrebataría y la convertiría en un montón de carne podrida e

inservible, y se enorgullecería de su venganza, seguro de que al matar así a Lil Hezekiah, había impedido para siempre los asesinatos.

«Por la gracia de Dios, amén, en nuestra cristiana nación, donde no rabiamos como los reptiles, sino que, bajo las dulces enseñanzas de Jesús, nos reunimos en una gran nación con el fin de matar dulcemente a unas pobres viejas, negras y gastadas, cantemos ahora la Tierra de los Libres y el Hogar de los Valientes…».

Pero Ann sí rabiaba. No le gustaban los asesinatos. Tenía lástima a aquella negra loca y vieja, que había cometido un asesinato. «Pero —pensaba—, ¡Lil no lo planeó fría y desapasionadamente!».

Dos días solamente. Veinticuatro horas.

Los principales criminalistas del Estado, como la señora Windelskate y el doctor Addington Slenk, proclamaban muchas veces que en aquel esclarecido Estado se habían librado; de la bárbara idea de que había que vengarse de los criminales. Por eso era por lo que hacían vigilar de aquel modo a Lil Hezekiah, para impedir que se suicidara y privase a la comunidad del placer de matarla.

No se le permitía ni un segundo de intimidad. Bajo las miradas de Kittie Cognac, la señora Kaggs o cualquier otra celadora, tenía que dormir, pensar, rezar, orinar y reflexionar acerca del hecho de que dentro de un día habría muerto. Era una vieja montañesa, acostumbrada al silencio de los altos valles, y el ver la muerte reflejada día y noche, noche y día, en los ojos de aquellas mujeres, aumentaba la agonía de su muerte.

Pero Lil, que siempre había sido muy dada a la oración, tenía el consuelo diario de rezar en compañía del capellán de la prisión, el reverendo Leonard T. Gurry.

Entraba con paso vivo en el corredor, saludando a Ann y a la señora Kaggs.

—¡Buenas tardes, señoras! ¡Espero que su obra de misericordia no las habrá cansado mucho! Pero bien pronto podrán descansar. ¡Ya sólo quedan veintidós horas!

—¡Oh, Dios mío querido! —gimió la anciana loca de la celda—. ¡Veintidós horas!

El reverendo Gurry observó:

—¡Lil! ¡No debes pronunciar tan a la ligera el nombre del Todopoderoso!

Entró en la celda, pero permaneció con la espalda contra la pared, todo lo lejos de Lil que podía. Estaba casi seguro de que los negros tenían alma, pero su piel no le gustaba.

—Ahora, hermana mía, ésta es una de las últimas oportunidades que tendré de rezar contigo… En realidad, sólo puedo quedarme un momento. Así, que si te arrodillas… te dije que te arrodillaras… ¡Oh, Señor Dios nuestro, ten piedad de esta pobre alma! Perdónala, si puedes. Se ha arrepentido de su horrible pecado, así que perdónala, amén. Buenas noches Lil.

—¿Cree que Él me perdonará? ¿Lo cree? ¿Lo cree de veras?

—¡Oh, sí, sí! Su misericordia es infinita.

En Copperhead Gap no había ninguna regla que indicara cuándo una trusty podía ocupar el puesto de una celadora, durante la guardia de una condenada a muerte, pero la realidad era que Kittie Cognac hacía casi todas las guardias de la señora Kaggs, y, una vez, Ann y Kittie vigilaron juntas a Lil.

—¡Sé valiente, mujer! —le dijo Kittie a Lil—. Mantén erguida la cabeza. Eres tan buena como cualquiera de las que estamos aquí.

—¡Oh, no, no lo soy, señorita! —gimió Lil—. Fui una mujer muy mala. Creo que merezco de veras morir. No recé todo lo que debía; ése fue mi pecado. El pastor me decía que debía rezar más, pero yo no lo hacía. Mi viejo se emborrachaba y al volver a casa me pegaba a mí y a mi hija, a mi hija viuda, y yo rezaba, rezaba, rezaba, para que el negro borrachón dejara de beber. Pero a él le ponía furioso el verme arrodillada; me pegaba con el tacón de su zapato, y yo creo que eso debilitó mi fe y ya no rezaba donde él pudiera verme. Ahí fue donde pequé, por eso es por lo que Dios me castiga; porque mi fe se debilitó por completo, y una noche, cuando vino a casa, y empezó a dar patadas a uno de mis nietos, que estaba enfermo, le pegué con el atizador y, cuando él quiso ahogarme, le juro ante Dios que me olvidé por

completo de mi religión y le partí la cabeza con un hacha. ¡Oh, sí, fui una mala mujer, señorita!

—¡Oh, diablos, no fue tan mala! —bostezó Kittie, encendiendo un prohibido cigarrillo. Mientras Ann se preguntaba si debía hacer algo por aquel cigarrillo, Lil se agarró a los barrotes de la puerta y exclamó, indignada:

—¡Yo sé lo que es bueno y lo que es malo! ¡Yo sé cuándo he sido mala… y cuándo lo han sido los demás! ¡No soy como ustedes, mujeres! ¡Tacones altos! ¡Fumando cigarrillos! ¡Las antorchas del infierno, eso es lo que son! ¡Yo fumaba una pipa, pero la dejé por cumplir con mi religión, la dejé por el Señor! ¡Cigarrillos!…

—¡Eh, eh, cuidadito! —gritó Kittie—. ¡Pues sí que sabe mucho acerca de la religión! ¿Qué sabe acerca de las grandes verdades esotéricas del espiritismo? ¿Puede invocar a los espíritus? ¡Pues yo, sí! ¡Oiga! ¿Quiere hablar con el difunto esposo de su hija? Se llamaba Josephus y le gustaba mucho la sopa que usted hacía.

—¡Oh, Dios mío, señorita! ¡Así es! ¡Siempre le gustó! ¡Oh!, ¿está aquí? ¿Tiene algún mensaje para mí? ¿Intercederá delante del Trono del Altísimo por una pobre mujer, vieja y mala?

Ann murmuró:

—¡Kittie! ¡No haga eso! ¡O, al menos, tenga mucho cuidado!

—¡Claro que sí, voy a darle a la pobre vieja un mensaje que vale más de cinco dólares!

Lil miraba con adoración a la chantajista. Se había animado gracias a la droga de esperanza que Kittie Cognac había preparado con su suposición acerca de la sopa, y la lectura del historial de Lil. Su vieja cara de mona se contraía en una sonrisa; sus frágiles manos, con las palmas casi blancas por el mucho trabajo, temblaban sobre los barrotes; y se puso a rezar nerviosamente, mientras la chantajista entonaba a modo de cántico:

—¡Josephus dice que será recibida en la gloria! ¡Dice que los arcángeles la guiarán!

—¡En la gloria! ¡En la gloria! ¡Amén!

Veintiuna horas más tarde, aquellos ojos que brillaban con mirada de adoración, serían dos cosas blancas y grotescas, como dos cebollas

hervidas.

El doctor Arthur Sorella, el médico de la prisión, se parecía a Edgar Allan Poe. Las celadoras contaban que era un graduado de Hopkins, que había sido cirujano en la ciudad de la categoría de los que tienen dos Packard, y que se había dado a la bebida cuando le abandonó su esposa. Ann le había visto pasar como una sombra por los corredores, y se había dado cuenta de que entre todos los oficiales de la prisión, él era el único amable y bondadoso.

Cuando fue a mirar a Lil Hezekiah, Ann le rogó lo siguiente —la otra celadora que le acompañaba, una mujerona alta y colorada, cuyo primo era senador del Estado, dormía tranquilamente:

—Doctor, usted sabe que van a ejecutarla esta noche. No le quedan más que diez horas. ¿No les da nunca alguna droga antes? ¿No puede dársela a ella? ¡Está tan asustada! ¡Mire, óigala cómo reza!

—Me gustaría hacerlo. Lo haría si pudiera. En realidad, si es que la pena capital tiene que existir, yo les daría a los pobres diablos una oportunidad de suicidarse decentemente, sin que nadie les viera; les entregaría algún veneno para que lo tomaran, si querían. Pero estando las cosas como están, no me atrevo a darles ni morfina. En las épocas antiguas, el celador emborrachaba al condenado a muerte y le hacía subir alegremente a la horca. Pero las buenas gentes de este Estado decidieron que su Dios no gozaba lo suficientemente con su venganza, si los pecadores no estaban serenos y no se daban cuenta de lo que se les estaba haciendo.

—Pero no puede…

—¡Chistt! —el doctor Sorella la miró furioso y luego miró a la dormida celadora—. ¡Claro, tonta más que tonta! Siempre les doy algo. Si no lo hiciera, tendría que suicidarme. ¡Por favor, no le diga nada al capitán Waldo! ¡Oiga! ¡Váyase de aquí! ¡Acabará esto con usted, o, lo que es aún peor, usted terminará siendo tan sádica, de un modo educado, como el capitán Waldo! ¡No hay ser humano que sea lo bastante bondadoso, lo bastante sabio para poder resistirse, año tras año, al poder de tortura y a la

gente. Yo no cuento; soy hombre acabado! ¡Márchese! ¡Dios mío, qué falta me hace beber un trago!

Ann miró a Lil Hezekiah, que elevaba sus esqueléticas manos, en visión extática de Dios.

—¡A mí también!

Y los dos bebieron furiosamente, sin brindis ni cortesías preliminares, del frasco de acre licor que el doctor llevaba en el bolsillo interior de la chaqueta.

Ann estuvo de guardia casi constantemente, durante las treinta y seis horas anteriores a la ejecución de Lil Hezekiah. Era la que estaba en mejores condiciones de hacerlo. Aparte de sus cuentas, no tenía ningún deber importante, como, por ejemplo, evitar que los presos se escaparan, o el obligarlos a terminar sus tareas en el taller de camisas; en realidad, no tenía que hacer nada más que enseñar lo que, en opinión de la señora Bitlick, no era más que un capricho.

En aquellas treinta y seis horas tuvo ratos libres para echarse una siestecita, pero no durmió. Permanecía despierta en el dormitorio, viendo, no el reformatorio, ni el aterrador espectáculo de la señora Kaggs bostezando y rascándose las axilas, sino a una Lil Hezekiah que creía en Dios.

A las diez y media de una noche de principios de invierno, cuando el aire que corría por el corredor era helado y el viento azotaba los árboles sin hojas, la señora Bitlick, Ann y la señora Kaggs se dirigieron a la celda de Lil Hezekiah. A una seña de la señora Bitlick, las dos celadoras de guardia se alejaron de puntillas.

Lil miró a la jefa de las celadoras y se levantó de un salto. Luego, permaneció cabizbaja, con la cabeza caída sobre el delgado pecho, agitando las manos y gimiendo algo incoherente.

Las tres fuertes mujeres, vestidas con uniformes azules, abrieron la puerta de la celda.

—Ahora, ponte derecha, Lil, y quítate la ropa —dijo amablemente la señora Bitlick.

Pero tuvieron que agarrarla y desnudarla hasta dejarla solamente cubierta por su negra y arrugada piel, para ponerle luego la ropa interior limpia y de basto algodón y el traje nuevo de satén negro.

—¡Oh, por amor de Dios, anímese! ¡No es la única que ha tenido ese fin! —decía secamente la señora Bitlick. Y después a Ann, como excusándose—: ¡No me gusta reñir ni a una mujer así, en un momento como éste, pero siempre me han molestado las gentes que no son capaces de tomar su propia medicina!

A las once menos veinte, el reverendo Gurry bajó a la celda.

—¡Buenas noches, señoras!

Extendió un limpio pañuelo sobre el suelo de la celda y se arrodilló sobre él al lado de Lil, vestida con su nuevo traje de satén negro. El traje estaba hecho en un taller y las costuras estaban torcidas.

Las tres celadoras permanecieron afuera. El reverendo Gurry rezó. Aquello no significaba nada para Ann; no oía más que una sarta de palabras dulzonas: «Padre Nuestro Misericordioso, acepta esta alma, a pesar de sus grandes pecados».

Mientras el capellán rezaba, el doctor Sorella pasó junto a las celadoras, entró en la celda, y se puso a tomarle el pulso a Lil. Ann creyó haberle visto entregar algo a Lil, quien, con astuta rapidez, se lo metió en la boca. Su cara perdió de repente su aspecto de terror, y Lil comenzó a gritar:

—¡Oh, sí, Señor! ¡Amén! ¡Aleluya! ¡Bendito y alabado sea siempre el Señor!

El doctor Sorella se marchó.

Ann se dejó caer en una silla, deshecha.

La señora Bitlick la agarró por un hombro, gruñendo:

—¡Pero qué idea es ésa! ¡Y usted, que se cree tan superior! ¡No tiene ningún sentido religioso… sentarse cuando están rezando las últimas oraciones! ¡Nunca he visto cosa igual!

Así que Ann se levantó de nuevo y permaneció en pie años enteros, mientras seguía el fluir de palabras.

—¡Y así, recibe en Tu seno a esta alma pecadora!

Y Lil gritaba:

—¡Eso es verdad! ¡Alabado sea Dios! ¡Amén!

Cinco minutos antes de las once, dos guardianes desembocaron en el corredor, con lentos y pesados pasos, seguidos por el doctor Sorella y por el alcaide Slenk, que andaba con agitados y ligeros pasos de baile.

El doctor Slenk hizo una seña a las tres celadoras, pero al entrar en la celda su rostro asumió una expresión piadosa y su voz era un verdadero bálsamo de ternura.

—Vamos, Lil. Espero que su alma estará en paz, pobre mujer. —Luego hizo una brusca señal a los dos guardianes, los cuales se acercaron pesadamente a Lil, la agarraron por los brazos y la levantaron.

De las profundidades desconocidas de la prisión, de los cientos de celdas, brotó un gemido ahogado.

Lil era muy delgada, muy frágil y estaba atontada por la droga. Los guardianes la sostuvieron entre los dos, la hicieron avanzar arrastrando los pies, con la cabeza caída; pero sus labios no dejaban de murmurar:

—¡Alabado sea el Señor; bendito sea Su santo nombre! Detrás de ella iban el reverendo Gurry, rezando vivamente, el doctor Slenk, el doctor Sorella y las tres celadoras. Ann sentía una gran debilidad en las rodillas.

Bajaron tropezando la escalera de caracol, dos horribles y oscuros tramos, y salieron a una habitación, brillantemente iluminada, pintada de un vivo tono azul, en cuyo centro se encontraba el cadalso: una plataforma con un grueso poste, del que colgaba la soga con su nudo corredizo.

Ann casi no vio la horca; la embargaba la presencia de los cuarenta testigos, de pie, mirando el cadalso con ojos muy abiertos, riendo casi en medio de su excitación; rústicos periodistas que trataban de afectar indiferencia, zanquilargos oficiales del *sheriff*, satisfechos y con aire de profesionales, y los tímidos y ansiosos parientes negros de Lil Hezekiah.

Ann vio al *sheriff* que había traído a Lil a la prisión; le oyó decirle, gruñendo, a un periodista:

—¡Sí, desde luego, yo reconozco muy bien el cadáver!

La ejecución se realizó precipitadamente.

Los guardianes tuvieron que hacer subir a Lil escalón por escalón; trece escalones, pintados de un vivo tono azul, que separaban la plataforma del

suelo. ¡Resultaba tan pequeña allí arriba, entre la masa de hombres de rojas carnes! Mientras se tambaleaba, sostenida por el brazo del capellán, le ataron apresuradamente los pies y las manos, le sujetaron modestamente la falda con una cuerda, para que no se le subiera, le echaron el nudo corredizo al cuello y luego una caperuza negra por la cabeza.

Instantáneamente, el alcaide levantó la mano, hizo una seña y dos guardianes que estaban sentados a una mesa, en una de las esquinas de la plataforma, cortaron dos cuerdas, una de las cuales —nadie sabía cuál era— ponía en libertad un peso. El reverendo Gurry se apartó de un salto y Lil cayó de rodillas. Entonces se abrió la trampa y la forma cubierta por la negra caperuza cayó dentro de ella grotescamente, se detuvo a la mitad con un tirón y luego dio vueltas y más vueltas, hasta que el doctor Sorella, inclinado y con la cara verde, la detuvo.

Pero seguía estremeciéndose, como si estuviera aún viva, como si aún luchara por libertarse. Las venas de las manos se habían hinchado tanto, que parecía que iban a estallar. El cuerpo permaneció colgado ocho minutos, mientras Ann luchaba por no dejarse vencer por la negrura temblorosa que se cernía sobre ella.

El doctor Sorella acercó un estetoscopio al pecho del cuerpo, que aún seguía agitándose, y dijo con voz temblorosa:

—La doy por muerta.

Los espectadores se agolparon camino de la salida, buscando los cigarros y murmurando:

—¡Hermosa ejecución!

Ann iba a seguirlos, pero la señora Bitlick le ordenó:

—¡Eh! ¡Usted, espere! ¡Su trabajo no ha comenzado aún!

Un guardián cortó la cuerda, mientras otros dos bajaban el cuerpo al suelo y aflojaban el nudo.

—¡Ohhhhhh! —gritó la muerta Lil Hezekiah, cuando el aire comprimido en sus pulmones escapó violentamente.

Ann corrió a un rincón de la habitación y vomitó. Oyó que la señora Bitlick se reía. Cuando Ann volvió, le habían quitado la caperuza a Lil. Los ojos se le salían casi de las órbitas. Tenía la boca arqueada en una mueca de horror y los labios cubiertos de una espuma sanguinolenta.

La señora Bitlick, después de mirar con interés la convulsa cara, dijo:

—Bueno, muchachas, creo que debemos lavar a la pobre mujer y prepararla para que la entierren. Los parientes estarán aguardando para llevarse el cadáver.

Los guardianes llevaron a Lil a una pequeña habitación que había al lado de la sala, y que olía a podredumbre y a formaldehído. El capitán Waldo Dringoole apareció en la puerta y le preguntó al alcaide:

—¿Fue todo bien? Siento mucho no haber tenido tiempo de verla… Tuve un jaleo con un bestia empleado en el registro.

—Todo fue a las mil maravillas, capitán. Nunca vi una ejecución mejor. ¡Bing… y la vieja voló por los aires! Bueno, vámonos y dejemos el cadáver a estas señoras. Buenas noches, señoras.

En la habitación había un banco con trapos, palanganas con agua y un ataúd.

Ann comprendió que iba a vomitar otra vez.

La señora Bitlick bostezó:

—Bueno, muchachas, vámonos otra vez para arriba.

—¿No tenemos que lavar…?

—¿Qué? ¿Lavar nosotras el «fiambre» de una negra? ¡No, diablos! Hablaba así para que me oyera el alcaide. Vamos, señora Kaggs, ayúdeme un poco.

Las dos mujeres metieron el cadáver en el ataúd, cerraron de golpe la tapa y salieron alegremente, dejando a Lil Hezekiah en manos de sus parientes y de Dios. Pero más tarde se vio que los parientes no volvían, y la enterraron en el cementerio de la prisión.

OceanofPDF.com

XXVIII

DESDE el primer día de su estancia en Copperhead Gap, Ann había luchado por conseguir que el departamento de las mujeres estuviera más limpio. Había descubierto que Jessie Van Tuyl hizo en su celda casi lo mismo que ella había podido hacer en su dormitorio. La señora Van Tuyl había logrado enviar notas a los periódicos, en las que se hablaba de la sopa de avena con gusanos, de que se había metido en la misma celda a una niña de catorce años y a una sifilítica con pústulas purulentas, y de los latigazos que se daban a las mujeres que no habían terminado sus «tareas» en el taller. Y se habían publicado las suficientes notas para que las autoridades de la cárcel se sintieran intranquilas… por el momento.

—¡Me gustaría que nos quitaran de encima a esa tal Van Tuyl! ¿No podemos conseguir que la perdonen? —oyó Ann una vez a la señora Bitlick, que hablaba con el capitán Waldo—. Hasta que lo consigamos, me figuro que no nos queda más remedio que hacer como que nos reformamos. Darles un poco de carne fresca, y separar a las enfermas.

«¿De qué sirven esas reformas pequeñas —pensaba Ann—, mientras el Estado permita este asqueroso y viejo edificio, y los negreros que lo dirigen?».

Pero era una metomentodo incurable y, mientras no se apartaba en nada de su voto de no abrir la boca, no hacía más que pedirle cosas a la señora Bitlick y al capitán Waldo. Discutía con la primera, halagaba al segundo y, cuando hablaba con el doctor Slenk, le insinuaba que las «cosas acabarían por saberse afuera». Los convenció de que debían dar mejor comida. Sin que tuviera prueba alguna, estaba segura de que los tres se beneficiaban con la comida; de que vendían la mayor parte de la nata que se obtenía en la

granja lechera de la prisión y de que recibían dinero de los carniceros y verduleros.

La comida de la prisión era tan mala por su calidad como por su monotonía. Semana tras semana se comía el mismo puré de harina de trigo, picadillo, tocino basto, estofado de vaca, patatas, alubias cocidas, pan con jarabe de maíz, té de hojas de sauce, salchichas hechas de asquerosos restos, y ciruelas cocidas; nunca daban fruta ni verdura, ni siquiera un poco de leche desnatada para beber. En el picadillo se veían a veces gusanos, gorgojos en el pan, y la fruta cocida estaba siempre pasada. Todas las comidas sabían a rancio, sabían mal. Y los presos se morían de hambre, serena y seguramente, hasta que, a los otros odios que producía la prisión y que los impulsaban a vengarse del Estado cometiendo más crímenes, se unía la desesperación asesina de un hambre constante y de un constante dolor de estómago.

Por medio de insinuaciones y ruegos, y amenazando con contarlo todo cuando saliera, Ann obligó a la señora Bitlick, y lo más curioso fue que no hubo ningún aumento en lo que se gastaba en alimentos, a que sirviera verduras, maíz y habichuelas frescas; a que les diera una naranja cada quince días, cacao una vez por semana y, de cuando en cuando, un jugo de limón, manzanas y albaricoques cocidos. La leche que se empleaba en la cocina se volvió repentinamente mucho más cremosa.

Por lo que decía la señora Bitlick, cualquiera hubiera creído que entonces se comía allí tan bien como en Foyot.

Ann se preocupó entonces de la ventilación y de la limpieza.

Su mayor inconveniente eran las trabajadoras. Con ligeras excepciones, no hay más que dos clases de prisiones: aquéllas en donde los presos se pudren en una monótona holganza, y aquéllas donde, a veces en beneficio de contratistas ajenos al establecimiento, los presos trabajan hasta caer enfermos. En el segundo de los casos, las cárceles están sucias porque los presos están demasiado agotados para limpiarlas; en el primero, porque se han vuelto demasiado holgazanes.

Ann tuvo que luchar para conseguir unas cuantas mujeres, robadas a los bondadosos contratistas, para que la ayudaran a lavar los suelos y limpiar el polvo y el moho que obstruía los ventiladores, impidiendo que ventilaran.

Tuvo que repetir de nuevo sus manejos, mezcla de amenazas, insinuaciones y halagos, para conseguir agua caliente, el suficiente jabón, cepillos, cubos, insecticidas, trampas para las ratas. El conseguir que le dieran dos dólares de jabón era toda una campaña de los Dardanelos… y, como es natural, los siguientes dos dólares salieron del bolsillo de Ann.

Luego vinieron los planes para establecer un hospital para las mujeres.

Más tarde, Ann se enteraría de que en cualquier cárcel rural no hay frase más querida, para excusar las malas condiciones de la prisión, que la siguiente:

«¡Oh, es inútil que nos molestemos por eso; dentro de poco vamos a tener un edificio nuevo!».

Pero le desconcertaba oír aquella excusa en Copperhead Gap. ¿Cómo hacer comprender a los oficiales que, aunque no fuera más que por tres o cuatro años, convenía tratar a las mujeres enfermas, por lo menos siquiera como se trata a una vaca enferma?

Pero se equivocaba al suponer que Copperhead Gap nunca construiría el nuevo y separado anexo para las mujeres. Desde 1925, época en que Ann dejó Copperhead, se ha construido un hermoso edificio para las mujeres, con celdas grandes, claras y bien ventiladas, un hospital adecuado y admirables duchas. Las mujeres trabajan en un gran huerto, o en talleres de costura donde aprenden lo que más les gusta, en vez de trabajar para los contratistas. Hace algún tiempo que el edificio ha sido erigido. En realidad, hace tanto tiempo que se construyó que ya está satisfactoriamente abarrotado, con dos mujeres en cada celda; la mitad de las duchas están atrancadas y las demás mal limpiadas; las hermosas baldosas del comedor, colocadas por el cuñado del alcaide Slenk, están rajadas en los lugares donde se esconden las cucarachas; y el nuevo hospital no tiene microscopio ni suficiente ropa de cama y, en invierno, los radiadores, instalados por un primo del exgobernador Golightly, no dan ningún calor; y el par de baños verdaderamente elegantes que hay junto al hospital, no funcionan en absoluto… La celadora jefe sigue siendo la señora Bitlick… Como ninguna de las celadoras tiene mucho tiempo para darles clases, en invierno, cuando no pueden trabajar en el jardín, la mayoría de las presas se pasan el tiempo sin hacer nada, y la señora Windelskate ha comenzado a insinuar que

hubiera sido mejor que los «llamados reformadores» se hubiesen metido en lo que les importaba, y les hubiesen dejado a ellos que siguieran en el sano, bueno y educativo trabajo en el taller de camisas.

Lo que más le desconcertaba a Ann era que el capitán Waldo, la señora Bitlick y las demás celadoras creyeran, al parecer sinceramente, que las condiciones de la prisión no eran realmente malas.

Lo que el doctor Slenk viera, creyera o pensara, era distinto y no interesaba… porque era un político.

—Creo que, al menos, podríamos limpiar un poco la cárcel —comenzó a decirle con cierto tacto a la señora Bitlick.

—¿Limpiar? ¿Qué quiere decir con eso? Pero ¡si está limpia! —exclamó maravillada, la celadora.

—¡No lo está!

—Bueno, me gustaría ver… ¡Le juro que no sé de dónde saca esas ideas!

—Está bien, venga conmigo y eche una ojeada por ahí. Entonces Ann le señaló —y, en verdad, dudó mucho de que la señora Bitlick se hubiera fijado antes en aquellas minucias— lo que, en su opinión, eran verdaderas manchas en la majestuosa estructura del departamento femenino de Copperhead Gap. Los orinales que había en las celdas despedían un ligero y repugnante hedor que llenaba por completo las celdas, día y noche, año tras año. Los retretes tenían rajas y por ellas caían al suelo materias fecales. Tanto para bañarse, como para lavar las medias y la ropa interior —ya que los uniformes se lavaban en el lavadero de la prisión—, las presas no contaban más que con dos bañeras, ambas de hierro, herrumbrosas y tan mal instaladas que el agua sucia no acababa nunca de salir del todo. Las ropas de cama estaban negras de suciedad y, por lo general, se entregaban sin lavar a las presas nuevas, así que a veces, las ropas de una presa contagiosa, o en un avanzado estado de tuberculosis, iban a parar a una muchacha que, aunque hubiera faltado a las costumbres locales, era joven, sana y ansiosa de vivir. Los colchones estaban llenos de chinches. Rara era la celda en la que entraba un rayo de sol. Y cuando una presa enferma

vomitaba en el suelo, lo que ocurría con frecuencia —el asqueroso hedor de los orinales era por sí solo una de las mayores causas—, no había nadie que lo limpiara como no fuera la misma enferma… cuando se pusiera buena.

La señora Bitlick, al seguir a Ann, miraba sorprendida aquellos detalles que la forzaban a ver y que había tenido todos los días delante de los ojos.

Al regresar de nuevo al despacho guardó silencio y luego dijo, con ademán solemne:

—Sí, quizá tenga razón. Creo que debemos limpiar un poco. Hablaré al doctor Slenk para que haga reparar esos retretes. Le hablé de eso una vez, el año pasado; pero, por lo visto, se nos olvidó a los dos. Más quiero que tenga en cuenta una cosa: usted y yo estamos acostumbradas a vivir en casas limpias y agradables. Pero estas presas viven como el ganado, y no se dan cuenta de la diferencia. ¡Dios mío!, puede estar segura de que no les importa ni lo más mínimo.

Ann tenía la seguridad de que las drogas estaban a la orden del día en la cárcel, de que se vendía heroína, cocaína, morfina. Se figuraba que quien las vendía era Kittie Cognac; y también sospechaba un poco del doctor Sorella, cuya débil bondad podía ser tan dañina como la malvada fortaleza de Kittie. Pero cuando manifestó sus sospechas a la señora Bitlick no mencionó nombre alguno.

—Bueno —dijo plácidamente la señora Bitlick—, si pilla a alguna vendiendo la droga, entréguemela y la meteremos en la celda oscura. Vigile bien y avíseme si se entera de algo.

¿Y qué iba a hacer Ann? ¿Querían que se convirtiera en una delatora?

De lo que no había ni que hablar siquiera era de un reconocimiento físico adecuado, de un tratamiento paciente y competente para las toxicómanas, las afectadas de enfermedades venéreas, tuberculosas o de cualquiera de las distintas psicosis o neurosis. El doctor Sorella tenía a su cargo el cuidado de mil novecientos hombres y de cien mujeres, ayudado por dos practicantes inexpertos y, de cuando en cuando, por un par de

médicos de Olympus City, quienes consideraban a los presos como la especie más inferior de los mamíferos, dignos sólo de ser curados con quinina, sales y maldiciones. El doctor Sorella era inteligente cuando no estaba borracho, pero el doctor Sorella estaba borracho muy a menudo.

No es cierto que todas las personas que llegaban por primera vez a Copperhead Gap, teniendo sólo una ligera idea de lo que era el crimen, aprendieran en aquella universidad del vicio crímenes nuevos y peores, conocieran los deleites de las drogas y la prostitución y se enteraran de que era su deber vengarse de la sociedad, cometiendo un crimen aún mayor la próxima vez. Todas, no. Había unas cuantas que estaban demasiado asustadas, demasiado entorpecidas para aprender nada. Pero lo que sí es cierto es que ninguna de ellas dejaba de salir de Copperhead Gap más enferma de cuerpo, más rencorosa y más capaz de contagiar sus enfermedades a los ciudadanos decentes que la habían estado alimentando y educando para su propia ruina.

A la señora Bitlick no la ofendió el que Ann le dijera que se traficaba secretamente con estupefacientes. Le fastidió, nada más.

Pero se ofendió, se hirió, se horrorizó y demostró su incredulidad cuando, después de ciertas vacilaciones, Ann le preguntó si no se podría hacer algo para evitar el homosexualismo en la prisión.

La señora Bitlick la escuchó horrorizada, y luego gritó:

—¡En mi vida he oído una cosa tan espantosa! ¡Señorita Vickers, siento mucho tener que decírselo, pero tiene una imaginación muy sucia! ¡Creo que lo mejor sería que se fuera de esta prisión! ¡Cómo me gustaría que se marchara! ¡Me da miedo pensar el daño que puede causar su influencia sobre las presas! Homo… ¡He leído la palabra, pero en mi vida he conocido a nadie que tuviera la poca vergüenza de emplearla!

—¡Oh, váyase al cuerno! —dijo Ann y se alejó de allí; pero a partir de aquel día la señora Bitlick le dirigía miradas furiosas.

Y la leche comenzó a aguarse de nuevo, y cuando pidió ayuda para limpiar las celdas, se la negaron. Ann no sabía qué hacer; el forzar aquella indiferencia general y aquel odio particular era tarea superior a sus fuerzas,

y tardó algún tiempo en aceptarla. Creía vagamente, probablemente por haber leído muchas novelas, que el héroe moral y resuelto acababa siempre, en el último capítulo, por conquistar lo inconquistable.

Nos sería muy agradable contar que, aunque los oficiales no le tenían ninguna simpatía, y su antipatía se iba transformando rápidamente en odio, las presas estaban llenas de una gratitud emocionante.

Pero no era así. Al principio, se alegraron de que sus celdas estuvieran más limpias y de que la comida fuese más variada…, aunque la mayoría de ellas les habría gustado más que sirvieran pasteles de crema y no verduras y jugo de limón. Luego se olvidaron de todo aquello.

Afortunadamente, Ann era una reformadora profesional. En el settlement había aprendido dos cosas: que no tenía que esperar gratitud y que la gente que esperaba gratitud eran los eternos aficionados, los eternos ergotistas. Le tenía sin cuidado —bueno, casi sin cuidado— la opinión de la gente por quién batallaba, del mismo modo que a un buen cirujano le tiene sin cuidado lo que el paciente opine de su técnica.

Ni siquiera la indignaba grandemente el odio de sus compañeros, a los que, con tan poco éxito, estaba tratando de traicionar.

«No —se decía—. No es verdad que las mujeres no son tan crueles, tan egoístas y tan duras como los hombres. ¡Tenemos la misma fortaleza que ellos! ¡A mí me gustaría torturar a la señora Bitlick!… ¡No! No. No te contagies. ¡Ésa es la misma ira santa que ella siente! ¡Las mujeres! El mundo anda desquiciado y nosotras, no solamente tenemos que arreglarlo, sino también que aceptar a unos cuantos millones de señoras Bitlick. ¡Oh, bueno, aunque no consiga gran cosa aquí, en Copperhead Gap, echaré las cosas a rodar cuando salga y cuente al mundo todo lo que he visto!… ¡Qué harta estoy de este olor a desinfectante!».

OceanofPDF.com

XXIX

BIRDIE WALLOP se hallaba en un apuro, a pesar de su habilidad para suavizar a la señora Bitlick y para divertir a la señora Kaggs. Birdie tenía lo que ella llamaba un «novio», aunque no era la única presa que tenía tal fortuna. Entre aquellas cien mujeres, separadas supuestamente de los hombres por paredes de ladrillo, barrotes de hierro y ventanas de vidrio deslustrado, el ansia de amor era más fuerte que las ganas de comer o descansar al aire libre. Ann oía a las mujeres en la hora de recreo que tenían después de la cena, cuando les consentían conversar mientras se paseaban por el patio cubierto de cenizas. Todas ellas hablaban siempre de los hombres, de lo que él había dicho, de cómo la había besado él, de lo generoso que era él en los restaurantes, de que estaban seguras de que él estaría aguardándolas a la salida de la prisión.

Y para ser aquello un retiro cerrado a los hombres, resultaba asombroso el que tantos hombres pudieran entrar en él. Los guardianes siempre estaban asomando las narices por el taller, sobre todo en aquellos días ardientes del segundo verano que Ann pasaba en la prisión, cuando, a causa del calor, las mujeres trabajaban vestidas con bastos trajes de algodón, desabrochados por delante. Los presos que trabajaban como obreros —los carpinteros, el plomero, el fotógrafo y el que tomaba las huellas dactilares— aparecían constantemente y, fuera por lo que fuera, no terminaban nunca su trabajo hasta que los guardianes los hacían salir a empujones, y durante todo el día se oían en el corredor murmullos, empujoncitos, risas ahogadas.

Pero Birdie Wallop era una de las pocas que tenía uno «fijo». Era un electricista, un excelente electricista, y un muchacho muy buen mozo, con bigote negro. Había sido también un excelente telegrafista y estaba

cumpliendo una condena de doce años por timador. Cuando Ann se lo encontraba en los corredores, él se ladeaba la grasienta gorra del uniforme, que llevaba con tanta gallardía como un casco de soldado, sonreía como si los dos compartieran un secreto y entonces el corazón de Ann latía apresuradamente.

Le habían dicho que los cables del corredor de las celdas de las mujeres estaban estropeados y él había trabajado allí todo el día; Birdie había pasado varias veces por el corredor, trayendo y llevando recados, o un café y aspirina para uno de los frecuentes y poco estéticos catarros de la señora Bitlick, y alguien le había visto hacerse guiños y dejarle notitas en los escalones de su escalera de mano.

Hasta que la señora Bitlick la pilló.

Hacía tiempo que la señora Bitlick se hallaba, afortunadamente, más allá de todo deseo sexual. Se decía que en sus tiempos había sido muy alegre, pero si era así, ahora estaba poniéndose en bien con Dios.

Bajaba por el corredor cuando vio que el electricista dejaba caer un paquetito y que Birdie lo recogía y se lo metía en el bolsillo. Echó a correr, sin hacer ruido con sus zapatos con suela de goma, agarró a Birdie de un brazo, tomó el paquete y lo abrió. Contenía dos cajitas de cigarrillos, dos librillos de fósforos y goma de mascar.

Ahora bien, la señora Bitlick se oponía virtuosa e indignadamente a que las mujeres fumaran. Y a la señora Kaggs le molestó igualmente la cosa, porque ella y Kittie Cognac tenían el monopolio de la venta de cigarrillos a las mujeres. Las dos se echaron encima de Birdie y la llevaron ante un tribunal de guerra, del que formaban parte la señora Bitlick, la señora Kaggs y dos o tres celadoras más, entre ellas Ann, aunque nadie la había invitado. La buena Kittie Cognac tomó también parte en él, como testigo.

Las celadoras se sentaron en las duras sillas del despacho de la señora Bitlick. Birdie permaneció de pie ante ellas, con sonrisa vacilante, tratando de ejercer sobre ellas su antiguo encanto. Tenía una mirada asustada.

—¡La he visto con mis propios ojos recibiendo cigarrillos! —dijo la señora Bitlick—. ¡Ahora tenemos que averiguar cómo entran en la prisión esas porquerías!

—¡Oh! —añadió la señora Kaggs.

—Y sospecho que ella es la que entra los estupefacientes.

Birdie gimió:

—Le juro que nunca…

—¡Cállate! —dijo la señora Bitlick—. Vamos a ver, Kittie, dijiste que tú sabías algo acerca de esto.

Kittie avanzó, con afectada elegancia.

—Vaya si lo sé. Birdie es la que ha hecho salir todas esas notas, ¡incluso la de esa tal Van Tuyl, donde se queja de las condiciones de la cárcel! Encontré una en su celda.

Ann sabía que Birdie no había hecho salir todas las notas de la señora Van Tuyl, porque ella misma había hecho salir bastantes.

—Bueno, señoras, creo que hemos oído lo suficiente. ¡Esta misma tarde vuelves al taller de camisería, Birdie… y yo le diré a la señorita Peebee que se encargue de hacerte cumplir con tu labor!

—¡Oh, por favor, señora Bitlick, por favor!

Eso fue lo único que pudo decir Birdie. Las tres celadoras la arrastraron hacia el taller.

Ann oyó decir que el amable electricista estaba encerrado en una celda húmeda y oscura.

La misma tarde de la ruidosa degradación de Birdie, Ann fue a visitar al doctor Slenk a su casa particular, una majestuosa mansión cuya sala estaba adornada por una radio, un diván, un armarito para *whisky* y dos escenas invernales pintadas por un ex penado y donde la nieve brillaba gracias al polvo de mica.

—Doctor Slenk, ¿se ha enterado de que Birdie Wallop, nuestra mensajera, ha sido enviada de nuevo al taller de camisería?

—Sí, me han informado de ello.

—Desearía… Es una buena chica de veras. Estoy segura de que tengo alguna influencia sobre ella y creo que podría conseguir que me prometiera no distribuir más cigarrillos ni llevar notas, y me parece que cumpliría su promesa.

—En realidad, no puedo intervenir en las cosas que ordena la señora Bitlick. Tengo una confianza absoluta en ella. Y, si me permite que lo diga, no me parece muy leal que haga usted esto a espaldas suyas.

—¡Oh! ¡La lealtad! ¡Creo que también debo tener alguna lealtad con esas pobres presas! —Ann hablaba con desesperación. Era la primera vez que trataba de hablar en serio con el ligero doctor Slenk—. No he acusado nunca a una presa. No me parece justo. Pero cuando una de ellas se aprovecha de las demás… Mire, doctor Slenk; por favor, escúcheme. ¡Yo sé lo que pasa! ¡La causa de la mitad de los disgustos que tenemos aquí es esa tal Cognac! ¡Es una verdadera mala persona! Vende estupefacientes y cigarrillos, y les arregla las cosas a las pervertidas…

El pequeño veterinario se puso en pie de un salto, tiró su excelente cigarro en la chimenea eléctrica y exclamó:

—¡Basta ya! ¡Nunca hasta ahora he oído a una mujer que tuviera la poca vergüenza de mencionar esos temas! Y, mi querida jovencita —su voz tenía la odiosa amabilidad de una solterona, maestra de la escuela dominical —, ¿cómo está tan bien enterada de todas esas cosas?

Por primera vez desde que estaba en Copperhead Gap, Ann perdió total y hermosamente el dominio de sí misma:

—¡Basta ya! ¡No crea que puede salirse con la suya con hacer esas acusaciones! ¡Me encantaría que las hiciera ante un tribunal! No voy a quedarme aquí mucho tiempo…

—¡No, no creo que deba quedarse!

—… y a lo mejor le hago un favor impidiéndole un escándalo público que los haría salir de esta prisión a usted, a la tal Bitlick y a su «capitán». Waldo. ¡Ha ocurrido otras veces y usted lo sabe! Aquí hay beneficios ilícitos, crueldades, perversiones, toda clase de cosas horribles. Yo podría arreglar las cosas y salvarlo a usted, porque si llegan a saberse no volverá a tener otro puesto político, mi buen hombre. Sugiero que retire a Kittie Cognac y la envíe al taller, que ponga a Birdie Wallop de nuevo en su sitio y luego, que nombre *trust* y jefe a una mujer que es más inteligente y más honrada que nosotros dos juntos… ¡Jessie Van Tuyl! Ahora bien, ¿quiere considerar esto, o prefiere que vaya a los diarios y empiece mi campaña?

El doctor Slenk se hundió en la silla. Sus delicadas piernas, cubiertas por pantalones planchados a diario por un preso que le servía de ayuda de cámara, temblaban nerviosamente. El hombrecillo no se mostraba muy valiente cuando no le protegía algún dragón como el capitán Waldo o la señora Bitlick.

—¡Oh! ¡Eso es imposible! —gimió con voz aguda—. ¡Haré lo que pueda acerca de Birdie; haré que la señora Bitlick vuelva a ponerla en su sitio después que la haya castigado! Y le diré que no de tanta libertad a esa Cognac. ¡Pero la Van Tuyl!

Aquella tarde, a las cinco, la señora Bitlick y Ann se hallaban en el despacho. Ann estaba sumando unas cifras. La punta de su lápiz producía un ligero chirrido al recorrer las columnas de cifras, escritas sobre el papel que había en la mesa. La señora Bitlick estaba leyendo ostensiblemente el informe de la celadora de la cocina, pero no movía los ojos de un punto de él, mientras pensaba en algo que Ann adivinaba. Los pensamientos de la señora Bitlick eran casi visibles: círculos danzantes de odio, truenos y rayos, y temblorosas masas de niebla, color de estiércol.

«Van a echarme, —se dijo Ann muy contenta, mientras seguía sumando —. ¡Veré a Lindsay, a Malvina y a Pat! ¡Daremos una fiesta en casa de Malvina!».

Durante los catorce meses que llevaba en Copperhead Gap, casi no había tenido tiempo de escribirles, pero le parecía que siempre la acompañaban, convertidos en sombras.

Las máquinas del taller de camisería, situado debajo del despacho, se detuvieron de golpe y reinó un profundo silencio. Enseguida se oyó un confuso griterío, que iba en aumento. La señora Bitlick salió corriendo, seguida de Ann. Kittie Cognac se unió a ellas en el corredor y las tres corrieron hacia la puerta del taller de camisería.

Mientras las obreras, que se disponían a salir, vacilaban, con embarazo, la señorita Peebee sacudía a Josephine Filson y gritaba:

—¡Tampoco has terminado tu tarea esta vez! ¡Haré que la celadora jefe te mande a la solitaria por diez días! —y la Filson gemía:

—¡No, no, por favor!

Filson se libertó y pegó a la señorita Peebee, brutalmente, en los ojos y en la larga nariz. La señorita Peebee la golpeó en la cara con su bastón largo y delgado, y gritó:

—¡Los guardianes! ¡Llamen a los guardianes!

La señora Bitlick oprimió el botón del timbre y, con Kittie a los talones como un belicoso *setter* inglés, corrió hacia la Filson.

Birdie Wallop se separó de la columna de mujeres, corrió hacia las dobles puertas, las cerró con llave, tiró ésta debajo de una máquina eléctrica de coser y gritó:

—¡Chicas! ¡Vamos! ¡Vamos a matarlas! ¡Matemos a Peebee! ¡Matemos a Bitlick!

La revuelta comenzó instantánea, confusamente. Más tarde, nadie pudo decir qué había ocurrido. Pero una masa de mujeres se echó sobre la señora Bitlick, la señorita Peebee y Kittie, y comenzó a tirarles del pelo, a desgarrarles las blusas, a darles bofetadas, obligándolas a retroceder hacia un extremo de la habitación, mientras los guardianes gritaban y golpeaban la cerrada puerta.

Ann pensó veinte cosas confusas en un segundo. Alegremente se habría unido a las que pegaban a Bitlick, Peebee y Kittie. Pero no quería ir a la cárcel; no, eso no podría soportarlo. Pero ¿no debía…?, ¿no era una cobarde? Pero ¿y su lealtad al uniforme? ¿Y aquella revuelta no era acaso lo peor que podían hacer las muchachas para solucionar sus asuntos? ¿Y Bitlick, Peebee y Kittie no las vencían a todas ellas, y con mucho, en cuanto a valor físico? Porque las tres mujeres, con la espalda contra la pared, luchaban ferozmente, pegando a su vez, sin un gemido, sin pedir perdón, arañando, dando patadas y arañazos, digna contrincante cada una de ellas de tres de aquellas esclavas, privadas desde hacía tiempo del aire y la comida necesarios.

En medio de la confusión irrumpió una nueva figura, hablando con voz clara, tan valiente como la Bitlick; era Jessie Van Tuyl, que gritaba:

—¡Deteneos! ¡Deteneos, muchachas! ¡No sirve de nada! ¡Se vengarán más tarde! ¡Y no es justo… setenta contra tres! —Con su vigoroso cuerpo,

Van Tuyl escudaba a la agotada Peebee…, a quien odiaba más que a nadie en este mundo.

Los pensamientos de Ann desaparecieron en medio de la excitación; se mezcló en la revuelta, decidida a proteger a las revoltosas, protegiendo a las celadoras. Trató de pasar entre las presas. Tomó por el brazo a una de ellas que iba a tirar una llave inglesa.

Y la presa, una recién llegada, gritó:

—¡Aquí hay otra! ¡Matémosla!

Una penada más veterana —una gruesa mujer montañesa, tan robusta como el capitán Waldo, una ladrona verdaderamente célebre de cerdos, pavos y carros de granjas— le contestó:

—¡No! ¡Es la señorita Vickets! ¡Es buena! —y, metiéndose a Ann debajo del brazo, la Boadicea montañesa la apartó de allí como si fuera un cerdo, la aplastó contra la pared, lejos de la revuelta, la sujetó con una mano, mientras con la otra trataba de tirar husos de hierro a las celadoras, por encima de las cabezas de las penadas.

—¡Haga que paren! ¡Haga que paren! —le rogó Ann—. ¡Van a castigarlas de un modo terrible!

—Sí, eso creo. Pero, de todos modos, como también las castigarán ahora, más vale que antes se diviertan un poco. Creo que quieren matar a la señora Bitlick —rumió Boadicea.

«No le falta del todo razón», se dijo Ann.

La puerta cedió a los golpes, y el capitán Waldo, seguido de media docena de guardianes con rifles, porras y palos, entró en el taller y enseguida empezaron su tarea, algo espantoso y sistemático. Aplastaban las narices. Rajaban los cráneos, mezclando el cabello con la sangre. Las presas escupían sangre. Se rompían muñecas y se ennegrecían ojos. Algunas mujeres se retorcían en el suelo.

El capitán Waldo se encargó personalmente de la enorme mujerona que sujetaba a Ann, dándole un terrible puñetazo en la mandíbula, rompiéndola y haciéndole perder dos dientes.

—¡Esos dos dientes no le van a doler más! —gritaba alegremente, cuando contaba luego lo ocurrido.

Era un veredicto difícil, hasta para un político como el doctor Slenk. Podía, y así lo hizo, quitar por un mes la hora diaria de recreo y conversación a las setenta mujeres que trabajaban en el taller; verdad es que las revoltosas sólo habían sido unas treinta, y que el resto habían permanecido atrás, acobardadas. Pero, en justicia, como explicó el doctor Slenk a las celadoras y al capitán Waldo, debían reducir sus raciones a pan y agua durante un mes y enviar al calabozo a la mitad de las revoltosas. ¡En realidad, dijo con un dejo de su antigua y ligera jovialidad, no importaba mucho qué mitad iba! Pero en el calabozo sólo había cuatro celdas, y en cuanto a la comida, si las penadas ayunaban como realmente se merecían, no tendrían la fuerza suficiente para realizar sus tareas en el taller de camisería, y ¿no debían los oficiales hacer un favor a los buenos contratistas que pagaban al Estado cuarenta y cinco centavos diarios por obrero? Pero lo que no dijo entonces, ni en ninguna otra ocasión, fue lo que pagaban los buenos contratistas al doctor Addington Slenk.

—Está bien, más si yo fuera el jefe de la prisión, las dejaría que se murieran de hambre y las obligaría de todos modos a terminar su tarea. ¿Recuerda lo que dicen los policías de Nueva York?: «Hay una gran cantidad de leyes en la punta de una porra». ¡Pues bien, las holgazanas se animan mucho cuando se encuentran ante una tira de cuero mojado! —rió el capitán Waldo.

Ann experimentó entonces una terrible admiración por la señora Bitlick. Estaba algo asustada y había pedido que se estacionara un guardián cerca de la puerta del taller. Pero tuvo el valor suficiente para convenir con el capitán Waldo en que lo mejor era dejar que las mujeres se murieran de hambre durante un mes.

El doctor Slenk se opuso a ello, aunque excusándose. ¡Conocía a los contratistas mejor que ellos! Y él era el encargado de disminuir delante de los periodistas la importancia de la revuelta. Los castigos severos aumentarían esa importancia. No. Se limitarían a quitarles el recreo diario durante un mes, a alimentarlas con pan y agua dos días, a azotar a seis de las mujeres y a encerrar a cuatro durante quince días en las celdas oscuras.

Las cuatro elegidas fueron Birdie Wallop, Josephine Filson, una contrabandista de licores de Pearlsburg y la ladrona de cerdos que había protegido a Ann.

Ann gritó:

—¡No pueden hacerle eso a la señorita Filson! ¡La matarán! ¡No es una mujer fuerte! ¡Y Birdie no es mala…; no es nada más que una chiquilla revoltosa!

Todos se volvieron hacia ella, como autómatas en una exhibición de figuras de cera.

El doctor Slenk se sentía valiente, ahora que tenía a su lado al capitán Waldo y a la señora Bitlick.

—¡Señorita Vickers! ¡Estaba esperando y deseando que usted abriera la boca! ¡En realidad, es un asunto grave el decidir qué responsabilidad la cabe en este villano e inexcusable ataque…, a usted y a esa tal Van Tuyl! ¡Creo que ya hemos soportado bastante su cultura de Boston y su sociología! He estado reflexionando si no ha llegado ya el momento de llevarla a un tribunal, acusándola de fomentar el desorden. ¿O prefiere dimitir ahora mismo?

—¡No! ¡No puede llevarme a un tribunal! —Ann se sintió súbitamente animada por el odio—. ¡Me encantaría que lo hiciera! ¡Ya me encargaría yo de que en el tribunal hubiera muchos periodistas, no solamente los representantes de la prensa local!

—Si piensa por un minuto que les tenemos miedo a los diarios… —dijo el verdadero amo de la cárcel, el capitán Waldo—. ¡Pero ya hablaremos de eso más tarde! Una cosa más, doctor. ¿No podemos dar con un medio de meter en el calabozo a esa Van Tuyl, perdónenme, señoras, se me escapó, en vez de la contrabandista? La contrabandista no es mala chica…; simplemente, un poco ruda. ¡Pero no predica el amor libre, el anarquismo y la revolución como esa Van Tuyl!

—No. Me gustaría hacerlo —suspiró el doctor Slenk—. Pero le diré lo que vamos a hacer. ¡Vamos a poner en la misma celda que la Van Tuyl a esa negra loca que está siempre gritando, y creo que de ese modo estará lo bastante ocupada para no pensar más en revueltas!

Ann se dio cuenta de que su labor había terminado completamente, aunque no la hubieran echado. Le quitaron sus clases; no le permitieron hablar con ninguna presa, y no podía ir a ninguna parte, excepto a su dormitorio —donde la señora Kaggs y la otra celadora ni siquiera le dirigían la palabra—, y al despacho de la señora Bitlick, para las cuentas.

No vio cómo azotaban a las seis mujeres. Se figuró que las habrían azotado en una habitación que había al lado del calabozo, un subsótano que había debajo de la sala de las ejecuciones, debajo de la horca. Pero tenía que bajar a ver a las cuatro mujeres encerradas allí. La escalera que llevaba desde la horca al calabozo estaba vigilada por un guardián especialmente hosco. Ann fue de un lado para otro, furtivamente, como si fuera una criminal y tratara de escaparse. En las penitenciarías se aprende a ser cauteloso, ya sea uno preso político o criminal, empleado u oficial. Una noche, ya muy tarde, cuando Kittie Cognac daba cabezadas en un extremo del corredor y la señora Kaggs roncaba en el otro, Ann lo atravesó de puntillas y bajó la escalera de caracol que llevaba a la habitación de la horca. No se veía al guardián por ninguna parte, pero vio unas nubecillas de humo. El guardián se había ido detrás de la horca, para fumar cómodamente un cigarrillo. Ann bajó los estrechos escalones que llevaban al subsótano.

La puerta de abajo no estaba cerrada con llave. ¡No hacía falta! Ann entró en una habitación que parecía un agujero hecho en un bloque de cemento; no había más puertas que la que le había servido para entrar y otra, más baja, situada enfrente de ella; no había ventanas; la habitación se ventilaba por cuatro agujeros, de unos quince centímetros cuadrados, situados en el techo… o sea en el suelo de la sala de ejecuciones. Una débil bombilla. En el centro de aquel cubo de cemento había un poste de madera con brazos de cuyos extremos pendían unas esposas.

El poste de los azotes.

El poste estaba salpicado de sangre seca.

Huyó de él y corrió hacia la otra puerta. Estaba cerrada, pero tenía la llave puesta. Aterrada, desesperada (¿y si ellos la dejaban allí al darse cuenta de que había entrado?), penetró en un pasadizo abierto en la roca,

húmedo, pegajoso, que estaba completamente a oscuras. Era grotescamente melodramático e increíble.

Ann siguió adelante, alumbrándose con su linterna eléctrica. Tuvo que inclinarse y, de cuando en cuando, se daba contra las pegajosas rocas de los costados. Al cabo de diez pisos, el pasadizo desembocaba en algo que parecía una novelesca cueva de piratas: el «Agujero». Era una cámara de unos dos metros y medio de altura, sin ventanas, completamente a oscuras, hecha de piedra o ladrillo, con un húmedo suelo de cemento. En uno de los lados había cuatro celdas. Ninguna de ellas tenía cama ni sillas. Todo el moblaje lo constituía un orinal, una manta delgada y sucia y una taza para el agua —taza que se llenaba una vez al día e iba acompañada de dos rebanadas de pan—; en la celda no había otra cosa, a no ser que uno se molestara en incluir a un ser humano con los restos de una alma inmortal.

La primera a quien iluminó la linterna de Ann fue a Josephine Filson. Se había salido a medias de la manta y yacía sobre el húmedo y helado piso de cemento, con los brazos extendidos, como crucificada. Su curiosa respiración parecía un gemido de tortura.

—Tiene pulmonía —dijo Ann.

Apresuradamente, como en busca de ayuda, iluminó la celda siguiente, y la criatura que yacía en ella dio un salto y se agazapó, arañándose las sucias mejillas y gimiendo. Ann no la reconoció al principio. Aquello era un animal enjaulado, un subanimal, de ojos fieros y estúpidos y cabellos sucios y desgreñados.

Ann vio entonces que era Birdie Wallop.

Birdie no podía ver, porque la deslumbraba el blanco resplandor de la linterna. Se puso a gritar.

—¡Oh, no! ¡Haré cualquier cosa! ¡Pero no denunciaré a nadie! ¡No sé nada de la Van Tuyl ni la señorita Vickers!

—¡Chist! ¡Birdie! ¡Es la señorita Vickers… Ann!

—¡Oh, Dios mío! ¿Ha venido a sacarme de aquí? ¡Voy a volverme loca! ¡Estoy loca!

—Estoy tratando de sacarte ¡Birdie! ¿Qué es lo que le pasa a la señorita Filson?

—Creo que se está muriendo. No pudo soportar los latigazos. Se desmayó dos veces. Nos azotaron a todas. Nos desnudaron hasta la cintura… los guardianes. Nos ataron a un poste, con los brazos en cruz y nos azotaron con una correa que tenía agujeros. ¡Mire! —su «¡mire!» era un verdadero gemido. Se arrancó la blusa. Tenía la espalda cubierta, no de moretones, sino de llagas chorreantes de pus—. Y todos los días nos atan a las puertas, durante seis horas, con los brazos estirados. Al poco rato parece que los brazos son de fuego. ¡Dios mío, una no piensa más que en beber! Jo se pasaba todo el tiempo llorando, excepto cuando se desmayaba. ¿Sabe lo que voy a hacer? —la tranquilidad de Birdie era anormal, como el epicentro de un huracán—. Cuando salga de aquí voy a asesinar a alguien. ¡Eso es lo que nos han hecho! ¡No voy a ser honrada! ¡Voy a matar! Pero Jo… creo que nunca saldrá de aquí, nunca…

Ann se volvió y quedóse mirando la puerta, aún abierta, en cuyo umbral brillaban dos linternas.

Luego oyó la voz de un guardián, invisible detrás del foco de luz.

—¿Qué diablos está haciendo aquí? ¿Cómo llegó hasta abajo?

La voz del doctor Sorella:

—Está bien. Yo le dije que viniera. ¡Márchese!

Cuando el guardián se hubo ido, Sorella se acercó, quejoso:

—¡Ann! ¡Dios mío! ¿Cómo llegó hasta aquí? ¿No sabe que le andan buscando las vueltas? ¡Ya encontrarán algún medio de acusarla de algo… de hacer que la echen de aquí!

—¡Ya lo sé! ¡Ya lo sé! ¡Mire! La señorita Filson está gravemente enferma.

—Sí. Tiene pulmonía. Yo ordené que la sacaran de aquí. *¡Lo ordené!* ¡Yo! Pero no hicieron caso de mi «orden». Slenk y la Bitlick querían hacerlo. Estaban asustados. Pero Dringoole se opuso. Dijo que si moría, ella tenía la culpa. Dijo que ella era la causante de lo ocurrido…, ¡además de Birdie y de usted! Déjeme que la mire.

Abrió la puerta de la celda de Filson, escuchó su respiración y salió riendo tan histéricamente como Birdie.

—¡Orden! ¡Yo di una orden! ¡Voy a dar otra! —a la luz de la antorcha de Ann sacó un frasco del bolsillo y apuró un trago—. ¿Quiere beber un

poco? No, ¿eh? Es una muchacha sensata. Yo estoy bebiendo toda la noche. Estoy tan borracho que ni siquiera van a hacer caso de lo que yo diga, y no querrán evitar que esta mujer muera. Venga, salgamos de aquí. ¿No quiere beber un poco?

Ann sí quería beber. Pero no bebió.

Cuando salían del calabozo, Birdie les gritó:

—¡No me dejen aquí! ¡Está tan oscuro!… ¡Me da mucho miedo! ¡Voy a volverme loca!

Ann prescindió de todas las reglas.

Subió a su habitación, se quitó el odioso uniforme, se vistió ropas de cristiana, dejó una nota en el escritorio de la señora Bitlick, diciendo que «se ausentaba por unas cuantas horas», e hizo que el guardián de la puerta de entrada le preparara uno de los coches de la prisión. Sabía que a las ocho y siete de la mañana había un tren para Pearlsburg.

A las once y media tomaba un taxi en la estación de Pearlsburg y se dirigía a la cómoda y respetable residencia de la señora Albert Windelskate, del Comité de las prisiones del Estado.

Le había telefoneado desde la estación.

El *chateau* de los Windelskate era un edificio de ladrillos y piedra caliza, con ventanas enrejadas, separadas por una columnita y adornadas con escudos heráldicos.

Una doncella, que la miraba con desconfianza, la hizo pasar al salón, tan grande, tan magníficamente amueblado que parecía el vestíbulo de un hotel, o quizá la exposición de una casa de muebles. La señora Windelskate estaba leyendo *La Casa de los muertos*. Alzó los ojos casualmente y dijo:

—¿Sí? —amablemente, pero se veía que temblaba con contenida furia.

Ann iba ya prevenida. Comenzó a hablar, con toda la amabilidad que le fue posible.

—Le pido perdón por haberme presentado sin anunciarle mi llegada. Y le ruego que me escuche. En Copperhead Gap hay unas cuantas cosas que sólo puede saber quién está dentro, y ahora mismo nos encontramos en una

terrible situación que afecta la vida de dos, posiblemente de cuatro mujeres…, ¡sus vidas, no otra cosa!

La señora Windelskate no pudo contenerse más, y no en balde se ha dicho que las furias del infierno no pueden compararse con la furia de la esposa de un prestamista que trata de aparecer respetable:

—¡Mi… querida… señorita! ¡Sé muy bien todo lo que ha hecho! ¡Absolutamente todo! ¡Me lo ha contado personalmente el doctor Slenk, a quien conozco y en quien confío, a quien hemos recibido en nuestra propia casa! ¡Y también me ha hablado la señora Bitlick! ¡Cómo ha podido engañarme de ese modo! ¡Sé que es íntima amiga de Jessie Van Tuyl… la comunista, la atea, la anarquista, la revoltosa! ¡No me cabe la menor duda de que usted es una propagandista, pagada por Moscú, que se ha introducido en nuestro medio como una espía, como una serpiente! ¡Ya sé que es capaz de mentir y de dar informes falsos! ¡El doctor Slenk me ha prevenido! He citado ya a los periodistas para hablarles y encargarme de que las mentiras que usted intenta propagar no logren esparcir su veneno socialista…

Y muchas cosas más, muchas más.

Ann no le contestó tampoco con demasiada suavidad.

Y durante media hora, el horror de todo aquello estuvo a punto de convertirse para ella en un melodrama cómico, porque, aguardando en el *hall* de entrada y asomando de cuando en cuando la cabeza, se hallaban la doncella, un enorme jardinero negro y un policía uniformado… que había ido a proteger a la señora Windelskate contra Ann Vickers.

«¡Mañana iré a ver al gobernador en persona! —se juró Ann mientras aguardaba en la estación—; pero esta noche volveré a Copperhead Gap. Voy a ver si puedo hacer algo… No, no puedo hacer nada».

Miró a los pasajeros que aguardaban en la estación, al Gran Pueblo Normal, los Sanos y los Seguros, los Hombres y las Mujeres de la Calle, la Espina Dorsal de la Democracia, los Electores de Gobernadores y Presidentes, los Herederos de Todos los Siglos, los Sucesores de los Reyes y los Sacerdotes, los Señores del Universo. Viajantes de comercio con

carteras, rubicundos y joviales, o impasibles y correctos. Las esposas de los tenderos y los empleados de Banco, que iban a pasar una semana con la tía Molly, mujeres buenas y limpias que nunca habían mentido ni dañado conscientemente a nadie. Robustas mujeres campesinas, fuertes y bondadosas, con cestas de comidas. Un sacerdote, con su hermoso breviario rojo y negro, que contenía palabras íntimas para dirigirse al Dios Todopoderoso, y un joven y vivo predicador progresista leyendo el *Christian Century*. Un hombre alto y vestido de negro, quizás un juez, con los párpados arrugados a fuerza de sonreír y de leer libros.

«¡Sí, a vosotros es a quienes estoy hablando! —gritó Ann, aunque siguiera en silencio—. ¡A vosotros, las buenas gentes, las gentes sólidas, las gentes de responsabilidad! ¡Vosotros, y no los políticos o los criminales, sois los que tenéis la culpa de que unos cuantos tontos, unos cuantos sádicos tengan poder sobre miles de hombres, de que los torturen en la oscuridad, porque vosotros no lo sabéis, no os importa, no queréis escuchar lo que dicen!».

El guardián de la puerta de entrada del departamento de mujeres, un mocetón bastante amable, le dijo a Ann al verla entrar:

—¿Cómo está? ¿Ha estado viajando? Hoy se murió una mujer…; una presa, creo que llamada Filson.

Ya en su dormitorio, vestida de nuevo con el uniforme de la prisión, Ann pensó por primera vez que no tenía ni idea de lo que podía hacer para ayudar a Birdie. Ver al gobernador…

«Oh, sí, iría a verle. Pero ¿serviría de algo?».

También se dio cuenta de que estaba hambrienta. No se había desayunado más que unas *cracker* Jack y una Coca-Cola que había tomado en el tren, no había comido y era demasiado tarde para cenar.

Se sentía absolutamente agotada.

En aquel momento entró en su habitación la sucesora de Birdie, otra contrabandista de licores, la cual en opinión de Jessie Van Tuyl, era una soplona.

—¡Oh, señorita Vickers! La señora Bitlick quería saber si había vuelto o no. ¿Cenó ya? ¿Se ha enterado de lo de Jo Filson? ¡Verdad que fue una lástima! La pobre señora Bitlick lloró y se disgustó muchísimo; hizo que sacaran a Jo del «Agujero» y la llevó a su propia habitación y entonces —agregó, indignada—, Jo dio media vuelta y se murió, sin hacerle caso. Pero no me envían por eso. El que me envía es el capitán Waldo. El médico de la cárcel, el doctor Sorella, se ha puesto enfermo también. Entre nosotras, le diré que lo que debe tener es un ataque de *delirium tremens* y no hace más que llamarla. Han llamado a otro médico, un doctor de la ciudad, pero, por lo visto, él no puede hacer nada y quiere que vaya a ver si le ayuda a tranquilizar un poco a Sorella. ¿No quiere venir? ¡El otro doctor dice que hace usted mucha falta!

—¡Claro que voy!

La mensajera condujo a Ann, cortando por pasillos y escaleras, a la otra sala del edificio, donde se hallaba el hospital de los hombres, la sala de consulta, la de operaciones, lo que se llamaba el «laboratorio» y el departamento privado del doctor Sorella, compuesto de dos habitaciones. El departamento daba al «laboratorio», una habitación chica y sucia que contenía un microscopio barato, unos tubos de ensayo rotos, botellas de reactivos vacías en su mayor parte, una bicicleta, una maceta de geranios, secos ya, y dos pares de chanclos. La mensajera empujó ligeramente a Ann hacia el *living* del doctor Sorella. En él había una cama estrecha, cubierta con un viejo tapiz turco, de imitación; una estufa, un sillón Morris con una pata rota y atada con un cordel, una mesa de roble, dos sillas llenas de libros de medicina, y en un estante una colección de las obras de Stevenson. La habitación estaba bastante limpia y Ann se imaginó que el doctor Sorella la había limpiado él mismo la noche anterior, para calmar el frenético insomnio que le producía la futilidad.

—¡Por aquí! —dijo con voz dulzona la mensajera, poniendo una mano en el brazo de Ann, con ofensiva intimidad y empujándola hacia la puerta del dormitorio.

Las ropas del doctor estaban tiradas por el suelo y sobre el tocador de pino se veía una botella de *whisky* vacía, pero que aún goteaba.

El doctor Sorella yacía atravesado en la cama, con la cabeza colgando sobre uno de los costados. Llevaba una camisa sin cuello y estaba cubierto únicamente por una sábana manchada. Parecía muerto. Pero respiraba, con una respiración silbante y apagada, como la de Josephine Filson. Su frente brillaba de sudor.

—¡Pero!… ¿Dónde está el otro doctor…, el doctor del pueblo? —preguntó Ann.

—Creo que ha entrado un momento en el hospital. Voy a buscarle —dijo la mensajera.

Ann no experimentó ningún asco. El doctor Sorella no parecía sino simplemente borracho perdido; deliraba ligeramente, debía de tener una fiebre muy alta. Ann se inclinó sobre él, le tomó el pulso, luego mojó una toalla en una jarra de agua y se sentó al borde de la cama, para humedecerle la frente. ¿Por qué no volvería el maldito doctor de afuera? Sorella se agitaba entre sueños y estuvo a punto de caerse de la cama. Ann se inclinó sobre él y trató de levantarlo. Él luchó con ella. Ann tuvo que sujetarlo con fuerza, que abrazarlo…

¡Bang! La luz de una linterna le dio en la cara y, cuando alzó el rostro y miró hacia la puerta, vio una máquina fotográfica, un grupo borroso de caras: Slenk, ligeramente azorado, el capitán Waldo, sonriendo con toda la boca, dos guardianes, el fotógrafo de la prisión y la mensajera; y todos reían burlonamente.

—¡Bueno, bueno, muchachita, ya me figuraba que vendría a hacerle unos cuantos cariñitos a su amor! —dijo entre carcajadas el capitán Waldo —. ¡Qué lástima que hayamos tenido que interrumpirlos!… ¡Snarkey! Váyase y tráigame la prueba lo antes que pueda. Tiene que ser una fotografía preciosa para el salón de cualquiera. Anita y el doctor abrazándose y ¡él medio desnudo!

Tuvieron suerte. La fotografía, según se veía en las pruebas —que vieron todas las celadoras, incluso Ann, además de Slenk y el capitán— era aún mejor de lo que el capitán Waldo esperaba. A Ann se la veía claramente; se distinguía su perfil, su uniforme. La cara del doctor Sorella

estaba oculta entre sus pechos; Ann le estrechaba entre sus brazos, aparentemente loca de amor.

—¡Y tenemos testigos! —dijo amablemente el doctor Slenk—. ¿Hace falta que perdamos más tiempo? ¿Quiere dimitir ahora? ¿O prefiere que envíe una copia al gobernador? Es un hombre que tiene un gran sentido del humor. Le encantaría mostrársela a todo el mundo…, incluso a los periodistas.

—¡Oh, no!… ¿Sacarán a Birdie de la celda oscura? ¿Sacarán a las tres?

—Sí, estoy dispuesto a hacerlo. ¿Qué?

—¡Oh, dimito! ¡Pero quiero ver antes a Birdie! ¡Y a Jessie Van Tuyl! ¡O si no, prefiero que me juzguen!

—¿Ahora? ¡Por Dios!… —rugió el capitán Waldo.

El doctor Slenk levantó su cuidada manecita:

—Sí, hasta llegaremos a hacer eso. Quiero que la señorita Vickers se lleve a su casa una impresión agradable de nosotros.

«Estoy seguro de que cuando tenga más experiencia, no seguirá» siendo tan espléndidamente teórica. ¡Vindon! Que saquen a las tres mujeres del «Agujero». Que vuelvan al trabajo. Lleve a la Van Tuyl al gimnasio. Deje que la señorita Vickers le hable. Porque, Vickers, ¡ahora no nos importa un pito lo que usted pueda hacer!

El capitán Waldo miró con admiración a su jefe, al darse cuenta de que, a pesar de la dulzura de su naturaleza, el doctor Slenk sabía luchar mejor que todos ellos contra el crimen y el radicalismo.

OceanofPDF.com

XXX

LA MUCHACHA que llegó a Nueva York en el *Quarker Limited*, aquella tarde del 16 de septiembre de 1925, tenía un aspecto ligeramente provinciano. Su traje, desde luego de dos años atrás, era muy largo, demasiado largo para la moda actual, y no tenía un corte elegante. Llevaba guantes nuevos, zapatos limpios y brillantes, tenía los tobillos finos, los ojos oscuros e impacientes y el cutis bonito. Era una persona reservada, que no se fijaba en las miradas invitadoras que le dirigían sus compañeros de viaje. ¿Sería una maestra de escuela? Sea como fuere, era una mujer preocupada por algo. Con frecuencia, dejaba el libro que estaba leyendo y se ponía a reflexionar, y no hacía más que morderse los labios.

Al llegar a la estación de Pensilvania, siguió al mozo de equipajes que llevaba sus maletas, como si no lo viera. Alzó los ojos, rústica y asombrada, para observar el enorme vestíbulo de la estación y luego siguió adelante, mirando hacia la calle.

Cuando el mozo le preguntó: «¿Quiere un taxi?», ella vaciló:

—Esto…, creo que sí… Sí, bueno.

Dentro ya del taxi se asomó a la ventanilla para mirar el Gibraltar del Hotel Pensilvania, murmurando: «¡Caramba!». Pero luego se echó hacia atrás, sin ver nada que no fuera ella misma, ni siquiera los hombros del chófer, a quien en apariencia miraba.

Le había dado una dirección en la calle Sesenta, Oeste. Al llegar a una de esas innumerables casas de departamentos neoyorquinas, que tratan de ocultar el olor a col y a ropa lavada, con un portal cubierto de mármol y un ascensor dorado, aunque poco digno de confianza, la muchacha le dijo aguadamente al chófer:

—¡Aguarde! ¡Aguarde! ¡Voy a ver!

Luego le preguntó al portero negro:

—¿Ha llegado ya a casa la señorita Bramble? ¿La señorita Patricia Bramble?

—Ya no vive aquí. Se ha marchado a New Rochelle. Ha puesto un negocio en New Rochelle (Connecticut), señora. Sí, *señora*.

—¡Oh!

Pero era un «¡Oh!» de indignación, de colérico desamparo.

Luego le dio al conductor del taxi otra dirección, una dirección de la Quinta Avenida, hacia la calle Treinta. Al llegar allí bajó ante una vieja mansión, cuyos bajos habían sido transformados en taller de baúles, y los demás convertidos en pisos de alquiler.

Cruzó jadeando la ancha acera; tocó uno de los mil botones eléctricos, y cuando la puerta se abrió con un chasquido, penetró en la casa. Subió los tres pisos, como una mujer enferma, y llamó a una doble puerta pintada de color castaño claro. Le abrió una mujer bajita y gordezuela, con ojos agudos y, en las muñecas, unos adornos de encaje pasados de moda, quien al verla exclamó:

—¡Caramba!

Ann vaciló y se dejó caer en un sofá, demasiado agotada, demasiado vencida para poder hablar.

—Querida, ¿qué te pasa? ¿Cómo llegaste aquí? Es igual. Sigue sentada y no me hagas caso —dijo Malvina Wormser.

—Envíe… envíe —Ann se ahogaba como un pez fuera del agua— envíe abajo a Gertrude Waggett… que pague el taxi… Está corriendo el contador… Las maletas…

La doctora Wormser silbó:

—¡Ni la muerte ni la desesperación evitarán que tu vieja economía de Nueva Inglaterra deje de funcionar!

—Bueno, es que soy una pobre celadora de prisión, y hace tres noches dimití de mi empleo en Copperhead Gap. Sí, dimití. Algunas personas lo llaman así. Ya estoy bien. No volveré a ponerme trágica.

No se puso trágica. Pero hervía de pies a cabeza en una cólera de cruzado. Iba a terminar con el sistema penal diciéndole al mundo lo que era.

Habló durante media noche, de un modo inconsecuente, pero tan claro como un noticiario cinematográfico… Describió un té en casa del alcaide Slenk; la señora Bitlick con un traje ligero, de faldas cortas, que descubrían sus gruesas piernas; el capitán Waldo contando la anécdota cómica de un preso que se había pasado semanas enteras haciendo un túnel debajo de los muros —el idiota pensaba que podía llegar a su casa, para ver a su mujer el día del aniversario de su boda— y, mientras tanto, los guardianes lo sabían y lo vigilaban muertos de risa y lo dejaban cavar. Lo pillaron la última noche, cuando salió al muro exterior y, riéndose tanto que casi no podían sujetar el látigo, lo azotaron y lo llevaron al «Agujero»… Cómo resultaban fritos los gusanos que aparecían en el picadillo de la prisión… Que Jessie Van Tuyl había pasado una semana en la celda solitaria, por haberle dado una rebanada de pan a una mujer que estaba encerrada en ella… El breve poema épico, ejemplo perfecto de la democracia americana, de una muchacha de dieciséis años, una virgen alegre y silvestre, que lo ignoraba todo, excepto los coqueteos rústicos, y que había entrado en Copperhead dos días después que Ann, por haber robado unos plátanos de un almacén y haber abofeteado al dueño, que la había denunciado. La condenaron a un año de prisión, y durante aquel año recibió la educación que, con la venganza y el terror, es uno de los fines de la cárcel, porque, ¿acaso no compartió su celda con una mujer de cuarenta años, versada en diversos asuntos, tales como el chantaje, el llevar el revólver del jefe de unos *gangsters*, la prostitución y la cocaína? La educación produjo su efecto. Dos meses después de su salida volvía a la prisión condenada a cadena perpetua, por asesinato… Cómo el buen doctor Slenk se había negado a que los presos tuvieran cualquier fiesta en Navidad, porque días antes había habido una «revuelta del pan», es decir, que los presos habían tirado su pan al suelo, un día que estaba rancio… De los renacuajos que había en el agua de las bañeras, que nunca quedaban del todo vacías… De que el capitán Waldo había abofeteado en la boca a una mujer, porque se negaba a compartir su celda con una sifilítica… De que la señorita Peebee le había gritado al tímido doctor Sorella, porque él había ordenado que dejara el taller una mujer con una mano infectada e hinchada… De los fósforos que amablemente vendía la firma Kaggs y Cognac, a diez centavos los tres

fósforos, y del agradable olor a tabaco que reinaba después de aquello, durante la noche, en celdas donde el fumar estaba estrictamente prohibido… Una evangelista que les dijo a las presas, en la capilla, que los oficiales de la prisión se preocupaban mucho por ellas y deseaban convertirlas en mujeres mejores… De la vez en que una tubería rota dejó escapar dos dedos de agua sobre el suelo de las celdas oscuras del «Agujero», y de cómo las cuatro mujeres encerradas en ella tuvieron que pasarse una noche entera durmiendo sentadas en medio del agua… De la legislatura del Estado que, después de oponerse a que se concedieran doscientos mil dólares para construir un nuevo anexo femenino para Copperhead Gap, votó doscientos cincuenta mil dólares para un monumento al Soldado, una serie de estatuas y un cenotafio… Del eminente senador del Estado, un padre ambicioso, un bondadoso abuelo, un universitario, miembro del Consejo de la Universidad del Estado, e importador de productos alimenticios, casi honrado, quien había pronunciado el siguiente discurso: «Esas viles presidiarlas viven ahora como muchas reinas; tienen tres buenas comidas al día, sin tener que mover ni un dedo para prepararlas, como hacía mi pobre madre, ¡mil diablos! Un hermoso patio de recreo, para ellas solas. Baños modernos, cuando la mayoría de las mujeres cristianas y decentes de este Estado tienen que seguir lavándose en las tinas de lavar la ropa. Un médico y un sacerdote, dispuestos siempre a servirlas. ¡Clases gratis, donde se les enseña a coser, idiomas, y, sin duda alguna, a jugar al *bridge-whist* y preparar un buen té! ¡Y ahora el caballero del Condado de Cárter nos propone que les construyamos una mansión más lujosa! ¿Qué es lo que quiere? ¿Que la vida de la prisión sea algo tan maravilloso que a todas las mujeres del Estado les entren ganas de cometer un crimen para poder tener una oportunidad de conocerlo?».

La doctora Wormser la dejó hablar y hasta llegó a animarla, sin cansarse al parecer, aunque Ann siguió hablando como una loca hasta las tres de la madrugada; durante aquel tiempo, alguien había preparado una cena ligera, y la doctora había convencido a Ann de que debía tomar aunque sólo fuera

un huevo. A las tres de la madrugada, Ann había perdido toda su amargura y había recobrado su creencia optimista de que las «grandes personas vulgares», harían algo para remediar aquellas cosas, si las *supieran*. Y la doctora Wormser había planeado ya a qué editores debía ver Ann.

Charley Erman, director gerente de un diario de la mañana, era el mejor de todos ellos; amigo de la doctora Wormser, y periodista liberal que trabajaba en un diario en el cual, por más que fuera tan conservador como un banquero episcopal, no había nada que le gustase tanto como el publicar un discurso socialista donde se atacara al *Chronicle*. Y luego, claro está, uno o dos artículos en el *Statesman*, el semanario liberal que había sido el primero en decir en América que no solamente Alemania, sino también Francia, Gran Bretaña y Rusia habían tenido noticias de la Gran Guerra antes de 1916.

En dos días, Ann fue de nuevo neoyorquina y dejó de ser una tímida y doméstica rústica. La doctora Wormser le había prescrito unos cuantos trajes nuevos y unas cuantas comidas raras. Ann era rica. De los mil quinientos dólares de sueldo que había ganado en los catorce meses, había ahorrado novecientos siete dólares con sesenta y tres centavos; el resto se había ido en cigarrillos, libros, billetes de tren y préstamos a las presas que salían y que, en un ciento por ciento, no le habían pagado todavía. Se compró un traje sastre, más medias de seda que las que necesitaba —lo que es la verdadera definición del lujo—, un traje de noche y una boquilla de jade, y fue a ver una revista, aunque se marchó bruscamente a la mitad, en un cuadro donde se mostraba la prisión moderna, y donde unos criados entraban con botellas de champaña en cubos de hielo, para dar de beber a los felices bandidos…

Lindsay Atwell no había vuelto aún de sus vacaciones de Vermont. Dos días después de que Ann le hubiera telefoneado a su oficina, Lindsay la llamó desde Dorset.

—¡Querida, *cuánto* me alegro de que haya vuelto! Nueva York me resultaba intolerablemente aburrido sin usted. ¿Le gustaría relacionarse con las cárceles de Nueva York? ¡Tiene mucha razón! El juez Bernard Dow

Dolphin, del Tribunal Supremo del Estado de Nueva York, está aquí de vacaciones. Es un hombre muy influyente. Le hablaré inmediatamente. Hasta pronto.

Bueno, a ella le habría gustado más que él le dijera que sus labios eran cálidos rubíes, y que deseaba besarlos, pero… También era agradable que fuera tan práctico y servicial.

A Charley Erman, el director gerente del *Chronicle* de Nueva York, lo habían echado a perder los años que había pasado como corresponsal en el extranjero; a la hora del té solía tomar té, en vez de pedir un *cocktail*. En aquel momento estaba tomando té en el abarrotado cuarto de estar de la doctora Wormser, mientras Ann le hablaba de Copperhead Gap, con toda la frialdad que le era posible… Habló de Birdie Wallop, que era Topsy, Ariel y Skippy, colgada de las muñecas durante horas enteras, sujeta contra los barrotes de una puerta, en medio de la oscuridad, con la espalda desgarrada y la garganta reseca de sed; y todo aquello por defender a Jo Filson.

Erman se aclaró la garganta, ruidosamente:

—Bueno, ¿qué es lo que quiere que hagamos?

Por mí, nada.

—¡Ya lo sé! ¡Ya lo sé! Los peores disgustos no los proporcionan las gentes que no quieren nada para ellas, sino para el mundo. No tengo la menor duda de que su prisión es tan mala como dice y que, probablemente, hay prisiones mucho peores. Pero ya se ha dicho todo lo que había que decir, por ejemplo, en *In Prison*, de la señora O'Hare, y en *Wall Shadows*, de Frank Tannenbaum, y en *Crucibles of Crime*, de Fishman, y… ¡oh, en docenas de libros! Pero la mayoría de las gentes no hacen caso de las cosas que no tienen delante de los ojos. Nadie ha logrado hacer una revolución que tuviera éxito con personas que se encontraban a más de ciento cincuenta kilómetros de distancia. Pero lo verdaderamente importante es que usted no nos cuenta nada nuevo, ya que eso es constante, y un periódico existe porque publica noticias, cosas nuevas. Si hay un motín o un escándalo en la prisión, lo publicamos, y con él todos los detalles acerca de la mala comida, de la falta de sanidad, de la crueldad o cualquier cosa. Así

lo hicimos hace dos años, con ocasión de un escándalo. Si quiere volver a Copperhead y presentar una solicitud al gobernador, pidiéndole que actúe, o simplemente ataca al alcaide, o hace algo por el estilo, cuando la juzguen puede hablar de todo eso; nosotros lo publicaremos en lugar destacado… y usted, probablemente, irá a la cárcel por cinco años. ¿Quiere hacerlo así?

—¡Nada de eso! —dijo Ann con voz temblona—. Hubo un tiempo en que creía que no le tenía miedo a nada. ¡Pero ahora le tengo miedo a la cárcel…; un miedo terrible!

Los demás editores de los diarios dijeron:

—Sí, no dudo de que eso sea cierto, pero no es interesante. Es algo horrible, pero se trata de algo viejo, y a la gente no le interesa leer esas cosas.

El editor del *Statesman*, ese distinguido y liberal semanario, suspiró:

—Sí, estoy seguro de que no exagera, señorita Vickers. Y todavía hay prisiones peores. ¿Ha leído los artículos que hemos publicado en los últimos años acerca de la colonia penal de Guayana francesa y de las prisiones de la Florida?

—No, no los he leído. Lo siento, pero no los vi.

—¿Lo ve? Hay muchas gentes que tampoco «los ven». Me dice que se siente espontáneamente inútil porque no consigue que el mundo escuche lo que tiene que decirle. Pues bien, durante treinta años he tratado de que el mundo escuchara relatos verídicos de cien mil abusos que se podían impedir, y el resultado es que, aun cuando se trata de gentes como usted, la mayoría de las personas «no los han visto». ¿Qué se figura que he experimentado yo? Al cabo de cierto tiempo he aprendido a ser paciente, y me temo que usted va a tener que aprenderlo también. Y… ¡hay tantos abusos! A veces me gustaría abandonar por completo mi papel de Casandra y dedicarme a pescar. Me gusta la pesca. ¡Y cuando pesco, por lo menos saco algún que otro pez! Permítame que le lea las cartas o las publicaciones de propaganda que he recibido esta mañana; en todas ellas se me habla de algún abuso y sé me pide que cuente la verdad en el periódico y que trate de que lo arreglen, ahora mismo —y rebuscó entre el montón de papeles que llenaba su enorme escritorio—. Todas estas personas me piden, como usted,

que las ayude a ponerse en comunicación con el mundo. ¡Hum! Veamos. Bueno, aquí tenemos un ejemplo: los presos políticos se mueren de hambre en las prisiones de Rumania. Los mineros se mueren de hambre en West Virginia, sus representantes son muertos a tiros y un maestro, persona absolutamente respetable, que protestó contra todo eso, fue deportado en plena noche, dejando a su familia aterrada y sin amparo. Los nativos de la isla de Pafugi, posesión inglesa en los mares del Sur, son explotados por los plantadores de azúcar, quienes les pagan veinte centavos diarios. Los descendientes de los esclavos liberados que se establecieron en Liberia, han convertido ahora en esclavos suyos a los habitantes del país. Emma Goldman dice que los bolcheviques tratan a los anarquistas mucho peor que un republicano del Estado de Nueva York. Los trabajadores chinos de las fábricas textiles, dirigidas por chinos, no ganan más que seis centavos diarios. Los residentes de un hotel de la YMCA de un pueblo del Oeste dicen que el secretario es un degenerado, y que un obrero joven y decente que protestó contra tal estado de cosas, ha sido detenido, acusado de sindicalismo criminal. En una Universidad del Este, un profesor que llevaba veinte años de servicios distinguidos, fue despedido por haber alabado a los mormones.

¡Y den mil más! Y yo he escrito tantas cosas acerca de las prisiones, que por el momento debo callarme un poco. Sin embargo, voy a dejar que me relate las historias de Josephine, ¿se llama Filson, no?, de Birdie Wallop y de la vieja esa que fue ahorcada, no sé cómo se llama, en tres artículos cortos, digamos de unas dos mil palabras cada uno.

Ann escribió febrilmente sus tres artículos, que fueron publicados con todo esmero en el *Statesman*.

Los artículos hicieron tanto ruido como una pompa de jabón tirada en medio del océano. Produjeron el mismo efecto que una hojita de propaganda religiosa, abandonada en un *speakeasy*.

Un periódico religioso y liberal publicó un editorial elogioso acerca de ellos. Tres diarios citaron uno de los párrafos. Una revista nueva, llamada *La Mujer Triunfante*, ¡revista que, desgraciadamente, vivió muy poco!,

envió a una ambiciosa y joven periodista para que se entrevistara con Ann, y luego escribió que Ann había sido celadora en una penitenciaría llamada Rattlesnake Gap, y que en compañía del alcaide, doctor Dringoole, había instituido clases de costura que habían reformado a todas las presas.

Luego recibió una larga carta de un caballero, que decía lo siguiente:

Los sentimentales como usted, que quieren convertir las cárceles en lugar de recreo, son en gran parte responsables de la presente ola de criminalidad.

Porque en 1925 había una ola de criminalidad, como la hubo en 1932, 1931, 1930, 1898, 1878, 1665, 1066, once años antes de Jesucristo y en la mayoría de los años intermedios.

Las autoridades más informadas y con mayor experiencia en asuntos criminales declaran ahora que los azotes, sobre todo cuando producen sangre, deberían ser puestos de nuevo en vigor en todo el mundo, ya que son el único castigo que impone verdaderamente miedo al criminal.

Pero la respuesta más importante fue la del *Proletarian Pep,* el diario comunista más importante de toda América:

Con su característica impertinencia, el Statesman, la más dulzona y anodina de todas las publicaciones liberales, ha publicado algunos artículos firmados por una tal Vickers, donde se habla de las condiciones de una cárcel del Sur, llamada Copperhead Gulch. La escritora es una social-fascista, como todos los colaboradores del Statesman, también socialistas y un agent provocateur del llamado liberalismo, que ayuda secretamente a los capitalistas en sus esfuerzos por declarar la guerra a la URSS. La falsedad de tales artículos quedará demostrada por el hecho de que en ellos ni siquiera se menciona a la camarada Jessie Van Tuyl, que sufre una condena en Copperhead Gulch. Todos los camaradas, aun los que están más libres de toda desviación ideológica, saben muy bien que la camarada Van Tuyl y ella sola, es la responsable de todas las reformas que se están realizando en Copperhead Gulch. El que ese instrumento de los capitalistas, esa tal señorita Vickers, haya estado allí y no se haya dado cuenta de la presencia y autoridad de la camarada Van Tuyl, demuestra cuál es su posición, y lo necesario que es para todos los

camaradas mantenerse alerta frente a los manejos de los social-fascistas, y sostener al Proletarian Pep, que, a causa de su lucha para desenmascarar la conspiración de los liberales que intentan acabar con la URSS, se encuentra en estos momentos en una difícil situación financiera. Se les ruega a todos los camaradas que envíen un cinco por ciento de sus jornales al Proletarian Pep.

Dos años más tarde, Ann se enteró de que el doctor Sorella se había suicidado, tomando un veneno en su dormitorio de la prisión.

OceanofPDF.com

XXXI

HACÍA sólo un año que Ann Vickers era superintendente del Hogar Industrial para mujeres de Stuyvesant, la prisión más moderna de Nueva York; había sido ayudante de la superintendente solamente dos, pero por su libro *La enseñanza vocacional en los reformatorios de mujeres*, se había dado a conocer a todos los grupos sociológico jurídicos de América, y aquel día de enero de 1928 iba a recibir *honoris causa* el título de doctor en Leyes por la Universidad de Erasmo (Connecticut).

Un Día en la Vida de una Gran Mujer…

Su tren salía de la Grand Central a las siete y media, y Ann tuvo tiempo de tomar una taza de café y un buñuelo en el mostrador de un bar de la estación, en aquella asombrosa ciudad subterránea, llena de cigarrerías, puestos de revistas y barberías, cuyas calles no tienen más soles ni estrellas que las luces eléctricas. Rechazó con la cabeza los ofrecimientos de los mozos de la estación y llevó ella misma su maleta, que contenía sus vestiduras académicas, una caja de bombones y el último manual acerca de las prisiones publicado por la Sociedad nacional de información penal. Cuando se gana de sueldo cinco mil dólares al año, sin casa ni manutención, una no da descuidadamente propinas a los mozos, porque a todas las presas que van a salir se les ocurre siempre pedirle dinero prestado a la superintendente, para comenzar su nueva vida de santidad y sobriedad.

La Gran Mujer no leyó mucho tiempo durante su viaje de dos horas. Permaneció quieta, sin agitarse, mirando por la ventanilla, aunque, aparentemente, sin ver. Sus oscuros ojos parecían resueltos, pero contentos. Dirigía rápidas miradas a la gente, como una persona acostumbrada a juzgar a los demás y a darles órdenes; sin embargo, sus miradas no eran la mirada

inquieta y ávida de quien desea que se fijen en él. Se había dado cuenta de que uno podía hallarse muy solo en medio de la multitud.

En la estación de Erasmo fue recibida gravemente por el presidente de la Universidad, dos profesores de sociología y una funcionaria de la Federación de clubs femeninos del Estado.

—Nos emociona profundamente el honor de tenerla como alumna honoraria de la vieja Erasmo —dijo el presidente, un hombrecillo bajo.

—¿Tuvo un viaje agradable? —preguntó con voz profunda uno de los profesores, como si Ann viniera de la China.

—Mi club ansia con toda el alma el privilegio de que usted pronuncie en él una conferencia, cuando le sea más conveniente, aunque nos damos cuenta de lo ocupada que está, con ese gran Instituto a su cargo —dijo la representante del club, que era una muchacha muy bonita.

—Si quiere venir a mi casa, a mi esposa le encantará ayudarla a vestir sus ropas académicas —dijo el presidente, sonriendo para indicar que había dicho algo humorístico.

En la mansión presidencial, mientras Ann se vestía el fúnebre ropaje y el grotesco sombrerito que, por no sé qué motivo, constituyen la etiqueta del saber, la mujer del presidente le preguntó amablemente:

—¿Puedo hacer algo por usted?

Ann habría querido contestarle:

«¡Claro que sí! Me gustaría tomar una taza de café y un huevo».

Pero cuando una va a convertirse en doctora en Leyes, no pide huevos ni tazas de café, ¿no es verdad? Una permanece clásica y serena.

Aquélla era una de las cosas más importantes para llegar a ser una Gran Mujer: aprender a callarse cuando no se sabía qué decir.

La reunión se celebraba en una sala que parecía un armería, una habitación muy moderna, con adornos de acero, muros de cemento, de curvas esquinas y altavoces. Había muchos estudiantes —Ann se imaginó que los profesores de Sociología habían obligado a asistir a sus alumnos—, bastantes mujeres de los clubs femeninos y casi toda la Facultad. La sala estaba llena en sus tres cuartas partes.

Antes de la ceremonia, detrás del escenario, en una habitacioncita adornada con cartas autógrafas de William James, Henry Adams y Robert

Underwood Johnson, Ann fue presentada a las otras celebridades que iban a recibir títulos honoríficos: el presidente de un Banco de Schenectady, que había donado cien mil dólares a la Escuela Comercial de Erasmo; el gobernador de un Estado del Oeste Medio y una autoridad sobre la botánica del Beluchistán, famosa en el mundo entero. Si se los hubiera encontrado en el tren no se habría fijado en ninguno de ellos, pero como sabía que eran celebridades, le encantó en gran manera el conocerlos.

El gobernador le dijo:

—Un día tiene que venir a ver nuestras prisiones, doctora Vickers, Ya verá qué modernas son. Están prohibidos los latigazos y las celdas oscuras.

¡Se han prohibido por ley! ¡Tenemos un sistema penal verdaderamente moderno!

Ann sabía que en toda la Unión no había un solo Estado donde se azotara a los presos y se les colgara de las puertas de sus celdas tanto como en el Estado de aquel buen gobernador; que en ninguno de ellos los presos se consumían de una holganza más degeneradora, pero… ¿qué iba a contestarle al gobernador en un momento como aquél?

El presidente del Banco le dijo alegremente, porque era un famoso orador de banquetes y tan amante de la educación que era ya un A. M., un D. G. L., un D. L. y un LL. D.:

—Bien, bien, doctora Vickersfele —dijo—, hay algo que posiblemente nadie le ha dicho todavía, y que es lo siguiente: yo tengo gran respeto por la simpatía y la compasión que demuestra por los desgraciados, pero, personalmente, creo que está equivocada. ¡A mi entender, la prisión debería ser todo lo desagradable posible, para que asustara a las gentes y les quitara toda gana de ir a ella!

El botánico-explorador le dio la mano y le guiñó un ojo. A Ann le encantó.

El desfile era verdaderamente hermoso.

El presidente, dieciséis miembros de la Facultad, dos miembros del Consejo de Administración y los cuatro candidatos a los honores, vestidos todos con sus ropajes académicos, con capuchones negros, escarlata y púrpura, se dirigieron hacia la parte posterior de la sala, precedidos por un hombre delgado, de blanco bigote, que llevaba una maza de plata; luego

atravesaron el salón entre las filas de estudiantes y fotógrafos y subieron al estrado, mientras Ann, que trataba de moverse majestuosamente detrás de un par de pesados pero brillantes zapatos negros, se decía: «Debería sentirme muy emocionada…, es algo estupendo…, vaya si lo es…, un gran momento… pero, ¿qué diablos estará haciendo la señora Keast con la manteca para la prisión?».

Al inclinarse ante el presidente y aguardar con débiles rodillas a que le entregaran su diploma, Ann fue recibida con más aplausos que los demás. Y aquello la irritó: «¡Recibir rollos de pergamino! ¡Aplausos! ¿Qué hago yo aquí? ¡Si valiera para algo, estaría en una celda, con Jessie Van Tuyl!».

Mientras tanto, el presidente ladraba:

—… cuesta trabajo decidir si debemos honrar a Ann Vickers por sus profundos estudios en la compleja coordinación de la sociología y la psiquiatría, que constituye la criminología contemporánea, o por su grandeza de corazón, que la ha capacitado por tomar sobre sí las penas y los sufrimientos de los descarriados…

Y a continuación se encontró convertida en la doctora Vickers, con su diploma debajo del brazo; poco después, sin sus vestiduras académicas, y con un fresco capullo de rosa en el ojal de la chaqueta, dirigió la palabra a los concurrentes a la gran comida ofrecida por el Club de la Universidad y era interrumpida en cada pausa por ensordecedores aplausos —dijera lo que dijera antes de la pausa—, y, por fin, se halló de nuevo en el tren, muy cansada a pesar de todos sus esfuerzos por mirar con cinismo todos los honores, muy orgullosa de sí misma; y pocos minutos antes de las seis entraba en el Hogar Industrial para Mujeres, de Stuyvesant, del que era superintendente. Inmediatamente toda la púrpura, los honores y los grados desaparecieron ante detalles tan importantes como la calidad de la mantequilla que se servía en el comedor de la prisión, la mala conducta de la presa n.° 3 712, a quien se había pillado de noche en la cocina, destilando alcohol, y los escasos conocimientos de la maestra de corte y confección.

El Hogar Industrial para Mujeres, situado en la ciudad de Stuyvesant (Nueva York), era una prisión enteramente moderna, pero adaptada a las

exigencias de una ciudad superpoblada. No había lugar para jardines, pero sí un patio central, con una fuente y un pequeño macizo de flores y campos de balonmano y baloncesto; y en el terrado, a una altura de nueve pisos, había sitio más que suficiente para que las doscientas presas se pasearan al sol, sin tener la sensación de que estaban en una cárcel, a no ser por la alta alambrada destinada a impedir un posible suicidio.

La sala de reuniones no era un lugar húmedo, chillón y poco acogedor, como la capilla de Copperhead Gap. Había varias filas de butacas, estaba discretamente decorada en color carmesí y oro pálido y tenía un escenario con telón y decorados.

No había celdas. Cada presa, al menos cuando la prisión estaba recién inaugurada y no había tenido tiempo de superpoblarse, tenía una habitación para ella sola, con ventanas de vidrio alambrado, pero sin rejas. Las habitaciones medían tres metros de largo por dos y medio de ancho; no eran muy grandes, pero resultaban lujosas comparadas con las de otras prisiones; cada una de ellas tenía una cama, una silla, una mesa, un armario, estantes para libros, los cuadros o fotos que la presa quisiera poner, agua corriente y, sobre el suelo de linóleo, una alfombra. Cada piso de celdas tenía una salita, con libros y revistas, abierta desde después de la cena hasta la hora de acostarse, para todas las presas que no estuvieran castigadas, y también en cada piso había duchas y retretes… Estaban limpios… Los plomeros le tenían verdadero miedo a Ann.

¡Una alfombra en cada celda! ¡Nadie podía creerlo del todo!

¡Era algo extraordinario, un asunto que se discutía en todas las asambleas de penalistas, el que una mujer tuviera en la celda, su único hogar, una alfombra que costaba casi dos dólares!

El edificio entero estaba construido de acero, cemento, ladrillo y cristal. Podía mantenerse inmaculadamente limpio; y bajo la dirección de Ann, lo estaba. Aunque dejara otras tareas para la señora Keast, su ayudante, Ann, en compañía del doctor, inspeccionaba hasta el último rincón de la prisión tres veces por semana, y a la vista de una sola cucaracha, hacía que todo el personal se movilizara a los marciales acordes de los pulverizadores.

Las presas llevaban durante los días laborables uniformes de percal azul, que no recordaban un uniforme más que en el solo hecho de serlo. Los

domingos —porque, a diferencia de las prisiones respetables, allí no se las encerraba en las celdas desde el sábado al mediodía hasta el lunes, sino que se les consentía ir a la capilla, leer en las salitas, o tomar el sol en la terraza, como les gustara—, las presas podían usar sus propios vestidos.

Y en ningún momento se les imponía silencio.

En el Hogar Industrial había una tejeduría, pequeña y muy moderna, donde se hacían suéters, gorros y bufandas. Con ello el Estado recobraba parte de los gastos de la prisión y las trabajadoras recibían de treinta y setenta centavos diarios —una suma no muy grande, pero mucho mayor que lo que se pagaba a los presos en otras prisiones del mundo. Más el corazón de la prisión era lo que Ann llamaba sentimentalmente, el «Cuerpo de Salvamento».

Eran clases vocacionales, todo lo buenas que Ann podía conseguir que fueran: clases de cocina, de economía doméstica, de mecanografía, de costura, de corte, de sombrerería y de peletería, que en una proporción muy satisfactoria convertían a las ladronzuelas en jornaleras independientes. Como la mayoría de los reformadores, Ann perdía todo escrúpulo cuando se trataba de conseguir un profesor gratis para sus clases. En la cárcel estaba el departamento de libertad condicional más completo de toda América, y se le consideraba —consideración que Ann alentaba parcialmente— como una sección destinada a ayudar a las presas, no como un equipo de gatos empeñados en hacer caer al ratón en la trampa. Lo más importante del Cuerpo de Salvamento era el despacho del psiquiatra. Era un buen psiquiatra, o al menos eso pensaba Ann. Su tarea consistía, no en estudiar el crimen que se había cometido, sino al individuo que lo había cometido, y averiguar la causa que lo impulsó a cometerlo. Ann decía que no se asombraba gran cosa ante una mujer que había asesinado a un chantajista; pero la afectaba mucho ver que una empleada había sido pillada robando sellos.

Además del psiquiatra había un médico de medicina general. En los libros de la prisión sus salarios eran de mil ochocientos dólares anuales. Pero cada uno de ellos cobraba realmente siete mil. El dinero extra procedía de Lindsay Atwell, Ardence Benescoten, de la Fundación Carnegie y de la doctora Ann Vickers, que no podía permitirse el lujo de un mozo de

estación. Ann había ejercido toda la presión posible, cuando era ayudante de la superintendente, tres años antes, en la época de la construcción del Hogar Industrial. Había acosado a Lindsay para conseguir que ejerciera su influencia sobre las autoridades del Estado e impedir que éstas colocaran barrotes en las ventanas de las habitaciones de las mujeres —el número de las que están dispuestas a escaparse saltando por la ventana del sexto piso no es, afortunadamente, muy grande—, para que instalaran los campos de baloncesto, para que no se empleara madera en la construcción, y para que se contratara a los dos médicos.

En la prisión no había ejecuciones. A Ann le avergonzaba ligeramente el que efectuaran esa labor suprema en Sing-Sing.

Lo que más la molestaba eran los chistes. Los chistes en los diarios o en las caricaturas. Los chistes en las revistas. Los chistes durante la sobremesa. Cuando un caricaturista no podía dibujar otra cosa, podía estar seguro del éxito si pintaba el Hogar Industrial como una divertida universidad, como un *speakeasy*, o como un harén. Le dolía que los caricaturistas se ganaran la vida burlándose de unas pobres mujeres que sufrían, o de otras mujeres que trataban de librarlas de sus sufrimientos, haciéndolas sentirse de nuevo decentes, limpias, dignas de confianza.

El personal corrió a recibir a la Gran Mujer, cuando volvió al Hogar Industrial de Stuyvesant, después de la ceremonia en la Universidad de Erasmus.

La telefonista le dijo que el señor Lindsay Atwell la había llamado para decirle que tenía que hablar en el banquete de la Asociación de Floristas del Condado de Nueva York, y que no podía telefonear a la doctora Vickers por la tarde, pero que la felicitaba calurosamente por su…

—¡Oh, señorita Vickers, hay una palabra que no comprendí muy bien! Sonaba algo así como «doctorado». ¿Existe esa palabra? ¡Oh, cuánto me alegro de que la hayan hecho doctora, señorita Vickers! ¿Verdad que es la mar de divertido? Mi novio me dijo, dice: «Pero si no ha estudiado nunca

medicina», y le dije, digo: «Oye bien, cabezota, le digo, si la señorita Vickers quiere ser doctor, la Junta Médica del Estado se considerará más que honrada con *hacerla* doctor y…». ¡No sabe cómo me he alegrado! Diga, doctora, ¿qué me recomendaría para un dolor de cabeza?

La celadora del comedor y la cocina, una mujer muy callada, le dijo:

—¿Me permite que la felicite, doctora Vickers? ¡Nos hemos alegrado todos tanto! Yo quería hablarle de la manteca. Ya sé que es mala. Ya sé que ésas son cosas de la política. Pero le juro, doctora, que no puedo hacer que las cosas salgan mejor. Si no la compramos a la Compañía Lechera Aegis, se disgusta el jefe del distrito. Y yo no saco ningún provecho de eso, ninguno. ¡Le juro que no! ¡No sería capaz de hacerle eso a usted, señorita Vickers!

—Ya lo sé…, ya lo sé…; haré lo que pueda.

El psiquiatra entro también, para decirle:

—¡Ann, no sabe cuánto me ha alegrado eso! ¿Quiere que la llame «doctora»? ¿Fue muy mala la cosa?

—¡Si quiere saber la verdad, Sam, estoy reventando de orgullo!

Luego la llamó cierto periodiquito de Nueva York, pidiéndole una entrevista. El Club Sévigné, de Lima (Ohio), la llamó desde larga distancia para pedirle que pronunciara una conferencia en el club. «Mucho me temo que no vamos a poder pagarle una gran cantidad, doctora, pero, como es natural, nos encantaría pagar su estancia aquí y los gastos del traslado». Y de su antiguo *settlement* de Roches ter la llamaron también para invitarla a pasar en él una semana. El conserje jefe del Hogar Industrial se acercó a su mesa, gorra en mano, murmurando:

—Doctora, tengo dos cubos más para las cenizas… He robado uno, pero no pude robar más —y su mesa estaba cubierta de telegramas, parecidos a amarillos copos de nieve. La Gran Mujer tenía todavía delante de ella veinte telegramas cuando entró en el despacho la señora Keast, la ayudante de la superintendente.

Ann había dicho una vez que la señora Keast era una «señora Kaggs, con las inhibiciones de New Hampshire». La señora Keast había sido la rival de Ann cuando quedó vacante el puesto que ésta ocupaba en el Hogar Industrial. Creía en la pureza y era razonablemente honrada e

irrazonablemente aterradora. Como resultado de cincuenta y cinco años de completa carencia de tabaco, alcohol, risa, excitación sexual y novelas, tenía los párpados oscuros e hinchados y un temblor nervioso en los dedos… Y odiaba a Ann casi más de lo que odiaba al resto del mundo.

—¡Oh, buenas tardes, señorita Vickers! No sé si le importarán mis humildes felicitaciones; pero, de todos modos, me tomo la libertad de ofrecérselas. ¡Me *figuro* que ahora tendré que llamarla «doctora»! —y relinchó como un caballo indignado.

—¡Oh, no creo que eso importe mucho!

—Bien, pero puede estar *segura*, doctora Vickers, puede estar segura de que me molesta mucho tener que interrumpirla en este gran día; estoy segura de que tiene que haber sido un gran día… ¡para usted! Me molesta mucho interrumpirla con los problemas prácticos que han entrado en el día de hoy… ¡mientras usted estaba fuera!

—Bueno, ¡cuánto lo siento! Así es la vida. ¿Cuáles son los problemas?

La señora Keast resopló.

—Primero de todo, el de la mujer a quien han pillado destilando licor mientras estaba encargada de vigilar la cocina y el comedor, por la noche.

—Sí. No me gusta eso. Luego hablaré con ella. ¿Cuál es el otro problema?

—Pues… esta tarde vino una mujer, ¡mientras usted estaba fuera!, es una chantajista y no quiere avenirse a razones. Es una recalcitrante. ¡Maldita sea! Hice que la metieran en el calabozo.

En el Hogar Industrial no habla más que dos formas de castigo: la privación de asistir a la salita, o el encierro solitario en habitaciones tan claras y aireadas como las demás, pero solitarias, separadas del resto de la casa. Ann hacía el menor uso posible de aquellos dos castigos, pero la señora Keast y las otras celadoras veteranas, que conservaban sabrosos recuerdos de las viejas épocas del sadismo legal, llamaban a aquellas celdas el «Calabozo».

—Muy bien, muy bien, señora Keast. La veré antes de irme a casa.

La señora Keast resopló de nuevo y se marchó.

La Gran Mujer llamó a su secretaria, la señorita Feldermaus, que entró sonriendo y diciendo:

—¿Verdad que es estupendo, doctora?

Luego vio a unos cuantos subordinados más, leyó unos cuantos telegramas de felicitación, se dirigió alegremente hada el «Calabozo», abrió la celda y oyó que la recalcitrante que había dentro le decía:

—¡Hola, Annie! ¿Cómo diablos estás aquí? ¿Recibes muy a menudo noticias de tu amigo, el doctor de la prisión de Copperhead? ¡Dios mío, vaya si era buena la foto que os hicieron!

La dama de la celda era Kittie Cognac.

Ann se echó a reír.

Kittie no parecía tan elegante como hacía tres años ni tampoco tan maligna.

—¡Pero, Kittie, querida! ¿De nuevo adentro?

—¡Diablos, no! ¡Estoy cruzando el Atlántico sobre un par de patines!

—Mala suerte. ¡Oh, un momento!

Ann salió de la celda, dejando la puerta abierta. Kittie corrió tras ella.

—¿Quieres escaparte, Kit? ¡A mí no me importa!

La mujer se la quedó mirando rabiosamente.

Ann se acercó a un teléfono que había en la pared y llamó al psiquiatra de la prisión.

—¿Doctor Alstein? La señorita Vickers al habla. ¿Quiere hacer el favor de venir ahora mismo a la D2? —Ann miró en torno suyo. Kittie había apretado los puños y sus miradas iban de un lado para el otro, como inquietos lagartos. Ann volvió a llamar de nuevo por teléfono—. ¿Señora Keast? La señorita Vickers. ¿Quiere hacer el favor de preparar una habitación para la señorita Cognac? La voy a sacar de la celda solitaria. ¿Qué? ¡Sí, eso es lo que he dicho, Keast, entiéndame bien!

Pero mientras hablaba, Ann estaba pensando: «El doctor Sorella tenía razón. Esta vida de la prisión me está convirtiendo en una tirana. ¡Ningún ser humano es lo suficientemente bueno para ser carcelero!».

El doctor Alstein se acercaba rápidamente a ella; era un hombre bajo y rechoncho, de ojos bondadosos y neuróticos. Entonces habló Kittie:

—¿Cómo está, doctor? ¿No es usted el tipo que intentó aprovecharse de mí la semana pasada en un café?

—¡No! —dijo el doctor, con una rabia que no tenía nada de profesional.

—¡Oh, no! Bueno, entonces sería cualquier otro sujeto que se parecía a usted. Bueno, Annie, ¿así que tú y el doctor creéis que por medio de palabritas dulces vais a convertirme en una hipócrita, como vosotros dos? ¡Tú! ¡Señorita Vickers!

¡La doctora Vickers! ¡Sinvergüenza!

El doctor Alstein estalló:

—Doctora, ¿quiere que…?

—¡No! —exclamó Ann.

—Bueno. Pero va a volver a la celda solitaria.

—No. Nada de eso. Le halagaría demasiado. Doctor; aquí tiene su caso. Mi amiga Kittie es esencialmente una egomaníaca. La conocí en Copperhead. Pero es muy competente y yo me propongo, cuando salga de nuestro sanatorio, colocarla en una tienda elegante de vestidos o sombreros. Ya verá cómo tiene éxito. Pero, mientras tanto, va a costamos trabajo convencerla de que somos amigos suyos. Y tendremos que acostumbrarla a que no tome cocaína. ¿Le importa mucho, Kit? No me gusta nada tener que hacerlo así, pero…

—¡Oh, diablos, maldita seas! ¿Es que ni siquiera te importa que te insulten?

Mientras bajaba en el ascensor, Ann se iba diciendo a sí misma: «Annie, en mi vida te he visto tan odiosa como cuando adoptaste esa actitud superior y bondadosa con Kittie Cognac. ¡Pobre Kit! Alstein fue mucho más humano que tú, ¡al menos se enfadó! ¡Señorita Vickers! ¡Doctora Vickers! ¡La directora! ¡Pobre chiquilla semianalfabeta! ¡Darte un doctorado! ¡Si supieran la verdad!».

Y así la Gran Mujer volvió a su casa en el tren subterráneo —porque no hay muchas Grandes Mujeres que puedan pagarse taxis a todas horas— y al llegar a su departamento se sentó junto al teléfono, pensando: «Me gustaría tener una cita con alguien esta noche. Me gustaría que alguna persona agradable me llamara por teléfono y me invitara a ir al cine, como invitan a Tessie Katz o a Birdie Wallop».

Como todas las mujeres que viven solas, se hizo para cenar una taza de té y unas tostadas, y mientras se las comía, de pie, junto al fregadero de su cocinita, iba pensando:

«¡Qué raro que me moleste tanto el teléfono cuando se pasa el día entero llamando, en mi oficina! Pero, ahora… me gustaría que Lindsay mandara al diablo esa cena de los Floristas y viniera a verme. ¡Floristas! Me gustaría tener un esposo que viniera a casa por la noche… No, no todas las noches… pero a veces, para sorprenderme. Me gustaría haber tenido a Pride. ¡Mi hija! Me sentiría orgullosa de ella. Aunque me temo que la habría mandado a una escuela terriblemente conservadora, y me sentiría orgullosa de sus horribles amigas de la aristocracia, como cualquier madre de Waubanakee. Ahora soy la doctora Vickers, superintendente de una prisión. Y gracias a una buena suma, he obtenido esta libertad. Más Pablo dijo: “Pero yo nací libre”. ¡No! ¡Nadie nace libre!».

Ann Vickers se sirvió otra taza de té. Pero era un té muy amargo.

OceanofPDF.com

XXXII

SU DEPARTAMENTO era tan moderno como el Hogar Industrial de Stuyvesant y, aunque a ella no le gustaba, casi tan duro. Cuando lo compartía con Pat Bramble, no le había importado tomarse la molestia de trabajar en la casa. Pero ahora, cuando una o dos veces por semana tenía que salir para pronunciar discursos en los Banquetes, con una B mayúscula —Banquetes de la Liga para la Urbanización de las Comunidades Agrícolas, o la Liga para la Rusticación de los Centros industriales, o el Comité para emplear a los Delincuentes Penales no— Reincidentes, o las Alumnas de la Fraternidad Phi Tau Delta de la Universidad de Point Royal, o la Sociedad de Illinois, o el Círculo de Estudios Sociológicos de la Sociedad Femenina de San Esteban (Brooklyn), o la Unión Mutual Independiente de los Ciudadanos de la villa de Stuyvesant—; cuando a veces tenía que quedarse en la cárcel hasta medianoche; cuando los periodistas la telefoneaban diariamente para pedirle su opinión sobre el pelo cortado como una de las cosas que incitaban al crimen, y el efecto de la lectura de las novelas sobre los crímenes pasionales; cuando amables y tiernas periodistas femeninas la llamaban para saber qué pensaba del divorcio; cuando las damas que salían de la prisión la aguardaban a la puerta para que les diera un consejo y una pequeña ayuda monetaria; cuando los agentes de seguros la visitaban por la tarde para explicarle que la suya era una profesión especialmente peligrosa —tenían estadísticas acerca del número de directores de prisiones que habían muerto en las revueltas—; cuando 750 331 muchachas le escribían mensualmente para pedirle su autógrafo y que les dijera algún medio de llegar a Nueva York y entrar en el romántico reino del «Trabajo Social»; cuando nunca podía estar segura de

si Lindsay iba a presentarse a las seis, a las siete o a las once, y si quería tomar algo en casa o llevarla al Casino; cuando no había ninguna Pride cuyo descanso y aire puro había que tener en consideración; cuando, en realidad, se había convertido en una Gran Mujer, y estaba realmente sola, era demasiada molestia cuidarse de la casa y de las innumerables cuentas, y había preferido tomar un pequeño departamento en el Hotel Portofino, en la calle Noventa, Este, a mitad del camino de la cárcel y del lugar de los teatros y los restaurantes.

No era un hotel muy grande. Pero para compensar su tamaño tenía un vestíbulo de mármol, teléfonos, radios, botones con chaquetillas cortas, sonrisas y rizados cabellos sicilianos, viejos misteriosos y melancólicos con chaquetas de dril azul y bigotes grises, que siempre iban a alguna parte con una caja de herramientas, para reparar algo que nunca se reparaba del todo; orgullosas alfombras persas, grabados japoneses no menos orgullosos, una buena provisión de White Rock y telefonistas que decían:

—¿Sí? Ya le daré el recado; ahora no sé dónde está.

Ann tenía una salita llena del limpio, duro y eficiente brillo del acero, el cemento y la pintura lavable. Altas ventanas, separadas por una columnita de metal, desde las que se podía ver el East River y oír las roncas sirenas de los transatlánticos que ella se imaginaba destinados a Sevilla, Goteborg y Mangalore. Fríos suelos de duro cemento, cubiertos con linóleo y altas paredes rectas que subían fríamente hasta un techo de vigas rígidamente cuadradas, sobre un fondo de yeso.

Ann había tratado de humanizarlo todo lo que pudo, empleando las pocas cosas humanas, amables y viejas que poseía. El diván en que el profesor Vickers dormía la siesta los domingos por la tarde. Su colección de Dickens. El David Copperfield que ella había leído todos los años, desde que tuvo diez años. Los *Water Babies* que le había regalado su padre y los *Idylls of the King*, con la firma de Glenn Hargis. Cuatro sillones blandos, unas cuantas mesitas y unas lámparas cerca de los sillones, para que uno pudiera leer cómodamente. Estantes de libros, de tapas castaño oscuro,

libros de criminología, penología y psicología, y todas las ciencias oscuras y desesperadas en las que ella buscaba su sabiduría.

Más allá de la salita había un dormitorio, mucho más pequeño que el que había tenido en Waubanakee (Illinois) y un cuarto de baño, tan chico, que no tenía más que una ducha. Y la cocinita; Nueva York era la ciudad mayor del mundo, y por lo tanto, ella no tenía sitio para un fogón espacioso o una hilera de cacerolas de cobre, pero tenía una hermosa máquina eléctrica para hacer café, y un enorme gato llamado Jones.

Iba a verla mucha gente: Malvina Wormser, Lindsay Atwell, Pat Bramble, siempre que estaba en la ciudad, un grupo de trabajadores sociales como, por ejemplo, Russell Spaulding.

Le habían bautizado James Russeli Lowell Spalding, y él firmaba «J. Russeli Spaulding», pero por razones que Ann no pudo nunca descubrir, era conocido por «Ignatz» en ese mundo radical que está siempre asistiendo a los banquetes. Le había conocido en el Instituto de Caridades Organizadas, donde él era jefe de un departamento. Tenía cuarenta años —tres más que Ann—, estaba soltero y, sobre todo, le interesaba ser un Hombre de Sociedad, además de un hombre Humanitario y Progresista. Spaulding era corpulento, de cara redonda y muy amigo de decir chistes. Ann se imaginaba que, de pequeño, en su ciudad natal de Iowa, había sido el gordo de la pandilla de quién se burlaban todos los demás chicos, y que nunca se había librado del todo de sus deseos de impresionar a la pandilla, y que por eso, en Nueva York, trataba de impresionar a una borrosa e ineludible Iowa. Ann le estimaba porque era bondadoso, porque nunca se disgustaba porque le invitaran a cenar en el último momento, y porque cuando estaba en casa enferma de gripe, se acordaba siempre de telefonearla con tanta constancia como Lindsay Atwell.

OceanofPDF.com

XXXIII

LINDSAY ATWELL era tan delgado, tan fino, tan gris y tan gracioso… Su cutis había perdido toda su rubicundez. Pat Bramble insistía en que parecía un gato viejo, pero a Ann le parecía mejor un galgo gris. Nunca se olvidaba de llevarle flores o bombones, ni de felicitarla el día de su cumpleaños. La besaba tiernamente, y no con demasiada brevedad, pero no pasaba de ahí. A veces, Ann se decía: «Si este hombre no se me declara pronto, voy yo a declararme a él», pero siempre se olvidaba de hacerlo. Le resultaba tan familiar como su mano derecha, y hacía tanto caso de él como de su mano.

Estuvo a verla para tomar lo que en Nueva York se llama cortésmente «el té». Aquel día Ann estaba particularmente cansada y le agradó particularmente la sensación de descanso que le producía. Había pasado un mal día. Kittie Cognac se estaba volviendo tan dulce y piadosa, que Ann estaba segura de que pensaba ‘jugarle una mala pasada. Y la presa favorita de Ann, la n° 3 071, un exmaestra de escuela, enviada a la cárcel por robar libros antiguos en las bibliotecas, había sido descubierta vendiendo dientes postizos de la enfermería de la prisión.

«¡Buena reformadora estoy hecha!», suspiró Ann. Se sentía sola. Cuando llegó Lindsay lo besó con tanta fuerza que, ante la plácida sorpresa de él, estuvo a punto de estrangularlo. Pero no le dijo que estaba cansada; el estar cansado era privilegio de Lindsay; Acercó la lámpara de *bridge* al sillón más mullido, le dio los diarios de la noche y se fue a la cocina a preparar los *cocktails*.

Mientras sacaba los mágicos cubitos de hielo de la nevera eléctrica y medía y agitaba los líquidos, silbaba con cierta emoción, pensando: «¡Qué

maravillosa sensación de seguridad tendremos los dos cuando estemos casados y él venga a casa todas las noches! Él será juez del Tribunal Supremo de los Estados Unidos, y yo creo que seré gobernadora de Nueva York. Entre los dos tendremos un poder real. Como si fuéramos un rey y una reina de la Edad Media. Yo le prestaré parte de mi creencia en el sistema cooperativo. Él me dará parte de su sentido común. Pero ¿cómo vamos a vivir juntos si yo estoy en Albany y él en Washington?», y se echó a reír mientras entraba la coctelera, en una bandeja de plata, donde había puesto también los vasos y un mantelito primoroso y poco feminista. «¡Me parece que es algo prematuro preocuparse por eso!», pensó, burlándose de sí misma.

Lindsay bebió lentamente su *cocktail*. Luego dobló el diario antes de dejarlo y lo puso cuidadosamente sobre la mesita que tenía delante; después, habló juiciosamente:

—Creo que debe saberlo, Ann: voy a casarme con Margaret Salmón…, la hija del banquero. ¿La recuerda?

Ann se sentó en silencio. Ella, que por lo general era muy apresurada en todos los movimientos, dejó cuidadosamente el *cocktail* sobre la mesa.

—¿Sí? ¿La señorita Salmón? Una muchacha muy agradable… Ya la recuerdo. La he visto en su casa.

Pero en su interior, la Ann que había desafiado al capitán Waldo rabiaba furiosamente. «¡No te casarás! ¡Vas a casarte conmigo! ¡Esa tal Salmón, esa chica delgada y floja que no sabe más que bailar…, que guía tan mal el auto, que siempre está sufriendo accidentes…! ¡Oh, querido mío, esto es el fin, Lindsay, el fin!».

—Usted es la primera a quien se lo digo, Ann, porque tengo el atrevimiento de considerarla mi mejor amiga. Sí, mi mejor amiga —se detuvo y se rascó el labio superior con el dedo índice. Se había puesto de pie y tenía en la mano el vaso del *cocktail*, aún casi lleno, pero le temblaba la mano y tuvo que dejarlo en la mesa, salpicándose al hacerlo. Lindsay secó distraídamente las gotas derramadas con su inmaculado pañuelo, antes de volver a hablar.

—Ann, en una ocasión pensé que podía atreverme a pedirle que se casara conmigo. Usted es la mejor mujer que conozco, y la persona a quien

más quiero. Pero es demasiado grande para mí. Yo tengo también mi carrera. Y mucho me temo que si me casara con usted, me convertiría sencillamente en su criado, querida.

—Sí, bueno, creo que aprecio lo que…

«¡No sería así, estúpido! ¡Yo te protegería, te ayudaría y te…!».

—Como comprenderá, porque pienso que usted y su carrera son tan importantes… Ya me entiende. Ni siquiera me atrevo a interponerme en su camino, Ann.

—Sí, bueno, creo que aprecio lo que…

—Pero, por otra parte, es casi seguro que el partido demócrata me presentará como candidato al Tribunal Supremo del Estado, y… Pero temía que usted… ¡oh, llena de bondad y deseos de ayudarme!… quería aconsejarme, y un juez tiene que tener las manos libres… Y en la vida diaria estaría constantemente preocupada por mi causa… Me ahogaría a fuerza de bondades… Porque usted es resuelta y tiene puntos de vista propios, y lo más probable es que yo la dejara dominarme y… ¿me comprende?

—Sí, quizá tenga razón.

—¡Y, querida mía, usted llegará a apreciar a mi Margaret! Probablemente pensará que no está formada aún, pero… tiene una naturaleza tan fina y tan delicada… Es demasiado tímida para expresarlo públicamente, pero es tan dulce y… ¡Oh, Ann, oh, Dios mío!

Se puso a besarla con la torpeza de la pasión, sollozando casi mientras le besaba las orejas, los cabellos, la garganta, los hombros. Luego gritó:

—¡No puedo soportarlo! —y huyó de la habitación y del piso.

Ann no se movió; permaneció donde estaba, tendiendo los brazos hacia la puerta.

Durante una hora permaneció sentada en el sillón, inclinada hacia delante, mordiéndose un nudillo. Más de cien veces pensó: «Voy a telefonearle. ¡Lo haré! ¡No! ¡No lo llamaré!». Luego se levantó mecánicamente, con los ojos llenos del recuerdo de Lindsay y de sus besos; tiró su *cocktail*, lavó el recipiente y los vasos, los guardó, y acarició

distraídamente a *Jones*, el gato, cuando éste, para que se fijara en él, jugó en vano al ratón y al gato con una bola de papel. «¡Le telefonearé! ¡Tengo que telefonearle! ¡No puedo dejar que se me escape, que se vaya con esa muchacha estúpida!».

Puso la radio, pero al cabo de unos minutos de oír a Terry Tintavo que cantaba *Esa luna de Atlantic Cityyy*, la cerró.

Durante aquella hora de agonía se pasó casi todo el tiempo imitando a «El Pensador». Lo ocurrido la «había hecho pedazos». La frase vulgar es ésa, pero lo que ocurrió fue todo lo contrario. Los esparcidos pedazos de su personalidad se reunieron al fin en un todo: los pedazos de Ann Vickers que había dejado caer en tantas partes; en sus fugaces estudios de psicología, en su afecto por sus amigos, recuerdos de su niñez pueblerina, en su miedo a tener miedo, en su deseo de un perfeccionamiento imposible y en su sano humorismo ante el espectáculo de su propia persona, esforzándose en una especie de Gran Mujer; en la romántica guía que constituían para ella los trozos de Keats y Tennyson que aún recordaba, y en el peso de cosas tan ordinarias, diarias e inevitables como las cuentas que había que pagar, el sabor de los guisantes frescos, el perfume de los claveles de un florista callejero, el callo del dedo gordo de uno de sus pies, que hacía ligeramente ridículas algunas de sus entrevistas con los altos funcionarios del Estado; la propina que había de dar al portero del hotel, que, después de todo, no había hecho más que arreglarle el mes anterior la luz de su cuarto de baño: el imaginario sonido del llanto de Pride; el sonido real de las radios de sus vecinos, cuando quería dormir; el disgusto que le causaba el haberse olvidado de mandar flores a la doctora Wormser el día de su cumpleaños…, todos aquellos pedazos de Ann Vickers, esparcidos hasta entonces, se unieron de repente y se encontró convertida en una mujer única y apasionada, una mujer tan deseosa de amor como Safo.

Pero para los ojos no era más que una mujer agraciada y modestamente vestida, sentada en el borde de un sillón demasiado relleno, situado en la celda de un hotel-rascacielos, científicamente provisto de luz y refrigeración eléctricas, un hotel más en la ciudad cinemática de las mil torres de acero, cristal y cemento. Pero se había desprovisto de las diferentes capas de corrección y de adaptación a la respetabilidad del

cemento y había quedado desnuda, como una diosa, como una mujer de la jungla, jefe de su tribu.

Rara vez pensaba con palabras, sino con emociones, emociones explosivas, de color escarlata. Pero, de cuando en cuando, sus palabras interiores eran muy claras:

«Quiero agregar algo a la civilización, aunque no sea más que una millonésima parte. Como Florencia Nightingale. ¡Aunque espero que no seré tan aturdida! Me gusta un puesto que tenga alguna dignidad y respeto. Me gusta el poder. ¡Sí, me gusta! ¡No quiero pasarme la vida pagando cuentas del almacén! Y no puedo retrasarlo. ¡Necesito el poder! Necesito poder, iniciativa y una oportunidad de poder darle una buena oportunidad a Kittie Cognac.

»¡Todo eso no me importa un comino! Quiero amor; quiero a Pride, mi hija. Quiero darla a luz. Tengo derecho a tener una hija. Quiero educarla. Me alegraría que uno de esos rancheros que parecen salidos de una imbécil “novela del Oeste” viniera y me llevara con él. Le daría hijos y le haría la comida.

Y no me convertiría en una granjera borrosa y apagada. Aprendería a conocer los tractores, los granos, las distintas clases de tierra. Lucharía por las cooperativas. Intervendría en política. Y, mientras tanto, seguiría teniendo a Pride y a mi hombre.

»Pero a lo mejor no podía tener a Pride y a mi ranchero, y, además, ambiciones, del mismo modo que no he podido tener a Pride, a Lindsay y a mis ambiciones. ¡Qué sencillas éramos cuando hablábamos de algo llamado “feminismo”! Íbamos a ser como los hombres en todos los aspectos. No podemos. O somos más fuertes que ellos, es decir, gobernantes como la reina Isabel, o somos más débiles en nuestra subordinación a los hijos. Pero, a pesar de lo que decíamos en mil novecientos dieciséis, seguimos siendo mujeres, no hombres en embrión, ¡gracias a Dios! ¡Y yo me alegro, porque aunque Lindsay tenga sus ropas de juez y a su Margaret, yo tendré un día a mi hija Pride!».

Russell Spaulding llamó por teléfono.

—Me figuro que no hay ni la más ligera probabilidad de que esté libre esta noche, Ann. Probablemente irá a cenar con el presidente de Colombia o con el bajá de Pezuka.

—¡Oh! ¡No, Russell! Encantada…, tomo lo que me ha dicho por una invitación.

—¡Vaya si puede tomarlo! ¡Ahora mismo salgo para ahí!

Su único pensamiento fue: «Espero que hoy no estará *demasiado* chistoso».

J. Russell Spaulding, del Instituto de Caridades Organizadas, conocido en los círculos reformistas de Nueva York como «Ignatz» o como «Russell», era un competente trabajador social, que había leído libros, que podía reñir a las mal pagadas mecanógrafas del *>ICO* de un modo tan afectivo como el director de una oficina de seguros —una de las primeras cualidades necesarias para ser jefe de cualquier movimiento humanitario— y que, en diez segundos, podía decir si la persona que había acudido a él en demanda de ayuda quería verdaderamente trabajar, y como los que pedían ayuda se parecían a los carpinteros, los autores, los pescadores, los aviadores y los doctores, ninguno de ellos quería trabajar. Sin embargo, a pesar de sus cualidades de líder, en la vida privada Russell le recordaba a Ann un viejo y bonachón perro de granja, cordial y sencillo, que movía la cola, se agazapaba y sacudía sus grandes cuartos traseros, deseoso de echar a correr.

Cuando llegó, Ann se había quitado el traje sastre, se había puesto el primer vestido que tenía a mano, se había lavado los ojos, había hecho gárgaras y estaba convencida de que había ocultado su dolor como sólo puede hacerlo una Gran Mujer, acostumbrada a enfrentarse con el público.

Él entró jovialmente en la habitación, exclamando:

—¿Qué tal le parecería una comida china: pollo con piña, huevos *fou yung*…? ¡Pero, Ann, querida!, ¿qué le ha pasado?

—¿Cómo?

—¿Se ha disgustado por algo? Vamos, cuénteselo al viejo tío Russell.

Éste era mucho más alto y más fuerte que Lindsay; su pecho recordaba mucho más a un barril que el melindroso pecho de Lindsay; sus cabellos eran negros y ondulados. Ann hubiera querido apoyar la cabeza en su hombro y echarse a llorar. Pero se limitó a decir vivamente:

—No me pasa nada. ¡Oh, los disgustos de todos los días en el Hogar Industrial! Quiero olvidarme de ellos. Y si tengo la cara algo pálida, es porque, probablemente, estoy muerta de hambre. ¡Vámonos a comer!

Sus grandes manos, algo fláccidas, la sujetaron por los brazos. La besó en la frente, fraternalmente, y gruñó:

—Bueno, no me entrometeré en sus asuntos, mi buena doctora; más si en algo puedo servirla, encantado de conocerla. Sí, olvidémonos de ello. Pero esta noche, mi buena mujer, no comerá comidas chinas. Lo que necesita es… Conozco un *speakeasy* donde nadie puede reconocer ni siquiera a dos grandes líderes de la opinión pública como nosotros, y el Chianti que sirven es casi bebible. ¡Vamos!

Y no estuvo *demasiado* chistoso, ni tampoco, aparentemente, compasivo. Habló de negocios, la única conversación satisfactoria, aparte de las historias sucias o el amor que, en fin de cuentas, es también asunto de negocios. La obligó a discutir furiosamente con él acerca de la eugenesia, de las horas mínimas de trabajo para las mujeres y de la reorganización de la industria textil. Lindsay habría hablado encantadora e ingeniosamente del teatro y de Troubille, y Ann se habría sentido delicadamente feliz. Pero con Russell se mostró agresiva y enfática, y casi medio curada.

Al volver a su casa, Russell le dijo alegremente:

—Mire, si el próximo domingo no piensa irse con su amigo Atwell, ¿por qué no busca a Malvina Wormser y a Bill Coughlin y vamos de excursión a Westchester?

—Telefonearé a la doctora Wormser y le llamaré a usted mañana. Muchas gracias, Russell.

Él se inclinó para besarla, pero no lo hizo, y se marchó dejándola sola para que llorara a gusto; más el caso es que ya no podía llorar. Le parecía que su pena se había acabado hacía cien años y que sólo conocía a Lindsay por haber leído algo acerca de él.

Pero la mención de la doctora Wormser le hizo desear la compañía de aquella fuente de vida. Con Malvina podría llorar. Y si no lloraba, se moriría.

No era muy tarde, nada más que las once y cuarto. Telefoneó a la doctora y media hora más tarde se hallaba sentada frente a la chimenea, en compañía de la gordezuela mujercita y decía con cuidadosa gravedad:

—Malvina, se acabó la comedia…, el pretender, o al menos desear ser una mujer al mismo tiempo que una maestra de escuela glorificada. Lindsay me plantó esta noche. No he venido a que me dé ánimos, sino a hacer una especie de declaración pública y oficial de que en mí hay algo, Dios sabe qué, que impide el que un hombre de veras se enamore de mí.

—Eso no es verdad, Ann. Tienes algo, yo también tengo algo, todas las mujeres superiores tienen algo, me figuro que nosotras somos mujeres superiores, ¿no es así?, que hace que los hombres «de veras» sientan miedo de que los eclipsen; los hombres que son ambiciosos, no los hombres vulgares, pero que aun así no les gusta verse comparados con seres mejores. Tenemos que depender de hombres tan pequeños que derivan todo su orgullo de que se les conozca cómo compañeros nuestros, o de hombres tan grandes que no temen que les comparen con nadie.

»Eso no tiene nada que ver con al atractivo sexual. Tú y yo tenemos apasionamiento, cierto encanto. En realidad, Ann, tienes que sacarte de la cabeza la idea de que las que sufren así son solamente las mujeres ambiciosas. Los hombres también sufren. Un hombre de primera categoría se casa con una mujer mezquina, y en cuanto ella se ha repuesto del respeto temeroso que le inspira su celebridad, se pasa la vida entera tratando de convencer al mundo de que es tan buena como él, sufre, hasta volverse loca, por el hecho de que la mayoría de la gente no ve en ella más que a la esposa de un gran hombre y trata que su marido se crea el culpable de sus sufrimientos.

»Aun entre los amigos de un mismo sexo… «A» y «B» son amigos desde pequeños y empiezan la vida, al parecer, en condiciones de igualdad. «A» progresa y «B» no. Pues muy raro y muy superior será el «B» que lo aguante y no trate de humillar a «A» recordándole sus primitivos fracasos.

»¡Santo Dios, Ann, eso es algo tan antiguo como el mundo!

Es la historia de Arístides el Justo. Tres cuartas partes de la masa odia a las gentes superiores. En verdad, en verdad os digo que habrá más gozo por un hombre que es rebajado al nivel del populacho que por noventa y nueve que son elevados para ejemplo de la humanidad.

»Uno de los accidentes más improbables es que una mujer y un hombre, lo suficientemente grandes como para no tener celos el uno del otro, lleguen a conocerse, y entonces, probablemente, uno de ellos estará casi seguramente casado con un ser mezquino y presuntuoso, y no podrán casarse; pero todavía no se ha dictado ninguna enmienda constitucional impidiendo la sagrada y antigua costumbre del amor ilícito. En una larga vida, dedicada a entrometerse en los asuntos íntimos de los demás, no conozco ni media docena de matrimonios felices compuestos de dos personas importantes. Pero eso no tiene nada que ver con tus atractivos femeninos, paloma mía.

»Pero…, ¡es curioso! Si una mujer fuera tan hermosa como Diana, mejor médico que lord Rutherford, presidente de los Estados Unidos, campeón mundial de tenis, dominara diecisiete idiomas, bailara a la perfección y poseyera unas glándulas suprarrenales que funcionaran perfectamente, aun así sufriría y se sentiría humillada en presencia de cualquier corista si no hubo en su vida un hombre que la mirara con los ojos húmedos de emoción. Y me temo que seguirá ocurriendo lo mismo hasta la consumación de los siglos, amén. ¡Diablos!

Sin que supiera bien la causa, cuando Ann volvió a su casa no podía sentirse trágica, sino simplemente fútil y melancólica; no una Gran Mujer, sino una mujer muy pequeña.

La gira resultó agradable. Durante tres semanas, Russell Spaulding se mostró muy atento y maravillosamente discreto. Ann no telefoneó a Lindsay. Él la llamó, la sugirió que fuera a una fiesta con su Margaret, pero ella se excusó, con ronca cortesía.

Un día, al caer la tarde, Ann se hallaba sola en su departamento, dedicada a estudiar, como parte de su trabajo, un folleto titulado *122 medios*

económicos para preparar el arroz. Estaba tarareando. Alguien llamó a la puerta y ella contestó, descuidadamente:

—Entre.

No obtuvo respuesta aparentemente. Alzó los ojos. Lindsay Atwell estaba en el umbral de la puerta, mirándola. Tenía el sombrero entre las temblorosas manos y en toda su persona había un no sé qué de envejecido y degenerado. Su cuello estaba limpio y bien planchado, pero la corbata estaba ligeramente torcida y el pelo no bien peinado. Parecía un hombre enfermo, un desahuciado. Se acercó al escritorio, tropezando. Ann no se levantó. Aquél era un hombre al que casi no podía recordar.

—¡Ann, voy a volverme loco! ¡No puedo soportar a Margaret! ¡Estonia! ¡Oh, necesito tu exuberancia, tu realidad!… ¡Perdóname! ¡Cásate conmigo!

—¡Oh, cuánto lo siento, Lindsay, pero Russell Spaulding y yo nos casamos ayer tarde! Mañana vamos a anunciarlo.

—¿Por qué? ¡Oh, Dios mío!, ¿por qué?

—¿Que por qué? ¡Oh!, me figuro que porque él me lo pidió. Y además, porque me gusta. Sí; claro que me gusta.

OceanofPDF.com

XXXIV

AQUELLAS dos personas, tan ocupadas en hacer buenas obras, les resultó conveniente casarse un jueves por la tarde; pero aquella noche Russell tenía que asistir a un banquete del Comité para el progreso del programa del impuesto único, y, a la noche siguiente, que acudir a una reunión de Amigos de Rusia, así que, delicadamente, le insinuó que lo mejor sería no realizar ningún acto nupcial hasta el sábado, fecha en que comenzaría su luna de miel de tres días, en la casita de Malvina.

—Bueno; perfectamente —dijo Ann.

Llegaron a la casita a las seis de la tarde de un día de principios de la primavera. Russell había estado muy divertido en el tren, contándole cómo en el Comité el director del *Statesman* había pasado una hora entera tratando de combinar su completa lealtad hacia la Rusia soviética con un absoluto pacifismo y un profundo amor por los contrarrevolucionarios.

En la estación no había ningún mozo. Ann, que siempre se olvidaba de lo fuerte que tenía que ser Russell, admiró la forma en que éste se echó las maletas al hombro y las depositó luego en la estación, así como el aire de autoridad con que encargó un taxi por teléfono.

El largo *living* de la doctora Wormser, con su techo de pino, su olor a madera, a brisa salina y a libros, la hizo pensar en Pride. Pero se olvidó de ella cuando Russell la alzó desde el suelo y la mantuvo a la altura de su pecho.

—¡Hum! ¡Es una verdadera hazaña! ¡Yo no soy ningún peso pluma! —dijo.

—Para mí… —y mirándolo bien, Ann comprendió que no bromeaba—, para mí eres una cosita frágil a la que hay que escudar, que mimar y que

proteger, a pesar de su gigantesco cerebro.

—Bueno, no cabe duda de que éste es un nuevo modo de mirarme. Pero si alguna vez te encuentras con una amiga mía llamada Katherine Cognac, no se lo digas. ¿Y si cenáramos? ¿Te acordaste realmente de traer algo para comer?

—¡Vida mía, tu maridito será un fracaso como sociólogo, pero como organizador de excursiones es una maravilla! ¡Es el rey de los *boy scout*!

—Russell, querido, di lo que quieras acerca de ti mismo, menos eso.

No parecía particularmente alegre.

Pero la conmovió la minuciosidad de sus compras. De una caja de madera que él llevaba con la misma facilidad que si fuera —bueno, que si fuera una caja de madera bastante pesada—, sacó medio jamón Smithfield, tocino irlandés, un pollo, dos pichones, chuletas de ternera que inmediatamente metieron en la nevera eléctrica, cajas y latas de copos de trigo, tomates, harina de avena, harina para tortas, Roquefort… A Ann, como a todos los soñadores sanos, le encantaban los almacenes de comestibles y allí tenía uno para ella sola.

Russell, con un delantal atado a la cintura y cantando «Sonríe, sonríe, sonríe», la ayudó a preparar su primera comida de casados, poniendo hábilmente la mesa. En realidad, a Ann le resultó demasiado alegre y servicial, y de repente le entraron ganas de que se callara. Se sentía cansada, con un cansancio sin nombre. Quería cenar bien, permanecer sentada en silencio, mirando el mar iluminado por la luna, que la besara profundamente hasta dejarla aturdida, y luego irse a dormir, rodeada por los brazos de un hombre.

—«¡Hay un largo camino que onduuula…!».

—¡Déjalo que ondule, demonios!

—¡Pero, querida!

—¡Oh, lo siento, Russell! La verdad es que esa canción llegó a hastiarme durante la guerra.

—Entonces cantaré una muy divertida. «Era pobre, pero honesta». A lo mejor soy demasiado ruidoso. El casarse es algo que le altera a uno los nervios, ¿no es verdad? Pero es delicioso. Entonces haré tanto ruido como un ratoncito… si es que un hombre que pesa ochenta y cinco kilos puede

ser un ratoncito, un ratoncito cruzado con elefante, una cucaracha cruzada con un hipopótamo… Dios podría haber inventado otros animales más divertidos.

Y siguió hablando. Pero, por lo visto, no esperaba que ella le escuchara, y Ann se sintió casi feliz. Se sentaron y contemplaron el espectáculo garantizado de la luna en el océano, y él la estrechó de modo competente, no con una timidez rancia y viscosa ni con una pasión demasiado ávida.

Al dar las once, él dijo de repente.

—Vámonos a la cama.

—Bueno… —Ann se sentía virginal y asustada.

Él la agarró de una mano, la condujo al diván que había en el hueco de la ventana y la dejó en él. Ann se sentía nerviosa, hasta que pudo ver su cara; entonces le entraron ganas de reír. Tenía un aspecto lúgubremente sentimental, y su voz era más grave y ponderada que nunca.

—Ann, ha llegado el momento… Los dos somos gentes de mundo, y creo que estamos dotados de un sentido del humor poco común, pero olvidémonos por una vez del humorismo y consideremos esta hora como algo sagrado.

Le había gustado Russell. Al menos, le había gustado gustarle a él. Pero aquella noche, desde el momento en que él reconoció su tendencia a la comedia pueril, hasta el momento en que se despertó entre sus brazos, estrechamente unidos el uno al otro, Ann creyó que lo amaba.

Una vez convencido de que no necesitaba mostrarse delicado y reverente, Russell gozó mostrándose obsceno. Al día siguiente nadó largo rato, desnudo; puso la mesa vestido solamente con unas zapatillas de paja y un delantal, y le contó historias que, no solamente eran ligeramente sucias, sino, lo que era aún mucho peor, muy viejas.

Por un día ella gozó abandonándose a aquella viva grosería, y más tarde no le importó el haberlo hecho. Pero después de muchas Kittie Cognac, la grosería no le parecía particularmente interesante. Empezó a encontrar a Russell demasiado ruidoso, demasiado orgulloso de sus proezas atléticas en

los momentos de intimidad. Le faltaba tanto comedimiento como a Lindsay Atwell osadía.

Se apartó de él mientras estaba pelando patatas en el porche y lo dejó charlando, en la creencia de que ella estaba en la cocina; luego echó a correr hacia la playa y se sentó en un trozo bañado por el sol, entre dos dunas. Al correr tenía un aspecto joven y feliz, y sus cabellos asomaban bajo el borde del pañuelo rojo que se había atado a la cabeza. Pero fue poniéndose más seria conforme el sol fue adormeciendo todo su ser, excepto la pequeña maquinita que seguía funcionando, incansable, dentro de su cráneo.

«Es un niño. No lo hace con mala intención. No es tonto. ¡Me gustaría que no se las diera de chistoso! Pero es un niño. Un niño vano.

»¡Oh, Dios mío! ¿Cómo puedo haber hecho esto? ¡Simplemente, para vengarme de Lindsay, para demostrarle de lo que era capaz! ¡Russell! ¡Ese payaso charlatán! ¡Ese burlón que cree que es algo muy divertido el llamarme “doctora”! ¡Ese rústico gordo a quien le gusta hacer el amor al aire libre, y de un modo grosero! ¡Yo, que era orgullosa, libre y poderosa! ¡Haberme colocado en situación de tener que compartir la cama de ese payaso…, y lo que es aún peor, de tener que escuchar sus chistes!».

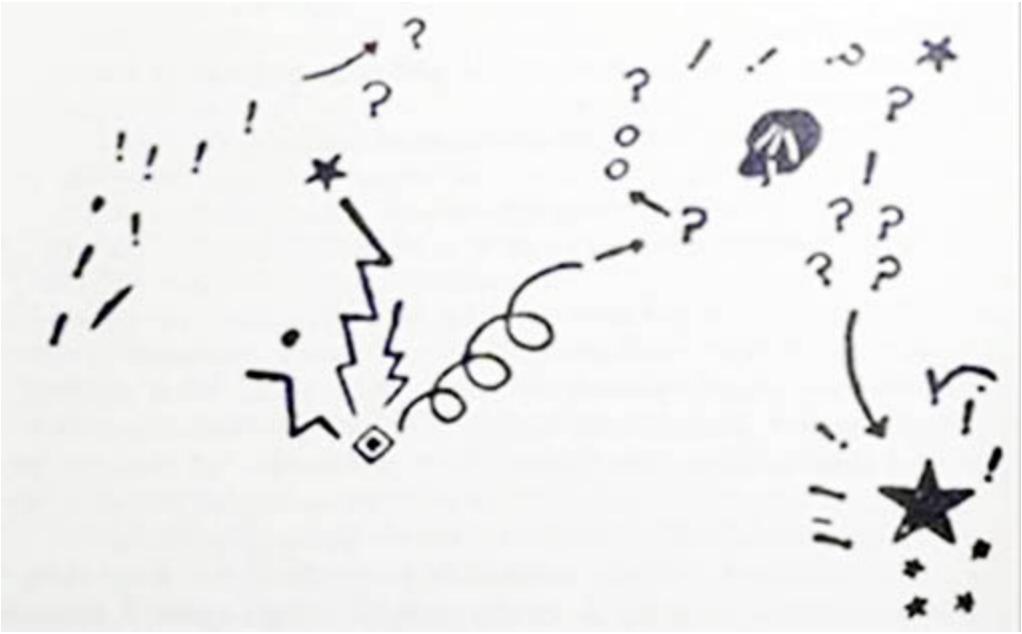
Y silbó, furiosa.

Pero el sol era acariciador, las olas alegres y Ann era una mujer que necesitaba el amor.

Volvió a la casa y fue halagadoramente recibida.

OceanofPDF.com

XXXV



Espirales, estrellas, rayos, zigzags…
CHARLA.
charla radical, charla progresiva, charla liberal, charla seria,
charla inspiradora,
como la de Roget, del *Thesaurus*,
gritar, rugir, alborotar, aclarar, alborotar, aullar, mugir, chillar, exclamar, gemir, silbar, vociferar, levantar la voz, alzar la voz, llamar, cantar a gritos, gritar, exclamar, rasgar el aire; gritar con toda la fuerza de la voz,
como, en un partido radical, en un partido radical, en un partido radical,
como, de,
Tom Mooney libertad condicional Stalin
esterilización de los incapaces, ¿incapaces para qué?

kulaks
Gastonia
homosexualismo
comisión, forma de gob.
Haití, condiciones en
Nicaragua, condiciones en
sindicalismo
China, condiciones en
Silesia Superior, condiciones en
Liberia, tierra noble de los libres, condiciones en
homosexualismo
pena capital
limitación de la natalidad
patrón oro
glándulas
Sacco y Vanzetti
Ramsay MacDonald
Senadores, condiciones de
AF de L
AF de Matty Wool.
igualdad social
igualdad de raza
qué es la igualdad
homosexualismo
Mayoría Comunista en el Parlamento, no tiene ninguna probabilidad sin Bill Foster, pero si Bill Haywood hubiera vivido,
homosexualismo, condiciones del, prejuicios contra, ¿por qué no?
Tom Mooney
tarifas, abajo con las tarifas industria del acero, condiciones en ninguna condición en homosexualismo Rand School
enfermedades sociales —¿por qué sociales?
Macedonia irredenta, ¿dónde está Macedonia?
México irredento
la JAB de la AICP y el COS

la ILD
la LID
la AAAA
no, nunca la AAAA
la TUUL
la LIPA
la NAACP
la Unión de Libertades Civiles Americanas
el gremio de teatros
Clarence Darrow
Freud
Adler
Jung
Bertrana Russell
John Dewey
Al Smith
Sam Gompers
el Frente Unido
la Colonia del Llano
Mooney y Billings
no, nunca Billings y Mooney
condiciones
CHARLA
como,
para,
gritar, rugir, bramar, ladrar, chillar, bostezar, refunfuñar, aullar, balar, cacarear, graznar, tragar, apurar, cuchichear, silbar, explotar como
CHARLAR,
con,
cualquier clase de gentes, con cualquier clase de modales, interesadas en Reformar al Mundo, tanto sea por una animada moralidad, el magnífico placer de armar jaleo, el aumento de los salarios, o el deseo, tan común entre las mujeres muy ricas, de ver a los rebeldes sabios, amables y

obsequiosos, en sus mesas y desde luego, todos los partidarios de la Justicia, como,

los editores de diarios revolucionarios
los agitadores comunistas que se encuentran en libertad bajo fianza
los estadísticos
los presidentes de uniones de obreros de la confección
instructores de Columbia
miembros de la Liga de Lucy Stone
periodistas socialistas de periódicos republicanos
esposas de banqueros que se vengan de sus esposos, poniendo
en libertad bajo fianza a los comunistas y dándoles champaña

cuando lo que necesitan es un buen puré, necesitan un buen puré, tanto los banqueros como los comunistas necesitan un buen puré, pero las esposas de los banqueros, las alegres esposas de los banqueros, prefieren que las ahorquen antes de servir puré

es mucho mejor, *tra la, tra la, tra la la*, que los mayordomos sirvan una y otra vez champaña a los pobres Bolos, cabildeos sobre Rumania, la Dakota del Norte, las canciones folklóricas, los navajos, el vegetarianismo, los cantos de los pájaros, y el enseñar escultura a pequeños judíos inteligentes, para que más tarde puedan emplear sus conocimientos, *tra la la*, en cortar trajes para caballeros extranjeros (1) con barbas (2) con barbas y todas estas gentes filantrópicas y reformadoras llenas, no de ginebra, como en las fiestas literarias de Greenwich Village, sino de CHARLA.

Ann recordó las conversaciones sostenidas aquella noche, en una fiesta densamente poblada de radicales y progresistas, mientras yacía en su cama, al lado de la de Russell —ella había querido una habitación para ella sola, pero Russell dijo que aquello era «mucho más alegre». Y sus recuerdos no volvían a ella en forma de sonidos, sino como figuras llameantes que pasaban delante de sus cerrados párpados.

A pesar de sus años de «trabajos sociales», sólo tenía unos pocos amigos íntimos. Pero Russell era el Beau Brummell del liberalismo. Tenía que oír muchas voces. Sufría si no le invitaban a todos los acontecimientos

públicos, y más aún si no lo reconocían todas las celebridades… de su mundo.

Porque hay muchas clases de celebridades, así como hay muchas clases de ocupaciones. Sólo unos pocos son universalmente célebres: en 1932, por ejemplo, sólo eran famosos en todo el mundo el coronel Lindbergh, George Bernard Shaw, el Príncipe de Gales, el Káiser, Freud, Einstein, Hitler, Mussolini, Gandhi, Hindenburg, Greta Garbo, Henry Ford, Stalin y, más que ninguno de ellos, Al Capone; pero de los catorce, cinco serían olvidados para 1935. Más hay ingenieros famosos entre los ingenieros; doctores cuyo historial de operaciones es conocido por los médicos de Kamchatka y París; tintoreros cuya aparición en el escenario, durante la Asamblea Nacional de los Lavaderos, hace que sus partidarios se levanten y los aplaudan histéricamente; hay autores cuyos nombres siguen siendo familiares a los críticos de libros, hasta un año después de su muerte. Así, pues, en los círculos reformistas, el hombre que estableció el sufragio libre en Nebraska y la mujer que fue por un año juez del tribunal de menores de Miami, son conocidos literalmente por docenas de personas y Russell se moría porque le vieran en compañía de tales *maestri*. Asistía a los banquetes. Presentaba a los oradores. Firmaba peticiones al Congreso para abolir la pobreza y el pecado. Gozaba por ser uno de los setenta vicepresidentes honorarios de asociaciones para rescindir las leyes azules, o sacar de la cárcel a todos los amotinados honrados que habían sido detenidos por pegar a los policías. Y, en los ratos libres que le dejaban esas actividades estelares, le gustaba simplemente salir.

A Ann también le gustaba salir, ir al teatro, a los conciertos, o pasar una hora tranquila junto a la chimenea de la doctora Wormser. Pero a Russell le encantaba ir a los sitios donde había conversaciones, animación y se daban soluciones vocales a lo insoluble. Nada de emborracharse, de vivir una vida bohemia. En aquellas reuniones no hacía falta la ginebra. Se divertían lo bastante hablando de la maldad de los prósperos *kulaks* rusos, y de la virtud de los prósperos granjeros de Dakota.

En una de esas veladas de diversión espiritual, Ann volvió a ver a Pearl McKaig, aquella muchachita delgada y seria, con la frente igual que un huevo duro, que en la Universidad de Point Royal la había censurado una vez por ser demasiado amable y dada a la política; ¡a Ann le extrañaba ahora tanto el que la torpe e ingenua Ann Vickers de aquellos días hubiera podido parecerle a alguien, aun a la misma Pearl, demasiado suave y condescendiente! Pearl había llegado a Nueva York para dedicarse a los trabajos sociales; había sido propagandista de las cooperativas y, después de la guerra, propagandista de Macedonia; luego se había tirado de cabeza al pozo y se había vuelto completamente comunista. Ahora era organizadora de la Liga pro Unión de las Uniones Obreras, rival comunista de la Federación Americana de Trabajadores; predicaba el comunismo desde cualquier parte, ya fuera una caja de jabón como el estrado del auditorio de una iglesia de Kansas City; escribía para el *Daily Worker*, explicando que todos los socialistas y liberales eran agentes secretos de J. Pierpont Morgan; y llevaba siempre el mismo traje de lana, medias de algodón, zapatos Ground Gripper y una chaqueta de imitación de gamuza, cerrada con un cierre relámpago. Pearl pensaba que los trajes de noche, las iglesias, James Branch Cabell, la carne, el tener criados, Walter Pater, Herbert Hoover, Clarence Darrow, los zapatos de charol, los cigarros, el vino, el ir de pesca, Joseph Hergesheimer, el Hotel Ritz, los camarotes de primera clase de los barcos, Oswald Garrison Villard, las acciones de las fábricas de acero, Trotski, el Príncipe de Gales, el *Times*, el *Evening Post*, el *Sun* y el *Herald Tribune* de Nueva York, Heywood Broun, la ropa interior de seda, las boquillas para cigarrillos que estuvieran hechas de cualquier cosa que no fuera papel, el Japón, las sociedades caritativas, las historias picantes, los diamantes, Aucassin and Nicolette, Harvard, el polo, William Randolph Hearts, el impuesto único, Ramsay McDonald, el golf, la Navidad, Velázquez, el *rouge*, Tolstoi, las sales de baño, Peter Kropotkin, los aguacates, el *Saturday Evening Post*, los banqueros, los abogados, los doctores, el tomar sol, excepto cuando era con algún fin, Evelyn Waugh, Polonia, H. G. Wells, los pañuelos de hilo, el levantarse después de las seis de la mañana, los Pullman, la *New Republic*, los anglicanos, los partidarios de la *Christian Science*, el *Redbook*, el *Cosmopólitan*, el *New Yorker*, H. L.

Mencken, Jonh D. Rockefeller, primera, segunda y tercera serie, Will Rogers, todos los automóviles, excepto los Ford y los Chevrolet de segunda mano, Dean Kirchwey, el *Yogue*, la *Tribune* de Chicago, el cardenal Hayes, Jane Addams, la Asociación Nacional pro mejoramiento de los negros, Palm Beach, la ruleta, la ginebra, las trufas, las batas, excepto las que tenían aspecto de manta, los taxis y la doctora Ann Vickers, eran igualmente *burshui*, viciosos, individualistas, anticuados y, en general, traidores a los obreros y a la URSS.

—¿Sigue intentando ponerle un parche a su sistema capitalista, reformándolo? —le preguntó a Ann con la fría seriedad de una diaconisa—. Me figuro que reservará las más oscuras celdas de castigo para los presos políticos.

—¡Puede estar segura de ello! —dijo Ann, con la belicosa idiotez que las almas químicamente puras como la de Pearl despiertan en los seres humanos.

Durante su luna de miel, Ann le había sugerido a Russell que, ya que los ingresos de los dos se lo permitían, debían alquilar una casita en los suburbios y tener un hogar, en vez de posarse en cualquier lado, como los demás cuervos de Manhattan.

—¡Oh, no, creo que te equivocas, querida! —protestó Russell—. Perderíamos el intercambio intelectual de la ciudad. ¡Es tan importante para nosotros! Piensa que, por ejemplo, en una velada en casa de Maurice Steinblatt te encuentras con gente que puede hablarte de los segadores negros, de las islas Lipari y del escándalo de los títulos extranjeros. ¡Oh, no! ¡En los suburbios no viven más que los que juegan al *bridge*!

Ann no había jugado al *bridge* en su vida.

Pero, en un breve segundo de deslealtad, se preguntó si el *bridge* no resultaría descansado después de haberse pasado el día tratando de convencer a unas cuantas mujeres descarriadas de que la borrosa decencia de una prisión modelo, era más agradable que los *speakeasies*.

Alquilaron un piso, porque era grande y barato, en una casa antigua, casi prehistórica, construida en 1895, y que tenía una fachada adornada con alminares y arcos moriscos. Se hallaba junto a una extensión del ferrocarril elevado de la Sexta Avenida, lo que, junto con los tranvías, los autos, los camiones y los carros de los lecheros, hacía que Ann se despertara sobresaltada por las noches como si sintiera que un leopardo arañaba las paredes del campamento. Además tenía cucarachas y olía a muros húmedos y a alfombras de coco.

Pero el *living* tenía nueve metros de largo, cinco metros de altura y era un lugar soberbio para celebrar reuniones radicales, o aun liberales, que son más grandes, aunque no tan ruidosas. Entre Ann y Russell reunían unos mil cien libros, divididos entre sociología, poesía y novelas policíacas, y la pareja hizo con ellos un sabio despliegue. En aquella soledad intelectual uno podía hasta imaginarse que no pasaban por allí los trenes elevados… hasta que pasaba uno.

Allí Ann oía océanos, cataratas y torrentes de charla, pero no podía distinguir un torrente del otro.

Las paredes estaban cubiertas con un papel que imitaba piel, dividido en paneles por listones de pino pintados con optimismo de oscuro, para imitar la caoba. Pero no podían permitirse el lujo de cambiarlos, y Ann descubrió que a Russell le gustaba el aire señorial de la Sexta Avenida.

En uno de los rincones había una alcoba que era casi una habitación aparte. Cuando alquilaron la casa, Ann vio que él la miraba melancólicamente y luego le decía:

—Querida, quédate con ella para tu despacho.

—No. Quédate tú con ella, Ignatz. A mí me gusta más trabajar donde hay luz y aire. Y en casa no hago gran cosa, como no sea leer.

Tiernamente, ligeramente divertida, Ann le veía introducir a los visitantes en lo que a veces llamaba su «cubil», otras su «despacho» y otras su «oficina»», y Ann estaba segura de que, si no hubiera sido tan pequeña, la habría llamado su «estudio». En las pocas veladas que no encontraba excusa para salir, y no conseguía que fuera nadie, se retiraba a ella, con un gesto secreto, excitado y juvenil, y Ann lo veía pegar sellos en su álbum. Era un coleccionista devoto. Tenía montones de catálogos, perfectamente

misteriosos para Ann, acerca de los Charkari pictóricos, los triángulos, los sellos recargados, las hojas perforadas, los de correo aéreo. Los miraba a través de un cristal de aumento, y saltaba en su asiento, se rascaba una oreja y chascaba la lengua al encontrar tesoros en los sellos que tenía delante. Les enseñaba a las visitas su álbum de sellos, del mismo modo que su hermano Henry, en Siracusa, mostraba a sus amigos su álbum Kodak, con las fotos del *júnior* desde la edad de un año a la de doce.

En agosto, cinco meses después de su matrimonio, y una semana antes de las vacaciones de verano, que Russell había insistido en pasar con los miembros de la Conferencia política progresista, en un campamento radical de los Adirondacks, Ann recibió noticias de Pat Bramble, que seguía en New Rochelle:

Querida Annie:

¿Qué tal te resulta el estar casada? ¿Por qué no vienes a verme, un fin de semana? Las cosas «gehen nicht bien bei» negocios. En esta ciudad hay un agente de propiedades llamado Lester Pomeroy, un verdadero Babitt, un Babitt alto, delgado, alegre, tonto y bondadoso, que me está quitando todos los clientes. Será tonto, pero así hay que tratar a las personas que quieren un palacio de setenta y cinco mil dólares con un acuario con peces dorados, por sólo treinta y cinco mil, pagando de una vez, seiscientos dólares y un cigarro. Me quitaba todos mis negocios así que me casé con él. Ven a vernos. Si hace falta, trae también a Russell.

Cariños

Pat.

Ann fue. Pero no llevó a Russell.

Pat y el alegre señor Pomeroy se habían instalado en una convencional y altamente confortable casa de estilo colonial, con *chintzes*, sillas largas, un estante para libros, gramófono, una cocina con azulejos de color y nevera eléctrica, un pequeño prado de césped, con un macizo redondo, lleno

de dalias, y un garaje para dos autos. Pat llevaba una bata transparente y floreada, y tenía una expresión de alegría, casi estúpida.

—¡Oh, Ann! —exclamó—. ¡Soy la mujer más feliz del mundo!, ¡mi marido me adora! Cree que soy una combinación de señora Browning y Mary Pickford. Vamos a tener hijos, si es que no soy demasiado vieja para eso. Pero, Annie, lo más importante, a pesar de todo, no es el amor. Es simplemente la sórdida vulgaridad de sentirse protegida: me refiero al dinero. El no tener que levantarse temprano todas las mañanas y salir corriendo a la oficina, para luchar con unos cuantos hombres endurecidos. ¡Ahora, puedo quedarme en la cama lo que quiero y, si me parece bien, hacer que la criada me entre el desayuno! Y he descubierto que, durante todos estos años, el interés que yo sentía por las propiedades suburbanas, era, en realidad, que yo deseaba una casa, sartenes nuevas y brillantes cuartos de limpieza, *¡para mí!*. Y a lo mejor, el interés que tú te tomas por los presos no es, en realidad, más que un oculto anhelo de tener hijos. Déjame que te enseñe la casa. Como vendedora, diría que no es nada más que regular, pero como dueña de casa, me parece el Castillo de Windsor. Mas no te creas que no hago nada. Conozco a las mujeres algo mejor que Lester Pomeroy, y sé cómo hay que venderles las cosas. El martes último vendí una casa y me gané una buena comisión. Pero el no *tener* que hacerlo… es estupendo. ¡Ven, vamos a ver mi cabaña!

Aunque Ann no podía mostrarse tan sentimental como Pat acerca de la mantelería de hilo ruso, del secador de gas o de las nuevas colchas de las camas, no por eso dejaba de desearlas con toda su alma.

Se sentaron a descansar en el jardín, silenciosas, tumbadas en sillas de mimbre. Ann pensó amargamente que era una delicia no tener que escuchar la charla atropellada e intelectual de Russell.

Por la noche los visitaron unos vecinos, gentes serias y agradables, y todos tomaron bocadillos y cerveza, y jugaron al *bridge*.

Ann se acostó en un dormitorio fresco y alegre y se puso a escuchar el plateado río del silencio. Los insectos tocaban apagadamente su orquesta, pero sólo servía como una especie de fondo que hacía resaltar aún más la quietud.

Una vez se había enfurecido virtuosamente con los supuestos artistas que hablaban de que oían los colores, olían los hexágonos y sentían la fresca y suave sensación del sonido de las flautas, pero durante los dos últimos meses había visto claramente el ruido de la ciudad, el incesante rugido de la noche, como un puerto oscuro y maldito, donde ardían sus barcos.

Se despertó en medio de los cantos de los pájaros, en una mañana clara que no manchaba la grasa del elevado.

«Pride y yo tendremos una casa así», se dijo.

OceanofPDF.com

XXXVI

AL CABO de unos cuantos meses de matrimonio, Russell alternaba entre el exhibicionismo más pueril, el deleite que le producían sus singulares prendas, y una altiva gazmoñería cuando Ann empleaba palabras que le hacían reír cuando las incluía en sus anécdotas algún hombre. Pero en ninguno de los casos era natural; nunca era natural del todo; y su afectación impedía que Ann se refugiara en la seguridad de lo natural. A los seis meses de casada, lo que la ocupaba era lo superficial, las pequeñas irritaciones sociales.

Lo que más la irritaba era que él la tratara como a una mujercita. Russell la llamaba así.

Desde luego, quería que ella fuera lo suficientemente grande, que ocupara un puesto que les diera a los dos importancia social; no le importaba que ella pagara la casa y las cuentas del almacén; pero le irritaba el que no se luciera como era debido en los banquetes o que empleara clisés como el siguiente: «El primer problema de la Ciencia Penal es la salvaguardia de los presos». Más privadamente tenía que ser una mujercita. De no ser así, ¿cómo podía representar junto a ella su papel de Hombretón? Una vez le dijo que había conocido a una muchacha que solía llamarle «Hombretón», pero, aun en sus momentos más tiernos, cuando le llevaba chocolates vieneses y le gastaba bromas, Ann habría preferido que la ahorcaran a mostrarse tan «mujercita» como todo eso.

Una vez ella le dijo que pasara por una librería y le comprara la *Gestalt Psychologie*, de Blozen. Era importante, porque le iba a servir como base de la conferencia que tenía que pronunciar en el Club de Problemas Actuales de Mount Vernon. Llegó a casa antes que él, y sacó del estante y limpió su

diccionario alemán. Russell entró saltando, como un carnero vernal, y puso ante ella un ramo de crisantemos que tenían el tamaño y el aspecto de una gavilla de trigo.

—¡Son maravillosos! Eres un encanto. ¿Me trajiste el libro?

—¿Qué libro?

—¡Oh! ¡De veras! ¡Me prometiste traérmelo! ¡El libro alemán sobre psicología!

—¡Dios mío! ¡Qué estudiante tan seria! ¡Vas a llegar hasta el fondo de las cosas y a convertirte en uno de nuestros mejores y más graves pensadores! Vamos a ver, ¿qué habríamos hecho con ese libro tan serio, si lo tuviéramos?

Trató de acariciarle la mejilla, pero Ann se apartó diciéndole, rabiosa:

—¡Oh, vete al diablo! ¡Muy bien! ¡No volveré a molestarte! ¡De ahora en adelante, yo me buscaré mis libros!

—¿Por… por qué… te has enojado conmigo? —le preguntó él, asombrado.

Una muchacha a quien el Hogar Industrial de Stuyvesant había concedido la libertad condicional fue aquella tarde a ver a Ann, como tantas otras todos los meses. La muchacha había cumplido un año de prisión por robar seda en el taller de costura donde trabajaba. Quería «ser honrada», le dijo, pero no podía encontrar trabajo, y no había recibido ninguna ayuda, sólo un breve sermoncito de moral de la jefa del departamento de libertad condicional, una dama muy empolvada que era agente de la Liga para la redención de presos no reincidentes. Ann le dio a la muchacha una nota para una dama muy agradable, muy intelectual y completamente amoral, que tenía una tienda de modas en Greenwich Village y, cuando Russell no la miraba, le puso en la mano un billete de diez dólares, aunque, como es natural no podía permitirse esos lujos.

Cuando la muchacha se hubo ido, Ann se paseó con gesto de oradora por la habitación, mientras Russell, sentado en el sillón que Ann prefería, la miraba irónicamente.

—¡La libertad condicional! Es la clave de todo el sistema, y no hay nada que más se descuide. Yo no censuro a los encargados de llevarla a efecto. La mayoría de ellos tienen demasiadas cosas que hacer y casi todos son demasiado ignorantes. Si yo tuviera alguna energía, aunque no fuera más que un poco de sentido común, dejaría mi empleo en la prisión, me dedicaría a la política y obligaría al Parlamento a votar una ley concediendo tantos millones para el departamento de libertad condicional como para las cárceles, si no más, y obligándolos a que se cuidaran tanto de los ex presos, asustados y enfermos de la mente, como se cuidan hoy de los tuberculosos, enfermos del cuerpo. ¡Vaya si lo haría! ¡Y creo que lo conseguiría!

Russell exclamó:

—¡Qué gran pensador…, qué líder tan grande y popular eres! ¡Vaya si lo eres! ¡Oh, sí, querida, vaya si lo eres! Si te dedicas a la política, Tammany Hall hará todo lo que tú quieras. ¡Annie de Arco… vaya, vaya!

Una noche estaba hablando durante la cena de su millonario favorito, el millonario que, aunque por lo visto no lo haría nunca, pensaba dotar seguramente a todos los teatritos, a todas las revistas chicas, a todas las películas rusas, a todos los poetas jóvenes y a todas las escuelas industriales para los que salían de la cárcel. Ann, con frase sencilla y gran lujo de números, sostenía que de cada diez presos, ya fueran hombres o mujeres, no había ni uno que supiera realmente bien su oficio. Los invitados parecían interesados. Probablemente hablaba con ligera pedantería; probablemente se había olvidado de que era una esposa y se había tomado tan en serio como un jugador de golf. Pero, sea como fuere, le dolió —no la enfureció solamente—, le dolió en el fondo de su corazón, donde guardaba su lealtad, el que Russell exclamara públicamente, con voz lenta y burlona:

—¡Bueno, ahora que ya nos has explicado eso, vida mía, explícanos lo que pasa en Rusia, y luego diles lo que es la biofísica!

Y paradójicamente, aunque sólo en apariencia, fastidiaba a Ann, alabándola delante de ella, contando a los desconocidos, durante una

comida, que ella era una gran penalista, una gran directora, una psicóloga; con qué valor había dominado docenas de revueltas, en una vaga prisión del Sur; y lo dulce y comprensiva que se había mostrado después con los revoltosos. Luego, cuando volvían a casa en un taxi, después de haberla glorificado de ese modo y compartido su gloria, cuando ella había gozado con aquello más de lo que quería confesar, él le contestaba burlón, si Ann trataba de imponer sus opiniones:

—Bueno, queridita, me alegro que te hayas divertido, pero creo que si te hubieras esforzado un poco, habrías conseguido que el doctor Vincent hablara un poco *también*.

Y se mostraba especialmente antipático si alguien, por ignorancia, le había llamado «señor Vickers».

—¡Bien que le corregí al muy idiota! ¡Desde luego, reconozco que no soy más que el esposo de la célebre *frau* doctora profesora superintendente Vickers, pero, de todos modos, yo también ocupó un lugar modesto, pequeño y conyugal, en el mundo de las reformas sociales!

Aunque es verdad que no había cosa que le molestara tanto como el demérito que amenazaba a la casa Spaulding-Vickers, cuando algún profesor, muy joven o muy viejo, intentaba contradecir a Ann al hablar de la psicología de los presos. Entonces, el valiente Russell, parecido a un viejo oso pardo, se alzaba de patas y gruñía:

—¡Mi querido amigo, la doctora tiene mucha práctica, *además* de conocer la teoría!

Y después de aquellas veladas, era un verdadero amante.

Pero no había muchas veladas de aquéllas. La mayor parte del tiempo, Russell gozaba con tirar al suelo la Diana de mármol que él había ayudado a erigir.

Y Ann no se mostraba siempre sumisa.

Cuando él se cansaba de zaherir sus afectos, sus deseos de amor, cuando se enfurecía realmente, se volvía natural y le decía que era una malísima penalista y un jefe aún peor, hacía su aparición la doctora Ann Vickers, acostumbrada a tratar con asesinos. Russell se arrastraba, balbucía disculpas y entonces ella le despreciaba… entonces y cuando él se jactaba de ser, no

un competente jornalero, encargado de hacer donaciones con el dinero de los demás, sino un sociólogo.

Al él le gustaba jactarse de esas cosas. Decía que era un «científico social», y muy a menudo, agregaba: mis investigaciones puedo parecer perfectamente impasible, pero tengo una pasión indomable…: la pasión de la precisión.

«Si aquello era cierto —pensó Ann—, entonces era una de las grandes pasiones frustradas de la Historia».

A pesar de la orgullosa atención con que trataba de dominarla, Ignatz empleaba también bastante tiempo en galantear callada y seriamente. Siempre había sido un hombre amigo de tocar, de palpar, de acariciar. Aun cuando estaba entre hombres, le gustaba cogerles el brazo y darles palmaditas en el hombro; y, con las mujeres, sólo la violencia podía impedir que las besara en la mejilla, les acariciara el hombro, les rodeara con su brazo la cintura y, en las mejores ocasiones, les acariciara el tobillo. Al cabo de ocho o diez meses de matrimonio, cuando asistían a una fiesta donde había mucha gente, Ann se acostumbró a verlo desaparecer en los *offices* o en los balcones, invariablemente en compañía de la jovencita más delgada, de falda más corta y cabellos más descoloridos, y al poco rato, la pareja volvía a aparecer, con gesto entre contento y avergonzado.

Ann sentía entonces unos claros deseos de asesinarle.

Lo que la hería no eran sus ofensas a la lealtad sexual de Ann. Conforme pasaban los meses, se iba dando cuenta de que ella no era para Russell el único santuario, sino simplemente una estación más de ferrocarril. Pero consideraba un insulto a su dignidad el que él prefiriera a ella aquellas muchachas delgaduchas y borrosas. Lo habría soportado si Russell hubiera elegido solamente mujeres sabias y majestuosas…, o al menos, eso era lo que ella se decía.

Sí, podría haberle asesinado y su vida cambiaría realmente muy poco. Pensó de nuevo en lo curioso que resultaba el que ella estuviera del lado de afuera de los barrotes, cuando con tanta facilidad podría haber estado del otro —y lo mismo podía haberle ocurrido a Malvina, a Pat Bramble, a

Eleanor Crevecoeur— por haber cometido un adulterio, un asesinato o cualquier otro crimen mezquino e innoble.

Ann sospechaba que los galanteos de Russell no iban nunca más allá de las caricias geográficas. Se figuraba que le habría despreciado menos si hubiera tenido el valor de seguir adelante. Pero Russell nunca se exponía lo suficiente para darle a ella motivo para echarle de la casa, después de una fuerte y sana escena doméstica. Y cada vez deseaba más esa excusa, al ver que se iban hundiendo en un pantano de aburrimiento e irritación.

Era demasiado débil, demasiado voluble; era un arroyo que corría sobre guijarros.

Más… —y ésta era la verdadera tragedia de la mujer—, si en los próximos dos o tres años no tenía sucesión, no podría tenerla nunca. A los cuarenta y cinco años, Ann sería joven, estaría coronando la cima de su ambición, pero sería demasiado vieja para tener hijos. Russell, o cualquier hombre descuidado que si deseaba tener hijos era simplemente por reproducirse en ellos, para que halagaran su vanidad y los adoraran y consolaran cuando los demás les encontraran demasiado viejos y aburridos, podían sin embargo, tener hijos a los sesenta años.

Las cartas estaban contra las mujeres… y no había *ningún* feminismo del mundo que pudiera cambiar la situación.

Entonces comenzó una desesperada carrera entre su deseo de no tener hijos de Russell Spaulding, y el miedo a una época en que no podría tenerlos de nadie. Pero, fuera como fuere, no podía consentir que él pusiera sus manos fláccidas y regordetas sobre ella. ¡Eso, no!

Tenía que asistir a la conferencia de los Reformatorios femeninos, que se celebraba en Atlantic City y, por una semana, se dedicó por entero a estudiar el efecto que la dieta producía en la disciplina de la prisión. Se había puesto a leer a la vez a sesenta autoridades médicas, y distraída pensando realmente en voz alta, se las citó un día a Russell, cuando estaban en casa.

Él exclamó, furioso:

—¡Ser tu marido es igual que dormir con el problema de los impuestos!

Ann sintió instantáneamente remordimientos.

—¡Oh!, ¿es que te descuido? ¡Oh, querido, lo siento, pero tengo una mente que no es capaz de pensar más que en una sola cosa! Deja que acabe esa maldita conferencia de Atlantic City y entonces trataré de ser una buena esposa. ¡A lo mejor, consigo que te enamores de mí, y dejes de sentir simplemente curiosidad por mi persona!

Un beso maravilloso.

En Atlantic City se dijo que el discurso de la doctora Vickers sobre la dieta de las prisiones, fue un discurso brillante, casi revolucionario. La más dura de las celadoras que asistió a la conferencia se sintió tan conmovida por él que, cuando volvió al reformatorio, les dio a las presas nueve ciruelas por semana, en vez de seis y, una vez cada verano, albaricoques cocidos y miel de maíz. Pero mientras Ann electrizaba al auditorio, estaba pensando con cierta lástima en Russell.

Tenía la desgracia de darse cuenta también del punto de vista de las personas contra quienes luchaba. Al disciplinar a Kittie Cognac no podía librarse nunca del todo de la idea de que Kittie no había tenido una educación adecuada. Ahora comprendía que fuera por lo que fuere, a Russell le irritaba su mayor fama; que había alguna razón que lo impulsaba a sacar a los balcones muchachitas delgadas y estúpidas que se apoyaban en su noble pecho y alzaban los ojos hacia él. Russell era quisquilloso, Russell era superficial, pero Russell era también un artesano competente y hombre bondadoso.

Al volver de Atlantic City se esforzó por cumplir su papel de esposa devota… que, como es natural, era lo peor que podía haber hecho.

Pero, al menos por unos días, tuvo éxito.

A Russell le encantaba el que ella no tuviera ideas, fuera de las horas de oficina: que se quedara quieta mientras él jugueteaba con sus dedos, cuando, en lugar de dejar que la cocinera se encargara de la cena, buscaba los platos artísticos y fuertes que el alma y el estómago aventurero de Russell preferían: Nuremberg Bratwurst, pollo *chow mein*, grandes setas fritas con tocino, budín de maíz, ravioles, queso Stilton empapado en oporto, *waffles* con mermelada de maple… Se los había comido todos en una sola comida.

Él se volvió en seguida autoritario y nunca le pedía permiso para invitar a la casa a los amigos que a Ann menos le gustaban, aun en los días en que la criada había salido y ella tenía que ir a comprar unas cuantas cosas de fiambres y, después de la cena, lavar los platos.

Fue una escena extraña, fruto final del feminismo. Habían cenado en la casa cuatro personas. Después de la cena, la doctora Ann Vickers, superintendente del Hogar Industrial de Stuyvesant, y la señora Werner Balham, conocida públicamente como señorita Jane Emery, prestigiosa directora de la Casa de Muebles Craftsmen, lavaron los platos mientras, en la salita, Russell y el señor Balham, un literato que en los últimos dos años no había producido más que un soneto de ocho versos y un sexteto de cinco, sentados plácidamente en dos sillones, discutían el valor de las propiedades y miraban de arriba abajo a las dos mujeres Cuando, al volver de la cocina, se pusieron a hablar de sus criadas.

Russell había tomado parte en la primera manifestación sufragista que desfiló por la Quinta Avenida, y en todas las que había habido después. Werner Balham se había arriesgado a que le tiraran huevos podridos, haciendo propaganda feminista entre los irlandeses de Boston; sus dos esposas tenían empleos más cansados y lucrativos que los de ellos; pero a ninguno de los dos le habría parecido bien que sus mujeres, aunque trabajaran, dejaran de ordenar la comida de sus esposos, tomar y, especialmente, despedir a las criadas, encargarse de que los calcetines de sus maridos estuvieran zurcidos, de quitarles los gemelos de las camisas, antes de mandarlas al lavadero, de tomar por escrito los recados telefónicos sobre asuntos tan importantes como una invitación para jugar al golf, no olvidándose de poner el nombre de quien había llamado, la dirección, el número del teléfono, el lugar de la cita y también el tren mejor para llegar al campo. Y los dos pensaban que si sus esposas tenían que volver tarde de alguna «conferencia» de negocios, cuando llegaran a casa debían consolar a su esposo haciéndole *fudge, Welsh rabbit* o, por lo menos, unos huevos revueltos.

Las cartas estaban contra ti, Ann. Y sin duda, lo estarán también contra tu tataranieta. Pero como por el hecho de nacer te has encontrado metida de

pies y manos en el juego, más vale que sepas que las cartas te son contrarias.

OceanofPDF.com

XXXVII

EN NADA, ni siquiera en las costumbres recurrentes del borracho, de un hombre de mal carácter o de una mujer desconfiada, se repite la vida de un modo tan seguro como en el matrimonio. Ann, que no había sido nunca una esposa cariñosa para Russell, no pudo seguir siéndolo más de dos semanas, y bien pronto volvió a las andadas, combatiendo con gran abundancia de palabras a los astutos opositores de una mayor libertad condicional para los presos que no habían cometido más que un delito, olvidándose de que, para Russell, su marido, era una persona tan importante que debía dedicarle todos sus sueños románticos, en vez de malgastarlos en comprobar las equivocaciones de un informe de Rhode Island acerca de la reincidencia.

La ruptura se produjo de un modo asombroso.

Russell volvió radiante a casa. Tenían la velada libre, un espléndido bistec para la cena y el porvenir se presentaba de color de rosa.

Al verle tan alegre, Ann comprendió que él tenía un secreto y por eso, cuando le preguntó: «¿Se puede saber lo que me ocultas? ¿Algo desagradable?», él se levantó de un salto y exclamó:

—¡Escucha, nena, se me ha presentado la mejor oportunidad de mi vida! ¿Conoces al viejo Shillady, el dueño de la cadena de hoteles… un hombre que ha dado mucho dinero para *>ICO*? Pues bien, se le ha ocurrido la idea de que en lo por venir no se ganará dinero con los hoteles grandes —después de todo, están ya demasiado explotados—, sino con hoteles baratos para obreros. Se le ha ocurrido crear una cadena de grandes hoteles baratos, en realidad, pensiones de cierta categoría. Pues bien, como yo he dirigido para el *>ICO* muchas pensiones, comedores y cosas por el estilo, y conozco

cómo se hacen esas cosas, él me ha ofrecido el puesto de subgerente de toda la cadena, con doce mil dólares anuales; ¡piensa bien, el doble de lo que gano ahora!, y buenas perspectivas de llegar a ser un gerente y ganar hasta treinta mil dólares anuales *per annum, per sécula seculórum*. ¡Dios mío! ¿Verdad que es maravilloso?

—Pero… ¡Oh, Russell! ¿De veras tienes ganas de dedicarte a los negocios?

—¿Por qué no?

—¡Oh, es tan terriblemente estúpido!

—¡Diablos, muy bonito! ¡Y que seas tú la que me dices eso! ¡Tú, que siempre estás dudando del valor de la caridad, que siempre te estás metiendo con las personas que creen que pueden «salvar al mundo» por medio del impuesto único o aboliendo los cigarrillos!

—Ya lo sé. Ya lo sé. Y la doctora Wormser también duda del valor de la medicina en todo lo que no sea arreglar una pierna rota, dar sales, insulina o quinina. Pero eso no quiere decir que vaya a aceptar un empleo en un almacén, aunque le dieran un millón de dólares al año. Porque, Russell, por muy poco que consigamos, si es que conseguimos algo, el trabajador social tiene una profesión, como un abogado o un doctor, un artista, un sacerdote, un maestro o un soldado, y esa profesión tiene sus obligaciones, sus lealtades casi místicas; y si uno se ve obligado a renunciar a ella, es una tragedia. No necesitas el dinero. Entre los dos ganamos lo suficiente…

—Y ahora me figuro que me echarás en cara el que sin tu sueldo no tendríamos ni lo suficiente…

—¡Mi querido Ignatz! ¡El que diría con seguridad eso, serías tú, así que me sorprende que hables de ello!

—Bueno, pues si crees que yo he sido una rémora para ti… Dentro de unos años seré millonario y…

—¡Y te comprarás un fusil muy grande y matarás a todos los indios, y serás maquinista e irás en una de esas máquinas que hacen *chu-chu*! ¿Y piensas esperar para conseguir tu millón a haber pasado de los siete años mentales? ¡Un millón de dólares! ¡Sí que no es poca elegancia! ¿Y qué piensas hacer con todo este dinero? Yo te lo diré: te convertirás en un filántropo y así podrás explicar ante una mesa llena de reformadores

jóvenes y entusiastas que, al dedicarte a los negocios, no has renunciado a ninguno de tus ideales. ¡Me voy a dar un paseo!

Luego vinieron el arrepentimiento, las excusas y las reconciliaciones; pero, por una vez, Russell se mantuvo firme. Dimitió de su empleo, comenzó a trabajar en la proyectada cadena de hoteles, y Ann, viendo la alegría que le producía el tener, por primera vez en su vida, el dinero suficiente para tomar taxis, comprendió que había sido injusta con él. Pero ella no quería convertirse en un accesorio más de las pensiones organizadas con el fin de hacer millones con los centavos de los trabajadores.

El contrato de su departamento bizantino expiraba el 1 de enero de 1930, un año y nueve meses después de su matrimonio. Russell tenía que ir a la Costa del Pacífico para tratar ciertos asuntos del sindicato de bóteles, y dejó a Ann encargada de buscar un departamento nuevo, un departamento más moderno, más de acuerdo con un joven prometedor señor de la industria hotelera, categoría casi igual en América al de un par del acero, del jabón o de los automóviles.

Ann le encontró un departamento excelente. Luego llevó sus libros, sus sillones y su ropa de cama a su antiguo departamento del hotel Portofino.

A su vuelta, él acudió furioso al hotel, pero su cólera varonil se desvaneció ante la frialdad de los ojos de Ann.

—¿Se puede saber por qué me has dejado plantado de ese modo? ¿Qué es lo que he hecho? —le preguntó, suplicante.

—Nada, querido —ella había perdido su frialdad y se mostraba bondadosa—. Pero era una perfecta oportunidad para romper, y la ruptura era inevitable. No sigamos adelante, peleándonos y volviéndonos a reconciliar, hasta que ya no podamos aguantar más, como suelen hacer otros matrimonios, antes de romper.

—¿Quieres divorciarte?

—No, particularmente.

—Entonces, ¿por qué…? ¡Oh, si lo prefieres, viviremos separadamente! Al menos, por un poco de tiempo. Trataremos de aclarar nuestra situación. De veras, no creo que lo que me importa es que la gente se ría de mí,

pensando que no he sabido conservarte. Es que te he amado más de lo que te ha amado nadie. ¡Te amo! ¡No comprendo lo que haces! ¡No sé qué te he hecho! ¡Ni tampoco sé qué voy a hacer sin ti!

El hombretón, humilde, de labios temblorosos, la miraba con ojos de niño aterrado, unos ojos que resaltaban extrañamente en su cara gordinflona de hombre maduro.

Y entonces se sintió más sola de lo que se había sentido nunca; mucho más sola de lo que se había sentido antes en el inhóspito hotel, porque no podía llamar ya a Lindsay Atwell ni a Russell Spaulding, y Pat Bramble Pomeroy venía rara vez a la ciudad.

Pero, sin embargo, era tal su soledad, su libertad carecía de tal modo de objeto que, cuando a fines de marzo Russell se quejó de que la gente comenzaba a reírse de él, Ann consintió en volver. Pero se dijo a sí misma que, antes de hacerlo tenía que dedicarse dos meses a sí misma, a descubrirse, a explorarse de nuevo, como lo había hecho al salir de Point Royal, después de las preguntas de Pearl McKaig, después de su temporada sufragista de Clateburn, después del *settlement bouse*, de Lafe, y de haber trabajado con Ardence Benescoten.

Pero no tenía mapas para realizar su exploración.

OceanofPDF.com

XXXVIII

LA DOCTORA MALVINA Wormser daba una fiesta.

La palabra «fiesta» indicaba muchas cosas distintas en aquel cénit definitivo de la civilización que era Nueva York en 1930. Para las gentes artísticas, significaba ginebra y caricias. Para las gentes rudas y antiartísticas, caricias y ginebra. Para las personas tan ricas y respetables que todavía no habían empegado a quejarse de la «depresión», que acababa de comenzar, significaba *contract-bridge* y ginebra. Pero para el grupo de los intelectuales, significaba simplemente hablar.

La doctora Wormser no tenía la fuerza suficiente para dominar a los traficantes de ideas, pero tenía algo mejor: una profunda placidez que le permitía permanecer sentada junto al fuego, sonriendo amable e indiferentemente, sin aburrirse ni excitarse tanto que por la noche no pudiera dormir. A las diez de la mañana siguiente, fresca y serena, se dispondría a practicar una operación. Los cirujanos, los capitanes de la marina y los aviadores son gentes sólidas y seguras en medio de un mundo de locos.

Ann la contemplaba con envidia, a través de la habitación. Sentíase aburrida. Estaba sentada en un diván escuchando a un jovencito que le aseguraba, por haberlo leído en varias revistas, que en la Rusia soviética habían resuelto todos los problemas sexuales. Y luego se dedicó a esbozar sus importantísimas ideas acerca de la industrialización de las granjas — había nacido en Nueva York, era sobrino de un rabino, y lo único que sabía acerca de las granjas era lo que se criaba en ellas.

Ann bostezó internamente: «Me parece que me voy a casa y pondré la radio».

De repente se sintió animada de una curiosidad muy humana. En la habitación acababa de entrar un hombre muy corpulento, de barba roja, no muy alto, con cierto aspecto de *bulldog*, de un *bulldog* rojo. La barba era corta, áspera, agresiva; los ojos vivos y la frente, bajo el cabello rojizo y alborotado, salpicado de canas, era una frente fina, venosa, claramente más pálida que las rubicundas mejillas. Sus manos eran las de un boxeador, pero estaban cuidadas. Llevaba un traje de etiqueta excelentemente cortado, pero la corbata anudada de un modo atroz.

Ann y él no habían sido nunca presentados, pero ella lo había visto una vez, en un banquete. Era el juez Bernard Dow Dolphin, del Tribunal Supremo del estado de Nueva York. Era amigo de Lindsay Atwell y había intervenido de un modo decisivo para procurar a Ann su actual puesto de superintendente. Era un hombre culto, un juez que daba veredictos honrados y justos…, y un famoso amigo del vino y de las mujeres; pronunciaba autorizadas conferencias en las facultades de Derecho… y se reunía con los políticos más extravagantes y más disipadamente cínicos del Estado. Lindsay le había dicho que entre los reyes temporales del gran reino del estado de Nueva York, con sus doce millones y medio de habitantes, no había oligarca más viril, más competente, más contradictorio, más honorable como juez, ni más disoluto en su vida privada que el juez Dolphin.

En los círculos políticos se le conocía con el nombre de Barney Dolphin.

Se había licenciado en Artes en la Universidad de Fordham, con todos los honores y dejó un gran nombre como jugador de béisbol; era un graduado de la Facultad de Derecho de Columbia, y había estudiado un año en la Sorbona; era doctor en derecho, *honoris causa*, por tres universidades, y se decía que hablaba a la perfección francés, italiano, polaco, yiddish, inglés y el dialecto del East Side. Pertenecía también al Elk’s Club de Brooklyn y tenía un juego clásico de billar. Era la primera autoridad del estado de Nueva York para todo lo relativo a las acciones ferroviarias, y una vez había estado jugando al póquer treinta y dos horas seguidas. Podía citar con toda perfección a Balzac, Zola y Víctor Hugo, y nunca había oído hablar de Michelson, Millikan o Compton. Se le suponía millonario, pero

también se decía que las especulaciones que le habían llevado a ese estado de bienaventuranza habían sido honradas. Se contaba que era aún el dueño de la casucha de ladrillo de Morton Street, donde había nacido y que, cuando estaba cansado, se retiraba a ella para comer col y *comed beef*, preparados por él mismo. Era uno de los favoritos del Casino de Bradley, en Palm Beach, y del Orfanato de Queens County. Tenía cincuenta y tres años y podía correr cien yardas en trece segundos. Era un católico practicante, pero su nombre se había visto mezclado, aunque no de un modo oficial, en tres divorcios. En el tribunal era un hombre alegre, pero podía iluminar con fría cólera a los abogados que intentaban aprovecharse de su alegría.

Ann vio cómo el juez Dolphin se abría paso entre los grupos, hasta llegar a la doctora Wormser. Su rápida mirada parecía penetrar hasta el alma de las personas en quienes se fijaba. Besó la mano de la doctora Wormser y se la estrechó. Varios muchachos se acercaron a hablarle y él les contestó con la sonrisa rápida, cálida y totalmente desprovista de sentido del político.

Media hora más tarde, el juez Dolphin se acercaba a Ann, la miraba y murmurando: «¿Me permite?», se dejaba caer junto a ella en el diván. El grave jovencito con quién había estado hablando, se había ido y Ann se sentía exhausta y tuvo que forzarse para decirle con cierta cordialidad:

—Yo tengo que darle las gracias por algo. Creo que, en gran parte, debo mi empleo actual a su influencia. Le escribí, pero nunca he tenido ocasión de darle las gracias personalmente.

—¡Oh! ¡Oh, sí!

—Yo soy Ann Vickers, del Hogar Industrial de Stuyvesant.

La mirada que le dirigió fue más rápida que las anteriores, más parecida aún a una estocada. Luego movió la cabeza. Cada uno de los cortos y ásperos pelos de su barbita roja parecía un alambre que echara chispas.

—¡No diga tonterías, muchacha! ¿Usted la superintendente de un reformatorio? ¿Dónde están los lentes? ¿Dónde están los labios delgados? ¿Dónde está ese gesto de desagrado, como si estuviera oliendo algo malo? ¿Dónde está la expresión paciente de mártir?

—¡Oh, yo no soy mucho peor que eso, juez! Soy de las maternales. Trato de proteger a las presas y a las pobrecitas no les queda otro remedio que aguantarse.

—Sí, puede ser verdad, pero tampoco tiene el aspecto de ello. Parece razonablemente desilusionada.

—No lo estoy. Pero me siento melancólica.

—¿Por estas conversaciones?

—Sí.

—¿Es comunista?

—¡Yo qué sé! No sé bien lo que es el comunismo. Desde luego, no estoy contra él. Pero me aburre oír hablar a todas estas gentes.

—¿Sí? Yo llevo aquí —y miró el reloj que llevaba en la fuerte y velluda muñeca— treinta y dos minutos y cuarenta segundos, y ya he oído a estas gentes arreglarlo todo, menos el pago de sus alquileres. Vámonos por ahí a beber algo y a matar a un policía, y luego, ya nos sentenciaré a los dos a vivir en su linda cárcel.

Sus ojos estaban fijos en ella, sin evasión alguna, con una burlona osadía que no había conocido en ningún hombre, desde los días de Adolfo Klebs; aquellos ojos le decían que la consideraban una mujer cálida, tentadora y hermosa, y que le gustaría mucho vivir con ella en la misma celda de su «linda cárcel».

—Hablemos en serio —le rogó ella—, esta noche no estoy de humor.

—¿Escucha usted de menos a su Russell? ¿O simplemente se siente sola?

—Usted…

—Desde luego. Yo lo sé todo. Es el deber de todo político. La conocía ya, antes de venir aquí esta noche. Hace dos años concurrimos al mismo banquete, el de la Asociación Vestal. Usted estaba sentada en una mesa a la derecha de la del presidente, entre… ¡Un momento! ¡Aguarde! ¡No me lo diga! —y dio un fuerte capirotazo, con un sonido claro y seco—. Estaba sentada entre el doctor Charlie Sargon y el decano de la Universidad de Nueva York. Y mientras yo hablaba sabiamente de las leyes de la aviación, la estaba mirando a usted, que en aquel momento fumaba cigarrillos turcos que llevaba en una petaca de cuero, seguramente vienesa, la estaba mirando y pensaba que tenía una boca que me sería muy dulce besar, que tenía vida

en los labios, un poco de húmedo pergamino, ¡en esta ciudad dónde hay tanta mujer apergaminada! ¡Pero, como es natural, deseché los malos pensamientos, como debe hacer todo buen juez!

Ella le miró con los ojos muy abiertos. Lo que decía era desconcertantemente cierto.

Ann no sabía qué hacer, y aún lo supo menos cuando él se rió y la obligó a cogerle del brazo…

—¡De veras! Usted misma sabe muy bien que las mujeres que se dedican a reformar el mundo, aunque sean unas santas, Dios las bendiga, aunque seguramente todas ellas tienen almas nobles y abnegadas, usted sabe muy bien que la mayoría se vuelven frías y desconfiadas, o dominantes; que quieren dominar a unas cuantas mujeres atemorizadas, o les gusta que las reciban como a princesas; pero al verla a usted, yo me dije: la señorita Vickers es un encanto; a pesar de toda su sabiduría, me dije, sigue siendo la misma chiquilla retozona y traviesa que era de pequeña y, aunque se crea otra cosa, le juro que lo pensé en serio y que besé la piedra de Blarney, como usted iba a decir, Ann.

Se rió de nuevo, tiernamente, le apretó la mano entre su costado y su fuerte antebrazo de boxeador.

Ella le sonrió, ligeramente aturdida y protestó, con voz débil:

—Sí, me figuro que le habría hablado de la piedra de Blarney. Siempre se hace. ¿Es usted verdaderamente irlandés?

—Sólo una cuarta parte. Y las otras tres, *cockney*[23], sueco, y austríaco. Pero, como todos los muchachos de Tammany[24], como Al Schmitt, yo soy irlandés, *ex officio*, del mismo modo que Herbert Huber es *ex officio* un yanqui-californiano de Iowa. Escribíamos una tesis acerca del nuevo medio de solucionar el problema de las minorías raciales, transformar a nuestros bisabuelos de acuerdo con nuestra geografía. Pero, como usted dijo, hablemos en serio. Quiero hablar en serio acerca de una cosa, querida mía: quiero darle las gracias por haberle dado una magnífica oportunidad a… ¿no la recuerda…?, a una muchacha de veintidós años, llamada Carma Krutwich, mecanógrafa. Tuve que enviársela cuando estaba en el Tribunal General, porque la muchacha había falsificado un pequeño cheque. No podía hacer otra cosa. Le dije que viniera a verme cuando la pusieran en

libertad condicional, y así lo hizo. Y me contó que, desde que usted se encargó de Stuyvesant, la había tratado mejor de lo que nadie lo había hecho hasta entonces; que se la había llevado a su oficina, que le prestaba libros, que tomaba el té con ella. ¡Si viera cómo la quiere Carma! ¿Sabe que ahora vive honradamente y que se ha prometido con un muchacho estupendo?

—Sí. La semana pasada vinieron a casa y tomaron unos bocadillos y cerveza conmigo…

—¡Me lo figuraba!… Me dijo que, si fuera un hombre, se habría casado con usted, aunque hubiera tenido que cometer dos asesinatos para lograrlo. Y dígame, Ann, ¿sabe en qué lugar de esta bendita casa, en qué rincón secreto de la nevera se guarda la ginebra? Malvina no la sacará hasta dentro de una hora.

En la cocina, Ann se fijó que bebía muy poca cantidad, pero que parecía gustarle lo que bebía, echando hacia atrás la cabeza, con su barba recortada como la de un asirio.

—Salgamos de aquí, Ann. No tenemos ganas de oír hablar más. Si queremos enterarnos de algo, me parece que las imprentas no se han cerrado todavía. Vamos a dar un paseo por cualquier parte. Hace una noche estupenda para ser marzo.

¡Vámonos!

—Bueno.

La doctora Wormser miró a Ann ladeando ligeramente la cabeza cuando, en compañía de Barney Dolphin, fue a darle las buenas noches. Su mirada hizo que Ann se sintiera joven y agradablemente culpable.

El auto del juez Barney era un *roadster* de color de crema con asientos bajos, tapizados de cuero rojo, tan largo como una locomotora. Él buscó en la parte de atrás una manta de piel y la envolvió a ella cuidadosamente, con insinuantes caricias, tan rápido e impersonal como un cochero.

—¿Vamos a alguna parte especial? —le preguntó Ann.

—No lo sé. Vamos por Long Island. Nos detendremos para calentarnos donde usted quiera. A propósito: mi nombre es Barney Dolphin.

Durante varios kilómetros no dijo nada más. Cruzaron el puente de la calle Cincuenta y Nueve, con su perspectiva de los edificios industriales

que rodean al río. Aunque era medianoche, las manchitas iluminadas de las ventanas marcaban increíbles alturas; cincuenta y sesenta pisos. ¿Quién estaba allí, tan tarde, en aquellas montañosas mesetas…, qué hombre desesperado y arruinado, qué triunfantes *condottiere* de los negocios, pensando nuevas emboscadas para atrapar a sus víctimas, qué pareja de enamorados retozando en las altas torres? Atravesaron calles llenas de tiendas vulgares y cerradas casas de pisos, pasaron por un escabroso desierto compuesto de millones de toneladas de cenizas, y por fin salieron a la carretera y aspiraron el aire salino del Sound. Delante de ellos no existía nada más que la parte delantera del enorme *roadster* y un túnel de luz que descubría los arenosos bordes del camino, salpicados de unos cuantos árboles. El motor era potente y sólo dejó escapar un ligero zumbido de triunfo cuando la aguja subió a sesenta millas.

El frío iba penetrando poco a poco bajo la manta de piel. Cuando le había llegado ya al pecho, haciéndole estremecer, él detuvo el auto y, silenciosamente le entregó un frasco, del que Ann bebió un trago de excelente *whisky* escocés. Luego, él volvió a arroparla y se puso de nuevo en camino. Se había puesto a hablar, no voluble y algo tontamente, como en casa de Malvina, sino lentamente, como si estuviera preocupado.

—¿Le gusta, Ann?

—¡Me encanta!

—Y a mí también. Es mi mejor modo de huir de la realidad. ¿No le importa que volvamos tarde?

—Pero…

—¿Tiene que hacer algo verdaderamente importante mañana, en el Hogar Industrial?

—¡Claro que sí! El número 3701 ha estado robando los pomos de las puertas, para practicar, ya que no podía llevarse otra cosa. Parece ser que la número 3921 trafica con heroína, la número 3966 se ha vuelto repentinamente religiosa y le ha enviado un mensaje a la superintendente, diciéndole que el Arcángel san Gabriel le ha comunicado que yo soy muy mala. La señorita Keast, mi ayudante, se ha ofendido de nuevo porque yo le hablé con alguna brusquedad, y hoy tenía la nariz más roja que nunca. La nueva fórmula del picadillo es un asco. La comunidad de Pentecostés quiere

celebrar sus servidos en la capilla a la misma hora de la misa, y éste *es* un país democrático y ¿qué hago yo? ¿Importante? ¡Dios mío, vaya si hay algo importante!

—Bueno, entonces creo que seguiremos adelante. Yo no tengo que ir mañana al tribunal y, como es natural, no me importa cansarme o no, y creo que éste será un buen descanso para usted.

Sus manos reposaban sobre el volante, al parecer sin presión alguna. Conducía del mismo modo que comen los hombres. Tenía constantemente fijos los ojos en el camino, pero sin esfuerzo ni intensidad. Ann se preguntó: «¿Por qué se me ocurre pensar en él cuando hacía años enteros que le había olvidado?». Se preguntó si Adolfo Klebs no conduciría también así si aún vivía.

Sabía que estaban en Long Island, pero no tenía la menor idea de en qué parte se encontraban. No creía haber visto nunca aquel camino; parecía un camino sacado de una película, sin geografía, sin realidad. No podía ver nada de él, más que los bordes arenosos, cubiertos de agujas de pinos, las estaciones de servicio, unas cuantas casitas solitarias que corrían hacia atrás. A veces, veían delante de ellos las luces traseras de un auto; pero instantáneamente se quedaban detrás, sin que, al parecer, Barney hubiera movido una sola mano. Una vez, durante tres segundos, los faros iluminaron un auto parado y, en el asiento delantero, la cabeza de una muchacha apoyada en el hombro de un hombre. Entonces Barney la estrechó contra él, pero sin mirarla, sin tratar de besarla.

Se había puesto a hablar bruscamente:

—Me alegro de que haya venido, especialmente esta noche. Estoy bastante preocupado. Van a hacerme una investigación. El nuevo comité de la legislatura. He ganado mucho dinero, pero yo creo que de un modo honrado. No diré que no me han dado buenos consejos, pero no creo que haya cometido nunca, por dinero, una infracción de la justicia. Mi historial judicial está tan limpio como el que más, al menos en opinión mía. Pero los que no buscan más que la publicidad pueden probar que cualquier error que haya cometido, lo hice por ganar dinero. ¡Y poco que les va a gustar a los angelitos que he mandado a presidio ver que la prensa mete sus narices en mis asuntos privados! Estoy preocupado. No sabe lo que me consuela el

tenerla aquí; estoy convencido de que usted entiende todo lo que me pasa, sin necesidad de decirle nada, Ann.

—¿Pueden acusarle de algo?

—Sí, de lo siguiente: yo he sido siempre muy descuidado en mis amistades particulares. Conozco jugadores, contrabandistas de licores, contratistas de dudosa moralidad, corredores de bolsa que se han quedado con las acciones de sus clientes y toda clase de personas de mala reputación, con las que bebo y juego a las cartas. Si tuviera que hacerlo, los mandaría sin vacilar a la cárcel —al menos, espero que lo haría—, pero mientras tanto, son mis amigos. Los encuentro mucho más divertidos que los abogados que juegan al ajedrez y van a la ópera. ¡Pero mis amigos los investigadores van a encontrar una gran cantidad de pistas inexistentes! ¿Le ofenden mis amistades… considerando la forma violenta en que esta noche la he agregado a ellos?

—No —reflexionó ella—. De veras, no. Mi secreto como directora de una prisión, y creo que acabaría con mi carrera si alguien que no fuera usted o Malvina Wormser se enterara de él, es que aprecio y admiro más a los presos que a quienes los guardan. Algunos de los presos son realmente malos, realmente viles. Pero, en su mayor parte, son simplemente más aventureros que nosotros, no quieren pasarse la vida haciendo vestidos o llevando las cuentas de alguna parte. En el Sur conocí a una chiquilla que era un encanto, una tal Birdie Wallop; ahora me han dicho que tiene un restaurante bastante bueno en Spokane. Pues bien, muchas veces me visitaba…

Y durante un cuarto de hora siguió hablando de Birdie. Al fin se interrumpió para preguntar:

—¿No cree que es demasiado tarde…, Barney? No veo mi reloj. ¿Adónde vamos?

—Sí. Creo que ya es hora de volver. Pero estamos casi al lado de mi casa de campo. Está tres kilómetros más allá. Si quiere, podemos detenernos allí un rato y tomar un poco de pavo fiambre y unas cervezas que habrá en la nevera. La casa está prácticamente cerrada; mi esposa y mis hijas, tengo dos, son ya unas señoritas, están en Europa, y yo no voy por allí

más que algún fin de semana. Pero, con seguridad, habrá algo que comer, y así nos calentaríamos un poco, antes de emprender la vuelta.

Ann sabía que aquello era lo que él se había propuesto astutamente desde un principio. Comprendió que debía sentirse indignada, pero no podía: Barney le gustaba profunda, completamente.

Se preguntó qué clase de casa sería la suya, si sería un hotelito nuevo, moderno, recién pintado, una vieja casa de estilo colonial, o una mansión presuntuosa, con techo abuhardillado y muros de yeso. Pero no le importaba.

A la velocidad que llevaban, tardaron dos minutos y medio en recorrer los tres kilómetros, y mientras Ann especulaba acerca de la casa, pasaron entre dos columnas de cemento, siguieron por una avenida de grava que tendría unos cuatrocientos metros y se detuvieron delante de una casa inmensa de estilo georgiano, hecha de ladrillo y piedra caliza. Ann tuvo la sensación de que Barney iba a tocar el timbre y de que iba a abrirles un mayordomo o un lacayo. Pero él abrió la puertecita de escape y, después de atravesar un corredor blanco, la hizo entrar en una cocina que era el sueño ideal de una ama de casa: suelo de linóleo, paredes cubiertas de azulejos amarillo canario, un fogón de gas, una enorme estufa de carbón, un fregadero de metal Monel y, en las paredes, toda una familia de cacerolas de cobre, desde el abuelo hasta el crío, que con seguridad habían sido importadas de Francia.

Y una nevera eléctrica de uno ochenta de ancho.

En la nevera había cerveza, pollo fiambre, un pato frío y caviar; y en la despensa, una caja enorme llena de galletas inglesas.

—¿No cree que está demasiado fría la cerveza? —dijo Barney—. Voy a hacerle una taza de té. ¿Le gusta?

—¡Me encantaría! Estoy helada hasta los huesos.

—Me gustaría que no fuera tan tarde; entonces le prepararía una verdadera cena. Seré un jurista analfabeto, y hasta un estudiante de Harvard podrá vencerme jugando al balonmano, pero soy el mejor cocinero de América, con excepción del restaurante Colony —había abierto la llave del gas, lo había encendido y preparaba el agua para el té con una seguridad profesional que probaba que decía la verdad—. Mis estofados Mulligan son

famosos aun entre los mejores cocineros, y mi *sauerkraut* con pifia ha hecho verter a los príncipes alemanes desterrados lágrimas de puro *Lówenbrau*.

No quiso aceptar la ayuda de Ann. Russell la habría aceptado seguramente. Ann se dijo que era un mito el de que los hombres débiles y flojos «son los más útiles en casa». Se imaginaba a Barney Dolphin como cocinero de un campamento, como cocinero del ejército o de un barco, y además gozando con su profesión, mientras que cuando Russell entraba en la cocina no servía más que para quejarse y estorbar. Barney se quedó en mangas de camisa y Ann se fijó en que tenía los hombros anchos y fuertes. Luego se sentó en un alto taburete, caliente ya, contenta, viéndolo ir de un lado para el otro. Él preparó diestramente los bocadillos de pollo, las tostadas para el caviar; en diez minutos tuvo lista la cena y los dos comieron en la mesa de la cocina, sin hablar mucho, cambiando alguna que otra impresión escandalosa acerca de los jueces, los empleados de los tribunales y los directores de las prisiones.

Él apoyó los codos en la mesa, la barbilla en las manos y la miró con una mirada que parecía atravesarle el cerebro.

—Afuera hace mucho frío, querida. Es tarde. ¿Por qué no pasamos la noche aquí? Podemos salir por la mañana tan temprano como quiera…, o tan tarde.

Ann pensó que debía protestar, fingir al menos. Pero quería quedarse. Después de tantos años de soledad, la presencia de Barney Dolphin la hacía sentirse curiosamente en su casa.

Evitó su mirada, repiqueteó con el tenedor sobre la mesa y, de un modo impersonal, se oyó decir a sí misma:

—Bueno.

Él dio la vuelta a la mesa, para besarla, con una seguridad profesional que la cautivaba, aunque comprendió que debía haberla ofendido. Luego cruzaron el blanco corredor y salieron al vestíbulo, donde había unos retratos que le parecieron antiguos y hermosos; después subieron la escalera. Pero a la mitad, Ann se detuvo nerviosamente. En uno de los descansillos, iluminado por la luz de una sola bombilla, se veía el retrato de

una mujer, fría, clara, esbelta y orgullosa como si estuviera hecha de cristal de roca y, a su lado, dos niñas frágiles y desdeñosas.

—¿Es su esposa? —dijo Ann con voz débil.

—Sí. Mona. Y las chicas. Me parece que es bastante linda.

Su mano la empujaba hacia arriba. La condujo a un dormitorio que parecía sacado del Petit Trianon, al que daba un cuartito de baño, demasiado coquetón. La mesa-tocador era de cristal y encajes y —Ann la detestó súbitamente— estaba adornada con grandes lazos de cinta rosa.

—¿Es ésta *su* habitación, Barney?

—No. No. De veras. Es una habitación de invitados. Y no me importa reconocer que parece el *boudoir* de una entretenida. Yo no soy responsable de los lazos y los encajes. Pero, sea como fuere, la cama tiene un buen colchón. Voy a traerle alguna ropa de cama.

Cuando volvió con un montón de batas y pijamas, un tarro de *cold-cream*[25] y una enorme esponja de baño, Ann se había puesto de nuevo la capa que se había quitado en la cocina. Se había sentado, cruzando las piernas, en el taburete del tocador, de espaldas a él, y miraba la habitación, con el codo apoyado en la rodilla.

—¿Preocupada, querida? —su voz la envolvió, acariciándola como un baño caliente.

—No, pero… ¡Oh, Barney, ya sé que esto es algo repentino, pero me gusta terriblemente! ¡No puedo defenderme! Y creo que yo también te gusto a ti.

Su beso le explicó que le gustaba y que había que hacer algo por solucionar aquello.

—Pero no podemos hacemos aquí el amor —insistió Ann—. Es la casa de Mona, claramente su casa. Si nos hubiéramos extraviado y nos encontráramos por casualidad en cualquier hotel, no me importaría. Pero no puedo herirla, Barney, y me parece, quizá sea una idiotez, que la esencia de su personalidad reside en esta casa. No puedo traicionarla, al menos hasta ese extremo.

—Dime. ¿Quieres pasar conmigo un fin de semana…, el próximo fin de semana?

—¡S-í-íí, sí!

—Bueno, entonces, duérmete tranquilamente y mañana te despertaré a las ocho, así podrás dormir cinco horas, y podrás cambiarte de ropa y estar en tu oficina a las diez y media, y por el camino haremos planes, ¡querida!

Ann respondió a su beso de despedida, murmurando, sin darse muy bien cuenta de lo que decía:

—¡Querido mío!

Aquella noche soñó que era una presa que estaba en pie, delante de Adolfo Klebs, vestido con ropas de juez. Él la miró, irónicamente y ella comprendió que le amaba, que le tenía un poco de miedo y que accedería gustosa a sus menores caprichos.

La despertó Barney Dolphin, sentado al borde de su cama, en la habitación inundada de luz. Su brazo, cubierto sólo por la chaqueta del pijama, le rodeaba cálidamente el cuello, pero su beso fue decepcionantemente inocente y no le dijo más que:

—¡Arriba, querida, que tienes que ir a ver a tus criminales!

En el baño había unas sales cristalinas que olían a geranio y que le parecieron muy lujosas.

Un criado de helada cara les sirvió el desayuno y, cuando Barney le sonrió a través de la mesa, con sus tostadas, su miel y su café, Ann comprendió que él era, desde hacía muchos años su compañero.

OceanofPDF.com

XXXIX

EL SÁBADO 29 de marzo, a medianoche, partieron en el automóvil hacia el valle de Virginia, decididos a emplear la magia de la velocidad para empujar al calendario hacia la plena primavera. Habían cenado tarde, bien, descansadamente, como antiguos amantes, ellos, que no habían conocido todavía más que cuatro besos y una cena en la mesa de la cocina.

Por lo general, a Ann le inquietaban sensatamente los autos demasiado rápidos, pero aquella noche, con una confianza en Barney Dolphin que parecía basada en años y años de experiencia, durmió feliz y tranquilamente durante el viaje. En su sueño, las ciudades, los pasos a nivel y los ruidosos túneles no eran más que visiones que se desvanecían rápidamente. Una vez se despertó al oír voces coléricas. Barney discutía con dos enormes policías del Estado. Entre sueños, a Ann le pareció que él se echaba a reír y les ofrecía a los policías unos billetes y un trago del frasco que llevaba. Luego, el encuentro volvió a hundirse en las nieblas del sueño. Nunca supo dónde se habían quedado: Nueva Jersey, Pensilvania, Delaware o Ultima Thule. Se sentía caliente y cómoda bajo la doble manta y él nunca se cansaba de que ella le apoyara la cabeza en el hombro, que se movía constante y rítmicamente, al mismo compás que la mano que empuñaba el volante.

En medio de la noche, percibió una vez una vocecita, probablemente la de Annie Vickers, de Waubanakee, que decía, llena de confianza, a su padre, su compañero de viaje:

—Me gusta. Todo esto es muy agradable. Me gusta mucho —y entonces se dio cuenta de que un brazo la estrechaba un momento.

Se despertó, asustada, con la sensación de que había cesado el agradable vaivén, el arrullador zumbido. Se irguió sobresaltada. Estaba sola en el

asiento y el auto se había detenido en una dudad. Por un medio completamente misterioso había llegado a una calle estrecha, curva, como rara vez son las calles de Nueva York; una vía estrecha y desconocida, abierta entre los altos edificios de oscuro ladrillo. Parpadeó y todo su cuerpo reclamó ansioso la tranquilizadora presencia de Barney. Se frotó los ojos, miró en torno suyo, observadoramente, y decidió que se hallaba delante de una casa de comidas. Y Barney salía de ella en aquel momento, con una bandeja en la mano, sonriendo con ligera ironía. Con intensa gratitud, Ann aceptó la tosca taza de porcelana, llena del café mejor y más caliente de la historia.

—¿Dónde estamos? —murmuró, medio dormida de nuevo.

—En Baltimore, vida mía. La ciudad natal de Mencken y del camarón…, aunque uno no tenga nada que ver con el otro.

—¡Hum! Qué bueno es el café. Bésame.

Luego, inmediatamente, se hallaron frente al Hotel Mayflower, en Washington —aunque Ann no podía comprender cómo diablos el hotel se había colocado al lado de su auto—, y Barney le dijo:

—¡Ahora vamos a desayunarnos en serio y a bañarnos, amada mía, mi gatita, mi gatita dormilona!

Pero cuando *él* le decía ésas cosas, lo hacía de un modo ligero que no recordaba en nada a Russell.

La levantó en brazos y rió:

—No estoy muy seguro, pero creo que debemos detenernos aquí, dormilona. Cuando lleguemos a Stanton vas a estar convertida en un crío. Ahora nadie diría que tienes más de diez años. Me detendrán por secuestrarte, ¡y ya verás cómo mi caso lo juzga un juez republicano! ¡Despiértate, querida! ¡Vamos a tomar *waffles*! ¡Y tostadas con miel!

Al mediodía llegaron al pueblecito de Captain’s Forge, a una posada de ladrillo, con un pórtico blanco, situada sobre una alegre colina que dominaba un valle lleno de arroyuelos y callados campos. En otros tiempos había sido una plantación; los campos de césped estaban cubiertos de junquillos y asfódelos; y en la pared de la salita, sobre la blanca chimenea,

se veía la espada de un general confederado. Les dieron un departamento compuesto de un enorme dormitorio, una salita con muebles tapizados de crin y retratos en marcos ovales, y una galería desde la que se veía el jardín plantado de césped y bordeado de rododendros. Después de la casa de su padre, en Waubanakee, a Ann le pareció que aquél era el primer lugar al que se podía llamar, con verdad, un hogar.

Comieron en abundancia pollo frito con frituras de maíz y guisantes frescos, y durmieron toda la tarde; durmieron en una inmensa cama de nogal oscuro, cuya cabecera estaba adornada con talladas nueces, guirnaldas y rosas; el sol que entraba por las rendijas de la celosía, rayaba de oro la penumbra del cuarto.

Los días que pasaron en Captain's Forge, fueron superficialmente dulces y perezosos. Enseguida se dieron cuenta de que era una estupidez pensar que iban a volver el lunes, y se dedicaron a poner largos y mentirosos telegramas, hablando de los vagos asuntos que les impedían volver a Nueva York antes de una semana.

Se pasearon, nadaron, hicieron excursiones. Jugaron, aunque los dos estaban bastante desentrenados, unas partidas de tenis, rápidas, duras, furiosas. Una vez, en uno de sus paseos, se llegaron hasta Richmond y pasaron la noche en un club elegante y dorado; pero, por lo general, se contentaban con estar el uno junto al otro, y aspirar el aire del campo, el perfume abrileño de la tierra. Ann volvió a leer a John Howard, a Elizabeth Fry, a Beccaria —los Wesleys y los Erasmo de la reforma de las prisiones— y Barney gruñó:

—No sé cómo demonios se me ocurrió la idea de dejar de aprender italiano clásico; el único italiano que sé ahora es *due bananas y cuánto costa la multa*, para dedicarme a jugar al *rummy* con los líderes de Tammany. De todos modos, Dios sabe lo que se hace. Si me hubiera dedicado por entero a los libros, puede que a estas horas fuera decano de una facultad de Derecho, o juez del Tribunal Supremo de los Estados Unidos, y entonces no te habría conocido nunca, y te confieso que me gusta mucho más besarte que mover en la sombra muñecos de la justicia. ¡Gurrumph!

Se dedicó a leer *La Figlia di Jorio*, sentado en un sillón de mimbre de los que había en la galería y teniendo al lado, en una mesita de hierro, un sifón, una botella de un estupendo *whisky* y una caja de cigarros, mientras Ann, en bata de brocado y zapatillas, leía por tercera vez *La Montaña Mágica*, dejándola de cuando en cuando sobre su regazo para mirar contenta a Barney o para contemplar, sin verlo, en un éxtasis de felicidad, al verde valle que se extendía ante ellos.

Russell Spaulding, un hombre a quien estaba unida por su matrimonio, recordaba asombrada Ann, hablaba siempre, en sus momentos de ligereza amorosa, de «jugar» a cosas, de «pretender», y se entregaba a esas diversiones de un modo tan histérico que a Ann le resultaba tan embarazoso como el ver bailar a un hombre gordo en una colonia de desnudistas.

Barney Dolphin no había empleado probablemente la palabra «pretender» desde que tenía trece años, cuarenta años atrás, y, en su retórica, el verbo «jugar» se aplicaba solamente a las cartas, el golf y el béisbol. Y, sin embargo, era Barney el que sobresalía en los dulces y secretos juegos de los enamorados: el que pretendía que ella era una ninfa que huía; el que pretendía que ella no iba a acostarse cuando él lo hacía, sino que se iba a pasar la noche leyendo, como él no la acostara a la fuerza. Pero lo hacía de un modo grave y no aceleraba el juego con sus bromas, sino que lo dejaba deslizarse en una nueva y lenta idiotez. Barney podía permitirse el lujo de ser grave. Tenía la suficiente energía para no necesitar el ser ruidoso.

Pero lo que más la atraía, lo que más le gustaba, era el hecho de que los dos podían comprenderse instantáneamente, sin decir una palabra, con un solo *coup d'oeil*. Un día fueron a una reunión de una atractiva secta, la de la Unión Episcopal Evangélica Pentecostal de los Nuevos Santos en la Palabra Viva. El pastor, durante el día un excelente carpintero, cansado sin duda de los mismos pecados y los mismos miembros de su congregación, compuesta de veintidós almas excitables, se alegró muchísimo de ver a Barney y a Ann entre sus fieles.

—Y quiero deciros que las ropas finas y el vivir en las *ciudades* no van a salvar a las gentes de su *perdición* más de lo que las ha salvado la ropa de *trabajo* —vociferó.

Barney le miró un instante y los dos gozaron compartiendo su risa, sin tener que reír, sin tener que contarse chistes, como habría hecho Russell…

«¡Oh!, ¿por qué no puedo dejar de comparar a los dos hombres? —se riñó a sí misma—. ¡Es pueril! ¡Hacer comparaciones! Y eso no es justo para ninguno de los dos».

Pero la verdad es que se sentía increíblemente feliz y que una gran parte de la felicidad humana consiste en hacer comparaciones con los días más tristes; se goza más del descanso de una cama caliente al recordar el frío que se ha pasado por el camino.

Increíble, inmoralmente feliz y especialmente feliz, porque sabía que Barney lo era igualmente.

Había una tercera persona que estaba siempre con ellos: Pride, su hija. Desde luego, Ann no hizo nada por impedir que Pride surgiera finalmente de la nada. Ahora veía inevitablemente a Pride como hija de Barney. ¿Cómo era posible, pensaba con desdén, que una niña como Pride pudiera tener por padre a Lindsay Atwell, a Russell Spaulding, a Lafe Resnick, a Glenn Hargis, o aun a Adolfo Klebs?

—¡Tendré a mi hija, como tengo a mi hombre!, —juró—. Una mujer trabajadora tiene derecho a tener a su hija y a su enamorado. Aunque bueno, no creo que tenga ningún derecho en particular. Probablemente no haya «derechos», solo la posibilidad de tener buenas glándulas y buena suerte. Pero sea cual sea la filosofía del asunto, ¡voy a tener, Barney y yo vamos a tener, a nuestra hija!**[1]**

Habían ido a la ciudad más cercana para comprar revistas. Sin mirarle una vez siquiera, hablando rápida y seguidamente, Barney le dijo:

—Me figuro que debes saber la verdad acerca de esa investigación de la legislatura. Probablemente empezará en cuanto volvamos a Nueva York.

Exageré un poco cuando dije que era completamente inocente. Pero eso no quiere decir que en los casos criminales no haya sido excepcionalmente escrupuloso, excepcionalmente cuidadoso. Nunca me he dejado vencer por el aburrimiento, por la rutina. Pero ha habido casos civiles que… eran simplemente batallas entre dos bandas de guerrilleros, o de ¡oh!, realmente la justicia no estaba de ninguno de los dos lados; bandidos, disfrazados de magnates de la industria; y, en esos casos, he sido algunas veces culpable, aunque creo que sería muy justo decir que he sido lo suficientemente *realista* para ponerme del lado de los que me eran más simpáticos. Nunca he aceptado un soborno. He aceptado buenos informes, como por ejemplo, el recorrido de las nuevas líneas de ferrocarriles, y he aceptado puestos en los Consejos de las compañías. Pero nunca sobornos… Aunque no creo que eso disminuya mi culpabilidad. Quizá para lo único que sirva es para demostrar mi cobardía. No tienen nada contra mí. Podrán molestarme, eso sí. Y… como me halagaba el pensar que a lo mejor podrías preocuparte por mí, quiero que sepas, mi vida, que no seré el desgraciado chivo emisario, sino más bien el pícaro de la ciudad, el villano astuto, el villano cínico y sonriente. ¿Te importa mucho?

Tristemente, Ann se dijo que aquel hombre al que amaba por encima de todo, representaba la vulgar y cínica falta de honradez en los funcionarios públicos que ella había combatido con más pasión que nada en este mundo.

Y se lo dijo así, con toda claridad, pero no quiso oír lo que se decía.

Vio a Barney difamado por la prensa, traicionado por sus colegas políticos, más pillos aún que él, perdiendo su graciosa seguridad en sí mismo, encaneciendo, preguntándose si debía dimitir y, en el caso de que dimitiera, pensando qué hacer para ir consumiendo los insulsos días de su vida.

—¡No! ¡No! —gimió, agarrándole desesperadamente del brazo—. ¡No te harán nada! ¡Refórmate si quieres, pero no dimitas! ¡No dimitas! ¡Les diremos que se vayan al diablo!

Él volvió la cabeza y le sonrió, agradecido.

Por primera vez se había puesto a hablarle de Mona, su esposa.

Se hallaban en la oscuridad, sentados en la galería, fumando; el perfume de las lilas y de la hierba húmeda se mezclaba con el olor del tabaco rubio.

—A veces me pregunto si habrás pensado que yo he tenido muchos asuntos amorosos. Pues bien, sí, los he tenido. Creo que eso lo sabe todo el mundo. Nunca he tratado de ocultarlo; en realidad, nunca he ocultado nada. Y no me arrepiento. Creo que nunca me he arrepentido de lo que he hecho. Si me arrepiento ahora es por una cosa: porque, a lo mejor, dudarás de mí cuando te diga una cosa, que es la pura, la absoluta verdad; que tú eres la primera mujer que he amado definitivamente, de un modo espiritual, y decididamente, de un modo físico; y que si tú lo quisieras, trataría de traer conmigo mi libro de cheques, y tú y yo saldríamos de aquí mañana para no volver más; seguiríamos adelante hasta llegar a una plantación de cocos en Tahití. He conocido a muchas chicas lindas que me divertían cuando no podía soportar la perfección de Mona. Es como una dorada silla Luis XVI, y un patán grosero como yo tenía que sentarse erguido en ella, noche tras noche. Por eso, de vez en cuando salía y me buscaba un almohadón agradable, para sentarme cómodamente con las piernas cruzadas y…

—¡Pero, querido!, ¿en qué clase de mueble me convierto yo en tu metáfora? ¿En un colchón Simmons?

—¡No! ¡En un trono…, pero con tapizado moderno! Lo que quiero decir es lo siguiente: ninguna persona en sus cabales podría encontrarle un defecto a Mona. Es virtuosa, es hermosa, es callada. Habría sido una de las mejores abadesas de toda la Cristiandad. ¡Y en siete minutos es capaz de convertirme de una persona normalmente decente y competente, en un vagabundo, torpe y malhablado! Le perdona a uno por lo que pueda hacer, antes de que lo haya hecho, y luego, lo menos que se puede hacer para contentarla, es seguir pecando. ¡Es tan hermosa! ¡Y, oh Dios mío, yo me siento tan feliz aquí, contigo!… Mona vuelve a América en junio. Me asusta un poco. Voy a verte todos los días, y la mayoría de las noches, hasta entonces. ¿Quieres? ¿Me dejas que te vea?

—Sí, todos los días…, todas las noches —contestó Ann, apagadamente.

Entre sueños, un pájaro nocturno gorjeó tres notas.

No tuvieron más que una pelea, y muy viva: fue cuando él se burló diciendo que Ann «mimaba» a sus presos. Ella ganó la pelea. Antes de que terminara, él reconoció mansamente que no se había preocupado mucho de los presos a los que, durante tantos años, enviaba al presidio sin darles ninguna importancia, y acabó prometiéndole, no de muy buena gana, que haría una inspección de las prisiones.

—¡Sí, y debería haber tenido el suficiente sentido común para no haber hablado de eso! —dijo después.

Volvieron lentamente a Nueva York, saturándose del aire primaveral; llegaron allí a la hora de la cena, y como él tenía aquella noche un compromiso que de ninguna manera podía romper, no dejó el piso de Ann hasta el día siguiente, a las diez de la mañana.

Ann se sentía tan orgullosa y tan feliz durante el día, que tenía deseos de mostrarse bondadosa con alguien, aunque en torno suyo no hubiera nadie dispuesto a tolerar sus bondades. Telefoneó a Russell diciéndole que había vuelto y le dijo que sí, que de muy buena gana cenaría con él.

Russell se alabó ruidosamente de su éxito de hotelero y la llevó a cenar a Pierre’s. Pero cuando volvieron al piso, después de cenar, su animación y jovialidad desaparecieron, y con cierta timidez y rubor, intentó hacerle el amor. Se le veía tan puerilmente solo, tan transparentemente ansioso de amor, que, desde la altura de su gran felicidad, Ann miró hacia él, se compadeció y le dejó quedarse. Russell creyó, y casi estuvo a punto de decírselo, que su sabiduría y magia amorosa fueron lo que los exaltaron así aquella noche. ¡Había creído que él era su esposo!

Cuando se fue, a la mañana siguiente —Ann casi lo echó, con la excusa de que tenía que llegar pronto a la oficina—, ella se sentó en una silla y se dijo amargamente: «¡Soy una cualquiera! ¡No debo volver a hacerlo! Serle infiel tan pronto a Barney con ese muñeco humano, con ese tal Spaulding, y todo con el manido pretexto de no “herir sus sentimientos”».

«¡Uff! ¿Cómo habré podido soportarle alguna vez? No lo haré más… ¿Por qué no habrá telefoneado *él*?».

Un día entró en la sala del tribunal donde Barney iba a juzgar un caso, y se sentó en las últimas filas de asientos, cerca de la puerta. Entre los abogados de la defensa, que estudiaban sus papeles y charlaban ante la larga mesa, Ann reconoció con cierto miedo a Reuben Solomon, el más famoso abogado de Nueva York. ¿Podría su Barney vencer a un luchador tan feroz?

El ujier pidió a los asistentes que se levantaran. Ann se puso en pie de un salto, orgullosa de pagar su tributo a su hombre, a quien todos, hasta el mismo Reuben Solomon, tenían que saludar en pie; y se sintió aún más orgullosa al ver entrar a Usía, al ver la toga de seda negra que Barney llevaba con descuido sobre su elegante traje azul marino.

Estudió la sala del tribunal. Era una sala ahogada y fea, con paredes pintadas de oscuro y manchadas de humedad, una de las cuales recordaba el mapa de África. El único adorno lo constituían las dos fasces doradas que había detrás del alto sitial del juez. Pero a Ann le pareció una sala alegre y bonita.

Entonces llamó su atención una escaramuza entre Su Señoría el juez Bernard Dow Dolphin y el gran Solomon.

—Nadie mejor que el Tribunal sabe que las preguntas de mi docto contrincante son absolutamente impropias.

—Señor Solomon, ¿necesito recordarle de nuevo que esto no es su despacho, sino un tribunal del estado de Nueva York? Si se olvida de ello de nuevo, tendré el placer de ponerle una multa por desacato al tribunal. Siga adelante, señor Jackson.

¡Su Barney!

Al salir del tribunal, se dio cuenta de que conocía íntimamente a dos jueces. Lindsay Atwell había sido nombrado recientemente juez del Tribunal Supremo de Nueva York, más ella no había vuelto a acordarse del asunto hasta entonces. Lindsay no era más que un sueño borroso y carente de importancia.

Veía a Barney todos los días, aun el mismo día en que Mona volvió de Europa.

Él iba a recibirla al muelle a las once, y después iría con ella en auto a Long Island. A las tres de aquella tarde, la secretaria de Ann, la bulliciosa señorita Feldermaus, entró excitadamente en su despacho.

—¡Uf, doctora, no sabe quién ha venido a verla! ¡El juez Dolphin, del Tribunal Supremo!

Barney no había ido nunca a verla al Hogar Industrial y le había telefoneado lo menos posible; cuando lo hacía, usaba el nombre supuesto de «señor Bannister». Porque las prisiones de mujeres se parecen a la YWCA, a las escuelas elegantes y a los restaurantes lésbicos en sus cálidas amistades, sus odios furiosos, su insaciable curiosidad y sus incesantes chismes.

—¡Oh, sí, el juez Dolphin! ¿Le acompaña la doctora Malvina Wormser? —dijo Ann afablemente, mirando un informe del taller de costura, con más interés del que el documento merecía—. ¡Uuh…, hágale entrar! ¿Dijo que quería?

—¿Cómo está, doctora Vickers? —dijo al entrar.

Barney tenía un aspecto grave y severo. Llevaba una chaqueta azul marino, con dos filas de botones, un cuello de pajarita, una corbata negra, de aire particularmente moral, y unas gafas ridículas, con gruesa montura de concha. Y, además, llevaba bastón.

Ann le adoró… Era un hombre vestido tan correctamente como el que más. Llevaba su traje de sarga azul casi con la misma elegancia con que había usado en Virginia un viejo suéter y unos pantalones deportivos, manchados de grasa.

Ann despidió con un gesto a la señorita Feldermaus, para librarse de su curiosidad devoradora.

Barney la besó apresuradamente, mientras ella murmuraba:

—¡No…, no! —y le devolvía el beso.

—No pude hacerlo —dijo—. Hablo de Mona. Estaba decidido a mostrarme cordial, hasta enamorado. Pero cuando bajó del barco, me miró

como perdonándome; ¡Dios mío, qué cortés es!, y me dijo: «Espero que no te molestará demasiado el que haya vuelto tan pronto». Yo le contesté que tenía una sesión del tribunal… y me vine aquí. Ahora me voy. No quería más que verte un minuto, ya comprendes lo que digo, ¡beber un trago de tu persona, y no sabes la falta que me hacía ese trago! ¿Cenamos a las seis? ¿Eh? ¡Claro que sí! A las seis, en el Brevoort, y luego que Dios tenga compasión de mí, pero no tendré más remedio que ir a Long Island y comer hielo picado.

Abrió la puerta, y agregó en beneficio de Dios sabe cuántos oídos atentos y virginales:

—Sí, siento mucho tener que enviársela. Pero creo que usted puede reformarla. Siento en el alma no tener tiempo para poder ver parte de la prisión. Buenas tardes, doctora Vickers.

Y se marchó.

Ann se rió de sus gafas, de su presencia, que ya nada podría borrar de aquella oficina. Y luego quiso llorar ante la tragedia de la Buena Esposa, que soportaba la maldición de un esposo de barba roja, la tragedia del esposo de barba roja que sufría por tener una esposa pura, de ideas elevadas, frugal e imbécil, y la tragedia de Ann Vickers, que tenía muchas probabilidades de perecer aplastada entre los dos, mientras escuchaba, como una tortura más en el momento de su muerte, los lloriqueos del pequeño Russell Spaulding.

Tres semanas y media más tarde, Ann estaba segura de que iba a tener un hijo.

OceanofPDF.com

XL

ESTABA completamente decidida a tenerlo. Quizá porque como iba a cumplir los cuarenta años, aquélla era su última posibilidad de tener un hijo. Ann no trató de adoptar una actitud virtuosa y meritoria. Simplemente, iba de un lado a otro, cantándose a sí misma: «¡Voy a tener a Pride! ¡Voy a tener a mi hija! ¡Voy a tener una hija de Barney!».

Tardó un mes en decírselo a Barney, porque quería estar completamente segura.

Él exclamó:

—¡Estoy encantado! ¡Encantado! ¡Es decir, si a ti no te importa!

—¡Nada de eso! Quería tener un hijo tuyo. Lo quería con toda el alma.

—¿Tienes miedo?

—En absoluto. Soy tan fuerte como un buey.

—Entonces estoy simplemente loco de contento. Nací para ser patriarca. Y tú, la madre de una tribu. Si te hubiera conocido veinte años atrás, tendríamos diez hijos, diez verdaderas fieras, una granja con mil acres de terreno, y siete mil libros, y yo sería casi una persona decente, en vez de ser un alto funcionario. ¡Ann! ¡Nuestro hijo!

Se hallaban en el pisito de Ann. En los últimos tiempos, preferían pedir al restaurante del hotel que les subieran unas chuletas y una ensalada, ante el peligro de encontrarse con los amigos de Mona y tener que soportar su hostil curiosidad.

Barney apartó con el pie la absurda mesita de juego donde habían cenado y luego encendió un cigarro. Ann le miraba. Después de su alegría y de su entusiasmo, él se había vuelto súbitamente serio, como cansado.

—Ann. Óyeme bien. No estoy especulando. Te lo propongo seriamente. ¿No crees que ahora, cuando estamos esperando a nuestro hijo, debemos dejarlo todo, y marcharnos juntos los tres? ¡Piensa en los sitios adónde podríamos ir: a París, al Tirol, a Argelia, a Bali, a Devonshire, a Cuba; a cualquier parte! Yo tengo el dinero necesario para cuidar de las dos familias. Mis hijas son ya mujeres. No me necesitan. Además, son demasiado elegantes, y piensan que yo soy un ordinario, sin duda con alguna razón. Trataría de que Mona se divorciara de mí, pero si no quisiera…, ¿qué nos importaría? Piensa en una villa en las colinas de la Riviera, en el desayuno en la terraza, en vez de que tú te pases el día peleándote con la hermana Keast y yo en la ahogada sala de un tribunal, rodeado de políticos gordos que acuden a pedirme favores. Y no seríamos unos simples desterrados, que quieren huir de la realidad. Yo podría haber sido un erudito; puedo tratar de recobrar el tiempo perdido. Al cabo de seis meses leería de nuevo a Dante y a Ariosto. Y hay cientos de cosas que tú no sabes y que podrías aprender allí, hija mía: a conocer la pintura, la música, la escultura, la arquitectura; ¡eres tan ignorante como un conejo! Y cuando nuestro hijo creciera oiría hablar de otras cosas que no fueran la radio y el béisbol. Lo digo en serio. *¿Por qué no?* Creo que nunca he hecho nada que merezca la pena. En realidad, nunca he oído hablar de un juez que lo hiciera; no son más que actores que declaman los papeles escritos por las legislaturas, que son unos dramaturgos infames. Me figuro que tú habrás hecho algo. ¡Quizá sí! Pero ¿no has hecho ya lo que te correspondía? ¿Tienes que dedicarles tu vida entera a las Kitties Cognac? Yo podría marcharme dentro de dos semanas, si tú quieres. ¡Vamos! Di que sí.

—Barney, no se me ocurre una sola razón para negarme, pero sé que no podemos hacerlo. Quizá sea porque los dos somos personas muy activas. Tenemos que realizar alguna labor, aunque nos parezca ligeramente fútil. *Diríamos* que nos contentábamos con estudiar a Ariosto, tomar lecciones de música y explorar en Creta. Pero no sería así. Nos volveríamos inquietos, nostálgicos, querríamos desahogar nuestra nostalgia peleándonos y, a lo mejor, yo te perdería así. Creo que, probablemente, la única probabilidad de no perderte es tener un empleo, ser alguien aparte de «esa maldita mujer que está siempre en mi habitación». Y a mí me gusta mi trabajo y a ti te

gustará el tuyo, una vez que pase esa maldita investigación y tú te sientas más tranquilo. Kittie Cognac es una novela de la que no he leído más que tres cuartas partes. Quiero leer el resto. Y en realidad, he conseguido que la número tres mil novecientos veintiuno, Sallie Swenson, alias Cohén, deje de tomar heroína. Y… ¡no puedo irme! Hagamos el propósito de encontrarnos dentro de un año en Italia y pasar allí un mes. Pero no nos quedemos allí, convirtiéndonos en sombras. Somos demasiado gordos, demasiado sonrosados…, no haríamos buenas sombras. ¡Oh, querido, tengo tantas ganas de irme contigo! Pero no puedo. Y tú tampoco. ¡Tú, con tu cara rara, tu absurda barbita roja y esa atroz reputación de Casanova, que tanto adoro!

Pero hasta más de medianoche, mientras daba vueltas en la cama, desgraciadamente sola, viendo a los dos en una villa amarillo limón, sobre una playa de arenas plateadas, no recordó que ninguno de los dos había pensado siquiera en un hombre llamado Russell Spaulding.

«Que los que Dios ha desunido desde un principio, no sean reunidos por hombre alguno, ni siquiera por un pastor», se dijo piadosamente.

Y ella, la perfecta protestante, tardó más de una semana en darse cuenta de que a Barney, que se sentía orgulloso de conocer a obispos y tratar con cardenales, tendría que haberle costado un terrible esfuerzo el hablar de divorciarse y volverse a casar. Probablemente nunca podría comprender la magnitud de lo que él le había ofrecido entonces… la vestidura, el velo mismo que envolvía su alma.

Le habló a la doctora Wormser de su hijo.

Se hallaban sentadas en el mismo piso, en el mismo lugar frente a la chimenea, donde trece años atrás Ann le había confesado a Malvina sus amores con Lafayette Resnick. Pero la actual Ann Vickers difería mucho de la anterior.

Era una mujer radiante, resuelta, casi exagerada en su alegría, así que Malvina no tuvo que mostrarse compasivamente tierna.

—¿Qué? ¿De nuevo? ¡Dios mío, Ann, eso va a convertirse en una costumbre! ¿Quién es el padre esta vez? ¿Russell o el juez Dolphin? ¿O es

que te has dedicado a frecuentar malas compañías?

—¡Nunca le he dicho una palabra acerca del juez Dolphin! —protestó Ann.

—No, ¿eh? Bueno, pero he visto cómo le miras. Le echabas unas miradas indecentes. Lo mismo podrías haber cantado *Tristan e Isolda* en la iglesia de John D. Rockefeller.

—Bueno. Como quiera. De nada vale mentir al médico de la familia.

—¡No, Dios mío, ni tampoco sirve de nada decirle la verdad! El médico de la familia, es, por definición, una persona con tal reputación de idiotez, que los clientes esperan que crea que los efectos de una juerga de cinco días no son más que «un ligero ataque gástrico, doctor». ¿Piensas seguir adelante y tener ese hijo? Yo lo haría si…

—¡Tenerlo! ¡Claro que sí! ¡Estoy loca de contenta! ¡Me parece que ando por las nubes!

—¿Sí? ¡Qué descubrimiento más interesante! Me deberías permitir que mandara una nota al *Journal of the American Medical Association* o al *Christian Science Monitor*. ¡Oh, querida, no pongas esa cara de ofendida! Pareces como un niño al que riñen cuando él pensaba que había sido muy bueno… ¡Te tiembla el labio inferior! Me alegro tanto como tú, y apuesto cualquier cosa a que Barney se ha alegrado también. ¿Es así?

—Dice que está «loco de contento».

—¡Vaya si puede estarlo! ¡Oh, no, me olvidaré de que soy feminista! Me gustaría haberlo pescado yo, aunque en mis días no me faltaron hombres agradables…, así que no tengo que quejarme. Pero me parece que tú venías a charlar. Me siento como si fuera la abuela de la niña… ¿Vas a llamarla Pride?

¡Claro que sí!… Sí, quería consultarle un problema. ¿Debo decirle a Russell que el hijo no es suyo?

—¿Podría haber sido él el padre?

—Sí, es posible. Con su deliciosa vanidad, estará seguro de que lo es.

—Entonces, no se lo digas.

—¿Por qué no?

—¿Por qué? Dios mío, ¿por qué? ¿Quién va a ganar con eso, excepto tu propio ergotismo, que tú confundes con un elevado sentido del honor? ¿De

qué te servirá a ti? ¿De qué le servirá al niño? ¿Le servirá algo a Barney el que Russell se convierta en enemigo mortal suyo? ¿De qué le servirá a Russell? Y, especialmente, ¿de qué le servirá a Pride el que esto se sepa, para que ella se entere algún día de ello? No hay que decir, ¿por qué no?, amiguita mía, sino ¿por qué?

—Porque Russell se enterará y entonces se pondrá furioso, sufrirá más. Yo no soy una buena mentirosa. ¡Cómo me gustaría serlo! Y además, que con él no me parece justo: es como quitarle un bombón a un niño. Podría mentirle a Barney o a usted… Pero quizá tenga razón. Lo pensaré.

Y por eso, cuando salió de la casa de la doctora Wormser, llamó por teléfono a Russell, desde la farmacia de la esquina. No eran más que las diez.

—¡Oh, sí, ven, por favor, ven! —le rogó él.

Salió a recibirla, diciéndole:

—Mira, querida, tengo aquí unos cuantos amigos: Townsend Beck, el doctor Martin, Julia Casey y un par de personajes de la industria hotelera. Townsend, ¡maldito sea, se cree tan ingenioso!, ha estado tratando de tomarme el pelo porque tú no estabas aquí. Le dije que ibas a volver, ahora que la dirección del hotel se había instalado por fin en Nueva York, y por eso me alegré tanto cuando me llamaste. ¿Vas a volver para siempre?

—Quizá. Ya veremos.

«Russell *sería* un buen padre para Pride. Quiere a los niños. Jugaría con ella…, la dejaría que se le montara en la espalda. Los niños no encuentran pesada su timidez, ni aun sus pequeñas moralidades. Le leería en voz alta. Hasta le cambiaría los pañales. Nunca sería severo como Barney, no se emborracharía… ¡Cómo echo de menos a Barney! ¡Y eso que lo vi al mediodía!».

Pensó todo esto rápidamente, mientras seguía a Russell y se quitaba el abrigo.

—¡Señoooras y caballeros, tengo el gran placer de presentarles esta noooche a un raro y celebrado animal, mi *esposa*, y anuuunciar que la doctora Ann Vickers Spaulding…!

«¡Santo Dios! ¡Me figuro que, legalmente, yo soy la señora Spaulding!».

—… ha convenido con este vuestro humilde servidor, el presidente de esta reunión, que no le gusta nada, pero que nada, el experimento de que una pareja de casados viva en distintos departamentos, por muy atareados que estén los dos y… aunque tengan distintas ocupaciones y que, por lo tanto, la arriba citada doctora Vickers y su maridito van a vivir juntos de ahora en adelante!

Muchos aplausos de los concurrentes, sentados en sillones, divanes y en el taburete del piano.

Russell estaba lleno de alegría y autoridad. Su incursión por el campo del comercio le había asegurado aún más en su idea de que era un hombre de mundo y, con mayor firmeza de la que antes mostrara al hablar de los bonos de carbón o de los billetes para la Pensión Municipal, se puso a hablar entonces de los misterios de la industria de los hoteles baratos: del costo de los diez mil metros de tela de algodón para sábanas, del gran valor de la gelatina en los postres del hotel, del problema de impedir que los vagabundos haraganearan en el vestíbulo, del mismo problema con respecto a los lavabos y cuartos de baño, del valor de los carteles de propaganda cerca de las estaciones de ferrocarril, o en los caminos frecuentados por las caravanas de turistas. Habló con tanta sabiduría como un arqueólogo o un osteólogo, y cuando los invitados se marchaban, uno de los «personajes de la industria hotelera» se llevó a Ann a un rincón y le dijo:

—Russell ha aportado una gran cantidad de ideas nuevas a nuestra profesión, se lo aseguro. Aunque no tenga un puesto de tanta importancia como el suyo, debe alegrarla mucho tener un esposo con una imaginación tan creadora.

Él siguió hablando con autoridad, aun después que se hallaron solos, sin darse cuenta de que había caído en una emboscada y de que estaba indefenso…

—¡Siéntate y vamos a hablar un poco, Anita mía! ¡Bien, bien! ¡Estoy hablando como un poeta! Escúchame: he reflexionado mucho y ahora sé cuál es la falta que he cometido. Nunca he aplicado a mi vida privada los principios de dominio que, modestia aparte, me han proporcionado tanto

éxito en mis trabajos caritativos y en los negocios. Yo trataba de convencerte, en vez de insistir, aun en los casos en que estaba seguro de tener razón; y, como es natural, una mujer animosa como tú desprecia a los hombres que no toman la iniciativa. Te aseguro que he aprendido muchas cosas en los negocios; he visto lo que es la realidad, y me he dejado de teorías, ¡tú me dejaste porque me dediqué a ellos! ¡Es lo más sensato que he hecho en mi vida! Ahora bien… Dejémonos de palabras, de «síes», de «buenos» y de «peros», y decidamos que lo único normal y sano para un matrimonio es vivir juntos, ¡claro que sí! Y si tú no puedes dirigir la casa y seguir con tu trabajo, ¡manda al cuerno tu empleo! Yo puedo mantenerte, aun con la crisis. Voy a convertirte en una mujer nueva. Si te quedaras en casa, descansaras como es debido y vieras las cosas con su debida perspectiva, no te tomarías tan en serio. ¡Bueno!, ¿qué te parece mi proposición?

—Lo siento mucho, Russell, pero antes tenemos que hablar de una o dos cosas —tiró el sombrero sobre el diván, se sentó en un sillón y encendió un cigarrillo. Uno debía buscar la comodidad, aun en el infierno. Él permaneció en pie y la miró radiante y sonriente, como un hombre que va a reconquistar a su Adorada, al parecer rebelde y caprichosa, pero que, en el fondo de su corazoncito, lo adora con toda el alma.

—Hay ciertas razones Russell, que me impulsan por el momento a compartir tu casa y tu comida…

—¡Oh! ¡Qué frase tan horrible! Debes ser un poco más romántica…

—… pero tenemos que hablar del asunto basándonos en la realidad. Russell, ¡voy a tener un hijo!

—¿Eh? —por lo visto él recordaba aquella noche casual de hacía dos meses y medio, porque su cara resplandeció de alegría—. ¡Eso es algo espléndido! ¡Estoy simplemente encantado, vidita mía! ¡Oh, Dios mío, siempre tuve tantas ganas de tener un hijo! —y corrió a tirarse en el suelo, a los pies del sillón, besándole la mano con gran cantidad de vehemencia y babas—. ¡Un hijo! Un hijo con quien jugar, al que veremos crecer, al que enseñaremos… ¡quizás evitemos que cometa algunos errores que nosotros hemos cometido! ¡Será una excusa y una razón del trabajo que hago! ¡Lo

enviaré a Princeton! ¡Nuestro hijo! ¡Y yo que creía que nunca ibas a querer tener un hijo!

—¡Russell! Me cuesta trabajo decirte esto. Quizá cometa una estupidez al decírtelo, pero no es nuestro hijo.

—¿Qué quieres decir? ¿De quién es?

—Bueno, por encima de todo, mío.

—¿Quién es ese hombre? ¿Cuánto hace que estás embarazada?

—Poco más de dos meses.

—Entonces… Vamos a ver… ¡Entonces podría muy bien ser hijo mío!

—¡Oh, sí, podría ser! Pero lo más probable es que no lo sea. Escúchame, Russell; no consentiré que me interrogues, que me amenaces, ni me convertiré en el auditorio de una escena dramática. El niño es mío y siempre lo será. Ya sé que no tengo ni el más mínimo derecho a pedirte nada. Puedes abandonarme en la nieve, pero sería algo ridículo, porque estamos en el mes de junio, puedo pagarme un taxi y tengo un piso bastante bueno. Soy incorregible. Voy a tener un hijo y estoy contenta de ello. Y, a propósito, ya que hablamos de ello, mi hijo será niña, no niño. Pero debe tener un hogar. Yo creo que tú serás un buen padre. Y una niña debe tener algún padre. ¡Aunque la niña es *mía* y siempre lo será! ¡Soy matriarcal. Tú no tienes la más mínima obligación, el más mínimo deber. Pero acabas de decirme que me quieres y que quieres tener un hijo! ¿Me aceptas, a mí y a mi hijo, de quién sólo sabrás que es hijo mío?

—¡Santo Dios, Ann, dadas las circunstancias, creo que no deberías hablar como una solterona púdica que pone en su lugar a un mandadero!

—Sí, creo que me he excedido un poco. Es que… Es que no es fácil hablar de esto con naturalidad. ¡No creo que sea una situación que se dé todos los días!

Se echaron a reír. Aquello era mejor. Pero él recobró instantáneamente su seriedad.

—No diré que eso no me ha dolido, Annie. Esperaba que algún día, por lo que fuera, tú querrías tener un hijo mío. Y al principio te mostrabas apasionada. Y luego…, no sé qué es lo que hice; ¡oh, querida, nunca lo comprendí!, ¡te volviste tan fría, tan hastiada de mí, tan irritante! ¡Oh, querida, no sabes lo que sufrí! En parte por ti. Y en parte porque siempre

tuve deseos locos de tener un hijo… Muchas veces he recortado las fotos de niños que aparecían en la revistas femeninas y las he guardado en mi escritorio. Siempre me imaginaba a mí mismo volviendo a casa por la noche y siendo recibido por un hijito que se me acercaba tambaleándose; yo le tomaba en brazos, le subía en alto y decía: «Papá…».

El hombre sudaba al descubrir su dolor.

Ann se fue a vivir con él, para que Pride tuviera un padre, después de pasar quince días en compañía de un Barney malhumorado y extrañamente silencioso.

OceanofPDF.com

XLI

TENER un hijo a los cuarenta años no iba a ser cosa muy fácil para Ann. Pero sí mucho más fácil de lo que pensaban sus buenos amigos, que gozaban lo indecible dándole consejos, preocupándose por ella, averiguando lo que quería hacer y convenciéndola de que no debía hacerlo.

Russell quería que se fuera a la cama todas las noches a las nueve, con el resultado de que Ann se despertaba siempre a la desapacible hora de las cuatro de la madrugada y se quedaba dando vueltas en la cama hasta las ocho. Pat Bramble Pomeroy quería que Ann fuera a pasar una temporada a New Rochelle, para que el continuado silencio acabara por cansarla más que el ruido de la ciudad.

Julia Casey —del *>ICO*— quería que probara el vegetarianismo y los baños de sol. Y la señora Keast, su ayudante del Hogar Industrial, la instaba:

—¡Dios mío, estamos todos tan orgullosos del niño que vamos a tener! ¡El personal entero del *>HIS* lo considera como si fuera suyo! Ahora bien, si usted me permite una sugestión, ¿por qué no se toma un permiso de cuatro o cinco meses y se dedica a su sagrado deber?

Mientras Ann decía, dulcemente:

—¡Oh, qué considerada es conmigo, pero yo no puedo dejar que cargue con tantas responsabilidades, señora Keast! —interiormente rabiaba: «¡Sí, y darte una oportunidad de meterte en mi sitio y dedicarte al grande y sagrado deber de quitarme mi empleo!».

Había dos personas que no la abrumaban con sus recomendaciones: la doctora Wormser y Barney Dolphin.

Había insistido en que su médico tenía que ser Malvina Wormser.

—¡Esos malditos ginecólogos varones —decía Ann, recordando sus días del *settlement*— dicen que el embarazo es «nada más que un proceso normal» y sacan la asombrosa conclusión de que, por lo tanto, los mareos matutinos no son desagradables ni los partos dolorosos! Ahora no quiero ninguna compasión sentimental. No quiero que me mimen. Quiero que me traten como a la superintendente Vickers. Pero cuando llegue el momento, ¡vaya si voy a querer toda la compasión y toda la simpatía que quieran darme!

Barney no hablaba demasiado; no la irritaba preguntándole, por decimosexta vez en el día:

—¿Y cómo te sientes ahora?

Se limitaba a tomarla entre sus brazos y a apoyarle la cabeza en su hombro, el sitio donde debía estar.

No llevaba aún dos semanas viviendo con Russell, cuando comprendió que había sido una increíble estúpida, y que no tendría nada de extraño que su estupidez acabara con ella. Había preparado su propia trampa y, con gran cantidad de razones sensatas, pensando de modo muy loable en el bienestar de Pride, se había apresurado a entrar en ella, y había oído cómo la puerta se cerraba de golpe. Se sentía tan prisionera como cualquiera de las mujeres del Hogar Industrial, más aún, porque la intimidad de las celdas de las presas era sagrada.

Al cabo de dos semanas, Russell se había convertido para ella en una almohada apretada sobre la cabeza, en una dieta compuesta de pastelillos de crema y helados de fresa, en una conversación dedicada exclusivamente a las historias picantes, en un cornetín que no dejaba ni un minuto de tocar «Mi silvestre Rosa Irlandesa», en un baño caliente, perfumado con narcisos negros, al que estaba atada con cuerdas de seda.

Era tan endemoniadamente bondadoso, estaba tan decidido a que ella reconociera su endemoniada bondad, estaba tan endemoniadamente dispuesto a perdonarla… «No —decía furiosa—, sencillamente, no puedo expresar lo que siento sin los endemoniados».

La trataba como a un niño al que se ha pillado robando o cometiendo algún acto licencioso, y a quien sus padres están decididos a llevar por buen camino a fuerza de cariños.

Russell estaba encantado de la vida. En aquel año, el primero de la gran crisis, cuando cientos y miles de empleados eran despedidos o veían reducidos sus sueldos, Russell había subido de doce mil dólares anuales a quince mil. Por lo visto, tenía un genio hasta entonces desconocido para todo lo referente a los estofados, las duchas comunales, impedir que robaran las toallas, economizar la luz de las bombillas, y todas las brillantes metáforas y adjetivos relacionados con el arte de explotar hoteles baratos. Y aquel año, los hombres que antes pagaban tres dólares por una habitación, andaban buscando habitaciones de un dólar, y no era muy agradable que el que se aprovechara de aquello fuera Russell Spaulding, que no era negociante comercializado, sino ingeniero industrial, y además hombre de ideales. Era un triunfador; un triunfador que ganaba quince mil dólares, y ya no le impresionaba el que su esposa fuera doctora, superintendente y presidenta de varios clubs. No pasaba día sin que le pidieran que hablara en alguna parte, en el club Kiwanis, en la Asamblea de la Industria del calzado y del cuero, y en el banquete anual de la Asociación de camareros y empleados de restaurantes. Y cuando se convirtiera en millonario, haría donaciones a las universidades y no se contentaría con un simple título de doctor en Derecho, sino con un hermoso doctorado en Letras y, hasta probablemente, en Teología.

Podía permitirse el lujo de reírse de las pretensiones de la «mujercita», de ignorar su irritante vanidad y mostrarse bondadoso con ella; ¡y qué inexorablemente bondadoso se mostraba! No solamente la mandaba a la cama a las nueve de la noche, sino que a las nueve y media entraba para quitarle la novela policíaca que estaba leyendo, apagarle la luz y arroparla, por muy bien arropada que estuviera ya. Por la mañana le entraba el té, y si daba la casualidad de que había dormido toda la noche de un tirón, la despertaba para gozar del espectáculo de la satisfacción de Ann, al verse objeto de tantas bondades.

Y aunque no sabía quién era el villano, sus amigos habían hablado algo de un tal juez Bernard Dow Dolphin, pero eso no podía ser verdad, porque

él nunca había visto a Dolphin y, desde luego, Ann no había recibido ninguna llamada telefónica ni ninguna carta suya; aunque todavía no había podido identificarlo, Russell estaba completamente seguro de que Ann, la pobrecita, no volvería a ser molestada por el infame.

Ann sabía que él abría las cartas. ¡El pobre Russell se daba tan mala maña para volver a cerrar! Sabía que, siempre que telefoneaba, la puerta de su dormitorio se entreabría ligeramente para que Russell pudiera oír lo que se decía.

No había exagerado, suspiraba, al pensar que ni en el Hogar Industrial, ni en la misma Copperhead Gap, había habido nunca un preso tan estrechamente vigilado como Ann Vickers en su voluntaria prisión. Pero lo toleraba todo sin una palabra colérica, limitándose a soltar unos resoplidos de rabia, porque sabía que si decía una palabra, diría luego mil y aquella misma noche se iría de la casa de Russell; y entonces Pride se quedaría sin padre.

«Además —se decía—, Russell ha sido en realidad muy bondadoso conmigo, me lo ha perdonado todo, y yo tengo que jugar limpio con él».

Pero, como es natural, no jugaba limpio, y todos los días veía y besaba desesperadamente al improbable juez Dolphin que nunca le escribía y nunca telefoneaba a su piso.

El Gobierno había nombrado una comisión, compuesta de miembros de la legislatura, jueces retirados y un par de decanos de las facultades de Derecho, para que investigaran las actividades de los tribunales y juristas del Estado. Aquella investigación era la que tanto había preocupado a Barney, pero, al parecer, él estaba tan sujeto a ella como los demás jueces.

La investigación siguió desmayadamente su curso. Los comisionados interrogaron a todos los magistrados y empleados de los tribunales. La prensa, excitada al principio con la esperanza de un ruidoso escándalo, fue desanimándose poco a poco.

—No ocurrirá nada. Son unos tontos. Si yo formara parte de esa comisión, vaya si encontraría cosas —le dijo gruñendo a Ann.

Le había pedido prestado a un amigo suyo un pequeño pisito donde él y Ann podían verse para comer o tomar el té, cuando algún compromiso les impedía comer juntos. Se preparaban ellos mismos la comida y, en su indolencia, no comían muchas veces más que copos de trigo y crema. El piso estaba situado en una enorme casa del East River, y no era muy fácil que alguien la descubriera allí; pero, para estar más segura, Ann tomaba siempre un taxi, ¡loco derroche!, y lo dejaba dos o tres manzanas antes de llegar a la casa. Se imaginaba que la seguían. Que la seguía Russell, la señora Keast, que tan furiosamente deseaba su puesto, o cualquiera de los enemigos de Barney. Sería un gran alivio que Russell o la Keast la descubrieran, para poder arreglar de una vez las cosas con ellos; pero antes que comprometer a Barney, prefería renunciar a él… o casi lo prefería.

Hablaran de lo que hablaran durante la comida, volvían siempre al tema que más les preocupaba:

—Le estoy tomando al tal Russell un odio verdaderamente homicida, Ann.

—Yo no lo odio. Simplemente… ¡Oh, sencillamente me asquea! Soy su prisionera.

—Tan prisionera como yo, vida mía… Tú me has encarcelado. Yo siempre había pensado que lo mejor es amarlas y dejarlas. Yo me tenía antes por un hombre de mundo, por un hombre serio, Su Señoría el juez Bernard Dow Dolphin, y resulta que no soy más que Barney y me he enamorado tan completamente de una muchacha, como cualquier joven Romeo… Ven aquí, siéntate en el suelo, apoya la barba en mi rodilla y trata de adoptar un aire inteligente. Y… ¡no podemos seguir así más! Tenemos que marcharnos. Pride puede ir ya haciéndose la idea de que sus padres no están casados. Mejor es que se entere ahora, que es tan joven. ¡Vámonos!

Podían haberse ido. Los dos casi no podían aguantar más. Luego llegó la investigación y él no podía, o al menos se lo imaginaba, «dimitir en el campo de batalla», y mucho menos huir del campo de batalla. Aunque la razón fuera un motivo trivial simplemente tradicional, a los dos les parecía que el caso era realmente indiscutible.

Pero, diariamente, los románticos enamorados, que ya no eran muy jóvenes, se reunían en el pequeñísimo comedor, con vigas en el techo y

ventanitas enrejadas que se abrían a un patio de un metro de anchura, y comían sus copos de trigo en vez de beber «Lachrima Christi» en una logia iluminada por la luna.

Parecía como si estuvieran dando vueltas y vueltas en un pantano. No iba a ocurrir nada; Pride estaría siempre a punto de nacer, pero no nacería nunca; Russell charlaría eternamente con ella, y la señora Keast, con su nariz larga y su gesto avinagrado, la vigilaría constantemente, con la esperanza de que dejara su trabajo; y en casa de Barney, Mona seguiría fríamente asqueada ante su ordinariez.

Al fin, él estalló.

Cuando Ann llegó aquel día al pisito oscuro y prestado que era su único hogar, él la recibió exclamando:

—¡Ya lo he hecho! ¡La he plantado! Anoche, sin que viniera a nada (en realidad se mostraba más cortés que de costumbre y me había puesto al lado del sillón un *whisky* con soda), le dije a Mona: «Me parece que no te sientes muy feliz conmigo. ¿Te gustaría divorciarte de mí? Yo te proporcionaría los motivos. No te asuste el pensar que eso puede perjudicar mi posición. Ya está bastante mal de por sí».

—Y…

—¡Oh, no me sirvió de gran cosa! Ella me contestó: «No me divorciaré nunca de ti, aunque me gustaría mucho verme libre de ti y de tus ordinarios amigotes políticos, por mis hijas, por nuestra religión y porque todavía sigo esperando, como he esperado durante muchos años, leal y honradamente, el día en que te canses por fin de tus amantes y puedas apreciar la pureza de mi afecto». ¡Dios mío! Parecía un candelabro de cristal blando.

—¿Has tenido muchas amigas?

—¿Desde qué te conocí? No, ninguna. Ni una sola. ¿Me crees?

—Sí.

—Me alegro de que me creas. Pero da la casualidad de que en este caso es verdad. De todos modos, no te recomiendo el procedimiento en general. ¡Vida mía!

—Barney, ¿verdad que sabes muy bien que si los tres nos marcháramos me sería igual el estar casada contigo que el no estarlo? No me importa que Mona siga disfrutando de su título, con tal que yo tenga al hombre… Nunca

te he hablado de ello: pero sé que eres buen católico, o que lo serías si pudieras, y sé muy bien lo que has pensado antes de decidirte a divorciarte para casarte conmigo.

—¡Oh! ¡Te has dado cuenta de ello!

—Y en cuanto a Pride, mejor será que se contente con el padre y la madre que tiene ahora. ¡Oh, lo más probable es que se convierta en una dama, como Mona, o en una fanática político-religiosa, como Pearl McKaig, y en los dos casos le parecerán muy mal su papá y su mamá! ¡Probablemente terminaremos los días sentados en un escalón del asilo de viejos, fumando juntos nuestras pipas, mientras nuestra Pride pasa delante de nosotros en un Rolls-Royce!

—Bueno, quizás eso no fuera tan malo como parece. Te juro que en un asilo hay conversaciones más interesantes que en un Rolls-Royce, y uno no tiene que molestarse en vestirse para la cena… ¡Oh, Dios mío, hasta sé hacer chistes como mi querido Russell! ¡Todo es tan absurdo! Tú y yo, que hemos nacido para recorrer juntos el mundo… seguidos de Pride, llevando un pequeño *rucksack*… ¡Russell, Mona! ¿Cómo diablos nos las arreglamos para encadenarnos a dos completos desconocidos? Querida, por muchos sobornos que haya aceptado, resultan completamente éticos en comparación con el pecado que cometí, un pecado contra ella, contra mí mismo, y ahora contra ti y contra Pride, al pensar que estaba enamorado de Mona y obligarla a que se casara conmigo. Lo hice por el más bajo de los motivos…, por cobardía. Esperaba ser gobernador, senador, algo por el estilo, y sabía que tenía cierta energía, pero, desgraciadamente, que esa energía estaba unida a cierto cariño por la vulgaridad y la disipación. Pensé que si me casaba con alguien tan correcto, tan poco apasionado y tan reservado como Mona, me convertiría en un muchacho serio y ejemplar. Traté de huir de atolondramientos casándome con una monja. Como es natural, mi matrimonio fracasó. Me lo merecía. Pero las otras víctimas no se lo merecían. ¡Oh, Dios mío, me estoy volviendo moral! Según me han dicho, a los enamorados les da a veces por esas cosas.

La alegría de Barney no aumentó por el hecho de que las acciones en que había invertido su dinero fueran perdiendo rápidamente su valor. Nunca le había gustado jugar arriesgadamente con sus inversiones, por mucho que le agradaran las amistosas partidas de póquer con que se entretienen los consejeros privados de Tammany, mientras deciden el destino político de unos cuantos millones de personas. Nunca había especulado; había invertido su dinero en acciones tan seguras como Gibraltar, en ferrocarriles, aceros, automóviles, y de repente, Gibraltar se hundía silenciosamente en el océano.

—Me habría divertido mucho más y habría hecho una inversión más acertada si hubiera cambiado todo mi dinero en dólares de plata y los hubiera ido tirando, uno por uno, en el East River —dijo.

Hacía un año que había comenzado la gran crisis. Y al menos tuvo la ventaja de que, como en las comidas la gente no hablaba de otra cosa, se dejó de hablar de la prohibición, tema que había ocupado durante diez años a los grandes cerebros de los Estados Unidos. Unas cuantas personas, aun los presidentes y los banqueros, habían comenzado a dejar de decir: «Hemos comenzado ya a subir la cuesta; la crisis se habrá terminado dentro de tres meses».

Otros cuántos comenzaban a preguntarse si volvería alguna vez una era de prosperidad como la que Estados Unidos había conocido de 1890 a 1929; y cierto número de gentes, aún más pequeño, había empezado a considerar si, después de todo, el gran país no saldría beneficiado si abandonara la teoría de que si la familia no tenía una radio, por lo menos dos automóviles, un dormitorio y un baño para cada persona y no pertenecía a algún *country club*, era una fracasada espiritual, una amenaza para la moral y, en general, un insulto a Dios Nuestro Señor.

La gran crisis no deprimió a Ann. Aunque parezca extraño, la alegró. Vio que la pobreza era aceptada de nuevo como algo natural, como algo que no era mortal. Y pensó que si Barney y ella fueran pobres y estuvieran juntos, formarían parte de un espíritu nuevo y limpio, que se iba abriendo paso a través de la hinchada tierra.

Pearl McKaig, la profetisa comunista, fue a ver a Ann al Hogar Industrial.

—Quiero hablar privadamente contigo, Ann —le dijo en el tono que podría emplear una maestra de escuela.

—¡Muy bien, Feldermaus, váyase! —le dijo Ann a su secretaria.

No había aún cerrado del todo la puerta, cuando Pearl le preguntó:

—¿La dejas que te llame «Vickers»?

—¡Nada de eso!

—Entonces, ¿por qué la llamas «Feldermaus»?

—Porque me adora.

—¿Y por eso te aprovechas de ella?

—Desde luego…, como tú te aprovechas de mi proverbial buen carácter para traerme tu mensaje de mala voluntad, sea el que sea. ¡Habla!

—No es exactamente un mensaje, pero… Ann, yo tuve una vez puestas en ti grandes esperanzas. Pensé que eras una de las nuestras, de los trabajadores, de los rojos inflexibles. Y nos has dejado por un puñado de plata, por un cintajo para la solapa. Nunca has denunciado al alcalde y al gobernador. Por lo visto, trabajas muy a gusto con ellos. Y ahora me he enterado de que tienes amores con un político rico y de reputación dudosa.

—¡Oh, no mezcles en esto mis pecados personales!

—En estos días no se puede hacer. Estamos atravesando una crisis de la historia. Un revolucionario tiene que tener personalidad, integridad, y no tiene tiempo para cometer pecadillos agradables. ¡Están ocurriendo cosas terribles! La situación de las minas de carbón, especialmente en West Virginia y en Kentucky, es sencillamente una guerra…

—Mi querida amiga, yo también sé algo acerca de la industria del Sur. Cuando estuve en Copperhead Gap…

—Sí. Durante todo el resto de tu vida hablarás de que has estado allí, *una vez*; de que has luchado, *una vez*; ¡y te sentirás contenta de ti misma! Te crees que sigues siendo una proletaria, una criminalista revolucionaria. Así es como se engañan a sí mismos los liberales. Muy pronto estarás absolutamente contenta del estado de las prisiones, y con el resto del sistema capitalista, y ni siquiera te darás cuenta de ello; pronunciarás

discursos, hablarás de ti misma como de una radical, ¡y serás más útil para la Bestia que cualquier reaccionario franco y declarado!

—Te diré, Pearl. Esta misma noche voy a echar de la ciudad a mi amante político. Luego abriré las puertas de la prisión y dejaré que las chicas se marchen, regalándoles, antes de que se vayan, un folleto de Lenin. ¿Te satisface eso? Muy bien, te agradezco que me hayas salvado el alma por segunda vez. Y ahora… estoy muy ocupada. *¡Fel-der-maus!* ¡Venga, que voy a dictarle una cosa!

Pero, de todos modos, lo que le había dicho la escocía, y no dejaba de repetirse: «Hay más verdad de lo que parece en lo que me ha dicho Pearl… ¡*mucha* más verdad de la que parece!». Pero se olvidó de todo al pensar en Pride y en Barney.

Llegó el mes de enero y, con él, la época de pedir permiso en su oficina y aguardar la llegada del niño. Se sentía radiantemente bien y normal, pero muy pesada; su paso, que siempre había sido vivo y rápido, era lento y torpe; y cuando sentía dolores se asustaba. ¡Si al menos comenzara cuanto antes y terminara de una vez!

La enfurecía el verse convertida en un molusco humano, incapaz casi de moverse por el piso.

OceanofPDF.com

XLII

TODO el mundo le había dicho que los primeros dolores de parto estarían separados entre sí por espacios de una hora, es decir, todo el mundo menos la doctora, que le había dicho:

—¡Dios mío, yo no sé lo distanciados que estarán entre sí! Pero no te preocupes. Ya los reconocerás cuando empiecen, ¡vaya si los reconocerás! Tienes ya lista tu habitación en el hospital. Puedes llegar allí en veinte minutos, y yo estaré allí en media hora.

Ann estaba dormida, a eso de las tres de la madrugada, cuando la despertó un dolor que parecía una explosión de dinamita dentro de su vientre. Nunca había creído que pudiera existir un dolor semejante. A su lado, el dolor de muelas, el dolor de oídos, el terrible dolor que le había producido una pierna que se rompió de niña, no eran más que ligeros dolorcillos. El dolor la ahogaba, la asfixiaba y ella se dejaba tragar por él.

Se alegró: «¡Ya viene! ¡Pride va a nacer! ¡Y yo dejaré de ser un almohadón de plumas y me convertiré de nuevo en un ser humano!».

No podía soportar que Russell estuviera con ella; que, aparentemente, tuviera derecho a tocarla; aun en medio de su dolor, tuvo tiempo para pensar, maravillada: «¡Esposo… amante! ¡Qué imbécilmente empleamos las palabras!». Tenía que llamar a Russell, tenía que levantarse, tenía que ir al hospital, tenía que ir pronto… No. El dolor se había ido; era como si una fresca brisa hubiera reemplazado a la niebla; todavía tenía una hora de descanso y no tenía necesidad de llamarle aún. Y mientras buscaba débilmente y a tientas su reloj, en el preciso momento que lo miraba, sobrevino el segundo dolor, siete minutos después del primero.

Ann se sentó en la cama y gritó:

—¡Russell! —dejando de una vez toda fantasía.

Él entró, grueso y amarillento, vestido con el pijama de franela, de un verde desteñido, que le gustaba usar en las noches de invierno; y se mostró tan bondadoso, tan rápido y tan serio, que Ann lo encontró simpático. «¡Demonio de hombre, si al menos fuera más constantemente desagradable, la vida sería mucho más sencilla!». Y en un minuto, y al parecer a la vez, había llamado a la doctora Wormser, y al portero nocturno, que fue a buscarles un taxi, mientras Ann permanecía en la cama, sintiéndose lo suficientemente cuidada para poder entregarse de lleno a la agonía de sus dolores, que se sucedían, regularmente, cada siete minutos. En medio de su dolor se había desvanecido toda sensación de dignidad. Ann se retorcía, tiraba de la sábana, sacudía la cabecera de la cama, agarrándola febrilmente, y escuchaba su propia voz, que gemía con tono agudo de espanto.

El paroxismo del dolor la cegaba demasiado, y cuando se pasaba se sentía demasiado débil y sudorosa para darse bien cuenta de lo que ocurría. Más tarde creyó recordar que Russell y la criada la habían levantado de la cama, le habían puesto una bata, un abrigo y unas zapatillas y, echándole un chal por encima de los hombros, la habían llevado entre los dos hasta el ascensor, la habían metido en el taxi y la habían hecho subir la escalera del hospital. Ligeramente aturdida, vio que Malvina Wormser se encontraba ya allí, mágicamente.

Luego, los dolores comenzaron a venir con intervalos de tres minutos. Ann se halló retorciendo la mano de una fuerte enfermera, a la que debía de hacer mucho daño, y, finalmente, el dolor la anestesió de tal modo que se convirtió para ella en un huracán incesante, en el que se hundió, sin sentir ya los dolores separados.

Pero, sin embargo, aquello era distinto de un simple dolor. No experimentaba la sensación de desperdicio, de futilidad, que otros dolores intensos le habían producido. Su dolor actual tenía sentido, porque iba a producir una nueva vida. Aunque su cuerpo le doliera horriblemente, haciéndola gritar como una niña, su espíritu triunfaba.

Aquél era un martirio no en aras de una causa estúpida, sino de la Vida, para crear el milagro de los milagros. Oyó que Malvina repetía dulcemente:

—Aguanta… trata de mantenerte despierta; ya te daré un poco de anestesia cuando llegue el momento; aguanta. ¡Prueba! —y obedientemente, venerando a Malvina, se esforzó por cumplir sus órdenes hasta el glorioso momento en que oyó decir afablemente a Malvina—: Pueden llevarla ya.

Ann creyó que iba cantando en voz alta. Creyó que Barney estaba allí y que ella levantaba su pasada mano para saludarlo. Pero lo que vieron las enfermeras, lo que vio Russell, lloroso y alterado, fue una mujer pálida y despeinada, cubierta por una manta, inmóvil y silenciosa, en la camilla.

Salió al fin de la niebla, de las borrosas sombras grises en las que flotaban las caras de Oscar Klebs, Glenn Hargis, Lil Hezekiah, Eleanor Crevecoeur y Barney Dolphin. Al parecer, se hallaba en cama, en una habitación blanca y desnuda, y sentada a su cabecera se veía una mujer de delantal blanco y almidonado uniforme de percal azul. Se sentía aturdida, perpleja.

Tenía que pensar bien lo que era aquello. Lo haría en seguida, pero antes tenía que descansar. Volvió a salir de la niebla, e instantáneamente, orgullosa de sí misma por ser tan aguda, comprendió que se hallaba en la habitación de un hospital.

Tenía la boca seca. Trató de levantar una de las manos, se la llevó al vientre, se frotó los labios y, despierta ya del todo, se dio cuenta de que ya no era una botella llena de agua caliente sino que, de un modo milagroso, había recobrado su esbeltez y su dureza, que al fin había dado a luz a Pride.

—¡Oh! ¡Oh, enfermera, dígame! Cómo…

—¡Espléndido! Todo fue a las mil maravillas.

—Mi hija…

—¡Ha tenido usted un niñito precioso!

—¡No diga tonterías!

Entonces entraron a su hijo.

Le dijeron que era un niño fuerte y hermoso, que pesaba cerca de cuatro kilos, pero a Ann le daba miedo tocarlo, tan absurdamente frágil le parecían sus diminutos bracitos y la naricilla roja y aplastada. No estaba demasiado

rojo ni arrugado, aunque, desde luego, no era un niño de cuento de hadas, con cutis de leche y hojas de rosa. Su cráneo estaba cubierto por una pelusilla fina y pálida, que con el tiempo se convertiría en un mechón de rojos cabellos.

—¡Oh, mi joven feniano! ¡Mi irlandesito! ¡Vida mía! —así fue como saludó Ann a su hijo.

Pero no había nada de frágil en el modo en que el hijo de Barney Dolphin se agarró a sus pechos, exigiendo lo que de derecho le correspondía.

Al cabo de dos días, Ann llamaría estúpido a todo el que dijera que ella había preferido una hija.

Al cabo de cuatro, estaba ya planeando sus estudios en Columbia, Berlín y la Sorbona.

Pero como nunca había pensado en su nombre, excepto Pride, perdía al llamarle parte de su seguridad, parte de su orgullo materno.

Cuando el primer día, bien entrada ya la tarde, Russell se presentó radiante en la habitación —el niño había nacido a las once y, desde entonces, había estado recibiendo felicitaciones telefónicas y convidando con champaña en los *speakeasies* a los magnates de la industria hotelera o de las caridades organizadas—, le preguntó:

—Bueno, bueno, ¿fue todo bien? Has tenido poquísimos dolores.

—¡Ah, conque sí!

—Bueno, sea como fuere… tú ya sabes lo que quiero decir. He estado viéndole. Creo que se parece un poco a mí —y Russell era tan moreno como rojo el niño—. Ahora viene la gran pregunta, ahora que tenemos este espléndido hijo, ¿cómo vamos a llamarle? Te dejaré que hables la primera. ¿Has pensado algún nombre?

—¡Oh…, en realidad, no he decidido nada!

—Muy bien, escucha, no hago más que sugerirlo, no tienes que tomarlo en serio si no quieres, pero, ¿qué tal te parecería llamarle como su papá… Russell Spaulding Júnior?

Ann estaba demasiado furiosa para poder hablar. Se quedó mirándolo, pensativa, o al menos eso creía ella. Comprendió que Russell estaba empezando a creer que el niño era hijo suyo; que dentro de unos cuantos

meses estaría absolutamente convencido; que, legalmente, el niño era un Spaulding; y que nadie podía ser más testarudo que un hombre débil como Russell, una vez que se le desafiaba. Y por eso, aunque tenía ganas de lanzar una maldición, le contestó con toda amabilidad:

—Nunca me gustó mucho eso de Júnior. Es un nombre que confunde. Y el niño corre siempre el peligro de quedar oscurecido por su padre, de no ser una cosa extraordinaria.

—Sí, quizá tengas razón. Bueno, ¿qué te parece si le llamáramos Henry Ward Beecher Spaulding? Creo que es un nombre muy distinguido y, más adelante, él podría decir que le llamaran «Ward» o «Beecher», dos nombres muy bonitos, si no le gustase que le llamaran «Henry», y además, eso sería un tributo adecuado al gran hombre que lo llevó. Está en peligro de ser olvidado en estos días de mezquino sensacionalismo, cuando no se busca más que la publicidad. Claro está que yo soy agnóstico, como tú, pero respeto la hermosa y firme espiritualidad de nuestros antepasados.

—Pero Russell —dijo ella débilmente—, creí que al leer la vida de Beecher, que ha escrito el capitán Hibben, habías comprendido que Beecher era un charlatán, no el jefe espiritual que… —tragó saliva, pero siguió adelante valientemente— que a nosotros los liberales nos gustaría honrar.

—¡Todo eso no son más que calumnias! ¡Hibben no sabía de lo que hablaba! La verdad es que yo soy un pariente lejano de Beecher, creo que era primo cuarto de mi madre, y por eso sé que era uno de los pensadores más grandes, más valientes, y más rectos de nuestra época. Sí. Henry Ward Beecher. Ése será el nombre del niño.

—Lo pensaré. Estoy terriblemente agotada, querido. Quizá fuera mejor que me dejaras descansar un poco.

—¡Claro que sí! Bueno, volveré esta noche, antes de las diez. ¡No hay que descuidar a la Niñita, ahora que nos ha dado un hijo tan hermoso!… Ward Beecher… ¡Creo que debería ir a la universidad de cualquier Estado del Oeste Medio, donde reina esa democracia que no existe en las malditas universidades del Este! ¡Te aseguro que yo me alegro mucho de haber estudiado en Iowa!

Ann hizo arreglos secretos con su enfermera, para que cuando Russell fuera a verla antes de las diez, permaneciera en la habitación el menor tiempo posible.

La enfermera lo hizo así.

Cuando Russell hubo huido ante esa severidad que sólo tienen los policías de tránsito estadounidenses, los secretarios de los ministros británicos y las enfermeras, Ann le dio a su hijo —¡su hijo!— de cenar, luego se acurrucó en la cama para disfrutar de un buen sueño, y no se durmió. Echaba de menos algo. No quería reconocer que a quien echaba de menos era a Barney.

Estaba mirando la puerta, cuando vio que ésta se movía lentamente, como si nadie la empujara, y Barney apareció en el umbral, sonriendo. Se acercó rápidamente a ella, se sentó en el borde de la cama, la alzó, mientras ella le tendía los brazos y luchaba por sentarse y la besó, sin decir palabra. Cuando dejó caer su cabeza sobre la almohada, Ann se sintió completamente curada.

—¡Los santos en persona han velado por ti! —le dijo—. Todo el día he estado telefoneando a Malvina Wormser. Sabía que era un niño diez minutos después de su nacimiento. Y he estado escondido en un portal, enfrente del hospital, hasta que vi salir a Spaulding y estuve seguro de que no volvería. ¡Pero no voy a seguir escondiéndome así!

—¿Cómo entraste, fuera de las horas de visita?

—Soborné a dos personas, amenacé a otras dos y requebré a dos más: la mezcla perfecta. Y, por si la necesitaba, en el bolsillo llevo una carta de Malvina Wormser.

—¿Has visto a nuestro hijo?

—¡Claro que sí!

—¿Lo encuentras bien?

—¡Maravilloso!

—Tú conviniste conmigo en que querías una niña. ¿No te importa que sea un niño?

—Te mentí. Siempre quise un niño. ¡Mi único hijo! Y escúchame bien. No pienso cedérselo a ningún maldito Russell.

«¡Es tan conmovedor!».

—… y no pienso cederte ni un minuto más a Russell. No sé lo que voy a hacer, pero… Ya hablaremos de eso más tarde, cuando estés más fuerte… ¡Te amo!

—¡Vida mía!… ¿Qué nombre le vamos a poner?

—Matthew. Como mi padre. No, no era el tabernero; ése fue su padre; mi padre era algo peor: era contratista de puños pesados, gran sentido del humor y absoluta falta de ética, un Lincoln de West Street. Además, Mat es un nombre bueno y decente para un chico.

—¡Sí! Mat Dolphin, mi hijo… ¡Le tengo ya miedo! ¡Mat! ¡Qué caída! Cuando era niña, pensaba que si alguna vez tenía un hijo, le pondría un nombre bonito o romántico, un nombre como los que ponen los novelistas: Peter, Raoul o Noel, especialmente si había nacido en verano; Geofrey o Denis. ¡Y ahora se llama Mat! ¡Y le adoro… al nombre y a ti! ¡Qué maravilloso traje! Nunca te lo había visto. ¿Inglés?

—Hecho aquí. Brezo, de la isla de Mull. ¿Huele bien? Mira.

—Maravillosamente. Una vez, un hombre me invitó a recorrer con él los campos de Escocia.

—Sí, a Lindsay le gustan mucho, o al menos, eso dice. Pero te prevengo que, en realidad, no anda nunca más de ocho kilómetros por día.

—¡Bárbaro! Tú siempre sabes demasiado. Si estuviera casada contigo, no me sería posible recibir a nadie después de las diez de la noche.

—¡Puedes estar segura de ello! El otro día vi a tu amigo Lindsay.

—Muy bien. Quédate con él. Yo estoy enamorada de un feniano salvaje y no quiero tratar con hombres respetables. ¡Lindsay! Ni siquiera recuerdo el nombre. No recuerdo ningún nombre… —y bostezó, con un enorme bostezo—. No recuerdo ningún nombre, excepto los de Barney y Mat.

—Ahora vas a dormirte.

—Quédate sentado junto a mi cama un minuto. Arrima una silla y siéntate a mi lado. Aunque no sea más que un minuto. Y cógeme de la mano.

Segura, protegida y caliente, Ann no tardó ni un segundo en dormirse. Una hora, quizá dos horas más tarde, se despertó al oír que entraba la enfermera y percibió su exclamación ahogada, en la que se mezclaba el horror profesional y el sentimentalismo personal. Barney la tenía aún

agarrada de la mano y, a la débil luz de la habitación, pudo verlo sentado rígidamente, masticando un cigarro apagado. Su brazo, gimió Ann, tenía que dolerle de un modo abominable.

—¡Pobrecito mío, ahora vete y descansa!

Por toda despedida, Barney se limitó a besarla en los ojos, cargados de sueño, en silencio.

«¡Y yo que solía pensar en mis épocas feministas —caviló antes de dormirse de nuevo— que el lado físico del amor, los besos, las caricias, los abrazos, eran algo vulgar, bueno solamente para los chicos de las escuelas superiores, las lecheras, las solteronas cursis, las gentes que cantaban canciones dónde se hablaba de la luna y del mes de junio! ¿Agarrarse de la mano? ¡Algo vulgar! Yo iba a tener un idilio muy espiritual. Me iba a sentar frente al amado y me iba a poner a discutir la creación de la fábrica de gas municipal, o algo por el estilo. ¡Pero mi idilio es espiritual! ¡Y, en este día particular, la mano de Barney me parecía como la mano protectora de Dios!».

OceanofPDF.com

XLIII

EL AYA del niño, una joven suiza llamada Gretzerel, con una pasión verdaderamente suiza por los idiomas, la limpieza y los niños, era una aya excelente. La *nursery* era excelente también: la habían preparado para Mat, no para diversión de los padres de Mat; no tenía más muebles que la cima, una comodita para las ropas del niño y dos sillas de respaldo recto; las paredes carecían de tiernos letreros y patos amarillos, y podían ser fregadas y lavadas constantemente. Ann la había planeado con más interés y entusiasmo que cualquier madre joven cuyos únicos deberes son jugar al *bridge* y bailar.

Diez veces al día se sentía tentada a llamar a Gretzerel, desde el Hogar Industrial, pero no lo hacía. Más por muy preocupada que estuviera por los detalles y molestias de su trabajo, los olvidaba todos al tomar el metro y darse cuenta de que iba a ver a Mat. Al llegar al departamento comenzaba invariablemente a temer que hubiera sucedido algo y, tirando su sombrero en cualquier lugar del vestíbulo, entraba en la *nursery* de puntillas, desesperadamente, como si aguardara la crisis de una enfermedad.

Inmediatamente veía que Mat era, desde luego, el niño más lindo, de espaldas más fuertes e inteligencia más precoz del mundo. Durante las comidas, trataba de no hablar de ello con la gente, pero ni por un momento dejaba de pensar en que su extraordinario hijito podía doblar los pies, como un gatito dobla sus patas, en que sus diminutas uñas eran perfectamente almendradas, y en que nunca lloraba, como no fuera por alguna razón.

Su único disgusto fue que, al cabo de dos meses, no pudo seguir criándole. De aquel modo pagaba el ser lo que el mundo, de un modo algo extraño, ha dado en llamar una «mujer libre».

Al parecer, Russell quería tanto como ella a Mat, y muchas veces Ann habría deseado que le quisiera algo menos. Le compraba juguetes absurdos, que el niño ni siquiera podía ver: lindos corderitos lanudos, gatitos y perritos con las lanas llenas de estreptococos; graciosos ositos de madera, con los que el niño se golpeaba la cabeza, con grande y beligerante asombro. Russell le hablaba como si él fuera también un niño, y le hacía cosquillas en los pies. Y lo que empeoraba aún las cosas, lo que le hacía dudar por un momento a Ann de que Mat fuera realmente un Voltaire o fuera realmente el hijo de Barney, era el hecho de que el pequeño se volvía loco de contento con aquellas monadas y gritaba complacido cuando Russell jugaba con él.

Y finalmente, Russell, cuando no se le contenía de modo público y violento, quería mostrar el niño a las visitas, después que se había dormido.

Gretzerel fue quien puso fin a ese sacrilegio. Pero fue Ann la que ideó el complot contra el tierno papá *ex officio*.

La fascinación que le producía el cuerpo diminuto del niño, la aventura de verle crecer, la firme y vieja resolución de que él no cometería ninguno de sus errores ni se vería limitado por ninguna de sus ignorancias, la dulce y simple creencia de que el niño era mucho más lindo que todos los de sus amigas, todas estas emociones, además de su trabajo y del creciente peligro de sus entrevistas con Barney, la absorbían de tal modo, que casi no tenía tiempo para preocuparse o disgustarse por el hecho de que Russell estuviera firmemente decidido a ejercer sus derechos.

Uno de los aspectos de la actitud evasiva de Russell ante la vida había sido el de no admitir que existieran otros abrazos amorosos que el de buscarse a tientas en la oscuridad. Pero en medio de su irritación, se había vuelto más verbal, más específico. Le recordaba a Ann que había sido muy generoso al volver a admitirla en su casa y dar su nombre a un hijo que bien podía no ser el suyo. Le insinuaba que a lo mejor ella seguía pensando en su amante. Y como todo era absolutamente verdad, a Ann, que tenía cierta idea de la equidad le costaba trabajo contestarle con indignación.

I-o que quería era llenar su maleta, tomar a Mat en brazos, y marcharse para siempre.

Pero no podía hacerlo, por Mat.

Y en aquel preciso momento, no podía acudir a Barney. Aparte de su posición, del peligro de que los descubriera algún investigador, él estaba muy ocupado con la boda de su hija mayor. La muchacha se «casaba bien»; iba a casarse con un joven diplomático, hijo del presidente de una corporación y dueño de una propiedad en Long Island.

En las notas de sociedad de los diarios de Nueva York habían aparecido retratos de la señorita Sylvia Dolphin, «una hermosa novia del mes de marzo».

Ann le mostraba los retratos al interesado Matthew y, cuando no podían oírla Gretzerel ni Russell, le decía:

—Ésta es tu hermanastra, Mat. ¿No la reconoces en su nuevo vestido de Lelong?

Mat eructaba.

Una fascinación horrible y quizá pueril atrajo a Ann al lugar de la boda. Todo lo que se relacionaba con Barney le parecía muy importante. Se colocó entre las últimas filas de la multitud, agrupada junto al toldo de la Catedral de San Patricio, detrás de una vieja y gruesa irlandesa, y desde allí vio entrar al cortejo.

Sylvia parecía…

«Bueno, parece lo que es, una novia. Yo creo que nunca lo parecí», pensó Ann.

Su nuevo esposo…

«Y él parece un universitario; vamos a ver… ¿cuál es mi parentesco con él?».

Luego llegó Barney, aclamado por sus amigos políticos. Hasta entonces, Ann no se había dado cuenta de que era bastante alto. ¿O se debería acaso al brillante sombrero de copa, al chaqué, tan ceñido como la piel de una serpiente, a los guantes claros, los botines como los de un par y el bastón con puño de oro? Ann lo contempló con profunda y absurda adoración. «¡Aquel que está allí es!», le habría gustado decirle a la gorda irlandesa que estaba junto a ella.

Pero el imán que atrajo más sus miradas fue Mona, la señora Dolphin, la impecable inocente que, para Ann, se había convertido en «esa maldita mujer, esa sanguijuela».

Sí, torciendo un poco la cabeza, arriesgándose un poco a ser vista, Ann pudo ver por primera vez a Mona, al lado de Barney.

Sí, era tan fría y pura como en el retrato de la escalera, y lucía un soberbio abrigo de visón, de alto cuello. Cristalina… sí. Pero aquel cristal no se encendía con la luz interior que, mentirosamente, le había agregado el retratista. Era fría, muy fría. Y su nariz era más aguda, su boca más delgada de lo que aparecía en el retrato, y empezaba a tener ya un ligero aspecto de momia.

«¡Graciosa, apagada y muerta, y Barney, ese feniano salvaje, tiene que vivir con ella!», pensó Ann.

Mientras se dirigía al ferrocarril —antes de recobrar su importancia de Gran Mujer, gracias a la adoración de la señorita Feldermaus, los celos de la señora Keast y las demandas de las presas—, y luego, en el vagón, en medio de la atmósfera turbia, apretada entre gentes desconocidas que le oprimían en las curvas, Ann vio el cuadro de la boda tal y como debía ser descrito: el rico y poderoso juez Dolphin, con su hermosa esposa, rica también por su casa, ambos muy aceptables en esa sana y espléndida sociedad que puede comprar vizcondes para sus hijas; la importante pareja asistiendo al matrimonio de su hija con un joven que bien pronto gozaría del privilegio de preparar *cocktails* para los terceros secretarios de las legaciones portuguesas; y entre la multitud, mirando el orgulloso cortejo, una trabajadora, la amante a quien Barney había desdeñado.

«¡Pero no es así!, Barney, ¿verdad? ¿Qué haría si lo fuera, si Barney no me amara? Creo que me moriría. Creo que no podría seguir viviendo, ni siquiera por Mat».

Estaba preocupada.

A la señorita Feldermaus le sorprendió, aunque de un modo filosófico, la acritud con que tomaba el asunto de las habichuelas en conserva.

A las cuatro, Barney le telefoneó desde el Hogar judío para la protección de muchachas delincuentes, para preguntar si la doctora Vickers podía pasar por allí a las cinco y hablar con una de las presas más difíciles.

«Tenemos que enseñarle algo interesante», decía el mensaje.

El Hogar judío resultó ser un *speakeasy* de la calle Ochenta y Cuatro, y aunque por allí había bastantes muchachas delincuentes, la única protección

que les ofrecían era un *cocktail*.

Barney se levantó solemnemente al ver entrar a Ann, se colocó su sombrero de copa, dándole un teatral golpecito al ajustárselo, y dio media vuelta para que le admirara.

—¿Estoy hermoso? —le preguntó—. ¿Me parezco al Duque de Westminster? A lo mejor, no vuelves a verme así nunca.

—Pero ¿a qué viene tanto esplendor?

—¿No lo recuerdas? Ya te lo dije. Sylvia se casó hoy.

—Claro. Ahora lo recuerdo. Me gustaría haber ido a la boda.

—¿De veras? ¡Mike! ¡Dos *side-cars*! Si lo hubiera sospechado habría hecho que te mandaran una invitación… Pensé que, a lo mejor, preferirías no ver a Mona. ¡No te gustaría! ¡Al menos, a mí no me gusta! Pero lo siento…

—No importa. Probablemente, al verte tan hermoso, habría dado un salto y habría intentado arrebatarte.

—¡Ven y hazlo así, en la próxima boda! Mi otra hija está prometida.

Aquélla fue la única vez que Ann le mintió a Barney Dolphin.

Dos personas tristes y preocupadas, tratando de mostrarse ligeras y humorísticas en un café equívoco e ilegal.

Como Barney estaba más libre desde la boda de su hija, Ann comenzó a pensar cada vez más en huir, protegida por él, de las húmedas caricias de Russell, cada día en aumento. Russell se había convertido —¡oh, ella le tenía lástima y no se enfurecía; sabía muy bien que lo que le enloquecía eran sus reiteradas negativas!—, pero el caso era que Russell se había convertido en una lujuriosa sanguijuela. Entraba en el baño cuando ella estaba bañándose. Le gastaba bromas tímidamente obscenas. Ann estaba segura de que era él quien había pinchado deliberadamente la bolsa del agua caliente, para que inundara su cama y tener de ese modo una excusa para compartir aquella noche la de Ann, y se había mostrado más que medianamente furioso cuando Ann le había sugerido el diván de la salita, —«porque tengo tanto sueño… nada más que esta noche… si no te importa».

Ann no se defendía a sí misma.

«Me doy cuenta —pensaba— de que la tan alabada defensa de la propia castidad puede ser tan mezquina y mucho más repugnante que la prostitución. Me estoy portando de un modo horrible con ese pobre hombre, que me trata de un modo muy decente, quizá demasiado decente. Tengo que marcharme. Pero ¿cómo hacerlo, con Mat? Tengo que hacerlo. Buscaré una casita en los suburbios; viviremos allí Gretzerel, Mat y yo, y tendremos una chica a la que pagaré cinco dólares por semana, para que haga la comida y lave los platos; tengo dinero para eso».

Y fue coincidencia desconcertante el que la noche siguiente, después de otras muchas frases intencionadamente morales, Russell terminara su sermón del siguiente modo:

—Y otra cosa más. Tú te crees que eres una madre estupenda. ¡Eso lo dices tú! He oído lo que dices. ¡Te he oído hablar a tus amigas de que a ti te *encantaba* cuidar de Mat, y *todavía* no me gusta el nombre —«Ward» habría sido mucho más elegante y original—, que prefieres cuidar de él a dar órdenes a tus presas y hablar en la Asociación Universal de reformadores y entremetidos! ¡Sí, sí! ¡Tú abnegado amor consiste en pagar a Gretzerel para que se encargue de todos los trabajos sucios! Porque, desde luego, si tú tuvieras la más *mínima* consideración por el bien de nuestro hijo, y no pensaras únicamente en tu conveniencia y en tu gloria, lo primero en que pensaríamos sería en tomar una casita en los suburbios, donde él pudiera tener aire puro, silencio y no creciera con los nervios destrozados, como le ocurrirá si vive en esta ciudad sucia y ruidosa.

—Pero, Russell, cuando nos casamos yo quería tomar una casa en las afueras de la ciudad, y tú insististe en que necesitábamos el estímulo de los intelectuales…

—¡Eh! ¡«Intelectuales»! ¿Sabes cuál es una de las diferencias que hay entre tú y yo? Yo sé crecer, descartar las ideas viejas. Hubo una época en que creía que los hombres de negocios eran unos estúpidos y que esos «intelectuales» eran los únicos que tenían ideas. Pues bien, me he dado cuenta de que no es así, y quiero que Mat, cuando sea mayor, se vea rodeado de un grupo de gentes prácticas, inteligentes y eficientes, de corredores de Bolsa, dentistas, agentes de propaganda, etcétera, y no de un

grupo de radicales, que no son más que unos teorizadores. Ahora quiero que escuches una cosa… ¡si es que por un momento puedes olvidarte de lo importante que eres! El domingo próximo vamos a alquilar un auto e ir a Westchester, para ver si podemos alquilar una casa.

«Me costará más trabajo ver a Barney, cuando viva allí», pensó Ann, pero se limitó a contestar dócilmente:

—Con mucho gusto.

Russell le hizo notar bien claramente que, por el bien de ella y de su hijo Mat, había pagado a veinticinco centavos el kilómetro por el coche en que habían salido de Nueva York, para buscar entre los suburbios elegantes su isla de Innisfree.

Hacía un año y dos semanas desde el día en que ella y Barney Dolphin habían cruzado aquel camino, en plena noche, dirigiéndose hacia el Valle de Virginia.

Russell habló de la crisis, del servicio de trenes desde Mount Vernon, de la cantidad de aceite de hígado de bacalao que debía tomar Mat y de las ventajas de comprar propiedades en Pelham. Ann, sentada rígidamente y muy erguida, fumaba rápidamente demasiados cigarrillos.

Vieron media docena de casas respetables, con garajes para dos autos y la quietud de que se disfrutaba junto a una carretera. Las casas costaban de veinte mil dólares a treinta y cinco mil. Ninguna de ellas tenía más de trescientos cincuenta metros cuadrados de jardín ni más de un hermoso par de árboles.

Ahora bien, Ann sabía que Russell había ahorrado diez mil dólares; ella, hija de Waubanakee, a pesar de su pequeño sueldo y del entusiasmo con que las presas le pedían dinero al salir de la cárcel, había logrado reunir tres mil. Aquello era todo lo que tenían entre los dos, y así se lo dijo.

—Pero ¡santo Dios, no tenemos que pagar todo el precio de una vez! Podemos pagar, por ejemplo, cinco mil dólares y luego, el resto en diez años.

Ann sintió el mismo pánico que el delincuente que ha cometido su primer crimen y oye decir al juez:

«Diez años de trabajos forzados».

¿Iban a pillarla? Por medio de algún truco mágico por la pegajosa insistencia de los débiles, ¿conseguiría Russell que ella hiciera aquello, obligándola a permanecer junto a él diez años, ayudándole a pagar la casa, por miedo a que dijera «que ella le había abandonado, dejándole que pagara aquella casa que había tomado para ella y para su hijo»?

Podía no ver la trampa, pero percibía el helado olor de su acero.

Por culpa de un error en la lista del respetable y famoso vendedor de propiedades, fueron a visitar, cerca de Scarsdale, una casa que a Ann le gustó. Vieja y abandonada, entre mansiones de estuco, ladrillo y azulejos, casas Tudor Georgians, españolas, californianas, coloniales o suizas se alzaba humildemente una casita edificada en 1860, en un terreno irregular y cubierto de hierbas, situado a cuatrocientos metros de la carretera. Pedían por ella cinco mil dólares. La armazón era sólida. Tenía una gran sala, una cocina, ningún comedor, dos dormitorios grandes, uno pequeño, agua corriente pero ningún baño, y un pórtico que daba a un valle cubierto de yerbajos.

Se llamaba Pirate’s Head Cottage. Cuando Ann preguntó cuál era la historia a la que debía el nombre, el agente le explicó:

—¡Oh!, bueno, así es como la han *llamado* siempre, ¿sabe?

Ann calculó rápidamente: un dormitorio para Mat y Gretzerel, uno para ella y el más chico para Barney: el que lo usara o no toda la noche, era asunto que no le importaba a nadie.

—¡Es una casa tan simpática! —dijo.

—¡Pero estás loca; aparte de que es una ruina, no tenemos ni la mitad del sitio necesario! —dijo Russell.

Durante la vuelta a casa habló con aprobación de la casa más mecanizada de todas las que había visto. Costaba veinticinco mil dólares, pero podían pagarla en ocho años. Ann le escuchó, empapada en sudor frío, como un hombre al que llevan a Sing-Sing, a la celda de los condenados a muerte.

No podía aguantar más, se dijo. Aquella situación no podía continuar.

Podía escaparse a Europa en un destierro dorado con Barney. Él tenía todavía bastante dinero, a pesar de la crisis, y casi a diario le proponía que se fugaran. Pero eran demasiado viejos para formar parte de cualquier comunidad europea. «Deberíamos habernos conocido y pensado en esto cuando yo tenía diez años y Barney veinticuatro. ¡Qué descuidados!». Ahora no serían más que unos turistas permanentes, algo tan desprovisto de todo fin como el águila de un zoológico. Y Mat no echaría nunca raíces en ninguna parte; se convertiría en uno de tantos, en una sombra entre pálidas sombras, se movería entre condesas americanas y mujeres cuyo único fin era sacarle todo el dinero posible al marido de quién se habían divorciado, que vivían para gozar, sin idea del deber, del orgullo, del honor, entre escritores de imitación, que escribían versos libres de imitación, misteriosos coroneles, doctores y marqueses, que no habían sido nunca soldados, que no habían practicado nunca la medicina ni figuraban en ningún libro de la nobleza, entre camareros, maestros de equitación y *gigolos*, entre callados borrachos y cocainómanos menos callados; un mundo que, aunque estaba en Europa, no tenía nada de europeo, un mundo de vagos sin gracia, de *gángster* sin valor, de orquídeas marchitas. ¡No! Para Matthew era mejor cualquier cosa, aun la misma moralidad vocinglera de Russell, antes que aquella vida de cortinas de rojo terciopelo, raídas y grasientas.

O si no, podía convertirse en verdadera esposa de Russell, haciendo acopio de toda su sordera y toda su frialdad. Pero ¿le beneficiaría a Mat el tener una madre amargada por el sacrificio?

También podía vivir sola con Mat, enfrentarse con la soledad y la independencia, conservando a Barney, si él quería seguir siéndole fiel. Pero ¿no acabaría por cansarse de aquel callejón sin salida? Era curioso el que, a pesar de sus tratos políticos, de los favores que hacía a sus amigos, de sus antiguos amoríos, Barney no fuera un intrigante, un amigo de los secretos. Nunca había ocultado lo que era. Era un amigo o enemigo declarado. Y cuando Mat fuera mayor y, se diera cuenta de lo que significaban las críticas de sus compañeros de colegio, ¿qué pensaría de aquella alianza irregular?

«En otras palabras —decía Ann—, haga lo que haga, estará mal, así que, ¿a qué preocuparme? ¿No es demasiado ingenuo el pensar que uno

puede elegir su propio destino? Como es natural seguiremos como ahora, sin que ocurra nada…; nunca ocurrirá nada».

Y el viernes 3 de abril de 1931, todas las cosas comenzaron a ocurrir a la vez.

OceanofPDF.com

XLIV

A LAS tres de la tarde del viernes 3 de abril, la presa número 3 921, que había sido enviada al Hogar Industrial acusada de chantaje y venta de estupefacientes, a quien Ann creía haber quitado el vicio de tomar heroína, fue puesta en libertad después de una recepción en el despacho de la superintendente, durante la cual la número 3 921 —Sallie Swenson, Sarah Cohén y Sue Smith, entre otros nombres—, bebió té, lloró, recibió agradecida diez dólares y dijo que la doctora Vickers era su bienhechora, su inspiración, y para todos sus fines y propósitos, la única santa a quien adoraba.

A las doce de la noche de aquel mismo viernes, Sallie era detenida por atacar, en un alto estado de embriaguez, al portero de un respetable y legal *speakeasy* y, cuando la llevaban en un camión a la comisaría, hirió a un policía con una piedra misteriosamente oculta en su pecho y cantó *Mademoiselle de Armentiéres* en su versión original.

Como en aquel momento no ocurría nada de particular en Nueva York, uno de los periodistas del tribunal pensó que la número 3 921 podía proporcionarle un buen artículo, y habló con ella. Sallie, la número 3 921, estaba muy asustada y tenía unos remordimientos terribles. Le dijo que si había hecho aquello era porque en el Hogar Industrial, de donde acababa de salir, no las disciplinaban ni las enseñaban a ser buenas, y que la habían tratado con una lenidad tan cobarde, que ella se había vuelto mala sin querer. Al ver que el periodista estaba extrañamente interesado, y como le gustaba atraer la atención masculina, de la que había estado tanto tiempo privada, Sallie agregó que cuando había sido enviada a la cárcel, por un pequeño chantaje, era una inocente muchacha campesina, que no conocía ni

siquiera el sabor del alcohol o la nicotina, y mucho menos aún el de los estupefacientes, y que las mimadas mujeres de la prisión la habían enseñado a fumar y a beber.

El periodista contó en un artículo que ocupaba casi toda la segunda página la historia que Sallie le contara aquella mañana, y llegó a tiempo para proporcionar material a dos famosos, aunque preocupados, predicadores de Manhattan, quienes antes de leer el diario, no tenían ni la menor idea del mensaje que iban a dirigir a sus ávidas congregaciones al día siguiente. Pero habían anunciado ya los títulos de sus sermones, así que el domingo por la mañana, bajo los títulos «Los *gangsters* y el Evangelio» y «¿Cuándo vendrá el día del Juicio Final?», los dos profetas pronunciaron casi el mismo sermón, en el que decían que, como se veía bien claro, por el testimonio de Sallie Swenson, la razón de la actual ola de crímenes se debía a que las prisiones se habían convertido en lugares de lujo e indolencia, y, por lo tanto, los criminales ya no les tenían ningún miedo. Uno de ellos abogó por que se volvieran a permitir los azotes; el otro, como una novedad, habló del confinamiento solitario y silencioso, durante años enteros, sin que se les permitiera a los presos hacer otra cosa que leer la Biblia y pensar en sus maldades.

Ann se echó a reír al leer el lunes por la mañana aquellos atronadores sermones. Nadie podía tomar en serio aquellas doctrinas que tan atractivas resultaban en el 1800.

Aquella tarde recibió un telegrama anónimo:

Vea sermones reverendos Ingold y Snow en diarios; hoy, al fin, gentes empiezan a descubrir a los lobos con piel de cordero.

A la mañana siguiente, en su escritorio del Hogar Industrial, había diecinueve cartas insultantes, tres de ellas anónimas. Los periódicos trataban de comunicarse con ella, aun antes de que hubiera llegado a la oficina. Ann estaba indignada, dispuesta a luchar, pero decidió —sin duda, equivocadamente—, que la mejor muestra de tacto era evitar a los periodistas, evitar la publicidad. Pidió un día de permiso y se fue a Connecticut, a pasarlo con Pat Bramble, y no volvió hasta medianoche.

Cuando recibió los diarios, al día siguiente, estuvo a punto de volverse loca en medio de los copos de trigo y de la crema. Un periódico bastante sensacionalista, el *Bantter*, había dedicado una página entera al caso de la pobre Sallie y el Hogar Industrial, y había titulado el artículo «¿Tientan al vicio y al crimen las prisiones-palacios?». Varios predicadores más se habían dispuesto a salvar también a la nación. En una entrevista concedida a los periodistas, uno de ellos dijo que, según sus informes autorizados, en cierto reformatorio para mujeres delincuentes la jefa de la institución fumaba cigarrillos con las presas y tenía miedo de darles cualquier orden.

Una organización femenina de Flatbush, que durante muchos meses no había podido obtener ninguna publicidad por muchas resoluciones que tomara contra Rusia, el *whisky*, el ateísmo y los baños para ambos sexos, intentó conseguirlo esta vez con una resolución en la que se condenaba a Ann y se pedía que un comité, nombrado por el gobernador, investigara las actividades del Hogar Industrial. Esta vez obtuvieron lo que se proponían. Su resolución fue publicada dentro de un recuadro, rodeado de una serie de retratos tan borrosos, que las damas que en ellos figuraban podían haber sido muy bien conductoras de ambulancias, íntimas amigas de Safo, o miembros de la Compañía n.° 3 que representaba *Así lo hacen en Francia*. Pero en un letrero que había debajo se decía que eran «damas notables de la sociedad de Flatbush, que protestaban contra la degeneración del sistema penal».

¡Una investigación de un comité nombrado por el gobernador! Muy bien, rabió Ann, ahora se daría mejor cuenta de lo que sentía Barney.

La esencia de toda la página era una entrevista celebrada con la ayudante de Ann, la buena hermana Keast.

En ausencia de la doctora Vickers, que había tenido que abandonar misteriosamente la ciudad, la señora Keast había reconocido, decía el periodista, que posiblemente habían tratado con demasiada lenidad a la señorita Sallie Swenson. Estaban probando el experimento de llevar a las muchachas por el camino del bien, a fuerza de cariño y bondad. La señora Keast no estaba de acuerdo con tal método, quizá porque sus experiencias habían sido más variadas que las de muchas penalistas. Pero su jefa, la doctora Vickers, y otros miembros del personal, eran unas personas tan

excelentes, que no les importaba olvidarse de sus experiencias prácticas y ayudarlas a probar sus teorías.

El más tonto de los lectores de aquella entrevista se habría dado cuenta de lo que la señora Keast quería decir era que, si la nombraran superintendente a ella, acabaría de una vez con todas esas tonterías, dejaría de mimar a los demonios que tenía a su cargo y los convertiría en ángeles, empleando métodos tan nuevos como el encerarlos en una celda oscura, azotarlos y el tenerlos a pan y agua.

Ann subió como un ciclón los escalones de entrada del Hogar Industrial. Antes de quitarse el sombrero, había pulsado ya el timbre para llamar a la señorita Feldermaus.

—¡Diga a Keast que venga!

Y luego, a la auxiliar de delgados labios.

—Keast, ¿concedió usted esta entrevista al redactor del *Banner*?

—¡Oh, en verdad que ha sido espantoso! ¡Cómo iba a concedérsela! Enviaron aquí a un periodista, y yo le dije que no quería hablar con él; lo único que le dije fue que nos alegraba mucho el poder experimentar un nuevo método, ¡y entonces él inventó el resto y lo publicó en su diario!

—Keast, hoy tenía que ir a Filadelfia para hablar en el banquete de un club femenino. Usted irá en mi lugar y lo mejor será que se marche ahora mismo. No podrá volver hasta las últimas horas de la tarde, así que no hace falta que se presente aquí hasta mañana. Aquí tiene las notas, el nombre de la presidenta, el lugar del banquete…, y aquí tiene su billete. Lo mejor es que se marche cuanto antes, no vaya a perder el tren de las diez. Les telefonearé diciendo que va usted. *¡Feldermaus!* ¡Búsqueme en seguida ese número de Filadelfia! Adiós, Keast.

Cuando se hubo desembarazado de la señora Keast, Ann telefoneó a un periodista del *Banner*, un íntimo amigo de Malvina. Él preguntó a otro periodista, éste a otro, y el otro a otro más y, un cuarto de hora más tarde, Ann se informaba de que la señora Keast había escrito ella misma la entrevista que había publicado el *Banner*. El periodista no había agregado más que la introducción y dos párrafos descriptivos.

Ann permaneció aquel día catorce horas en la prisión, desde las nueve de la mañana a las once de la noche, y casi todo el tiempo se lo pasó

sentada en su escritorio.

Cuando la señorita Feldermaus llegó a su casa, agotada y cerca ya de medianoche, le dijo a su familia:

—¡Que, qué día hemos tenido! ¡Pero nos hemos divertido más! ¡Hace meses que no veía gozar tanto a la jefaza! Hace tiempo que estaba un poco decaída, pero hoy, ¡Dios mío!, volvió a ser la antigua Dínamo, ¡vaya si luchó! ¡Todo el tiempo estaba riñendo con alguien, haciéndole morder el polvo… y ella como si nada, riéndose! ¡Qué día… y qué jefa! ¡Dios mío, cómo me gustaría conocer a su chico! ¡Apuesto cualquier cosa a que, ahora mismo, es capaz de vencer a Gene Tunney y a Max Schmeling juntos!

Y, sin embargo, durante todo el día, Ann no hacía más que decirse:

«¡Tratando de *decidirme*! ¡Qué idiotez! Como es natural, han decidido por mí, como yo sabía ocurriría. Ann y Mat solos para siempre. Y siempre, antes que nada, el trabajo. Ningún esposo… ¡Pero espero que Barney vendrá a verme algunas veces y no me odiará porque he vuelto a ser Ann Vickers!».

Sacó el historial que le había estado preparando a la señora Keast, pegó en él la entrevista del *Banner*, haciendo en ella unas cuantas anotaciones, y luego telefoneó al gobernador, que siempre había sido amigo suyo y que había estado dispuesto a apoyarla en todas sus reformas.

—He oído decir que la habían zarandeado un poco —dijo el gobernador —. ¡Espléndido! ¡Así se va preparando para el día en que sea gobernadora!

—¡Que Dios no lo quiera! Los presos tienen que quedarse y aguantar mis discursos, pero un auditorio corriente se marcharía y me dejaría sola a la mitad. Quería leerle unos cuantos hechos acerca de mi ayudante, y enemiga, la señora Keast, que quiere mi puesto, y cuya entrevista, escrita por ella misma, tengo prueba de ello, servirá de base para todos los ataques contra mí… Esa señora Keast es prima de Mick Denver, el líder demócrata; es cuñada de Walton Pybeew, el joven líder republicano, y los dos unieron sus fuerzas para hacerla entrar aquí. Tuvo que dejar la escuela superior de Chemango County, por haber fracasado rotundamente en sus exámenes de segundo año, y desde entonces no ha tenido instrucción alguna. Trabajaba en aquel horrible Reformatorio Fairlea para mujeres, en el Noroeste, el reformatorio aquel donde hubo un motín espantoso, y se le acusó de aceptar

sobornos de los proveedores y de colgar a las recalcitrantes de una viga, con los pies rozando sólo el suelo, de modo que una de ellas murió; pero le echaron tierra al asunto y no la llevaron ante un tribunal… Se limitaron a echarla y entonces ella vino al Este —en el historial había una docena más de ítem— luego Ann agregó—: La he dejado que siguiera aquí, vigilándola constantemente, porque no podía hacer ningún daño, y porque de ese modo los políticos no se metían con nosotras y me dejaban trabajar en paz. Ahora voy a echarla. Si protesta, la acusaré de todo lo que le he leído. Estoy segura de que no sabe que yo sé tanto. Lo que ahora deseo saber es lo siguiente: ¿estará dispuesto a apoyarme?

—¿Está segura de todos sus ítem? ¿Puede probar lo que me ha dicho?

—Sí, tengo documentos y los nombres y las direcciones de varios testigos.

—Entonces la apoyaré. Buena suerte, doctora.

—Gracias, gobernador.

«Me habría gustado —se dijo Ann— haberle llamado Su Excelencia, para que la cosa resultara mejor. Pero me temo que no soy muy buena para esas cosas…».

—¡Feldermaus! Llámeme a la Compañía de fincas rústicas Hudson e Inland de Yonkers. ¡Dese prisa!

Luego le dijo al agente de propiedades que los había acompañado a Westchester a ella y a Russell:

—Habla la doctora Vickers, del Hogar Industrial de Stuyvesant. Usted me mostró unas cuantas casas. ¿Eh? Si insiste, sí, también soy la señora Russell Spaulding. ¿Recuerda aquella casita pequeña que había en Scarsdale… Pirate’s Head Cottage? No, no *quiero* una casa más grande. No me importa un pito, perdón; quería decir… Bueno, en realidad, lo que quería decir es que no me importa un pito los baños esmaltados y los incineradores de basuras. Usted nos pidió cinco mil dólares por Pirate’s Head. ¿Cuál es el precio más bajo que aceptaría el dueño? ¿Eh? ¡Oh, no diga tonterías! —¡ella, que el domingo se había mostrado tan mansa, tan en su papel de la señora Russell Spaulding!—. Yo pagaría tres mil seiscientos dólares, dos mil quinientos al contado y los otros mil cien en dos años. Sí, hable usted con los dueños y dígales que se decidan pronto, o si no retiro mi

oferta. ¿Eh? ¡Oh, no diga tonterías!; nadie compra ahora casas, con la crisis; tienen mucha suerte al recibir siquiera una oferta.

Ann tenía deseos de cantar.

«¡Tengo un hogar para Mat y para mí! Y a lo mejor, Barney querrá vernos algún domingo… Veamos; cuando vaya Malvina, yo me quedaré en la habitación chica y le cederé la grande. Cuando Barney… ¡Precisamente eso!».

El Hogar judío para la protección de muchachas delincuentes, llamó cuando menos lo esperaba y le dijo:

—¿Te molestan esas tonterías de la Prensa…? ¿Puedo hacer algo por ti? ¡Magnífico!

La siguiente llamada telefónica, fue la de alguien que le dijo con voz cansada:

—¿Ann? Habla Pearl… Pearl McKaig. Retiro lo que te dije el otro día… ¡en parte! Me alegro de que te den una buena paliza los reaccionarios. A lo mejor este vapuleo te hace volver con nosotros, querida. ¡Buena suerte, maldita liberal!

Y mientras llamaba a los periódicos, a todos ellos, hablándoles a unos bruscamente, a otros con una falsa alegría, estaba planeando ya la restauración de Pirate’s Head; sembraría narcisos en el jardín, para que florecieran en la primavera, haría un pequeño macizo de dalias y jacintos, con un borde de violetas, y otros dedicados por entero a la flor que más le gustaba, aunque no estuviera de moda, el leal pensamiento, de cara de gato. Mientras hablaba secamente a los directores de los diarios, o los halagaba, le había añadido ya a la casa un baño, pero sólo uno, con paredes de pino blanco y nada de vanos azulejos, y decidió la clase de papel que iba a poner en la salita, agregándole también una repisa en la chimenea blanca: «Veamos…, en aquella tiendecita de Nueva Canaán… se podría encontrar una repisa antigua y muy barata… ¡Hola, sí, sí! Habla con la doctora Vickers, del Hogar Industrial Stuyvesant; quiero hablar en seguida con el director del diario… sí, la doctora Vickers».

Invitó a todos los diarios de la ciudad a que enviaran un reportero, preferiblemente femenino, pero no insistió mucho sobre ese punto, para que recorrieran de punta a punta el Hogar Industrial, hablaran a solas con

cualquier preso o guardián, y se enteraban de la verdad, para poder contestar a los sermones y a las patrióticas damas de Flatbush.

Los periodistas acudieron. Ann los recibió sin demasiada efusión. No hizo más que preguntarles.

—¿Prefieren recorrer la prisión solos o acompañados por un guardián?

Cuando hubieron terminado, le aseguraron que todos eran partidarios suyos y que cuándo podría comer con ellos.

Ann respiró entonces con más tranquilidad, y pudo dedicar un momento a pensar en la clase de alfombras que iba a poner en la escalera de Pirate's Head.

La Compañía Hudson e Inland le telefoneó para decirle que podía tener la casa en las condiciones que había propuesto.

Telefoneó a Flatbush, e invitó a tomar el té a la presidenta del club de «damas de la sociedad».

Reflexionó en la posibilidad, muy remota, de tener por ayudante a Jessie Van Tuyl, en una época santa y criminal en Copperhead Gap, y que ahora dirigía una escuela para trabajadoras en Detroit.

Cuando el último de los periodistas hubo salido del Hogar Industrial, a las once de la noche, Ann besó a la señorita Feldermaus, y le pidió excusas, diciendo:

—¡Pobrecita mía, la he hecho trabajar hoy de un modo brutal! —y luego se fue a casa, tan contenta, que después de haber visto que Mat dormía con los puñitos beligerantemente apretados, se mostró muy amable y cariñosa con Russell, por lo que luego se vio obligada a cerrar la puerta con llave y escuchar tras ella las furiosas protestas de su marido, protestas que, como no podía menos de reconocer, estaban muy justificadas.

El miércoles se levantó muy temprano, para gozar leyendo las rectificaciones acerca del Hogar Industrial, publicadas en todos los periódicos, y los primeros titulares que vio, los del *Record*, decían en la primera columna de su primera página:

DOS JUECES ACUSADOS POR EL GRAN JURADO
DE NUEVA YORK POR RECIBIR GRANDES SOBORNOS

Los jueces Bernard Dolphin y Henry Sieffelt,
acusados de dar un veredicto injusto
en el caso de las cloacas Queens.

EL GRAN JURADO ESTUDIA EN SESIÓN SECRETA
LOS DATOS DE LA INVESTIGACIÓN
Y PUBLICA UN SENSACIONAL INFORME

A Ann le pareció que todos los periódicos hablaban favorablemente del Hogar Industrial. Pero no leyó los artículos. Nunca los leyó.

OceanofPDF.com

XLV

SENTADA al lado de Malvina Wormser, que le estrechaba la mano y murmuraba de cuando en cuando frases indignadas, Ann presenció las cuatro sesiones del caso «Estado, y. B. D. Dolphin». Se olvidó de su propia lucha, y casi llegó a desear que la señora Keast le atacara. Sería un alivio poder lanzarse sobre alguien como la Keast.

Se daba por sentado que las dos mujeres, y ellas mismas lo creían así, eran buenas feministas, ciudadanas decentes y miembros honrados de la clase trabajadora, pero las oprimía su lealtad hacia un hombre que, conforme se iba demostrando en las sesiones celebradas en la sala ahogada y triste del tribunal, no había sido, por lo visto, más que un bribón complaciente.

Al principio, hasta que no se fijó en la mancha de humedad en la pared, que parecía un mapa de África, Ann no se dio cuenta de que aquella sala era la misma en que ella había visto al juez Bernard Dow Dolphin, vestido con sus ropas de seda y saludado respetuosamente por todos los presentes. Ahora, otro juez, vestido también con toga de seda, estaba sentado en el alto sitial, debajo de las doradas fasces que simbolizaban la santidad de la Ley, y cuando *él* entraba, todos se levantaban para saludarle.

Cuando entró por primera vez, Ann pensó un segundo que el nuevo juez era Lindsay Atwell. Pero no fue así. «Eso era lo único que faltaba para completar la ironía del caso», se dijo.

Casi no miró al juez. Lo que vio fue la parte posterior de la cabeza de Barney, sentado, aparentemente indiferente, cerca de la mesa del abogado defensor; miró el rígido perfil de Mona Dolphin, que se hallaba en uno de los extremos de la primera fila, y a los jurados, que no cesaban de mascar

goma, dueños ayer de almacenes y garajes, en aquel instante dueños y señores del honor de un hombre.

El caso era aterradoramente sencillo. Los contratistas de cierta cloaca muy grande habían cedido parte del trabajo a un subcontratista, el cual más tarde les había puesto pleito, exigiendo que le pagaran más. Barney, que presidía el caso, había defendido el derecho de los primeros contratistas, y después de aquello le habían nombrado director de la firma. Por aquella época, además, había depositado en el Banco cien mil dólares, que no podía explicar de dónde procedían.

Era una aburrida lista de cifras, una relación triste de escuchar, algo tan triste y tan fatal como un cáncer.

Pero a Ann no le resultó tan aburrida la segunda tarde, cuando al mirar hacia atrás, vio que Russell Spaulding estaba en la sala y le dirigía miradas furiosas. Se acercó a Malvina y le dijo al oído:

—¡Oh, Dios mío, ahí está Ignatz! No salga conmigo.

Y trató de mostrarse todo lo normal y conyugal que le fue posible, cuando se reunió con Russell al terminar la sesión, y le dijo dulcemente:

—¡Qué caso más curioso! Pero yo no sabía que te interesaba, Ignatz.

Russell se limitó a contestarle con un gruñido, mientras salían al corredor de mármol. Y no dijo más que:

—¡Cuidado! —cuando Barney y Mona se encontraron de pronto con ellos, y Barney se detuvo, sujetando a su esposa de un brazo. Mona se lo quedó mirando, secamente; Russell los miró, frunciendo el ceño; Ann se figuró que ella debía de tener el aspecto de una colegiala a la que han sorprendido con el novio; Barney era el único que parecía alegre y en absoluto azorado.

—¡Oh, Mona, ésta es la doctora Vickers, la directora del Hogar Industrial de Stuyvesant, un reformatorio para mujeres! Es muy buena y comprensiva con las muchachas que yo le mando…, mejor dicho, que le mandaba. Doctora Vickers, mi esposa.

—Y éste es mi esposo, Russell Spaulding, juez.

—Creo que nos hemos visto una vez en casa de la doctora Wormser —dijo Barney.

—¿Sí? No lo recuerdo —dijo Russell con un tono tan ofensivo como pudo.

Mona Dolphin dijo, condescendiente, imitando el acento de Mayfair:

—¡Yo creí que el juez había dicho que su nombre era doctora Vickers, señora Spaulding!

—Así es. Yo conservo en mi trabajo mi nombre de soltera.

—¿Oh? ¿De veras? Muy interesante. ¿Y por qué ha dejado de practicar la medicina?

—No soy de esa clase de doctora.

—¡Oh! ¿Es que hay otras clases? Muy interesante. De veras, creo que debemos darnos prisa, Bernard. Buenos días. Encantada de haberlos conocido.

Y Russell y Ann se quedaron solos en el corredor. Ann vio pasar a Malvina, huyendo del tifón.

Ann se dirigió hacia la escalera.

—¡Aguarda! —rugió Russell—. ¡Hay un par de cosas que vamos a aclarar ahora en este preciso instante, antes de que tengas ocasión de inventar nuevas mentiras! ¿Ese bribón de Dolphin ha sido amigo tuyo?

—¿Por qué «ha sido»? ¡Lo es!

—¡Oh, así que esta vez no me vas a mentir! Así que no «lo ha sido», sino que «lo es». ¡Te prohíbo absoluta y definitivamente que vuelvas a verle, en cualquier ocasión, y eso incluye también el que vuelvas a acudir a este asqueroso juicio, para compadecerte de tu estafador y granuja favorito! ¿Me comprendes?

¡Oh, sí! —Ahora Ann parecía cansada—. Muy bien. Antes de medianoche estaré fuera de tu piso, en compañía de Mat y de Gretzerel y, como es natural, esta vez me marcho para siempre.

—¡Pero, Ann, Ann! ¡No quiero que lo hagas, no quiero que te vayas, y sobre todo, no quiero que se vaya Mat! ¡Quiero mucho a Mat!

Russell lloraba francamente, sin preocuparse de las miradas de estupefacción que le dirigía al pasar un agente de policía.

Antes de medianoche, Ann, el aya y Mat estaban en un hotel.

Las dos hijas de Mona acompañaban a su madre el último día del juicio. Eran tan rígidas y tan frías como Mona y tenían las mismas narices aguileñas que ella. «¡Cómo me odiarían si supieran la verdad!», pensó Ann y se estremeció. Pero no les hizo mucho caso; estaba estudiando las caras de los jurados durante los discursos finales del fiscal y del defensor, apretando desesperada la mano de Malvina al ver la mirada apagada de sus ojos, sus bostezos de aburrimiento, el modo cómo se frotaba en el respaldo de los asientos los doloridos hombros.

«Nunca comprenderán… que Barney no *es* así… que en el peor de los casos no hizo más que lo mismo que los demás miembros de su organización… Que necesitaba el dinero para esas malditas vírgenes cristalinas, no para él mismo… Que si hizo algo malo no volverá a hacerlo… ¡Oh, me entran ganas de ahogarlos!… ¡Nunca le comprenderán!», gemía para sí Ann…, la feminista, la trabajadora social, la experta criminalista.

Febrilmente, contempló cómo el presidente del jurado, un hombre gordo, de gestos desdeñosos, mordía los restos de un cigarro.

Cuando el abogado defensor de Barney, resumiendo el propio testimonio de éste, repitió que su cliente «no podía revelar de dónde procedían los cien mil dólares que metió en aquel tiempo en el Banco, porque eso descubriría una venta de propiedades, muy importante y absolutamente ética, y no sólo obstaculizaría a sus socios en el negocio, sino que los arruinaría, así que ese valiente y decidido silencio por parte del juez Dolphin revela que no es, como ha dicho el fiscal, un timador, que acepta sobornos, sino un hombre que tiene un alto sentido del honor que prefiere sufrir cualquier castigo injusto antes de traicionar a sus asociados descubriendo negocios cuya verdadera esencia es el secreto»; cuando el sabio abogado hubo apelado de ese modo a sus amigos del jurado, con una frente de alabastrina inocencia y ojos tiernamente doloridos, Ann vio que el presidente del jurado movía la cabeza ligeramente y, masticando las jugosas hojas del cigarro, gruñía cínicamente. Y cuando el fiscal rugió, «conforme los abogados de la defensa demuestran más competentemente la sabiduría

del señor Dolphin, su sutileza y su posición, al parecer inatacable, más claramente llegamos a la conclusión de que no podemos contemporizar con su culpabilidad actual e indiscutible», entonces el presidente del jurado asintió con la cabeza y escupió.

El juez fue breve, moderado, generoso y, en conjunto, condenatorio. A las doce, la decisión del caso quedó en manos de los jurados.

Ann trató de marcharse de allí hasta que el jurado volviera. Malvina, le aseguró que aquello era lo mejor que podían hacer las dos. Así pues, salieron al corredor, se pasearon de arriba abajo, cansadamente, y hasta fueron a tomar una leche malteada en un local cercano, dejándola a la mitad y volviendo a la carrera al tribunal, por miedo a que el caso se hubiera juzgado ya.

Barney había salido también con Mona y sus hijas; estaba esperando, con gesto impasible. Al ver a Ann y Malvina, se animó un tanto y se acercó resueltamente a ellas.

—No te preocupes. Ya sé cuál va a ser el veredicto: por algo he sido juez tanto tiempo. ¡Me declaran «culpable»!

Mona y sus hijas, a unos seis metros de distancia, miraban a Ann a través de unos impertinentes imaginarios.

Desesperado, olvidándose de la presencia de Malvina, Barney gruñó:

—¡Oh, Dios, Ann, si al menos pudiera irme contigo antes a pasar un fin de semana, no me importarían los cinco años que voy a pasar en la Penitenciaría de Manawassett! Me figuro que debo volverme con mi familia… ¡Ann!

Ann vio cómo Barney y su mujer e hijas, se marchaban escalera abajo, para aguardar en otra habitación.

Malvina dijo de pronto:

—Me figuro que Barney *es* culpable, ¿no?

—Sí, creo que sí… técnicamente.

—Pues bien…

Aquélla fue toda la conversación que la doctora Wormser y la doctora Vickers sostuvieron acerca de la ética del asunto.

Ann miró un reloj. Estaba segura de que había transcurrido hora y media desde que salió el jurado.

Habían transcurrido exactamente veinticinco minutos.

Podía ir a ver a Lindsay, o mejor dicho, al juez Atwell. Sí, podría hacerlo. Sería una buena idea. Así mataría el tiempo. Y sería agradable. Sí, podía hacerlo… ¡Oh, dentro de un rato; todavía no!

—Podríamos dar una vuelta por el parque —dijo Malvina.

—Sí. Podríamos hacerlo.

Pero no se dirigieron hacia la escalera.

Lo que hicieron fue sentarse en un banco, junto a la ventana.

—En realidad, yo tendría que ir un momento a ver a un enfermo, y volvería enseguida —dijo Malvina.

—¡Oh!

Malvina no se fue.

Habían transcurrido treinta y un minutos.

Cuando hubo pasado una hora, después de haber ido un momento a la farmacia y vuelto enseguida, Ann murmuró:

—Voy a explorar este edificio un momento. Aguárdeme aquí —quería estar sola. Si se quedaba sola, podría pensar en algo para salir de aquella situación.

Pero no lo hizo. Se sentía tan inerme en aquel tren expreso de la Ley, como Lil Hezekiah en las manos del capitán Waldo.

Entonces vio a Barney y a su mujer e hijas. Estaban sentados en una sala vacía, de espaldas a la puerta entreabierta. Cuando Ann se los quedó mirando —sin pensar que los estaba espiando, ya que se tenía por un miembro de la familia—, oyó que Mona decía, con voz aguda y mesurada:

—Las chicas y yo seremos las que sufriremos *de veras*, las que tendremos que soportar la vergüenza de que has cubierto a nuestra familia, mientras tú estás tranquilamente oculto. Pero estamos dispuestas a cargar nuestra cruz cuando tú salgas, y te perdonaremos…

—¿Sí? —dijo roncamente Barney.

Y Ann huyó.

El jurado entró en la sala a las cuatro y siete minutos. El tribunal se llenó tan rápida, tan confusamente, que Ann se vio privada del consuelo de

la presencia de Malvina y se encontró junto a Mona, que tenía a su otro lado a Barney.

—¿Qué le declaráis, culpable o inocente? —preguntó el secretario.

El presidente del jurado gruñó:

—Culpable.

Ann miró a Mona. Los labios de ésta se movían en silencio. Estaba rezando. Entonces miró a Barney. Él rezaba también. Pero no pudo fijarse mucho en los dos, porque ella también estaba rezando.

Cuando los dos ujieres se acercaron a la barra, Barney se levantó, asintió con la cabeza y, saliendo de su sitio, fue a sentarse entre los dos, como un criminal convicto.

El juez no tardó mucho en pronunciar la sentencia. Por lo visto, la tenía preparada desde hacía mucho tiempo. Y terminó así su elevada oración:

«… para que se arrepienta y posiblemente obtenga el perdón, para que día tras día vaya dándose cuenta de que nunca se cometió un crimen con menos justificación, le sentencio a seis años de trabajos forzados».

Los guardianes conducían a Barney hacia una puertecilla de escape. Ann tenía que correr hacia él, para decirle adiós. Pero no pudo. Desesperada, loca de dolor, sin darse bien cuenta de lo que hacía, sin pensar en otra cosa más que en el hecho de que la mujer que estaba a su lado formaba también parte de Barney, agarró febrilmente la mano de Mona.

Mona se soltó de un tirón, se puso en pie de un salto, miró a Ann y gimió:

—¡Oh! —como si le hubiera picado una serpiente de cascabel, y salió a empujones y codazos de la sala del tribunal, mientras Ann permanecía hundida en su asiento, perdido todo el valor, el orgullo y la dignidad.

OceanofPDF.com

XLVI

LA DOCTORA VICKERS estaba despidiendo —ella decía «echando»— a su ayudante, la buena señora Keast.

—Le doy una buena ocasión de dimitir —para hablar con la cobardía con que hablan siempre los patrones—, Keast. Si no lo hace, acabaré con usted. Desde que llegó aquí ha conspirado contra mí. No creo que haya hecho ningún negocio sucio. No, se ha limitado a tratar de echarme. Así que si firma este papel…; es su dimisión, y está escrita muy bien en términos muy modestos; lo sé porque la he escrito yo.

—¡Si cree que va a salirse con la suya, señorita Vickers! Yo tengo amigos que…

—Sí, ya lo sé; anoche, a las once de la noche, fue a ver a su casa al senador del Estado, OToolohan. No, no he empleado ningún detective privado, pero tengo bastantes amigos entre la policía de la ciudad. Creo que no se me ha escapado ni un solo detalle de su complot, todos figuran en mi historia, y como no guardo el original aquí, en mi oficina, no le servirá de nada el tratar de buscar la combinación de mi caja fuerte, después de que me haya ido.

—Usted… Mire, señorita Vickers…

—¡Doctora Vickers, por favor!

—… no me importa lo más mínimo lo que usted pueda tener contra mí. ¡Lo importante es lo que yo sé acerca de usted! ¿Verdad, *doctora* Vickers, *superintendente* Vickers, señora Spaulding, verdad que no le gustaría que se supiera que era usted la amante de un juez venal que está cumpliendo su condena en Manawassett? ¡Haga lo que quiera! ¡Acúseme de lo que le parezca, y ya verá entonces de lo que la acuso yo! ¡Pero no dimitiré!

—Keast, eso demuestra que no me ha comprendido nunca. No me importan un pito sus acusaciones. No me importa lo más mínimo perder mi carrera, con tal de librar a la cárcel de un germen de cáncer como usted. No me importaría dedicarme a los negocios y ganar dinero…; sé que puedo hacerlo… A propósito, ¿por qué no la acusaron de asesinato cuando murió aquella muchacha a la que usted hizo colgar de los pulgares en el Reformatorio de Fairlea? ¿Sabe usted acaso que el fiscal general que la protegió entonces, ha muerto hace dos meses? Bueno, dejémonos de riñas.

Firme aquí, y volveremos a ser buenas amigas, sin guardamos ningún rencor. La señora Keast firmó.

Ann permaneció en su escritorio, dibujando laberintos en el secante y meditando: «¡Qué barbaridad! ¡Tú, la melodramática! ¿Así es como llevas a tu personal? ¡Haciendo escenas de melodrama barato!

»¡No! ¡No me pediré excusas! Esta época es una época melodramática. Los pistoleros se matan entre sí. Se asesina a los primeros ministros. Los aviadores caen con su aparato sobre tranquilas casitas y hacen perecer abrasadas a las ancianas que viven en ellas. Se secuestra y asesina a los niños. Los reyes son echados a patadas de sus países, y se mueren de hambre en hoteles baratos. Se acusa a ministros metodistas de vender acciones falsas y de falsificar elecciones. Los multimillonarios se suicidan y entonces se ve que eran unos falsificadores. Los niños de cinco años juegan a los *gangsters* y matan a niños de tres años, y los *gangsters*, después de “haberle dado un paseo», a un hombre y haberle matado a tiros, corren a sus casas a llevar un ramo de flores a su madre, que aquel día cumple años. Un hindú esquelético, que sólo bebe leche de cabra, desafía a todo el Imperio británico. Se condena a muerte a negros de catorce años, acusándolos de una violación que no han cometido, y los jueces del Tribunal Supremo confirman solemnemente la sentencia. Los submarinos no quieren subir a la superficie, ni los aeroplanos al aire. Se construyen edificios de cien pisos, y los chicos de quince años conducen sus automóviles por las carreteras, a ciento diez kilómetros por hora, algunas veces sin matar a nadie. Una nación de ciento veinte millones de habitantes consiente que irnos cuántos

fanáticos le quiten de beber cerveza y le hagan beber un veneno al que llaman ginebra. Los asesinos famosos se pasean tranquilamente por las calles y cenan con los jueces. Los pares ingleses van a la cárcel por falsificar las actas de sus compañías. Y no creo que hubiera podido soportar el increíble melodrama de la prisión de Barney si no hubiese sido por el pequeño melodrama de Keast. Me gustaría que me atacara. ¡Me enorgullecería decirle a todo el mundo que lo quiero!".

Un día visitó la prisión de Manawassett.

Para ella, experta en prisiones, no había nada de horrible en los sombríos muros que, como una tumba para los muertos en vida, se erguían altísimos, sobre el fondo tormentoso de un cielo de julio; no vio nada aterrador en las siluetas de los guardianes, con un rifle entre los brazos, que se recortaban allí en lo alto de los pretiles; no se aterró al pensar que Barney estaba encerrado allí, convertido en presidiario. Había conocido a demasiados presos para pensar en ellos de modo muy distinto a como pensaba de sus demás amigos. Pero de nuevo pensó en la absoluta y estúpida futilidad de todo aquello, en lo pueril que resultaba que el Estado creyera que los muros de piedras, las puertas con barrotes de acero, la mala comida y la vigilancia de guardianes demasiado brutos para convertirse en conductores de tranvías, iban a convertir a los *gángsters* leales como Bernard Dow Dolphin, en jefes de cánticos de la YMCA.

Le hizo pasar al alcaide su tarjeta oficial, y éste la recibió inmediatamente en su despacho. Mientras se dirigía a él, pensó por un momento con miedo en la suerte de Barney, al mirar un corredor de celdas y percibir el conocido olor a desinfectante, cucarachas, vómitos y malos alimentos, que la decencia del Hogar Industrial casi le había hecho olvidar.

El alcaide era conocido de Ann, y mucho mejor que su prisión. En las conferencias penales habían luchado juntos contra la pena capital, habían luchado por una mayor libertad condicional, porque se pagara mejor a los oficiales encargados de ponerla en práctica y por una educación penal mejor.

—¡Qué sorpresa tan agradable, doctora Vickers! ¿Le gustaría ver nuestra prisión?

—Más tarde, quizá, pero… Probablemente es algo irregular, pero lo que deseo es hablar a solas con el juez Dolphin.

—¡Hum! Sí. Es contrario al reglamento. No debe recibir visitas más que en el locutorio, pero como usted y yo somos colegas, creo que podré arreglarlo… Puede verlo aquí… De todos modos, yo tenía que marcharme media hora… No la molestará nadie.

Ann se preguntó cuánto sabría el alcaide, pero se lo preguntó sin inquietud, sin que aquello le preocupara mucho. Había una sola cosa en su vida de la que nunca podría avergonzarse: de su amor por Barney.

El alcaide le hizo llamar, y Ann pasó un mal momento al oír que le decía a un guardián: «Traiga al número 37 896», y luego la dejó sola allí, abriendo la puerta que daba a la oficina exterior, donde trabajaban media docena de penados, con tristes y viejos uniformes grises. Ann oyó abrirse una puerta, vio que los escribientes alzaban los ojos y oyó que uno de ellos decía en voz alta:

—¡Pero si es el querido juez que me envió aquí, el muy cochino, y ahora mírenle!

Y el otro agregaba:

—¡Caramba, ahora no parece un juez, sino un salteador!

Y otro, simple y suavemente:

—¡Pillo, santurrón!

Barney entró apresuradamente en el despacho, con la cabeza baja, sin verla. Iba también vestido con un uniforme sin forma, de un triste tono gris; estaba sin afeitar y tenía las manos sucias y encallecidas/Cuando alzó los ojos gruñó, sorprendido:

—¡Oh! ¡No me habían dicho nada! —luego cerró la puerta y se quedó junto a ella, vacilante. Un minuto después ella le rodeaba con sus brazos, él apoyaba pesadamente la cabeza en su hombro, y los dos comenzaron a balbucir palabras, extasiados y aterrados.

—Voy a aguardarte, Barney, y a decirle a Mat que vas a volver. Voy a ganar todo el dinero que pueda. Voy a preparar Pírate's Head para cuando salgas…, ¡si es que quieres vivir conmigo!

—Dios sabe muy bien que por mí me iría a vivir contigo enseguida; pero, Ann, tú no querrás que Mat tenga por padre a un criminal.

—Pero ¡si ya lo tiene! Y además, su padre no es criminal.

—¡Oh, sí, vaya si lo soy…; fui clara y francamente culpable, al menos técnicamente, y un hombre que es lo suficientemente decidido para aceptar una posición de importancia, ya sea como juez, senador, cirujano u obispo, no tiene que cometer ni siquiera errores técnicos! Me lo merezco. ¡Escúchame!

Barney se sentó frente a ella. Lo que le dolió a Ann más que su cara pálida, que la aspereza y suciedad de las manos, gordezuelas y suaves a un tiempo, y de las que él se había mostrado tan orgulloso, fue el ver la timidez con que se sentaba. Y él no le habló como antes, fríamente, sino con avidez y ansiedad, como el que ha reflexionado mucho en la soledad y desea explicarlo todo antes de que su interlocutor se canse y se aburra de escucharle.

—Creo que en el caso de las cloacas yo habría dado la misma sentencia, aunque ellos no me hubieran «demostrado su agradecimiento» como lo hicieron… Sí, *creo* que lo habría hecho. Y me consideraba superior a muchos otros jueces. Nadie consiguió que aceptara un soborno por dictar una sentencia que consideraba injusta, y no tienes ni idea de las veces que lo intentaron, en esta bendita época de inmoralidad. Ningún contrabandista de licores pudo conseguir que pusiera en libertad a uno de sus asesinos, ni impedir que enviara a la cárcel a un hombre que había quebrantado la palabra dada a los oficiales del departamento de libertad condicional y se había dedicado de nuevo a la mala vida. Pero ahora sé que fui el peor de los débiles, que intenté contemporizar con todos, que no quise salir del justo medio. No me he vuelto moral; sencillamente, me he vuelto realista. Debería haber sido un juez intachable en todos los aspectos, y no haber aceptado más que un cigarro de cinco centavos de cualquiera de las personas relacionadas con el asunto, o haber aceptado toda clase de sobornos, comprendiendo que todas las ocupaciones de hoy en día, desde

vender pastas de los dientes hasta hablar por radio, no son más que un engaño y que es tonto el hombre que no saca de ellas todo lo que puede. No quise ninguna de las dos cosas. Era respetable… y jugaba al billar con gentes de moralidad más que dudosa y, como tantos ciudadanos puros, sabía que quien me surtía de vinos era un asesino conocido. No era ni lobo ni cordero. Eso es lo que me asquea ahora; mi cautela, mi debilidad. Y eso es lo que quiero reparar cuando salga. Quiero ser un criminal o un santo, si es que el hijo del viejo Mat Dolphin puede ser un santo. Y si tú quieres de veras aguardarme… ¡Oh Dios mío, espero que sí querrás, pero no debes hacerlo, por tu bien, aunque yo desee que me aguardes!; si tú me aguardas, tendré que probar eso de la santidad. Tú tienes inclinaciones de santa, si nos olvidamos de tu ligereza hada mí…, ¡vida mía!

—¡Te aguardaré! ¡Estaré en la misma puerta de la prisión! ¡No podrás librarte de mí!

—Tú ya sabes que no tengo mucho dinero; la crisis por un lado y luego todo lo demás. He arreglado los asuntos para que no le falte nada a Mona y a las chicas. No tengo que volver a pensar en ellas. Más para nosotros y Mat…, las cosas no se presentan tan bien. Yo habré librado del naufragio unos diez mil dólares. Podríamos irnos al Oeste y comprar una granja en cualquier parte, pero me temo mucho que no podremos ver las islas de Grecia, las islas de Grecia, donde vivió y amó la ardiente Safo.

—¡Para lo que me importa! No quiero más que una cosa, verte jugar con Mat, aunque yo siga siendo una profesional, ¡la directora de una prisión! ¡Oh, no sabes lo que me hace sufrir ahora eso; me desgarra, como los dolores de parto, el pensar que yo soy la directora de una prisión… y tú un preso!

—Hay una cosa curiosa, volviendo a lo que te dije antes de que yo había sido un buen juez. Ahora, que soy uno de ellos y que he llegado a apreciarlos, hasta a los que se meten conmigo porque he sido juez, y bien sabe Dios que yo no se lo censuro, cuando veo las buenas personas que son gran parte de los presos, me doy cuenta de que cuando me sentía más severo y virtuoso y pronunciaba las sentencias más duras, era cuando estaba fuera de mi papel y que, a lo mejor, cuando he estado más justo ha sido cuando me sentía sentimentalmente contrario a la ética y trataba a los

delincuentes con más lenidad. Nunca pensé que iba a convertirme en penado. Nunca creí que iba a enamorarme como un loco de una mujer inteligente. Nunca pensé que llegaría a dudar de que los jueces pudieran decidir cuáles eran las circunstancias que exigían el que un hombre se pasara ocho, diez o quince años en un infierno. Por lo visto, no pensé nunca en nada… ¡Oh, no hago más que hablar y hablar! ¡He estado tan silencioso en mi celda, estos dos meses! ¡Cuéntame más cosas acerca de nuestro hijo, háblame más acerca de ti, háblame más!

—¡Tus pobres manos… están muy estropeadas! Deberías estar en una de las oficinas o en la biblioteca.

—No. Me ofrecieron ambas cosas. Pero pensé que en cierto modo era un soborno. Quiero cumplir mi penitencia. Estoy cosiendo sacos de yute. No es gran cosa. ¡Penitencia! Yo solía hablar de eso, con una rectitud vanidosa y antinatural. De todos modos, y sea como fuere, yo no quiero favores. Puedo soportar cualquier cosa. En realidad, el único favor que quiero ahora es que te permitan verme todo lo a menudo que sea posible. ¡Pronto! ¡Viene alguien!

Un beso, único y terrible, antes de que entrara el alcaide.

Desde entonces, Ann le vio una vez por mes; cada mes le resultaba más largo, la perspectiva de los seis años se le hacía intolerable, y sus cabellos se iban cubriendo rápidamente de canas.

OceanofPDF.com

XLVII

ANN SE asombró al descubrir cuánto dinero podía ganar cuando, por primera vez en su vida, dedicó su atención a tan aburrido arte. Llegó a la conclusión de que la cualidad principal de los millonarios no era su metódico plan, su habilidad al elegir sus colaboradores, ni la imaginativa previsión de las futuras necesidades del mundo en asuntos tan fascinadores como la gasolina, los frascos de bolsillo o la harina de avena en paquetes colorados, sino el ser lo suficientemente estúpidos para sacrificar la vida a ganar dinero.

Pero ella iba a preparar una casa para Barney y para Mat.

De momento vivía en un piso, más grande que su antiguo departamento del hotel, pero menos elegante y más barato. Sus únicos lujos eran el aya de Mat, su leche y sus trajecitos de lana blanca.

Había comprado la casa, pero naturalmente, se había dado cuenta de que amueblarla, instalar un baño y arreglar un poco el descuidado jardín costaba muchísimo más de lo que ella había esperado.

Antes había sido una presa fácil para las secretarias de los clubs que le escribían: «Tenemos muchos deseos de que pronuncie aquí una conferencia, pero siento mucho decirle que este año no andamos muy bien de fondos y no podemos pagarle nada más que los gastos de viaje». El asunto de sus conferencias había quedado en manos de un agente, quien prefería claramente el dinero a la fama y, dos o tres veces por semana, Ann hablaba en auditorios, en clubs o en iglesias, desde Hartford a Baltimore, dando conferencias por cincuenta, cien o ciento cincuenta dólares, sobre cualquier tema relacionado con los criminales, el feminismo, la educación y un tópico místico y vago llamado «psicología».

Por medio de Malvina Wormser se le ofreció el escribir para el departamento de un sindicato de periódicos; el departamento se llamaba «Cómo evitar que las muchachas vayan por mal camino». Aquello la asqueaba. Nunca pudo decir qué era más criminal: si la decisión de Barney en el caso de las cloacas, o su periodismo sindicado; pero, de todos modos, en las cálidas noches de fines de verano, cuando Barney llevaba ya tres meses en la prisión, luego en los frescos domingos de septiembre, cuando hubiera deseado agarrar a Mat y huir con él a las colinas de Westchester, y más adelante en las noches invernales, cuando después de medianoche el piso se quedaba helado y ella tenía que echarse un abrigo sobre la bata y el camisón de franela, seguía trabajando en sus contestaciones —a veces, cuando la cosecha verdadera era escasa, en las preguntas y en las respuestas —, a las muchachas trabajadoras, y a las muchachas pueblerinas o a mujeres asustadas que querían amar a alguien sin exponerse, saber si un amante sobrio era preferible a un esposo borracho, qué había que hacer para volver a convertirse en un ser humano, después de haber sido deshumanizada por un «reformatorio», y si las medias de seda eran siempre un camino seguro hacia la horca.

En el estilo de Ann no había ninguna de las *fines herbes* de la literatura, no había perifollo alguno. Su modo de escribir recordaba más bien a un honrado picadillo de carne. Pero hablaba con tal seriedad, se esforzaba de tal modo por ser sincera, que logró impresionar a unas docenas de miles de lectores, desde Bangor a San José, y desde luego, obtuvo esa infalible prueba del éxito que es la censura de los amigos.

Russell, uno de los muchos días en que la llamaba en vano para hacerse invitar, terminó un coloquio especialmente ácido con la frase siguiente:

—¿Sabes lo que más me hace reír? ¡El que me acusaras duramente de ser mercenario cuando me dediqué a los negocios, y que después te hayas dedicado a escribir esas tonterías para los periódicos!

Pearl McKaig le telefoneó para decir que, con sus artículos, no contribuía en nada al plan quinquenal de la URSS. Pero Malvina, que entendía tanto de literatura como un conejo, le dijo:

—¡Escribes unos artículos estupendos, querida, y a veces muy llenos de significado!

Y Barney, cuyo gusto literario era excelente —sus autores favoritos eran Hernán Melville, Samuel Butler, Saki y P. G. Wodehouse…—, no vio nunca los artículos, no supo nunca que los escribía.

Ann tomó la costumbre de visitar las agencias de turismo, las oficinas de los ferrocarriles y los despachos de las compañías de urbanización, para robar folletos donde se anunciaban quintas y ranchos del Oeste. Todos ellos parecían una descripción del Paraíso. Diariamente Ann se veía, con Barney y Mat, en un huerto de cerezos en el Valle de Santa Clara, o en un huerto de manzanos, cerca del río Columbia. Gozaba viendo las fotografías, brillantemente iluminadas, de montañas y caminos de herradura, o de casitas semiocultas entre huertos de naranjos. Pero nunca apreció mucho los escenarios, por sí solos, y siempre veía en ellos un lugar tranquilo, seguro y alegre para su hombre y para su hijo.

Además de estas tareas tenía otra más. Luchaba constante e inescrupulosamente por obtener el perdón de Barney. Consiguió que la nombraran miembro del comité que la Federación estatal de clubs femeninos había nombrado para inspeccionar las prisiones, y de ese modo estaba en estrechas relaciones con los consejeros del gobernador y podía hablar constantemente y con sagacidad —o al menos eso pensaba ella— de las virtudes de Barney, agregando que el haber sido condenado era castigo más que suficiente para un hombre como él.

En el comité se dio cuenta de que la Gran Mujer, la doctora Ann Vickers, no era un personaje tan prestigioso como lo había sido antes. Respetaban sus conocimientos, pero la vigilaban. Comprendió que, aunque había logrado hacer callar a la señora Keast, debían de correr rumores respecto a su «moralidad». Y Ann, la niña que asistía a la escuela dominical de Waubanakee, la doncella de Point Royal y de la YWCA, no se preocupó lo más mínimo por eso, con tal de mantener un resto de apariencia de virtud, hasta conseguir que pusieran en libertad a Barney.

Lo más duro de todo, casi tan duro como el ver que sacaban a Barney del tribunal, fue el entrevistarse con el juez Lindsay Atwell para pedirle que intercediera por él.

Había visto a Lindsay unas tres veces, en los cuatro años transcurridos desde su ruptura, y siempre de un modo casual, en recepciones o reuniones de algún comité; se habían informado cortésmente de la salud de los cónyuges de ambos, habían contestado mentirosa y apropiadamente, y en general se habían mostrado fríamente cordiales.

Le telefoneó y luego fue a visitarlo a su despacho, situado a unos pocos pasos de distancia de aquel lugar horrible, donde habían acabado con Barney…, donde Barney había acabado con tantos otros.

Lindsay estaba más gris, más delgado, más parecido que nunca a un galgo viejo.

—¡Cuánto me alegro de verla, Ann!… ¿Puedo seguir llamándola así?

—Desde luego, Lindsay. Espero que siempre me llame así —repuso Ann.

—Tiene un aspecto magnífico. ¿Y su esposo, qué tal está?

—¿Se refiere a Russell?

—Pues…

—¡Claro! ¡Qué tontería!; no sé en qué estaría pensando. Bueno, para ser franca, le diré que he roto con Russell. Hace muchas semanas que no lo veo.

—¡Oh, *cuánto* lo siento!

—¡No lo sienta! A mí no me importa lo más mínimo. Nos separamos muy buenos amigos. Sencillamente, habíamos comprendido que no podíamos seguir viviendo juntos.

—¡Oh, sí, sí! Pero su hijo…; he oído decir que había tenido un hijo; me alegré mucho, Ann y, ¿hace falta que le diga que le tuve envidia? Lo siento mucho, pero no recuerdo muy bien si era niño o niña…

Pero no llevaban ni diez minutos cambiando idioteces amables, cuando Ann exclamó:

Lindsay, necesito su influencia para algo que es muy importante para mí; algo que está muy cerca de mi corazón, aunque usted me tenga por una sentimental. Quiero que consiga el perdón del juez Bernard Dolphin.

Lindsay se irguió, rígidamente.

—¿Dolphin? Pero ¿por qué le interesa de ese modo?

—Es un amigo de… de Malvina Wormser y, por lo tanto, un gran amigo mío.

—Yo habría creído que sus únicos amigos, si es que le queda alguno, tiene que perdonarme mi cinismo, ¡pero no olvide que yo lo *conozco* que sus únicos amigos eran los políticos fulleros y los contrabandistas de licores!

—¡Usted no lo conoce! Tenía, o mejor dicho, tiene, un gran vicio, que es también una virtud: el de ser leal al grupo en que se encontrara. Jugó el juego de los demás, como se dice.

—¡Y como se dice, mi querida Ann, jugó un juego muy sucio! Yo me pregunto si usted se da bien cuenta de lo que significa para mí el honor del Tribunal. No debe pensar que soy demasiado estrecho de miras, demasiado severo, si le digo que yo siento por Dolphin lo que usted sentía por aquel despreciable alcaide o lo que sea, creo que usted le llamaba «capitán» o no sé qué, de Copperhead Gap. Creo que usted sabe bien cuán profundamente la estimo, mejor dicho, la quiero. Con toda humildad reconozco que en las épocas en que nos veíamos, y ha sido mi timidez más que mi falta de ganas lo que me ha impedido verla últimamente tanto como deseaba; como decía, en aquellos días usted era la que tenía una idea más apasionada, más elevada de la ética social. Pero ahora…, absolutamente no.

No haré nada para impedir, de palabra o de obra, que ese hombre deje de cumplir enteramente su condena, altamente merecida, por haber pecado contra el templo al que servía.

«¡Maldita sea su pureza! ¡Maldita sea su virtud! ¡Ese hombre no tiene en sus venas la sangre suficiente para saber lo que es una tentación! ¡Y especial y particularmente, malditas sean sus frases redondeadas!», pensó Ann en el ferrocarril.

Pero maldecía de un modo débil e incompetente, refugiándose en sus maldiciones para ocultarse la triste certeza de que Barney seguiría encerrado, separado de la vida y separándola a ella durante el resto de su sentencia.

Y durante el mes siguiente, el mes de abril, dos años después de su excursión al valle de Virginia y once meses después de la condena de Barney pensó tantas veces en la muerte que sólo la presencia de Mat, sus graciosas sonrisas, sus primeros pasos, sus balbuceados «mamás», le impidieron buscar aquella salida.

Hacía mucho calor en el mes de mayo y, aquella tarde, su trabajo para el periódico le resultaba insoportable, su piso le resultaba intolerable. Vivía en la calle Ciento Ocho, lo suficientemente cerca de Central Park para que Mat pudiera gozar de la hierba, de los árboles y del aire puro; pero aquel trozo, pasado ya East River, estaba plagado de negras escaleras de incendios, cervecerías, tiendas de carbón y de hielo situadas en oscuros sótanos, carnicerías judías, cafés húngaros y, entre las abigarradas casas de la vecindad, alguna casita de madera, resto de las casas de hacía cien años. Aquel barrio no era del todo un suburbio, pero se distinguía de éstos por ser aún menos alegre. En los umbrales de las puertas no se veían judías viejas, charlando, envueltas en sus chales; los niños que jugaban al fútbol y caían bajo las ruedas de los camiones eran menos alegres que los gitanillos hambrientos de los suburbios. Pero eran lo suficientemente ruidosos, y, en aquella tarde caliente, y cuando todas las ventanas estaban abiertas, sus gritos le hacían a Ann el efecto de martillazos en la cabeza. Se asomó a la escalera de incendios y aspiró el olor a pescado frito y a col y la humedad que subía de los lavaderos.

En los cuatro largos años que Barney tenía que permanecer aún en la prisión, aunque le acortaran un tanto la sentencia por su buena conducta (¿se llegarían a conocer sus relaciones, perdería su reputación y su empleo?) y en aquella época de escasez de trabajo, ¿tendría que aceptar el primer empleo que le ofrecieran? Pero, de repente, la escasez de los empleos había empezado a aterrar a miles de feministas independientes que

en otros tiempos solían decir con despreocupación: «¡Oh, que se vayan al diablo mi padre, mi esposo y mi jefe también! ¡Después de todo, siempre puedo servir las mesas en un café!». Pero ya no podían servir las mesas, no podían hablar con despreocupación. Era una época magnífica para los jefes masculinos, excepto cuando ellos perdían también su empleo.

Mat, fresco y puro, ¿tendría que jugar en la calle con los demás niños, entre montones de ceniza, periódicos viejos y cubos de basura?

Ann se dio cuenta de que alguien llamaba a la puerta. Su casa conservaba todavía cierta elegancia, gracias al portero, aunque en realidad no tuviera gran cosa de portero; ni las riñas ni las propinas lograban convencerle de que debía telefonear cuando llegara una visita, y a la puerta llamaban constantemente toda clase de vendedores y mendigos. Ann suspiró, volvió a su mesa y leyó lo último que había escrito. «… así que las muchachas que crean que tienen que rebelarse contra sus padres, deben leer el famoso *Rey Lear* antes de decidirse…».

Volvieron a llamar, y ella contestó descuidadamente:

—¡Oh, entre! —aparentemente no le contestaron. Alzó los ojos, Barney Dolphin estaba en el umbral de la puerta.

Ann se le quedó mirando con la boca abierta y siguió sentada, jadeando, temblorosa. Luego la vida volvió a ella, se dio cuenta de que realmente era Barney, corrió hacia él, gimiendo, y lo hizo entrar, cerrando la puerta. ¡A lo mejor se había escapado de la cárcel! Hizo que se sentara en una silla, se arrodilló junto a él, le cogió sus pobres manos y se las besó.

—Sí. Todo se arregló. El gobernador me ha perdonado hoy. Estoy en libertad condicional. ¡Alégrate! ¡Ann, vida mía, vida mía! —y apoyó la mejilla contra sus cabellos y sollozó como Ann no había podido sollozar nunca.

Ann quiso enseguida atenderle. Fue a la cocina a prepararle un *whisky* con soda, pero antes de partir el hielo, tuvo que volver tres veces para cerciorarse de que seguía allí. Él se había dominado ya y trataba de aparentar tranquilidad, de sentarse erguido en la silla, pero volvía a agacharse enseguida.

Su cara tenía ese tono gris que sólo se conoce en las prisiones y en los hospitales. Tenía los labios apretados, aquellos labios que habían sido tan

sonrientes. Parecía que le habían cortado los cabellos con unas toscas y romas tijeras de jardín. Llevaba las ropas arrugadas. Pero sus miradas fueron lo que más le dolieron a Ann. La seguían a todas partes, como rogándole que se cuidara de él, como rogándole que le dejara permanecer allí un momento, hasta que recobrara el aliento.

Más en su interior, cantaba: «¡Yo lo curaré…, curaré sus labios, sus ojos y sus manos!».

Él bebió un trago del *highball*, murmurando:

—¡Dios mío, el primero que tomo en un año! Oye…

—¡Espera! ¡Antes de que hables! —corrió al dormitorio, trajo un par de zapatillas, le desabrochó los zapatos y se las puso.

—¡Pero si me están bien! Cómo…

—Las compré hace un año, Barney. Te estaban esperando.

—¡Hum! ¡El servicio de aquí es mejor que el de la cárcel! —dijo él, casi sonriendo.

Ann recordó en un instante de terrible vergüenza el amor que tuviera en un tiempo a las rojas zapatillas del capitán Lafayette Resnick. La vida se repetía siempre… aun en lo de las zapatillas. Pero se olvidó de todo ello al exclamar:

—¿Qué ocurrió, Barney, qué es lo que ha ocurrido?

—Pues, la verdad, creo que tu amigo el juez Lindsay Atwell me ha ayudado bastante.

—¿De veras? ¡Oh, es maravilloso! ¡Y yo que le juzgué tan mal!

—Sí. Presidió un comité de abogados que fue a ver al gobernador, y le habló de un modo tan virtuoso, insistió tanto por qué me condenaran, por lo menos, a cadena perpetua, que me figuro que el gobernador acabó por ponerse furioso. Me perdonó de pronto, sin avisar a nadie. Esta tarde, el alcaide, estuvo en el taller de sastrería. ¡Si vieras qué buen cortador soy ahora! Sonreía, y a mí me entraron ganas de clavarle las tijeras. Pero entonces me dijo: «Juez, venga a mi despacho», y allí me dio la noticia; luego me hizo cambiar de ropa en su misma casa, y yo estaba tan aturdido que, antes de que me diera cuenta de lo que pasaba, me encontré en el tren y… ¡Dios mío!…, ¡libre! ¡Puedo pasearme por las calles! ¡Puedo hablar con los desconocidos! ¡Puedo entrar en una biblioteca pública! ¡Puedo

comprar cigarrillos! ¡Puedo venir a verte! Todavía sigo aturdido. Debo de tener un aspecto horrible. Pero no me vencieron, no del todo. Me recobraré, si me ayudas…, ¡si quieres aceptarme!

Ella le dijo lo que era de esperar.

Él se frotó los ojos y dejó el vaso a medio llenar.

—Creo que lo mejor será no beber mucho. No estoy aún acostumbrado. No, me había olvidado, no es eso todo. Los periodistas se habían enterado no sé cómo de la noticia, aunque era demasiado tarde para los diarios de la noche, y me estaban aguardando en las dos puertas de la penitenciaría. El alcaide me hizo salir, echándome una blusa sobre mi traje y haciéndome conducir en un camión del lavadero…, la única cosa útil que he hecho, además de conocerte a ti. Así que, ahora, los periodistas deben de andar siguiéndome la pista. Me figuro que esta noche tendré que ir a Long Island. Pero, Ann, mi Ann, necesitaba gozar unos minutos del paraíso, antes de enfrentarme con ellos… y con ella.

—¡No irás! Vas a quedarte aquí, esta noche. ¡No! Vas…

Corrió hacia el teléfono, diez años más joven, un siglo más alegre.

—¿Compañía de alquiler de autos O’Sullivan? Quiero un auto enseguida, para ir a Scarsdale. Para la doctora Ann Vickers, superintendente del Hogar Industrial de Styvesant. En mi piso de la calle Ciento Ocho. Ahora mismo.

Luego se arrodilló junto a él, más tranquila.

—¿Recuerdas que compré la casita? No hay más que tres habitaciones, que están realmente amuebladas, pero esta noche nos vamos allí, para pasar nuestra verdadera luna de miel. Yo tendré que venir todos los días, pero volveré a la noche, y tú te quedarás allí hasta que te sientas con fuerzas para ver a los periodistas y… a Mona y a tus hijas. ¿Puedes hacerlo?

—¡Sí!

—Mientras tanto, tus abogados arreglarán lo que sea necesario y se entrevistarán con los periodistas: les dirán que te has ido a hacer un crucero en yate, para recuperarte de tu injusto encarcelamiento; cualquier mentira que te parezca, querido.

—Muy bien. ¿Quieres que empiece mi nueva vida de hombre moral?

—Exactamente. ¡Esta familia ha sufrido ya demasiados martirios, amor mío! ¡Y todavía no te he besado! ¡Y yo que no he soñado con otra cosa, durante un año! —dijo incrédula.

—A lo mejor ya no necesitamos besarnos.

—¡Espero que no sea así!

—Bueno, pero a mí no me asombraría el que descubriéramos que nuestras naturalezas se habían vuelto demasiado etéreas por el castigo. ¡Oh, Dios mío, Ann, no puedo creerlo!… Es imposible. ¡Estoy contigo, y libre! ¡Hasta puedo hablar todo lo que quiera!

Antes de que el auto fuera a buscarlos, él entró de puntillas en el *nursery* y permaneció largo tiempo contemplando a su hijo, que dormía serenamente, idealmente hermoso y puro, iluminado por la tenue luz. Un absurdo mono de franela gris, con gorrita roja, yacía a los pies de la cuna. Barney besó a Mat, se alejó silencioso y Ann vio que sonreía. Ella fue la que tuvo que luchar por contener sus lágrimas, al ver lo triste que era la sonrisa.

Durante todo el camino, hasta llegar a Scarsdale, él le estrechó firmemente la mano, aun cuando se inclinaba para besarla. Pero hablaron sin apasionamiento y fueron lo suficientemente realistas para hablar de asuntos financieros. Él tenía unos ocho o diez mil dólares y Ann le confesó orgullosamente que había ahorrado dos mil, además de pagar en parte la casa.

—Podemos irnos al Oeste, donde nadie sabe quiénes somos —le dijo—, comprar una granja y vivir allí hasta que vuelvan a admitirte en los tribunales, o lo que sea.

—Probablemente venderé mientras tanto fincas rústicas —repuso—. No me doy mala maña para esas cosas.

—Pero, ante todo, arreglemos nuestros asuntos. Russell se divorciará de mí cuando se lo pida. Creo que Mona hará lo mismo, ahora… ¿O prefieres no divorciarte?

—¡Claro que quiero divorciarme!

—Mientras tanto, seguiremos viviendo tranquilamente juntos. ¡Que el escándalo empiece de una vez! Me echarán, pero, ¡voy a pasar tan buen rato denunciando a los políticos, incluso a un senador del Estado que me ofreció

una vez diez mil dólares por que dejara escapar a una muchacha! Será una lucha final y magnífica. Y entonces, me dedicaré a buscar otro trabajo; siempre tendré que trabajar, ya puedes ir haciéndote a la idea: ¡el amor me ha vuelto aún más feminista! Y, como estamos dispuestos a aceptarlo, a lo mejor no hay tal escándalo. Pensarán que tenemos algún motivo oculto. ¿Te gusta lo que digo?

—¡Me encanta! Yo descansaría un mes. Pero Ann, querida, yo no puedo quedarme tranquilamente en casa, arreglando el jardín, mientras tú luchas y te ganas la vida. Si pudiera descansar un mes, y luego irnos al Oeste y comenzar a trabajar enseguida, eso me gustaría mucho. Pero ser huésped tuyo meses y meses… ¡Casi llego a desear que no hubieras comprado la finca!

—¡Oh, bueno! Me figuré que a lo mejor pensarías así, y ya me he procurado otro comprador que se quedaría con ella por un precio moderado. Pero pensé que lo mejor era no decirte nada hasta que no supiera lo que pensabas. ¿Qué te parece si nos fuéramos a Oregón, tú, Mat y yo, y viviéramos entre montañas, cosechando manzanas?

—La verdad es que no me gustaron nunca las manzanas. Me parecen una fruta muy fría. Pero me gustaría pasar un año en las montañas y luego… —bajó la cabeza, se rascó un momento la barba, y dijo, seriamente —: Ann, creo que me voy a poner a trabajar de veras y voy a ganar un millón de dólares vendiendo propiedades.

Ella no le creyó. Habían pasado los días en que era posible ganar esas fortunas. Pero le encantó el que, en menos de dos horas, el hombre abatido y tímido se hubiera convertido en el niño jactancioso y ambicioso que todos los hombres sanos llevan en el fondo de su corazón.

Él le preguntó, preocupado:

—Tú dices que no te preocupa el escándalo; pero ¿no crees que las cosas serían más fáciles si renunciaras a tu puesto?

—No. ¡Tú no lo harías! No creo que haga nada que me obligue a dimitir. ¡Encuentro tan normal y moral vivir contigo! Y no creas que me serviría de nada el renunciar. Pensarían que quiero huir.

—¿Y no piensas en el efecto que el escándalo puede producir con el tiempo en Mat?

—¡Oye bien! Ésta es una nueva época. Cuando Mat tenga dieciséis años tendrá que mirar un diccionario si quiere saber lo que significa la palabra «escándalo». ¡No! Mi lema me viene de un viejo pirata, el Duque de Wellington: «¡Publicadlo, e idos al diablo!».

Llegaron a la finca, y como ella lo amaba tanto, le evitó aquella noche la tarea de admirar sus estantes para libros, sus ropas de cama, sus muebles pintados. Hasta que salió la luna permanecieron fuera, estrechamente abrazados, tan seguros de la vida que no cambiaron una palabra.

Cuando ella se despertó, al día siguiente, él había desapareado del dormitorio del piso alto. Ann se sintió verdaderamente aterrada. ¿Y si se hubiera escapado realmente de la prisión y hubiera estado simplemente una noche con ella? Corrió hacia la ventana y se detuvo, riendo entre dientes.

Barney se paseaba por el jardín, en mangas de camisa, fumando la pipa. Una vez se detuvo y movió la pipa. Ann comprendió que debía de estar buscando un sitio mejor para plantar un macizo de rosales.

Cuando bajó, él había preparado ya el desayuno.

—¡Te has portado de un modo maravilloso, Barney!

—¿Está bueno el café? ¿Verdaderamente bueno?

—¡Magnífico! —y, por rara coincidencia, lo estaba.

—Bien, bien, me alegro mucho, Ann.

—Sí, milord.

—Creo que has plantado en muy mala tierra esos rosales. Tendrás que emplear una cantidad enorme de fertilizante.

—Sí…

—Y, en tu caso, yo no me apresuraría a vender esta casa, aunque nos fuéramos al Oeste. Hemos hecho, debería decir has hecho, una inversión excelente.

—Como es natural, yo haré lo que tú quieras.

—Mientras estaba en la cárcel leí tu artículo sobre la relación entre el crimen y la tuberculosis, el artículo que publicó el *Journal of Economics*.

Yo me opondría a tus cifras. ¿Quieres que las comparemos?

—¡Oh!, ¿de veras quieres hacerlo? Eres demasiado bondadoso. ¡Oh, Barney! —dijo humilde y extasiada la Mujer Cautiva, la Mujer Libre, la Gran Mujer, la Mujer Feminista, la Mujer Doméstica, la Mujer Apasionada, la Mujer Cosmopolita, la Mujer Pueblerina… la Mujer.

Él se paseó por la habitación. Horrorizada, Ann vio que seguía inconscientemente un modelo fijo: nueve pasos hacia arriba, dos pasos al dar la vuelta, nueve pasos hacia atrás, otros dos de vuelta, nueve hacia arriba, sin cambiar nunca, mientras gruñía:

¡Aunque hace falta tener toda la frescura del mundo para criticarte en algo, querida!

Ann dijo, tratando de emplear el tono más normal posible:

—¿No se te ha ocurrido pensar, Barney, en que los dos estamos ahora fuera de la prisión y que deberíamos tener el suficiente sentido común para alegrarnos de ello?

—Pero ¿cómo?…

—Tú, tú y Mat, me habéis sacado de la prisión de Russell Spaulding, de la prisión de la ambición, de la prisión del deseo de alabanzas, de la prisión de mí misma. ¡Hemos salido de la prisión!

—¡Sí! ¡Tienes razón! —y volvió a pasearse por la habitación, pero su recorrido ya no era de nueve pasos por dos.

OceanofPDF.com



SINCLAIR LEWIS, (Sauk Center, 1885 - Roma, 1951). Novelista y dramaturgo estadounidense cuya obra expresó la falta de espiritualidad del hombre medio norteamericano; autor de la célebre novela *Babbitt*, fue en 1930 el primer premio Nobel estadounidense. Estudió en la Universidad de Yale y trabajó como reportero y editor literario durante algunos años. Su primera novela célebre fue la satírica *Calle Mayor*, que dividió las opiniones de la crítica. Por un lado le recriminaban el presentar una visión inexacta y poco justa de la vida norteamericana, mientras que otros argumentaban que la novela era implacable pero acertada con los vicios y falsedades propios de la democracia.

La salida de *Babbitt*, en 1922, concitó también mucha polémica, por los matices encerrados en la aparentemente simple historia de un típico hombre de negocios norteamericano, que encarna el sentido común, pese a ser a la vez tan contradictorio que cree en cosas que nunca lleva a cabo. La palabra *Babbitt* se integró rápidamente al vocabulario de la nación, para significar

el prototipo del hombre medio norteamericano, con todas sus connotaciones peyorativas.

Luego publicó otras dos novelas: *Trampa humana* (1926) y *Elmer Gantry* (1927), esta última una aguda sátira donde retrata la figura de un apócrifo pastor infiltrado en la iglesia protestante. La obra provocó gran escándalo entre los ministros de la iglesia y entre no pocos de sus fieles. En 1928 dio a conocer El hombre que conoció a Coolidge, que arremetía contra la práctica de la política en Estados Unidos. *Dodsworth* (1929), por su parte, es un análisis de la mujer de clase media norteamericana, y *Obra de Arte* (1934), describe y juzga las costumbres de la industria de hostelería en Estados Unidos. En 1936 apareció *Eso no puede pasar aquí*, donde describe las consecuencias que traería una dictadura fascista en Estados Unidos, y como dramaturgo colaboró en adaptaciones para la escena de algunas de sus novelas. Finalmente, su agudeza comenzó a declinar y se dedicó a trazar retratos más pasivos de la vida burguesa.

Con el tiempo, la crítica respecto a su obra permaneció dividida. Unos le reprochan su estilo naturalista y un realismo que linda con lo periodístico, atribuyéndole poca capacidad artística y creativa. Otros críticos, sin embargo, creen que aunque no sea precisamente un estilista, creó valores perdurables con su capacidad satírica y su mirada descriptiva y combatiente sobre la sociedad norteamericana, que ha generado escuela por su enfoque moral de la realidad. Rechazó el premio Pulitzer, que se concedió a su novela *Arrowsmith* (1925), por considerarlo un galardón conservador.

OceanofPDF.com

Notas

[1]

Sonad, sonad, campanitas,
sonad durante todo el camino
y que vuestro campaneo me acompañe
cuando voy en mi trineo. <<

[2] LL. D., abreviatura de *legum doctor*, o sea, doctor en leyes. (*Nota de la traductora*). <<

[3] *two-step*: la forma más común y extendida de bailar música *country* en Estados Unidos. <<

[4] YWCA (Young Women’s Christian Association). Asociación Cristiana de Muchachas. <<

[5] *Welsh-rabbit*. Comida compuesta de queso y manteca fundidos, que se sirve sobre tostadas. <<

[6] Doctor en filosofía. <<

[7] *Hausfrau*: ama de casa (en alemán). <<

[8] Settlement Houses, o Corlears Settlement Houses significa más o menos *casas de asilo* y cultura para inmigrantes. (Nota de la traductora). <<

[9] Por referencia a la señora Carrie Pankhurst, una de las fundadoras del movimiento sufragista en Inglaterra. <<

[10] *high balls*: cócteles, combinados con alcohol. <<

[11] *yiddish*: Lengua hablada por los judíos de origen alemán, que se formó con elementos del hebreo, francés antiguo, alto alemán y dialectos del norte de Italia. <<

[12] *kosher*: Los alimentos que se ajustan a las regulaciones dietéticas de las leyes judías. <<

[13] Los párrafos iniciales del Cap. 17 fueron omitidos. Lo que dice el original en ingles es:

Just as it is felony to help a condemned murderer cheat the state of its beloved blood-letting by passing poison to him, so that he may die decently and alone, with no sadistic parade of priests and guards and reporters, so is it a crime to assist a woman condemned to the tittering gossip that can be worse than death by helping her avoid having what is quaintly known as an "illegitimate baby" —as though one should speak of an "illegitimate mountain" or an "illegitimate hurricane." A physician who keeps a rich woman abed and nervous is a great and good man; a physician who saves a girl from disgrace is an intruder who, having stolen from society the pleasure of viciousness, is rightly sent to prison. It is, then, difficult for respectable people to find an abortionist; it is only the notoriously sinful who are rewarded for their earnest cultivation of vice by being able to find ways out of its penalties.

Had Ann been a pickpocket or a professional gambler, she would have had no difficulty in unearthing an abortion ist on whom she could depend to care for Tessie Katz. Being an industrious servant of humanity (at something like a quarter the salary of a good insurance saleswoman and a tenth that of a pleasantly bawdy actress), it was as hard for her to get information about abortionists as about unclaimed diamond mines. She whispered to fellow settlement workers, she hinted to Dr. Malvina Wormser, and it was not till she remembered that Eleanor Crevecoeur was happily living in sin that she found the address of the savior. (Eleanor had six addresses of what were called "specialists," guaranteed to be careful, cheap, and discreet, all neatly noted down, with telephone numbers, in her little black book.) It was a youngish Italian doctor on East Broadway who was most recommended. Ann called on him and found him brisk, chuckling, cinematographically professional with his quirked mustache and tiny beard.

“I, uh—I want to speak to you very privately,” hesitated Ann, feeling rustic, not at all like the crisp social worker. In the curtained fastnesses of the consulting-room (where no one overheard them save the doctor’s nurse, his secretary, and a fellow savior, comfortably awaiting him behind the curtains) Ann ventured, “Doctor, I’m a resident at a settlement house. There’s a poor girl there, just a working girl, on low wages, who—well, she got into trouble. The man won t marry her, and her parents would turn her out. It would be a great mercy to help her. Of course she has no money, but I’d—I don’t get a high salary, but I d see you were paid, and right away, if you’d make it reasonable.”

The doctor yelped with laughter. (He was a kindly person, who was supporting three relatives in America and five in Italy. He played the clarinet and was a champion swimmer.) He stood over Ann’s chair, caressed her shoulder, and insinuated, “Now, now, little girl! You don't have to be shy with the doctor. That’s our business! Wartime—I know how it is. Maybe I’ll go over to the Piave myself—and Lord knows how many angry girls I’ll leave behind! Sure—wartime—perfectly normal, darling—and you look like a grand sweetheart! When did you have your last period?”

“When-I tell you, it’s not myself! How could you!

Ridiculous! I tell you, it’s a Jewish girl who’s one of my charges.”

“And you’re going to pay for her, on a reformer’s salary ? Hmmmm. Well, you’ll have to—even docs have to live, you know—I’ll have to ask you to pay for her in advance.”

“Very well. How much?”

“Why—why-Well, fifty dollars is the very least I can do it for, and that’s pure charity.”

“Very well. When shall I bring her? (I’ll have the money with me.) And how much would it cost you to keep her here or some safe place for three or four days afterward, so there won’t be so much danger?” “Ten dollars a day. Got a fine room upstairs. That includes a nurse, part-time, and I’ll

keep a close eye on her, just like she was my own sister. Sure, I'll do her a fine job. You'll be satisfied—why, sure, I betcha you'll be sending me all the girls from the settlement. You're a fine educated young lady—I could tell, the minute you come in—I was just joking about thinking it was you and not the Yid.". <<

[14] Otro párrafo del Cap. 17 omitido:

Tessie's operation was (unlike some of them, Ann had to admit) safe and competent. In a week she was back at work, a little silent, her rouge standing out more than formerly on her drained cheeks, but rescued from her sentence of social death. They became friends, Ann and the fur worker. Tessie had learned many unholy and fascinating things from the Italian doctor and his lively nurse. Ann discovered from her (not looking at Tessie, as she listened, but bending over the majolica coffee set) that abortion was impossibly dangerous after the fifth month.

And she was three months into peril now. <<

[15] Otros párrafos del Cap. 18 omitido:

Dr. Wormser whirled her chair about, plumped into it, and, shaking her finger, spoke with unnatural sternness:

“As an unofficial officer of the State, Ann, I must make it clear that abortion is a crime. Speaking as a physician, I advise you against having an abortion. It is abnormal and dangerous. You may never be able to bear a second child. And every woman ought to bear a child, if only for the sake of functioning properly. But, speaking as a woman, I strongly advise you to have the abortion and keep your mouth shut about it afterward. As long as men —and what’s worse, the female-women that let themselves be governed by men’s psychology—have made our one peculiar function, child-bearing, somehow indecent and exceptional, we have to fight back and be realistic about it, and lie and conceal as much as they do.

“So! I give you my word, I’ve done only five abortions. In each case I thought the patient was more valuable to the world than what I’m pleased to call my honor as a physician and a citizen. I won’t trust you to anyone else. You will get a ten-days’ leave, starting Friday week. You will report here at 4 p. m.j we’ll go out to my little cottage on Long Island, do the operation there, and you’ll stay there ten days. I won’t even take a cook along. I’ll take my pet nurse, Gertrude Waggett. She’s fine. Raw- boned as an Irish wolfhound, silent as snow in winter woods. You’ve made me get poetic! She’ll stay with you when I come back to town. Good-night, my child. Four o’clock, understand, Friday week. Good-night!”From the station far out on the South Shore of Long Island they drove to Dr. Wormser’s bungalow. It was September. The trees had faded to leathery brown and washed-out golden. Ann looked across lifeless marshes to a leaden sea; the air was fresh and salty, mixed with the fishy smell of the marsh, but it was chilly, and she shivered. Dr. Wormser was silent; the tall, pinched-faced, gold-spectacled Miss Waggett was not negatively but positively, aggressively silent. Ann shivered again.

By a worn and rutted macadam road through swamps they came on a long sand spit, littered with summer cottages. Doubtless in July they had been gay enough, with children whooping and phonographs yammering and brown young men in scarlet bathing suits. Now, the cottages were forlorn to desolation. The windows were boarded up; the porches empty of bright chairs; the gray shingle sidings pitted with blown sea sand.

Barren! And what were these two stern women going to do to her? She was kidnaped. No one to appeal to, in this wilderness rimmed with salt oozing swamps and shouting breakers. Leap out now and flee!

"It's pretty quiet, except the waves," she said.

"Yes." Dr. Wormser came out of her trance and smiled, like a kind and worldly aunt. "I know. Must seem oppressive. Try to like it. If you can relax for ten days, you'll not only have the operation over but go back renewed. Wise old alchemists! Elements—earth and air and fire and water. We lose 'em, in the city; just turn into nerves, andarteries made of chalk. Don't try to be intelligent, this week. You're not the bright Miss Vickers. You're an erring sister. Splendid! You may become a real leader of women, not a lady reformer. And I've brought you what you really need for mental fodder—sixteen detective stories!"

"I was going to read through what Freud I've-"

"You are not! You're going to read about nice domestic things, like murders and Scotland Yard. Here we are! We'll get the house warm and operate at nine this evening."

"Oh, no, no! Can't we wait till tomorrow?"

"And let you get more scared than you are now? Huh! Funny about you husky basketball girls. More nervous than social climbers, because you don't take it out in hysterics and new frocks. . . . Ann! Darling! It won't be a bit serious!"

Dr. Wormser's cottage faced on rolling ocean, with grassy dunes and endless beach between. It was as simple as the abandoned summer places they had been passing, except for a collection of books miscellaneous as a

crazy quilt, a really capacious fireplace, and, off the kitchen, an operating-room and dispensary with white-enameled wainscoting halfway up the wall. "Only decent surgical equipment, or bacteriological either, for fifteen miles," boasted Dr. Wormser. "I do a good deal of practise here in the summer—city people. In the village, there's just one doctor. Old one. Male, of course. How he laughs at 'hen medics'! I'm his favorite supper joke. And his operating table is an adjustable table that looks like a worn-out barber's chair—maybe not so clean! See, here's my ful-guration apparatus; here's my closet for reagents and stains and so on. . .

As Dr. Wormser prattled, Ann knew that she was trying to be reassuring; to tell her, with insultingly obvious petting, that she would be competently treated. Ann did not listen. There was nothing in her brain or heart save a cold blankness of pain.

There were two bedrooms, with hospitable possibilities in two couches in the living-room. "You'll take this room on the right—looks right out on the ocean. Miss Waggett and I will bunk in the other."

Ann was too numb to protest.

"Now, while Miss Waggett and I heat up some hot water and get the operating-room warm—got an electric stove; regular little Vesuvius, it is—and get us all a cup of tea, you just trot in and put on a nightgown. Miss Waggett has laid out a nice plain one, on your bed. . . . Ann! You do look scared! Rather wait till tomorrow?"

Only primitive terror spoke in Ann's croaking: "No! No! For God's sake, get it over." "Right! You bet, darling!"

She undressed slowly, dropped the coarse nightgown over her head, and sat on her bed, rather chilly, twitchily lighting a cigarette. She wondered if, in this death-cell in which she had suddenly been trapped, They would let her smoke.

Miss Waggett was in the doorway, in white overall and cap, gauze over her mouth. "All right, Miss Vickers; all ready."

The slow tramp to the gallows.

Relentlessly led into the operating-room, she found anew Dr. Wormser, also muffled in white, with a new, huge, hideous, and very efficient-looking pair of spectacles owlishly masking her eyes. She was unrecognizably brisk:

“There we are! Now, Ann Vickers, you damn well stop pitying yourself and working yourself up! You an officer in the social army? Rats! Why, every Wop mother that you condescend to knows more about reality! And me—do you realize I sometimes do ten majors in a morning, and most of ’em literally a hundred times worse’n yours? Cheer up, honey! Soon done!”.
<<

[16] Habitantes del Greenwich Village, barrio artístico y bohemio de las afueras de Nueva York. <<

[17] Lugar donde se vendían y servían bebidas alcohólicas en tiempo de la prohibición. <<

[18] Asientos especiales para los negros. <<

[19] Secta religiosa de los negros norteamericanos. <<

[20] Bondadoso duende moreno que, según dicen en Escocia, frecuenta las granjas y hace las labores útiles por la noche. <<

[21] Presas de confianza; es decir, aquellas detenidas ocupadas como criadas, porteras, etc., y que gozan de mayor libertad que el resto de las reclusas. (Nota de la traductora). <<

[22] Especie de bombones caseros que los norteamericanos hacen con leche y chocolate. <<

[23] Cockney, habitante de los barrios bajos de Londres. <<

[24] maquinaria política del Partido Demócrata de los Estados Unidos, que jugó un importante papel en el control de la política de la ciudad de Nueva York, y en la ayuda para que los inmigrantes, principalmente irlandeses, participaran en la política estadounidense desde la década de 1790 hasta la de 1960, actuando como lo que en el presente se conoce como una red de tráfico de influencias o red de clientelismo político. <<

[25] *cold-cream*: crema elaboradada con aceite de almendras dulces, cera de abejas y agua de rosas, aunque a lo largo de la historia ha tenido, y aún tiene, algunos otros ingredientes. Era un ungüento curativo que servía para reparar y proteger la piel y que se elaboraba en las farmacias o, incluso, de forma casera hasta que en el siglo *XIX* se convirtió en un cosmético industrial, con una gran notoriedad. <<

OceanofPDF.com